



IAIN
BANKS

JUEGOS DE
FAMILIA

La última novela del autor de 'El puente' y 'La fábrica de avispa'
n° 1 en ventas en el Reino Unido

Lectulandia

La familia Wopuld amasó su fortuna sobre un juego de mesa llamado ¡Imperio!, el cual es ahora un juego de ordenador de enorme éxito. Tan enorme, que la American Spraint Corp. desea comprar la empresa al completo. El joven renegado Alban, quien ha estado llevando una vida montaraz evitando los tentáculos familiares durante años, es acechado y persuadido para que asista al próximo encuentro, mitad celebración de cumpleaños y mitad Reunión General Extraordinaria, convocado por Win, la matriarca de los Wopuld y el miembro más poderoso de la junta.

Lectulandia

Iain Banks

Juegos de familia

ePub r1.0

libra 23.02.16

Título original: *The Steep Approach to Garbadale*
Iain Banks, 2007
Traducción: Javier Fernández Córdoba

Editor digital: libra
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para los amores perdidos.

Doy las gracias a:
Yvonne Frater, Patrick Greenough, Adele Hartley,
Laura Hehir, Simon Kavanagh, Gary Lloyd,
Eilidh y Les McFarlane, y Carole Simpson

Capítulo 1

Su nombre es Fielding Wopuld. Es de esos Wopuld, la familia de los juegos, la gente con su nombre plasmado por todo el tablero de ¡Imperio!; todavía el juego de mesa más vendido en el Reino Unido por un amplio margen. También son los responsables de otro montón de juegos, pero ese es el famoso, el que la gente suele recordar, tanto si se trata de la versión original en tablero de cartón, papel y plástico como de su sucesor electrónico, elegante y atractivo, y ganador de varios premios, actualmente en todo lo alto de las listas de ventas de videojuegos.

Vicepresidente, sección de Ventas. Esa es su posición en la empresa familiar; a cargo de un presupuesto multimillonario en libras para promocionar sus numerosos artículos por todo el mundo, persuadir a los mayoristas, asuntos de Internet, cadenas de tiendas y grandes almacenes que acopian y venden su producto. Además, se le da bien; el año pasado hubo grandes beneficios.

Henry Wopuld, el tipo que imaginó ¡Imperio! por primera vez allá en los tiempos Victorianos, fue su tatarabuelo, así que, por la parte que le toca, él sigue la misma línea. Fielding aún tiene tan solo treinta años y se mantiene en muy buena forma practicando varios deportes. Conduce un Mercedes clase s, dispone de una legión de amigos, de una preciosa y sensual compañera y generalmente disfruta de esa clase de vida de éxito que la mayoría solo puede soñar.

Todo ello no hace sino provocar una pregunta en la mente de Fielding: *¿Qué diablos estoy haciendo aquí?*, mientras conduce hacia el interior de esta cochambrosa zona residencial en Perth. Hablamos de Perth, Escocia; no de Perth, Australia. La Perth de Australia es un rincón hermoso y soleado que se extiende entre el desierto y el océano; con mucho surf y exuberantes muñequitas y cuerpos bien bronceados. La Perth de Escocia es más pequeña y mucho menos desarrollada; se encuentra rodeada por bajas colinas, bosques y tierras de cultivo. Presume de varios edificios bonitos y de algunas propiedades aisladas muy atractivas con vistas al río, pero ni mucho menos de un montón de cuerpos bronceados, por lo que Fielding puede ver. Conoce Escocia un poco; varios miembros de la familia han elegido residir aquí Dios sabe porqué y los Wopuld aún conservan, por ahora, uno de esos enormes terrenos para caza, tiro y pesca en el extremo norte del lugar; pero esta es la primera vez que él ha estado en Perth, está bien seguro de ello. La Ciudad Hermosa es como al parecer la llaman. Y no está mal, supone él, si te gustan las antiguallas, la historia y ese tipo de cosas. Siempre tuvo la impresión de que era bastante pija y de que estaba llena de gente que viste chaquetas de pana, *tweed* y Barbour, pero esta zona residencial de las afueras parece más bien Catetolandia; una urbanización hundida en el culo del mundo.

Conduce a lo largo de Skye Crescent (todo el trazado no es otra cosa que islas) entre largos bloques de tres y cuatro plantas, cubiertos por un desigual acabado en gravilla y ultrajados por pintadas de dudosa calidad. Los diminutos jardines en la

parte delantera de los pisos están claramente descuidados. Él está acostumbrado a los cuidados.

Hay un montón de basura por todas partes, alguna incluso revolotea en la brisa que atraviesa la calle, proveniente de las relucientes nubes de septiembre. No ha visto ninguna botella de tintorro Buckfast tirada en la cuneta; ni personas tiradas en la cuneta, a decir verdad; y lo que hay junto a la acera son coches en vez de esqueletos desguazados, pero bueno, aun así.

De acuerdo, hay algunas tiendas con las puertas abiertas, pero las ventanas están cubiertas por rejas metálicas incluso ahora, a la luz del día. Un par de escuálidos chavales con acné están en la puerta de un local llamado Costcutter, compartiendo una botella y mirando pasar el coche. *Sí señor, es un clase S 500 AMG, chicos. Miradlo y llorad. Ved lo que podríais conseguir si hacéis los deberes y trabajáis duro. Da igual. Limitaos a mantener vuestras jodidas manos apartadas de él.* Es el delicado arte de no entablar contacto visual y al mismo tiempo parecer duro y extremadamente seguro.

Oh, oh; allí hay una botella; en la cuneta. Solo una pequeña botella verde de cerveza. Posiblemente sea una Beck. No está mal.

Encuentra el número 58 mediante un proceso de eliminación. El sistema de navegación por satélite se rindió al comienzo de la calle y no hay rastro del número donde debería estar, junto a la reja de seguridad a un lado de la puerta; sin embargo, el sitio anterior tenía el número 56 y el que está después tiene el 60, así que está bastante seguro. Comprueba que no haya cristales rotos y aparca cuidadosamente, bien pegado al bordillo. Cambia los espejos retrovisores a su posición de aparcamiento, por si las moscas. Respira profundamente y se dispone a salir al tibio aire. Aunque antes abre la guantera y se aplica unas cuantas rociadas de Versace, una en cada manga y en la nuca. Al menos ahora habrá algo por aquí que no huela a mierda.

De pie, sobre el desigual pavimento, observa con el rabillo del ojo como la alarma del coche hace destellar los indicadores una vez. Huele como si alguien estuviera cocinando un estofado irlandés de lata como desayuno tardío o almuerzo adelantado. ¿Que cómo se siente? Se siente como un tiburón fuera del agua, así es como se siente.

Sabe que así es como vive mucha gente, y está seguro de que no todos son drogas y pirados pero, Jesús, qué lugar tan desolador, qué lugar para salir pitando de allí tan pronto como puedas.

Mierda, he olvidado el puto maletín. Ahora iba a quedar como un gilipollas, saliendo del coche, cerrándolo y quedándose allí; luego teniendo que abrirlo de nuevo casi inmediatamente y sacando el maletín. A lo mejor debería dejar el maletín en el coche. De todas formas, tan solo contiene el correo. Un puñado de cartas, facturas y basura que, probablemente, el cabeza hueca de su primo nunca quiso en primer lugar. Correo que tu hombre abandonó hace meses, en otro empleo, en otro país.

Ni hablar, no puede dejar el maletín en el coche porque está sobre el asiento de

atrás, a plena vista. Un Zero Halliburton de aluminio como los que se ven en las películas, lo cual, en esta clase de vecindario, bueno, y en cualquiera, para ser sincero, grita: «¡Robadme!» a mil millones de gigas de malditos decibelios. No puede ver a nadie que le esté observando, pero puede sentir como la calle entera sí que lo hace. Desactiva la alarma y vuelve a abrir el coche, recoge el maletín, reactiva la alarma despreocupadamente (pero aun así, se asegura de que el dispositivo parpadea) y recorre de forma intencionadamente decidida el corto camino hasta la puerta de seguridad, apartando de su camino con una patada los llamativos restos de una pistola de juguete al pasar.

La puerta de metal y cristal del bloque tiene aspecto de que hubieran vomitado sobre ella y luego hubiesen tratado de limpiarla a base de meadas. Obviamente no funcionó, ya que parece ser que después lo intentaron prendiéndole fuego. El botón junto a la rayada placa de plástico que reza «Piso E» se limita a hundirse en el hueco correspondiente. No se oye el zumbido en ninguna parte.

Empuja la puerta, que chirría al abrirse. En el interior hay unos relucientes escalones de cemento y un sospechoso olor a desinfectante.

—Bien, Fielding —se dice a sí mismo—, el único camino es hacia arriba.

—Oye Al, ¿Al? Al, puto dormilón, despierta de una jodida vez. ¡Al! Venga grandullón. Arriba, coño, arriba.

Abrió sus ojos, primero uno y luego el otro, para calcular cualquier imprevisto. El mundo comenzó a enfocarse como si el esfuerzo fuera todo suyo. El rostro delgado, áspero y semejante a una patata frita del señor Daniel Gow (Tango el resto del tiempo, cuando no llevaba puesto un traje ni trataba de parecer sincero mientras alguien más privilegiado exponía su caso), le miró.

—Tango —dijo él, con la voz un poco ronca. Se frotó la cara, luego se removió en el saco de dormir, sintiendo que se enganchaba la funda de nailon en algunos clavos de la moqueta, bien a la vista sobre las desnudas tablas de madera de la pequeña habitación. Levantó la mirada hacia la luz que atravesaba la fina tela colgada sobre la ventana—, ¿qué? ¿Ya es por la tarde?

—No; aún son las once, colega. Pero tienes visita.

Pestañeó, se frotó los ojos y comenzó a toser mientras se retorció para sentarse, apoyando la espalda contra la desnuda pared pintada de magnolias. Se rascó la barbilla a través de una espesa barba marrón.

—¿Un visitante oficial? —preguntó. Su voz aún sonaba ligeramente pastosa—. ¿El tipo de visitante que una persona podría asociar con sobres de color marrón claro y amenazas acerca de incumplimientos o faltas de asistencia a citas convocadas por una institución de naturaleza gubernamental?

—No, tío. Es un pijo. Un ejecutivo.

—¿Un ejecutivo?

—Sí, un ejecutivo. No lleva puesto un traje, pero sigue siendo un ejecutivo. Clientes como el jodido Tom Cruise. Huele a burdel de primera clase; en cuanto los perros le olisquearon los zapatos empezaron a estornudar. Se han refugiado en la cocina. Me extraña que todavía no lo hayas olido. Ahora mismo está junto a la ventana del salón, vigilando que ningún cabrón meta las manos en su carro. Lleva un maletín de esos que siempre contienen drogas o montones de dinero en las *pelis*. Dice que es tu primo.

—Ah. —Alban McGill se frotó la cara, se aplastó la barba lo mejor que pudo y se pasó los dedos por entre su grueso y rizado cabello color castaño claro. Su cara y antebrazos tenían ese tono rojizo que la gente de piel clara obtiene al pasar mucho tiempo al aire libre, aunque la parte superior de sus brazos y el torso, los cuales mostraban grandes músculos, permanecían blancos. Le faltaba un trozo del dedo meñique de la mano izquierda—. Un primo —dijo con un suspiro. Le lanzó un guiño a Tango, que se sentaba en el suelo sin dejar de mirarle—. ¿Te ha dado algún nombre?

El estrecho rostro de Tango, similar a una estalactita bajo la cúpula gris de su cabeza afeitada, se arrugó.

—¿Fielding? —propuso.

—¿Fielding? —repitió Alban, claramente sorprendido. Entonces frunció el ceño—. Ah, sí; los clientes como Tom Cruise. Muy bien, es suficiente.

Se rascó el pecho, miró a su alrededor por la habitación buscando sus botas, su mochila y su ropa. Había una botella abierta de vino tinto en el suelo junto a su reloj, con el cuello a su alcance. Más allá, junto al rodapié, yacía una lámpara de noche sin pantalla.

—Fielding «Uve Doble» —pronunció. Se estiró hacia la botella de vino, pero luego pareció pensarlo mejor, arrugando la cara.

—¿Una taza de té? —sugirió Tango.

—Una taza de té —dijo Alban, asintiendo.

Mi nombre es Tango, esta es mi casa. Técnicamente pertenece al ayuntamiento, pero ya sabes a lo que me refiero. Al es mi invitado, siempre es bienvenido para apalancarse aquí cuando quiera. Conocí al grandullón en un *pub* hace un año o dos junto a los tipos con los que estaba trabajando. Eran guardabosques, de los que cortan árboles y todo eso. Habían estado currando el algún sitio por aquí cerca, viviendo en caravanas en los espesos bosques de Perth y Kinross. Eran unos borrachos de cuidado. Al menos, los tipos con los que estaba. Jugamos unas partidas de billar y tomamos unas rondas. Él y uno de sus colegas se vinieron a mi casa a por un par de latas y algo de hierba. Además, Al se estaba llevando bien con una chica que estaba con nosotros. Sheen, creo que se llamaba. Puede que Shone. Da igual. Creo que él y la zorrilla se marcharon juntos más tarde.

No, espera, Sheen/Shone (borrar la que no sea) se marchó con el compadre del grandullón, no con él. Al estuvo muy agudo durante un rato pero luego se puso en ese plan «silencio total» en el que se queda cuando va fumado y borracho, y no habla mucho y todo lo que parece desear es beber más y quedarse mirando a las esquinas y a las paredes vacías, puede que a algo que los demás no pueden ver, así que Shone/Sheen volvió su atención hacia su amigo. Hubo juego limpio con la chica. Debió pensar que ella se estaba enrollando bien con Al, que no es un tipo feo, es agradable, tiene un tipo de voz suave y hablo correctamente; y creo que el colega de Al le preguntó si le parecía bien, incluso si lo dijo solo con las cejas y con una especie de asentimiento hacia un lado, y Al se limitó a sonreír y a asentir, así que, como he dicho, hubo juego limpio.

Bueno, creo yo. A decir verdad, te diré que estaba algo despistado en ese momento.

De cualquier forma, él ha vuelto unas cuantas veces desde entonces y se ha pasado las últimas dos semanas aquí, en esta humilde morada, desde que fue dado de baja del servicio forestal por una creciente insensibilidad. Esto suena un poco a broma, lo sé, pero parece que es cierto. Él parece ser más o menos de mi edad (yo nací en noviembre de 1975, así que tendré al señor Tres Décadas llamando a mi puerta dentro de un par de meses; ¡me cago en la puta!) pero en realidad tiene cinco años más que yo. Probablemente parecería incluso más joven si se quitase esa pelambrea de la cara.

Pero bueno, allá vamos con la preparación del té. Mientras estoy haciendo esto, saltando sobre los perros y comprobando el estado de la leche en la nevera, la puerta vuelve a sonar y dejo entrar a Sunny y a Di, que pasan al interior y saludan con la cabeza a ese tal Fielding, quien aún está de pie junto a la ventana para poder ver su coche, y se sientan en el sofá antes de encender un par de Camel Light de contrabando. Ambos están tratando de dejarlo, por lo que solo fuman cigarrillos *light* y entonces tienen que fumar más para conseguir el mismo efecto. Ambos tendrán unos diez años menos que yo. El nombre completo de Sunny es Sunny D. y su nombre completo del todo es Sunny Daniel, lo digo para distinguirlo de mí, ya que también me llamo Daniel, incluso aunque la gente me llame Tango y ese sea más mi verdadero nombre que Daniel; así ha sido al menos durante los últimos años, ahora que el nombre de Sunny ha sido justo ese y no Daniel. Mientras tanto, Al está evacuando ruidosamente en el baño. Lo siento, pero es la verdad.

—No abras la ventana colega, ¡que se van a escapar los periquitos!

—Lo siento —dice el tal Fielding sin que suene a disculpa y vuelve a cerrar la ventana. Baja la mirada hacia Sunny y Di, que aún da fuertes caladas a los Camel Light. Supongo que debe ser uno de esos verdaderos antitabaco. Yo a veces me preocupo por la salud de mis animales. ¿Habré ralentizado el crecimiento de los chuchos por tenerlos en un piso donde la gente no deja de fumar? ¿Serán los periquitos más propensos a contraer enfermedades respiratorias más adelante? ¿Quién

sabe?

De todas formas, no hace frío fuera y podría decirse que el hombre tiene razón. Me aseguro de que los periquitos están en su jaula, la cierro y le digo a ese tal Fielding que ya puede volver a abrir la ventana, lo cual hace al momento con una sonrisa forzada. Total, el olor de su loción de afeitado se hace notar con más fuerza que los pitillos.

Y entonces llega el té. Fielding examina minuciosamente el interior de su taza antes de aceptar, jodido cabrón. Todavía está junto a la ventana, contemplando el panorama. El brillante maletín metálico se encuentra a sus pies. Lleva puestos unos vaqueros con raya, una camisa blanca de aspecto suave y una cara chaqueta de cuero color mostaza que parece más suave que la camisa. Esos zapatos con cientos de agujeritos; ¿ingleses? Sean lo que sean, son marrones. Sunny y Di han encendido la tele y están viendo un canal de teletienda, riéndose de los presentadores y de lo que sea eso que no se vende en los comercios.

Al aparece, en vaqueros y camiseta como es habitual, y saluda a Fielding con un gesto de cabeza, dice hola y se sienta en la segunda mejor butaca, pero no hay abrazos familiares o amistosos entre estos dos, ni siquiera se estrechan las manos. Busco algún parecido pero enseguida veo que no tienen ninguno.

—Disculpa —le dice Al a Fielding, mirándonos a todos—. ¿Os habéis presentado?

—Sunny y Di, este es Fielding —digo yo—. Soy Tango —le informo, mientras pienso que puede que hayamos pasado por alto esa cortesía. Le indico la butaca buena—. Siéntate, colega; estás en tu casa.

—Estoy bien —contesta Fielding mirando por la ventana. Realiza un estiramiento—. He estado conduciendo toda la mañana. Me apetece estar de pie un rato.

—Sí, claro —digo ocupando yo mismo la butaca buena.

—¿Y qué te trae a la Ciudad Hermosa, Fielding? —pregunta Al. Su voz suena cansada. Ambos lo estamos, durante las últimas dos semanas más o menos nos hemos puesto hasta el culo de bebida y de una amplia selección de mercancía herbal y farmacológica, suministrada por la generosidad de la última paga de Al.

—Bueno, porque necesito hablar contigo —responde el hombre de la raya en los vaqueros.

Al se limita a sonreír, se estira y dice:

—Pues habla.

—Bueno, ya sabes, son asuntos familiares. —Fielding nos mira al resto de nosotros, ofreciéndonos lo que se podría llamar una sonrisa comprensiva—. No desearía aburrir a... tus amigos con ello, ¿comprendes?

—Apuesto a que no se aburrirían —afirma Al.

—Aun así. —En este momento la sonrisa del tal Fielding es una mueca del todo forzada—. Además, he traído algunas cartas —comenta mirando al maletín.

—Por cierto, es un maletín cojonudo, tío —dice Sunny, al ver por primera vez el

objeto en cuestión. Tiene una de esas voces agudas y nasales. Di le mira con los ojos muy abiertos, le golpea con el codo en las costillas por algún motivo y comienzan una competición de codazos.

—Bueno, vamos a echarle un vistazo —propone Al. Empieza a hacerse un hueco en la mesa de café que hay delante de él, recolocando latas vacías, botellas en el mismo estado, ceniceros llenos y varios mandos a distancia sobre la repisa de la chimenea, los brazos de otros asientos y demás.

Fielding parece descontento y vuelve a mirarnos a nosotros.

—Mira, eh, hombre, no creo que este sea el lugar adecuado...

—Bah, venga —espeta Al—. Aquí está bien.

A Fielding no parece agradarle la idea, pero suspira y se acerca con el maletín. Entretanto, ayudo a despejar la mesa totalmente encendido (me refiero a ponerme colorado, por cierto, nada más) porque no me he levantado a tiempo de la cama para ordenar por aquí. Estos días no he podido traer personal de limpieza, ¿sabes lo que quiero decir? El maletín es dispuesto sobre la, honestamente hablando, pegajosa mesa. Parece un sólido lingote de plata que hubiera sido desgastado en el fondo de un arroyo durante cientos de años, tan bien pulido, curvilíneo y redondeado. Al recibe su correo, una gran avalancha de la habitual sarta de chorradas, y el maletín vuelve a cerrarse con un chasquido. Fielding parece como si deseara poder esposarse a él. Obviamente aún no ha reparado en lo pegajoso que debe estar ahora.

—En fin —le dice a Al—, todavía tenemos que hablar.

Al sólo gruñe y comienza a clasificar las cartas según el sobre, tirando la mayoría de ellas sin abrir sobre las baldosas de la chimenea, donde resbalan hasta la base del fuego eléctrico. Fielding sigue mirando sobre el hombro de Al durante un rato, hasta que Al abre uno de los sobres más pequeños y mira hacia arriba a su primo, quien coge su maletín y regresa a la ventana abierta para comprobar su vehículo una vez más.

—Oye, Tango —dice Sunny mirándose un pulgar—. ¿Dónde crees que es el peor sitio para cortarse con papel?

Él y Di han dejado de darse codazos el uno al otro y siguen ahí sentados, frotándose las costillas.

—Ni idea —le contesto—. ¿Quizá en un ojo?

—No, hombre —replica Sunny—. Me imagino que en la polla. Justo en la punta, a lo largo de la raja, tío; eso debe doler de cojones. ¡Oh, sí!

La joven pareja feliz del sofá vuelve a la mutua sesión de codazos. El té se derrama. El tal Fielding observa por la ventana con evidente desagrado.

Al ignora todo esto y continúa con el resto de su correo, descartando la mayor parte; entonces, finalmente, abre una carta, la mira durante un momento y la introduce en un bolsillo trasero de sus vaqueros.

Mientras tanto Sunny se ha apartado de Di de un salto (bastante lejos, parece que ella tiene los codos más afilados) y se agacha junto a la chimenea, observando el

montón del correo descartado por Al.

—Alban —pronuncia, recogiendo un arrugado sobre publicitario, cubierto de sellos de aspecto legal y personalizado solamente para Alban como tan solo una gran compañía puede hacerlo—. ¿De verdad es ese tu nombre de pila, grandullón? Vaya un puto nombre raro. —Le lanza a Al una sonrisa con la boca abierta y sostiene un puñado del correo descartado—. ¿Has terminado ya con todo esto, Al?

—Sí, cógelo —responde Al poniéndose en pie. Mira hacia su primo.

Suena una alarma en la calle pero es obvio que no proviene del coche de Fielding, porque parece estar tranquilo al respecto. Apoya su taza sobre el alféizar de la ventana.

—¿Podemos hablar ahora? —inquire.

—Vale, ven a mi despacho —responde Al tras un suspiro.

Finalmente consigue sacar al tipo de aquel mugriento salón lleno de humo, hacia un oscuro y estrecho pasillo, convertido en más estrecho aun por lo que aparenta ser un rollo de moqueta tirado en el suelo y montones de cajas de cartón. La alfombra está pegajosa, como si fuera la de una discoteca barata. Enfrente de la cocina, donde yacen un par de chuchos flacos y nerviosos, hay un agujero del tamaño de un puño en el yeso, a la altura del hombro. Entran en un pequeño y desnudo cuarto con un trozo de fino tejido clavado sobre la ventana. Al levanta las improvisadas cortinas y las engancha en otro clavo para que entre más luz.

Aquí no hay moqueta, tampoco un suelo propiamente dicho, ni siquiera uno laminado; tan solo la tablas del suelo, sin pulido o acabado. Cada pared es de un color diferente. Hay una que tiene lo que parece ser papel pintado de los Power Rangers, medio arrancado, mostrando el tabique. Otra ha sido repintada parcialmente, de verde a negro. Hay otra que parece como si hubiera sido cubierta con papel de plata, mientras que la última es de un tono blancuzco y está seriamente arañada. Hay un saco de dormir junto a la pared, una gran mochila de camuflaje tumbada a poca distancia, de la que caen ropa y otras cosas sobre el suelo, y un pequeño asiento de tela y cromo que parece haber sido diseñado en los setenta. Al recoge algunas prendas de la silla, dejándolas en el suelo.

Las partes blandas de la pequeña y aparentemente frágil silla están forradas de pana marrón. Pana marrón manchada. Pana marrón manchada y con trocitos grises de relleno que asoman por los bordes, donde las costuras han cedido.

—Siéntate, primo —dice Al.

—Gracias. —Fielding toma asiento con delicadeza. La habitación huele a alcohol y a sudor rancio, con un toque de lo que podría ser ambientador o quizá algún producto de higiene masculina de la parte más económica de la gama. Hay una botella abierta de vino tinto en un rincón. No hay pantalla ni bombilla enganchada a la toma del techo. Una mancha oscura cubre un cuarto del techo. Una lámpara sin

pantalla yace junto a la botella de vino. Al amontona el saco de dormir para improvisar un asiento, luego se sienta apoyando la espalda contra la pared y agita su mano.

—Bien, Fielding, ¿cómo estás?

Al parece sano y en forma (*tiene mejores cuádriceps y abdominales que yo, joder*, piensa Fielding) pero su pelo es un desastre, en su barba se podría ocultar una bandada de estorninos y tiene una serie de arrugas en la cara y una mirada de cansancio en los ojos que Fielding no recuerda de antes. No tan mal, al menos.

—Estoy bien —contesta Fielding, entonces sacude la cabeza—. No, no estoy bien. No estoy contento en esta situación.

—¿Qué situación?

—Esta situación. Mira, ¿te importa si cierro la puerta?

Alban se encoge de hombros. Fielding cierra la puerta y vuelve a su asiento, luego no se sienta. Mira a su alrededor agitando una mano.

—No estoy contento aquí. En este sitio. —Vuelve a mirar toda la habitación, casi con un escalofrío, luego sacude la cabeza—. Alban, dime que no es aquí donde vives. Esta no es tu casa.

Alban vuelve a encogerse de hombros.

—Solo estoy viviendo aquí por el momento —dice despreocupadamente—. Es un techo sobre mi cabeza.

Fielding mira arriba, hacia el techo manchado. Al observarlo con más detenimiento, el trozo manchado parece estar algo abultado.

—Sí, claro.

—Supongo que técnicamente no tengo residencia fija —explica volviendo a encogerse.

—Vaya. ¿Qué edad dices que tienes?

—Más de veintiuno. ¿Y tú? —responde con una sonrisa.

Fielding vuelve a mirar a su alrededor.

—No sé, Al; quiero decir..., mira esto. ¿Qué has hecho con tu...?

—Fielding, ¿quieres sentarte? —Señala con un gesto hacia el asiento de pana—. Haces que este sitio parezca desordenado.

Esa es una de las frases de la Yaya. Fielding supone que Alban la pronuncia irónicamente, como un intento de humor.

—Deja que te lleve a almorzar. Por favor —sugiere Fielding.

Alguien dice algo sobre sacar a los perros a dar un paseo pero no hay manera de que Fielding permita entrar a esos chuchos sarnosos al Mercedes, así que alega tenerles alergia. Luego la pareja de macarras enganchados al tabaco preguntan si van a pasar cerca del centro del pueblo.

—¿Por qué? —pregunta Fielding, por si tienen pensado pedirle que les compre

drogas o, aún peor, que les traiga algo del McDonald's.

—Vamos en esa dirección, socio, ¿sabes? —dice el que es macho—. Nos ahorramos el autobús.

Fielding está a punto de rechazar también esa idea, pero entonces, de alguna forma, simplemente el mirar sus patéticas, pálidas y delgadas caras de futuros yonquis, le hace pensar: *al carajo, yo estoy por encima de esto*. El coche olerá a cigarrillos durante un día o dos tan solo por sus ropas, incluso si no les deja fumar en él, pero qué más da.

Al se echa por encima una mugrienta chaqueta verde de montaña que probablemente costaba un montón cuando estaba nueva. Ese tal Tango anuncia que tiene limpieza y otras cosas por hacer y los despide con aspavientos hacia el resonante y desinfectado rellano de la escalera. El coche está immaculado, el maletín va a parar al maletero y Al los conduce fuera de la urbanización, hacia el centro de la pequeña ciudad. Di y Sunny se entretienen jugando con los botones que controlan las persianas de atrás. Fielding los deja cerca de la Oficina de Empleo.

Al sugiere que él y Fielding den un paseo, ya que es demasiado temprano para el almuerzo, así que continúan conduciendo un poco más y aparcan junto al río, a la sombra de unos grandiosos edificios Victorianos; luego caminan a lo largo de la orilla, río abajo, con la arremolinada y pardusca corriente de las aguas. Es un día templado, medio soleado, bajo un cielo de pequeñas nubes blancas que a Fielding le hace pensar en la secuencia del título de *Los Simpsons*. El aire huele bien aquí, junto al agua, aunque el rumor del tráfico se oye a ambos lados del río.

—Has sido muy amable al recoger el correo, Fielding —dice Al.

—Bueno, estaba por allí.

Alban mira al otro hombre con una sonrisa.

—¿Qué? ¿En Llangurig? —pregunta divertido.

Llangurig es un pequeño pueblo en el centro de Gales, cerca del bosque de Hafren, donde Al estuvo trabajando la primera mitad del año.

—Bueno, más que pasar por ahí —admite Fielding—, buscaba por todo lo largo y ancho del país tu culo de fugitivo.

Alban deja escapar un ruido que podría ser una tos, una risa o algo entre ambas.

—¿Me estabas buscando?

—Sí. Y ahora te he encontrado.

—Debo suponer que no hacías todo esto solo para facilitar que renueves mi suscripción a *Guardabosques Anónimos* y *Tu sierra mecánica ideal* —espeta Al.

Fielding lo mira y Alban comprende esa mirada, levanta su mano izquierda, la que solo tiene medio dedo meñique.

—Era una broma. Me las he inventado.

Entonces era un nuevo intento de humor. Fielding les había echado un vistazo a los sobres que habían llegado con el correo de su primo, y allí obviamente no había nada enviado por semejantes publicaciones, pero nunca se sabe.

—Bien, así es —dice Fielding—. Como he dicho, te estaba buscando. Y no eres un hombre fácil de encontrar.

—¿No lo soy? Lo siento.

No suena sincero. Fielding se vuelve y le agarra una manga de la chaqueta obligándole a girarse hacia él, por lo que dejan de caminar.

—Al, ¿por qué eres así?

En este momento, Fielding no estaba perdiendo la compostura ni nada de eso; desde el principio había decidido mostrarse sereno y razonable con el tipo; pero realmente le encantaría saber por qué Al ha tomado este camino, por qué se ha vuelto así, incluso aunque se da cuenta de que Alban probablemente no se lo diría, ni siquiera si pudiera, ni siquiera si él mismo lo supiera. Puede que estén demasiado alejados, que sean demasiado diferentes ahora mismo, sean o no familia.

—¿Cómo soy? —Alban parece sinceramente desconcertado.

—Eres como un hombre que busca su perdición, como un hombre que trata de abandonar a su familia o de hacer que ella lo abandone; no lo sé. ¿Por qué? Me refiero a que ni tus propios padres saben si estás vivo o muerto.

—Les envié una postal de Navidad —protesta Alban. Fielding pensó que con tristeza.

—Eso fue, ¿cuándo? ¿Hace ocho meses? ¿Nueve? Y tan solo supieron que aún seguías en el país porque tenía un sello del Reino Unido. Nadie parece saber dónde estás. Jesús, Alban, estaba a punto de contratar a un jodido detective privado para encontrarte cuando oí que habías estado trabajando en Gales. Incluso entonces fue un golpe de suerte el toparme con uno de tus colegas guardabosques que sabía que habías empezado a trabajar por aquí y que recordó «de repente» el nombre de la empresa después de un curri y unas dieciocho pintas de Stella.

—Me suena a que fue Hughey —afirma Al y comienza de nuevo a caminar. A Fielding más bien le parece que le está evitando. Frustrado, se sitúa al mismo paso que su primo.

—¿Cómo estaba Hughey? —pregunta Al.

—Al, disculpa, pero me da igual Hughey. ¿Por qué no preguntas cómo está cualquiera de la familia?

—Hughey es un colega. En serio, ¿cómo estaba?

—La última vez que lo vi, borracho y bien cebado. ¿Por qué te preocupas más por personas como él que por tu familia?

—Los amigos se eligen, Fielding —dice Alban con la voz cansada.

—Al, por Dios, hombre, ¿qué es esto? —pregunta Fielding, controlando su voz—. ¿Qué cojones te ha hecho a ti la familia para que seas así? Sé que has sufrido algunos golpes duros, pero te dimos...

Alban se detiene y se gira en redondo y, durante un segundo, Fielding cree que va a gritar, o al menos clavarle un dedo en el pecho, o quizá solo señalarle o, de no hacer otra cosa, desahogarse con algo de pasión. Pero la expresión de su rostro se

desvanece casi antes de que Fielding pueda estar seguro de que está ahí y se encoge de hombros antes de volverse y comenzar a andar otra vez, a lo largo de la amplia acera del color de la arena, entre las corrientes gemelas de coches y agua.

—Es una larga historia. Una historia larga y aburrida. Principalmente me cansé de... —Su voz pierde fuerza. Vuelve a encogerse.

Después de una docena de pasos, pregunta:

—¿Cómo está Lydcombe? ¿Has estado allí últimamente? ¿Tienen bien cuidados los jardines?

—Estuve allí el mes pasado. Me pareció que todo andaba bien. —Fielding deja un silencio—. Tía Clara, todos los demás, están todos bien. Igual que mis padres. Gracias por preguntar.

Alban gruñe.

Olvida el abierto castillo y los cientos de áridos y desprotegidos acres que posee la familia, por ahora, en las montañas. Lydcombe, en Somerset, fue la primera adquisición seria de una propiedad fuera del pueblo que el tatarabuelo Henry realizó cuando empezó a nadar en dinero. Un hermoso asentamiento, en el extremo norte del parque nacional de Exmoor. Algo tranquilo, y a un largo trecho de Londres, pero un buen lugar para las vacaciones familiares, a no ser que desees un sol garantizado. Solo cuarenta acres o más, pero todo está tupido, verde y soleado, y los terrenos bajan hasta la costa del canal de Bristol.

Fielding fue criado en unos cuantos lugares diferentes del mundo, pero de niño probablemente pasó más tiempo vacacional allí que en ningún otro sitio, en la enorme y laberíntica casa, con vistas a los jardines colgantes, junto al jardín amurallado y a las ruinas de la vieja abadía. El edificio principal es considerado un monumento y, por supuesto, todo ello es parte del parque nacional así que hay varias restricciones de obra si se quisiera hacer algo radical con el lugar.

Alban conoce Lydcombe mejor que Fielding. Fue su hogar durante la mayor parte de su infancia, luego pasó allí un par de veranos como adolescente, descubriendo su habilidad para la jardinería. Y de este modo, por supuesto, comienza la historia.

El móvil de Fielding empieza a sonar en ese momento en el interior del bolsillo de su chaqueta. Lo tiene puesto en modo vibración desde que cogió el desvío a Skye Crescent y probablemente haya perdido un par de llamadas; si no es así, ha estado increíblemente silencioso. Fielding sufre una extraña, tensa y desagradable sensación en las tripas cuando está fuera de contacto tanto tiempo, como si estuvieran ocurriendo cosas de vital importancia de las que realmente necesita enterarse y hubiera gente al otro lado de la línea desesperada por que responda...

Aunque, por supuesto, él sabe que probablemente no será nada, o mejor aun, tan solo alguien que hace una pregunta que no debería tener que hacer si estuviera seriamente centrado en su trabajo en vez de pasarle siempre al de arriba el problema más tonto para proteger su miserable culo. Incluso así, a pesar de que está deseando cogerlo, no va a contestar. Ignora las vibraciones y continúa con Alban.

¡Todo esto es tan irritante! Él es un buen director, un buen director de personal y tiene diplomas que lo demuestran, sin mencionar el respeto de sus compañeros y subordinados. Es bueno vendiendo, bueno persuadiendo. ¿Por qué le está costando tanto ocuparse de este tipo al que debería sentirse más cercano que la mayoría?

—Mira Alban, de acuerdo, puedo entenderlo... En realidad no, no lo entiendo — ¡ahora está a punto de arrancarse los pelos!—, pero supongo que solo me queda aceptar lo que sientes por la familia y por la empresa, pero eso es una parte de lo que tengo que hablarte.

Alban se vuelve hacia él.

—Quizá tendríamos que tomar un trago.

—Lo que sea. Sí, de acuerdo.

Encuentran un bar cerca de allí, el salón de un pequeño hotel, en el opresivo ambiente del centro del pueblo. Alban insiste en pagar y pide una pinta de India Palé Ale, mientras que Fielding se toma un agua mineral. No es mediodía aún y el sitio está en silencio y oscuro y huele a los cigarrillos de la noche anterior y a cerveza derramada.

Alban se bebe un cuarto de la pinta en una serie de tragos, luego se pasa la lengua por labios.

—Entonces, ¿para qué me estás buscando, Fielding? —pregunta—. Especifica.

—Bueno, francamente, me lo pidieron.

—¿Quién fue?

—La Yaya.

—Por Dios, ¿la vieja bruja está viva y en su sano juicio? —Al sacude la cabeza y pide otra ronda.

—Al, por favor.

La Yaya (la abuela Winifred) es la matriarca de los Wopuld, la cabeza de familia y uno de sus miembros vivos más antiguos. Ella es, además, en términos de derechos de voto, la persona más poderosa en la junta de la empresa familiar. No es perfecta (a los casi ochenta años, ¿quién lo es?) y puede ser irritante, quisquillosa y a veces incluso se equivoca, pero ha cuidado de la empresa y de la familia en los malos y en los buenos tiempos y un montón de gente aún siente verdadero aprecio por ella, incluido Fielding. Y es muy vieja y, por supuesto, todo el mundo tiende a protegerla, no importa lo enérgica y bravucona que pueda parecer, así que no es bueno oír a alguien de la familia criticarla. Fielding intenta mostrar en su rostro el dolor que siente.

—Pareces a punto de herniarte —dice Al frunciendo el ceño.

—¿Qué?

—De todas formas, ¿cómo descubriste que estaba en Gales?

—Hablé con tu chica... tu amiga, sea lo que sea... ya sabes, en Glasgow. ¿Cómo se...?

—¿V. G.?

—¿V. D.?

—Uve, Ge. Esas son sus iniciales.

—Vale. ¿Cuál era su nombre? Algo extranjero, ¿verdad?

—Verushka Graef.

—Ver-ushh-ka. Esa es.

—Ya lo sé.

Francamente, esto le da una pausa a Fielding para una idea.

—¿Tú y ella sois realmente pareja? —inquire.

Alban sonríe sin ninguna alegría aparente.

—Fielding, puedo verte mirándome con renovado respeto y un matiz de incredulidad, pero no, no somos pareja. Nos encontramos de vez en cuando. Amantes ocasionales. No creas que soy su único amigo.

—Oh, ya veo. De todas formas, me dijo que la última dirección concreta que tenía de ti era la de este sitio de Llangurig.

—Eso estuvo bien por su parte.

—Me llevó algo de tiempo convencerla.

—Ella sabe que me gusta mi intimidad.

—Bueno, hurra por ella. En realidad, también me llevó un tiempo encontrarla. Tuve que hacerlo a través de la universidad. ¿Sois parte de alguna clase de secta o algo así? Me refiero a lo de renunciar al uso de teléfonos móviles. ¿De qué coño va todo eso?

—No me gusta estar a disposición de todo el mundo, Fielding. A ella... simplemente no le gusta que le molesten.

—¿Es auténtica?

—¿Qué quieres decir? ¿Que si es como un robot?

—Que te jodan, ya sabes a lo que me refiero. ¿Es realmente una matemática tan cojonuda?

—Eso creo —dice Al, encogiéndose de hombros—. El departamento de Matemáticas de la Universidad de Glasgow parece creerlo. Sin mencionar lo que justificadamente podrías llamar una plétora de artículos en las revistas académicas.

—Así que, ¿de verdad es profesora?

—Sí, de verdad. No es que realmente la haya visto siendo investida o lo que sea que hacen cuando te convierten en uno.

—No tiene aspecto de profesora.

—Sería por el pelo rubio de pincho.

—Era negro.

—¿Otra vez? —Al sacude la cabeza mientras bebe—. Ella es rubia natural.

—¿Está loca?

—Es un pelín excéntrica. En una ocasión se lo tiñó de marrón claro, solo por ver.

—¿Solo por ver qué?

—No lo sé.

—Vale. Da igual.

—Sí. Da igual.

—Entonces te diré que la Yaya me pidió que te encontrase y hablara contigo. Están pasando cosas. Cosas que tienes que saber. Cosas en las que incluso querrías verte metido.

El móvil de Fielding vuelve a vibrar, pero él lo ignora.

—¿En serio? —Al suena escéptico.

—Sí, y creo que estarás de acuerdo cuando lo oigas...

—¿Va a durar mucho?

—Unos minutos.

—Entonces espera. Mejor voy a mear. —Alban se pone en pie, apurando la pinta mientras lo hace. Comienza a caminar hacia la salida, entonces se detiene y se da la vuelta—. Podrías ir pidiendo otra ronda.

—Vale, vale.

Alban se abrió camino hacia los lavabos de caballeros del hotel Salutation, suspirando y pasándose una mano por la barba. Le ofreció una sonrisa a una camarera al pasar, hizo entrada en los servicios, se quedó mirando los altos urinarios de porcelana durante un momento y luego entró en uno de los retretes, cerrando la puerta tras él. No necesitaba sentarse; de hecho, ni siquiera necesitaba entrar al servicio. Extrajo la carta de su bolsillo y tomó asiento sobre la tapa del inodoro. Escudriñando bajo la tenue luz, leyó los estrechos renglones que había en ambas caras de la única hoja. Leyó la carta una vez de principio a fin y luego releyó un par de fragmentos. Después de eso se limitó a quedarse allí sentado durante un rato, mirando el infinito.

Un poco más tarde sacudió la cabeza como para obligarse a salir de una ensoñación, se levantó, devolvió la carta a su bolsillo y se marchó. Por alguna razón tiró de la cadena antes de irse y luego se lavó las manos.

Fielding, quien estaba guardando su móvil, pareció aliviado y después ligeramente molesto cuando vio de nuevo a su primo, como si hubiera estado pensando que Al había salido huyendo. Al menos la pinta de India Palé Ale estaba allí.

—Bien, hay unas cuantas cosas —le dice Fielding a Al una vez que ha empezado su nueva pinta—. La primera de todas, la Yaya está considerando...; bueno, está decidida, ya está ocurriendo...; vender Garbadale.

—¿Ah, sí?

—Sí. Bueno, quiero decir, venga ya. Pronto cumplirá ochenta años y ha tenido un par de sustos de salud durante el último año o así, y algunos de nosotros hemos

estado intentando convencerla de que se mude durante una temporada a algún sitio cerca de un hospital decente. Puede tardar un par de horas en llegar al, *ummm*, hospital de Inverness...

—Raigmore.

—Sí, ese es el sitio. De todas formas, aun si se hace un solo viaje está demasiado lejos, y estamos hablando de la ida, si alguien la lleva hasta allí. Una ambulancia tardaría el doble. Quiero decir que tienen una ambulancia aérea, pero no puedes confiar en que siempre esté disponible. Creo que ese último problema cardiaco que tuvo...

—¿Tuvo un problema cardiaco? —Al casi parece interesado.

—Fibrilaciones o algo así. Tuvo una especie de desmayo. Por supuesto, eso ocurrió en marzo, así que no lo habrás oído, ¿verdad?

—Cierto. ¿Fue algo serio?

—Lo bastante. Pero bueno, eso parece haberla convencido al fin para marcharse de en medio de ninguna parte. Tan solo quiere oír hablar de Inverness o puede que Edimburgo o Glasgow, pero creo que podemos convencerla de que estaría mejor en Londres, y cerca de la calle Harley^[1].

—¿Pero es que le han dado, digamos, un par de meses de vida o algo así?

—Oh, por Dios, no. Nada tan malo. Vivirá hasta los cien si se cuida, o si nos permite cuidarla.

—¿Y de verdad no lo encuentras deprimente? —pregunta Al, mirando inquisitivamente a su primo.

—Al, déjalo. —Fielding da un sorbo a su agua mineral—. De todas formas, hay más. El asunto, oh, sí. Estás invitado a la octogésima fiesta de cumpleaños de la Yaya, el mes que viene. —Busca en el otro bolsillo de la chaqueta, extrae el sobre con la invitación de Al y se lo alcanza. Al se queda mirándolo como si contuviera una bomba, o posiblemente ántrax. Lo introduce sin abrirlo en su mugrienta chaqueta de montaña—. El lugar se pondrá a la venta esta semana —comenta Fielding—, aunque no habrá visitas durante un par de días antes y después de la fiesta. Pero será la última oportunidad de la familia para ver el lugar. Bueno, ya sabes. Para estar allí.

—Creo que voy a pasar. —Al bebe un trago—. Gracias de todas formas. Discúlpate por mí si se me olvida responder.

—Hay más.

—¿Aun más?

—Esto es de lo que realmente se trata todo. No te he seguido la pista por la mitad de Reino Unido tan solo para invitarte a una fiesta. Me refiero a que, allí habrá una fiesta, pero también habrá otros asuntos que tratar durante esos días. Eso es de lo que realmente necesito hablar contigo.

—¿Va a durar mucho? ¿Debería ir otra vez al váter?

—Por favor, no.

—Era broma.

—Se trata de Spraint Corp.

—¿En serio? Qué bien.

—Básicamente, quieren adquirirnos al completo.

El vaso de Al está a medio camino hacia sus labios, pero se detiene allí, durante unos pocos segundos. Por fin, alguna clase de reacción. Parece sorprendido. Desconcertado, diría Fielding, incluso.

—¿En serio? —pregunta Alban, y bebe, pero con una forzada indiferencia. Ahora están llegando a algún sitio.

—Un cien por cien —le dice Fielding—. Una adquisición total. Uno o dos de nosotros podrían lograr quedarse como asesores. Es posible. Sería por acciones y efectivo. Acciones sobre todo. Mantendrían el nombre, por supuesto. Esa es una gran parte del valor.

Al permanece allí sentado asintiendo durante un rato, con los brazos cruzados. Parece estar mirando sus propias botas; anchas y amarillas con un montón de cordones.

Mira hacia Fielding y se encoge de hombros.

—¿Eso es todo?

—Bueno, ahí es donde entra la fiesta. La familia, la empresa, mantendrá una reunión general extraordinaria el día antes del cumpleaños de la Yaya, en el castillo, en la Mansión Garbadale. —Fielding toma un sorbo de agua—. Prácticamente todo el mundo estará allí.

—Mmmmm —murmura Al, y asiente. Todavía se encuentra mirándose las botas. Sus ojos están muy abiertos.

—Así que obviamente, podría apetecerte estar allí para eso también —le dice Fielding—. La reunión general es el sábado, el ocho de octubre. El cumpleaños de la Yaya es al día siguiente.

—De acuerdo.

—Como te he dicho, más o menos toda la familia debería asistir. Vienen desde todas partes del mundo. —Fielding le concede un momento—. Sería una lástima que no estuvieras allí, Al. En serio.

Alban asiente, mira su pinta de cerveza, luego casi la apura de un trago y se levanta mientras se pone su chaqueta.

—¿Has acabado? —pregunta, indicando con un gesto el agua mineral de Fielding—. ¿Continuamos nuestro paseo?

—Claro.

Camina junto al dique del río, hacia donde desaparece el tráfico a ese lado y un puente ferroviario cruza el caudal. Hay un puente peatonal adyacente al ferroviario; ascienden los escalones y continúan por él.

—Entonces, ¿qué opinas? —le pregunta Fielding a Al.

—¿Sobre la fiesta? ¿La reunión extraordinaria? ¿La adquisición? ¿O sobre nuestra gran familia feliz reuniéndose para una juerga?

—Sobre todo ello.

Al acelera un poco a propósito, luego aminora y se detiene, cerca del centro del puente peatonal. Se vuelve y mira hacia el agua, que se apresura suavemente por debajo. Es de color marrón claro, como el cristal ahumado, y lanza destellos entrecortados bajo la luz del sol. Fielding se inclina sobre la barandilla que hay a su lado.

Alban sacude la cabeza lentamente, sus rizos castaños ondean en la brisa.

—No estoy seguro de querer formar parte de todo esto. Lo siento.

Fielding desea decir algo y normalmente lo haría, pero a veces tienes que dejar que la gente llene sus propios silencios.

Al toma una serie de profundas bocanadas de aire y dirige su mirada hacia donde el agua desaparece río arriba.

—Hubo una vez en la que me sentía... obligado, atrapado por esta familia. Tuve la ridícula idea de que si podía huir durante un año y un día, de alguna forma me liberaría de ella, o al menos sería capaz de sobrellevarlo... en condiciones mutuamente aceptables. —Sonríe a su primo—. ¿Sabes? Igual que en los días de la servidumbre. Si un siervo podía escapar de su señor durante un año y un día sin ser atrapado, se convertía en un hombre libre.

—Había oído algo sobre ello.

—De todas formas es una idea estúpida —dice entre risas—. Un año sabático. Pero da igual. Después de regresar, después de ocupar mi supuesto lugar por derecho en la compañía, y luego hartarme de ello, entonces fue cuando supe que tenía que salir de allí, y decidí, comprendí, que un año y un día no serían suficientes, que jamás habrían sido suficientes. No con esta familia —concluye, volviéndose con una ligera sonrisa.

Y a veces las personas dejan silencios que no tienes más remedio que llenar.

—Entonces —plantea Fielding—, ¿cuánto tiempo sería suficiente?

—Alguno entre más adelante y para siempre, supongo —responde encogiendo los hombros.

Fielding espera un poco y entonces dice:

—Mira, creo recordar que te marchaste en primer lugar porque le vendimos una cuarta parte de las acciones a Spraint.

Al no responde.

—Eso se ha convertido en la versión oficial —le cuenta Fielding—. Esa es la mitología familiar, que estuviste en contra del traspaso del veinticinco por ciento y saltaste del barco. Allá por el noventa y nueve. Dime, ¿es correcto?

—Eso tuvo mucho que ver con aquello —dice Al—. Bueno, algo que ver.

—Pues mira, si aún estás en la parte contraria, entonces... —Fielding se detiene—. ¿Lo estás?

—¿Si estoy qué? —inquire Alban—. ¿Aún dispuesto a rechazar a la Spraint Corporation of America, Inc. y a todos sus trabajos?

—Sí.

Al sacude la cabeza.

—No estoy seguro de que ya me importe, Fielding. No estoy seguro de que tenga importancia en absoluto. Un grupo de accionistas, u otro grupo de accionistas. — Realiza una especie de movimiento giratorio con una mano y luego con la otra.

—Mierda —espeta Fielding apoyando la espalda en el tubo metálico de la barandilla—. Seré sincero, Al. Algunos de nosotros teníamos la esperanza de que pudieras ayudar a organizar la oposición al trato.

Alban mira a su alrededor, sorprendido.

—¿Es que hay una oposición? —Hace una pausa y se muestra pensativo—. No vamos a ser codiciosos, ¿verdad? —Vuelve a mirar hacia otra parte—. Eso sería tan inadecuado...

—Por supuesto que hay oposición —replica Fielding intentando no responder al evidente sarcasmo—. Esta es nuestra empresa, nuestra familia, Al. Es nuestro apellido el que está en el tablero. Es lo que hemos hecho durante cuatro generaciones. Es lo que hacemos, es lo que somos. Eso es lo que importa, ¿es que no lo ves? Me refiero a que eso es lo que ha hecho reaccionar a unos cuantos en la familia, especialmente desde que Spraint tomó su cuarta parte. No se trata de dinero. Por supuesto que el dinero es bueno pero, por Dios, todos tenemos básicamente suficiente. Si vendemos, todos seremos más ricos, pero solo seremos una familia como cualquier otra.

—No lo seremos.

—Bien, de acuerdo, como cualquier otra familia acomodada.

—Lo dices como si eso fuera algo malo.

—¡Vamos, Al! ¡Pensaba que al menos eso te haría reaccionar! ¿Es que no te interesa en absoluto? ¿Es que no te importa nada de esto?

—No de la forma en la que pudieras pensar, primo.

—Mierda.

Permanecen así durante un rato, apoyados en el borde del puente, mirando río arriba. Un tren de pasajeros pasa traqueteando lentamente en dirección a la ciudad con sus chirriantes ruedas. Parece muy alto y de un metal muy pesado a tan corta distancia. Un niño saluda con la mano y Fielding le responde con la suya, luego vuelve a apoyarse junto a Al. Es uno de esos silencios.

—¿Estás tratando de decirme seriamente —pregunta por fin Al—, que existe alguna posibilidad de evitar la venta?

Fielding continúa inexpresivo, por si Al se girase de repente hacia él.

—Sí —declara.

—¿Cuántas personas...? No, olvida eso, ¿cuáles son los porcentajes en juego?

—Es difícil decirlo con seguridad. La gente tiene las cartas muy pegadas al pecho. Spraint solo requiere el veintiséis por ciento de las restantes acciones familiares para tomar el control...

—No, necesitan un tercio de las restantes...

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Supongo. ¿Estarían satisfechos con el control, o desean la propiedad absoluta?

—Ellos dicen que podrían conformarse con el control, pero en realidad lo quieren todo.

—¿«Podrían conformarse» con el control?

—Tendrían que pensar en ello. Dicen que están tan seguros de que aceptaremos su oferta que ni siquiera se han molestado en pensar en lo que harán si no la aceptamos.

—Sí, seguro. Bueno, es nuestra familia. Siempre va a haber algunos reaccionarios.

—Eso está garantizado.

Al parece pensativo; se acaricia la barba.

—¿No se aplica en este caso lo del noventa y dos por ciento?

—Claro. Ellos están deseando obtener un noventa y dos por ciento de acciones para poder adquirir el resto por obligación.

—*Mmmmm*. —Alban se vuelve hacia su primo—. ¿Y quién va a detenerlos? —Su mirada parece buscar los ojos de Fielding—. Creo recordar que tú eras partidario de la venta hace seis años.

—Sí, lo era —dice Fielding con suavidad—. Por entonces me parecía lo más acertado. Probablemente aún pensaría igual en las mismas circunstancias. Necesitábamos la inyección de efectivo. Quiero decir que entiendo, y entendía, tu punto de vista, pero no había mucho que discutir acerca del hecho de que necesitábamos más inversión. Pero da igual. Eso fue entonces. Esto es ahora. No necesitamos vender a Spraint. Podríamos continuar siendo una empresa básicamente familiar. Podríamos mantener a Spraint en la junta como unos socios provechosos e incluso entusiastas, podríamos ser felices con ellos vendiendo las acciones a una tercera parte, o podríamos pedir fácilmente un préstamo al banco para recuperarlas. —Fielding espera que Al vuelva a mirarle al decir eso, pero no lo hace—. En serio —continúa Fielding—, es una posibilidad. Tenemos un buen crédito. Muy bueno. Kath ya ha... Me refiero a la tía Kath, ahora es la directora de finanzas. ¿Lo sabías?

—Sí, lo sabía —responde Al en voz baja.

—En cualquier caso, ella ha mantenido conversaciones informales con un par de bancos y parecen estar totalmente de acuerdo. Sin lugar a dudas, es alentador. Creo que ellos piensan que deberíamos hacerlo.

Fielding deja que Al reflexione durante un rato.

—Mira, Al, hay un par de tipos en la familia que podrían dudar en este asunto. Se sienten inclinados hacia ambas partes. Pueden ver que lo que Spraint está ofreciendo es, básicamente, un buen trato. Vender sería una buena decisión empresarial. Eso por descontado. De acuerdo. Por otro lado, es su vida, su familia, su nombre lo que está en venta aquí. Pueden ver valor, y me refiero a algo más que al monetario, en seguir a

bordo, en mantenerse en su puesto. Todo depende de cuánto valoremos la familia, supongo. Cuánto la valoramos cada uno de nosotros. —Fielding cree ver asentir a su primo—. Así que a algunos de nosotros nos gustaría, al menos, hacer frente a Spraint con una buena pelea. Y tú podrías ayudar, Al. Allí hay gente, por Dios, mi padre es uno de ellos, que te escucharía. ¿Y Beryl? ¿La tía abuela Beryl? Ella siempre ha sentido predilección por ti, ¿verdad? Ella es otra.

—¿Qué pasa con la vieja dama?

—¿Yaya?

—Sí. ¿A qué lado se encuentra en esto?

—Bien, ella me envió. Esto fue idea suya. Bueno, y mía.

—¿Está en contra de la adquisición? —pregunta mirando al otro.

—Sí —contesta Fielding.

—Estuvo a favor la última vez, en la venta del veinticinco por ciento.

—Te lo digo otra vez, eso fue distinto. Aquello fue para mantener en marcha la compañía. Esto es para mantener la compañía en marcha.

—Eso no es distinto, es lo mismo.

—Jesús, Al, ya sabes lo que quiero decir. Sin el dinero de Spraint podríamos habernos desplomado, así que lo cogimos y la compañía sobrevivió. Pero ahora quieren hacerla toda suya y lo único que permanecerá será el nombre; la compañía se habrá esfumado. Son negocios; todo es una cuestión de supervivencia. Mira, puedes ayudarnos en esto. Si lo deseas, puedes crear una oposición, puedes importar. Lo digo en serio. Tu puedes marcar la diferencia. Tan solo ven y habla con unos cuantos.

Fielding se queda callado.

—¿Por qué ahora? —pregunta Al. Se vuelve y sus ojos están entrecerrados, y Fielding sabe que ya lo tiene.

—¿Que por qué ahora? —repite Fielding.

—¿Por qué Spraint está ahora tan interesado? ¿Qué ha cambiado? ¿Qué hay a la vuelta de la esquina?

—Ah, bien, ahora; creemos que se debe a que la serie de ¡Imperio! ha funcionado muy bien en PC y en consolas, y están trabajando en un nuevo título para su propia nueva máquina, la NG. ¿Has oído hablar de ella?

—No.

—NG. Nueva Generación, partiendo desde la V-Ex. A principios del año que viene. Le da tres mil patadas a la PS2 y a la Xbox 360. Un procesador mejor y más rápido que los ordenadores de la más alta gama. Aunque debería decir «procesadores», en plural; tiene tres, además de la mejor tarjeta gráfica diseñada en el mercado. Un mínimo de ochenta gigas de disco duro y *hd ready*. Banda ancha incorporada.

—Ya veo que estás enamorado —dice Alban riéndose de su primo.

Fielding también se ríe.

—Es una máquina acojonante. Va a definir el mercado de los juegos de consola

durante los próximos cinco años.

—Ya, lo que tú digas.

—No, esa es la verdad.

—¿Ya tienen el software, los juegos preparados?

—Eso es de lo que estamos hablando. Consideramos que los títulos de ¡Imperio! y sus versiones van a significar una parte importante de la presentación al mercado y de sus planes de futuro. Uno de ellos incluso podría incluirse junto al primer lanzamiento.

—¿Podría?

—Sí, es una posibilidad.

—Está claro que te mantienen bien al día en los desarrollos.

—Oye, somos socios, no gemelos siameses.

Al se da la vuelta de nuevo, pero está pensativo.

—Ajá —dice suavemente. Deja una pausa sorprendentemente larga—. Así que tú quieres cortarle el paso a ese jodido mastodonte.

—Y podemos hacerlo —afirma Fielding—. Si la gente lo cree. Quiero decir que tenemos que llegar hasta ellos antes de la reunión general extraordinaria en Garbadale, pero hay tiempo. Podríamos lograrlo. También tendríamos que estar allí en Garbadale, obviamente, pero hay cosas que hacer de antemano. Solo un par de semanas como máximo, Alban, eso es todo. Los gastos corren por mi cuenta, faltaría más. —Fielding se queda en silencio. Puede oír el borboteo del río—. ¿Qué te parece?

Alban sacude la cabeza. No dice nada.

—Por Dios, Alban —espeta Fielding—, ¿es que cortar árboles es un trabajo tan jodidamente fascinante que no puedes apartarte de él?

—No —responde entre risas, volviendo a pasarse los dedos por entre el cabello—. De todas formas me han dado de baja por invalidez.

—¿Qué?

Mierda, piensa Fielding, *¿me he perdido algo? ¿Es que Al se ha cortado un dedo de la mano, o de los pies o algo así? Perdió la parte superior de un meñique hace años, no mucho después de empezar esa mierda de los bosques pero, ¿es que ha perdido algo más?*

—¿Ves estos dedos? —dice Al, levantando el índice y el corazón de ambas manos.

—Parecen estar en su sitio —asiente Fielding.

Al también les dedica una mirada.

—Sí, claro, pero además tienen algo llamado «dedo blanco».

—¿Qué?

—Se coge a causa de un exceso de vibración. Empieza a cargarse los vasos sanguíneos o algo así. El médico me lo explicó todo. He manejado demasiadas motosierras viejas en el trabajo. No debería haberme ocurrido tan deprisa, pero al

parecer, soy especialmente vulnerable.

—Joder. ¿Te duele?

—No. —Gira los dedos delante de su cara, inspeccionándolos—. He perdido un poco de sensibilidad, y tengo que procurar que no se enfríen demasiado durante el invierno, pero puedo vivir con ello.

—¿Así que estás fuera?

—Sí.

—¿No podían buscarte un puesto de oficina?

—La parte de cortar árboles era la que más me gustaba. —Al se ríe—. Me ofrecieron trabajo como conductor, remolcando árboles, limpiándolos o apilándolos y todo eso, pero no me interesaba.

—Entonces... —Fielding levanta ambos brazos—. ¿Por qué no...?

Deja que su voz se diluya mientras Al vuelve a mirar río arriba.

Debajo, las aguas continúan su incesante camino.

—Mira —dice Fielding—, ¿no vendrás al menos para ver a Beryl y a Doris? Por Dios, hombre, solo es a Glasgow. —En realidad, Fielding siente en sus propias carnes una especie de terror a encontrarse con sus dos tías abuelas. No es que vaya a mencionar eso, por supuesto—. Les encantaría verte —le cuenta a Alban, y posiblemente sea cierto—. Hoy podríamos conducir hasta allí.

Sin respuesta.

Entonces Al dice:

—A lo mejor. No lo sé.

Dios, piensa Fielding, parece estar deprimido, derrotado. Bueno, al menos siente algo, supongo.

Tras un rato, Al dice:

—Antes dijiste que prácticamente toda la familia va a estar allí, en Garbadale.

—Tienen que estar. La Yaya tiene, bueno, la empresa tiene, pero eso significa «la Yaya», el derecho de voto de cualquiera que no asista. De forma efectiva.

—Muy bien. —Al deja escapar un largo suspiro—. ¿Y de los Estados Unidos?

—Oh, habrá un buen grupo de ellos.

Los hombros de Al se sacuden con lo que podría ser risa otra vez.

—Ambos estamos siendo esquivos con esto, Fielding. Los dos sabemos que...

Esta vez es la voz de Al la que se apaga.

Fielding se aclara la garganta y dice:

—Tengo entendido que Sophie va a estar allí. La prima Sophie. Ella aceptó la invitación a la fiesta y confirmó su asistencia a la reunión general. Apuesto a que estará allí. —Hace una pausa—. Aunque, obviamente...

De repente, Fielding se da cuenta de que podría estar a punto de meter la pata si continúa abriendo la boca, así que se calla.

Alban coloca su cabeza entre la uve formada por sus brazos extendidos y sus manos entrelazadas, como si estuviera examinando el paso del río, justo por debajo

de él.

Como si rezase.

Eleva su mirada y se vuelve, sonriente.

—¿Te apetece comer algo?

—Buena idea —contesta Fielding.

Caminan de vuelta hacia la ciudad.

—Oh, Dios, ¿te encuentras bien?

Le llevó un rato coger el suficiente aire para jadear.

—Creo que no.

Trató de hacerse una bola más aun, a pesar de ser perfectamente consciente de que eso no mejoraría las cosas de ningún modo.

El dolor era peor que cualquier cosa que jamás hubiera sentido. Parecía irradiar desde su ingle igual que un terrible foco de luz, lanzando sus abominables rayos de agonía sobre cada parte de su cuerpo, desde el pelo hasta las uñas de los pies. Iba más allá del dolor, adentrándose en otros reinos, entre los que se incluía una sensación general de frío, náusea y desesperación. También parecía estar empeorando gradualmente. Alban había vivido durante quince años y nunca había experimentado nada parecido. Y esperaba no tener que volver a hacerlo.

—Dios mío, lo siento mucho.

La chica se quitó sombrero su negro de montar y lo colocó sobre el camino de ladrillos. Ella se arrodilló junto a él, dubitativa, luego le puso una mano sobre el hombro y lo apretó cariñosamente. Él dejó escapar un sonido entre un bufido y un gorgoteo. Ella miró a su alrededor, pero no había nadie más en el jardín amurallado. Se preguntó si debería subir hasta la casa y avisar a alguien. ¿Cómo de grave podía ser? Al principio había pensado que él estaba exagerando cuando cayó como un saco de patatas y se enroscó como un puercoespín. Ahora creía que probablemente su intenso dolor era auténtico.

Raspadura resopló y volvió a flexionar una pata trasera, retrocediendo hacia ellos dos. Oh, Dios, podría patearle de nuevo. O a ella. Chasqueó la lengua y se levantó, reprendiendo a la yegua castaña y guiándola hasta donde pudiera mascar algunas hojas de zanahoria sin causar daño alguno. Después volvió junto al chico que yacía apretando su zona dolorida sobre el camino de ladrillos rojos. Se mordió el labio inferior y le dio unas suaves palmadas en la cabeza. Su pelo rizado era de color marrón claro.

—Eso se llama esparaván —le dijo, sin que se le ocurriera otra cosa.

Él produjo un sonido que podría haber sido un «¿Qué?».

—La súbita elevación espasmódica de la pata trasera de un caballo —le explicó—. Se llama esparaván.

Él hizo una especie de ruido quejumbroso y pareció tratar de enderezarse,

entonces jadeó y volvió a enroscarse sobre sí mismo.

—Gracias —respondió. Sonaba como si estuviera apretando los dientes—. Es bueno saberlo. —Hizo una pausa para tomar aire—. Me ha parecido más bien... una coz.

—En realidad tienes razón, fue más como una coz. Lo siento. Es muy, muy doloroso, ¿no?

—Un poco —dijo con lo que pudo ser un asentimiento.

—*Raspadura* jamás había hecho eso antes.

—¿Perdona?

—*Raspadura*. Ella jamás había hecho eso antes. Cocear a alguien.

—¿De veras? —Cada una de sus palabras sonaba entrecortada, como gruñidos.

—Claro. En realidad se supone que no debes pasar tan cerca de las patas traseras de un caballo, sobre todo cuando no lo conoces.

—Ajá, bien —respondió él—, en realidad se supone... —tomó otra repentina bocanada de aire—, que no debes traer caballos... —una bocanada más entre silbidos—, a un huerto —le dijo—. Tampoco.

—Lo siento. Supongo que no.

—Y, ¿eres sorda?

—¿Cómo dices? Ah, no. No, es que estaba oyendo mi Walkman.

—¿Qué estabas —tragó aire de forma desordenada— escuchando?

—Oh, sí, una de las canciones de *Now, That's What I Call Music*^[2].

—Ya.

Ella volvió a morderse el labio inferior. Todo lo que estaba haciendo era echar un vistazo alrededor del viejo jardín amurallado ahora que había finalizado su paseo por la finca y la playa. Acababa de regresar de España, y lo primero que quiso hacer fue sacar a *Raspadura* para dar una vuelta. Volvió a palmear la cabeza del muchacho. Tenía el pelo muy suave. Estaba bastante segura de saber quién era.

—¿Quieres que vaya a buscar ayuda o algo así? ¿Tú qué opinas?

—No sé. ¿Algo de hielo? —Se giró hacia la chica y entonces, por primera vez, ella pudo ver su cara con claridad. Su rostro estaba obviamente desencajado en ese momento, pero ella sospechaba que, probablemente, era más agradable cuando no lo estaba. Tenía unos preciosos ojos marrones, del mismo color que el pelaje de *Raspadura*. Suponía que tenía uno o dos años más que ella; digamos dieciséis. Le recordaba un poco a Nick Rhodes, de Duran Duran. Hacía más o menos un año consideró que ya estaba bien de Duran Duran, pero aún sentía debilidad por Nick—. No tengo ni idea —jadeó—, podría necesitar un médico en un momento dado. Solo para asegurarme, ¿sabes?

—Joder, vale. —Ella volvió a apretar su hombro con suavidad—. Subiré a la casa.

—¿Y podrías sacar a ese animal de entre mis zanahorias?

—Vale, no hay problema. Enseguida vuelvo.

Llevó al caballo de vuelta a través del portón del muro occidental, a paso ligero.

El dolor iba y venía, como las olas en una orilla en la que cada grano de arena es un diminuto testículo inflamado que se golpea contra todos los demás. Esto si que era dolor, me cago en la puta. ¿Por qué tenía que doler tanto? Una vez le habían golpeado con una pelota de tenis, puede que hiciera tres o cuatro años y eso había sido horrible, pero esto era infinitamente peor. ¿Realmente merecían la pena el sexo, los orgasmos y la reproducción para esta puta locura de agonía? Él ni siquiera había llegado a hacerlo propiamente aún, solo se hacía pajas y ahora creía que nunca podría. ¿Realmente se podían reventar los huevos? Hostia puta. Últimamente había estado pensando que le gustaría ser padre algún día, en su momento, pero ahora puede que aquello fuese una opción completamente fuera del menú, y todo gracias a cierta chica «vale» y a su enloquecido caballo odia hombres, revientapelotas del infierno. Lo que en realidad quería hacer era levantarse, bajarse los pantalones y los calzoncillos y echar un vistazo a los daños, pero no podía, no cuando la chica podía reaparecer en cualquier momento con el tío James, la tía Clara o sus propios padres.

De forma gradual, jodidamente demasiado gradual, las punzadas comenzaron a desaparecer. Empezó a dejar de sentirse tan mal. Se incorporó con la ayuda de una mano y se sentó cuidadosamente sobre el camino de ladrillos que pasaba entre los sembrados de lechugas. Enjugó sus lágrimas. En realidad no había estado llorando, pero supuso que el dolor y las muecas que este le había provocado en la cara habían estrujado sus conductos lacrimales. Sacó un pañuelo del bolsillo y se sonó la nariz. Incluso eso le dolía. Tosió. Eso también dolía. Comenzó a pensar en ponerse en pie, preguntándose si aquello también le resultaría doloroso. Miró hacia el sombrero negro de montar que la chica había dejado tirado en el camino. Un solitario, largo y rizado pelo rojizo yacía enrollado en la aterciopelada superficie, brillando bajo el sol como un meridiano bermellón.

Ella tardó cinco o diez minutos en llegar, y regresó sola, sosteniendo una cubitera de hielo.

—¡Se han marchado todos, maldita sea! —exclamó—. No hay nadie allí. Tampoco están los coches.

Él se enjugo la última de sus lágrimas y la miró. Era pequeña, una cabeza entera más baja que él. Supuso que tenía más o menos su misma edad. De curvas pronunciadas; bien desarrollada era la expresión adecuada, pensó. Se veía bien con sus altas botas negras, sus ajustados pantalones beis y su larga chaqueta negra. Su rojizo cabello recogido brillaba como el cobre bajo el sol, enfrentado al reluciente azul del cielo estival. Ella tomó asiento a su lado, sobre el bordillo elevado del camino. Ojos verdes. Piel suavemente bronceada, encendida con un sutil rojo en las mejillas. Nariz pequeña y bonita.

—Toma. He traído el hielo. —Dejó pesadamente la cubitera sobre el camino, entre sus botas, luego rebuscó en su negra chaqueta de montar y extrajo una caja de pastillas—. Es paracetamol. Pensé que podrían servir.

Él hizo amago de darle una palmadita.

—Gracias, me pondré bien. El dolor está empezando a irse. Sobreviviré. — Colocó las manos sobre sus rodillas, miró hacia delante y dejó escapar un profundo suspiro.

Sus manos parecían grandes y fuertes, y estaban increíblemente sucias; marrones a causa de la tierra y con las uñas negras. Ella sintió un escalofrío.

—Bueno, vale. Uff, ¿verdad? —dijo sonriendo.

Él advirtió que tenía puesta una ortodoncia en los dientes superiores. Ella le vio mirarle la boca y apretó sus labios. Fue casi una mueca de disgusto. Pensó él. Era muy guapa. Bueno, aparte de la ortodoncia, obviamente. Entonces ella extendió su mano.

—Soy Sophie. Tú eres Alban, mi primo, ¿he acertado?

Él tomó su pequeña mano y la estrechó con cuidado. Así que eran primos. Eso era una lástima.

—Ese soy yo —respondió—. Encantado de conocerte.

—En realidad, parece ser que nos hemos conocido antes, cuando éramos muy pequeños pero, oh, de todas formas, encantada.

—Gracias por el hielo —dijo y asintió, inclinándose de nuevo hacia delante con el ceño fruncido a causa del dolor—. Pero creo que volveré a la casa. Puede que me dé un buen baño frío.

Ella se levantó y le ayudó tirando de él hasta que se hubo puesto en pie, después recogió la cubitera y lo aferró por debajo de su hombro derecho tras contemplar sus primeros pasos, entrecortados e inseguros. Ella permaneció así, apoyándole, todo el camino de vuelta a casa. Era más un estorbo que una ayuda, pero le gustaba la sensación y olía muy bien, fuese o no su prima.

Era el segundo verano que había pasado entero en Lydcombe desde que creció. Sin embargo, ya conocía bien el lugar. Había nacido en Garbadale, en el extremo noroeste de Escocia. Él, su verdadera madre, Irene, y su padre habían vivido allí hasta que cumplió dos años, cuando ocurrió aquello con su madre. Entonces él y su padre se mudaron a Lydcombe. Ambas fincas, con sus grandes casas, eran propiedad de la empresa familiar. Quién tenía que vivir en qué sitio era de largo una cuestión de preferencia, pero que dependía definitivamente de la decisión de los miembros más veteranos de la familia. En aquellos días, estos eran el abuelo Bert y la abuela Win.

Él no podía recordar nada acerca de su madre o de Garbadale. Lydcombe era todo lo que conocía. Ellos habían vivido aquí y él había crecido aquí, en la casa, cuando era muy pequeño, pero entonces, al hacerse mayor, más fuerte y más valeroso, el lugar en el que realmente había crecido era el jardín y la finca en sí.

Al principio tan solo se sentía cómodo en los parterres y bancales alrededor de la casa, normalmente quedándose junto a su padre mientras él se sentaba en su pequeño

taburete, detrás del caballete, pintando, pero después de un tiempo empezó a hacerse amigo del jardín Victoriano amurallado, y más tarde comenzó a jugar en el interior de la vieja huerta de manzanos, entre las ruinas de la antigua abadía. La huerta se había convertido en pasto y era utilizado para ayudar a alimentar a las ovejas y cabras de la finca, que eran, más que nada, animales de compañía. Aun más tarde, al expandir lo que empezaba a considerar como sus dominios, empezó a aventurarse más allá de aquellos círculos de seguridad, confianza y familiaridad hacia las lejanas praderas, arboledas, campos y bosques de la finca. Entonces, un día soleado, llegó hasta el río, con sus orillas cubiertas de flores salvajes y arbustos y, durante aquel día de espontáneo celo exploratorio, incluso continuó, llegando más allá, cruzando el ancho y manso vado hasta las dunas y la playa al otro lado, hasta el borde de la tierra donde cantaban las carracas y las colinas de Gales resplandecían trémulas en la azulada distancia.

Él había comenzado a asistir a la Escuela Primaria de Mardon, cerca de Minehead. Exploraba los jardines y la finca por las tardes y los fines de semana. A veces se encontraba con su padre, quien pintaba algún paisaje lejano o parte de los jardines. En ocasiones, su padre vendía los cuadros, aunque, casi siempre, estos parecían ir llenando lentamente las paredes de la casa. Sus amigos del colegio iban a visitarle y exploraban la finca con él. Se sentía especial, de algún modo secretamente a cargo de toda ella. Le pertenecía.

Su padre volvió a casarse. Al principio, Alban no se fiaba mucho de la tal Leah, e insistió en llamarla tía Leah durante años. (Era una solemne promesa secreta susurrada una noche, bajo las sábanas, al espíritu de su verdadera madre). Pero Leah se portaba bien con él, incluso cuando él no hacía lo mismo con ella, y su padre parecía más feliz de lo que Alban jamás pudiera recordar y le regañaba menos. Su padre le permitía sentarse en su rodilla y siempre llevaba un pequeño lienzo de sobra con él, en el que dejaba que el chico hiciese sus garabatos, animándole a aplicar pintura sobre el elaborado tejido obsequiado. A veces su padre le sugería temas, o aconsejaba colores que podían ser interesantes, pero la mayoría de las veces se limitaba a quedarse allí sentado, pacientemente, sonriendo hasta que Alban se aburría, bajaba de un salto y se iba una vez más a jugar; entonces su padre apartaba a un lado el pequeño lienzo y continuaba con su propia obra.

Una noche, Alban pronunció una avergonzada disculpa a la memoria de su verdadera madre, y después comenzó a llamar a Leah «mamá».

Después de haberle tenido miedo, e incluso tomando a mal su presencia, empezó a hablar con el viejo jardinero, el señor Sutton, quien le dejaba parlotear mientras trabajaba y, a veces, le permitía ayudarlo.

Un día llegó Cordelia. Esa increíble y nueva cosa diminuta; una hermana. Era asombroso. De repente se dio cuenta de que eran una familia. Cory absorbió gran parte del tiempo de sus padres, dejándole a él incluso más libertad para seguir explorando el jardín. Ahora el señor Sutton tan solo acudía a los jardines algunos días

por la tarde, ya que se hacía viejo. Alban había empezado a dibujar mapas del jardín, nombrando sus partes y características, apelando a su propia experiencia. Pasaban buenas, largas y cálidas vacaciones en el extranjero, y también en Garbadale, aunque cortas y frías. El sol en abundancia estaba muy bien durante un par de semanas, pero después de todo también tenían sol, mar y arena en Lydcombe, y las plantas y jardines de fuera siempre parecían demasiado estridentes y obvios comparados con los de casa.

Al igual que la rocosa desolación de las abruptas pendientes alrededor de los terrenos inundados y los jardines saturados de rododendros que rodeaban los lúgubres muros grises de la Mansión Garbadale; aquello no significaba mucho para él y, de alguna forma, nunca se sintió cómodo allí. Hizo todo lo que pudo por disfrutar cualquiera de las vacaciones que se le presentaban (su padre había tratado de que lo comprendiese: apreciar todo lo que la vida te ofrece, sacarle partido al «ahora», porque todo cambia, y a veces no para bien), pero la mayoría de las vacaciones eran simplemente diferentes, no mejores, comparándolas con la vida en casa. Tras los primeros días de cualquier periodo que pasaba fuera, siempre se encontraba echando de menos Lydcombe, y en cuanto regresaban de las vacaciones corría hasta el jardín, cruzando los parterres, a través de la huerta y el eco de las ruinas de la abadía y, en ocasiones, todo el camino hasta el río y el mar.

El señor Sutton ya estaba muy, muy viejo e ingresó en una residencia; dos muchachos del pueblo, ambos llamados Dave, realizaban de vez en cuando algunas tareas de jardinería, pero no estaban interesados en hablar con un chaval de la edad de Alban. Solían hacer chistes sobre el huerto que él no comprendía, y no parecía preocuparles tanto como al señor Sutton, pero eso le dejaba aun más para él, fue lo que pensó.

Más tarde, deseó haberse parado a pensar en la maravillosa y privilegiada vida llena de belleza que había estado disfrutando hasta entonces al menos una vez.

Lo que ocurrió, cuando cumplió once años y estaba a punto de empezar la escuela para mayores, fue que su padre le hizo sentarse un buen día y le dijo que abandonaban Somerset, que se marchaban de Lydcombe. Su padre se enrolaba en la empresa familiar. Tendría que trabajaren la oficina central de la compañía. Regresarían algún día, por supuesto, pero de momento se marchaban a la gran ciudad, ¡a Londres! Bueno, a Richmond, que no estaba muy lejos y disponía de buenas comunicaciones en tren con el centro. Habían encontrado una buena escuela cercana, donde no tendría que quedarse interno ni nada de eso.

Abandonarían Lydcombe. Otra gente, alguna tía suya y su tío con sus hijos (se suponía que debía saber quiénes eran, pero no recordaba haberlos conocido) iban a vivir allí, ahora que su padre ocupaba un nuevo puesto en la familia y trabajaría en Londres.

Se sintió traicionado, exiliado, expulsado. Comparado con Lydcombe, Richmond era un extraño lugar, abarrotado y agobiante. La casa era tan solo un poco más

pequeña, aparentemente, pero mucho más vertical y excesivamente ordenada; con menos pasillos pintorescos, descansillos, escaleras irregulares y habitaciones con forma extraña. Uno se sentía oprimido y limitado después de Lydcombe, como si el edificio estuviera permanentemente vigilando, sin descanso. Se suponía que el jardín tenía que ser inmenso, pero eso era mentira; cuando salió a verlo y terminó de examinarlo, resultó tener apenas la mitad del tamaño del jardín amurallado de Lydcombe. Su padre pasaba la mayor parte del tiempo trabajando.

El hecho de que lo llevaran a ver películas y espectáculos a Londres enmendó algo de aquello, pero no todo. La escuela, después de un par de difíciles semanas, se convirtió en un consuelo. Todo lo que tuvo que hacer fue cambiar un poco su acento, aunque nunca había sido especialmente del sudoeste desde un principio, y aceptar el desafío de un chico que era mayor e incluso más grande que él, pero también más lento. Se estrecharon las manos tras la pelea, la cual encontró ligeramente graciosa; los palos de jockey eran muy divertidos. Disfrutaba aprendiendo, disfrutaba estando con los demás muchachos, disfrutaba cuando lo llevaban a Londres (sobre todo si solo estaban él y su padre), y cuando le permitían pasear por las calles y parques de Richmond con sus amigos, pero echaba de menos Lydcombe y, según comprendió una terrible noche, lo echaba de menos más que a su difunta madre.

Ahora Lydcombe se había convertido en el lugar para ir de vacaciones, en vez de ser el lugar de donde partir; un destino, temporal y, de alguna manera, restringido. La primera vez que regresaron, observó que la media docena o más de las pinturas de Andy que habían dejado allí como obsequio para la casa y sus nuevos inquilinos habían sido movidas, destinadas a estar en dormitorios en lugar de dejarlas en espacios comunes. Si a Andy le molestó, él no llegó a darse cuenta.

Había visitado la finca con sus padres y su hermana Cory cada año desde la gran mudanza a Richmond, a veces quedándose una semana o dos, y a veces tan solo a pasar la noche, pero apenas podía recordar a Sophie. Pensaba que ambos tenían cinco años la última vez que se habían visto. Tenía el vago recuerdo de haberla hecho llorar.

Desde entonces sus caminos jamás se habían cruzado, incluso aunque Lydcombe era el hogar de Sophie. Ella era la hija del tío James con su primera esposa, no del tío James con la tía Clara, así que pasaba mucho tiempo fuera, con su verdadera madre, en España.

La primera vez que consideró las consecuencias de ello, pensó en lo extraño que debía ser. El hecho de tener dos madres no era extraño, él mismo estaba acostumbrado a eso, pero tener dos madres que estaban vivas... Aquello sí era insólito. Tan solo cuando comenzó a preguntarles a otros niños sobre este tipo de cosas empezó a comprender que no era tan extraño en absoluto. Sin embargo, los adultos eran definitivamente extraños.

Él había empezado a encargarse del jardín en Richmond, sin apenas darse cuenta, desde que tenía doce años. Tenían un jardinero que iba de vez en cuando, y él no cesaba de acompañarle durante su tarea, haciéndole preguntas, ayudando en lo que

podía y haciendo algo del trabajo de pala y levantando objetos pesados que dañaban la espalda del señor Reynolds. Llegó a amar ese trabajo, el dominio de la horticultura, la inmensa cantidad de conocimientos ocultos que parecía existir detrás de cada hoja, brizna, pétalo o hierba.

Los jardines de Kew no estaban muy lejos. La primera vez fue con sus padres, durante un frío y neblinoso día de otoño, en el que estaba de mal humor por algún motivo olvidado y sin realmente desear estar allí de ningún modo, o en ninguna parte con ellos (Cory también fue, toda risueña y dulce para variar, como si pudiera sentir su humor y tratara de contrastar deliberadamente), pero aunque de mala gana, estaba impresionado con los árboles y arbustos, y el armonioso e imponente diseño de la pagoda surgiendo a través de la neblina. Luego aparecieron los invernaderos. Aquellos lo dejaron sin habla, con su olor, calor y humedad inmediata que contenían un completo, fragante y fabuloso mundo de abundante vegetación; había plantas de todas partes, oníricas caricaturas vegetales, algunas incluso de pesadilla, como si fueran extraterrestres, todas ellas floreciendo esplendorosamente allí, bajo el grisáceo cielo inglés. Los reactores, también de todas las partes del mundo, rugían sobre sus cabezas, en la oscuridad, cada pocos minutos, de camino a Heathrow. Tuvo que inclinarse y mirar las etiquetas lo más disimuladamente que pudo, ya que no deseaba exteriorizar lo profundamente impresionado que se sentía, lo mucho que aquello significaba para él. En ese momento ya sabía que vendría a menudo.

Cuando le preguntaron lo que quería hacer durante las vacaciones de verano del 84 (entonces tenía catorce años y había sido invitado a quedarse con varios núcleos de la familia, desde Garbadale hasta los Estados Unidos, pasando por el Lejano Oriente), respondió que le gustaría ir a Lydcombe y trabajar en el jardín.

Para cuando acabó aquel primer verano, él ya casi había empezado a pensar de nuevo en ese sitio como en su hogar. La casa en sí no estaba mal, pero lo que le fascinaba era la finca, los jardines, las plantas, flores, arbustos, árboles y vegetales, incluso las variadas especies de hierba en los parterres y praderas, tanto como la vida animal que sustentaban.

El interés por la horticultura estaba un poco pasado, como sus compañeros de la escuela se tomaban el placer de informarle, y en cierto sentido tenían razón. Pero ahí estaba. Simplemente encontraba absolutamente fascinante todo aquel aburrido rollo de lo verde. Que Dios lo ayudase, era un adolescente con una completa obsesión por el cultivo de vegetales.

—Así que estás sentado sobre un flotador, ¿eh, Alban? —preguntó el tío James—. Pásame los guisantes.

—Oh, pobre niño mío —dijo Leah, puede que por quinta vez, desde el otro extremo de la mesa y con un leve y compasivo gemido en su voz.

—Mamaaá —protestó Alban mirándola. Leah se limitó a sonreír más

ampliamente—. En realidad es un cojín, tío —corrigió al tío James mientras empujaba el recipiente de los guisantes al otro lado de la mesa.

Por Dios, aquello era embarazoso. Era horriblemente consciente de que debía haber sonado como un niño pequeño, llamando a Leah, «mamá» de esa forma. Ni siquiera «mamá», sino «mamaaá», el sonido se había extendido como si lo hubiera pronunciado un niño pequeño. Recorrió la mesa con la mirada hasta Sophie, para ver si se estaba riendo o mofándose de él o algo así, pero tan solo se dedicaba a servirse más patatas.

—Tú, pobre mozalbeta —intervino la tía Clara bruscamente—. Debes tener cuidado con los caballos. —Clara era una dama corpulenta y rubicunda, dada a vestir con delantales y a llevar pañuelos sobre la cabeza. Alban no creía haberla visto jamás llevar el pelo, de un tono naranja un tanto inquietante, suelto.

—Doc dice que no hay lesiones permanentes —anunció Andy. El padre de Alban había insistido en estar presente cuando el médico lo examinase. Eso también fue algo embarazoso, aunque Andy había sido muy compasivo. Además, le examinó una joven doctora. Eso sí que había sido espantosamente embarazoso.

—Entonces, la descendencia familiar no corre peligro, ¿verdad? —le preguntó el tío James al padre de Alban. El tío James era una especie de carcamal excéntrico. Usaba un montón de chalecos, esas camisas amarillas de cuadros que los granjeros de verdad apenas usan y pantalones de pana, lo cual no hacía sino incrementar su ya de por sí, sobredimensionada silueta. Tenía un abundante y rizado cabello negro, mejillas sonrosadas y una panza bien alimentada.

Andy se limitó a sonreír. El padre de Alban era muy normal en comparación; más delgado, con el pelo liso y negro, aunque ya tornándose gris. Tenía un rostro de aspecto agradable, con zonas arrugadas bajo los ojos, que parecían señalar que se había pasado la vida sonriendo, pero que, en ocasiones, si lo sorprendías sentado a solas, mirando al infinito como solía hacer a veces y no percibía tu presencia, le hacían parecer muy triste, hasta que se daba cuenta de que estabas allí.

—Te pondrás bien, ¿verdad, cariño? —dijo Leah, aún sonriendo a Alban. La madre de Alban era pequeña y pálida, aunque con esa clase de personalidad alegre que la gente suele asociar con personas que le doblaban la talla. Tenía una abundante cantidad de pelo rubio rizado, al que ella llamaba su corona de gloria. Además, como más de un compañero de Alban había señalado para mayor vergüenza, tenía unas tetas magníficas para su edad.

—Me pondré bien —murmuró. Se inclinó sobre su plato y comenzó a cortar la grasa de los bordes de los filetes de cerdo.

—Espero que no estuvieras haciendo el Geldof^[3] delante de mi pequeña, Alban —dijo el tío James, cubriendo su plato con salsa de manzana.

—¿Cómo dices, tío?

—Diciendo tacos como ese tal Geldof. Sería algo natural después de ser coceado en los huevos de esa forma; puedo entender eso, pero tan solo espero que hayas

podido contener tus profanaciones delante de los oídos de mi pequeña.

—James, por favor —dijo Sophie, poniendo los ojos en blanco.

El padre de Sophie hizo ademán de girarse en su asiento para mirar detrás de él, hacia la puerta del comedor.

—¿Es que ha entrado alguien? —preguntó con el ceño marcadamente fruncido—. ¿Alguien que se llama James?

—Padre, papá, *pater*, papaíto —dijo Sophie con los labios apretados, mirándolo fijamente.

—¡Oh! ¡Soy yo! —exclamó el tío James, volviéndose de nuevo—. Perdona, hija.

—Te alegrará saber que no me sobraba nada de aire para decir tacos, tío —aclaró Alban. Miró al otro lado de la mesa—. Los delicados oídos de tu hija no han sido contaminados.

Sophie resopló.

—Por favor, cariño —le reprendió su madre—. Pareces un caballo.

—Puedo decir tacos con fluidez en tres idiomas diferentes —espetó Sophie con entusiasmo—. Querida madre, querido padre.

El tío James sacudía la cabeza.

—Ese fulano, Geldof. En serio. ¿Cómo se llamaba aquel grupo en el que solía estar? ¿Los *Gatos de Boomtown*?

—Las Ratas —corrigió Alban.

—Oh, exacto —convino el tío James—. No podía creerlo cuando se puso a decir tacos de esa forma. En televisión.

—Papá, eso fue hace un mes —protestó Sophie—. ¿No puedes dejarlo? De todas formas lo hizo, funcionó; consiguió que la gente le mandara su *jodio* dinero. —Ella abrió bien los ojos, bajó la voz e hizo una aceptable imitación del acento irlandés al pronunciar las últimas dos palabras. Cory, la diminuta aunque enormemente molesta hermana de ocho años de Alban, emitió un repentino y agudo sonido. Alban, sin poder parar de reír, casi se atragantó con un bocado de su filete.

—Bueno, ya está bien, jovencita —le advirtió el tío James, muy serio de repente y poniéndose algo colorado mientras apuntaba a Sophie con el tenedor—. Estamos cenando.

—¿Cuánto dinero diste al *Live Aid*, papá? —preguntó Sophie. Alban hubiera jurado que sus pestañas aletearon.

—Para ser franco, te diré que eso no es asunto tuyo —le dijo el tío James a su hija y sonrió.

—Bueno —replicó Sophie enfáticamente—, yo di todo el dinero que había ahorrado para ir a esquiar el año pasado.

—Querrás decir todo el dinero que yo te di para que fueras a esquiar.

—No tiene importancia de dónde viniera —insistió Sophie con el mismo énfasis—, lo que importa es a dónde fue.

—Qué acierto por tu parte. Espero que los etíopes te envíen una nota de

agradecimiento. Ahora, si no te importa, me gustaría continuar con mi cena.

Sophie emitió un gruñido y bajó la mirada hacia su plato.

—Sophie, cariño. ¿Seguro que no quieres probar un filete? —preguntó repentinamente la tía Clara.

—Mamá —contestó Sophie, exasperada—. ¡Soy vegetariana!

—Sí, ya lo sé, cariño. Pero están riquísimos.

Sophie se limitó a poner los ojos en blanco. Su mirada se encontró con la de Alban y ambos compartieron una de esas compasivas sonrisas del tipo «Padres, ¿eh?».

Otra vez en el piso, sin cerrar con llave, de Tango (esta gente vive en la fantasía de las series de televisión norteamericanas, donde los amigos simplemente entran en tu apartamento cuando les apetece. Ja, ja). Desde el salón suena una voz que Fielding no reconoce, diciendo:

—¿De qué coño me hablas? Si te quitas *toa* la ropa, pues entonces estás desnudo de cojones.

—No, pero —responde Tango—, lo que digo es que, si tienes un tatuaje, *pos* no te lo puedes quitar. Así que nunca estás totalmente desnudo. ¿Es que no lo ves?

—Sí, ya veo que estás *pirao*, eso es... ¡Oye! Pero si es Yakuza. ¿Cómo lo llevas, tronco?

—Buenas tardes a todos —dice Al.

El nuevo visitante resulta ser un tipo gordo y bajito con el pelo negro y ridículamente largo. Lleva unos vaqueros y un chaleco de cuero negro, y tiene el aspecto de un miembro del equipo de Black Sabbath, allá por 1970. Dos ojos entrecerrados, una nariz grande y un porro muy gordo que sobresale a través de las cortinas de pelo que tiene a ambos lados de la cara. Parece sorprendido cuando ve a Fielding, entonces hace algo parecido a un gesto de saludo con la cabeza. La única otra persona presente es Tango, a quien Al solicita un momento de charla. Los dos salen de la habitación. Fielding se sienta en el sofá, pensando en lo estupendo que va a ser salir de allí. Hay una caja plateada junto al televisor de Tango que le resulta familiar, con cables que van de un aparato a otro y hay un par de mandos de consola tirados en la moqueta, bajo el televisor. El tipo gordo y bajito toma asiento y mira a Fielding mientras Fielding lo mira a él, decidido a no perder la guerra de miradas. El gordo fuma de forma extraordinaria, creando una espesa pantalla gris delante de lo poco de su cara que no está tapado con el pelo. Tras un rato, sonrío y le ofrece el porro.

—¿Quieres darle una calada?

Fielding casi lo coge, solo porque él espera que lo rechace, pero al final se impone su sensatez.

—No gracias. Tengo que conducir.

El gordo peludo asiente y da otra larga calada. La aguanta en sus pulmones, y luego la suelta. Fielding piensa en abrir de nuevo la ventana. Sospecha que está empezando a colocarse simplemente por estar en la misma habitación.

—Creo que no nos han presentado —dice el peludo al terminar la siguiente exhalación.

—Soy Fielding.

—Ah, ya. Yo soy el Cachimba.

Fielding sonrío sin entusiasmo y asiente. El peludo ve a Fielding dirigir su mirada hacia la consola de videojuegos.

—Eso es mío —le informa—. Tango y yo vamos a echar una partida.

—Ya veo. —Fielding descubre el DVD situado en el estante que sostiene el televisor, reconoce inmediatamente la portada y sonrío ampliamente.

Alban y Tango regresan. «Puede que un día o dos», está diciendo Al. Una pequeña mochila cuelga de uno de sus hombros, no es aquel monstruoso y desaliñado bulto del tamaño de un torso y diseño militar que Fielding ha visto antes. *Supongo que no he sido todo lo persuasivo que esperaba*, piensa Fielding. Aún así, cada cosa a su tiempo.

—¿Estás listo? —le pregunta Al, mirándole.

—Vámonos, muchachos^[4] —dice Fielding poniéndose en pie.

—Hasta luego, grandullón —se despide Tango, acompañándolos hasta la puerta—. *Encantao* de conocerte, Fielding. Vuelve cuando quieras.

—Eres muy amable. Cuídate.

Al mirar hacia el salón, Fielding puede ver al Cachimba encendiendo la consola V-Ex de Spraint Corp. En la bandeja es introducido el disco que reza: Amos del ¡IMPERIO!

Capítulo 2

Una vez, en mitad de la noche, en el centro de una gran plantación, había estado bebiendo con unos compañeros de trabajo; buenos tipos que acabaron convirtiéndose en colegas. Se encontraban en Speyside, en lo que había sido un gran bosque, alojados en una vieja caravana que los forestales les habían suministrado. Habían estado bebiendo whisky y latas de cerveza, y jugando a las cartas. A lo largo de la tarde había ganado bastante al póquer, hasta que un par de apuestas salvajes hacia el final de la velada le hicieron perder la mayor parte de lo que había acumulado, y todos ellos terminaron casi igual que como empezaron. Se habían tomado una taza de té con un bizcocho sobre las tres, luego se derrumbaron roncando y oliendo a rayos en sus sacos de dormir. Se suponía que el día siguiente sería un día entero de trabajo, pero sabían que el capataz se encontraría en Inverness al menos hasta el mediodía, y llevaban trabajo adelantado.

Se despertó antes del amanecer con unas terribles ganas de orinar. Anduvo con cuidado en la oscuridad, se calzó sus botas sin atarlas y se alejó para orinar llevando puestos solamente los calzoncillos.

Era una noche clara de finales de verano. Se colocó bajo la brillante luz de la luna llena, a unos cuantos metros de la caravana, regando la maraña de ramas junto al arcén de la carretera. Habían estado haciendo limpieza de árboles, el último corte, talando las píceas altas, podándolos con máquinas que eran como sacapuntas gigantes, cargándolos en grandes camiones. Lo que quedaba, lo que se podía ver hasta un risco que había a un kilómetro de distancia, era un caos de ramas aplastadas y trozos arrancados de árboles pequeños; un pálido revoltijo de madera quebrada, como en un desastre volcánico durante los primeros días de una guerra. Miró arriba, a las estrellas; luego otra vez abajo, a la helada furia de madera destrozada. El chorro siguió saliendo. Tenía la vejiga muy llena. Sería mejor que bebiera un poco de agua al volver, o la cabeza le dolería por la mañana.

El zorro trotó en silencio, doblando la esquina de la caravana y se detuvo, con la cabeza ligeramente ladeada, mirándole fijamente desde abajo. Era precioso. Su pelaje brillaba bajo la luz de la luna: negro azabache, blanco luminoso y un rojo que no estaba realmente seguro de poder discernir bajo la luna llena, o a lo mejor lo veía porque sabía que estaba allí. La luz era tan intensa que pudo ver la luna reflejada en los ojos del animal. Un rastro de humedad relucía sobre su negro hocico.

Él volvió a mirarlo y, lentamente, inclinó también la cabeza hacia un lado. El zorro dio un par de cautelosos pasos hacia delante, arrojando su hocico cerca del lugar donde aterrizaba su orina. Se sintió muy tentado a girar su cuerpo disimuladamente y dirigir el chorro directo hacia él; eso era, pensó, lo que la mayoría de tipos habrían hecho, pero él no lo hizo. El zorro olisqueó delicadamente, entonces volvió a mirarle. Ya casi había terminado; el caudal de orina retrocedía y se terminaba. Le dedicó una sonrisa al animal y se encogió de hombros. El zorro le

rodeó y pasó de largo, con la cabeza ligeramente agachada, ofreciéndole una última mirada antes de desaparecer tras el otro extremo de la caravana.

Jamás le había contado eso a nadie, ni siquiera a sus compañeros a la mañana siguiente. No se trataba de algo tan extraordinario, ya que solían ver ciervos y ardillas continuamente, y a veces comadrejas, gatos salvajes y martas, pero aquello fue algo que quería guardar para sí mismo. Se preguntó si el zorro habría vivido en el bosque y tenía que marcharse porque ahora estaba todo patas arriba, o si acababa de llegar, después de que nuevas oportunidades se hubieran abierto para él, o si no le importaba; y probablemente así fuera. Se preguntó si el animal habría aprendido de algún modo que el hombre había creado aquella plantación de monocultivo sobre las ruinas de bosques anteriores, y que luego creó el caos; y si podría culparlos de alguna manera.

Alban estaba sentado, mirando cómo la A9 se desplegaba hacia el morro plateado del coche, con su estrella de tres puntas como si fuera la descarada mirilla de un arma. Se estaban alejando de Perth en un largo descenso hacia la llanura del río Earn, con un bosque de píceas a un lado del coche, y una vista del terreno inundado hasta las laderas de las colinas de Ochil al otro. Un iPod rojo y negro conectado al sistema de sonido del coche reproducía vieja música *dance*, de los años salvajes de Fielding. Alban podía notar el fino bulto de la carta plegada en el bolsillo trasero de sus vaqueros. Estaba recordando una conversación de hacía años.

—*Hay muchas cosas que no sabes, jovencito —le había dicho su tía abuela Beryl —. Muchas que no puedo contarte, al menos por ahora.*

—*¿Entonces cuándo? —había preguntado él.*

—*No lo sé. Puede que nunca. Desde luego, no ahora.*

—*Pero, ¿por qué no?*

—*A veces, tanto en una familia como en... cualquier otra institución, uno tiene que esperar a que la gente muera, o hasta saber que las cosas no tendrán importancia por una u otra razón. Aunque, todo hay que decirlo, algunas cosas nunca parecen dejar de tener importancia. O uno ha de esperar hasta saber que está a punto de morir, y entonces no le importará, francamente, cuando oiga aullar a los lobos. Ya sabes; cuando empiecen a caer las fichas.*

Él había guardado silencio un buen rato.

—*¿Entonces por qué me lo estás contando?*

Beryl lo había mirado de una forma extraña.

—*Quizá no estoy totalmente segura, Alban. O quizá es una forma de aplacar a mi conciencia, aunque sea en parte. Quizá es igual que evitar contar mentiras sin contar tampoco la verdad, y de esta forma despistara alguien por omisión, por así decirlo. ¿Lo comprendes?*

La música del coche cambió de algo que Alban apenas reconocía o recordaba a

Block Rockin' Beats, de los Chemical Brothers. Fielding aulló y subió el volumen.

—¡Oh, sí! —exclamó sonriendo ampliamente hacia Alban—. ¿Te acuerdas de esto? ¿Te acuerdas de Singapur? ¡Joder! Eso fue una jodida locura, chaval.

—Claro —respondió Alban—. Lo recuerdo.

—Emborrachémonos.

—¿Qué? No a tu ritmo, primo. ¿Cuál es tu problema? No respondas a eso. Buena idea. Permíteme que solo diga eso por ahora. Sin embargo, tengo una contraoferta. Una contraoferta no mutuamente exclusiva en referencia a lo anteriormente expuesto.

—Fielding, ¿de qué coño estás hablando?

—Vamos a flipar un poco, también.

—¿Flipar? ¿Tienes drogas?

—Por supuesto que las tengo. Nunca viajes sin estar preparado.

—¿Has traído drogas a Singapur? ¿Estás como una puta cabra? ¿Es que no prestas atención? ¿Sabes lo que les hacen a los que traen drogas a este sitio?

—Alban, crece ya. No soy un jodido camello, tan solo un consumidor. ¿Y qué si me cogen? Soy rico, soy blanco, soy un hombre, soy un ejecutivo con una compañía de juegos internacionalmente respetada que tiene abogados a sus órdenes y, desde la otra noche, puedo llamar por su nombre de pila al Alto Embajador Británico de Comisiones o como se llame. —Soltó una risotada elevando sus brazos—. ¿Qué podría salir mal? —Se rió con más fuerza.

Era 1997. Se encontraban en Singapur, asistiendo a una feria de muestras de juegos y juguetes, promocionando ¡Imperio! (algo atrevido en un enclave ex imperialista, como Alban había señalado) y el resto de productos de la compañía Wopuld ante los mayoristas. El día de trabajo había terminado y la feria estaba cerrada; su mostrador estaba siendo recogido en el centro de exposiciones y tenían la noche y el día siguiente libres, así que estaban en un tranquilo rincón del bar principal del Raffles, bebiendo unos singapur slings, porque Fielding padecía esa manía acerca del consumo de bebidas alcohólicas geográficamente apropiadas; manhattans en Manhattan, etc.

—Eres un maldito lunático. ¿Qué has traído?

—Éxtasis, coca, heroína. Algo de ketamina, pero es basura.

—Por Jesús Santo Cristo. Será mejor que nos lo tomemos rápido, aunque sea para deshacernos de ello y eliminar las pruebas.

—Así me gusta. —Fielding levantó su vaso e hizo un gesto hacia el de Alban—. A beber. Haremos una carrera de *rickshaws* de vuelta hasta el hotel. El que pierda, paga las bebidas de toda la noche.

—No voy a hacer otra jodida carrera de *rickshaws*. Mi último conductor medía menos de metro y medio y tenía ciento tres años. Me apetecía bajarme, coger yo el carrito y decirle que se sentara detrás y se relajase mientras le llevaba de vuelta al

geriátrico del que se hubiera escapado.

—Bueno, yo sí voy a competir. Y voy a considerarte en carrera a ti también, te guste o no. Si tú pierdes, me limitaré a marcharme de cualquier sitio donde acabemos bebiendo y tendrás que pagarlo todo o salir corriendo. No creas que no lo haré.

—Podría salir corriendo. Si nos detienen, tú serás el acusado por posesión de droga.

Fielding realizó un teatral gesto de sorpresa y recogió su chaqueta.

—Eso no es muy amable viniendo de un primo.

—Sí, bueno, los lazos familiares ya no son lo que eran.

—¡Ooooh! —gimió Fielding fingiendo indignación—. ¿De qué va todo eso?

—Nada. No importa.

Es el día siguiente y Alban está seriamente jodido. Parece como si hubiera olvidado un día o una noche, y sufriera la actual etapa del despertar en una especie de orden alternativo, pedazos y segmentos de experiencia y conciencia chocando entre sí a toda velocidad sin un orden discernible en absoluto, tan solo una borrosa mezcla de sensaciones y sucesos desfilando hacia atrás, algunos de los cuales podrían ser *flashbacks*; no está seguro.

—La historia ha terminado. ¡Se acabó! Incluso Deng dijo que es glorioso ser rico. La democracia capitalista ha vencido y los demás están fregando el suelo. Ese japonés tenía razón.

—Y una mierda. Necesitas leer más ciencia ficción. Nadie que lea ciencia ficción argumenta con esa basura sobre el fin de la Historia.

—¿La puta ciencia ficción? ¿Es que tengo pinta de ser un jodido pringado?

—Oh, que te jodan.

—¿Por qué nos hemos parado?

—Oh, Dios mío. Vamos a morir.

Se encontraban en un funicular que iba desde aquel enorme edificio gris con gigantescas ventanas circulares hasta una isla coralina cercana a la costa que parecía llamarse Semosa, o Sarnosa, o Sentosa, o Samoa. No podían saberlo con exactitud porque, incluso cuando miraban directamente a los letreros del lugar, las letras parecían cambiar delante de sus ojos. («Sarnosa fue una especie de general fascista o algo así, ¿verdad?», «O uno de esos triángulos fritos. A mí no me preguntes»). La última vez que Alban miró el cartel, parecía poner «Lampedusa», lo cual era totalmente incorrecto. Ni siquiera se arriesgó a mencionárselo a Fielding.

No parece existir ninguna buena razón terrenal para que haya un funicular que vaya desde aquel edificio tan alto hacia esa isla tan plana que está junto a la costa, así que por eso es exactamente por lo que parece absolutamente necesario hacer el viaje, pero ahora el funicular cuelga detenido sobre las marrones y tranquilas aguas del canal que hay debajo, y allí están ellos, suspendidos bajo la abrasadora luz del sol,

mirando hacia fuera, a través del cielo cubierto de neblina, hacia las lejanas torres del centro de la ciudad. Comparten la cabina con una docena de chinos y malayos y se ven obligados a susurrar, lo cual debe parecer intrínsecamente sospechoso, solo que Alban no parece tener una idea fiable de lo alto que están realmente hablando, y eso es un síntoma de paranoia por sí solo.

—¿Nos hemos tomado toda la droga?

—La mayor parte. ¿Puedes bajar la voz?

—¿Y si han detenido el funicular porque saben que estamos a bordo y que llevamos droga?

—No seas estúpido. ¿Por qué iban a detener el funicular? ¿Qué es lo que iban a hacer? ¿Bajar con una cuerda desde un helicóptero?

—Es sospechoso.

—No es sospechoso, tan solo es una de esas situaciones.

—No me vengas con frasecitas de medio pelo, eres un...

—Trata de mantener la calma.

—Estoy calmado. Mantengo la calma. Este soy yo manteniendo la calma. ¿Lo ves? Soy la calma personificada.

—Suéltame la chaqueta.

Pero estaban en mitad de una cálida noche intensamente húmeda, recorriendo las calles, entre el olor a mierda, fruta podrida y perfumes y en medio de los ecos de los edificios de baja altura, pisando sobre inquietas cucarachas del tamaño de ratones que parecían del tamaño de ratas aumentadas químicamente bajo el microscopio y pasando junto a repentinos patios donde un hombre diminuto, anciano y curtido está pelando lo que parece ser un mono sobre una tabla manchada de sangre, fumando mientras arranca el peludo pellejo del blanco y rosa que hay debajo, y puertas abiertas a templos revelan tipos en taparrabos rodeados de vapores e incienso y enormes ramos de flores, de pie, cantando, de cara a apenas visibles altares; instantáneas de imágenes mientras caminan con sus chaquetas sobre los hombros, con las camisas pegadas al cuerpo y pelo pegado al cuero cabelludo porque acaban de estar en un club y aún sienten calor de bailar y charlar con dos chicas que podrían no haber sido auténticas chicas y luego casi hubo una pelea y Alban tuvo que sacar a Fielding fuera de allí y la única melodía que pueden recordar del club es *Block Rockin' Beats* y es imposible refrescarse porque aquella humedad es como pasear llevando puesto un traje de natación mientras te riegan continuamente con una tetera hasta que llaman a un taxi solo por el aire acondicionado y se sientan a escuchar las alegres campanillas, campanillas, el ruido de campanillas que procede del aparato que hace ese ruido cuando sobrepasas el límite de velocidad en Singapur y Fielding insiste en que los lleven al zoo porque ha oído que allí tienen osos polares metidos en una enorme cámara que se mantiene al mismo tipo de temperatura constante y fría que es aceptable para el mayor depredador terrestre estándar de las regiones árticas.

—¡Estamos en mitad de la jodida noche! ¡El zoo estará cerrado, idiota! Mira.

¡Mira! —Alban le muestra su reloj—. ¡Son las cuatro y media de la puñetera madrugada!

—Eso no es cierto. Tu reloj aún debe estar en la hora de Reino Unido o algo así.

—¿Entonces por qué el reloj del taxi marca lo mismo?

—Eso no es el reloj; es el taxímetro.

—Créeme, eso no es el taxímetro. Voy a preguntarle al conductor.

Le pregunta al conductor, cuyo dominio del inglés parece haber desaparecido misteriosamente desde que aceptó el dinero.

—¿Qué ha dicho?

—No lo sé.

—¿Qué le has preguntado?

—Si el zoo estaría abierto a las cinco de la mañana.

—¿Y qué te ha dicho?

—Tan solo ha sonreído y se ha puesto a decir... yo qué sé.

Cuando llegan allí, el zoo está totalmente cerrado y casi pierden el taxi para el viaje de regreso porque Fielding se empeña en negociar una tarifa reducida debido al hecho de que el conductor debería haber sabido que el zoo estaría cerrado, por lo que estaba aprovechándose alevosamente de su inocente ignorancia turística, y le amenaza con llamar a la policía turística si es que realmente existe tal entidad, y Alban tiene que calmar a ambos, a él y al taxista y solo convence a este último para que los lleve de vuelta al centro de la ciudad aceptando la tarifa de ida y vuelta más una discutiblemente desproporcionada propina por adelantado, algo que, incluso entonces, tan solo acepta porque Fielding se ha alejado para gritar y patear una verja metálica.

Antes, o posiblemente después, con los sesos completamente fritos, están en los mundialmente famosos jardines Tiger Balm, subiendo a todas las atracciones y mirando con ojos desorbitados las variadas, extrañas y totalmente retorcidas estampas en vivo, pinturas y dioramas que describen con vibrantes e intensos colores, dejándole poco a la imaginación, un conjunto de torturas del todo horripilantes que les esperan a aquellos que introducen drogas en Singapur, o toman drogas mientras están allí o se portan mal de otras maneras. Parece haber alguna clase de competición morbosamente bárbara disputada entre el macabro equipo de demonios sobrenaturales pertenecientes a la mitología local y los humoristas de los variados cuerpos de la ley de Singapur, para ver quiénes pueden ser más originalmente horripilantes, y desde luego que no es lo que deseas contemplar cuando te has puesto hasta los ojos de todo un impío cóctel de drogas absolutamente ilegales y notablemente potentes, de las cuales no están todas a salvo (¡Ja!) en el interior de tu cuerpo o en el de tu cómplice del delito.

Pasean por los alrededores, asaltados por espantosas imágenes en todas partes, torturados por los gritos (gritos felices, sin duda que son felices) de niños pequeños y adultos impresionables, calados y calándose aún más a medida que caminan y se

tambalean entre nubes de vapor que son exhaladas por aspersores a ambos lados del camino, colocados entre flores y arbustos.

Descontroladas profusiones de brotes increíblemente vividos florecen por todas partes; una vegetación de cientos de tonalidades y salvajes apariciones de flores llenan cada trozo de tierra sin cementar o asfaltar que hay en los jardines. Alban sigue queriendo hacer un alto para observar toda esta flora fabulosamente fascinante y puede que tomar notas o algo así, o hacer fotografías con la cámara desechable que ha comprado para ese propósito; de hecho, con una de las dos cámaras desechables que ahora tiene, porque olvidó que había comprado la primera; pero Fielding no deja de empujarle hacia delante, insistiendo en que agoten las posibilidades de las variadas y emocionantes atracciones antes de empezar a mirar unas jodidas flores. Alban ha sentido por toda la ciudad esta extensa y extravagante energía de crecimiento y frondosidad en una eterna lucha por imponerse a todo el cemento y alquitrán, aferrándose a cada rincón y grieta de esta ciudad fanáticamente autocontrolada, golpeando desde cada parcela de tierra libre mayor que un sello de correos como una violenta reprimenda.

Se enganchan al tobogán de agua, el cual ofrece una bonita vista del puerto, los muelles y los barcos que hay junto al paseo, y anclados a la orilla y los que exhalan lentamente vapor a lo largo de su ruta, sin mencionar la isla de Sentosa, según creen, que es el próximo sitio al que van a ir, o posiblemente ya hayan estado. El remojón extra al final del trayecto no supone una gran diferencia en sus ropas y les ayuda a mantenerse frescos. Después, al final de una vuelta, Fielding no aparece y Alban se da cuenta de que su primo está dormido y roncando. En cierto sentido eso está bien, porque significa que pueden regresar al hotel, pero en otro sentido, en realidad no está nada bien, porque Alban ha olvidado el hotel en el que se alojan y ha estado intentando recordar su nombre durante las últimas dos horas o más. Se ha registrado los bolsillos, pero no encuentra ninguna tarjeta llave y también ha mirado en la cartera de Fielding y en sus bolsillos y durante la última media hora o así, ha tenido que considerar medidas desesperadas, como aproximarse a personas al azar y preguntarles si les reconocen a él o a Fielding y, en el caso de que pudieran recordarles, que les dijeran en qué bar, recepción o restaurante de hotel habían coincidido con ellos, aunque sospechaba que aquel plan podía ser un poco optimista.

Arrastra a un zigzagueante e incoherente Fielding a lo largo del camino hacia la salida, pensando que, quizá por algún milagro, podrá encontrar un taxista en la fila que recuerde haberlos llevado de vuelta al hotel durante la semana pasada o así, cuando un tipo alto y bronceado de raza blanca con una gorra de béisbol, pantalones cortos y una riñonera llega hasta ellos sonriente y saluda a ambos por su nombre. *Mierda, estamos jodidos; es la pasma*, le da tiempo a pensar a Alban, pero se equivoca; tan solo es el simpático primo Steve (el hijo mayor de Linda y Percy), el tipo que nunca está en casa porque siempre se encuentra en algún lugar del mundo ocupándose de la instalación, mantenimiento o sustitución de grúas para terminales

de contenedores, pero a quien Alban y Fielding han conocido en un par de bodas familiares durante los últimos años. Lo cual es genial aunque, por supuesto, el primo Steve tampoco tiene ni puñetera idea del hotel en que se alojan.

Mientras Alban trata desesperadamente de charlar recordando cómo se comportan las personas cuando están sobrias, Fielding se despierta con un sobresalto y se queda mirando a Steve con una estúpida expresión de horror en su cara e indiscutiblemente está a punto de ponerse a balbucear o a gritar o a lanzar puñetazos o a huir o posiblemente todo lo anterior, cuando Alban se pone a merced de la piedad de Steve, alegando que ambos están sufriendo mucho debido a unas gambas en mal estado que se tomaron hace un par de horas, cuyos efectos casi alucinógenos obviamente se habían acentuado por una o dos cervezas, y que podrían necesitar ayuda.

El hotel de Steve no está lejos. Él los lleva hasta allí y, mientras se marcha a buscar un doctor, ellos se despejan lo suficiente en su habitación como para ser capaces de sobornar al médico cuando llega, de forma que acepta e incluso confirma su historia. Fielding quiere comprarle al doctor algo más de droga, pero aquello ya es ir demasiado lejos.

De algún modo son capaces de tomarse un par de cervezas con Steve en el bar del hotel y tragar un poquito de su plato de comida vietnamita antes de presentar sus excusas y regresar al hotel que gracias a Dios ya recuerdan y sobar durante las catorce horas siguientes.

La razón por la que había querido emborracharse, para empezar y siendo brutalmente honesto, era porque sentía lástima de sí mismo. La razón por la que sentía lástima de sí mismo era porque había sido rechazado, otra vez, por Sophie. Ella también trabajaba para la empresa familiar, en la empresa filial de los Estados Unidos. Cuando él había empezado a trabajar para Juegos Wopuld Ltd., imaginó que se verían todo el día, pero casi nunca lo hacían. A pesar de que ella había estado allí, en la feria de Singapur.

—*Eres el amor de mi vida. —Desesperación, la última y patética tirada de dados.*

—*Bueno, buff. Creo que no aceptaré el privilegio.*

Parecía decirlo en serio. Él tan solo la miró.

—*¿En qué te has convertido? —le susurró.*

—*En más lista.*

—Joder, faltó poco —murmuró Fielding. Sonaba un pitido por algún sitio y el gran morro del coche descendió al frenar bruscamente. Un radar de carretera quedó atrás en un segundo. Fielding miraba el espejo retrovisor fijamente. Le lanzó a Alban una sonrisa—. ¡Lo conseguimos!

Alban tuvo que mirar hacia atrás. La salida para Auchterarder y Gleneagles desapareció detrás de ellos cuando el coche volvió a acelerar en dirección a Glasgow.

Él es demasiado joven para estar ahí, por supuesto, pero lo está, de todas formas. Está con ella cuando baja de su habitación, por la amplia y deslumbrante escalera bajo la alta ventana que da al sur y camina a través del ruidoso parqué de la sala principal hacia la cocina, y está allí cuando ella entra en el corto pasillo que lleva más allá de la sala de armas y del arcón de la madera y del cuarto de lavado hasta el guardarropa, y él la mira mientras se detiene y escoge lo que ponerse para salir.

Se ha puesto unos zapatos marrones de Clark's, un par de calcetines blancos, unos vaqueros, que son suyos pero demasiado grandes, teniendo que sujetárselos con un delgado cinturón negro, una blusa marrón y un viejo jersey blanco de cuello vuelto. Ropa interior blanca de M&S. Sin reloj ni anillos u otras joyas; sin efectivo, chequera, tarjetas de crédito o cualquier otra forma de identificación o material escrito.

Él la mira escoger el largo chaquetón oscuro con los bolsillos de cazador. Es enorme y casi negro, su color original marrón verdoso se asoleó, desgastó y ensució durante décadas en la finca hasta ser algo parecido a la oscuridad de las aguas marrón oscuro de un profundo lago. En ocasiones la observa subir inmediatamente hasta el chaquetón y descolgarlo de la percha de madera de entre todos los demás abrigos y chaquetas, y a veces la ve permanecer allí durante mucho tiempo, en la penumbra y el penetrante olor de la cera mientras la lluvia tamborilea sobre el cristal de las delgadas ventanas superiores (porque estaba lloviendo ligeramente en ese momento).

El chaquetón es demasiado grande para ella, la ahoga; tiene que doblarse los puños de las mangas dos veces, y los hombros se arrugan y el dobladillo llega hasta unos milímetros de las baldosas. Ella frota sus manos sobre los suaves rectángulos de los solapados bolsillos exteriores, y mira el interior de los bolsillos de cazador.

Luego atraviesa la puerta de la habitación, hacia el brillante gris del comienzo de la tarde. La puerta se cierra con un golpe tras ella, dejándolo donde ha estado, ahora hace ya un rato, gritándole sin ser oído; silenciosa y desesperadamente, rogándole que no se marche.

Se despertó de la siesta y del sueño (la pesadilla de siempre, supuso, como si no se hubiera vuelto tan familiar y no conociera tan bien el final a estas alturas) para encontrar a Fielding tarareando el último disco de Coldplay. Justo estaban saliendo de la M8 por donde atraviesa el centro de Glasgow, a unos diez minutos o así de la casa de Beryl y Doris.

—¿Estás bien? —Fielding sonreía.

Alban se frotó la cara, se rascó la barba y bostezó.

—Bien.

Estaba de pie, descansando un momento, en el hundido jardín, al sudoeste de la casa, en el extremo más alejado de las ruinas de la abadía, con el rastrillo sostenido con

ambas manos por la parte de arriba y encajado bajo su barbilla. Respiró profundamente, saboreando el penetrante aroma del ajo silvestre. Una fuerte ráfaga de aire cálido agitó las ramas de los pinos a lo largo del borde occidental del jardín, sacudiendo lentamente sus pobladas copas asimétricas mientras el cercano conjunto de abedules danzaba al unísono, igual que unos bailarines. Los endrinos y las rosas silvestres susurraban en la brisa, flores blancas y rojas se bamboleaban sobre los grandes parterres y los zigzagueantes patrones del camino de ladrillos.

Miró hacia el muro de la abadía, que se cernía sobre el pequeño valle como un grisáceo acantilado sobrepasado por los afilados arcos de sus vacías ventanas, como una serie de gigantescas y grises quijadas de ballena apoyadas contra el cielo. Había algo de hiedra en ciertos sitios sobre los ruinosos muros de la abadía, pero el año pasado él había estado en los jardines del castillo de Dunster, no muy lejos, justo al sur de Minehead, y había visto trepadoras mucho más interesantes en los muros de la fortaleza; algunas del tipo *Solanum laxum*, *Clianthuspuniceusy Rosa banksiae lútea*. Quedarían muy bien en los muros de la abadía. Sabía que había tomado notas de su visita a Dunster pero no podía recordar de memoria en qué dirección estaba el muro con las trepadoras. ¿Era hacia el sur? Era el muro meridional de la abadía al que estaba mirando. Al sur debería ser perfecto. No eran el tipo de plantas que necesitaban mucha sombra. Tendría que considerar la posibilidad de traer esquejes.

Había movimiento en el camino de la casa.

La prima Sophie, con una gran camiseta blanca y mallas negras. Cojeando. Le hizo gestos con una mano y fue renqueando hacia él. Parecía que apenas podía flexionar la rodilla derecha.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó.

—Me caí del caballo, chaval.

Su brillante pelo rojo estaba recogido hacia atrás en una coleta. Su mega camiseta decía: «Bienvenido a la cúpula del placer». Uno de sus colegas de la escuela, Plink (Robbie Alford), siempre parecía encontrar un doble sentido a todo. Alban podía oírlo diciendo algo como: «Puedes darle placer a mi cúpula cuando quieras, mi amor». Alban pensó en decir eso, luego pensó que mejor no.

—Ya veo —dijo en cambio—. Caballos. Son animales peligrosos. Yo podría habértelo dicho.

Lo dijo con ligereza y pensaba que había sonreído mientras lo decía, pero ella pareció tomárselo a mal, frunciendo el ceño y diciendo:

—Por cierto, ¿cómo están hoy tus pelotas, primo?

Notó cómo se tambaleaba ligeramente hacia atrás.

—*Aaah*, están, *eeh*, bien, gracias —respondió, profundamente avergonzado.

—Genial —añadió ella con aspereza, gesticulando con la cabeza hacia el rastrillo que sostenía—. Bueno, no dejes que te entretenga. —Se dio la vuelta y comenzó a ascender por el camino.

Él no dijo nada. La contempló marcharse. Cuando casi había desaparecido de su

vista, junto a la esquina de las ruinas de la abadía, se detuvo, todavía casi de espaldas a él, con solo la parte superior de su cuerpo visible, miró hacia abajo y pareció dejar caer la cabeza, muy bruscamente, como si estuviera enfadada o molesta. Luego se marchó, con su pelo de cobre bailoteando lentamente hasta desaparecer.

Él estaba enfadado consigo mismo. Debería haber dicho algo como: «En realidad están estupendas; anoche me hice un par de pajas verdaderamente dolorosas, gracias». Eso la habría cogido desprevenida. Sacudió la cabeza y agarró apropiadamente el rastrillo, volviendo a su labor. A uno nunca se le ocurría qué decir en el momento justo.

Ya caía la tarde ese mismo día. Alban y Sophie habían sido encargados con la tarea de poner la mesa para una gran cena familiar aquella noche, con invitados adicionales escogidos entre los muchos amigos locales del tío James y la tía Clara. Una pareja que Andy y Leah habían conocido cuando Lydcombe era su hogar también había sido incluida.

Extendieron la mesa del comedor hasta su máxima longitud, y tuvieron que abrillantarla. Sacaron la mejor cubertería de plata que también necesitaba que la abrillantaran. Era un trabajo sorprendentemente caluroso; abrieron las ventanas del comedor, dejando entrar una brisa refrescante. El rostro de Sophie estaba brillante, con pequeñas perlas de sudor cayendo por sus sienes. Cojeó escaleras arriba para recogerse el pelo y cambiar sus mallas y su holgada camiseta por unos pantalones cortos y una blusa fina. Más tarde se desabrochó un par de botones mientras se abanicaba.

Alban se preguntó si ella era consciente de lo ridículamente, de lo salvajemente atractiva que parecía. ¿Estaba esa chica flirteando con él? No lo sabía. Él y sus colegas habían hablado acerca de flirtear y fantasear y de cómo podías saber si le gustabas a una chica o no y sobre si ella deseaba hacerlo, pero a pesar de sus fanfarronadas y a toda su supuesta certeza, todavía era una materia rematadamente confusa. Todo ese rollo que se veía en las películas y en televisión realmente no parecía ser igual que en el mundo real, y el porno era inservible. Él no había visto mucho porno, pero estaba condenadamente seguro de que la manera de tener un éxito sexual inmediato no era hacerse fontanero o técnico de piscinas. No tenía ni idea. Puede que ella le estuviera tomando el pelo porque él la había irritado de algún modo esa misma mañana.

De cualquier forma, era su prima. Sus amigos también habían discutido sobre eso, después de que Plink se hubiera obsesionado lujuriosamente con una de sus primas durante un breve periodo, y no es que fuera ilegal ni nada de eso, pero definitivamente estaba desaprobado, desaconsejado, con toda la suerte de chistes y adultos haciendo «*Diddleing ding ding ding ding ding*», lo cual era algo llamado *Duelo de Banjos*, de una vieja película, y según parece muy ingenioso.

Una vez que ya habían puesto los cubiertos, Sophie le anunció que se disponía a ir a la cocina a por un gran cubo de agua recién hervida y comenzó a renquear en esa dirección. Él se apresuró tras ella y se ofreció voluntario para hacer el porte.

Colocaron el cubo de agua caliente sobre el aparador, encima de unos periódicos viejos. Ella le enseñó cómo sostener el cristal y los vasos en el vapor ascendente, antes de abrillantarlos.

—Es un truco muy práctico —dijo él—. ¿Quién te lo enseñó?

—Es un viejo truco de camarera.

—Ah, ya.

—Perdona si he sido un poco, ya sabes —admitió ella lanzándole una mirada—. Esta mañana.

—No pasa nada —contestó él. Probablemente un poco demasiado deprisa, supuso. ¡Dios, si que era difícil hacer eso como es debido!

—Solo estaba enfadada conmigo misma por la caída.

—No pasa nada. Siento que te hicieras daño.

—Yo también. No fue culpa mía, ¿sabes?

—¿No?

—No. *Raspadura* decidió tomar un atajo y después cambió de idea.

—No me digas.

—Tan pronto como esta rodilla me funcione correctamente... —comenzó a decir.

—¿Sí? —preguntó él, sonriente, notando que estaba siendo utilizado como público.

—Voy a darle una patada a ese maldito caballo.

—Bueno, dale una de mi parte —dijo él, antes de añadir con rapidez—. Solo bromeaba.

—Vale —afirmó ella—, yo también.

Abrillantaron algunos vasos más, exponiéndolos al silencioso y ascendente vapor hasta que se empañaban con la humedad, y entonces los frotaban con trapos de algodón. Se oía el canto de los pájaros en los jardines, más allá de las ventanas abiertas, y una urraca emitió su aguda y carrasposa llamada.

—¿Puedo preguntarte algo? —solicitó él, mirándola.

Ella chasqueó la lengua.

—¿Es que alguien contesta alguna vez «No» a ese tipo de pregunta? —le respondió ella sacudiendo su cabeza. La coleta se agitó atrás y adelante—. Sí, supongo.

—¿Cómo es que tu padre obtuvo tu custodia?

—Oh, en lugar de mi madre natural. —Se encogió de hombros—. No sé. Mala suerte, supongo.

—No, venga.

Sophie se llevó una mano a la boca, frotándose el pequeño hoyuelo entre el labio superior y la base de la nariz, como asegurándose de que su ortodoncia seguía en su

sitio. Volvió a encoger los hombros.

—Bueno, June, mi verdadera madre, ya sabes, biológicamente hablando, era un poco alocada. Es la costumbre familiar, de todas formas. Al parecer, huyó con otro hombre. Un español. De Madrid. No es Tajo, el que ahora está con ella; era otro tipo. En realidad Tajo es bastante majo. Muy guapo, muy español. Es un artista. Aunque es muy peludo. Es un poco más joven que ella. Ella le llama «buenorro». De verdad. —Sophie emitió un sonido de desaprobación y sacudió su cabeza ante semejante falta de sofisticación—. De hecho, están pensando en casarse.

—Así que ahora tú también tienes dos madres.

—¿Cómo?

—Igual que yo. Tengo a mi verdadera madre, la que está muerta, y a Leah, mamá.

—*Hum*. Vale, supongo —dijo pensativa.

Continuaron con los preparativos.

—Jovencita, no vas a sentarte a la mesa vestida de esa forma —le dijo el tío James a su hija—. No en mi casa.

Sophie llevaba zapatos blancos de tacón, un brillante pantalón de malla y otra camiseta con una imagen impresa del *David* de Miguel Ángel en la parte frontal. Ella miró hacia abajo. Alban, quien había estado fuera, podando por los alrededores en uno de los parterres y no se había dado cuenta de lo tarde que se estaba haciendo, se encontraba atascado tras el tío James, que ocupaba la base de la escalera mientras miraba a su hija. Alban necesitaba urgentemente lavarse y cambiarse (la casa estaba llena de olor a comida y podía oír las conversaciones y aspirar el humo de cigarrillos llegando desde el salón) pero no se sintió capaz de pasar rozando al tío James.

—Oh, lo siento papi —dijo Sophie, devolviéndole la mirada desde la imagen en blanco y negro. Chasqueó los dedos—. No podrías reconocer esto. Se llama arte.

—Es un completo desnudo frontal masculino y, por mi parte, me niego a sentarme mirando eso en la mesa de la cena —le dijo su padre—. Ahora ve a cambiarte. Eso no es apropiado y lo sabes.

Sophie miró a su padre, con aspecto de no ver a Alban, que permanecía detrás de él.

—James —insistió ella—, de verdad espero que ahora mismo estés pensando en secreto: «Oh, Dios mío, estoy hablando igual que mi padre».

—No me digas lo que tengo que pensar, jovencita.

—Oh, eso solo vale para ti, ¿verdad?

—Y deja de hacerte la listilla.

—¡Ah! —exclamó doblándose hacia delante, como si la hubieran golpeado en el plexo solar—. Bueno, qué lástima, con la educación tan cara de la que siempre estás...

—Sube a tu cuarto y cámbiate de una vez —le espetó.

Sophie miró por encima de su hombro.

—Hola, Alban. —Giró sobre sus tacones—. Lo que usted diga, querido padre.

El tío James se dio la vuelta y vio a Alban. El tío James llevaba puesto un traje y una expresión de frustración. Parecía estar algo colorado. Olía a humo.

—Alban —le dijo, echándose a un lado—. ¡Por Dios, estás lleno de mugre! Bien, vamos, vamos. Date prisa. No tenemos toda la noche.

Alban se apresuró subiendo los escalones a tramos de dos y hasta tres a la vez.

Más adelante, supo el preciso momento en el que se enamoró de ella. Fue el día en que sus padres partían hacia Richmond, dejándole a él en Lydcombe para el resto del verano. Un puñado de ellos, algunos de los amigos de Sophie y Alban, habían bajado hasta Lynton, a unos pocos kilómetros por la costa de Devon. El padre de uno de los chicos tenía una lancha motora allí y los llevaba por turnos a dar una vuelta alrededor de la bahía, hacia Foreland Point o hacia el oeste, a Woody Bay y Highveer Point. Había estado haciéndolo durante los últimos años y siempre agitaba la embarcación e intentaba remojar a todo el mundo y que las chicas gritaran.

Alban había salido en uno de los turnos pero realmente no lo disfrutó tanto como esperaba. El tipo al mando era un capullo, pensó, luciéndose con sus gafas de sol ajustadas y su ridícula camiseta ceñida, empeñándose demasiado en empapar a todo el mundo (el mar estaba en calma, con un tranquilo oleaje, y tenía que ir en círculos y buscar su propia estela para encontrar olas apropiadas) y ni siquiera era un buen conductor de lanchas, sospechaba Alban; probablemente los estaba poniendo en peligro. El tipo les hacía llevar a todos chalecos salvavidas, aunque él no se lo ponía.

Además, las chicas parecían estúpidas, por la forma en que gritaban con tanta facilidad. Alban se sentía tristemente desilusionado con ellas, aunque en realidad no conocía a ninguna. Había advertido que Sophie volvía a decir «vale» un montón cuando estaba con esa gente. Su dentista le había sustituido el anterior aparato fijo por uno que podía quitarse, y hoy no se lo había puesto.

Alban no acompañó a Sophie en ninguno de sus turnos de lancha, se quedó en la cafetería del paseo, leyendo *El extranjero* en francés, para el curso del siguiente año, muy lentamente, siendo en ocasiones objeto de risas, pero las ignoraba; aunque habría pagado dinero por ver a Sophie portándose como una nenita y gritando como una loca cada vez que la lancha golpeaba una ola o el más mínimo chorro de agua les salpicaba en la cara a cualquiera de ellas.

El momento le golpeó mientras regresaban a la casa; la tía Clara los recogió en Lynton y los llevó a casa. Su padre cruzaba el recibidor cargado con varias bolsas mientras ellos entraban por la puerta principal, riendo y bromeando; Sophie iba la primera.

—Hola, Sophie —le dijo Andy—, ¿Te ha gustado la lancha motora?

—¡Sí, mucho!

—¿Estas muy mojada?

—¡Caray, tío! Tampoco me gustó hasta ese punto.

Él la está coleccionando, recogiendo las migajas que caen de su boca, aferrándose a ellas, acunándolas, sosteniéndolas para observarlas a la luz, examinándolas minuciosamente, atesorándolas, colocándolas en exageradamente recargados marcos de deseo y esperanza, enfrascándolas en cajas de preciado metal y en armarios, engarzadas con joyas, como algún resto fósil de hueso declarado reliquia católica; algo para ser venerado, para rendirle culto a través de su asociación, su presunta procedencia.

La primera no es algo que ella dijo, sino algo que él asocia con ella. Recuerda un verso; es de una obra de teatro, según cree, puede que una de Shakespeare, de la escuela (ahora desearía haber prestado más atención a esa lección en particular). Dice así: «Prima, prima, dulce prima». Así es. Eso es todo. En realidad no es nada, tan solo sonidos, pero se ha convertido en un valioso sortilegio para él, una especie de mantra.

—Prima, prima, dulce prima. —Ha *estado susurrándoselo a sí mismo* durante las últimas noches, al comenzar a enamorarse, tumbado en la cama, en la oscuridad, repitiéndolo una y otra vez, como si fuera un hechizo, como si pudiera llevarla mágicamente hasta él, hacer que apareciese, borrosa y parpadeante, como si fuese teletransportada o algo así—. Prima, prima, dulce prima. Prima, prima, dulce prima. Prima, prima, dulce prima...

Las demás se han ido acumulando, las demás son todas de ella. Aún puede oírla decir: «¡Se han marchado todos, maldita sea!», todavía recuerda, con una precisión extraordinaria, el tono exacto y la fuerza silábica de su voz cuando dijo: «Me caí del caballo, chaval», aún se repite en su cabeza; cada sutil matiz del tono, ritmo y pronunciación, capturado como si hubiera usado el más perfectamente fiable mecanismo de grabación jamás inventado. «¡Caray, tío! Tampoco me gustó hasta ese punto».

Esa última es la joya de las joyas, la estrella del reparto. Su rapidez, su tranquila confianza, ¡la descarada sexualidad implícita que había mostrado! (Su padre la había mirado, sin entenderlo durante un momento. Cuando lo hizo, Andy dejó escapar un explosivo sonido a medio camino entre una carcajada y una tos embarazosa. Luego sonrió, se marchó ligeramente colorado y se mantuvo ocupado descargando el coche. Un par de las amigas de Sophie dieron un chillido y una de ellas la golpeó en el brazo. Sophie se limitó a seguir cruzando el recibidor, como si nada, con su pelo rojo ondeando mientras daba saltitos hacia las escaleras; la, la, la).

Él lo había entendido al instante, incluso podría haber estado a punto de decir algo él mismo si ella no lo hubiese hecho (puede que por la influencia de su amigo Plink, la de ver una connotación sexual en todo. O simplemente hormonas a flor de piel). Se quedó quieto y la vio marcharse, con sus amigas revoloteando alrededor de

él, se formó una enorme sonrisa en su cara; algo entre la admiración y la adoración crecía y florecía en su interior.

Aquella noche, pensando en ella a tan solo un par de habitaciones de distancia, con solo tres o cuatro paredes entre ellos, reproduce la frase en su cabeza una y otra vez, como una grabación, como un *single* del que te has enamorado y que necesitas escuchar otra vez en cuanto llega a su fin, oyendo su voz, viendo imágenes sueltas de ella en su cabeza; con su uniforme de amazona, con pantalones cortos y blusa, con las mallas, con vaqueros, la caída de su pelo rojizo. Se masturba tres veces antes de caer dormido, agotándose, haciéndose daño, teniendo que usar dos veces un frío y húmedo pañuelo de papel, expulsando nada más que unas gotas de claro líquido la última vez antes de caer en un febril y agitado sueño, donde aún oye su voz sedosa, aún la ve caminando sin prisa, balanceando sus caderas, por los jardines iluminados entre la bruma o contoneándose a cámara lenta a través de la resplandeciente y brillantada madera del recibidor.

—Bueno, yo no creo que sean insípidos. De hecho, creo que son muy «sípidos», sin duda.

Él pudo oír en su voz el tono de indignación ligeramente dolidos, y empezó a sonreír tan ampliamente que sintió que tendría que alejarse de ella en el caso de que se considerase aun más insultada por su reacción. Después, un segundo más tarde, comprendió que podría haber sido a posta; ingenioso, de hecho, y no un error infantil.

Se aclaró la garganta, dándose la vuelta, estudiando el rostro de Sophie. Muy difícil de descifrar.

—¿«Sípidos»? —preguntó, tratando de sonar maduro y entendido, como alguien de una película o algo así. Habían estado hablando acerca de los grupos de música que solían escuchar, y a ella le gustaba (previsiblemente, según él) todo tipo de basura comercial y vacía, básicamente, cualquier cosa que estuviera en las listas de éxitos. Él era más de álbumes, y artistas como Bowie y grupos como Talking Heads y Prefab Sprout y otros por el estilo, aunque tenía gustos muy selectivos; el próximo álbum que iba a comprar era *Red Roses for Me*, de los Pogues, del año pasado (al parecer su nombre completo era algo muy malsonante en gaélico, al menos según Plink). También iban a editar un nuevo álbum en un mes o dos. Le habían gustado mucho los U2 durante un tiempo, pero estaban empezando a volverse un poco comerciales tras el Live Aid.

Sophie llevaba puestas unas botas de montaña marrones, mallas negras y la camiseta del David de Miguel Angel por la que el tío James había protestado una semana antes o menos. Ella había cosido una hojita hecha de algún material verde sobre los genitales de la estatua, lo cual era lo mejor que podía haber hecho, porque eliminaba de una vez por todas la excusa de su padre para ordenarle que se quitara la camiseta, mientras que, al mismo tiempo, servía como constante recordatorio de lo

ridículo de su comportamiento. Se había convertido en su prenda de vestir favorita, priorizada hasta el punto de que ella misma la rescataba de la pila de ropa recién lavada y la planchaba. Sin duda, una singular distinción. Alban percibió que la cara del tío James pasaba notablemente a uno a dos tonos de rojo más intenso cada vez que se encontraba con dicha prenda de vestir, lo cual ocurría, por supuesto, a menudo.

—¿Qué tiene de malo decir «sípidos»? —repuso ella.

—¿Estás segura de que es una palabra?

—¿Estás seguro de que no lo es?

—No estoy diciendo que no lo sea.

—¿Entonces por qué la mencionas?

—Solo es curiosidad.

—Eres un bicho raro —afirmó entornando los ojos.

—No lo piensas de verdad —respondió entre risas.

Sus ojos se abrieron de golpe.

—¡Así que ahora me dices lo que tengo que pensar! Muchas gracias.

Parecía estar resentida y se sentó sobre un trozo de piedra labrada que yacía medio enterrado en la hierba llena de musgo que cubría el interior de las ruinas de la abadía como una moqueta verde. Ella había llegado mientras él quitaba el musgo de la hierba con un rastrillo. Llevaba en la boca una brizna de paja, como si estuviera imitando a una cateta. Había estado jugueteando con ella mientras hablaban y ahora se la había colocado entre los labios.

Se encogió de hombros y volvió a escarbar el musgo de la hierba, echándolo después en la carretilla. Ella lo miró trabajar durante un rato. Él trató de parecer fuerte, grácil y decidido.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó.

Alban asumía que la respuesta era obvia. ¿Lo preguntaba en serio? Su expresión era bastante solemne, casi resentida, como si todavía le doliese que la gente le diera órdenes y le dijera lo que estaba pensando o lo que debía sentir.

—Estoy quitando el musgo de la hierba —respondió, tratando de entonar su voz adecuadamente, por si estaba siendo sarcástica, pero sin hacerlo tan obvio como para ofenderle si se trataba de una consulta honesta e inocente.

—¿Por qué?

—Porque de no hacerlo, el musgo la invadirá. —Miró hacia arriba, a los grisáceos restos de los altos muros del edificio—. Es porque aquí hay mucha sombra.

—¿No puedes simplemente dejar que el musgo la invada?

—Supongo —dijo volviendo a encoger los hombros—. Aunque siempre quedaría muy desigual.

Ella permaneció un rato en silencio, aparentemente absorta mientras lo veía trabajar.

—Papá está pensando en hacer una piscina —le informó.

—Oh. —Supuso que a la casa podría venirle bien una.

—Sí. Fueron a ver a sus amigos de la Tabla Redonda a Barnstaple la otra noche; la que hizo tanto calor, ¿te acuerdas?

—Sí.

—Pues tenían una piscina. Parece ser que todos se lo pasaron muy bien. Bueno, mamá tuvo que conducir a la vuelta después de que papá hubiese dicho que él lo haría, pero creo que ya está acostumbrada. Es mejor eso a que él conduzca borracho.

Alban se enderezó mientras la miraba.

—Espera un momento —le dijo—. ¿Dónde piensan poner la piscina? ¿En qué parte del jardín? —Cuanto más pensaba en ello, más se preguntaba cómo podría caber allí.

Ella se encogió de hombros; examinó el extremo de la brizna que tenía en la boca.

—No sé. En algún lugar junto a la casa.

Él trató de pensar en otras casas con piscina en las que hubiera estado.

—¿Interior? ¿Cubierta? ¿O exterior? ¿Cómo de grande?

Sophie dirigió su mirada hacia él, inclinó su cabeza hacia un lado, de forma que su larga coleta rojiza colgaba balanceándose pesadamente bajo el sol de la tarde, fluyendo a través de uno de los elevados arcos de piedra.

—Excavada bajo tierra, veintidós coma cinco metros de largo. Tres de ancho. Azulejos verdes y morados. Cuatro trampolines y un tobogán. —Sacudió la cabeza, abriendo sus ojos mientras volvía a apartar la mirada, mordisqueando la brizna—. ¿Cómo voy a saberlo? Solo es una piscina.

Él miró hacia la parte de la casa que podía ver; una esquina del tejado de pizarra y la ventana de la buhardilla, de costado. Tendrían que poner esa estúpida piscina sobre el primer bancal, el terreno del lado sudoeste. ¡Cabrones! Allí había algunas flores y arbustos preciosos. ¡Cabrones!

—Ya —asintió. Golpeó el musgo y el rastrillo se clavó, removiendo la tierra. Lo sacudió hasta liberarlo, cambió el ángulo y volvió a tirar del mismo trozo, más suavemente. Echó el musgo en la carretilla, luego sacó los restos rebeldes y también los arrojó a su interior.

—¿Qué tal la rodilla? —le preguntó.

—Está bien. —Se concentraba en alisar el extremo de la brizna mascada, presionándola con fuerza entre el pulgar y el índice.

—¿Tienes un momento? —solicitó. Ella levantó la vista hacia él, que se encogió de hombros—. ¿Te apetece trabajar un poco?

—¿Qué clase de trabajo? —inquirió ella elevando sus oscuras cejas.

—Mover cosas. Hay para dos hombres.

Sophie le dedicó una tensa sonrisita, como si quisiera sonreír más pero se estuviera conteniendo.

—Yo no soy un hombre —le comentó en voz baja a la brizna.

—Ya me había dado cuenta —dijo tras una breve pausa. Su boca se había quedado seca de repente.

—Hurra, primo —espetó con aire ladino; se levantó suavemente de la piedra, se deshizo de la brizna y colocó las manos sobre sus caderas. Él pensó que estaba realmente guapa—. Vale, ¿qué hago?

Alban sonrió, con la boca ya no tan seca.

—No te preocupes. No es nada demasiado agotador.

—No estoy preocupada. Vamos allá.

Él le dio el rastrillo para que lo llevase y levantó la carretilla. Ella lo siguió.

—¿Qué son estas cosas?

—No estoy del todo seguro —admitió.

Se encontraban sobre un extenso parterre en la parte noreste de los jardines, cerca de la tierra indómita y el humedal, rodeados de azaleas y nogales negros americanos. El terreno estaba dividido en dos por una gran zanja que surgía bajo los árboles sobre un bajo terraplén desde el sur y desaparecía bajo las azaleas hacia el norte. Más o menos tres cuartas partes de la zanja habían sido ocupadas con largos postes de madera, parcialmente cubiertos de musgo y hierba.

—Se parecen un poco a los postes de tensar, o a los postes de verja, o algo así.

—¿Qué es un poste de tensar?

—Algún tipo de, *mmm*, poste muy resistente que se clava a mucha profundidad donde una alambrada cambia de dirección.

—Muy interesante. ¿Qué están haciendo aquí?

—Ni idea. Parece como si en una ocasión alguien hubiera pensado en rellenar el regato, pero usar madera es una locura, se va a...

—¿El qué? ¿El regato?

—Esto es un regato —le explicó señalando a lo largo de la zanja. Se acuclilló y tiró de la hierba que había en el borde de la zanja, levantando un trozo de césped que revelaba una superficie de piedra plana—. Es un canal de agua. Artificial; decorativo.

—Podrían llamarlo simplemente canal de agua.

—Noo, es un regato.

—Entonces —propuso ella—, ¿cuál es la idea? Intenta no utilizar más tecnicismos.

—Sacar los troncos del regato y... —Miró hacia la ladera oriental del parterre. Estaba más lejos de lo que recordaba cuando lo pensó por primera vez—. Rodarlos por allí. En esa dirección.

—Parecen algo húmedos para el fuego. —Se inclinó, mirando hacia abajo.

—No son para el fuego. La idea es limpiar el regato, ver si podemos hacer que vuelva a funcionar. —Ella no parecía muy convencida—. ¡Sería genial! —añadió. Sophie asintió, como si estuviera siguiéndole la corriente. Él extendió sus brazos y sonrió de forma alentadora—. En fin; tan solo sacarlos de ahí será una gran ayuda. Pero no son pequeños. Si te parece demasiado para ti, ya sabes; simplemente, *mmm*,

bueno, ya sabes. No hace falta, quiero decir, tampoco es que...

Ella volvió a mirar hacia abajo.

—Van a estar llenos de insectos y gusanos y todo eso, ¿verdad?

—*Mmm*, bueno, claro, probablemente —tuvo que admitir.

Sophie hizo ademán de mirarle el trasero.

—¿Son un par de guantes lo que llevas en tu bolsillo de atrás?

—No, es que me alegro de, *mmm*, decirte adiós.

Ella se quedó mirándolo con las cejas levantadas y los labios apretados.

Él se aclaró la garganta.

—Sí, ha sido una gilipollez. Toma; coge los guantes.

El método que utilizaron consistía en quitar la hierba y el musgo de cada uno de los troncos medio podridos y excavar la arena y la tierra a su alrededor. Luego ella se introducía en el regato con los pies apoyados contra las paredes de piedra del canal mientras él se inclinaba desde un lado; sacaban un tronco cada vez para hacerlo sobresalir por la parte del regato que no había sido rellenada, de forma que él pudiera agarrarlo bien por debajo, después lo levantaban juntos, entre gruñidos y balanceos, y dejaban el tronco sobre la hierba. Dejarían lo de rodarlos para más tarde, o para otro día.

Creyó haberla oído responder con un gemido la primera vez que allanaron una gran colonia de bichitos blancos, pero después de eso pareció ignorar todos los insectos que descubrían.

—¡Aaah! —chilló cuando levantaron un tronco y toda una familia de pequeños y marrones ratones de campo huyó en distintas direcciones. Ella retrocedió rápidamente, luego le dedicó una sonrisa llena de vergüenza y volvió a agarrar el tronco.

Los postes estaban parcialmente empapados y eran más pesados de lo que él había esperado. Él hacía el trabajo más duro, realizándolo desde un lado y por encima pero, aun así, le impresionaba que ella estuviera trabajando con tanto esfuerzo y sin protestar. El día era cálido y ambos sudaban a chorros. Ella enrolló las mangas de su camiseta hasta el límite, pero no hubo mucha diferencia.

Cuando el extremo de un tronco dejó una gran mancha marrón verdosa en la camiseta de ella, exclamó: «¡Mierda!».

Lo miró con la respiración agitada. Se limpió bajo la nariz con el antebrazo. Señaló la camiseta con uno de sus enguantados dedos.

—¿No irás a pensar nada raro si me quito esto, verdad?

Oh, *Jesús*, pensó él.

—Palabra de explorador —espetó con un saludo. Había estado pensando en quitarse su camisa desde hace un rato; era una de las viejas del tío James, con el cuello y los puños deshilachados; pero ahora eso podría parecer como, bueno, como si estuviera pensando algo raro o así. Puede que simplemente se desabrochara un botón y enrollara sus mangas en vez de lo otro.

Ella se quitó los guantes, luego cruzó los brazos bajo sus pechos y tiró de la camiseta hasta sacarla por su cabeza, mostrando un sujetador de encaje blanco.

¡Joder! Aquello era esplendoroso; su camiseta se atascó con la coleta de su cabeza y él tuvo una ocasión inigualable para babear ante sus impresionantes, completamente redondeados y algo bronceados pechos mientras ella maldecía y luchaba hasta finalmente poder quitarse la camiseta; su cara estaba roja, encendida y agitada en el momento de resurgir.

—¿Has echado un buen vistazo? —le preguntó mientras hacía una bola con la camiseta y la arrojaba sobre la hierba.

¡Oh, joder!

—¿A qué? —contraatacó él, sin lograr sonar falsamente sincero de forma convincente, ni tampoco convincentemente sarcástico; era dolorosamente consciente, como un completo pardillo; casi hubiera sido mejor que se hubiese quedado mirando babeante, y hubiese contestado: ¡Fiuuuu, sí!

Ella sacudió la cabeza y desvió la mirada, manipulando con ambas manos la goma que sujetaba su coleta. Eso hizo que sus pechos se levantaran y se sacudieran. Alban empezó a sentir que una erección llamaba a la puerta. *Vaya, genial.*

El resto del verano, podía verlo venir, iba a tener que tratar de mantenerse alejado de esa fabulosa criatura.

—Bueno, volvamos al trabajo —propuso ella—. Tira de ese tronco, levanta ese gran trozo de madera...

Trabajaron hasta bien entrada la tarde, sin apenas cruzar palabra debido al mero esfuerzo. Una leve brisa les refrescó un poco, pero aun así era un trabajo que hacía sudar. Alban tenía el pelo aplastado sobre su cabeza y la camisa pegada a su espalda. Tenían que espantarse las moscas. Captó instantáneas de pequeñas gotas de sudor bajando entre sus pechos y por el canal de su espalda, formado por los músculos a ambos lados de la espina dorsal: el propio regato en miniatura de su cuerpo. Había guardado la esperanza de verle también las bragas, tal vez, pero las mallas estaban demasiado altas sobre sus caderas. El descendente sol de la tarde era dorado, y cubría su cuerpo con una cálida luz del color de la miel.

Terminaron, y se tumbaron sobre el césped, uno a cada lado del destapado regato, ambos totalmente estirados sobre la fresca hierba, bajo la sombra de los árboles, jadeantes y exhaustos. Se preguntó qué ocurriría si, digamos, el tío James los descubriera de esa forma. ¿Qué pensaría?

Sophie volvió a ponerse la camiseta. Volvieron a la casa dando un paseo, con los músculos doloridos.

—Mañana tendremos agujetas —dijo ella.

—O pasado mañana —añadió él mientras ascendían hasta el más alto bancal, justo debajo de la casa. La brisa había desaparecido, y el jardín parecía estar atrapado en algún espacio ajeno al tiempo, sin vida, tan solo el zumbido de los insectos les indicaba la presencia de otros seres vivos además de ellos dos.

—Dios —comentó ella—. Aún hace calor, ¿verdad?

—Sí —concedió, y se rió—. Estaría bien tener una piscina.

Ella dirigió su mirada hacia él y sonrió mientras subían los escalones y atravesaban las puertas halconeras hacia el aroma a ajo de un aliño de ensalada y el sonido de una radio.

¡De repente la está besando! Están en una fiesta, en el interior de un enorme granero abierto por lino de sus Indos, cerca de Bampton, al borde del parque nacional, que pertenece a los padres de una de las amigas de Sophie, y todos han estado bebiendo sidra, pasando gradualmente a hablar con estúpidos y cerrados acentos del sudoeste y probablemente cabreando a cualquier nativo presente, profiriendo: «¡Oh, zí! ¡Oh, zí!» y «Ámuno a bebé otra zidra»; y «Joé, eza eztá buenízima», y todo ese tipo de chorradas; y bailando al son de grupos de los que ninguno de ellos ha oído hablar (no es que lo admitan, obviamente, hasta que él lo hace en un momento dado y entonces ella también) y dando pequeñas caladas a porros, a pesar de que el humo apenas va más allá de sus amígdalas, francamente, y pasan mucho tiempo tosiendo y teniendo que beber más sidra para suavizar sus irritadas gargantas.

¡Pero la está besando! ¡Se deja! ¡Se lo está devolviendo! ¡Se están besando! Apenas puede creerlo.

Todos ellos contemplaron la puesta de sol y bajaron el volumen de la música para poder ir a la granja a telefonar a sus padres por turno y decirles que estaban bien. Se supone que van a dormir fuera de casa, y muchos de los padres creen que son el granjero y su mujer los que están a cargo de todo y asegurándose de que todo el mundo se comporta como es debido, pero en realidad son el sobrino y su novia los que están allí, dándole vacaciones a la pareja mayor, y la cuestión es que están fumando y bebiendo y ciertamente encantados de albergar una fiesta toda la noche, y están totalmente despreocupados por todo lo que ocurra, aunque el sobrino anda por todas partes con un extintor a cuestas, incluso llevando un canuto colgando de su boca, porque al fin y al cabo es un granero, aunque esté casi vacío y hay un poco de paja alrededor y la gente está fumando. Hay un equipo de sonido bastante decente instalado al fondo y barriles y barreños llenos de hielo, o al menos agua fría, para meter las latas y botellas. Ni siquiera han tenido que llevar bebidas, porque el sobrino ha comprado un cargamento y las está vendiendo casi a precio de costo y además tiene esa sidra asquerosamente turbia y extremadamente fuerte en un par de enormes garrafas que su novia está vendiendo en pequeños vasos blancos de plástico; cada uno es tan potente como una pinta corriente, según ella, y después de probar un par nadie puede llevarle la contraria.

Al principio, Sophie baila con algunos otros chicos y con el sobrino mayor, que se llama Jaime, y Alban se limita a sentarse y a observar a la gente, y le pregunta a un par de chicas si quieren bailar cuando ellas lo miran, pero solo una acepta, aunque es

un poco pequeña y está muy borracha y se tambalea y no tarda en irse a vomitar y claro, el no la sigue, mientras tanto la otra chica, según parece, está con un borracho grande y pelirrojo con pinta de joven granjero, quien no se toma muy bien la mencionada invitación a bailar y quiere pelearse con Alban, que se disculpa y levanta ambas manos mientras se aleja y vuelve a sentarse sobre uno de los fardos de paja y se concentra en beber, hasta que Sophie se deja caer a su lado, sin aliento debido al baile, y se queja de lo jodidamente hecha polvo que está porque tan solo han pasado dos días desde su heroica tarde de trabajo en el regato.

Lleva puestos unos vaqueros muy ajustados y un escueto top negro a través del cual se puede ver su sujetador negro, y se ha quitado las botas y está bailando con sus pies desnudos y acusa a Alban de ser responsable de que se sienta tan cansada; todo es culpa suya, así que él se ofrece para bailar por ella, y así ella se aúpa a su espalda, sentada sobre sus hombros, los brazos de Alban alrededor de sus muslos, y bailan de esa forma con un par de amigas de Sophie mientras ella agita sus brazos, dando botes arriba y abajo, casi haciendo que se estampen contra el suelo un par de veces pero no ocurre, y unos cuantos chicos hacen lo mismo con sus novias. Él acaba completamente exhausto después de un par de canciones y se ve obligado a bajarla y a tambalearse dramáticamente hacia un muro de fardos que hay al fondo del granero; se sientan en el suelo con sus espaldas apoyadas contra los fardos y ella inclinándose sobre él riéndose, hasta que va a por dos vasos de la potente y turbia sidra y vuelve y se desploma sobre él, aún sin aliento y sin dejar de reír; entonces, a continuación, mientras el último resquicio de sol desaparece del cielo por el oeste y las luces del granero se encienden sobre ellos, de repente, increíblemente, inexplicablemente, sin que parezca que ninguno de los dos comience a hacerlo, se están besando; al principio solo es un leve y creciente picoteo, luego un acto sin zonas excluidas, con la boca abierta y lengua presente, los vasos de sidra desconsideradamente volcados en el suelo, mientras giran y se aplastan el uno al otro, sus brazos apretando más y más fuerte.

Tras unos segundos, ella se aparta repentinamente, con el ceño muy fruncido en su ruborizado rostro.

—¿Cómo ha ocurrido esto? —pregunta, sonando horrorizada.

—¡No lo sé! —responde él, casi gritando, sacudiendo su cabeza y agitando los brazos—. Pero ha estado bien, ¿no?

La expresión horrorizada se diluye y ella se ríe y comienza a decir algo que se extingue mientras cae de nuevo sobre él, boca contra boca y lengua contra lengua.

Más tarde, detrás del granero, perdidos de vista, mientras la música resuena en el extremo más alejado de la pared de ondulado metal, ellos continúan besándose, abrazándose, acariciándose y simplemente teniéndose en sus respectivos brazos. Su pelo es lo más delicioso que jamás haya olido. Le ha permitido desabrocharle el sujetador y sentir sus hermosos y magníficos senos y frotarle entre sus piernas por encima de los vaqueros pero no le permitirá quitárselos de ningún modo, aunque ella

frota su polla a través de los vaqueros, arriba y abajo de tal forma que cree estar a punto de correrse una docena de veces pero nunca llega a hacerlo, y le duelen los huevos, igual que un recuerdo.

—No deberíamos estar haciendo esto —dice ella en un momento en el que están allí tumbados muy apretados, jadeantes, dando un descanso a sus bocas.

—No es ilegal —señala él.

—Ya, pero aun así.

—De todas formas, todavía no hemos hecho nada.

—¿Qué quieres decir con «todavía»? ¿Qué? ¿Es que crees que vamos a hacerlo? ¿Lo crees? ¿Eh?

El la abraza con más fuerza, vuelve a enterrar la nariz en su fabuloso pelo. Huele a exterior, a aire libre y a toda hermosa planta, flor o hierba que hay en el mundo.

—Bueno —afirma él—, se me ha pasado por la cabeza, incluso aunque no haya pasado por la tuya.

Ella no responde, pero continúa acariciando su espalda con una *mano y su nuca* con la otra. Se quedan así durante un rato. Él piensa: *Jamás llegaría a cansarme de esto.*

—No soy una auténtica virgen, ¿sabes? —confiesa.

Él se aparta y la mira.

—La culpa es de *Raspadura* —dice con una pequeña sonrisa que él apenas puede discernir en la oscuridad. Ella se encoge de hombros—. Alguna de las sillas de montar, probablemente.

—Oh —responde. Le lleva un rato comprenderlo. No sabía que podía ocurrir de esa forma. Siempre había encontrado (bueno, durante los dos últimos años o así, desde que las chicas y el sexo empezaron a interesarle) un poco extraña esa idea de que las hembras vienen como selladas de fábrica; como experimentos naturales en manos de chalados religiosos o algo así. Oh, vaya. Incluso cuando creías que lo sabías todo sobre el sexo, siempre quedaba algún detalle nuevo que aprender—. Bueno, *mmm*, ya sabes... —balbucea, sintiéndose un poco por debajo del nivel y repentinamente patético.

—¿Y qué hay de ti? ¿Lo has hecho alguna vez? —pregunta. Le suena como si intentase parecer natural—. Dime la verdad.

Piensa en mentir a pesar de todo, pero finalmente dice:

—*Umm*, esto, *eeh*, no. No. Creo que no. También soy virgen. Auténtico.

Ella se queda callada y quieta durante un momento, entonces dice:

—Bueno, esto solo es, ya sabes.

No lo sabe.

—¿Qué? —inquire.

—Bueno —musita—. Solo es diversión.

—Claro. Claro, es diversión. Es cierto.

—No creo que vayamos a hacer nada. No creo que eso fuera... que eso tuviera

sentido.

—Claro, vale.

De alguna manera está desolado, porque todo esto tenía pinta de que podría llevarlos (en un momento dado, incluso si no esta noche) a hacerlo de verdad, pero, por otro lado, él jamás había esperado llegar tan lejos con ella; de hecho jamás había pensado en llegar a ninguna parte con ella; jamás haber conseguido besarla, en realidad; no un beso de verdad, no con un magreo medio en serio además; así que, todo esto ha sido un plus en cierto sentido.

Al mismo tiempo... Oh, joder, ella era su prima. Parte de la familia. Sería mejor que lo hiciera por primera vez con una chica normal. Esto tendría que bastarle por ahora. Eso le bastaría por ahora. Esto era, definitivamente, excepcional. Desea echar la cabeza hacia atrás y reír con fuerza, salvaje, loca y despreocupadamente, aullar desquiciado en la oscuridad, pero le preocupa parecer raro e inquietante, así que no lo hace.

—Besémonos otra vez —dice ella.

Terminan durmiendo en el granero con otra docena de parejas, abrazándose debajo de una vieja lona, cogiendo vasos de agua de los restos que quedan en los barriles donde habían estado guardadas las latas y botellas. Algo después del amanecer, mucho antes de que nadie se mueva, ella le abraza, arrojándose contra su espalda, acurrucándose, estrechándole, runruneando pequeños, tenues y entrecortados ruiditos inconscientes.

Él susurra: «Prima, prima, dulce prima» para ella, para él mismo, muy, muy, silenciosamente, entonces vuelve a dormirse, sonriente.

Las tías abuelas Beryl y Doris viven en las tres cuartas partes superiores de una elevada residencia de piedra arenisca situada entre una grandiosa extensión de propiedades similares que forman una hilera en la profunda Hillhead. Las calles están llenas de coches estacionados. Asombrosamente, Fielding encuentra un sitio para aparcar casi junto a la entrada.

Alban y él llegan a una casa en estado de bullicio. Suenan chillidos desde el interior. Las dobles puertas principales están abiertas de par en par. Todas las ventanas están abiertas, de algunas de ellas asoman cortinas de humo. Algo que parece ser humo anaranjado sale de una de las ventanas del piso superior.

Un hombre de mediana edad, vestido con un mono, se encuentra en lo alto de los escalones relativamente estrechos que se elevan desde el jardín del piso de abajo, agarrado a una de las espirales de metal que forman el extremo de las dos elegantes barandillas situadas a los lados de los amplios escalones delanteros que llevan a la vivienda principal. Está mirando hacia la despejada puerta delantera. A medio camino entre él y la puerta, hay un gran trozo de carne cruda tirado en mitad de un escalón. La carne parece algo maltratada y hay sangre esparcida alarmantemente a su

alrededor. El hombre se gira mientras Alban y Fielding suben los escalones desde la calle.

—¿Son de la policía? —pregunta con un tono que parece de alivio.

—No —contesta Fielding con firmeza—, somos de la familia.

Capítulo 3

—¡Hombres, Doris! ¡Hay hombres aquí! ¡Tenemos hombres!

—¿Qué? ¿Lo has encontrado? ¿Cómo dices?

—¡Hombres, vieja tortuga sorda! —ruge la tía abuela Beryl subiendo las escaleras hasta la primera planta.

La tía abuela Beryl era menuda, delgada y tenía noventa años pero poseía una voz sorprendentemente potente. Vestía un pantalón de peto azul desgastado y una bufanda atada alrededor de la cabeza y anudada sobre la frente. Le asomaban unos cuantos mechones de pelo blanco. Sostenía una anticuada escoba con un cuchillo de monte de aspecto amenazador asegurado al mango con cinta adhesiva. Al verla más de cerca, se podía comprobar que las perneras de su pantalón también habían sido pegadas con cinta adhesiva a la goma de sus negras botas de agua.

—¿Qué está pasando, Beryl? —inquirió Fielding.

—¡Me alegro de verte, Alban! ¡Y a ti, Fielding! —espetó la vieja dama, con el cuchillo de monte moviéndose peligrosamente cerca de ambos y haciéndoles encoger el brazo cuando ella alargó su mano para estrechársela—. ¡Pasad, pasad! Habéis llegado en el momento adecuado. Tenemos varios fugitivos. Armaos y venid a ayudar. Oh, pero si sois hombres; no necesitaréis armas.

—Beryl, ¿quién es? ¿A quién le hablas? —dijo una voz que bajaba desde el piso superior.

—Beryl... —comenzó a decir Alban.

—¡Hombres, Doris, hombres! ¡Sobrinos! —gritó la tía abuela Beryl escaleras arriba. Se volvió hacia Alban—. ¿Sí, querido?

—¿Quién se ha escapado?

—No es quién, querido; sino qué. Como una docena de ratones y, ahora, Boris.

—¿Boris?

—Es una pitón. En realidad es hembra, pero pasó mucho tiempo hasta que nos dimos cuenta de ello y el nombre de Boris es muy pegadizo, ¿sabéis?

—¿Tenéis una serpiente fugada aquí dentro? —dijo Fielding con preocupación, con la mirada clavada en el vestíbulo—. ¿Cómo de grande?

—De unos dos metros y medio de largo.

—Jesús —musitó Fielding juntando los pies.

—¡Esa boca, Fielding! —censuró la tía abuela Beryl.

Fielding se giró para echar un nuevo vistazo al interior del vestíbulo, agarrando la manga de su primo mientras se inclinaba tratando de ver detrás de varias macetas con plantas y altos jarrones que había sobre unas mesitas. El tramo del pasillo pegado a las escaleras parecía sospechosamente oscuro y largo.

—Beryl, ¿estás hablando con vendedores?

—No son... ¡Oh, haz el favor de escuchar, querida!

—Hay un, eeh, un trozo de carne tirado ahí fuera —dijo Fielding mirando de un

lado a otro.

—Sí —afirmó Beryl—. Estábamos intentando montar una trampa, pero se cayó por la ventana. Luego recordamos que nos quedaban algunos fuegos artificiales del aniversario de la reina, y pensamos que podríamos utilizar el humo para ahuyentar a las alimañas hacia el exterior, pero fue un rotundo fracaso. Aunque nuestra principal estrategia ha consistido en pisotear y gritar.

—¡Beryl, insisto en saber con quién estás hablado! ¡Ya sabes que no puedo encargarme de todo yo sola aquí arriba!

—¡Oh, por el amor de Dios! —exclamó Beryl. Le arrojó la escoba con el cuchillo de monte a Alban, que retrocedió pero consiguió atraparla. La vieja dama se volvió y subió corriendo los amplios escalones de madera—. ¡A primera hora de la mañana —vociferó desde arriba—, llamaremos al doctor McLaughlin y le pediremos cita para otra irrigación de oído! —Se giró a medio camino y miró hacia los dos hombres—. Si veis algún ratón —les dijo—, no dudéis en trinchar a esos pequeños indeseables. Boris los prefiere vivos, pero me imagino que con suficiente hambre se los comerá fríos.

—¿Y qué pasa con la serpiente? —preguntó Alban.

—Oh, por amor de Dios, no trinchéis a Boris. Agarradlo por detrás de la cabeza. No os preocupéis si se enrosca alrededor de vuestro brazo, Aunque, por supuesto, si va a por vuestro cuello, disuadidlo con suavidad.

Alban sonrió y levantó la lanza casera mientras la tía abuela Beryl desaparecía doblando el recodo de las escaleras.

—Dalo por hecho —aseguró. Miró hacia Fielding, quien le estaba mirando a él. Se encogió de hombros.

—Bueno, puedes considerarlo como deseos —me dijo Doris.

—Yo también lo haré —respondí yo.

—Aún creo que es un muy buen mozo.

—Es posible —concedí—, ¡pero tiene los sesos revueltos!

La tía abuela Beryl reclinó su cabeza hacia atrás y rió con fuerza. Su peluca negra, coronada por un pequeño sombrero hecho principalmente de plumas moradas, se inclinó alarmantemente y amenazó con caerse, pero ella volvió a mover la cabeza hacia delante y se quedó en su sitio. Luego estiró su brazo y apretó el antebrazo de Alban con sorprendente fuerza.

—¿Más licor de cerezas?

—Estoy algo lleno, gracias Beryl.

—No es eso lo que quise decir, querido.

—Te pido disculpas. —Alban alcanzó el carrito de las bebidas que estaba entre Beryl y él—. Permíteme.

—Oh, gracias. No eches mucho... Oh, da igual, ¿eh?

A la tía abuela Doris le llevó un momento o dos comprender, o posiblemente recordar el chiste, pero entonces se rió también en voz alta. Su cabeza no se inclinó tanto. Unas pequeñas motas de saliva danzaron como luciérnagas bajo las luces, las cuales estaban todas, al igual que la mayoría de las luces y lámparas de la casa, cubiertas por finos trapos y sedosos retales de tela. El comedor era alto, con un amplio ventanal y revestido de lo que Alban estaba bastante seguro que era caoba. Grandes cortinas de color lila se recogían elegantemente sobre las ventanas y caían sobre el suelo de teca. Tan solo desentonaba la blanca forma cúbica del aparentemente nuevo y completamente conectado lavavajillas Bosch, situado a un lado de la chimenea encantadoramente alicatada.

Tanto Alban como Fielding se habían fijado en él al entrar por primera vez.

—Te ahorra muchos paseos —les había explicado la tía abuela Beryl.

Las dos viejas damas se habían vestido con ropa de tarde formalmente antigua (largos vestidos de seda de cuello alto) y abrieron el rancio comedor para la ocasión, incluso aunque los dos hombres no vestían con una ropa tan formal. Fielding tenía un traje gris oscuro de ejecutivo, que se puso en honor a la ocasión, pero lo mejor a lo que Alban podía recurrir era a ponerse una camisa limpia y blanca sin planchar, junto con sus vaqueros más recientemente lavados.

La cena en sí no fue sino el menú de un chino a domicilio, entregado por un amistoso joven llamado Shing, quien tenía mucha confianza con Beryl y Doris. La espléndida mesa del comedor chocaba estéticamente con los recipientes de usar y tirar y las damas confesaron que la vajilla tan solo era la segunda mejor (ciertas comidas a domicilio tienden a llevar ingredientes que podrían manchar los platos más delicados); sin embargo el champán y el vino, elegidos por Fielding de un viejo cuarto de planchar, que ahora hacía las veces de bodega, habían sido muy buenos, sin duda; salvo por una botella de La Misión Haut-Brion de 1950 con un lamentable sabor a corcho.

—Bueno, Fielding —comenzó a decir la tía abuela Doris, dirigiéndose a Alban.

—Es Alban, querida —le corrigió Beryl. Ella se fijó en Alban y sacudió la cabeza. Fielding ni siquiera se encontraba en la habitación en aquel momento.

—Por supuesto —aceptó Doris, sacudiendo una mano arrogantemente. Era de constitución más robusta que Beryl (como un gorrión a un reyezuelo) pero aun así transmitía una impresión de delicadeza e incluso fragilidad comparada con el aura de seca dureza de esta. Doris llevaba un sombrero similar al de Beryl, aunque sus plumas eran carmesí, y su peluca era rubia platino. Llevaba unas espantosas gafas con montura de concha que ella solía llamar «Dame Ednas»^[5].

—Bueno, Alban —volvió a decir—, ¿estás bien?

—Me imagino que exactamente igual de bien que hace quince minutos, cuando le preguntaste por última vez, querida —espetó Beryl airada.

—¿En serio? —Se extrañó Doris, parpadeando tras sus gafas—. ¿Y qué contestaste entonces, cariño?

—Contesté que estaba bien, gracias —dijo Alban, sonriente.

—Estupendo —apuntó Doris—. Bueno, quizá ya te he preguntado el suficiente número de veces para que se me quede grabado, ¿sabes lo que quiero decir? Que entonces lo recordaré. ¡Ja!

—Sí, es posible —afirmó Beryl.

—Y digo yo —continuó Doris con seriedad—, ¿queda algo de ese licor de melocotón?

—Allá vamos —comentó Alban rellenándole el vaso.

La tía abuela Doris hacía leves ruiditos mientras él le llenaba el fino vaso, el cual era de un tamaño intermedio entre un chupito y un catavinos.

—Entonces —volvió a empezar cuando el vaso estaba casi lleno—, ¿has tenido que conseguir una autorización de, *mmm...* de, *mmm...*?

—¿Una autorización? —repitió Alban.

—Ya sabes, permiso para... —Agitó su delgada mano venosa en círculos—. De tu otra... Se me ha olvidado...

—Oh. No, actualmente no estoy con nadie, Doris. —Alzó su vaso y sonrió—. No formalmente.

—¿Qué hay de esa joven matemática? —inquirió Beryl—. Verushka. Parece muy agradable.

—Lo es. Pero no somos pareja.

—¿No lo sois? —dijo Beryl, aparentemente sorprendida.

—No —admitió—. No es lo que ninguno de nosotros busca.

Doris chasqueó la lengua.

—¿Un hombre joven y guapo como tú? Yo diría que debes tener a las chicas rendidas a tus pies. ¿No crees, Beryl?

—Desde luego —afirmó Beryl.

Doris se inclinó un poco más sobre la mesa y bajó la voz.

—¿Todavía andamos desperdigando la semilla? —preguntó antes de guiñarle un ojo.

—Y disfrutando del campo —añadió Alban.

—¿Labrando el campo? —Doris parecía un poco desconcertada. Miró a Beryl—. ¿Es una palabrota?

Beryl la ignoró y se inclinó hacia Alban.

—Y siempre tratando de asegurarte de que fracase la cosecha, ¿eh? —Resopló.

—No serás gay, ¿verdad, querido? —inquirió Doris.

—¡Oh, Doris, por favor! —espetó Beryl.

—¿Fielding y tú no estáis...? —continuó Doris, ahora completamente perdida.

—No, Doris. Estoy totalmente segura de que ninguno de nosotros es, en absoluto, gay.

—Oh —dijo Doris frunciendo el ceño—. Estoy segura de que os podíamos haber ofrecido un cuarto para los dos.

—Me imagino que si esta noche encuentro a Fielding en mi cama, será porque Boris se ha escapado otra vez —rió Alban.

—¿Qué? —Doris parecía alarmada—. ¿Que Boris se ha...?

—Boris está en su terrario, querida —aclaró Beryl alzando la voz—. ¡Y Alban no es gay!

—Oh —articuló Doris, algo menos desconcertada—. Estupendo. Bueno, ¡brindo por eso! —Bebió un trago de su vaso de licor y se dio unos toquitos sobre sus finos labios con la servilleta.

Finalmente, todo está listo. Él había pensado que todo iba a salir terriblemente mal, al encontrar el enchufe más cercano y comprobar que era trifásico (¡trifásico!), pero, o bien la casa tenía dos circuitos eléctricos por separado, o bien habían dejado los viejos enchufes en su sitio cuando volvieron a cablear el edificio, porque un poco más allá en la misma pared hay un enchufe doble normal.

—Damas y caballeros —dice Fielding aplaudiendo, al abrir la puerta del comedor —, la presentación está preparada.

—¿Presentación? —Se extraña Alban mientras escoltan a los dos vejestorios hacia el cuarto de recreo. Todo eso les lleva un rato, ya que Beryl y Doris van aleteando de acá para allá, recogiendo chales y bolsos de mano y cajas de píldoras, fundas de gafas y no sé que demonios más, y todo el tiempo mascullando sobre Dios sabe qué, pero al fin, colgándose del brazo como si fueran niños, consiguen llevarlas hasta el cuarto de recreo, donde Fielding ha dispuesto sillas y el ordenador portátil con el proyector sobre la mesa, delante de una sábana blanca colgada sobre el alféizar de la ventana.

Al mira a Fielding mientras acomodan a las chicas.

—¿Vas a hacer una presentación? —pregunta, como si fuera gracioso o algo así.

—Bueno, ¿cómo lo has sabido? —ironizó Fielding.

—¿PowerPoint?

—¿Qué si no?

—¿Con viñetas y todo eso? —insiste Al, luciendo una estúpida sonrisa.

—¡Por supuesto!

—Fielding —espeta Al sacudiendo la cabeza.

—¿Qué? —pregunta Fielding, pero ahora Al está diciendo algo sobre colocar otra mesa para que las chicas puedan apoyar sus bebidas. Fielding apaga el interruptor principal de forma que la única iluminación llegue de una lámpara de pie que hay en una esquina y de la simple y blanca luz que el proyector arroja sobre la sábana.

—Y digo yo, Fielding —comienza a decir Beryl—, ¿qué es esa cosa? —Señala al proyector.

—Es un proyector, tía abuela Beryl. Empecemos. —Fielding da una palmada con sus manos, situado delante de ellos; el proyector es como un suave foco sobre él. Se

ha quitado la chaqueta, enrollado las mangas de su camisa y aflojado la corbata, así que tiene un aspecto muy informal. Incluso podría decirse que amistoso—. Antes que nada, me gustaría dar las gracias a Beryl y a Doris por su maravillosa comida y encantadora hospitalidad. —Esto es un poco embarazoso, piensa Fielding, considerando el bochorno de haber tenido que comer comida china a domicilio, incluso aunque la bebida fuese casi trágicamente buena. No importa. Está encantado de que le escuchen. Ya han bebido y comido y sus culos están sobre los asientos—. No creo que sea ningún secreto que la empresa familiar, Wopuld Limited, de hecho, todo el Grupo Wopuld, ha sido contactado...

—¿Vamos a ver alguna diapositiva? —pregunta Doris a nadie en concreto.

—Sí —responde Beryl—. Creo que sí, querida.

—Bueno, es una presentación informática, técnicamente hablando —les dice Fielding, sacando su puntero láser plateado del bolsillo de la chaqueta y mostrándoselo—. De cualquier forma, como iba diciendo. La compañía Wopuld Limited. El Grupo Wopuld. Y Spraint. La Spraint Corporation of America. —Fielding aprieta los labios, mira hacia abajo y se gira de perfil hacia ellos, entonces comienza a caminar lentamente, con las manos detrás de la espalda. Fielding considera esto como su «Señoras y Señores del Jurado» particular—. Recuerdo cuando yo era...

—Entonces, ¿hay una computadora? —pregunta Beryl, mirando bajo la mesa.

—Sí, es ese ordenador de ahí, tía abuela.

—¿Qué? ¿Esto?

—Sí, eso.

—Ah. Entonces, ¿esto es una especie de computadora trasladable?

—Un ordenador portátil, tía abuela. Ahora bien...

—¿Y no tendríamos que estar de cara hacia él? Quiero decir, no veo la tele, la pantalla esa. ¿Puedes tú, Doris?

—¿Qué dices, querida?

—Ver la pantalla. En esa cosa.

—Yo... bueno, está ahí.

—Sí, pero, ¿puedes verla?

—Bueno, en cierta forma.

—Pero no adecuadamente.

¿De qué coño están hablando?

—Lo siento, no comprendo... —empieza a decir Fielding, entonces se da cuenta—. ¡Aah, ahora sé lo que queréis decir! No, esa es la idea, veréis. El ordenador le dice al proyector lo que tiene que mostrar en la pantalla grande, aquí. En la sábana, ¿veis? No tenéis que mirar a la pantalla del ordenador. Y yo lo controlo mediante este pequeño mando. Todo muy interesante, pero en eso consiste la tecnología.

—¿Un mando a distancia? —dice Beryl, entornando los ojos hacia el aparato que Fielding acaba de extraer de su bolsillo trasero.

—¿Es que vamos a ver la televisión? —pregunta Doris.

—Mirad, señoras, esto no son más que herramientas, ¿sabéis? No son el objeto de esta presentación. —Fielding mira a Alban, pero no está siendo de ninguna ayuda; se limita a quedarse ahí sentado, cruzado de brazos y piernas, sonriéndole a su primo.

—¡Espero que eso no sea de mi cama! —espeta Doris, mirando hacia la sábana—. ¡Ja, ja, ja!

Esto, piensa Fielding, es ridículo.

—Mirad, os lo mostraré. —Se aparta a un lado y muestra la diapositiva inicial, con el logotipo de la compañía, que consiste en una especie de tablero estilizado de ¡Imperio! con montones de fichas y cartas esparcidas sobre él; la cámara se lanza en picado hacia la superficie de juego, inclinándose y girando alrededor de las fichas y sobre los distintos territorios.

—¡Dios mío!

—¡Santo cielo!

Fielding sonrío. Aquello ha llamado su atención. En realidad no es más que un salvapantallas con pretensiones, pero demuestra cómo las gasta el sistema.

—¡En mi opinión, eso es muy ingenioso! —admite Beryl.

—¿Es una película? —Doris vuelve a estar desconcertada—. ¿Es que vamos a ver una película? —Se inclina hacia Beryl—. Voy a tener que ir a, bueno, ya sabes, si vamos a ver una película entera.

Fielding aprieta el mando para pasar a una vieja foto en sepia del tatarabuelo, el fundador de la compañía Henry Wopuld, luciendo un aspecto muy solemne y Victoriano con esas patillas.

—Recuerdo cuando yo era... —vuelve a empezar Fielding.

—¡Mira, Doris! —exclama Beryl—. Es el viejo Henry.

—Oh, son diapositivas —comenta Doris—. Entonces, ¿qué era esa otra cosa?

—¿Todo eso está dentro del proyector «comosellame»? —inquire Beryl.

—No; todo está en el ordenador —le dice Fielding, manteniendo la calma—. El proyector tan solo muestra en la pantalla lo que está en el ordenador. ¿Lo entiendes? Y yo lo controlo con el mando. No es más que lo habitual... Solo son los medios para llegar a un fin. —Fielding vuelve atrás, a la secuencia del salvapantallas de la compañía—. ¿Ves?

—¡Ahí está otra vez! —clama Doris. Se inclina hacia Al—. Alban, ¿qué es lo que ocurre?

—Brujería técnica, Doris —le responde.

—¿Y tú estás haciendo esto? —pregunta ella.

—No, lo hace Fielding. Yo no soy más que su asistente.

—¿Eres vidente?

—Asistente, Doris —repite subiendo la voz mientras ríe—. Solo soy el ayudante.

No según la experta opinión de Fielding, quien no cree que el cabrón engréido de Alban esté ayudando una puta mierda. Tan solo está ahí sentado, sonriendo. Mientras

tanto, Fielding empieza a sentir calor bajo el cuello de la camisa.

—Está bien, mirad todos —concede—. Me doy cuenta de que toda esta tecnología puede parecer algo...

—¿Y qué más tienes ahí dentro? —Se interesa Beryl, inclinándose para ver el ordenador. Se estira para alcanzar el aparato.

—¡Beryl! ¡Por favor no...! —Fielding empieza a decir. Ella no lo toca, pero él debe de haber apretado el mando, porque la animación del tablero de juego se convierte de nuevo en el viejo Henry; después, algunas instantáneas de gente famosa jugando a ¡Imperio! como juego de mesa; aquí aparecen Bing Crosby y Bob Hope con aspecto un tanto sobresaltado, jugando a la versión norteamericana; ahora el famoso fotograma de aquella vieja película sobre la familia real con el juego de fondo en Balmoral; aquí hay otro fotograma de cuando jugaban en la serie *East Enders* (no podían decir el nombre, pero se podía identificar el tablero y uno de los personajes hablaba de «este juego de dominar el mundo»). Entonces aparecen unos segundos de acción de la última edición de la versión electrónica, seguidos de una gráfica animada de ventas pasadas, con estimaciones de futuras ventas disparándose hacia la esquina superior derecha. Básicamente, esto está arruinando la presentación de Fielding—. Disculpad, disculpad. —Fielding deja escapar un suspiro y vuelve atrás por las imágenes hasta el viejo Henry.

—¡Otra vez Henry! —exclama Doris—. Creo que ya he visto esta parte.

—Creo que fue aquí donde empezó, querida —le informa Beryl. Ella sonrío hacia Fielding justo cuando él comete el error de comprobar que el puntero láser funciona encendiéndolo sobre la palma de su mano—. ¡Ooh! ¿Y para qué sirve esa cosa? ¿Qué es lo que hace? —interroga.

—Es un puntero láser —le dice Fielding, resignado. Lo dirige hacia la esquina de la sábana que hace de pantalla.

—¿Qué es eso? —pregunta Doris.

A partir de entonces, Fielding las pierde. Están mucho más interesadas en el puntero, el mando a distancia y en la idea de que el portátil lleva las imágenes a través del cable conector hasta el proyector, que en la oferta de adquisición de Spraint Corp. o en la historia cuidadosamente preparada por Fielding acerca de, y en homenaje a, la larga y triunfal lucha de la familia por llevar un juego de mesa y electrónico de gran calidad a un mundo impaciente.

De alguna forma, terminan jugando una partida a la versión de acción medieval de ¡Imperio!, pinchando y cortando a través de grandes batallas y asaltos a torres y esquivando balas de cañón del tamaño de pelotas de baloncesto; aunque jugar sin los mandos apropiados, usando tan solo el teclado configurado del portátil, es un verdadero engorro. Probablemente estar borracho tampoco ayuda. Doris y Beryl se turnan para usar el puntero láser como si fuera un arma simulada o para resaltar las entrepiernas y los bragueros metálicos de los personajes. Beryl, en particular, parece adorar la sangre, y chilla frecuentemente y con fuerza. Doris se marcha para hacer

café, rechaza toda proposición de ayuda y reaparece con té. Té irlandés, si es que existe algo así (le añade güisqui). Sabe a rayos.

Beryl alcanza el rango de margrave. Alban no deja de reírse. Doris se queda dormida. Un ratón corretea por el suelo desde debajo de la pantalla y se dirige hacia la puerta. Todos lo persiguen.

Alban se queda tumbado en la cama un poco más, bebiendo agua y recordando la llamada telefónica realizada anteriormente. Había pedido usar el teléfono poco después de que hubieran atrapado a la mayoría de los ratones y descubrieran a Boris enroscado alrededor del calentador de agua, en el cuarto de calderas de arriba. Se bebió el agua y sonrió en la oscuridad de la habitación. Estaba bien volver a estar en una cama de verdad, una cama con sábanas y almohadas. Esta era una cama doble de latón, rechinante y algo combada, pero suficientemente cómoda. Tenía la certeza de que no estaría en esa cama mañana por la noche. Bebió más agua, sonriendo en la oscuridad, recordando.

—Graef.

—¿Qué hay?

—Ah, señor McGill.

—¿Cómo estás?

—Muy bien, ¿y tú?

—Bien.

—¿Dónde estás?

—*En Glasgow.*

—Eso está bien. ¿Podemos vernos?

—¿Qué tal mañana?

—Sería perfecto. Aunque podría librar esta noche.

—No fingiré que no me tienta esa idea.

—Y debería tentarte. —Pudo oír su sonrisa—. Y halagarte también. Nunca me arriesgaría a parecer tan ansiosa con nadie más.

—Ojalá pudiera. Pero tengo asuntos familiares que resolver.

—¿Tus tías? ¿Beryl y Doris?

—Sí, ellas. Y un primo.

—Mañana entonces. Saluda a las chicas de mi parte.

—Lo haré. ¿Dónde nos vemos?

—Ven a la oficina. Cuando quieras después de las siete. He estado fuera, de conferencias, así que tengo un montón de trabajo atrasado.

Él no está realmente allí. Lo sabe, pero da lo mismo. Lo sabe, pero saberlo no le ayuda.

Él no está allí; primero, porque sabe que esto no está pasando. Él no está allí, segundo, porque allí no había nadie, se sabe, es un hecho. Y él no está allí, tercero, porque cuando ocurrió apenas tenía dos años, y en el sueño es unos años mayor, puede que cinco o más, capaz de comprenderlo que está pasando y de hablar y de razonar con ella (incluso aunque ella nunca escucha, incluso aunque ella no puede oír, incluso aunque ella no lo ve). En el sueño él es capaz de andar lo bastante rápido para mantenerse a su lado mientras ella camina por la casa hasta el guardarropa, donde escoge el largo y oscuro chaquetón con los bolsillos de cazador, el chaquetón que había sido de su padre y, a veces, como ahora, igual que esta vez, él es capaz de seguirla a través de las tinieblas de la casa para adentrarse en la luz del día e ir detrás de ella mientras baja por el oscuro y húmedo camino bajo los alisos y serbales hacia el sendero que lleva hacia la caseta de entrada y la carretera y el mar.

El sueño fue interrumpido cuando la puerta de su dormitorio se abrió, la luz se derramó brevemente en el interior y alguien entró en la habitación y cerró la puerta.

—¿Alban? —dijo una voz en la oscuridad. Al principio, no estaba seguro de estar totalmente despierto y, solo por un instante, pensó que podría ser su madre, para responderle al fin. Se esforzó en despejarse del todo. No creía haber estado mucho tiempo dormido.

—¿Beryl? —preguntó a su vez.

—Enciende la luz —le indicó la tía abuela Beryl—. No quiero golpearme una espinilla. Una ya tarda un mundo en curarse a mi edad.

Tanteó en busca de la lámpara de mesa, dio con ella y la encendió. La tía abuela Beryl llevaba puesto un largo camisón blanco y una bata de tartán de aspecto cálido. Su pelo, el de verdad, era muy blanco, fino y escaso.

—¿Ocurre algo? —inquirió él.

—No —dijo ella—. Bueno, sí, pero no es ninguna emergencia.

—¿Boris está aún en su pecera?

—Que yo sepa, sí. —Anduvo hasta la cama y empezó a deshacer la esquina por los pies—. Muévete, sobrino, y pásame una almohada. —Beryl cogió las sábanas de los pies de la cama, recibió la almohada y se subió, colocando la almohada detrás de ella para poder sentarse de cara hacia él. Fijó sus ojos en Alban con una mirada cautivadoramente brillante. Él subió un poco las sábanas para taparse los pezones, asombrado consigo mismo por sentirse tan cohibido. Su tía abuela tomó aire con fuerza—. Bueno, Alban.

—Sí, Beryl.

—¿Recibiste mi carta?

—Sí, lo hice. Aunque fue hoy mismo. Fielding la trajo desde Gales.

—Y la has leído.

—Sí. —Se estiró hacia el vaso de agua—. ¿Quieres un poco de agua?

—Sí, por favor. Gracias.

—De nada.

—Bueno —empezó a decir, entrelazando sus manos—. Desafortunadamente, desde que escribí esa carta, los asuntos que trataba han llegado a un destino, médicamente hablando.

—Oh, Beryl, cuánto lo siento —afirmo él. La carta tan solo hablaba de que no se encontraba bien y que se había sometido a unas pruebas. Como jamás había oído a Beryl protestar, o siquiera mencionar algo sobre su salud, supuso que esto era algo fuera de lo común, algo que ella consideraba importante.

—Oh, tengo noventa años; he disfrutado una vida larga y provechosa y bla, bla, bla. —Beryl alejó cualquier compasión posible—. Sin embargo, parece que tengo muchas posibilidades de morir antes del próximo año o así. ¡Ja! Como si eso, a mi edad, fuera algo extraordinario. Pero, lamentablemente, han encontrado una de esas cosas tan desagradables que terminan en «—orna» dentro de mi y al parecer eso convierte el resultado en más que inevitable, en vez de concederme, deportivamente, una oportunidad. Aunque podrían quedarme seis meses, y posiblemente un año. Lo único bueno de tener un cáncer a esta edad es que se extiende muy lentamente; las células cancerosas están tan decrepitas y atontadas como cualquier otra parte de mi cuerpo, y les lleva su tiempo multiplicarse.

—Oh, Beryl...

—Déjalo ya, por favor —espetó parpadeando furiosamente—. Siento algo de alivio con la compasión de la gente, pero hasta cierto punto. Todos tenemos que irnos un día; en cierto sentido, tengo suerte de saberlo.

—Si hay algo que pueda hacer... —comenzó a decir.

—Lo hay —atajó abiertamente.

—¿El qué?

—Cállate y escucha.

—De acuerdo.

—Ya que mi enfermedad progresa y mi estado se deteriora, en su debido momento tendré que encargarme de algunas cosas yo misma, porque no tengo intención de morir en medio de un gran dolor si no hay esperanza de recuperación. Eso es algo que sé que debo contarte, Alban, compréndelo, pero debes convencerte de que no es más que una forma práctica de escapar de una experiencia desagradable, eso es todo. Por lo general, obviamente, una no suele aprobar ese tipo de cosas; que si es una salida fácil, que siempre es mejor seguir luchando, que nunca se sabe lo que podrías encontrar al doblar la próxima esquina, esa clase de cosas; sin embargo, es algo a lo que hay que enfrentarse, y yo particularmente quiero que estés preparado. También me ha sorprendido que para algunas personas, la experiencia desagradable de la que tratan de escapar con el suicidio es del resto de sus vidas. Si contemplan la vida como algo en lo que no les espera otra cosa aparte de dolor emocional hasta que mueren o envejecen, bueno, una puede entender que eso sería por sí mismo

insoponible, y cuanto más joven eres, peor resulta. Ese es el tipo de cosas en las que una piensa cuando se encuentra en este tipo de aprieto. Así que, por lo que pueda valer, te lo transmito. —Hizo una pausa—. ¿Sí? —Pudo ver que él deseaba decir algo.

Hizo por tomar aliento, pero de repente se limitó a asentir y dijo:

—Muy bien. Gracias.

—Ahora, el otro asunto que mencioné en mi carta. Del cual hablamos una vez, hace algunos años.

Hubo una pausa, entonces Alban dijo: «Ajá», a falta de algo mejor.

—No estoy al tanto de lo que sabes acerca de las circunstancias que rodearon tu nacimiento.

Alban apartó la mirada, aparentemente en busca de los oscuros rincones de la habitación, perdidos entre las sombras.

Se encogió de hombros antes de hablar.

—Nací en la Mansión Garbadale el tres de septiembre de mil novecientos sesenta y nueve. Mis padres se habían casado dos días antes, también en la casa. Antes de eso habían estado viviendo en Londres. Eran estudiantes en la London School of Economics; fue allí donde se conocieron. Se quedaron a vivir en Garbadale, y papá se convirtió en, bueno, nunca fue un puesto formal, pero en una especie de aprendiz de administrador de la finca. Creo que fue allí donde empezó a pintar. Winifred y Bert también estaban allí la mayor parte del tiempo. Mamá, Irene, me cuidaba, aunque al parecer no se encontraba muy bien. Algo de eso podría estar relacionado con la depresión postparto. Estuvimos en Garbadale hasta... Hasta que tuve dos años. Hasta que Irene murió. —Volvió a encogerse de hombros.

Beryl parecía pensativa; sus ojos, ya de por sí pequeños, se redujeron hasta ser dos arrugadas ranuras.

—*Hmm*. Ya veo. No está mal. Lo que quería contarte ocurrió justo antes de que nacieras, a finales de agosto de aquel año.

Él asintió y cruzó los brazos por encima de su pecho.

—¿Sabías que tu madre había sido atropellada por un autobús, en Londres, un par de semanas antes de que nacieras?

—Sí, lo sabía. Esa fue una de sus razones para ir a Garbadale, lo fue para ambos; para recuperarse.

—*Hmm*. Aunque embarcarse en un viaje de ochocientos kilómetros, incluso en el coche cama y dentro de un cómodo vagón, resulta un tanto extraño cuando uno ha sido atropellado de esa forma. Tenía muchas lesiones, y daños en la cabeza.

—Eso es lo que oí.

—Si hubiera sido atropellada por un vehículo —dedujo Beryl—, probablemente se habría roto las dos piernas.

—Si tú lo dices —concedió—. Pero no podía haber estado tan malherida; le dieron el alta uno o dos días más tarde.

—Sí —afirmó Beryl, pensativa.

La verdad era que a él no le gustaba hablar de nada de eso. No le gustaba pensar en nada de eso. Durante la mayor parte de su vida, había evitado regresar a la grande y tenebrosa casa y al húmedo y oscuro jardín con la enorme finca desolada, rodeada de roca resbaladiza y brezo golpeado por los fuertes vientos. Estaban esas escasas largas visitas de fines de semana a la Mansión Garbadale durante su niñez, para visitar a la abuela Winifred y al abuelo Bert y, una vez, poco después de que naciera su hermana Cory, se habían quedado durante una semana, pero a él no le había gustado el lugar y, pensándolo bien, estaba muy seguro de que su padre también lo detestaba. No se le podía culpar. La primera vez que Alban decidió regresar por su propia voluntad había sido para deshacerse de algo de lo que realmente necesitaba deshacerse. Desde entonces había regresado unas cuantas veces, dispuesto a no dejar que aquel lugar y su legado le intimidaran. Pero, a la hora de la verdad, siempre lo hacía con los dientes apretados.

—Sabes, la cuestión es que —prosiguió la tía abuela Beryl—, yo estaba en Londres cuando tu madre tuvo el accidente.

—Oh —dijo Alban. Beryl había sido enfermera, primero en el ejército, luego en la sanidad pública, en Manchester, después en Arabia Saudí y Dubai, y finalmente, durante los últimos años antes de jubilarse, en Glasgow.

—Ella fue atropellada en la calle Loake, cerca de una clínica —recordó Beryl—. Una privada; de cirugía. Lo que actualmente llamarían cirugía electiva. Fue uno de sus doctores quien llegó primero a la escena. Yo la visité en el hospital San Bartolomé, el día después del accidente. Se encontraba fuertemente sedada; no se le podía sacar mucho en claro. Intenté hablar un momento con ella, pero entonces me echaron. Fue una enfermera muy furiosa. Le expliqué que era de la familia y una enfermera veterana, pero no me estaba escuchando. Unos modales deplorables, recuerdo haber pensado en el momento. —Beryl frunció el ceño, como si aquel incidente de hace treinta y cinco años aún le molestara—. La cuestión es que yo tan solo había ido a la «gran niebla^[6]» para visitar a una vieja amiga de la guerra. Fue pura casualidad que me encontrase tomando un té con Winifred y Bert en su piso de South Kensington cuando los polizontes llegaron para avisarnos de que habían atropellado a Irene. De hecho, yo acababa de llegar; apenas me había dado tiempo a mojar una galleta antes de que llamaran a la puerta. Fueron Win y Bert los que salieron corriendo nada más conocer la noticia y me dejaron allí para cuidar el fuerte, contestar al teléfono y demás. No volvieron hasta muy tarde aquella noche y entonces dijeron que Irene estaba inconsciente y que no permitían ninguna visita aunque, como ya he dicho, de todas formas acudí al día siguiente solo para asegurarme de que estaba bien atendida. Tenía que salir para el Golfo al día siguiente, así que se trataba de mi última oportunidad. —Se quedó en silencio durante un momento—. Nunca volví a verla.

—Bueno, fuiste a visitarla; eso estuvo bien por tu parte.

—Algo de lo que dijo —espetó Beryl repentinamente—. Mientras estaba allí tumbada. Quiero decir, la pobre muchacha estaba semiinconsciente como mucho, pero sonó coherente cuando lo dijo.

—¿El qué?

—Que él no había querido que lo tuviera, y ese era el motivo.

Alban se quedó pensando durante un momento.

—Eh, ¿cómo dices?

Beryl lo repitió con mucha claridad:

—Que él no había querido que lo tuviera, y ese era el motivo.

—Oh, Cristo —susurró él abriendo los ojos—, se refiere a mí, ¿verdad?

—Típico de hombres —suspiró Beryl—. Sí, obviamente se refería a ti. Pero la cuestión es, ¿quién es ese «él»? Y, ¿quiere esto decir que se arrojó a propósito delante del autobús?

—Jo... —comenzó a decir Alban—. Jesús, Beryl —rectificó.

—Antes de partir hacia el oriente, me encontré con tu padre y hablé con él. —Hizo una pausa—. Alban, ¿mostró alguna vez tu padre alguna aptitud para la actuación, u otra señal de ser especialmente bueno mintiendo?

Alban ya se encontraba sacudiendo la cabeza. Andy era un tipo muy corriente. Bastante callado, posiblemente un poco aburrido; tan solo un hombre reservado y convencional. Había sido un padre bueno y cariñoso y, por lo que Alban sabía, jamás había dicho una mentira en su vida. Por Dios, si hasta le dijo a Alban que Papá Noel no existía la primera vez que se lo preguntó abiertamente. Incluso ahora, Alban podía recordar haberse sentido horrorizado, deseando que su padre hubiera seguido manteniendo el secreto, como los de todos los demás.

—¿Actuar? ¿Mentir? No —le respondió.

—*Hmm*. No es lo que pensé. En ese momento creí que, o bien tu padre tenía una frustrada vocación de actor, o bien decía la verdad. No creo que Andrew fuera ese «él» al que ella se refería.

—Estaba semiinconsciente, Beryl, puede que fuera...

—Puede que fuera tan solo un desvarío —atajó Beryl.

—Bueno, sí.

—Es posible.

Se quedaron callados durante un momento, entonces él dijo:

—¿Quién más podría haber sido? Ese «él». ¿El abuelo?

—O uno de tus tíos ¿Blake, James, Kennard, Graeme? Francamente, no tenía ni idea. Lamento decir que aún no la tengo. Lo extraño es que todos se volcaron contigo cuando naciste; en especial Bert. Si ninguno de ellos quería que ella lo tuviera, ciertamente cambiaron de idea en cuanto saliste a escena.

—De todas formas, estamos hablando de mil novecientos sesenta y nueve, no de mil novecientos cuarenta y nueve —dijo Alban—. No era para tanto ser madre soltera, ¿verdad?

—El estigma se redujo mucho desde mis días —comentó Beryl. Algo en su voz hizo que Alban la mirase con atención—. ¡Oh! —Agitó una mano—. No yo, sino unas cuantas amigas.

—Lo siento.

—No tanto como lo sintieron ellas.

—¿Le has mencionado esto a alguien? —Quiso saber Alban.

—Tan solo a Winifred. —Frunció el ceño—. No sé si ella se lo ha dicho a alguien más.

—Nunca me lo dijo.

—No —asintió Beryl. Arrugó en un nudo la ropa de cama delante de ella. Luego la dejó soltarse y que sus manos cayeran a un lado—. Quizá no soy más que una vieja tonta, Alban. Fue hace mucho tiempo y... —Miró hacia abajo y Alban pensó en lo infinitamente frágil y vulnerable que parecía. Su voz se extinguió.

Luego se rehízo, aclaró su garganta y dijo:

—Quizá deberías ignorarme. Quizá no tendría que haberte dicho nada. —Dibujó una fina y temblorosa sonrisa bajo unos ojos húmedos y en un rostro que recordaba a una calavera, amarillento por la edad y surcado por prominentes venas azules—. Por supuesto, ya es demasiado tarde. Oh, en fin. Atribúyelo a mi instinto de limpieza de corrales, ¿eh? Una se debilita con el paso de los años, en todos los sentidos. La carga de los recuerdos y... y secretos, sospechas... Todo empieza a ser más pesado. —Le miró fijamente de una forma muy característica y añadió—: Todos empiezan a hablar, tarde o temprano.

Entonces dio un gran bostezo, llevándose una de sus delgadas manos a la boca.

—Será mejor que me vaya a mi propia cama. Siento haberte molestado.

—No importa —dijo él. La observó colocar en su sitio la ropa de cama—. ¿Beryl?

—¿Sí, querido?

—¿Piensas contarle a alguien más lo de tus problemas de salud?

—Estrictamente lo que necesiten saber, querido. Cuéntaselo a la gente si crees que debes hacerlo, de lo contrario —se llevó el dedo índice a los labios—, chitón.

Beryl salió de debajo de las sábanas.

Tan pequeña y delgada como una niña, pensó él.

Ella volvió a meter las sábanas en su sitio con eficacia.

Le dio la espalda para marcharse, entonces se volvió.

—¿Qué era toda esa tontería de esta noche sobre la compañía y las acciones y todo eso? ¿A dónde quería llegar Fielding?

—Spraint quiere adquirir la compañía al completo. Fielding intenta organizar la oposición, supuestamente con el respaldo de la Yaya.

—Oh, ¿es eso? —Parecía pensativa—. Creo que yo tan solo poseo el dos o tres por ciento. Doris no posee nada, por supuesto.

—Estoy seguro de que Fielding te diría que todo cuenta.

—Bueno, yo jamás votaría por la venta. —La tía abuela llegó hasta la puerta—. Simplemente podría haber preguntado —musitó. Se detuvo junto a la puerta, con su mano sobre el tirador—. Oh, ¿mañana?

—¿Si, Beryl?

—Parece ser que nos lleváis a las carreras de Ayr. Espero que no os importe.

—Estoy seguro de que no será molestia alguna para nosotros. —Sonrió.

Empezó a abrir la puerta, entonces dijo frunciendo el ceño: «No es que sea un gran favor, ¿sabes? Vamos a ir de todas formas; pero así nos ahorramos la limusina».

Finalmente Fielding tiene la ocasión de hacer su jugada, después del desayuno, a la mañana siguiente. Al y él tienen que levantarse temprano para encontrar las provisiones relevantes, y parece que también han de prepararlo (afortunadamente, Alban se presenta voluntario; las habilidades culinarias de Fielding se basan *más en* la apariencia que en la práctica). Las ancianitas parecen estar muy animadas, teniendo en cuenta la cantidad de licor de cereza y melocotón que recorrió sus gatzates la noche anterior. Fielding tiene un poco de resaca, aunque lo disimula bien, y Al parece un poco cansado (aunque por fin, piensa Fielding, se ha recortado la barba. Aparenta estar casi acicalada. Se nota que va a encontrarse con la chica de las *mates*; eso debe ser amor). Supuestamente, Fielding acordó llevarlos a todos a algún certamen de carreras aunque en realidad es algo reacio a la idea. De todas formas, solo tendrá que pensar en ello como un entretenimiento para unos clientes, tratarlas como futuras consumidoras y mantener la moral alta. Ablandarlas con unas buenas delicias fritas y convencerlas durante el almuerzo.

Las chicas parecen muy ilusionadas. Aunque, más tarde, mientras Alban y Fielding están recogiendo la mesa y las ancianitas se encuentran arriba, preparándose para pasar el día fuera, Alban dice:

—¿Sabes, Fielding? Hasta ahora he estado aquí en la brecha, pero no estoy aquí, ni voy a ir a ninguna otra parte, para montar una campaña propagandista en contra de la venta. Si puedo hablar con la gente, descubrir lo que piensan, puede que ayudarles a saber lo que realmente quieren, pues bien. Pero...

—Primo, o confías en esta venta o no. Venga ya, baja de esa nube y decídetelo.

Él solo sonríe.

—Sí, pero tratar de conseguir que la gente haga lo que no quiere hacer es, por lo general, estúpido y frustrante.

Fielding no puede creerlo. ¿Cómo puede alguien ser tan ingenuo?

—Tratar de conseguir que la gente haga lo que no quiere hacer —le replica a su primo—, es para lo que sirven la publicidad y la mercadotecnia.

La verdad es que las carreras están bien. Fielding no hace apuestas, lo que las chicas

opinan que está mal visto; incluso Alban tiene una corazonada (pierde), pero a Fielding le gustan las apuestas con mejores números. Le gusta el riesgo, de eso se trata en los negocios pero, francamente, las probabilidades de éxito han de ser mayores y más moldeables. Más abiertas a ser masajeadas y persuadidas y controladas y todo ese rollo.

Hace un agradable día de brisa, la pista parece muy animada en un sentido algo anticuado y convencional, y puede verse a unos cuantos personajes; todos los sombreros de fieltro de Escocia y del norte de Inglaterra parecen haber venido, posiblemente para emparejarse o algo así; y además disfrutan de un grato almuerzo. Las chicas se achispan con gin-tonic y vino blanco, y escuchan con evidente interés la charla de Fielding acerca de no vender la empresa a Spraint Corp. Está pensando que casi ha terminado aquí. Misión cumplida.

Al se toma un par de copas, pero luego se pasa al agua. Tiene una cita con la chica de las *mates* y no quiere llegar hecho una piltrafa. Aun así, Fielding está muy seguro de pescarlo dando un trago de la petaca de Beryl, tras su único acierto del día. Fielding, por supuesto, está al volante, lo cual estaba bien en el viaje de ida, pero es una pesadilla para volver, sobre todo al abandonar el aparcamiento.

—Odio esto —espeta, mientras esperan su turno para salir detrás de Dios sabe cuántos cientos de coches. Él considera que se debería poder pagar para salir de allí con rapidez; merecería la pena. ¿Por qué las viejas chochas no son vip? Alban, en el asiento del copiloto, no dice nada. Beryl y Doris están detrás y ya han empezado a emitir preocupantes gemidos indicando que van a necesitar un inodoro en poco tiempo. Aunque también parecen adormiladas. Eso podría ser un golpe de suerte, o de muy mala suerte, para la tapicería de Fielding.

—Odio esta sensación de estar atascado —protesta, apoyado sobre el volante—. Odio hacer cola, odio que me pastoreen y que me metan en un corral y que me traten como al resto del ganado. Odio esta sensación de... inercia.

—¿Qué dices, querido? —pregunta Beryl, imponiéndose al sonido. Fielding ha puesto una música clásica de piano que tiene para impresionar a los clientes, esperando que mantenga la mente de las ancianitas bien alejada de sus vejigas.

—Odio esta sensación de inercia —repite Fielding, subiendo la voz, Toca el claxon, sin motivo alguno.

—¿*Hmm?* ¿Eh? ¿Cómo dices? —insiste Doris, con la voz medio dormida. Imprecisa, al menos—. ¿Que odia qué?

—La inercia —le aclara Beryl.

—Sí, querida. Soy un poco «bebercia».

Al se vuelve a mirarla y entonces se echa a reír. Beryl también suelta unas carcajadas.

Fielding sacude la cabeza. Es obvio que están borrachos.

—Las preguntas y las respuestas no son como los polos magnéticos; unas no implican a las otras. Hay un montón de preguntas sin respuesta. —Mientras habla, ella le coge la mano derecha y la examina cuidadosamente bajo la luz del crepúsculo, que cae desde la ventana situada sobre la cama. Le frota las yemas de los dedos con su pulgar—. ¿Puedes sentirlo? —pregunta.

—Solo un poco.

Ella besa suavemente cada uno de sus dedos, haciendo un tenue sonido.

—¿Y esto?

—*Mmm, hmm*. ¿Los vas a curar con tus besos?

—Podría tener poderes mágicos curativos —explica. Encoge los hombros, provocando un ligero balanceo de sus blancos senos—. ¿Qué podemos perder?

Verushka Graef es medio checa y, en escasas ocasiones, él cree poder detectarlo en su forma de unir las palabras. Puede sentir que «¿Qué podemos perder?» se unirá a una selección de frases que él guarda, diminutos talismanes de singularidad, de adoración.

Había hecho lo mismo con Sophie, por supuesto. Aún lo hace, o al menos así lo cree, sin olvidar nada, por mucho que quisiera ser capaz de hacerlo.

Verushka Graef es alta y rubia, con un pelo teñido de negro que ya deja asomar raíces amarillas. Su cara es amplia, con los ojos alineados sobre una nariz pronunciada, de fosas nasales redondeadas y abiertas y, cuando sus azules ojos de gata se abren, apenas puede disimular lo que parece una expresión de constante asombro.

Tan solo visibles en la piel ligeramente bronceada de su costado izquierdo, Alban percibe las huellas de unas finas y superficiales marcas rosáceas del tamaño de una mano. Situadas sobre su espalda, se las hizo cuando fue arrastrada en el mar sobre un arrecife de coral, junto a la costa de Takua Pa, una isla al norte de Phuket, en Tailandia, y constituyen un duradero souvenir del tsunami que ocurrió durante el *Boxing Day*^[7].

A veces, cuando se mueve, se muestra algo torpe y desmañada y, a no ser que esté concentrada en alguna actividad física, puede parecer desgarbada con su alta figura, igual que una adolescente en crecimiento, todavía sin dominarse.

—Pero, ¿no depende todo eso del tipo de pregunta? —inquire.

—¿Si tiene o no respuesta? —Aún tiene los ojos cerrados—. Por supuesto —hace una pausa. Se forma una pequeña arruga en el espacio entre sus claras cejas, la única y solitaria de un rostro sin mácula—. Aunque para definir la pregunta con suficiente precisión tendrías, como consecuencia, que responderla. Lo cual no es de mucha ayuda.

—Se trata de mi familia. Las cosas rara vez ayudan.

—Tienes una familia muy interesante. Los que he conocido me han caído bien.

—Te han caído bien los que he considerado apropiado que conozcas.

—¡Los estás protegiendo! Qué tierno. —Abre los ojos y lo mira, sonriente. Ella cree que está siendo cruel.

—Por supuesto —responde él—. ¿En qué estaría pensando? En toda la gente a la que hay que mimar.

—Yo siempre estoy disponible para los mimos.

Tiene treinta y ocho años; dos más que él. Recuerda que se sorprendió la primera vez que ella se lo dijo, unos días después de que se conocieran en un hotel de los que hay en cualquier parte, pero que estaba, de hecho, en China. También recuerda sorprenderse de que aquella diferencia de edad le causara cierta preocupación, ya que creía que siempre debía ser mayor que cualquier novia. ¿De qué iba todo eso? ¿Por qué lo pensaba?

Aún no ha dejado de sorprenderle el hecho de que sean amantes, y no solo porque se sienta como un caballo de tiro ante un purasangre. Ella es alta y rubia (bueno, normalmente rubia, y desde luego que lo era cuando la vio por primera vez, en Shangai) y delgada; pechos pequeños, estrechas caderas; cuando él tenía fijación por las mujeres pelirrojas, o con el pelo marrón oscuro, que fueran curvilíneas y voluptuosas. Ella no tiene intención de tener hijos en absoluto, mientras que él alberga, medio en secreto, el deseo de que algún día será padre, parte de una familia. Ella es matemática, profesora, amante del deporte sin interés alguno en la jardinería o las plantas; no hay ni una sola cosa verde que crezca en su piso, ascéticamente limpio y parcamente amueblado; e incluso se pelearon, y casi se separaron cuando la jodida guerra de Irak; él se había mostrado suspicaz y reticentemente a favor de la guerra (y ahora se muestra incluso más desencantado y cínico que antes) mientras que ella estuvo desde el principio en contra de la guerra, de hecho lo había estado desde aquel fatídico once de septiembre, esgrimiendo que una atrocidad se utilizaría como excusa para cometer otra aún mayor.

Por entonces, él había pensado que aquello era ser demasiado cínico; ahora deseaba que esa fuera la última ilusión que se hiciera pedazos.

Ella vive en el ático de un bloque de piedra arenisca en Partick, un edificio todavía manchado por el hollín del humo de hace cientos de años, de las chimeneas cuyo fuego hace ya tiempo que se apagó, y que aún está por limpiar, para que vuelva a su color natural rojo claro. El edificio está a solo quince minutos andando desde la casa de Beryl y Doris y apenas un poco más lejos de la universidad. El piso tiene una vista limitada, cortada, del río y de las bajas colinas más allá de Paisley. Es un lugar desnudo, apenas dotado de muebles, sin televisor ni teléfono. Hay una radio y un coqueto reproductor de CD junto a una pequeña estantería llena de Bach, Mozart, Beethoven y una recopilación de Led Zeppelin. No hay persianas ni cortinas en ninguna de las ventanas; le gusta despertarse con la aurora durante la mayor parte del año y guarda un antifaz de Air France para el pleno verano, cuando el sol entra a horas muy tempranas.

Todo esto supone un insólito contraste con su despacho en el edificio de *mates*, el cual está en completo desorden y tiene tres ordenadores distintos, cinco monitores, desde antiguos armatostes de rayos catódicos hasta finísimas modernidades de lcd con pantalla ancha, dos televisores, un retroproyector y una estantería cuadrada, llena con una docena de idénticas lámparas de lava rojas y plateadas con formas semejantes a naves espaciales. Incluso hay plantas: una pequeña yuca, dos alegrías y un cactus enano como una trampa de pinchos en una pelota de golf. Todas estas plantas fueron regalos y ella apenas se acuerda de regarlas; lo hacen sus colegas. La única similitud con su piso es que jamás baja las persianas. Lo explica diciendo que su trabajo exige mirar mucho por las ventanas, pensando, y las persianas no hacen más que estorbarle, dondequiera que se encuentre.

Se había criado en Glasgow, después fue a la universidad en Trier, terminó un doctorado en Cambridge y se especializó en geometría; teselaciones, aunque era dada (a veces, tras leer publicaciones de otras ramas del gran árbol que es el conocimiento matemático) a sacudir la cabeza y murmurar cosas como: «Debería haberme especializado en teoría de números».

Esporádicamente se envolvía, a veces de una forma sorprendentemente apasionada, en discusiones de foros de Internet con gente que no era de su campo, acerca de cosas como la naturaleza de la conciencia y desconcertantes e incomprensibles preguntas como: «¿Dónde están los números?». («¿Dónde los dejaste, quizá?», había sido la sugerencia de Alban). Esa estaba aún sin resolver; ella hablaba sobre eso con un tipo de St. Andrews, quien estaba interesado en la filosofía de las matemáticas; una especialidad que Alban jamás había sospechado ni que existía, pero se sentía extrañamente aliviado de que lo hiciera.

Una vez abrió un profundo cajón en el cuarto de estar para descubrir una colección de aproximadamente cuarenta pisapapeles de *milefiori*. Eran complejos, hermosos y llenos de colores vivos.

—¿Por qué no expones estos? —le había preguntado, examinando uno a la luz.

—Por el polvo —aclaró perezosamente desde el sofá. Estaban jugando al ajedrez y ella estudiaba su próximo movimiento. Él tan solo había conseguido ganarle una vez en más de veinte partidas, y todavía medio sospechaba que le había dejado ganar aquella vez.

Su única otra extravagancia estaba casi por completo bajo sus pies; le encantaban las alfombras orientales, cuanto más elaborado fuera su diseño, mejor; y las desnudas tablas del suelo del piso estaban cubiertas con tapices persas, afganos y pakistaníes. El piso tenía habitaciones grandes desde un punto de vista moderno, pero tan solo un dormitorio y un cuarto común; casi se había quedado sin espacio en el suelo para las alfombras y había empezado a colgarlas en las paredes, lo que hacía el lugar, según Alban, un poco más habitable, menos parecido a una celda. Sin embargo, el aspecto general del piso era aún muy espartano.

Aquella austeridad se extendía a su vestuario. Se vestía habitualmente con una

camisa blanca, pantalones negros y una chaqueta negra. Tenía cerca de treinta blusas blancas casi idénticas, una docena o más de pares de pantalones negros más unos cuantos vaqueros negros y media docena de chaquetas negras, todas con aspecto de formar parte de un conjunto, excepto una, que era de cuero. Sus zapatos eran prácticos, negros, con cordones y tacón reducido. Poseía un abrigo negro y dos pares de guantes negros para el invierno, acompañados durante el más crudo clima por un gorro negro de montaña con orejeras.

Tenía un vestido largo negro y un vestido corto negro para las ocasiones muy especiales, en las que no podía salir del paso con el habitual uniforme de pantalón, camisa y chaqueta. Sin embargo, según sus propios cálculos, aproximadamente el noventa y nueve por ciento del tiempo, cuando no estaba desnuda o llevando ropa específica para algún deporte o pasatiempo, se encerraba en su monocromático aspecto.

—¿Y en vacaciones también? —le había preguntado.

—Las vacaciones no cuentan, cariño.

Una vez, solo una vez, la había visto llevar maquillaje, después de que un par de amigas la convencieran para que las dejara ponerle un poco, antes de una fiesta en la facultad. Él pensó que estaba sensacional, pero que no parecía ella. Había dicho que se sentía como si llevara una máscara, y que al principio había sido de lo más incómodo.

Por lo general, no solía llevar maquillaje en absoluto y no tenía peines ni cepillos. Alban había observado varias veces su rutina de la mañana: se lavaba la cara con agua, se la frotaba con fuerza, se la secaba con golpecitos de toalla y, entonces, con sus manos aún mojadas, se pasaba los dedos por su corto pelo.

Eso era todo.

Se duchaba después de hacer deporte. Jugaba al *squash* «como un guepardo hasta arriba de *speed*», según un profesor de literatura inglesa con una oreja vendada y un considerable hematoma en la cara con el que Alban había charlado en una fiesta. También tenía una bicicleta de montaña que guardaba en el pasillo del piso, donde esperaba entre excursiones mientras llenaba todo de barro seco. Había jugado de portera para el equipo de fútbol femenino de la universidad, era una lanzadora endemoniadamente rápida en el equipo femenino de críquet, aunque lo que quería en realidad era lanzar con efecto, y jugaba al golf de vez en cuando con los viejos palos de su padre, cada uno de los cuales tenía más años que ella. Durante algunos años había remado en Clyde, pero después lo dejó, cuando enganchó el remo en el cuerpo de un suicida adolescente y se vio arrastrada al agua junto al cadáver. Le encantaba escalar montañas, pero no soportaba las alturas. Probó a escalar paredes de roca, exclusivamente para combatir su vergonzosa limitación, perseverando más allá de lo aconsejable por un experto o por el sentido común, pero el problema no era un miedo que pudiese ser vencido, y así, finalmente, lo aceptó y se limitó a ascensos que pudieran realizarse caminando, con un número escaso de escenas de «¡no mires

abajo!».

Era una apasionada bailarina, aunque sorprendentemente patosa.

Alban sabía de, al menos, dos colegas en el departamento de matemáticas que estaban desesperadamente enamorados de ella.

Ella tenía un par de amantes ocasionales aparte de él; lo sabía; ambos eran del tipo deportista.

Hubo otro más, pero murió en el tsunami.

Su madre viuda también vivía en la ciudad. Eudora era una mujer menuda y vivaracha que trabajaba en la biblioteca Mitchell, y se vestía y movía con una elegancia que, según sospechaba Alban, su hija hacía ya tiempo que había decidido no tratar de igualar, o siquiera intentar imitar.

—Así que, señor McGill —dice la encantadora Verushka, liberando su mano suavemente y llevándosela a la boca para besarle una vez más los dedos uno a uno—. Tu familia vuelve a levantar su cabeza de hidra. ¿Y qué va a pasar?

—Probablemente nada —responde él, mirando su boca intencionadamente. Sus labios son carnosos y rosados—. Acabarán vendiendo, la familia se separará aún más, dejaremos de fingir que todo eso nos importa mucho, dejaremos de tener que decidir si ascender a personas de la familia o traer gente de fuera que realmente sabe lo que hace, así que todo se volverá más eficiente, lucrativo y ordenado bajo el ala de la Spraint Corporation, algunos de nosotros nos tumbaremos sobre el dinero y nos retiraremos para dedicarnos a nuestras aficiones, otros invertirán en su propio negocio o en el de otro cualquiera e incluso ganarán más dinero, y otros harán lo mismo pero se arruinarán. No importa lo que seamos, no importa lo que se supone que vale, todo ello se... dispersará. —Deja de mirar su boca y empieza a observar sus ojos. Ahora están abiertos y bizquean—. ¿Qué? —pregunta.

—No me refería a nada de eso.

—Te refieres a Beryl.

—Sí. A lo que te conté.

—Estaba pensando en olvidarlo; ignorarlo todo.

—Eres un idiota. —Ella le coge la mano y la pone sobre su pecho, entre sus senos.

—Probablemente no sea nada.

—Entonces, ¿por qué tenía miedo de ir más allá?

—Yo no tengo miedo.

—Sí que lo tienes, Alban —insiste de forma indiferente, sonriendo para tratar de suavizar el golpe—. Te asustan muchas cosas sobre tu familia.

Había acudido a encontrarse con ella un poco después de las siete en el edificio de matemáticas donde ella trabajaba. Su oficina era la única que permanecía iluminada y ocupada; todos los demás, o estaban de vacaciones o tenían cosas mejores que hacer un sábado por la tarde, pero ella se estaba ocupando de la correspondencia acumulada y de sus correos electrónicos tras asistir a una conferencia en Helsinki. Llevaban un

par de meses sin verse y estuvieron muy cerca de acostarse allí mismo, pero eso, decidió ella, habría sido inadecuado (a veces usaba palabras como esa). Lo pensaron mejor y volvieron al piso.

Más tarde, le había hablado acerca del diagnóstico de dedo blanco, de su estancia en el piso de Perth, de la repentina llegada de Fielding con noticias acerca de la empresa familiar y de la charla con Beryl en la cama, la cual, sin duda, había sido un poco preocupante al principio, cuando él se había preguntado, todavía medio dormido, por qué aquella vieja y marchita anciana se invitaba a entrar en su cama, pero que apenas había sido nada de lo que preocuparse, en realidad.

—Bueno —dice en su defensa—, es que es una familia preocupante.

—Eso es lo que siempre me dices. Mamá y yo hemos llevado a las chicas a tomar té y pasteles un par de veces que tú no estabas aquí. Se lo pasaron muy bien.

—¿Té?

—Bueno, copas y pasteles —concede—. ¿Y tus padres"? Fueron muy simpáticos. —Andy y Leah habían pasado por Glasgow un par de años atrás, cuando Alban estaba viviendo con ella. En cierto modo, Verushka había insistido en conocerlos, llevando a su propia madre. Almorzaron juntos. El se había sentido aterrorizado de antemano pero todo fue sorprendentemente bien—. ¿Y aquellos dos viejecitos en *Garbadale*? —continúa—. Cuando paramos allí para tomar el té después de subir el Foinaven y el Arkle...

Recuerda las dos montañas, y el demente y supercompetitivo ritmo que ella impuso en cada ascenso.

También se acuerda de los dos viejecitos de los que está hablando.

—Son empleados —corrige—. Sirvientes; no familia. Y me aseguré jodidamente bien de que la Yaya no estuviera en casa.

—Bueno, da igual. Y Fielding me pareció un buen tipo.

—Oye, Fielding sí que es un idiota.

—No está tan mal. Creo que te admira.

—¿En serio? —Se siente verdaderamente impresionado al oír eso—. De todas formas, aún no has conocido a la Yaya.

—Sí, tu Yaya. Suena interesante.

—También la guerra química y bacteriológica.

—¡Oh! ¡Descarado! —exclama y lanza una mano para pellizcarle el pezón más cercano.

Él sisea, frotándose el dolorido trozo de carne.

—Es tu abuela —aduce, indirectamente indignada—. Dio a luz a tu pobre y difunta madre.

—Y a otros siete anormales y pirados.

Ella amenaza con volver a pellizcarle el magullado pezón levantando sus dedos. Alban agarra su muñeca con una mano, notando su empeño contra él.

—¿Cuántos has dicho? —pregunta, mirando hacia el pezón con una expresión de

profunda insistencia.

—Oh, para ya —se queja—. De acuerdo, no todos están locos. Algunos están bien. —Le suelta la muñeca, de prueba. Ella lanza su mano, como si fuera a atacar, y entonces él vuelve a agarrarla con firmeza. Es muy fuerte, pero él lo es más. Ya se está preguntando cuánto va a durar eso, ahora que ha dejado de trabajar en los bosques; a no ser que también empiece a hacer deporte. Al final se ríe y le suelta la mano.

—Entonces —dice ella—, ¿adonde se dirige ahora vuestro espectáculo ambulante?

—Fielding quiere hablar con mi padre, y con el suyo. Eso significa que vamos a Londres.

—¿Y vas a ir?

—Bah, no lo creo. Es probable que no sirva para nada.

—*Uau* —espeta de una forma deliberadamente monótona—. Calma, tigre.

Él se frota la cara.

—Lo siento. No puedo sentir mucho entusiasmo por nada de esto.

Ella permanece un momento en silencio. Alban casi puede oír una, cuidadosamente alineada, lógicamente encadenada, serie de preguntas claramente planteadas, organizarse en el orden analítico más apropiado dentro de su cabeza. Las bases fundamentales de estos ejercicios tienden a ser las mismas: ¿Qué tratas de conseguir? ¿Qué es lo que quieres en realidad?

Respondidas diligentemente, considerando cada una de ellas por separado, el abismo entre las respuestas obtenidas es, a veces, sorprendente. Esta técnica suele funcionar increíblemente bien, pero aún así él la detesta; cada vez. Está lo bastante seguro de que, cuando ella habla, se produce una solemnidad propia de un seminario en su entonación que él identifica con anteriores intentos para obligarle a clasificar sus pensamientos y emociones.

—¿Te importa —le pregunta—, que la empresa familiar pueda ser vendida a esa corporación?

Él lo piensa. Esa es una pregunta que se ha estado haciendo un montón de veces últimamente.

—Un poco —responde y hace un gesto de disgusto, sabiendo lo patético que suena eso.

—Ajá —afirma ella. Él se da cuenta de que ahora se está viendo obligada a retroceder, o al menos a ir hacia un lado, todavía en busca de una definitiva, o en cualquier caso útil, respuesta a su primera pregunta antes de que cualquiera de las subsiguientes pueda ser planteada.

—¿Qué significa «poco» en ese contexto?

—No lo sé, ¡no lo sé! —espeta en voz alta, exasperado; no tanto por su razonamiento, de algún modo inapropiado, como por su propia incertidumbre que elude el fondo de la cuestión.

Se produce otro silencio.

—De todas formas —continúa ella, y su voz le hace saber que, por ahora, ha abandonado la senda analítica—, deberías asistir a esa reunión familiar en Garbadale.

Su corazón parece dar un brinco. Es lo que desea, y eso le asombra, casi lo odia. Él quiere su permiso para ir a Garbadale, incluso aunque siempre ha dicho que ese lugar le disgusta y normalmente lo evita. Incluso con esta hermosa, inteligente y profundamente apasionada mujer entre sus brazos, él quiere, todavía quiere, ver a Sophie, presentar su caso, volver a plantear sus argumentos, intentarlo y redimir todo el dolor del pasado con algún tipo de acuerdo, alguna clase de retorno de su pasión, tan solo un grado de reconocimiento.

Además, tiene que admitirlo ante sí mismo, desea volver a estar en presencia de su extravagante familia, sin que importe lo que decidan hacer con respecto a la oferta de compra. Él solía sentir una especie de amor infantil por todos ellos, por la institución que la familia representaba al completo, entonces comenzó a odiarlos, a odiarla... Después intentó ser aceptado de nuevo, y se unió a la empresa y sintió que, al hacerlo, regresaba a la *familia* en sí; luego, aun más tarde, no pudo soportarlo más y volvió a abandonarlos, la venta parcial a Spraint fue más una excusa que otra cosa, pero aún le fascinaban, le atraían, y sabe que existe una parte de él, inmadura y vergonzosa, que necesita profundamente su aprobación y que, incluido en eso, o aun más allá, se encuentra la necesidad de ser aceptado, de alguna forma, algún día, por su chica del jardín, por su amor perdido, por Sophie.

Verushka lo observa. Él aparta su mirada de ella.

—Sabes que quieres ir —ronronea, bromeando en parte.

—Esa podría ser una buena razón para no hacerlo.

—Deberías confiar más en tus instintos —afirma tras chasquear la lengua.

—Mis instintos me han metido en muchos más problemas que los que me ha causado jamás mi razonamiento. —Le asombra la súbita amargura que detecta en su propia voz al decir eso.

—Aun así, deberías ir —insiste ella, insólitamente perdiendo o maquillando su tono—. Y haz preguntas mientras estás allí. Descubre de qué estaba hablando Beryl. ¿Estarán allí Doris y ella?

—Probablemente. Creo que ya han contratado a Fielding para que las lleve hasta allí. Como cortesía, incluso podrían haber informado a Fielding acerca de ello pero bueno, ¿quién sabe?

Y entonces, de repente, ella dice:

—¿Y qué hay de tu antiguo amor?

Ha surgido con bastante facilidad.

—Sophie —resopla.

Mira hacia arriba, a la ventana. Verushka había colocado la cama bajo la ventana exclusivamente para tener una buena luz con la que leer y porque le gustaba cuando recibía pequeñas y frías corrientes de aire sobre su rostro, especialmente en invierno.

El dormitorio no fue diseñado con ese propósito y en realidad no resultaba adecuado con aquella configuración, pero a ella no le importaba.

—Sí —afirma suavemente—. Sophie.

—Al parecer sí, va a estar allí. Es lo que me dijo Fielding. Aunque no sé si creerle. Debería comprobarlo con alguien más.

—¿Y solo irás si ella está allí?

—No lo sé. —Sacude su cabeza; sinceramente, no lo sabe—. Puede que no vaya si está allí.

—Eso sería una estupidez. —Su voz es muy tranquila—. Deberías ir de todas formas, en cualquier caso.

El la mira, sintiéndose fruncir el ceño.

—¿Lo crees de verdad?

—Sí, de verdad. ¿Quién más podría asistir?

—Oh, parece que asistirán todos. —La idea produce en su interior una extraña amalgama de miedo absoluto, y extraña expectación adolescente.

—¿Y quién podría haber allí que pudiera iluminarte acerca de ese misterioso «él» que mencionó Beryl?

—La Yaya, obviamente. —Alban suspira. Hace un sonido semejante a un chasqueo (Verushka sacude su cabeza)—. El abuelo Bert ya no está entre nosotros. El tío James, el padre de Sophie, también ha muerto. Blake, que es el mayor de esa generación, bueno, le cogieron metiendo la mano en la caja hace treinta años y tomó la ruta de la celda.

—¿La ruta de la celda? ¿Qué significa eso?

—Caíste En Londres; Despiertas Amarillo.

—¿Amarillo?

—En Hong Kong.

—Ah, ya.

—Ha permanecido allí desde Dios sabe cuándo. Le ha ido muy bien por su cuenta, es multimillonario, pero ha perdido el contacto con la familia. Nunca le permitirían asistir a la reunión general extraordinaria; fue desheredado cuando descubrieron que aceptaba sobornos. Me imagino que tampoco lo invitarán a la fiesta de cumpleaños.

—Pero tú lo has visto —asegura ella, recordando una vieja conversación—, ¿verdad?

—Desde luego. La última vez que lo vi fue en el noventa y nueve. Me estuvo enseñando su rascacielos. Por su forma de hablar, parecía esperar que todo aquello se convirtiera en cuarteles del Ejército Rojo en cuanto los chinos hubieran solucionado el papeleo. Un tipo grande, triste y siniestro. Para nada un buen ejemplo de propaganda de la riqueza extrema, o lo que sea, en absoluto.

—Así que, ¿quién nos queda?

—El tío Kennard, el padre de Fielding, y el tío Graeme.

Ella guarda silencio durante un segundo.

—¿Y cuándo es esa fiesta guión reunión general?

—La fiesta de cumpleaños de la Yaya es el nueve de octubre. La reunión general es el día antes. Se supone que debemos estar allí el viernes dado que, oficialmente, es el culo del mundo.

—Ya estamos. Pídemelo amablemente e incluso podría llevarte hasta allí.

—¿No empiezan las clases por entonces?

—Haré una entrada dramática un poco más tarde durante el trimestre, cariño. Tendría tiempo. ¿No quieres que te lleve?

Ella tenía en propiedad una especie de cosa roja con cuatro ruedas, llamada *Forester*^[8] (una coincidencia; ella lo había comprado nuevo y tenía más años que su relación). Conducía de manera puntillosa, casi remilgada, en ciudad; pero cuando llegaba a una carretera abierta se transformaba en una piloto de *rally en* una etapa especial, sobre todo en la montaña. Él se había preocupado las primeras veces que le había llevado a alguna parte a toda velocidad, pero ahora se sentía bastante tranquilo al respecto, habiendo decidido que era una conductora juiciosa, de reflejos ágiles y nervios de acero. Solo que además conducía bastante rápido, nada más.

—Yo... —Se detiene, y cae de espaldas sobre la cama. Desde el principio se habían prometido que siempre serían honestos entre ellos. Él la mira. Ahora está apoyada en uno de sus codos, mirándolo. Su seno derecho, debajo de ella, es un caramelo de afecto; el izquierdo, una cálida y simétrica cucharada de nata. Parece intrigada, sonriendo levemente. Él agita sus manos y vuelve a dejarlas caer—. Parte de mi quiere que vengas conmigo y te quedes en ese jodido sitio.

—¿Esta parte? —pregunta ella, deslizando brevemente su mano bajo el edredón para apretar su polla.

—*Mmh*, ajá. Otra parte se siente avergonzada por mi familia, quiere que no tengas nada que ver con ellos, por si te alejan de mí. Y... y otra parte no desea tener que encontrarse contigo y Sophie en el mismo... sistema de referencia.

—Bueno, tan solo pretendía dejarte allí y después largarme, francamente; subir corriendo una colina o dos, llevando la tienda o el saco de dormir. Atrincherarme en tu horripilante monstruosidad de baronía escocesa no era exactamente lo que tenía planeado.

—Ah. Vale. Lo siento.

—De todas formas, la oferta sigue en pie. —Se tumba de espaldas, alzando sus manos delante de la cara para inspeccionar sus dedos y uñas—. O Fielding podría llevarte. —Vuelve a mirar hacia él—. ¿Todavía conservas esa antigua máquina de humo sobre dos ruedas que llamas motocicleta?

—La vendí —reconoce—. El médico me dijo que no era bueno para el dedo blanco. Tuve que hacerlo.

—Entonces estamos, Fielding, yo o alquilar un coche. No te faltan medios. Tan solo ve. —Regresa a la atenta inspección de sus manos, luego estira el brazo hacia la

mesita de noche y se pone las gafas, de montura negra y rectangular.

¿*Qué es lo que realmente quiero?*, piensa. Por supuesto, se trata de una pregunta extremadamente buena. Era una verdadera lástima que, siendo la vida como es, venga en muy raras ocasiones como parte de una pareja, con una respuesta extremadamente buena.

Bueno, no ser un idiota sería un buen comienzo. Estira la mano y acaricia el brazo de Verushka.

—Sería genial si me llevaras. Realmente lo agradecería. Gracias.

Ella le lanza una apresurada mirada, arrugando las cejas sobre sus gafas de montura negra.

—¿Estás seguro? —le pregunta—. Puede que haya tramos en los que nuestra seguridad no corra peligro.

—Estoy seguro —sonríe, contagiado por la línea de sus labios, que hacen lo mismo con amplitud.

Alban y Sophie empiezan a mantener una especie de secreto, una aventura técnicamente casta, que solo llega hasta lo que acuerdan como el término más adecuado, caricias intensas; eso que algunas piscinas aún tienen carteles indicando que está prohibido, junto a correr por el borde, hacer la bomba y subirse en los hombros de alguien.

A veces ella simplemente va con él para ayudarle con las tareas del jardín; otras veces dice que va a llevar a *Raspadura* a dar un paseo, luego la deja atada, pastando hierba cerca; otras que va a dar una vuelta; otras que va a la casa pérgola a leer y estudiar. Lo que sea, siempre termina con ellos escondidos en la hierba alta o en la oquedad interior de un gran arbusto rododendro o en un granero medio en ruinas que hay en el borde occidental de la finca o en uno de la media docena de distintos lugares secretos y privados que él conoce.

Sin embargo, no es tan sencillo. De hecho, es muy complicado.

Aparte de la logística necesaria para mantener el secreto, está el sempiterno problema de «¿Hasta dónde llegar?». Sus pechos se han convertido ahora en territorio gloriosamente conocido para él; siente que conoce cada poro y cada microscópico desnivel, cada diminuto y suave vello y está convencido de que guarda un recuerdo táctil de su peso y firmeza en sus manos. Sus pezones son como pequeñas frambuesas, dulces, carnosas y succulentas.

Un par de veces, cuando ella se ha puesto un vestido y él no tiene las manos sucias, le ha permitido meter una mano bajo sus bragas, y él ha encontrado la cálida y húmeda hendidura, y la ha acariciado y ha deslizado la punta de los dedos en su interior, pero por lo general ella tiene que detenerlo antes de que continúe durante mucho tiempo, jadeante, con el rostro encendido y el corazón latiendo con fuerza, porque, según confiesa, es demasiado, demasiado tentador, demasiado probable que

les lleve a lo que no quieren hacer, porque no tienen condones y a ambos les aterroriza la idea de que se quede embarazada y por cualquier motivo, cualquier motivo...

Tras una semana con esta cantinela, ella le desabrocha los vaqueros y saca su polla. Al principio es muy brusca y él tiene que enseñarle cómo cogerla y sacudirla y acariciarla suavemente. Él se corre enseguida sobre su mano y ella hace una mueca de disgusto.

—¡Ja, ja! —se ríe él, mirando hacia el cielo azul sobre las gruesas y ligeras puntas de la hierba mecida por la brisa.

Ella dice:

—Sí, bueno, lo siento; pero ¡qué asco!

—La próxima vez podemos usar un pañuelo de papel —sugiere. Se da cuenta de lo desesperadamente ansioso que suena. Espera que eso no le haya quitado la idea de la cabeza.

—*Hmm.* —Ella restriega su mano por la hierba aplastada y mira insegura hacia su pene, el cual aún está tieso.

O podrías chuparlo, es lo que desea decir, pero no lo hace. Se limpia con un pañuelo de papel extraído de un bolsillo de sus vaqueros y ella se tumba a su lado, sobre la hierba, acariciándole.

Además, al mismo tiempo, también existe la cuestión moral más importante respecto a «¿Qué demonios importa nada si estamos a punto de matarnos a nosotros mismos y a todo el mundo?».

No se trata de un asunto trivial. Están en 1985 y sus padres, la generación anterior, ambos están de acuerdo en ello, han conseguido con éxito cargarse el mundo casi por completo, y dejar las soluciones (la limpieza, si ello es posible), a la siguiente generación, y a los hijos de sus hijos, y a sus... bueno, ya se sabe. El mundo aún se encuentra al borde de la guerra nuclear total, las superpotencias encuentran constantemente nuevas excusas para enfrentarse entre ellas, la mitad de África parece morir de hambre, cientos de millones se van a la cama hambrientos mientras Occidente atiborra su gordo rostro colectivo con aceitosas patatas fritas y hamburguesas saturadas de grasa, fabricadas con carne en mal estado y, por encima de todo, el sida parece empeñado en hacer las vidas sexuales de su generación más angustiosas, limitadas y peligrosas de lo que ellos jamás merecieron. Es tan injusto. Verdaderamente injusto; no el tipo de injusticia por el que niños y adolescentes siempre están protestando ante sus padres, profesores o cualquiera que ostente la autoridad, sino una injusticia genuina, manifiesta, del tipo «no hay más que hablar».

Uno siempre desea e intenta creer que debe haber un camino hacia delante, porque nosotros, los humanos, la especie, hemos llegado hasta aquí, así que antes siempre hemos encontrado un camino hacia delante, pero a veces la esperanza es algo difícil a lo que aferrarse. Jesús, solo había que poner las noticias...

Ellos hablan mucho acerca de todo esto. Les importa. Al mismo tiempo, él es

consciente, siendo sincero consigo mismo, de que en cierta forma está exagerando esa visión apocalíptica y llevándola a hablar sobre la imparable decadencia del mundo porque quiere que lleguen hasta el final, porque quiere, por supuesto que quiere, tener auténticas relaciones sexuales con ella; y enfatizar los peligros que les esperan en sus vidas futuras, y la posibilidad de que esas vidas puedan ser horrible e injustamente cortas gracias a la estúpida generación de sus padres, puede ser una manera de inducir a una chica, especialmente a una chica inteligente y reflexiva, a arrojar sus inhibiciones al fuego y, como dirían sus primos americanos, a abrirse de piernas.

Quizá no sea algo de lo que sentirse orgulloso, pero tampoco es que esté mintiendo acerca de esto.

—Lo estoy pensando —le dice ella la primera vez que él le pide que se la chupe, en el viejo granero del borde occidental de la finca, casi ya en Pevon.

Ella le está masturbando, arrodillada entre sus piernas, con sus vaqueros bajados hasta las rodillas, tiene un pañuelo de papel en la otra mano. Él había asumido que ella colocaría el pañuelo sobre el glande como si fuera una especie de condón, como suele hacerlo él cuando se masturba, pero Sophie ha descubierto que le gusta mirar los espasmos del pene y ver brotar el tibio y blanco líquido, así que mantiene preparado el pañuelo hasta el último segundo, entonces atrapa su eyaculación en el pañuelo arrugado, sonriendo mientras Alban se tensa, jadea y se corre.

—Creo que voy a... —exhala él.

Lo hace, arqueando la espalda.

—Puede que la próxima vez —murmura ella.

La pregunta, en la que coinciden, es sencilla; «¿Cómo podemos enfrentarnos de forma sensata a la actual cuota de mierda que nos ha dejado la generación de nuestros padres, sin rendir nuestras almas y limitándonos a aceptar cualquier cantidad de mierda para siempre, y de esta forma transformar la aceptación sensata en una rotunda estupidez explotadora y convertirnos en parte del problema, y así seguir siendo tan estúpidos, egoístas e irreflexivos como la generación anterior?».

Se admiten sugerencias.

Lo hacen por turnos; él prefiere besarla mientras ella le masturba; ella prefiere arrodillarse sobre él, mirando.

—¿Crees que nuestros padres hacían esta clase de cosas? —pregunta ella, en el interior de una pequeña galería formada por el conjunto de setos en el lateral del césped meridional y una inclinada arboleda de castaños dulces.

Ella está tumbada con la cabeza sobre su pecho.

—Supongo —responde él—. Papá dice que cada generación cree haber inventado el sexo.

Sophie guarda un momento de silencio.

—Puedo imaginar a tus padres haciéndolo. —Se estremece—. ¡Uurgh! ¡A los míos no!

Alban piensa en el tío James y en la tía Clara.

—No —coincide—. Yo también preferiría no imaginarlo.

—A lo mejor nunca lo han hecho —propone—. Bueno, obviamente James debe haberlo hecho con June, porque aquí estoy yo. Y June es bastante atractiva, supongo. Pero a lo mejor ellos... —Su voz se pierde—. No, espera; creo que una vez les oí a través de una pared. ¡Fue algo horrible!

Empiezan a besarse de nuevo. Ella lleva vaqueros y él le presiona y frota entre sus piernas por encima de los vaqueros durante un buen rato, lo suficiente para poder sentir su calor y su humedad a través del grueso tejido y ella no lo detiene, solo lo abraza muy fuerte y respira más y más rápido, con su cabeza enterrada en su cuello hasta que, de repente, se estremece; sus brazos le agarran con más fuerza aún, le muerde el hombro a través de la camisa y un extraño maullido surge de sus labios. Ella tiembla por última vez, entonces pierde firmeza en su agarre, su cuerpo se mueve contra el suyo al respirar, su aliento llega cálido hasta su cuello y su mejilla.

Él dice:

—Ahora te has corrido tú, ¿verdad?

Ella tan solo se queda ahí, jadeante durante un momento o dos; luego, lucha por incorporarse sobre sus temblorosos brazos y lo mira. Su cara está encendida; una agradable esencia como de pino parece impregnar la espesa cascada de su pelo. Parece estar a punto de decir algo. Posiblemente sea algo sarcástico, sospecha él, ahora que lo piensa, pero en vez de eso ella pone los ojos en blanco, sacude la cabeza y vuelve a derrumbarse sobre él.

Alban luce una gran sonrisa.

Fielding se queda mirando su móvil. No puede creer que esté oyendo eso. Él sabía que debería haberse quedado en Escocia, pero había asuntos urgentes que atender de vuelta en Londres, y así, tuvo que dirigirse hacia el sur, dejando a Al felizmente apalancado con la chica de las *mates*. Fielding la ha estado llamando a su oficina hasta ser pesado, para pedirle que le diga a Alban que lo llame. Finalmente este acoso ha tenido recompensa, pero ahora Alban se muestra poco cooperativo.

—Al, te necesito aquí. No puedo hacer esto yo solo. Puedo intentarlo, pero podría no salir bien. Contigo, tengo muchas más posibilidades. Somos un gran equipo. Venga ya. Lo digo en serio. Confío en ti para esto, hombre. —Fielding puede sentir cómo hace una mueca mientras recorre la calle Wardour, de camino a tomarse una copa después del trabajo con los propietarios de una fábrica china, que están en la ciudad para medir unidades, tiempos y costes.

—Mira, Fielding —dice Al, que suena demasiado calmado e indiferente—. Te he dicho que estaré en la fiesta de Garbadale. Así que estaré allí. Pero no voy a ir a Londres para tratar de intimidar a mi padre y al tuyo para que se opongán a la venta.

—¿Es que no quieres ver a tus propios padres?

—Los veré en un par de semanas, de todas formas.

—Al, no puedo creer que no parezca importarte nada de esta familia. Estamos en peligro de perderlo todo y lo único que puedes hacer... Te conformas con... Quiero decir, me alegro de que te lo estés pasando pipa en Glasgow con Verushka, pero es nuestra familia lo que está en juego aquí, hombre. Esta es nuestra oportunidad para hacer algo, marcar la diferencia.

—De todas formas me vuelvo a Perth en un par de días —responde como si no hubiera oído ni una palabra.

A Perth. Por Jesús Santo Cristo Afligido. Fielding reprime una retahíla de comentarios sarcásticos sobre las ventajas comparativas entre el retrete lluvioso de Perth y el zumbido adinerado del glamur de Londres, y se limita a decir:

—Te ha echado, ¿verdad?

—Claro —responde Al, obviamente de broma—. No, tan solo tengo la sensación de que le absorbo demasiado tiempo cuando estoy con ella más de unos cuantos días. Tiene una vida que llevar. En cuanto pasa un poco de tiempo empiezo a notar que la estoy monopolizando. Me hace sentir incómodo.

—Tienes razón.

Tienes razón por mis cojones, piensa Fielding. Los⁷ ha visto juntos. Esa mujer es jodidamente espléndida y lo adora manifiestamente. Alban es un jodido idiota. Pero Fielding no va a decírselo. Algunas personas simplemente parecen malgastar sus condenadas vidas alejándose de cualquier cosa remotamente buena para ellos, e ignorando todos los buenos consejos que sus amigos y familiares podrían ofrecerles. Es un don. Un antidon. Una maldición. Sí, esa es la palabra, decide Fielding. Una maldición.

Estúpido capullo.

Capítulo 4

Estoy en el «Volley en el Valle»; eso es el *pub* «Armas Voluntarias», en la calle Valley, para aquellos no lo bastante afortunados para estar familiarizados con uno de los más selectos imperios de la bebida de Bonnie Perth; allí sentado haciendo lo propio con Deedee (es decir, D. D., que significa Dipsomaníaco Designado) y Veepil (es decir, V. P. L. que es la versión acortada de Visible Compresa Plegada o algo así). También he visto ese nombre escrito como «V-Píldora», esa pastilla para la impotencia; hay un pedazo de pintada jodidamente ofensiva en un frontispicio de la avenida Islay que apoya la segunda versión; cuando en ese momento aparece nuestro hombre, Alban.

—¡All Bran! —grita Deedee, viendo al pródigo entrar por la puerta y mirar a su alrededor. Deedee agita un vaso repentinamente vacío. Es bien sabido que el grandullón no suele andar corto de pasta, y algunos de mis más desvergonzados amigos (deja que pare un momento para pensar quién de entre ellos no estaría cualificado para llevar esa etiqueta, sin contar al gran Al... bueno, ¡será mejor que vuelva a ese en concreto!), el caso es que a veces lo explotan un poco, aunque a él nunca parece importarle. Como te digo; una vergüenza.

Al saluda y se acerca. Tiene el mismo aspecto que cuando se marchó hace una semana. Puede que tenga la barba algo más arreglada. Saluda a Deedee con la cabeza y coge su vaso.

—¿Qué coño le ha pasado al piso, Tango? —me pregunta.

—La puta poli es lo que le ha pasado al puto piso, eso es —le contesto.

—Oh, por los huevos de Cristo —espetea, poniendo los ojos en blanco.

—Opino exactamente lo mismo, grandullón.

—Jesús —dice—. Bien. Lo primero es lo primero. ¿Qué queréis tomar?

Marchando una ronda. Al saluda formalmente y se sienta a mi lado, poniendo su pequeña mochila en el suelo.

—Y antes de que lo preguntes —le cuento—, sí, se llevaron tu mochila grande. Oí decir a uno de los pitufos que le parecía un equipo precioso, así que yo no conservaría muchas esperanzas de volverla a ver.

—¿Detuvieron a alguien?

—¡Sí, a mí! —Me golpeo en el pecho con un dedo—. Tenía allí como unos trescientos gramos de farlopa, porque Special Ka y Phil *el Profundo* habían vuelto de la jodida Amsterdam.

—Mierda. ¿Ya te han acusado?

—Sí, joder; por posesión y tentativa de tráfico. Sin juicio aún.

—Pensaba que a estas alturas no les preocupaba lo de la farlopa, pero... —dice Veepil agitando su cigarrillo. Debe ser la séptima vez que ha dicho eso durante las dos últimas horas. Se nota que ha bebido lo suyo.

—Lamento oír eso, Tango —afirma Al—. ¿Tienes abogado?

—Sí, el de oficio y todo eso.

—¿Dejaron algo mío?

—Esa sí que es buena. Puede que algo de ropa suelta.

—Entonces, ¿te han desahuciado?

—Sí. El ayuntamiento se lo ha tomado jodidamente mal por alguna extraña maldita razón y me ha metido en una puta pensión en la calle Flowers. Vaya una puta mierda. Lo siento, Al; ahora ya no puedo darte alojamiento. He hecho unas llamadas, y Sunny D dice que puedes quedarte en su casa con él y Di, si no te importa compartir un cuarto con los mellizos. —Levanto las manos, sintiéndome mortificado y poco hospitalario, incluso aunque, desde luego, no sea culpa mía—. Es lo mejor que he encontrado, grandullón. Lo siento de veras.

—Da igual. No te preocupes —asegura Al palmeando mi hombro.

—Aunque no querrás ir a casa de Sunny y Di, ¿verdad? —dice Deedee, con gesto serio.

—No —responde Al—. Voy a pasar. No te preocupes por mí. Estaré bien.

—Entonces, ¿dónde piensas meterte? —le pregunto.

—Donde el destino parece empeñado en llevarme —responde suspirando y mirando hacia el techo—. De vuelta a los jodidos y acogedores tentáculos de mi familia.

Deedee cuenta con su dedo entre un puñado de monedas, la mayoría de cobre.

—¿Alguien tiene pasta para la máquina de tabaco? Me he dejado los de contrabando en casa.

Al busca en su bolsillo.

Comienza con una elección. Ella elige un chaquetón con hondos bolsillos interiores, de los que la gente llama «de cazador», de entre toda la variedad de abrigos, chaquetas y capas que hay en el guardarropa de la casa. El chaquetón que escoge es uno viejo y desgastado que ha estado allí durante décadas, fue llevado por su padre, por algunos de sus tíos, quizá por unas cuantas de sus respectivas relaciones femeninas a lo largo de los años y por la mayoría de los hombres de la actual generación de la familia Wopuld. Abandona la casa por la puerta de atrás y toma el camino secundario hacia la carretera principal, no por la entrada que gira hasta la parte delantera de la casa y a través de la avenida de altos cedros, sino recorriendo la tenebrosa senda que acompaña al río Garbh en su curso desde el lago interior hacia el mar.

Recoge la primera piedra mientras atraviesa el jardín, agachándose a retirarla del borde del camino. La mira, pensando en limpiarle los parduscos restos del suelo, pero entonces se la lleva directamente hasta uno de los bolsillos exteriores del chaquetón. Hay un guante en el bolsillo. Ella lo mira al caminar y tantea el otro bolsillo exterior para encontrar el segundo guante. Se los pone. Le están grandes, al igual que el

chaquetón, pero eso no le importa demasiado.

Recorre el camino junto al río, atenta al rugido y al siseo de las aguas. Algunas personas de la finca llaman al río *Burn*^[9]. Siempre se ha preguntado por qué algo repleto de agua fría es asociado con un verbo que denota fuego y calor. No parece haber una explicación adecuada para ello.

Los árboles junto al río son «comosellamen», caducos. Tienen amplias hojas que caen durante el otoño. El otoño llega pronto aquí, tan al norte; un mes o así antes que a Somerset o a Lydcombe. En apenas dos semanas, los árboles de amplias hojas de aquí empezarán a volverse marrones y rojizos y dorados, y comenzarán a perder sus hojas.

La lluvia ya casi ha cesado y el cielo cambia de un gris apagado a otro más brillante. Ella se acuclilla junto a una piedra en mitad del irregular sendero y trata de desencajarla, pero no saldrá. Se quita los guantes, pensando que puede ser de ayuda, pero no lo es. Se pone los guantes de nuevo. Recorre un camino más estrecho que baja hasta un lado de la corriente y coge una roca de la orilla, poniéndola después en el bolsillo exterior del lado opuesto al que utilizó para guardar la primera piedra.

Continúa su camino junto al río, deteniéndose aquí y allá para añadir piedras y rocas a sus bolsillos, empezando a usar los amplios bolsillos de cazador del interior. El chaquetón comienza a ser pesado y a tirar de sus hombros hacia abajo.

Donde la carretera que entra en la finca cruza el río, a través de un viejo y curvo puente de piedra gris, se mantiene en el sendero, pasando debajo de la carretera. Un coche silba sobre su cabeza, en el todavía húmedo asfalto. Lo oye y presta atención al eco de las agitadas aguas en la curva superficial de la piedra arqueada, entonces sale de debajo del puente y sigue el camino hacia la abrupta orilla y el apagado brillo gris que es el lago Glencoul, el lago de mar. Las rocas dispuestas como perlas gigantes alrededor de la orilla del lago son de diferentes tonos de gris; un arco iris monocromático. Su color cambia al marrón cerca del agua, al cubrirse de algas. Las montañas protegen el entorno del lago, con sus altas cimas ocultas por la uniforme manta de nubes grises.

El chaquetón es ahora muy pesado, cada vez más, debido al conjunto de piedras que ha acumulado, causándole dolor en los hombros. Las rocas en los bolsillos de cazador repiquetean mientras camina y la obligan a moverse con un titubeante e inseguro paso algo antinatural. El río se estrecha y ensancha entre las orillas cubiertas de brillante hierba que dan paso a las rocas y algas en los imperfectos, recortados bordes de la tierra oscura y negruzca donde los grisáceos restos de troncos de árboles y gigantescas ramas sin corteza, desnudos por el agua y pulidos por el tiempo, yacen atrapados y varados, con sus retorcidos miembros extendidos y estirados en estáticas posturas de lo que le parece agonía y desesperación; una representación pompeyana que escenifica la fosilización de un final sin motivo.

No queda ya ningún camino identificable como tal. Ella baja trastabillando por la orilla del río, casi cayéndose, entonces se agacha para recoger otro par de rocas,

añadiéndolas a la colección que lleva en los bolsillos de cazador. Cree haber notado ceder algo mientras se lleva las piedras al bolsillo derecho, y teme que el tejido se rasgue, dejando caer todas las piedras. Recuerda una fábula acerca de algo parecido. Seguramente de Esopo. La fábula de la mujer que intentaba llevar demasiadas piedras; esa sería ella. No es que jamás fuera a ser escrita, ni que jamás nadie fuera a leerla. Ni que importase lo más mínimo. Ni que nada importase.

Las rocas en esa parte de la orilla son redondeadas y es difícil caminar sobre ellas, especialmente con toda la carga adicional que lleva. Había cargado con menos cuando estuvo embarazada del bebé, aunque a veces le pareciera todo el peso del mundo. Salpica en la corriente al alejarse aun más, dejando atrás las orillas cubiertas de hierba y formando un tosco delta a lo largo de las rocas, al dispersar las algas y los desollados restos de ramas. Sus botas se llenan de agua fría. Se detiene, se quita los guantes y, cuidadosamente, se abrocha los botones del chaquetón hasta la barbilla.

Luego se agacha, introduce las manos en el agua que corre entre sus botas y recoge un último par de piedras del lecho del río. Las acomoda en el seno de un brazo, vuelve a ponerse los guantes en sus mojadas manos, entonces sostiene las piedras, una en cada mano, antes que arriesgarse a meterlas en los ya sobrecargados bolsillos del chaquetón.

Continúa bajando por la corriente hasta que el río se transforma en mar, se transforma en las aguas del lago. Manteniéndose en contacto con el lecho del río, ha caminado sobre las algas evitando resbalar y caer en ellas. Se pregunta dónde dejará de ser dulce el agua y empezará a ser salada.

Las aguas del lago suben hasta sus tobillos, gemelos y rodillas. La parte suelta del chaquetón flota en la superficie del lago, ondeando junto a las pequeñas olas, después empieza a desaparecer bajo el agua, debido a las piedras que ha acumulado en los bolsillos. El agua está paralizante, aguda y cruelmente fría. En este momento, mientras las olas saltan y ascienden alrededor de sus rodillas, apenas puede sentir sus pies, y la única sensación que resta es dolorosa; un dolor que le hiela los huesos y que recuerda de su infancia. El chaquetón se hunde a su alrededor. El agua sube hasta sus muslos.

Una gaviota con las alas abiertas contra la brisa vuela a su alrededor, a cierta distancia. Su blanca cabeza de brillantes ojos negros gira una vez en su dirección, entonces el pájaro se detiene y se aleja aleteando lentamente hacia la orilla.

La lluvia cae de nuevo, empapando su pelo. Ella sigue avanzando a zancadas, cada una de ellas más profunda y costosa que la anterior, forzando su paso hacia el oscuro centro del lago, como en una pesadilla. Las aguas alcanzan su ingle, luego su ombligo y su cintura, congelándola por momentos, absorbiendo la calidez de su cuerpo. Surgen burbujas de su ropa. Cada nuevo paso es ahora un poco más fácil; siente sus pies más estables sobre el invisible lecho del río, bajo las marrones aguas, mientras su cuerpo intenta flotar. Mantiene fuera del agua las dos últimas piedras en sus manos enguantadas, agarrándolas a la altura de sus hombros. El agua fluye sobre

sus muñecas y bajo sus antebrazos.

Los ojos se le inundan de lágrimas, que empiezan a bajar por sus mejillas con cada amargo y sollozante aliento. El frío del agua, que gradualmente se transmite a su propio cuerpo, parece estar drenando la capacidad de respirar de los músculos del pecho, provocándoles espasmos, forzándolos a luchar por cada bocanada de aire. Se pregunta si este invasivo, terrible y devastador frío detendrá su corazón incluso antes de ahogarse.

Está aterrorizada. Comienza a sollozar, los sollozos se agudizan y entrecortan debido al penetrante frío del agua y a su pecho convulso. Ella había esperado que justo ahora, en los momentos finales, hubiera alguna especie de sosiego, poder encontrar un estado de indiferente resignación imponiéndose sobre ella, como un anticipo de la liberación del dolor que ha de ser amparado por el olvido. Por el contrario, se encamina hacia su muerte en un estado de terror y gélida agonía, caminando a tientas a lo largo de las rocas, ocultas bajo las oscuras aguas marrones a su alrededor, golpeándole el horror de pensar lo que le está haciendo a los que la sobrevivirán, acosada por el miedo ante la idea de que, después de todo, pudiera existir un Dios estúpido, vengativo y ejecutor, un Dios definitivamente no mejor que el hombre, un Dios que castiga aun más a aquellos tan perdidos como para quitarse sus propias vidas en primer lugar. ¿Y si todo ese disparate es cierto? ¿Y si la fantasmagórica palabrería cristiana está basada en la realidad?

Bueno, ya se verá. Ella se merece cualquier castigo, lo aceptará, lo acogerá. Si ese Dios creado a semejanza del hombre existiera, entonces la vida después de la muerte sería tan vengativa y maliciosa como el mundo real, por lo que ciertamente sería una continuación del mismo, y lo que ella fuera aquí, también lo sería allí, y así no merecería más piedad o alivio en ese mundo que en este. Sabe que lo que hace está mal. El saber que lo que está haciendo, lo que hace tiempo que sabe que está decidido a hacer, hará daño a otros (uno o dos que lo merecen, el resto sin merecerlo en absoluto) es de por sí una de las razones de que se odie a sí misma, a su vida y en lo que ella se ha convertido, y por ello busca su extinción.

De todas formas, tampoco tiene importancia. Tan solo la posibilidad de no ser, de no pensar, de no sufrir, ya hace que valga la pena. Muy en el fondo, ella sabe que todo son tonterías y que no hay continuación posible.

Unos pocos pasos más. Se siente más ligera, jadeando mientras el agua rodea su torso igual que el glacial abrazo de un amante. Su corazón late muy deprisa. El chaquetón y la colección de piedras tiran de ella hacia abajo, impidiéndole flotar. El agua llega a sus senos, el obscuro y frío amante la estrecha con ansia, y una ola salpica las manos que no quieren soltar las piedras, cubriéndole las muñecas de agua que se desliza hacia sus codos. La siguiente ola salpica su rostro. Un nuevo paso, luego otro, hundiéndola un poco más. El agua le llega ahora a la barbilla. Toma una gran bocanada de aire instintivamente, entonces piensa en lo estúpido que es todo esto, y vuelve a soltar el aire, dejando escapar hasta el último aliento cuando el agua

le llega a la boca.

Una nota. Debería haber dejado una nota. Pensó en ello hace unas semanas, incluso anoche, pero al final no lo hizo. Quizá tendría que haber dejado una.

Es la costumbre. La costumbre. Ese pensamiento le hace sonreír, breve y temblorosamente, mientras la paralizante frialdad del agua salpica su nariz. No; no tenía sentido dejar una nota. ¿Qué habría escrito?

Las lágrimas se deslizan por sus mejillas hasta mezclarse con las olas saltarinas, que se llevan su diminuta ración de sal con ellas.

Siente lástima por el niño, por Alban.

La suave ladera del lecho del lago acaba allí; ella camina hacia el oculto barranco submarino con un leve grito de sorpresa contenido, y se desvanece al momento bajo las olas marrones; su pelo cobrizo se hunde como finos zarcillos de algas, dejando solo unas pocas burbujas que flotan brevemente y luego explotan y desaparecen.

Su último aliento, tomado en un acto reflejo justo antes de que gritase, contenido instintivamente a pesar de su deseo de morir y finalmente rendido ante la aplastante presión del agua negra en las profundidades, llega un minuto más tarde a la superficie como un pequeño grupo de grandes burbujas plateadas.

La gaviota regresa a través del suave manto de lluvia gris, descendiendo hasta casi tocar la superficie del agua con sus plumas, sobre el lugar donde ella ha desaparecido, entonces gira para alejarse una vez más.

De vuelta al buen camino. Y lo cree de veras.

Alban aparece en las oficinas de Londres, menos de una semana después de que Fielding le haya dejado en Glasgow. Se encuentran en recepción, Al vestido como un vagabundo, con la misma chaqueta de montaña de aspecto mugriento y cargando con su pequeña mochila manchada, sus sucios vaqueros y las viejas botas de senderismo hacen que parezca que acaba de salir de los bosques o de la furgoneta de un obrero. Su barba está bien recortada, piensa Fielding, pero ni aun así. Están rodeados por premios, placas, condecoraciones y certificados que cuelgan de las paredes, y por recortes de periódico enmarcados y fotografías de gente famosa posando, bien con el juego, habitualmente ¡Imperio!, bien con miembros de la familia Wopuld.

Cuando Fielding se aproxima a su primo, asintiendo y sonriéndole a Suze, la recepcionista y operadora de centralita rubia y buenorra, Al se encuentra bajo un retrato de su bisabuelo Henry, que está frente a una vitrina de cristal que contiene en su interior uno de los tableros de juego originales de Henry, al completo, con las fichas talladas a mano.

—Me alegro de verte, primo —dice Fielding, dándole un sincero apretón de manos acompañado de abrazo extra con su mano izquierda. Fielding conduce a Al hasta Suze. Fielding los presenta, incluso se puede ver cómo ella rectifica su concepto de él en tiempo real, de Vagabundo Asqueroso, Posible Atracador o Chiflado, a Otro

Excéntrico Miembro de la Familia Wopuld; luego Fielding lleva a Al a su oficina. Otro retrato del viejo Henry los observa desde arriba en el ascensor, mientras intercambian comentarios acerca del viaje de Al hacia el sur.

El bueno del viejo bisabuelo.

Henry Wopuld era un empleado de una compañía de suministros de granja con central en Bristol cuando se le ocurrió ¡Imperio! en 1880-81. El imperio británico estaba en su apogeo; el mapa del mundo se había vuelto, o se estaba volviendo rosa o rojo, o cualquier tonalidad que los fabricantes de mapas escogieran para ilustrar las posesiones del primer imperio de la historia en el que el sol jamás se ponía, dado que abarcaba el propio globo. La civilización, la cristiandad y el comercio estaban siendo llevados hasta aquellos que habitaban los rincones más alejados del planeta, tanto si lo deseaban como si no y, en cierto sentido, ¡Imperio! representaba esa idea, permitiendo al Victoriano de clase media, junto a los ciudadanos de clases bajas con muchas más aspiraciones, luchar, comerciar, predicar y engañar en su camino a la dominación mundial desde la comodidad de sus hogares. El supuesto toque educativo del juego, en los campos de geografía y moralidad, ayudó a que atrajese a todas las edades y clases sociales, y se ganó el elogio de las juntas escolares así como de los consejos parroquiales.

El juego era fabricado por una pequeña compañía de imprenta y juguetes de Londres, y subió con fuerza en el mercado, en gran parte gracias a Henry. Tenía un socio que era el dueño de la compañía original, pero hubo alguna especie de escándalo de inversiones ocultas, el socio se arruinó y Henry compró toda la empresa por cuatro perras y nunca miró hacia atrás. La familia se mudó a Lydcombe, con las ganancias que Henry amasó gracias al juego original, pero él ya estaba trabajando en nuevas ideas.

Los Estados Unidos, quizá no de forma sorprendente, se mostraron *reacios a aceptar ¡Imperio!*; las ventas eran miserables. Henry lo intentó con una versión del juego basada en un mapa que consistía solo en los estados contiguos de los Estados Unidos, pero eso no ayudó mucho. Finalmente, compró una pequeña imprenta en Pittsburg, para que la caja y el tablero pudieran rezar: «Fabricado en usa»; alteró el mapa del mundo en el que ¡Imperio! estaba basado, para que los EE. UU. estuvieran en el centro, los límites del tablero cortaran la mitad de Asia y cambió el nombre del juego por ¡Libertad!; no alteró nada más y se limitó a observar cómo los dólares llegaban hasta su bolsillo. Compró la finca de Garbadale en el extremo noroeste de Escocia con la intención de cazar, disparar y pescar allí, e hizo que los arquitectos más caros del momento diseñaran una gran vivienda con el mejor estilo neogótico escocés, para llamarla Castillo de Garbadale (después fue Mansión, cuando los gustos al respecto cambiaron).

Existían diferentes ediciones y versiones del juego, y un montón de pleitos, o al menos la amenaza de tales, ya que aparecieron otros juegos sospechosamente parecidos a ¡Imperio! La mayoría de las veces, la manera más fácil de tratar con

ciertas compañías que amenazaban la posición de la empresa Wopuld era simplemente comprarlas y cerrarlas, incorporando a Wopuld Ltd. cualquier cosa que pudiera tener valor de la empresa absorbida, tanto si era personal de la compañía, como alguna pequeña innovación en el desarrollo del juego, o en la fabricación del producto.

Henry murió en 1917, dejando una familia que esperaba que fuera lo bastante numerosa como para proporcionar a la empresa todos los directores ejecutivos que pudiera necesitar con el fin de llevar hacia delante el nombre de Wopuld, aunque esto no fuera suficiente para prevenir una caída de las ventas tras la Gran Guerra.

El *Mornington Crescent*, un juego basado en el mapa del metro de Londres con un sofisticado tablero de dos niveles se vendió bien en Gran Bretaña y modestamente en el extranjero. Un juego más basado en el comercio, llamado ¡Alta Mar! consiguió unas cifras muy razonables. Otro basado en la bolsa y las acciones, llamado ¡Especula! fue un breve y efímero éxito a ambos lados del Atlántico, aunque en los Estados Unidos fue lanzado solamente como un juego para niños, basándose en la teoría de que todos los adultos estaban enfermizamente liados con la versión real, haciendo del juego algo superfluo.

La Depresión obligó a la venta de la fábrica en Pittsburg.

Los años treinta fueron testigos de una resurrección parcial de la fortuna familiar. Una versión austera del juego original funcionó bien por un tiempo, durante la Segunda Guerra Mundial, aunque hubo algunas complicaciones debido a las noticias de que a la versión germanizada, producida en Leipzig por una compañía totalmente controlada por alemanes, le iba incluso mejor. También fue solo por un tiempo.

Tras la guerra, la versión relanzada y renovada de ¡Imperio!, *Common wealth* (sin signos de exclamación), con un nuevo mapa que reflejaba los cambios políticos del planeta, obtuvo un rendimiento sorprendentemente flojo. El *Monopoly* (una vez considerado como advenedizo, ahora recordado como el viejo enemigo) sobrepasó por primera vez al antiguo juego. La compañía derrapó, y mantuvo conversaciones con otras marcas acerca de fusiones o de ser adquiridos, pero sin efectos serios.

El juego original se tambaleó durante los años sesenta, casi murió en los setenta; un juego de muy corta vida llamado ¡Karma!, basado en un grotesco revoltijo mal entendido del galimatías jipis y un budismo de garaje, fue un desastre absoluto; y solo empezó a revivir en los ochenta. Una versión electrónica de ¡Imperio! se convirtió en popular, después en muy popular. Más tarde en asombrosamente popular. Llegaron más versiones para pc y consolas, creando gradualmente un único y homogéneo espectro de potencial de juego capaz de ajustarse virtualmente a todos los gustos; desde aquellos que deseaban la más calmada y cerebral experiencia basada en turnos, más parecida al ajedrez que a otra cosa, a aquel de los jugadores que solo querían avanzar directamente hasta la más sanguinaria carnicería en un juego de acción, agitar espasmódicamente el mando sobre el suelo o el sofá, apretando los dientes, abriendo bien los ojos, con el rostro constreñido y el sudor goteando.

La versión de tablero volvió a ponerse de moda al apoyarse en los éxitos electrónicos y en 1999 la Spraint Corporation oí *America Inc.* comenzó a hablar de cosas que sonaban a cosas como «integración vertical» y «sinergias de plataformas y sistemas operativos», y adquirió una cuarta parte de Juegos Wopuld Ltd. por una importante cantidad de dinero y una, aun más importante, cantidad de sus propias acciones, siempre ascendentes.

Todos los miembros poseedores de acciones de la extensa familia Wopuld se convirtieron de repente en un poco más ricos.

—Haydn —dice Fielding, llamando a la oficina de su hermano, de camino a la suya propia—. Mira quién está aquí.

Las cosas buenas ocurren. A veces ocurren sin un motivo en particular, que es como las cosas malas parecen ocurrir tan a menudo.

Una vez, hace unos siete años, menos de un año antes de que abandonara la empresa familiar y, ciertamente cuando ya estaba pensando en hacerlo, Alban tuvo lo que aún podría contar como el más exquisito encuentro sexual de su vida. Todo esto ocurrió alrededor de un año después de la locura del episodio de Singapur con Fielding y sus drogas, unos ocho o nueve meses antes de que conociera a Verushka Graef en un hotel de Shangai, y un año antes de tener su encuentro con su sepulcral tío Blake por segunda vez en lo alto de su gigantesco rascacielos de neón en ese confuso avispero cubierto de vapor que es Hong Kong.

Mirando hacia el pasado, su mundo parecía muy asiático, y él suponía que estaban tanto por allí debido a que era donde se ubicaban las fábricas por aquellos días. También era donde el más reciente y mayor crecimiento económico estaba surgiendo.

La compañía acababa de producir una edición de lujo de la versión de tablero del juego de ¡Imperio! El tablero en sí estaba fabricado con piedras semipreciosas sobre bisagras de titanio, las cartas tenían relieves en plata, los juegos de dados estaban hechos de caoba con incrustaciones de madreperla y las fichas estaban talladas en jade, ébano, jaspe, ágata, ónice y pórfido. Uno de éstos costaba la friolera de diez mil dólares americanos y esperaban venderles unos cuantos a algunos jeques.

Por el contrario, bueno, además, vendieron centenares a lo que parecía una nueva raza de ricos del Sudeste Asiático. Para los chinos y culturas similares, tenían lo que solían llamar la versión con chip electrónico.

Había sido idea de Alban introducir un elemento de juego de azar a la vieja versión, y lo publicaron como una edición incluso más especial que la versión de lujo. Además, aumentaron el número de posibles jugadores a ocho, ya que se trataba de un número con un significado especialmente bueno en sectores de la cultura china. También eso había tenido unas ventas relativamente escasas, pero de una rentabilidad muy alta y unos números influyentes en la práctica. La versión de juego de azar del

juego estándar de ocho jugadores también se tradujo en cantidades prodigiosamente gratificantes.

Con el tiempo, ya no le parecía solamente Asia. Con el tiempo recuerda pensar que su vida parecía girar en torno a iniciales: hk, kl, la, nyc... El mundo entero se volvía epígrafe, se volvía texto, se volvía «txt».

Su encuentro, su perfecta, expiatoria y redentora experiencia, tuvo lugar en el sitio más profundamente civilizado, más imperial, aparente e indiferentemente guay, aunque no demasiado exótico. Tuvo lugar en París.

Se encontraba allí para ver al primo Haydn, el hermano mayor de Fielding, quien trabajaba para la empresa como un mago de la producción, asegurando el más perfecto ajuste entre la oferta y la demanda, y quien había tenido, según parecía, algún tipo de crisis. Haydn se había escapado de la ciudad una semana antes, abandonando la oficina de Londres en Mayfair y el hogar familiar en Knightsbridge para ir en secreto a París, en concreto al Ritz, vía Eurostar y con una suma total de dos taxis. Extrañamente, a la vez que demostraba una singular carencia de impulso en su pluriempleo, todavía parecía estar realizando su trabajo, haciendo números y cuotas de producción en su portátil mientras se alojaba en el Ritz, relacionando, con un grado apenas reducido de exquisita precisión, la cantidad concreta por la que los niños malayos, indonesios y chinos con unas ágiles manos profundamente motivadas por la necesidad, deberían ser empleados para producir una cantidad de satisfacción económicamente adecuada en compradores desde Alaska hasta Kamchatka. (Redondeando hacia arriba, naturalmente).

—Oh, Dios. Te ha enviado la abuela, ¿verdad?

Fue lo primero que Haydn le dijo a Alban cuando este apareció en la mesa habitual de Haydn, en el restaurante principal del hotel, levantando una silla dorada y sentándose en ella.

—Sí, es verdad —respondió Alban. En algún momento del futuro cercano podrían darse ocasiones en las que tuviera que engañar a Haydn, pero esta no era una de ellas.

De cualquier forma, él ya había decidido que aquello era una excursión interesante pero probablemente estéril. Por alguna razón Winifred, la Yaya, le utilizaba como el solucionador de problemas de la compañía, enviándole a resolver las más estúpidas salidas tonto que ella consideraba necesario solventar por el bien de la familia y de la empresa. Oh, joder, era su agente secreto, su hombre para los trabajos especiales, pensó Alban repentinamente, al mirar el redondo, brillante y frágil rostro de Haydn al otro lado de las servilletas, las flores y la cubertería de plata.

Haydn era un tipo pequeño y gordo que insistía en vestir trajes grises con una talla más pequeña de lo debido. Era una perversión, en el sentido de que provocaba exactamente lo contrario de lo que se supone que debería provocar; parecía más

gordo de lo que era realmente, no más delgado. Haydn había empezado a quedarse calvo a los dieciséis años, lo cual era algo amargamente cruel de padecer para un adolescente, además de tener que pasar por todo lo habitual. Desde entonces había optado por peinarse con «cortinilla», lo cual tampoco iba a hacerle ningún favor, aunque, mirándolo por el lado bueno, a los veintisiete años aún no había tenido acné.

Desde que se había instalado aquí, Haydn no contestaba al teléfono de su habitación, a su móvil o al correo electrónico. También hacía que le subieran la comida, aunque a veces aparecía para cenar solo en el comedor principal. Ese fue el motivo por el que Alban había tenido que arrastrar la reluciente silla y sentarse a la mesa enfrente del tipo.

—¿Por qué estás aquí? —inquirió Haydn.

—Bien, es una buena pregunta —contestó Alban—. ¿Por qué estamos aquí? —Se reclinó en la silla—. ¿Siempre eres tan profundo durante la cena?

—Déjate de chorradas, Alban. Lo único que quiero saber es qué coño crees que estás haciendo aquí.

Alban no podía recordar haber oído a Haydn decir tacos con anterioridad. París realmente le estaba persuadiendo para que se soltase lo que le quedaba de pelo. Y en un comedor.

—He venido a ver cómo estás —le dijo Alban.

—Bueno, ya me has visto. ¿Cómo crees que estoy?

—Ahora mismo no tengo ni idea. Acabo de encontrarte.

—¿Está todo en orden, señor? —preguntó el *maître*, repentinamente a un lado de la mesa.

—Sí, no hay problema; gracias. —Haydn le despidió con un gesto de su mano.

—¿Cómo crees tú que estás? —continuó Alban.

—¿Te refieres a cómo me siento? —dijo Haydn, con lo que probablemente pretendía fuera sarcasmo.

—Supongo que sí.

—Estoy bien.

—¿Y por qué te has largado —Alban miró alrededor del alto y elegante comedor—, hasta aquí?

Haydn se limpió con su servilleta.

—Necesitaba un descanso.

—La Yaya usó la palabra «crisis». Y también tu padre.

—Típico de ellos.

—Bueno, si te sirve de consuelo, a mi no me parece una crisis.

—Muchas gracias.

—Viajar doscientos kilómetros hacia una vida de lujos abyectos y seguir haciendo tu trabajo al mismo tiempo no me suena exactamente al descenso a la locura de un alma torturada. —Hizo una pausa—. A no ser que creas que eres Napoleón o algo así.

—En realidad no estoy realizando adecuadamente mi trabajo diario —repuso

Haydn, ignorando eso y asintiendo hacia el camarero mientras servía el consomé ante él. El delgado y joven camarero se dio la vuelta y se marchó. Haydn lo observó durante un par de segundos. La familia tenía asumido por completo que Haydn era gay, pero él lo negaba. Haydn miró a Alban—. Tan solo estoy medio haciéndolo. —Volvió a mirar al camarero—. Para ser sincero, solo hago un tercio, o incluso una fracción menor. Normalmente trabajo tres horas por la mañana y tres por la tarde. Una hora extra o dos si hay mucho trabajo. Aquí, hago dos turnos de una hora.

Alban meditó acerca de ello.

—¿Es así?

Haydn frunció el ceño, hundió su cuchara en la sopa y dejó que el líquido marrón se escapara de nuevo hacia el tazón.

—Estoy perdiendo facultades. Me vuelvo más descuidado —afirmó—. Además, no estoy pensando muy a la larga. Con el tiempo, habrá errores acumulados. Irán en aumento. —Sacudió la cabeza—. Funciono por pura rutina. Es más como un juego. —Miró a Alban de forma sombría—. Pero no te engañes; no estoy haciendo mi trabajo adecuadamente. He huido y simplemente estoy jugando. Puedes llamarlo crisis si te apetece.

Volvió a colocarse la servilleta cuidadosamente, sosteniéndola en alto para pasar de un triángulo a un rectángulo perfecto, alineando los bordes milimétricamente para volver a disponerla sobre su regazo.

—Bien, de acuerdo —dijo Alban, observando el movimiento—. Pero es un tipo de crisis muy civilizada.

Haydn se ocupó de la sopa. Tras media docena de cucharadas hizo una pausa para secarse los labios con la servilleta. Volvió a ponerla, aún inmaculada, sobre su *regazo*.

Tío, necesitas echar un polvo urgentemente, pensó Alban.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —inquirió.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Estoy aquí, primo.

Haydn tomó una gran bocanada de aire, examinando el blanco puro del mantel. Hizo un gesto de disgusto y miró hacia arriba.

—Te lo contaré más tarde. Necesito pensar en cómo expresarlo con palabras. —Asintió en la mesa, frente a Alban—. ¿Has comido? ¿Me acompañas? No me gusta beber solo, pero podríamos bebemos una botella de alguna cosa.

—Qué buena idea.

—Ya ves, ese es el error que comete la gente. No se trata de oferta y demanda; se trata de demanda y oferta.

—¿Tanta diferencia hay?

—¡Es algo fundamental! Es toda una nueva forma de pensar, de trabajar, de encargar, y de «encargar».

Estaban sentados en el cuarto de estar de la *suite* del hotel Ritz, la cual Haydn estaba cargando a la cuenta de la empresa familiar. La habitación era bastante grande. Alban se preguntó si la causa principal de la preocupación familiar sería el efecto de la cuenta de la *suite* en la liquidez de la empresa.

—De acuerdo —asintió Alban. Pensó que había entendido a medias la diferencia entre encargar y «encargar». Esperaba que así fuera. O eso, o el primo Haydn realmente estaba como un cencerro. En cuyo caso, quizá debería desear no entender la diferencia.

Quizá no debería haber venido a París.

Estaban compartiendo una botella de champán. Alban trataba por todos los medios de convencer a Haydn de salir por ahí. No había querido ir a la *suite* pero Haydn insistió, para admitir finalmente que lo hacía porque no le gustaba usar los baños públicos, incluso si se trataba de los baños públicos de hoteles de cinco estrellas. Así que habían ido a la *suite*. Pero tenían que salir fuera, maldita sea. Estaban en París, por el amor de Dios. Incluso era primavera. Durante la semana que había estado allí, confesó Haydn, no había salido ni una sola noche. Eso era tan retorcido que Alban no pudo evitar sentirse algo enfadado. Era como ir al Gran Cañón, pero manteniendo los ojos cerrados, o como afirmar ser un fan de Jimmy Hendrix, pero solo por su forma de cantar.

Alban se preguntó si habría sido enviado allí básicamente para llevárselo de juerga. Ciertamente, él no era el único de la familia que pensaba que lo que a Haydn necesitaba más que cualquier otra cosa era una saludable dosis de «ñaca-ñaca», sin que importase el género del mismo. O quizá la Yaya pensó que Haydn le atraería; quizá envió a Alban hasta Haydn, de primo a primo (jodidamente gracioso), como un regalo, como un premio para tentarle a volver al seno de su familia y a sus responsabilidades. Ni por un instante se le ocurrió descartar esa posibilidad, tratándose de esa vieja arpía.

—Esa no es la razón por la que estás aquí, ¿verdad? —preguntó Alban, sinceramente confuso—. Esa supuesta crisis no se reduce a una cuestión acerca de la puta semántica o algo así, ¿cierto?

—No, no —concedió Haydn, contemplando su champán. Estaba sentado, con los pies en alto, en una elegante *chaise longue*. Alban había optado por una simple silla.

—¿Entonces qué?

Alban era dolorosamente consciente de que, probablemente, él era la persona menos indicada para una misión como esta. Jamás había pensado que tuviera ninguna aptitud para hacer que la gente hablase, o que gozara de ningún don para dar consejos. Estaba bien seguro de que tampoco nadie más había pensado en él de esa forma. De acuerdo, había sido un hombre en el que llorar para unas cuantas personas de ambos sexos a lo largo de los años; algunos eran cercanos, otros no; simplemente estaban, suponía, desesperados; y había dejado que unos cuantos le trataran como una mezcla entre un sacerdote y un psiquiatra, pero sus únicas habilidades en ese campo,

y estaba seguro de eso, consistían en saber cuándo callarse, hacer sonidos de afirmación, formular preguntas ocasionales y resistir la, a veces, urgente necesidad de sacudir a la persona en cuestión y gritarle que se comportase.

Haydn parecía incómodo, sin parar de moverse en el sofá, con los labios apretados en una estrecha línea.

—Discúlpame —dijo levantándose—. Tengo que ir al servicio. —Desapareció.

Alban apuró su champán, examinó la copa vacía durante un momento y luego se puso en pie, fue hasta el teléfono en el escritorio y pidió un taxi.

Oyó el sonido de una cisterna. «Joder si vas a ir al baile, Cenicienta», se murmuró a sí mismo al regresar a su asiento.

Había tenido que negociar. Él quería ir directamente a un club, pero Haydn había mostrado todos los indicios de ponerse histérico ante la sola idea, así que lo dejaron en un café y una copa de brandi sentados en la terraza de uno de los cafés del extremo oeste de la Rué St-André-des-Arts. Allí era donde convergían siete calles, y día y noche se representará al completo y en todo su cardiaco apogeo el loco espectáculo circense de la habilidad parisina al volante.

Alban hizo que el taxi les dejara al final de St-Michel, y así poder caminar a lo largo de la calle. Aquel era uno de los lugares favoritos de Alban en París, en todo el mundo, y si al menos Haydn no empezaba a *enamorarse* de la ciudad después de eso, es que el cabrón no tenía alma y Alban en persona lo agarraría firmemente por el cuello y el cinturón, lo subiría a la Mazarine y tiraría al pobre y desgraciado idiota desde el Pont des Arts para que se fuera nadando al jodido hotel Ritz.

—Salud.

—*Santé*.

—¿Entonces qué? ¿Cuál es el problema?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Haydn, ya hemos discutido esto. Para de una vez.

—Bueno, está bien. Se trata... se trata de imposibilidad de realizar un encargo correctamente. —Lanzó a Alban una rápida sonrisa y dio un buen trago de su brandi.

—¿Qué?

Haydn tosió y luego dijo:

—Lo digo totalmente en serio. Cada vez que realizo un encargo, siento que estoy fracasando. O bien encargas demasiado de, bueno, de cualquier cosa, y el excedente termina en las estanterías o palés de un almacén, obviamente costando dinero, o bien no encargas lo suficiente y tienes que volver a encargar, lo cual es ineficaz y además tiene un coste extra. Dos acciones de producción cuestan más que una sola acción con la suma de ambas. ¿Te das cuenta? —Haydn parecía necesitar urgentemente que Alban lo comprendiera. Daba un poco de pena.

Alban miró a su primo. El rostro nervioso, tenso y algo colorado de Haydn estaba

iluminado por las luces del café, a su espalda, y las demás de los restaurantes, bares y tiendas a su alrededor, las farolas cercanas, el destello rojizo de un quemador de gas recién encendido y los faros del automóvil más cercano, excéntricamente aparcado.

—¿Por eso huyes de tu familia, le causas a tu madre preocupaciones sin fin y envías una factura de hotel con la que se podría alimentar a...?

—Suenas como si fingieras ser judío.

—Lo hacía a propósito, Haydn. Mi última palabra iba a ser «Oy»^[10]. Gracias por estropearlo.

—¿No serás antisemita, verdad? —Haydn pareció alarmado.

—No, no lo soy —espetó Alban con indignación—. Soy absolutamente pro semita. Y de todas formas los jodidos palestinos son gente semita. Ahora bien...

—¿Eres antipalestino? —inquirió Haydn.

—Oh, Dios santo —musitó Alban poniendo su cara entre las manos—. ¡No! —exclamó—. ¿Quieres ver mi hoja de suscripción para Ayuda Médica a Palestina o qué?

—Lo siento.

—¿Por qué no te callas y volvemos al asunto?

—De acuerdo, de acuerdo. Discúlpame. No me grites.

Alban tomó una gran bocanada de aire.

—Tú te fugaste porque, porque... Porque nunca recibes bien los pedidos de juegos, nunca están bien, no según la unidad individual. ¿Es eso lo que estás diciendo?

—En general, sí —respondió Haydn, con aspecto aliviado tras haber sorteado el campo de minas de la comprensión de Oriente Medio y estar de vuelta en el, relativamente más seguro, territorio de sus propias neurosis.

Alban puso la palma de su mano sobre la pequeña mesita metálica y apartó la mirada, sacudiendo la cabeza.

—Oy —susurró con suavidad. Miró a Haydn y se encogió de hombros resignadamente—. Tan solo es la palabra adecuada, chaval.

Haydn continuó mostrándose reacio a la idea de visitar un club en condiciones, con personas, música, baile y todo eso. Alban conocía al menos dos que iban al cincuenta por ciento en la proporción hetero/gay, para que Haydn tuviera la oportunidad de elegir sin que pareciera estar imponiéndoselo, pero el tipo no jugaba al mismo juego en absoluto. Optaron, en cambio, por pasear por un serpenteante sendero a lo largo de la ruta de St-Germain, a veces por el propio bulevar, a veces por calles más estrechas que salían, continuaban paralelas y regresaban de nuevo hasta él. Pasearon lentamente; las gruesas y cortas piernas de Haydn indicaban que era un patoso nato, y parecía quedarse sin aliento cada vez que subían a un bordillo.

—No es que me importe acudir a esos lugares —trató de explicar Haydn—. Son

demasiado ruidosos, están demasiado llenos.

—Eso debe ser por toda la gente que hay dentro.

—Además hay mucho humo.

—Puede que en algunos de ellos —concedió Alban—. Otros tienen esas cosas llamadas aire acondicionado o extractores de humo.

—Todo el mundo fuma —protestó Haydn, al ver a dos jóvenes pasar por la acera, hablando en voz alta y gesticulando con sendos Gitanes encendidos.

—Haydn, esto es París. Es prácticamente obligatorio.

—Es que no me gusta estar entre grandes grupos de gente que no conozco. No me va.

—Oh, por Dios, Haydn, tú necesitas conocer gente. Gente joven y atractiva que podría querer conocerte.

—No soy atractivo —espetó Haydn—. Y por favor, no trates de convencerme de lo contrario. Renuncio a caer en esa clase de autoengaño.

—Eres joven. Eso ya es algo.

—Bueno, sí. Además, parezco mayor de lo que soy.

—Algunas personas prefieren una cabeza sabia sobre un cuerpo joven —insistió Alban y soltó una carcajada—. Mejor aún, entre las piernas.

—Oh, por favor.

—Haydn; hay gente mucho menos interesante y realmente fea hasta el punto de que tienes que cerrar los ojos, y que no tienen una tableta de chocolate por abdominales que echa un polvo todos los días, de hecho a veces con mujeres muy guapas. Y con hombres, lo mismo daba. Lo digo totalmente en serio. Solo es una cuestión de darte la oportunidad de no tener tanto miedo a un rechazo que no tienes de antemano, y de tener una mínima pizca de confianza en ti mismo. —Alban mostró sus dedos índice y pulgar, con las yemas apenas separadas, para ayudar a su primo a visualizar el tamaño exacto de la pizca a la que se refería.

—Alban —dijo Haydn—. No me gusta estar entre grandes grupos de gente, sobre todo extraños. ¿Es que no lo entiendes?

Alban sacudió la cabeza y dejó escapar un suspiro.

—No. Bueno, sí. Si no te gusta, no te gusta. Estoy convencido de que podríamos encontrar, ya sabes, un ambiente menos abarrotado. Algún sitio tranquilo, donde podría haber...

—Alban —atajó Haydn, deteniéndose sobre la acera. Alban se volvió para mirarlo. Estaban en el exterior de un jardín, delante de una pequeña iglesia, un pequeño tramo de oscuridad en medio del resplandor comercial de St-Germain. Haydn se cruzó de brazos—. ¿Sabes qué?

Alban asintió enfáticamente y dijo:

—Sí.

—¿Eh? —Haydn parecía confundido—. ¿Qué?

Alban agitó una mano de forma regia.

—Perdona. Solo bromeaba. ¿Qué ocurre?

—Te diré qué ocurre —respondió Haydn—. Sé lo que quieres decir; sé lo que... lo que intentas conseguir. Lo que tú... donde tú quieres llevarme, o al menos al tipo de lugar al que quieres llevarme, y el porqué. Sé lo que piensas y lo que piensa la familia y lo que la gente dice a mis espaldas. No soy un jodido imbécil. ¿Y sabes la verdad?

Alban no dijo nada. El primo Haydn sonaba como si estuviera enfadado. Alban estaba decidido a considerarlo como un cambio positivo, a no ser o hasta que terminara con la nariz aplastada de un puñetazo.

Los ojos de Haydn se abrieron de golpe. Se inclinó ligeramente hacia Alban, quien retrocedió ligeramente, todavía atento a la incipiente posibilidad de la nariz rota implícita en la actual situación. Haydn dijo:

—No me gusta especialmente el sexo. —Una vez dicho, Haydn se rehízo y alzó la barbilla, desafiante.

Alban sintió la necesidad de cruzarse de brazos. También le apetecía inclinarse hacia atrás, muy hacia atrás, pero pensó que parecería como si le estuviera tomando el pelo, así que se conformó mordiéndose el labio e inclinándose hacia un lado, como si allí delante hubiera un delgado árbol entre ellos y estuviera tratando de evitarlo.

—¿En serio? —preguntó frunciendo poderosamente el ceño.

—Es como si fuera un delito o algo así —dijo Haydn, y Alban tuvo la impresión de que su primo estaba a punto de romper a llorar—. La gente te trata como si estuvieras loco, o como si fuera una enfermedad de la que pudieran contagiarse, o como si fuera una forma de criticarles, a todos los demás... Algunos incluso dan por hecho que solo es una pose, alguna especie de ridícula y patética táctica para que se acuesten contigo. La verdad es que he tenido relaciones sexuales. Lo he probado. De hecho, lo he probado varias veces, y no le veo la gracia. Es sucio, es indigno, es sofocante y sudoroso y, y... propio de animales. —Ahora Haydn miraba hacia la acera, como si le estuviera diciendo lo que pensaba de ella. Con el rabillo del ojo, Alban pudo ver a otros viandantes pasar junto a ellos a una distancia prudencial bastante amplia. Haydn aún seguía hablando: «Apenas dura nada de tiempo, haces por completo el idiota delante de otra persona y entonces tienes que sacarte de la manga una vergonzosa charla para después, y todo el puto mundo está completa y jodidamente obsesionado con eso; es ridículo, es absurdo, es degradante, es tan... ¡ridículo!». Subió la mirada hacia Alban, tenía un aspecto furioso, respirando con fuerza, con los brazos aún cruzados sobre su agitado pecho. Se llevó las manos rápidamente a la cabeza y arregló su peinado de «cortinilla» colocándolo en su sitio y entonces volvió a cruzarse de brazos defensivamente.

—*Hmm* —dijo Alban, pensativo. Aquello era peor de lo que había imaginado. Se aclaró la garganta—. ¿Has probado a hacerlo con el debido, *emm...*? —Se rascó detrás de la oreja.

—¿Sexo? —concluyó Haydn, casi escupiendo—. ¿Género? ¿Tipo de persona?

—Bueno —siguió Alban, sintiéndose algo avergonzado—. Claro.

—Sí —respondió Haydn—. Encuentro bastante atractivas a las mujeres, desde un punto de vista teórico. Son más pequeñas, más eficientes, mejor embaladas. Tan solo es que no siento ningún deseo incontenible de penetrarlas con ninguna parte de mi propio cuerpo.

Alban no estaba seguro de que eso fuera en absoluto lo más acertado para decirle, pero estaba borracho y sabía que se lo iba a decir de todas formas, así que lo hizo.

—¿Estás completamente seguro? Haydn, te he visto mirando a los camareros y a los chicos en la calle. Especialmente a los chicos guapos...

—Miro a hombres como esos porque desearía ser ellos —atajó Haydn, con una amargura repentina—. Los miro con deseo porque deseo ser como ellos. Guapos y seguros y atractivos para las mujeres. —Se encogió de hombros—. O para los hombres. Tan solo para alguien. —Sacudió la cabeza; parecía frustrado por su propia incapacidad para explicarse plenamente—. Sin embargo, y por favor, créeme cuando te digo que la mayor parte del tiempo, casi todo el tiempo, sinceramente, no me importa. No lo echo en falta, no me siento desamparado o triste al respecto. De hecho, estoy perfectamente bien por mí mismo; son las reacciones, los prejuicios y las, las estupideces de otras personas lo que me angustia. —Dejó escapar un suspiro tras esas palabras, como de puntuación. Específicamente un punto y aparte.

Alban pensó acerca de todo esto. Miró hacia las nubes iluminadas sobre la ciudad. El tráfico rugía detrás de él. Miró atrás, hacia Haydn.

—Me cago en la puta —dijo.

—Si te sirve de, oh..., no sé; no es consuelo —espetó Haydn apartando la mirada por un momento. Volvió a empezar—. Si te hace sentir mejor, lo he probado con un hombre. En realidad, no es en absoluto de tu maldita incumbencia, y será mejor que no salga de aquí, pero lo he probado. He probado a besar, de alguna forma y, ya sabes, tocar; acariciar, se podría decir —Haydn cerró los ojos ante el recuerdo—. Ese fue el incidente más embarazoso de toda mi vida —reconoció con un escalofrío. Miró a Alban—. ¿Y tú? —inquirió.

Un poco agresivo, pensó Alban.

—¿Yo qué? —repuso, confundido.

—¿Estás seguro de hacerlo con el género adecuado?

Alban frunció el ceño.

—Tienes una reputación de seductor de mujeres en la familia, ¿verdad, primito? —continuó Haydn—. Pero ¿cómo lo sabes? ¿Cómo puedes estar seguro si no lo has probado? ¿Lo has probado?

—Bueno, un poco, igual que tú —admitió Alban, volviendo a rascarse detrás de la oreja—. Toqueteos de juventud. —Se rió—. Por Dios santo, Haydn ¡llegué más lejos que tú! Me hicieron una paja y he tenido la polla de otro chaval en mi boca. —Pareció pensar en ello—. No llegó a correrse. —Ahora sonaba nostálgico—. Lo achaqué a la bebida y a la falta de práctica. Pero bueno. —Se aclaró la garganta—. Lo

probé. No es lo mío. Como has dicho.

—Bueno, pues ahí lo tienes —Haydn suspiró.

Alban hizo un chasquido con la boca.

—Creo que necesitamos otra copa.

Dieron con un pequeño garito en algún lugar cerca de Les Invalides; había humo, pero era soportable; se podía ver la torre Eiffel sobre los edificios más allá de los jardines, con luces doradas, con su foco moviéndose en lo alto. El bar era perfecto; casi un cliché. Incluso había un trío de hombres tocando *jazz* sobre un pequeño escenario en un rincón. Alban tuvo que contener la risa y mirar a su alrededor mientras llegaban al fondo de las escaleras, asegurando que intentaba localizar maníacos del *jazz* con jerséis negros de cuello alto y boina.

—Solo en París —espetó cuando acudieron a una mesa. Se aseguró de que estaba cerca de un conducto de ventilación, para contentar a Haydn.

Ella bajó los escalones diez minutos después, vestida de negro; falda a media pierna, blusa, chaqueta corta como la de un torero, brillante en cada detalle. De estatura media, con una figura esbelta aunque carnosa, y un cabello largo que era oscuro, rojo oscuro. Parecía vagamente asiática, pero en ningún modo ubicable al instante, incluso delimitando el lugar entre Estambul y Tokio. Y su rostro era algo que incluso un pesimista admitiría que podría detener una guerra; exquisita, serena, inmaculada. Alban trató inmediatamente de encajarla en su lista de Las Diez Mujeres Más Hermosas Que Jamás He Visto Con Mis Propios Ojos. Es decir, trató inmediatamente de encajarla en cualquier parte de su lista LDMMHQJHVCMPPO excepto en el número uno, porque una vez se encontró a Kathleen Turner en un vuelo a Los Angeles con su padre, cuando tenía dieciséis años, poco después de haber visto *Un Genio con Dos Cerebros*, y se había jurado a sí mismo que la Kathleen que se encontró aquel día conservaría el número uno para siempre, ocurriera lo que ocurriera.

No funcionó.

Ella fue a la barra, pidió una copa de vino tinto y se quedó allí, en una postura perfectamente casual, mirando al grupo de *jazz*. Ellos le devolvieron el gesto, al igual que la mayor parte de los hombres del local y la mayoría de las mujeres. Tan solo pasó un minuto hasta que el primer hombre se aproximó a ella. Ella sonrió ligeramente, alzó una mano y sacudió la cabeza.

Alban apartó su mirada.

Incluso Haydn la estaba mirando.

—Madre de Dios —comentó—, qué mujer tan guapa.

Alban miró hacia Haydn y luego volvió a mirar a la mujer de la barra. El primer tipo descartado volvió a su asiento, rechazado, pero aún parecía contento, casi bendecido. Alban pensó en intentarlo. Qué diablos, no estaba comprometido, ella era

asombrosamente guapa, y el hecho de que probablemente diría que no era casi irrelevante. Porque nunca se sabe. Maldita sea, más o menos sería una grosería no hacerlo. Pero estaría abandonando a Haydn, aunque solo fuera por un instante, simbólicamente. Eso no sería muy educado.

Alban se inclinó hacia Haydn sin apartar los ojos de la belleza de la barra.

—¿Te importaría demasiado si...?

—Por Dios —le interrumpió Haydn—. ¿Quieres controlarte? Solo porque hayas admitido que le has chupado el pene a otro hombre no significa que tengas que compensarlo lanzándote a por la primera mujer inalcanzable que se te cruza por delante.

—No sabes si es inalcanzable —respondió Alban moviendo sus ojos hacia él.

—Oh, sé realista —susurró Haydn. Miró a su alrededor y suspiró—. ¿Crees que nos atenderán en algún momento?

—Pero, ¿no te importaría? Quiero decir, tienes razón, probablemente volveré enseguida, pero...

—¿No puedes simplemente dejarla en paz? Es probable que esa mujer se pase toda la vida apartando tipos como tú. Apostaría a que está harta de hacerlo. Dale un respiro.

—Oh, ahí va otro —comentó Alban, mientras un segundo hombre dejaba atrás su mesa y se acercaba a ella. También lo rechazó con elegancia. Alban miró a Haydn—. Mira, le está haciendo un cumplido. Y el hecho de que ella tenga que hacerlo continuamente solo significa que tiene un montón de práctica; es como echar arena al desierto.

—Alban, tú mismo has dicho que es casi seguro que va a rechazarte así que, ¿por qué molestarte?

Alban estaba aún fascinado. Ella miraba alrededor de la sala, dando sorbos de su copa, con su cara mirando hacia otra parte. Alban giró su silla un cuarto para tener una mejor vista de ella sin tener que retorcerse el cuello.

—No ves lo fundamental —le dijo a Haydn—. Incluso si la probabilidad es de una entre mil, o una entre un millón, podría decir que sí. ¿Qué puedo perder?

—¿Tu dignidad? —sugirió Haydn—. Te verás humillado.

—Solo es una patada en el culo, Haydn. No es el fin del jodido mundo. ¿Y sabes qué? —Se volvió para mirar a su primo, quien interpeló un resignado «¿Qué?» con un gesto de la cara—. Esa mujer —comenzó Alban—, es tan hermosa que aun así será una experiencia positiva. Será un privilegio intercambiar aunque solo sea unas palabras con ella; será un jodido honor ser pateado en el culo por una criatura tan asombrosa. —Asintió por puro énfasis y aporreó la mesa con el dedo corazón solo por si había alguna sombra de duda al respecto—. Lo digo totalmente en serio.

—Sí, de algún modo es lo que deduzco —dijo Haydn.

Alban volvió a mirar a la mujer. Sus ojos barrieron el rincón de la sala donde ellos se encontraban, se detuvieron en él, produciendo una breve e incierta sonrisa, y luego

siguieron su trayectoria. Después de eso se giró hacia la banda de *jazz*.

Alban se vio obligado a realizar un chequeo interno de realidad, asegurándose a sí mismo todo lo que pudo que lo que parecía haber pasado realmente había pasado.

Entonces respiró.

—¿Has visto eso?

—Creo que lo he visto —contestó Haydn, también en un susurro.

—Eso iba dirigido a mí, no a ti, ¿verdad? —insistió Alban. Echó un vistazo a su espalda. Por supuesto, no había nadie más detrás de ellos; allí tan solo estaba la pared de *ladrillos*.

—Por supuesto que no iba dirigido a mí —aseguró Haydn.

—Bueno, al carajo; allá vamos —dijo Alban, levantándose. Se abrió camino hasta la barra.

—Buena suerte —susurró Haydn.

Su nombre era Kalpana. Era una pasmosa combinación de india del norte, ceilandesa, nativa americana y japonesa, una mezcla de rasgos étnicos en la estructura ósea y en las texturas superficiales de su rostro que desafiaban cualquier simple estereotipo racial. Planeta hermosura; básicamente era de allí de donde venía. Su pelo era del color del haya, su piel como el terciopelo, una sedosa suavidad entre un gris perla y el marrón de una madera refinada de castaño. Sus ojos eran avellana, generosamente veteados de verde. Y se movía como si no estuviera hecha del mismo material ordinario que el resto de los mortales; se movía como si estuviera hecha con alguna materia exótica de una dimensión compuesta exclusivamente de puro esplendor sexual, como si viniera de otro universo, una existencia donde las torpes leyes físicas habituales que gobernaban el movimiento y la obtención de acumulaciones de materia de un lugar a otro simplemente no se aplicasen. *Que me aspen, es una edición de lujo*, pensó Alban, mirando su trasero mientras ella se contoneaba abriéndose camino entre las mesas, hacia la que estaba junto a la pared, donde Haydn Wopuld la miraba con los ojos muy abiertos.

Alban pudo sentir la atención de un gran porcentaje de la clientela cayendo sobre él mientras la alejaba de la barra. Noto cómo le subía el rubor a la cara. Era una locura; estaba más avergonzado de haber tenido éxito en ganar su atención de lo que lo estaría de haber tenido que marcharse con el rabo entre las piernas, al igual que los otros dos tipos, lo cual era lo que sin duda esperaba que ocurriera, hasta aquella mirada dubitativa y esa sonrisa diminuta y algo confusa. Qué demonios; incluso después.

—Kalpana, este es mi primo Haydn —le dijo, retirando una silla para ella.

—Encantada de conocerte —saludó, extendiendo su mano antes de sentarse. Su voz era tersa, e hizo que Haydn pensara en una nutria deslizándose armoniosamente bajo las tranquilas aguas de un riachuelo soleado. Cerró su boca, parpadeó y,

finalmente, logró estrechar su mano. No consiguió articular nada inteligible como saludo pero, en su lugar, profirió una especie de sonido gorgoteante que tendría que bastar.

Ella tomó asiento. Si una silla pudiera desmayarse de placer, pensó Alban, aquella lo habría hecho.

Alban también se sentó, mirando de Haydn hacia Kalpana.

—Hay una explicación —aclaró.

—¿La hay? —chirrió Haydn.

—Nos conocemos —asintió Alban.

—¿Os conocéis? —repitió Haydn—. ¿Y lo olvidaste?

—Tu primo estaba muy borracho —explicó Kalpana con una sonrisa. Un camarero apareció de la nada y anotó su pedido. Alban sugirió que solo el mejor champán de la casa les haría justicia, y nadie lo discutió.

—Bombay —le dijo Alban a Haydn mientras miraba a Kalpana.

—Soy periodista —prosiguió ella—. Estaba escribiendo un artículo sobre la política de los juegos. Alban me concedió una entrevista.

—¿La acordamos de antemano? —le preguntó Alban—. ¿Y aparecí borracho? Por lo general, no suelo ser tan poco profesional.

—No habíamos acordado nada. Tú insististe en darme esa entrevista. Yo ya había hablado con... uno de tus tíos, creo. En ese momento pensaba que ya tenía lo que necesitaba. Tú insististe en discrepar.

—Oh, vaya —musitó Alban—. Lo siento.

—No pasa nada. Estuviste muy gracioso.

Alban entrecerró los ojos.

—¿Intenté ligar contigo de alguna forma?

—Sí, desde luego que lo hiciste. —Sonrió ampliamente, mostrando unos dientes perfectos—. Eso también fue gracioso.

Llevaba allí un año, escribiendo sobre París y los franceses y en ocasiones cubría el Parlamento Europeo para un amplio abanico de revistas y periódicos indios. También sabía escribir en japonés, con cuidado y un buen diccionario, y a veces vendía reportajes a publicaciones japonesas. Se marchaba de París en un par de días, y volvía a la India para casarse. Con un americano muy dulce. Vivirían cerca de Seattle, mirando al canal. Durante esos últimos días estaba deambulando por la ciudad, despidiéndose de los lugares que le habían dejado buenos recuerdos, a veces con amigos, a veces en solitario.

Llegó el champán. Brindaron por su inminente matrimonio.

Dejaron a un Haydn feliz y achispado en el Ritz. Alban se alojaba en el Jorge V. El

apartamento de Kalpana estaba en Belleville; seguiría en el taxi hasta allí.

En el hotel, el botones abrió la puerta para Alban, que se volvió hacia Kalpana, sentada a su lado, y le sonrió ofreciendo su mano.

—Kalpana —se despidió—, ha sido un placer exquisito.

Ella miraba hacia delante, no hacia él. Pareció succionar sus propios labios al interior de su boca. Bajó la vista hacia la mano de Alban y luego al botones que esperaba.

Finalmente le miró a los ojos. Acogió su mano entre las suyas.

—Escucha —comenzó, entonces cogió aire entre los dientes, inclinada hacia delante y se dirigió al botones—. *Pardon, monsieur.*

—*Pas de problème, madame* —Alban oyó decir al mozo.

Ella aún le miraba a los ojos. Él la vio tragar saliva.

—Ah —gimió ella y volvió a tragar—. Esto es... es decir, yo jamás... madre mía. Ah... si yo, eh... —Oprimió su mano.

Alban levantó su mano izquierda y acarició suavemente sus labios.

—Kalpana, sea lo que sea lo que estás pensando en proponer, por mi parte va a ser perfecto.

Ella sonrió, entonces miró hacia abajo, todavía sonriendo. Él apartó su mano suavemente, sacó su cartera y le entregó un gran billete al botones, quien sonrió, puede que incluso guiñara un ojo, y volvió a cerrar la puerta del taxi, dando un par de golpes sobre el techo.

Jamás volvió a verla, ni siquiera trató de ponerse en contacto con ella, acordaron que nunca lo harían, y él siempre asumió que ella acudió a casarse con su guapo e indescritiblemente afortunado americano, y que vivió feliz en el estado de Washington durante lo que esperaba que fuera una vida larga y absolutamente plena, pero la tarde siguiente, después de que se hubieran dicho adiós, mientras él se encontraba en el interior del taxi alejándose de su apartamento, pensó, *Es probable que esas sean las mejores dieciocho horas que jamás pasaré en toda mi vida.* Eso no le hizo sentirse triste en absoluto.

Supuso que, de no haber tenido que usar condones, podría haber sido incluso mejor, pero así era como tenían que ser las cosas. No se le ocurría nada más que pudiera haber mejorado aquella experiencia.

Volvió a ver a Haydn una vez más antes de dejar París; estuvieron en Notre-Dame disfrutando de los ecos, subieron al metro y dieron una vuelta por Montmartre, un barrio que Alban siempre había descartado por ser demasiado turístico, pero que aquel día descubrió que le gustaba. Se sentaron en los escalones del Sacré Coeur, comiéndose un helado.

—Apuesto a que vas a descubrir que no lo estás viendo de la forma adecuada —le dijo a Haydn.

—¿Tú crees? —Haydn estaba sentado hacia delante, con las piernas abiertas, manteniendo apartada la corbata con una mano para no mancharse con el helado.

Alban se estiró hacia atrás, contemplando las muchachas iluminadas por el sol y lamiendo lascivamente.

—Claro. Una vez conocí a un tipo que tenía la oficina más limpia y ordenada que jamás hayas visto; una auténtica obsesión por el orden. ¿Conoces esas aspiradoras de mano para los teclados? Él tenía dos, por si se le rompía una. La cuestión es que él odiaba que las cosas no estuvieran en su sitio, aunque solo fuera por un momento. Él quería que su oficina estuviera tan limpia y ordenada que nunca podía trabajar en ella; estaba tan convencido de haber alcanzado tal punto de perfección en el orden, que incluso abrir un cajón lo estropearía. Era como si el lugar estuviera congelado. Ni siquiera podía tener una papelera, porque eso era como un infeccioso agujero de desorden por sí mismo.

Alban miró a Haydn, pero no respondía, se limitaba a fruncir el ceño ante su helado.

—Pero la papelera era la clave. Le dije: «Pon ahí una jodida papelera; es el ánodo del sacrificio, la trampa para ratones; es donde todo el desorden se pierde. En la papelera, todo es caos y no se necesita orden; de hecho, cualquier intento de ordenarla equivocaría su función».

Haydn aún no respondía, pero parecía estar escuchando.

—Es igual que un buen sistema de archivos, que siempre tiene una sección de miscelánea —prosiguió Alban—. No es un fracaso tener algunas cosas que no pueden colocarse en la carpeta adecuada, se trata de reconocer cómo funcionan las cosas en el mundo real. Eso es para lo que sirve la miscelánea y la alternativa no es más eficaz, lo es menos, porque acabas reinterpretando los conceptos o creando una nueva carpeta para cada sola cosa, cada unidad, y eso no es archivar, eso es nominar. La miscelánea es la definición que les da sentido a todas las demás. De la misma forma, una papelera es el alma del orden.

Volvió a dar lametones a su helado. Haydn se volvió hacia él, con su corbata aún apretada contra el pecho.

—¿Y funcionó? —preguntó—. Ese afilado fragmento de análisis. ¿Vio tu amigo la luz y volvió a ser de nuevo un feliz y provechoso engranaje de la maquinaria administrativa?

Alban tuvo que decidir con rapidez; se lo había inventado todo sobre la marcha, así que finalmente dijo; «Sí», Llevaba un par de gafas oscuras, y las levantó sobre sus ojos un momento para sonreír a Haydn.

—Sí, lo hizo. Genial, ¿no? —Volvió a colocarse las gafas.

Haydn miró la hora sin parecer muy convencido.

Sin embargo, una semana más tarde, estaba de vuelta en Londres. Alban ganó

algo de crédito con ello. Personalmente, pensaba que el pobre solo necesitaba unas vacaciones.

—*Hmm*. ¿Entonces aún eres un socialista de champán, Alban? —pregunta Kennard.

Se encuentran cenando en casa de los padres de Fielding, en la calle Malison; Kennard y Renée haciendo el papel de anfitriones para Alban y Fielding (Haydn también está allí, pero porque aún vive con sus padres). Nina, la compañera de Fielding, fue invitada pero tenía que asistir a alguna clase esta noche. Probablemente *Astrología Maya para Gatos*, o algo así. Fielding y ella viven en Islington.

Fielding hizo que Alban se pusiera un traje suyo. Al se acicaló a conciencia, de verdad, pero evidentemente una corbata era esperar demasiado. Esa chorrada del «socialista de champán» le sienta a Fielding como una patada en el culo. Alban, cuando trabajaba para la compañía, cobraba su bonificación anual y aceptó el coche de la empresa. Cortar árboles no te hace de izquierdas, y ahora parece que le gusta jugar a ser pobre.

Al mira su copa de Aussie Shiraz (*confía en papá, piensa Fielding, para elegirla bebida equivocada*).

—Antes era un socialista de champán —responde Al.

—Entonces —insiste Kennard, alzando una ceja—, ¿quieres decir que ya no lo eres?

—No —dice Alban—. Los años pasan. Ahora soy un socialista de champán gran reserva. —Levanta su copa—. Salud.

Kennard parpadea. Haydn sonrío.

—¿Y dónde estás trabajando en este momento, Alban? —interviene Renée. A lo largo de los años, la esposa de Kennard ha desarrollado lentamente las habilidades necesarias para cubrir los errores, meteduras de pata y silencios perplejos de su marido.

—No trabajo, Renée —le contesta Alban—. Estoy en el paro.

—Entre trabajos —dice Kennard mientras asiente—. ¿*Hmmm*?

—No hace mucho que Kennard cumplió sesenta y dos, aunque parece algo mayor. Ha ganado algo de peso durante el pasado año, ha perdido lo que le quedaba de su pelo y ha desarrollado unas mandíbulas impresionantes, aunque al mismo tiempo, repulsivas. Unos clientes notablemente malos. Es el director de gestiones, lo cual impresiona bastante al oírlo. Se le da inusualmente bien hablar con niños pequeños y políticos.

—Entre trabajos —admite Alban.

—¿Y estás saliendo con alguien en este momento? —le pregunta Renée a Alban. La madre de Fielding es algo delicada.

—En realidad, no —responde. Advierte que Fielding le está mirando.

—Ajá —espeta Kennard.

—Alban tiene una muy bella dama en Glasgow —les dice Fielding—. Es matemática. Una profesora.

—¿Una qué, cariño?

—Una profesora.

—Oh, había entendido otra cosa.

—Ella es profesora de matemáticas —aclara Fielding para que no haya duda al respecto.

—¿En serio? —dice Renée.

—Qué misterio —expresa Kennard, a nadie en particular.

Renée parece impresionada. Pasea la mirada desde Fielding hasta Alban.

—¿Y piensas traerla a la fiesta de Garbadale?

—Es posible que me lleve hasta allí, pero no va a quedarse —le responde Alban a Renée—. Puede que salga por ahí a escalar montañas.

—¿Escalar montañas? —Renée parece asombrada.

—Oh, sí, Garbadale —interviene Kennard, como si acabara de recordar que tienen que volver a reunirse allí en unos diez días. Lo cual no es imposible.

—¿Escala montañas? —insiste Renée—, ¿yes profesora? —Hace una pausa y luego ríe con esa estridente risa suya, tapándose la cara con la mano—. ¡Parece un hombre! —Ella mira hacia Haydn—. ¿No crees, Haydn? ¡Parece un hombre!

—Yo no diría eso, madre —contesta Haydn, y mira a Al sacudiendo ligeramente la cabeza, como disculpándose por Renée.

—Así que escala montañas, ¿eh? —reitera Kennard—. *Hmm*, es interesante.

La tortura solo se prolonga durante otra hora o así, y entonces quedan libres para seguir a Kennard escaleras arriba, hacia el desván, donde tiene su juego de trenes, y llevar a cabo algo de charla y persuasión.

—Alban cree, al igual que yo, que deberíamos mantener juntas la empresa y la familia —le dice Fielding a Kennard. Él dirige su mirada hacia Al, quien aún se encuentra contemplando el juego de trenes. El escenario le llega por la cintura, montado sobre una robusta base de gruesos tablones. Ocupa la mayor parte del desván, con una parte central de colinas forestadas y montañas de aspecto alpino hechas con papel maché, dominando el centro. Las montañas están atravesadas por túneles y los picos de las más altas están a solo medio metro en la uve invertida que forma el techo del desván—. Y eso es hablar claro, ¿no, Alban?

—Si tan solo dependiera de mí, no vendería a Spraint Corp. —coincide Alban.

—Seguro que preferirías tener una cooperativa de trabajadores, ¿eh, Alban? —dice Kennard—. ¿No es así? —Está limpiando los bajos de una locomotora con un pequeño pincel.

—Merece la pena intentarlo, Kennard —afirma Al. Entonces ve un pequeño interruptor en el borde de la maqueta—. ¿Qué ocurre si le das a esto? —pregunta

señalando.

—Prueba y verás —responde Kennard, mirando hacia el sitio.

Alban conecta el interruptor. Un pequeño teleférico comienza a zumbear en su camino desde la estación, al pie de la montaña del centro de la maqueta, y avanza hacia la cima, a dos metros de altura.

—Ajá —comenta. Se cruza de brazos e inspecciona el resto del escenario.

Kennard conecta otro mando y un tren funicular de un vagón se abre camino por una vía dentada, inclinada unos cuarenta y cinco grados respecto a otra montaña algo más pequeña. Mientras tanto, otro par de trenes, un TEE y un mercancías, zumban alrededor de toda la maqueta, en sentidos opuestos.

Fielding recuerda cuando Kennard aún estaba construyendo todo esto. Jamás había visto a su padre más feliz y estimulado. La maqueta había permanecido esencialmente igual durante los últimos quince años o más, y todavía es el único lugar en el que Kennard parece estar verdaderamente en casa, relajado. Era importante que estuvieran allí, en ese lugar, para poder hablarle de aquello.

—Ambos creemos que sería un tremendo desperdicio, y una vergüenza, si vendemos a Spraint —afirma Fielding ante Kennard—. Después de todo lo que Elenry construyó, y Bert y Win continuaron e incluso mejoraron, sería un acto de vandalismo desmantelarlo al completo.

—En realidad no sería desmantelarlo, ¿verdad? —pregunta Kennard, manteniendo la locomotora en marcha con la luz trasera, casi con ternura. Hay filas de luces enganchadas a la parte inferior de la estructura del techo por todo el desván.

—Sería apartarnos de nuestra herencia, papá —espetea Fielding—. Spraint podrá hacer lo que quiera con el juego y tienes que suponer que al haber pagado a buen precio nuestro nombre, intentarán que funcione, pero podría no hacerlo. Estas cosas no lo hacen, no siempre. Lo que sí es seguro es que nos habremos separado de la única cosa que nos ha hecho ser lo que somos como familia durante el último siglo y cuarto. Sé que esto te importa, papá. No quiero que vayamos como sonámbulos hacia algo que después vamos a lamentar. Lo único que te pido es que pienses en ello. —Fielding mira a Alban—. Ambos te lo pedimos.

Casi milagrosamente, Al le acompaña.

—Es un momento crucial —afirma—. Una vez hecho, se acabó.

—Así es que todos tenemos que pensar en ello —añade Fielding—. No solo nosotros, sino todos, papá.

—Yo también tengo acciones —interviene Haydn. Él también está allí, aunque sentado sobre una pequeña silla en un rincón, mientras lee un libro.

—Todas cuentan —coincide Fielding. Mira a Haydn—. Tú aún estás en un «No lo sé», ¿verdad Haydn?

—No, estoy en un «No te lo digo». —Haydn mira hacia ellos brevemente y les hace un guiño—. Aunque Spraint ha dicho que quieren que me quede a cargo de la producción, si materializan la compra. —Vuelve a mirar su libro—. Te advierto —

murmura—, que la expresión que usaron fue: «Cuando materialicemos la compra».

—No podemos permitir que nos arrollen de esta forma, papá —protesta Fielding hacia Kennard.

Kennard coloca cuidadosamente en su sitio la locomotora sobre la vía exterior, entonces se inclina y, utilizando un destornillador de relojero, engancha la máquina a la hilera de vagones.

—Hay que presentar batalla, ¿eh? —comenta.

—Creo que debemos —le contesta Fielding. Realiza un ademán abarcando toda la maqueta—. De lo contrario, no haremos sino destruir todo lo que tanto nos ha costado construir.

—*Hmm.*

—Entonces —plantea Fielding—, ¿qué opinas, Kennard?

—¿*Hmm?*

—¿Qué opción crees que podrías votar, papá? —Fielding aún no se ha atrevido a preguntarle antes de una forma tan directa, y Kennard jamás ha mostrado ningún indicio de preferencia en absoluto. Es un hombre que se abstuvo en el voto sobre la venta del veinticinco por ciento a Spraint, en el noventa y nueve. Sinceramente, Fielding no tiene ni idea de lo que va a contestar.

—*Hmm.* —Kennard entorna los ojos hacia el pico de la montaña más alta de la maqueta, donde el diminuto funicular acaba de llegar a la estación de la cima con un chasquido—. Lo estoy pensando —dice. Mira a Fielding y luego a Alban—. Ambos decís que no, ¿verdad?

—Así es, papá.

Al se limita a asentir.

—*Hmm.*

—En cierto sentido, nada de esto es real.

Sophie se giró entre sus brazos, mirándole a los ojos.

—¿Qué quieres decir?

El barrió con la mano todo a su alrededor.

—Ese acantilado, este suelo, estos rododendros. Nada de esto pertenece a este lugar.

Ella se puso boca abajo y apoyó su barbilla sobre una mano.

—¿Cómo es eso?

—El viejo Henry, el grande, el mítico bisabuelo, nuestro glorioso fundador, trajo todas las rocas y el suelo y las plantas desde Escocia, desde Garbadale. ¿Has estado allí?

—Ajá. Solo una vez. Llovía un montón.

—Claro. De todas formas, lo he buscado. Fue en 1903. Él sacó cientos de toneladas de roca excavada de una montaña cerca del caserón de allí y la llevó en

barco hasta Bristol; después, barcos más pequeños la trajeron por toda la costa hasta un embarcadero especial que habían construido en el río; luego máquinas de vapor la arrastraron toda hasta aquí. El vado del río al final del jardín data de por entonces.

—¿La roca fue traída desde Escocia? —Ella jugueteaba con un largo mechón de su pelo rojizo, brillante bajo un aislado rayo de sol que se abría paso a través del envolvente toldo de amplias y oscuras hojas. Enroscó el cabello en su dedo índice y lo volvió a desenroscar—. ¿Por qué?

—Porque podía. —Alban se encogió de hombros—. Hay roca como esta por todas partes; montones en Exmoor. Él solo quería la de Garbadale, la que se llama caliza de Durness; la quería aquí. Con ella hizo aquel pequeño acantilado de allí.

Ella se volvió y miró hacia el bajo acantilado de grandes trozos de roca, el cual era visible desde más allá del límite occidental del gigantesco arbusto rododendro bajo el que ellos yacían. Un soplo de brisa removió el irregular manto de hojas a su alrededor.

Habían estado allí durante diez minutos, besándose y acariciándose el uno al otro, aunque sin llegar a ninguna clase de clímax. Hacían eso a veces; lo dejaban un rato, pasaban un tiempo hablando, recuperando el aliento antes de empezar de nuevo y, normalmente, llevar al otro al orgasmo con sus dedos. Ella se lo había hecho con la boca una vez, en un dormitorio en la fiesta de unos amigos de Minehead, unos días antes, pero él había empujado con demasiada vehemencia, provocándole arcadas, y no había querido repetir la experiencia.

Aquella sería su última semana juntos; las vacaciones de verano llegaban a su fin y ambos comenzarían pronto sus colegios; el de Alban, en Londres.

El rayo de luz que iluminaba su cabello desapareció cuando las nubes taparon el sol, y el amplio refugio cubierto bajo las extensas ramas se volvió un poco más oscuro.

También hablaban mucho acerca del desastre en el que se encontraba el mundo, de la música que les gustaba y la que no, de cómo lo organizarían todo con sus padres para poder volver a verse pronto y, frecuentemente, sobre programas de televisión y películas, sobre la guerra y el hambre, sobre lo que esperaban hacer con sus vidas, carreras, ambiciones, y sobre si deseaban tener hijos. A veces ambos daban por hecho que pasarían juntos el resto de sus vidas, y se casarían, o no, y tendrían montones de hijos, o al menos dos. Otras veces hablaban de una forma en la que, tácitamente, reconocían que nunca serían más que primos que tuvieron una aventura adolescente, y se encontrarían en futuras reuniones familiares; bodas, funerales, grandes cumpleaños; probablemente cada uno de ellos con su propia pareja e hijos, compartiendo una mirada conspiratoria y una sonrisa a través de una sala abarrotada, y puede que compartiendo un baile juntos, abrazados y recordando con discreción.

No lo sabían. No podían estar seguros, ni siquiera de ellos mismos, y sacando el tema a relucir, hablando de ello, era la única manera que tenían de combatir sus incertidumbres.

—También trajo el suelo desde Garbadale, de la misma forma —le contó Alban. Ella estaba ahora sentada, escudriñando a través de la verdosa penumbra del acantilado, de aspecto auténtico. Ambos llevaban vaqueros; la camiseta de él era lo mejor que podían usar como manta. Ella aún llevaba puesta la blusa, aunque había desabrochado los botones y colgaba abierta por delante. Él se arrodilló a su espalda, llevando las manos a sus pechos y cubriéndolos, luego introdujo suavemente la nariz en la oscura y fragante cortina de su pelo y besó la base de su cuello. Ella se reclinó contra él.

—¿Por qué traer el suelo? —le preguntó. Él mordió delicadamente su nuca y ella se estremeció.

—Eso tenía algo más de sentido; hay mucha turba en él, es muy ácido. Permite el crecimiento de diferentes tipos de plantas. —Bajó con su boca abierta hasta sus hombros, dejándole suaves marcas rojas sobre la piel con las puntas de sus dientes. Se echó hacia atrás para sacar algo de pelo de su boca—. Aunque el de Exmoor también es abundante en turba. Debe haber...

—Haz eso otra vez —interrumpió ella.

Él lo hizo otra vez.

Tras un rato, ella se levantó de espaldas a él y luego se dio la vuelta, de forma que quedaron arrodillados cara a cara; y lo besó intensamente de forma prolongada, antes de retirarse y decir:

—Escucha, ¿recuerdas la fiesta de Jill, la otra noche?

—¿Sí? —preguntó él.

—Le compré algunos condones.

Su corazón dio un brinco repentino. Se quedó mirándola fijamente.

—¿En serio? —balbuceó, inseguro. Con la boca seca.

Ella asintió. Sus ojos estaban muy abiertos y aún respiraba agitadamente. Rápidamente se apartó el pelo de su boca y le sostuvo suavemente el rostro con ambas manos.

—Entonces —comenzó y luego tuvo que pararse a tragar saliva—. ¿Eso significa que quieres hacerlo?

—Supongo que así es. —Ella volvió a asentir. Su mirada buscaba sus ojos—. ¿Y tú?

—Oh, joder —exclamó él, quedándose sin fuerzas, como si fuera a desmayarse o algo así—. Perdona. Sí. Oh, sí. Venga, ya lo sabes.

—Los estaba guardando para nuestro último día —le explicó, hablando deprisa, con urgencia—, cuando tus padres estén aquí, pero eso es una locura; habrá más gente a nuestro alrededor y de todas formas es probable que me venga la regla.

—Oh —dijo él—. De acuerdo.

—Solo hay un problema.

—¿Cuál?

—Me los he dejado en casa. —Torció un lado de su boca y levantó las cejas—.

Jo.

—¿Dónde están? —Él alcanzó su camiseta.

Ella puso su mano sobre la suya.

—Demasiado largo de explicar. Iré yo.

Él le ayudó a abrocharse los botones de la blusa.

—¿Estás segura de esto? —le preguntó.

—Totalmente.

—¿Lo dices en serio?

—Sí.

Ella le dio un rápido beso y se levantó. Miró hacia arriba y a su alrededor en la media luz, con el pelo balanceándose de un lado a otro.

—Está lloviendo —dijo.

Él también prestó oídos. Pudo oír un sonido de repiqueteo.

—Es verdad.

—Vuelvo enseguida. —Se abrió paso a través del arbusto. Él la oyó correr sobre el camino de ladrillos.

Se echó hacia atrás, con el pecho palpitante. Miró hacia arriba, al dibujo de luz y sombra producido por los retazos de cielo gris y la oscura base de amplia hojarasca. Finalmente iba a suceder. Se incorporó. ¿Sucedería? ¿Y si ella cambiaba de idea? ¿Y si alguien en la casa le encargaba hacer algo de lo que no pudiera escabullirse, o le hacían ir a algún sitio, o si alguien había encontrado los condones dondequiera que los hubiera escondido, o si todo era una broma y ella se había marchado a darse un baño o estaba sentada en un sofá del solárium, comiendo chocolatinas, leyendo revistas y riéndose de cómo lo había abandonado?

Se puso en pie y anduvo de un lado a otro, sacudiendo su cabeza bajo la maraña de ramas desnudas del arbusto, pisoteando una raíz expuesta. No, ella no era así. Algunas de sus amigas no dejaban de gastarse bromas pesadas entre ellas, pero una de las cosas que pensaba que era genial de ella era que no tomaba parte en nada de eso. Podía llegar a reírse con los demás, pero no disfrutaba siendo cruel. Así que regresaría. Cumpliría su palabra. Quizá debería hacerse una paja antes; cuando lo hicieran de verdad, él probablemente se correría muy deprisa y eso sería frustrante para ella, ¿verdad? Quizá se corriera en cuanto él, o ella, colocase el condón en su sitio. Eso sería bochornoso. Y un desperdicio.

Continuó paseando en círculos y casi se golpea la cabeza contra una rama. Unas gotas de lluvia atravesaron el parapeto de hojas, cayendo sobre su cara. Ahora estaba bastante oscuro.

Miró su reloj. Puede que no fuera a volver. ¿Hacía cuánto se había marchado? Debería haber mirado su reloj cuando se marchó, pero no lo había hecho. Oh, pero podría suceder, ¡podrían estar a punto de hacerlo!

La lluvia caía con más fuerza.

Ella no llegaba. Jamás había pensado en volver. Se estaba engañando a sí mismo.

Ella le estaba engañando. Era un estúpido.

Suspiró y miró hacia arriba, sacudiendo su cabeza. Escuchó la lluvia, que ahora sonaba un poco más fuerte por todas partes. La temperatura había bajado un poco.

Por encima del sonido de la lluvia le llegó el golpeteo de unas zapatillas sobre el camino de ladrillos mojados. Contuvo la respiración. Oyó una sacudida de hojas cercanas, pero ella no aparecía.

Estaba a punto de asomar la cabeza por el arbusto, pero entonces vio aparecer una sombra en el lugar donde iba a empujar las ramas a un lado, y ella estaba allí, empapada, con el pelo pegado a su frente, sonriendo.

—¡Me he equivocado de arbusto! —espetó. Respiraba con fuerza. La blusa mojada por la lluvia se pegaba a sus senos.

Él dio un paso adelante y la tomó entre sus brazos.

Se corrió demasiado deprisa. Ella contuvo la respiración la primera vez que él empujó hacia dentro, aunque dijo que no le había dolido. Ni siquiera estaban seguros de haber colocado correctamente el condón, porque se resistía a desenrollarse, pero parecía funcionar. No hubo sangre, lo cual ambos pensaron que era buena señal. Él pudo ver su vagina por primera vez, incluso aunque todo se había vuelto muy oscuro bajo el parapeto de hojas. Deseó haber tenido una linterna. Ella pensaba que era algo feo, pero Alban creía que era lo más hermoso que jamás había visto en toda su vida.

Esperaron; ella le acariciaba la espalda con sus manos, oyendo la lluvia, sintiendo el inusual goteo golpeando sus cuerpos desnudos. Las gotas de lluvia que atravesaban el parapeto de hojas empapaban las ramitas, las hojas muertas y trocitos de suelo, que empezaban a adherirse a ellos. Ambos comenzaban a sentir frío. Entonces lo hicieron otra vez, usando un condón nuevo.

Él quería decirle que la amaba, pero era algo tan cursi que decir y aquel era un momento tan cursi para decirlo que no lo dijo. Esta vez aguantó algo más de tiempo. Ella se corrió unos segundos después que él, y eso le hizo querer llorar.

Yacieron muy apretados, abrazados el uno al otro en la penumbra, oyendo el sonido de la lluvia.

Dos días después su madre y su padre llegaron para el fin de semana, para llevarle de vuelta a Richmond. Trajeron con ellos a la abuela Win, aunque gracias a Dios habían dejado a la sumamente molesta Cory con sus amigos.

—Alban es delegado en su escuela, ¿no es así, cariño? —dijo Leah, inclinándose para tomar un bocado de profiteroles.

—Leah, por favor —protestó Alban. Podía notar cómo enrojecían sus orejas. Bebió un trago de limonada. Su padre rió silenciosamente, dando un sorbo de su café.

—En su escuela —intervino la tía Clara—, Sophie es monitora.

—¿En serio? —preguntó la abuela Win—. ¿No es eso una clase de lagarto?

Los ojos de Sophie se ensancharon mientras añadía algo de azúcar a su café, pero se abstuvo de decir nada.

El tío James parecía confundido.

La abuela Win era una dama alta, delgada y de aspecto sagaz, que tenía lo que el padre de Alban solía llamar pelo thatcherista. Tenía cincuenta y nueve años, lo cual obviamente la convertía en muy anciana. Cumpliría sesenta en un par de meses. Se desplazaba de una forma muy erguida y angulosa y siempre parecía un poco rígida. Llevaba unas grandes gafas con cristales oscuros graduados, incluso en el interior, y a menudo lucía vestidos malva con complementos de *tweed*. Su voz era normalmente suave pero un poco ronca, lo que ella explicaba con la excusa de que aún le gustaba fumarse un cigarrillo ocasionalmente. Era una voz muy inglesa, lo que siempre había sorprendido a Alban, porque ella había vivido principalmente en Garbadale durante veinte años con el abuelo Bert, quien era aún más viejo que la abuela Win y se había roto la cadera el pasado año, y solía preferir quedarse en Garbadale todo el tiempo.

—Dime, Alban —le dijo la abuela Win—, ¿juegas a ¡Imperio! en el ordenador? ¿Qué opinas de él?

Alban levantó la vista. Miró a su padre y luego a la abuela Win.

—Oh, no, Yaya. En realidad no.

—Oh, cielos —lamentó ella, frunciendo el ceño. Miró hacia Andy—. Andrew, ¿no dejas jugar al muchacho?

—Hemos decidido que Alban podrá usar mi procesador de texto para escribir redacciones y demás. En el próximo año académico. —Miró a Leah—. En realidad preferiríamos que no jugase con el ordenador.

Leah asintió.

—Oh, ya veo —dijo la Yaya—. Bueno, creo que tendremos que esperar que no todos los padres opinen lo mismo acerca de sus preciosos pequeñines, o estaremos arruinados. —Dejó entrever una leve sonrisa y se inclinó hacia Alban—. Sin embargo, apuesto a que quieres jugar a juegos como ¡Imperio!, ¿verdad Alban?

Alban miró hacia su padre, quien lo observaba con una mirada sardónica.

—Parecen interesantes —sentenció Alban, con la esperanza de que aquello contentara a todo el mundo. Fue a beber más limonada pero había vaciado el vaso. Fingió beber de todas formas, esperando que nadie se diera cuenta. Una última gota. Dios, él había pensado que, ahora que «Ya Lo Había Hecho», dejaría de sentir esa clase de vergüenza. Se sentía como si se hubiera convertido en un hombre hacía dos días, con Sophie, Pero nadie más parecía haber notado ninguna diferencia; todavía le trataban como a un niño. Aunque suponía que era mejor que nadie se hubiera dado cuenta.

De hecho, él ya había jugado a la versión recreativa de ¡Imperio!, y uno de sus amigos cuyo padre editaba una revista de videojuegos tenía una consola Nintendo y una Sega Master System, y había otra versión de Nintendo que también había

probado. La versión recreativa no resultaba muy buena, porque no podía hacerse un juego de capturar territorios lo bastante rápido para mantener a la gente volviendo con más monedas, aunque los diseñadores del juego lo habían hecho lo mejor que podían. La versión de Nintendo era mejor y más adaptada al carácter del juego, pero era muy pesado y la versión de tablero aún era más satisfactoria. Él no había querido mencionar nada de eso por si Andy y Leah no lo aprobaban. Sin embargo, mirando a la abuela Win, tuvo la extraña impresión de que ella podía darse cuenta de ello. Nunca se había sentado a la misma mesa que ella con anterioridad, jamás había mantenido una conversación propiamente dicha con ella. Estaba empezando a pensar que se trataba de una anciana espeluznante.

—No veo qué tiene de malo el criquet —aseguró el tío James repentinamente—. O el rugby. Los niños ven demasiada tele hoy en día.

—Oh, por favor, James —dijo Sophie tras su taza de café. Cruzó una breve mirada con Alban mientras su padre realizaba su gracioso número de girarse en su asiento, fingiendo buscar a ese tal James, quien debía haber entrado en la habitación.

Sophie y Alban habían tenido dos encuentros más y ayer habían agotado sus dos últimos condones en los destartalados restos de una vieja cabaña ubicada en el límite meridional de la finca. Él había encontrado una vieja lona y la había limpiado y llevado para extenderla sobre la hierba y las ortigas en mitad del ruinoso edificio, y habían yacido juntos allí. Habían reído y jugueteado más tarde, haciéndose cosquillas y tratando de guardar silencio, por si acaso. Aquellas cenas postreras resultaban casi divertidas. Intercambiaban furtivas miradas, a la caza de los ojos del otro, y tenían que contener sonrisas y, una vez, la pasada noche, mientras estaban sentados, pudo sentirla acariciándole la pierna con su pie. Mientras tanto, sus padres charlaban y parloteaban y hacían sonar sus cubiertos y hablaban sobre toda clase de tonterías sin importancia alguna.

Aquel era el tercer pequeño momento compartido que tenían durante esa cena.

Alban dejó que su dulce sonrisa conspiratoria permaneciera por un momento. Entonces Sophie apartó la mirada. Él pidió un café y, mientras lo recibía, volvió la vista hacia la abuela Win para ver desaparecer una intensa y suspicaz mirada, como tragada por su rostro, para ser sustituida por una tenue sonrisa bajo el brillo de sus lentes.

A la mañana siguiente, el día antes de marcharse, él va a Barnstaple con Andy y Leah y entra en una farmacia y, usando el dinero que normalmente habría gastado en golosinas o en un *single*, compra una caja de condones. Su cara está como un pimiento y no es capaz de mirar directamente a la dependienta, que es joven y bonita, pero no tiene importancia; está hecho. Lo ha conseguido. Se siente intensamente orgulloso. Cuando sale de la farmacia, desea saltar en el aire y agitar los brazos y ¡gritar! En cambio, se asegura de que la caja esté bien metida en un seguro bolsillo de

los vaqueros y camina de vuelta con una sonrisa y aires de grandeza hacia donde han quedado en encontrarse.

—¿De verdad? ¡Alban, eres maravilloso! —exclama, agarrando sus hombros y luego lanzándose hacia él, abrazándolo y besándolo.

Están tumbados en la hierba alta del extremo más alejado del muro de la vieja huerta, nada más empezar a anochecer. Se supone que él ha ido a hacer algunos arreglos finales antes de que el auténtico jardinero vuelva la semana que viene. Ella ha dicho que iba a dar un paseo bajando hasta el río con las últimas luces del día.

Sophie había pensado que sería una despedida triste y frustrante, pero ahora tenían condones y, afortunadamente, aún no le había llegado la regla. (Él se había olvidado de eso por completo, se le ocurre mientras se desnudan el uno al otro; de haberse acordado, probablemente no habría pensado que mereciera la pena pasar esa vergüenza comprando los condones, para empezar).

—Esto es cada vez mejor —le susurra al oído, algo después de entrar en ella. Se sacuden y agitan el uno al otro, no siempre sincronizados, pero la sensación de estar unidos de esa forma se está convirtiendo en algo que él está aprendiendo a disfrutar adecuadamente. La primera vez, o las dos primeras veces, todo era demasiado rápido y complicado. Parecían ocurrir tantas cosas a la vez, que no había tiempo para apreciarlo.

—Me encanta sentirte dentro de mí —le responde ella en un susurro.

Entonces la nota ponerse rígida.

—¡*Shh!*

—¿Qué? —dice él. Puede que demasiado alto.

Ella le tapa la boca con la mano y lo obliga a quedarse quieto sobre ella. Alban se pregunta si se trata de alguna nueva técnica sexual sobre la que ella haya leído; él ha leído un montón de esas cosas en las revistas porno del hermano mayor de Plink, e incluso en el *Cosmopolitan* de Leah, pero entonces se da cuenta de que ella ha oído algo. El empieza a subir la cabeza para mirarla a los ojos, pero Sophie vuelve a tirar de él hacia abajo.

Alban gira un poco su cabeza, huele a hierba aplastada, a madreSelva, matices de magnolia y pino.

Ahora puede oír algo. Pasos sobre el ladrillo, luego el ruido de una o dos personas caminando a través de la hierba alta. *Oh, mierda*, piensa él. *Oh, mierda*. Oye un murmullo, luego, alguien que susurra: «Por aquí».

Sophie lo abraza muy fuerte, manteniéndolo lo más bajo posible, lo más quieto posible. Lo exprime desde el interior, y siente que el miedo empieza a empequeñecerle; su erección, tan fuerte y dura hace un par de minutos que hasta era dolorosa, está desapareciendo.

El ruido de la hierba siendo empujada a un lado parece hacerse más fuerte, luego

desaparece, luego vuelve a aparecer. Se detiene. No puede ver nada. No tiene ni idea de si esa persona, esa gente, se encuentra a un metro o a diez.

La voz de una mujer susurra:

—Allí. —Hay una pausa. La misma voz (es la de la abuela Win, ahora se da cuenta), susurra con impaciencia—: ¡Ahora!

Luz cegadora.

—¡Maldita pequeña...!

—¡Papá, no! ¡Papá, no es...!

Alban rueda, apartándose de Sophie, cubriéndose los ojos con una mano y una poderosa luz va de su cara a la de Sophie, exponiendo su largo y blanco cuerpo mientras ella intenta cubrirse. Él se busca su polla y el condón y al mismo tiempo trata de enroscarse para cubrirse y lucha por ponerse de rodillas.

—¡Oh, Cristo! —grita el tío James. Alban es golpeado con fuerza en el hombro y cae de espaldas sobre la hierba, todavía tratando de sacarse el condón y de volverse a levantar—. ¡Asqueroso canijo cabrón! —Sus vaqueros están a la altura de las rodillas, y eso lo está haciendo todo imposible.

—¡Levántate! ¡Levántate! ¡Venga, levántate!

—¡Papá...!

Ha visto al tío James y a la abuela Win. James lleva la linterna. No sabe si hay alguien más allí.

—¡Levántate! —oye gritar al tío James. El está vuelto de espaldas, subiéndose los pantalones, con el condón todavía puesto.

—James, permíteme —oye decir a la abuela Win—. Por aquí.

Alban sube la cremallera y se gira hacia el fulgor de la linterna. Algo golpea su cabeza y lo siguiente que ve es que vuelve a estar a oscuras y que está tirado sobre la hierba.

—¡No, papá! ¡No!

—¡James! —(La abuela Win, en voz alta)—. Nunca golpees a un niño en la cabeza.

—¿La cabeza? ¡Voy a cortarle las putas pelotas!

—¡Papá, por favor! ¡Oh, por favor!

Vaya, eso había dolido. Mejilla magullada. Un claro pitido en la cabeza. Realmente debía levantarse. *Oh mierda, oh mierda, oh mierda. Arriba; levántate.*

—¡No seas ridículo, Alban! ¡Levántate! Ayúdale, James.

Sophie está llorando.

Oh, ahora sabía cuál era el peor y más triste sonido del mundo entero.

—Ni de broma. Tú te vienes conmigo, jovencita. Gracias, Win. Gracias. Bien hecho.

La luz de la linterna se alejó. El sonido del llanto de Sophie se disipó lentamente.

El cielo estaba del color de un oscuro melocotón maduro.

Él logró ponerse en pie. La abuela Win permaneció delante de él, en la hierba

alta. Su cara estaba rígida y reflejaba dureza.

—Pequeño idiota —le dijo.

—¡No es ilegal! —gritó él. Era lo primero que decía. Sonó como un niño, incluso para sí mismo.

—Sí lo es. Ambos sois menores de edad. Vístete.

Terminó de vestirse. Notaba las lágrimas llenándole los ojos e intentó contenerlas.

La abuela Win lo acompañó hasta la casa.

No le estaba permitido entrar. El tío James no le quería dentro de la casa.

Se sentó en los escalones de la entrada y luego en el coche de Andy. La hora o más que vino después era una pesadilla de la que no podía despertar. Andy estaba furioso y callado. Leah, pálida y consternada, insistía en rodearle con su brazo, pero él se apartaba de ella. La tía Clara estaba en la cama, aullando de forma audible desde cualquier rincón de la casa durante los intervalos en los que James dejaba de gritar.

Sophie, alejada, encerrada. Asaltada, con los oídos castigados, por ese horrendo e interminable infierno de gritos.

Finalmente, Andy les llevó al hotel Lamb, en Lynton, alquilando una habitación familiar, que era lo único que les quedaba. Alban estuvo despierto la mayor parte de la noche, escuchando a su padre roncar en silencio y a su madre llorar en silencio.

Se sintió oscilar violentamente de la ira, de la absoluta certeza de que no era ilegal y de que lo que habían estado haciendo era hermoso y correcto y todos ellos estaban exagerando absurdamente... a sentir la más profunda y vejatoria de las vergüenzas. Fue en esos momentos en los que lloró, enterrando su cara en la almohada para amortiguar el sonido, sintiendo que había destrozado su propia vida, la de Sophie y también la de todos los demás.

Partieron hacia Richmond por la mañana.

Capítulo 5

Una plataforma. Han cubierto la mitad del jodido jardín con una plataforma de madera. Alban ha desarrollado cierta animadversión hacia las plataformas de madera. Es la última moda, la tendencia de los últimos años, es lo que haces cuando quieres llevar el exterior hacia dentro, o el interior hacia fuera, o crear una habitación sin techo o como demonios quieras llamarlo, pero él solo lo encuentra irritante. No debería odiarlo de esa forma porque tiene su razón de ser; extiende de una forma efectiva la casa o el piso al que va instalado, es mucho más fácil construir una plataforma de madera al mismo nivel que el suelo interior que acarrear toneladas de tierra y material para sostener un patio de piedra o ladrillo, sin hablar de cómo encaja con el estilo de vida moderno de la gente, tanto rica como pobre y bla, bla, bla, reduciendo la cantidad de jardín del que tener que ocuparte; todo ese sucio suelo y lo demás; y te permite salir del paso con unas cuantas macetas decorativas... pero, aun así, él odia esa jodida cosa. La odia porque todo el mundo la está poniendo de forma inconsciente. La odia porque se ha convertido en la solución por defecto, y él no cree en las soluciones por defecto. Siente un malicioso regocijo pensando en el futuro, cuando por todo el país, comience a pudrirse de forma gradual. Gritos y gin-tonics derramados, mientras unas piernas caen por repentinos agujeros.

—¿Qué te parece? —pregunta Leah, con un brazo sobre sus hombros, estrechándole mientras contemplan la grisácea y llana expansión de madera—. Tuvimos que sacar unos arbustos, unas flores y un par de arbolillos, pero ha conseguido una gran diferencia. ¿Te gusta? A Cory le gustó —le dijo—. Creo. —Su hermana era diseñadora industrial en Los Angeles, casada y con dos niños—. ¿Qué te parece?

—Es genial —afirma. Sonríe y se vuelve hacia Leah. Ella está ahora en mitad de los cincuenta, con el pelo aún rizado y rubio, aunque mucho más corto y con menos volumen del que solía tener. Está algo más arrugada, aunque aún tiene buen aspecto para su edad. Lleva puesta una falda plisada y una blusa pálida debajo de un fino jersey. Juega mucho al tenis y ha empezado con el golf. Alban se pregunta si se ha hecho algún arreglo en los ojos; parecían estar más descolgados, más viejos, la última vez que la vio, hace más de un año.

—¿Estás contenta con él? —le pregunta.

—¡Oh, sí! Ahora estamos todo el tiempo aquí fuera. Quiero decir, no en invierno, claro. Aunque los radiadores del patio también se notan.

Tienen tres radiadores de propano; junto con las dos tumbonas, la mesa y seis sillas y el doble columpio con toldo y la barbacoa, no queda mucho sitio para poner macetas. Sin embargo, en el lugar de honor, en lo alto de los escalones que bajan al siguiente nivel, tienen dos de esos árboles en forma de piruleta, cuidadosamente esculpidos y perfectamente redondeados, en un par de macetas de terracota de aspecto caro.

—Estamos pensando en hacernos con una de esas cosas con toldo portátil —añade Leah—. Para cuando el sol sea muy fuerte.

—¿No había aquí un clima de agua hace un par de años? —pregunta Alban—. ¿Una de esas cosas marinas de contrachapado y espejos?

—¡Oh, eso! —Leah le aprieta el brazo—. No daba más que problemas. —Vuelve a apretarle el brazo—. ¡Oh, Alban, me alegro tanto de volver a verte!

—Claro —afirma él, colocándole un brazo alrededor de la cintura.

—¡Cuidado con la espalda, que vamos! —Andy llega a las puertas del patio detrás de ellos con una bandeja de bebidas.

Andy está igual que siempre, aunque ha ensanchado por el centro y debajo de la cara. Lleva puestos unos pantalones oscuros de algodón y una camisa vaquera gastada. Su pelo aún tiene tres cuartas partes de blanco. Se ha dejado crecer una especie de bigote con perilla, con la misma mezcla de colores que su pelo, y de la que Alban no está muy convencido. Ha empezado a llevar gafas con patillas anchas y montura angular negra. Sonríe a Alban, quien le devuelve la sonrisa; se alegra de ver a Andy y Leah. Supone que ha de reconocer que ha estado demasiado tiempo alejado de ellos.

Caminan hacia la plataforma de madera.

Era igual que en los viejos tiempos. Andy y él fueron a la ciudad a ver una película en el NIT. Tomaron un tren temprano, pasearon junto al río, comieron en un italiano cerca de Covent Garden, regresaron por el río y vieron *Ran*, la última que emitían en una retrospectiva de Kurosawa y que, casualmente, ninguno de los dos había visto. Leah dijo que probablemente ella ya la había visto, pero ambos sospechaban que era más probable que les estuviera dando tiempo para estar juntos.

—Fielding te ha sacado de tu escondite, ¿no? —le preguntó Andy mientras caminaban a lo largo del South Bank, girando de vuelta hacia Waterloo, pasando las salas de concierto, el oscuro río a su derecha, con las luces brillantes a lo lejos, y el Big Ben y el Ojo de Londres surgiendo por delante.

—Oh, me siguió la pista.

—¿Tuvo que seguirla mucho tiempo?

—Bueno, no fue deliberadamente, pero yo había tapado bastante bien mis huellas. —Miró a Andy—. Os llegaron bien mis postales, ¿verdad? —Él siempre les había enviado felicitaciones de Navidad y tarjetas de cumpleaños.

—Las recibimos.

—Bueno, siento haber estado tan... fuera de contacto. —Pasa brevemente su brazo alrededor de los hombros de Andy, con solo un poco de torpeza—. Me alegro de verte de nuevo.

—Bueno. Yo también me alegro. —Andy le sonrió asintiendo.

Alban no estaba seguro de lo que decir. Él y Andy siempre habían tenido una

clase de relación bastante tranquila y comedida; Andy era un tipo justamente tranquilo y comedido, así que no había muchas opciones. Lo peor que jamás había ocurrido entre ellos probablemente fue debido a aquella horrenda última noche en Lydcombe, e incluso entonces tuvo esa reacción tan británica de mantener los labios sellados, en silenciosa decepción, del tipo «nos has fallado a todos». La noche que volvieron a Richmond después de ser, más o menos, echados de Lydcombe, Andy le había soltado un escueto sermón acerca de la responsabilidad, el respeto mutuo, la decencia sexual, las obligaciones que uno tiene como invitado hacia su anfitrión y la legalidad, incluso aunque la ley pueda parecer a veces una mierda. Como castigo, Alban trabajaría todos los sábados durante el resto del año en la tienda de baratillo en la que Leah colaboraba, y donaría el dinero a la beneficencia. Y se acabó.

Alban recordaba pensar en aquel tiempo, que incluso aunque sentía gratitud por ser tratado como un adulto más que como un niño, casi hubiera preferido una reprimenda acompañada de gritos y gotas de saliva.

Eso no fue lo peor de todo lo que ocurrió debido a que James y Win les encontraran a Sophie y a él de esa forma, ni mucho, mucho, menos, pero fue lo peor que ocurrió entre Andy y él.

—¿Vas a ir a...? —comenzó Alban, luego se golpeó en la frente—. Eres el secretario de la compañía. Supongo que tienes que estar en Garbadale para la reunión general extraordinaria. Lo siento.

—Sí —dijo Andy con una pequeña sonrisa—. No creas que Leah lo está deseando, pero cree que debe estar allí para el ochenta cumpleaños de la Yaya.

—¿Y tú lo estás?

—¿Deseándolo? No especialmente.

—No, yo tampoco.

—Pero vas a ir.

—Sí, voy a ir.

—¿Por qué? —Andy le miró.

Andy siempre había tenido la desconcertante habilidad de formular las preguntas más obvias que te obligaban, a no ser que salieras del paso con una respuesta insultantemente trivial como «¿Por qué no?», a tener respuestas que requerían un grado improvisado de complejidad si deseabas responder honestamente. A veces hasta tenías que pensar.

Alban frunció el ceño y se rascó la barba.

—Es una ocasión de ver a todo el mundo.

—Ese es un repentino cambio de opinión. Pareces haber estado tanto tiempo evitándonos a todos, incluso a Leah y a mí...

Alban miró a Andy, pero lucía su habitual rostro bondadoso y ligeramente enigmático. Su tono de voz no había sido amargo.

—Bueno, lo siento por eso —admitió Alban—. Sentí lástima de mí mismo durante mucho tiempo. No es el mejor estado de ánimo para relaciones sociales.

Andy pensó en ello.

—Bueno, sabes que Leah y yo siempre estamos aquí. Ambos comprendemos que no puedes estar siempre acudiendo a nosotros cuando te surge un problema, pero... Mientras sepas que estamos aquí cuando nos necesites.

—Gracias papá.

—Oye, de nada —espetó Andy, propinándole un codazo mientras sonreía—. Garbadale —dijo. Caminaron unos pasos más—. Supongo que Sophie estará allí.

—Sí, pero no estoy... —comenzó a decir Alban, entonces se detuvo—. No estoy invirtiendo ninguna esperanza en eso. —Se miraron entre ellos—. Honestamente.

Andy esperó unos segundos antes de decir:

—De acuerdo.

—Pero supongo que debería estar allí para la reunión general extraordinaria y la fiesta de la vieja dama.

—Estoy seguro de que todos lo pasaremos muy bien —añadió Andy de forma inexpresiva. Miró a Alban—. Tú aún tienes las acciones mínimas. ¿Qué vas a votar?

—En contra. —Alban se encogió de hombros—. Solo por principios. Probablemente sea inútil, pero, oye. ¿Y...?

—¿Qué principios?

Alban pensó.

—¿La resistencia ante el imperialismo cultural americano? —Ambos sonrieron ante eso—. ¿Y tú?

—Yo estaba pensando en vender —confesó Andy—. Y ese sería mi consejo para cualquiera que me pidiera mi opinión.

—¿El argumento de mantener a la familia unida no te impresiona?

—Alban, si se necesita un conjunto de acciones para mantener unida a una familia... —Andy se encogió de hombros—. De todas formas, ¿para quién la estaríamos manteniendo unida? ¿Para tu generación?

—Bueno, está Fielding...

—Parece estar sorprendentemente preocupado —comentó Andy—. Siempre tuve la impresión de que estaba a punto de saltar del barco, para encontrar una línea de negocio más atractiva o para empezar el suyo propio. Pero sé que él y Nina han estado hablando de tener hijos, así que puede que quiera estabilidad, algo para dejarles.

—¿Ah, sí? —Alban se sintió mal por no haber preguntado nada sobre la compañera de Fielding. Oh, bueno—. ¿Y la tía Kathleen? —sugirió.

—Ella es de mi generación, no de la tuya.

—Oh, claro. Por supuesto.

—¿Haydn? —continuó Alban.

—Tiene un puesto garantizado con Spraint. —Andy sacudió la cabeza y miró a Alban—. Él es nuestra estrella, lo sabes. Yo no diría que ha estado desperdiciado con nosotros, pero podría obtener mucho más con facilidad. El mismo trabajo, pero con

mayor remuneración, más variables, mayores números. —Caminaron unos pasos más—. Pero eso es todo, de verdad. El resto, están todos por ahí dedicándose a otras cosas.

—Sin embargo, hay toda una nueva cosecha de niños —esgrimió Alban.

—Puede, pero es tu generación la que tiene que pensar en ellos, Alban, no la mía. Lo que es justo, es justo.

—Solo Fielding y Haydn, entonces.

—Y Sophie —añadió Andy razonablemente. Miró a Alban—. No querrás olvidarte de ella.

—Oh, sí. Y Sophie —aceptó Alban, extrañamente avergonzado. Sonrió arrepentido—. Y, por supuesto, yo no. —Pensó que estaría bien que fuese él quien lo dijera.

Andy se abstuvo de decir nada durante un rato.

—Bueno, no puedes pedirle de forma convincente a nadie que mantenga unidas a la empresa y la familia cuando les diste la espalda a ambas, Alban.

—Sí, bueno, he vuelto. —Alban aspiró por la nariz—. Por ahora, claro.

Andy miró su reloj.

—Será mejor que continuemos si queremos coger ese tren.

Se alejaron del río.

Lo peor de todo, por lo menos al principio, por supuesto, fue el no saber cuánto tiempo pasaría antes de poder volver a ver a Sophie. Se sentía hinchado y vacío a la vez, lleno de esa misma mezcla de ira y vergüenza y, al mismo tiempo, consumido por una incansable e irresoluta impaciencia, porque él sabía que nada se resolvería o decidiría hasta que la viera de nuevo, hasta que hablara con ella. Incluso una simple charla por teléfono sería algo; no sería perfecto, no sería suficiente, pero sería un comienzo. Solo necesitaban hablar.

El problema era que no sabía cómo ponerse en contacto con ella. Pensó que ojalá tuviera su número de teléfono, o incluso el de alguna de sus amigas; entonces podrían hablar cuando ella pasara por sus casas. Trató de pensar en algún sitio público en el que hubieran estado juntos al que ella podría regresar, pero no había ninguno. Ahora ella volvería a la escuela, ¿serviría eso de alguna ayuda? Ni siquiera sabía a qué escuela acudía, o ya habría intentado llamar allí.

Llamó a Lydcombe unas cuantas veces durante la semana siguiente, esperando que fuera ella quien contestara, pero siempre eran Clara o el tío James. Nunca decía nada, se limitaba a colgar el aparato.

Durante toda esa semana intentó contestar al teléfono en cualquier parte donde sonara de la casa de Richmond, corriendo por el vestíbulo o precipitándose escaleras abajo para descolgar el auricular. Estaba seguro de que Sophie debía estar al menos tan desesperada por hablar con él como él lo estaba por hablar con ella, pero nunca

era su voz.

La frustración de todo aquello le hacía querer llorar a veces, pero no lloraba; se negaba a llorar. Había llorado aquella primera noche, tumbado en el hotel Lamb de Lynton, debido a la inmediatez de todo ello, a la intensa velocidad y conmoción de lo que había ocurrido y quizá porque podía oír llorar a Leah, pero no había llorado desde entonces, incluso aunque había estado cerca muchas veces. Había decidido que llorar sería como aceptar algo, como si estuviera de acuerdo con el histérico y punitivo punto de vista de la familia acerca de lo que había ocurrido. Llorar sería como rendirse.

Recordaba su cara, su cuerpo, su tacto y su olor; oía su voz, repitiendo una y otra vez el modesto mantra de su verano compartido. «¡Se han marchado todos, maldita sea!», «Me caí del caballo, chaval», «¡Caray, tío! Tampoco me gustó hasta ese punto».

Siguió probando con Lydcombe.

La tercera o cuarta vez, lo cogió James. Su tío empezó a gritar tan pronto como Alban se mantuvo en silencio después de que su tío preguntase quién era, gritando que iba a llamar a la policía. Alban colgó rápidamente, preguntándose si James había supuesto que era él, en vez de algún bromista.

Empezó a pensar en volver a Somerset y encontrarla. Esa podría ser su mejor opción. Tenía ahorradas casi treinta libras en monedas; con eso sería fácil comprar un billete de tren hasta Bridgewater, y luego podía coger un autobús o hacer autostop. Quizá pudiera hacer novillos, o de alguna forma, pasar el suficiente tiempo fuera de la escuela sin que Andy y Leah se enterasen, o hacer que uno de sus amigos mintiera sobre que tenían que ir a algún sitio, para poder saltarse el sábado en la tienda del mercadillo y escapar el tiempo suficiente.

Al día siguiente volvió a intentar llamar desde una cabina. Le respondió un contestador.

No importaba. Podía realizar el viaje. El hecho de hacerlo, la dureza, el peligro de ser descubierto o el posible fracaso sería la prueba de lo mucho que la amaba. Sophie sabría entonces lo que él sentía por ella, pero probablemente ya lo sabía, incluso aunque nunca se habían atrevido a usar la palabra en sí. Pero, de una forma casi igual de importante, ellos lo sabrían: sus padres, la abuela Win, Leah y Andy; todos ellos. Verían lo serio que era, lo serios que eran ambos. Podrían empezar a entenderlo.

Lo haría. Iría hasta allí.

Esa noche, durante la cena, su padre mencionó, casualmente, más a Leah que a Alban, que Sophie ya no estaba en Lydcombe. Había ido a una escuela en Madrid y probablemente estaría allí hasta el próximo verano, y pasaría la Navidad en España.

Alban pasó un largo tiempo mirando su plato, incapaz de moverse o de pensar.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó Leah.

Tuvo que pedirles que le excusaran.

Sentado en la cama, respirando agitadamente, con las manos sobre sus rodillas,

mirando la alfombra de su habitación, estuvo extremadamente cerca de volver a llorar; podía sentir el picor detrás de su nariz, y el comienzo de las lágrimas a acumularse tras sus ojos, pero aun así se negó a derramarlas.

Sin llorar, ni siquiera ahora. Aún habría una manera.

El año siguió su curso. Su decimosexto cumpleaños pasó igual que llegó. Le permitieron hacer una fiesta en casa, pero sus padres estuvieron allí todo el tiempo. La escuela iba bien. Según un par de los otros chicos, él no era el único que había deshojado la margarita aquel verano, aunque tras escuchar los relatos de lo sucedido, no le pareció que los detalles fueran convincentes. Se negó a hablar de su propia experiencia. Había desarrollado una forma de limitarse a sonreír cuando le preguntaban por ello. La mitad de los chicos pensaba que se estaba tirando un farol, los otros creían que, sin duda, debía haberlo hecho.

Llegó el clima más frío. Una noche yacía despierto, aún tratando de imaginar formas de llegar hasta Sophie, de llegar a España por su cuenta o descubrir un modo de telefonarla.

Sonó una alarma en la calle. Coche o casa, no podía saberlo. Debería intentar dormir; mañana sería un día duro en la escuela. Pensó anticipadamente en todo lo que tenía que hacer, creándose una lista mental de los libros y piezas del kit que iba a necesitar para todo el complicado día de trabajo, y tachando cada objeto en su cabeza, al saber que ya estaba preparado o a mano.

La alarma era realmente molesta, seguía y seguía, los dos mismos estúpidos tonos agudos trinando al aire, un minuto, y otro, y otro.

Tenía que llegar hasta ella. Pero, ¿qué podía hacer? No podía llegar hasta allí. Estaba en un lugar demasiado lejano, demasiado extranjero; ni siquiera tenía aún su propio pasaporte. ¿La habían enviado a España por todo lo que había ocurrido? Eso era una locura, una reacción exagerada, ¿verdad? Llamarla era la única posibilidad, o puede que escribirle una carta si pudiera conseguir la dirección. Lo había intentado registrando los escritorios de Andy y Leah (de forma alevosa, pero decidida), buscando un número o una dirección que pudiera ayudarle. Había pensado que podrían tener la dirección en España de la madre biológica de Sophie, pero allí no había nada.

La alarma continuaba aullando, sin detenerse, inconsolable.

¿Habría alguien más de la familia que pudiera saber algo? ¿Puede que alguien de su misma edad, la edad de Sophie, que pudiera comprenderlo?

¿El primo Haydn? Tan solo era un año menor que él y Sophie. Pero era un niño pequeño gordo y tímido; a Alban le resultaba difícil de creer que supiera algo.

La alarma, o una pesadilla, había despertado a Cory; podía oír la llorar desde su habitación, luego el lejano sonido de Leah, levantándose para llegar hasta ella.

¿Las hijas del tío Graeme y la tía Lauren? ¿El primo Fabiole? ¿La prima Lori?

Fab tenía dieciocho años, así que quizá fuera demasiado mayor para entenderlo. Lori; ella tenía la misma edad que él, ¿verdad?

Tampoco pensaba que mantuvieran una relación muy cercana con Sophie, pero estaba preparado para intentar cualquier cosa.

La alarma pitaba más y más y más y más y más y más...

Se dio la vuelta en la cama, y luego volvió a girar. Ya se había masturbado, ocultando el pañuelo debajo de la cama. A lo mejor debería hacerlo de nuevo. Le ayudaría a pasar el rato; puede que incluso le hiciera dormir. La jodida alarma realmente le estaba taladrando el cerebro. Trató de meter la cabeza bajo la almohada y aplastarla sobre sus oídos, y eso ayudó, pero aún podía oír la alarma.

—Que se joda —murmuró. Apartó a un lado la almohada y retiró el edredón, cruzó la habitación hasta la ventana y la abrió hasta la primera muesca, dejando entrar el aire frío y el, aun más fuerte, sonido de la alarma. La mejor defensa es un buen ataque. Enfréntate a la maldita cosa, demuéstrole que no te asusta. Aquello era una tontería, obviamente, pero pensaba que, de alguna forma, tenía su importancia.

Volvió a la cama y siguió pensando en la forma de llegar hasta Sophie, o poder escribirle o llamarla; hablar con ella de alguna manera.

Le daba vueltas y vueltas en su cabeza mientras la alarma seguía sin parar en el exterior. Todo saldría bien. Era posible. Parecía imposible, pero no lo era, no podía serlo. Probablemente, dondequiera que estuviera, Sophie estaba pensando formas de llegar hasta él con la misma intensidad. Él estaba aquí y ella estaba en España o donde fuese, pero aún estaban juntos. Siempre lo estarían.

Empezaba a hacer frío en la habitación; podía sentirlo en su cara. Se levantó y cerró la ventana. La alarma continuaba sonando, pero era como si llevara tanto tiempo haciéndolo, que su cerebro estaba borrándola de un modo u otro. Recordaba algo parecido de biología o fisiología, acerca de cómo la nariz solo podía detectar olores nuevos; era como si se aburriera del olor y dejara de percibirlo, incluso aunque aún siguiera allí.

Todo saldría bien. De alguna manera, se arreglaría. Él sabía que sí. Pensaría en Sophie y se dormiría pensando en ella, y así soñaría con ella. Trató de hacerlo.

La alarma se paró de repente, dejando algo más que el súbito silencio.

Aún podía oírla.

La alarma se había detenido, ya no había más ruido, pero él aún podía oírla. La parte de su cerebro que había anulado el sonido estaba ahora reproduciendo fielmente la molestia que había tratado de borrar.

Permaneció allí tumbado, escuchando el sonido fantasmal, oyendo con la mayor claridad aquello que simplemente ya no estaba allí, y entonces fue cuando empezó a llorar.

Enterró su cabeza en la almohada para que nadie pudiera oírle y siguió llorando en la noche con terribles y espasmódicos sollozos; desolado, con el corazón roto, en duelo por todo lo que estaba perdido.

Conoce a V. G. en Shanghai en el noventa y nueve, en un gran hotel que no es más que uno entre muchos conectados a un centro de conferencias y a un centro comercial del que es asombrosamente difícil salir. Él ha ido allí para una feria de muestras de juegos y juguetes. Ella, para una conferencia. Le ha llamado ligeramente la atención que allí haya otros grupos de personas dando vueltas por el lugar que, obviamente, no forman parte de la feria de muestras y no tienen mucho aspecto de ejecutivos convencionales ni tampoco turistas. Hay un cartel en un recibidor que reza en letras doradas: «Bienvenidos a la 23.^a Conferencia Dessiter de Matemáticas». Luego son matemáticos. Un gran porcentaje de ellos son personas que uno podría llamar cariñosamente «personajes».

Está allí con Fielding. Su primo ha recortado muy severamente su consumo de drogas en los dos años posteriores a las risas y diversión en Singapur, y también él, supone. De cualquier forma no han traído nada con ellos esta vez. Fielding le ha propuesto comprar alguna del lugar, pero probablemente no sea más que una fanfarrona.

Alban se ha levantado relativamente temprano para ser la mañana después de una cena tardía con unos muy entusiastas productores de la zona de Pudong, y de una complicada noche de sueño interrumpido por la indigestión. Se ha despertado a las cinco, no ha llegado a volver a dormirse, así que ha tomado el desayuno muy temprano. Ahora tendrá alterados los biorritmos, como si no estuvieran ya lo bastante jodidos por culpa del *jet lag*. Se está empezando a hartar de verdad de tantos viajes, contactos, fiestas y simpatía obligada. A algunas personas les va como anillo al dedo; a Fielding le encanta todo este rollo de las ferias de muestras, y lo considera importante y enriquecedor, pero él lo encuentra cargante. Simplemente, no está hecho para eso. Están al comienzo de 1999, ni siquiera ha cumplido los treinta, y ya se siente viejo, cansado y aburrido de lo que debería ser un gran trabajo. Ha habido una modesta reorganización en la empresa, y ahora él es oficialmente el responsable del desarrollo del producto, aunque, en la práctica, su terreno es mucho más amplio que ese, y puede meter las narices con toda impunidad y bendición matriarcal en casi cualquier área de la empresa que le apetezca. Para el gozo y disfrute de sus compañeros y colegas, claro está.

Ahora es la abuela Winifred quien está completamente al mando de la empresa. Aún pasa la mayor parte del tiempo en Garbadale, pero visita la oficina de Londres cuatro o más veces al año, e incluso se ha animado a acudir a viajes como este.

El desayuno de Alban ha sido relativamente ligero y piensa en dar un paseo antes de la primera reunión que ha programado. Lo único es que estaba lloviendo cuando miró por la ventana nada más levantarse; era una clase de lluvia neblinosa, de nubes bajas que él asocia en su mayor parte con el sudeste asiático (en el cual no se encuentra ahora, desde luego, pero aun así). No tiene la sensación de haber estado

aún en Shangai, incluso aunque se encuentra allí. El día que llegaron, por la noche, realizaron un recorrido turístico en autobús por lo que quedaba de la vieja ciudad, a lo largo del malecón, alrededor de un par de edificios muy altos y pasaron junto a algunas construcciones espectacularmente estrambóticas, como la famosa torre de televisión Perla Oriental.

—Parece una nave espacial que acaba de aterrizar —dijo Fielding, impresionado—. O el mayor generador de Van de Graaff en todo el mundo —sugirió Alban, estirando el cuello para contemplar la gran estructura esférica al completo.

Camina a través del vestíbulo y después a lo largo de un pasillo de aspecto prometedor, buscando una ventana que dé al exterior para comprobar la situación meteorológica, pensando en que tal vez regrese a su habitación, se lave los dientes, etcétera, y pida un taxi, pero entonces descubre otra parte del centro de conferencias y otro pasillo. Todavía no hay una perspectiva exterior del tiempo, aunque cree oír un golpeteo acercándose desde una serie de lo que parecen claraboyas inserviblemente opacas. Entonces ve un tablón de anuncios en el exterior de una sala de conferencias menor, en el que dice que alguien va a dar allí una charla sobre la teoría de juegos dentro de, mira su reloj, cinco minutos. Es algo de Dessiter, la conferencia de Matemáticas. Sesión abierta; todos son bienvenidos.

Teoría de juegos. Quizá debería echarle un vistazo. Por el amor de Dios, estos tipos sí que empiezan pronto. La sala podría albergar a unas cien personas. Había menos de veinte asientos ocupados, todos delante. La gente parece bastante normal. Puede que un poco despiertos para ser las ocho de la mañana.

Pasa al interior, quedándose detrás, por si tiene que marcharse debido al aburrimiento o porque quizá empiece a quedarse dormido. También conserva la leve preocupación de que puedan ver al instante que se trata de un intruso y todos le señalen gritándole o algo así, o que le echen, por lo que quedarse cerca de la puerta le parece una buena idea. Se acomoda a dos asientos del pasillo, para no dar la impresión de que está deseando marcharse, pero preparado para salir por pies si alguien bloquea su ruta de escape.

La sala se llena por la mitad y empieza a oler a café cuando la gente acude con vasos de plástico llenos con esa bebida. Una chica. No, una mujer... No, quizá se la podría llamar chica. Da igual, esa hembra con el pelo rubio y de pincho, que va vestida con lo que parece un traje negro de ejecutivo, pero sin corbata, toma asiento en la última silla, dos columnas más allá. El está confuso. No tiene aspecto de matemática. Su forma de vestir, de blanco y negro, también es inquietante. Si no fuera por el hecho de que no ha visto asistentes caucásicos por allí, probablemente supondría que es una camarera. Lo único es que tampoco tiene aspecto de camarera. De hecho, sus zapatos son cómodos, como los que llevaría alguien que tuviera que estar de pie mucho tiempo. Tiene un rostro ancho, ligeramente eslavo, y parece tener los ojos algo cansados. Como si le estuviera leyendo el pensamiento, saca unas gafas de sol y se las pone con una especie de cuidado que él asocia con, o bien fragilidad, o

bien resaca mañanera.

Tiene una cara estupenda. Y por alguna razón, le encanta su forma de sentarse. Lo cual, él mismo se lo dice, es algo muy extraño en lo que fijarse. Ella coloca un brazo sobre el respaldo del asiento que hay a su lado, hacia él, aunque está muy convencido de que es una coincidencia porque, después de todo, se encuentra al final de la fila y no hay silla en la otra dirección. Sus dedos tamborilean lentamente sobre el respaldo. Cruza un pie sobre la rodilla contraria, de esa forma en la que las mujeres no lo hacen. ¡Puede que sea un hombre! Tiene pechos definidos, no se le ve nuez de Adán... No es que eso quiera decir nada en estos tiempos... No, no puede creer que no sea una mujer. Por supuesto, no es su tipo; demasiado flaca, angulosa, rubia y no tiene suficientes curvas, pero es interesante; definitivamente interesante.

Extrae un móvil de gran tamaño. Parece más bien una pda; o puede que sea una de esas rabiosamente modernas Blackberrys; no puede verlo con claridad. Se sube las gafas de sol hasta su rubio pelo de pincho, comprueba los mensajes brevemente, aprieta unos cuantos botones y luego vuelve a meter el aparato en un bolsillo interior de su chaqueta y coloca las gafas en su sitio, sobre los ojos. El se pregunta si debería decirle algo. Padece una súbita mini fantasía en la que ella se duerme durante la charla sobre la teoría de juegos, y él golpea su asiento del final, accidentalmente a propósito, y ella se despierta y habría un momento final en el que ella se enamora de la primera cosa o persona o lo que sea que vea al despertar; o se da cuenta de que la ha despertado intencionadamente y le está agradecida y se ofrece a invitarle a un café para darle las gracias o algo así.

Ah, eso es jodidamente probable.

No, nunca hablarán, nunca se conocerán; puede que ella ni siquiera hable inglés y, aparte del francés, él no pasa de funcional; permanecerán allí sentados, a un metro y pico de distancia durante una hora o más, y eso será todo. Se marcharán por caminos separados, sin saber jamás si podrían haber sido amigos o amantes o compañeros de negocios o un polvo casual para ambos, no importa si es mediocre o sublime (todavía piensa en París, en Kalpana, y sabe con una extraña certeza que seguirá siendo su más sublime encuentro de una noche). Debe haber cientos de personas que casi conoces, puede que miles, y nunca sabrás lo que podría haber ocurrido. Podrías haber estado a segundos, a un metro, a una palabra de distancia del verdadero amor de tu vida, y jamás lo sabrías.

Bueno, da igual. Así es como funcionaba el mundo y se podía sobrellevar. De todas formas, él ya tenía un amor de su vida y mira todo el bien que le había hecho.

Un tipo alto y fornido con aspecto de leñador llega al pequeño podio en el extremo de la sala y sube hasta el atril. Se quita el reloj, lo coloca sobre el atril, ordena sus papeles, lanza una mirada hacia la gente que hay allí para escucharle y empieza a leer sin preámbulo, salvo por las palabras: «Buenos días». Casualmente, aquellas son las últimas dos palabras consecutivas que Alban entiende. Se esfuerza durante un minuto, comprendiendo quizá una palabra de cada quince, luego se da por

vencido. Aún trata de decidir cuánto tiempo puede aguantarlo antes de marcharse decentemente cuando se duerme.

Alguien le despierta golpeando en su asiento. Se sobresalta, se endereza y ve a todo el mundo marchándose. Mira a su alrededor y ve que la única persona cerca de él es la chica con el pelo de pincho, que ahora se aleja decididamente del final de la fila de asientos donde él se encuentra sentado. No mira hacia atrás.

—¿Quieres más agua?

—No, gracias, lo tomaré tal cual. Me lo bebo con demasiada facilidad si lleva agua.

—A veces creo que me atonta. —Andy realizó un sutil ademán sobre su cara.

—Esa es la idea, ¿no? —Alban sonrió.

Andy soltó una ligera carcajada.

—Me refiero a la boca y la lengua pero, sí, supongo.

Estaban sentados en el estudio de Andy, rodeados de estanterías, archivadores y pantallas. Andy había servido una buena cantidad de Springbank para cada uno. Leah se había ido a la cama.

Alban sabía que allí debía haber una foto enmarcada de Irene en un estrecho trozo de pared entre dos estanterías, y efectivamente, allí la encontró. Permaneció mirándola, mientras daba sorbos al güisqui.

—¿Piensas en ella a menudo? —le preguntó Andy. Estaba sentado sobre la esquina de su escritorio. No podía ver la foto desde allí, pero sabía lo que Alban estaba mirando.

—Para serte sincero, no —respondió Alban—. Una o dos veces por semana, tal vez. —Miró a Andy. No era capaz de interpretar la expresión de su rostro. Se sintió fruncir el ceño—. Supongo que algunas personas dirían que eso es a menudo.

—Algunas personas —coincidió Andy suavemente—. Puede ser.

Alban respiró profundamente.

—Es algo de lo que, en realidad, nunca hemos hablado, ¿verdad?

—¿Sobre tu madre?

—Sí.

—Pensaba que lo habíamos hecho —dijo Andy. Se encogió de hombros—. Hace tiempo, supongo, cuando eras un niño. Hasta la adolescencia. Hablábamos de ella un montón. Tú querías saber todo lo que pudieras sobre ella. Venga, chaval, no puedes haberlo olvidado.

Alban tan solo conservaba recuerdos muy borrosos de ello. Cuando trató de acordarse, se dio cuenta de que eran algunos de los recuerdos más borrosos que tenía de esa etapa de su vida, justo como si hubiera estado tratando de enterrarlos durante todo este tiempo.

—Sí, supongo —afirmó inseguro—. Pero fue hace tiempo.

—No hay mucho más que decir, Alban —repuso Andy—. A veces terminas haciéndote daño a ti mismo y a los demás, al volver a pisar viejos caminos.

Al principio no estaba seguro de lo que decir, así que no dijo nada, solo dio un sorbo de su güisqui y miró la vieja foto de Irene. Estaba sentada a la luz del sol sobre un muro bajo en algún sitio alto, había un mar celeste a su espalda, y pálidas islas a lo lejos. Llevaba puesto un vestido corto de color azul y su pelo marrón claro estaba recogido. Tenía las piernas cruzadas y sostenía una copa, mirando lateralmente a la cámara, con la boca abierta, sonriendo o riendo. Feliz.

—Estuve hablando con la vieja Beryl la otra noche, antes de dejar Glasgow —comentó Alban.

—¿Ah, sí?

Le contó a Andy lo que ella le había dicho.

Andy escuchó, se puso de pie, se bebió la mitad de su güisqui, permaneció levantado un poco más, luego rodeó su escritorio y tomó asiento en la silla reclinable de cuero. Colocó las gafas sobre el escritorio. Miró a Alban, quien arrastró una silla frente al escritorio.

Andy pareció estar a punto de decir algo, entonces se rehízo aparentemente y dijo:

—No es un tumor cerebral, ¿verdad? Me refiero a lo de la tía Beryl. Después de todo, es muy mayor. ¿No ha perdido...?

—No —se adelantó Alban—. De hecho, es como si hubiera recuperado un par de tornillos.

Andy pareció pensativo y asintió.

—Bueno, ciertamente no fui yo —afirmó—. Quiero decir, sobre lo de no querer que Irene lo tuviera. —Miró hacia abajo, al escritorio, pasando la uña de un pulgar por el borde de la superficie interna de cuero—. Hice todo lo que estuvo en mi mano para asegurarme de que lo tenía, de que te tuviera, chaval. —Su sonrisa era débil y triste.

—¿Pensó ella... Estaba ella sopesando el aborto?

Andy tragó mucha saliva, luego volvió a coger su vaso. Suspiró.

—¿Estás seguro de que quieres oír hablar de todo esto, Alban? —Sacudió la cabeza—. Todo es tan antiguo, y es tan doloroso... A veces es mejor dejar que se cierren las heridas, que se curen.

—Me gustaría mucho saberlo, papá.

—Está bien, está bien —aceptó Andy, bebiendo. Frunció el ceño ante su vaso, ya casi vacío—. Sí, creo que tu madre lo sopesó; bueno, sé que lo hizo; pensó en el aborto. —Golpeó el escritorio—. No creía que necesitaras saberlo. —Evitó mirar a Alban, prefiriendo examinarse las manos sobre el escritorio, pero continuó—. Por favor, dime que lo comprendes, Alban. Por encima de cualquier otra cosa, Leah y yo quisimos que te sintieras deseado, que te sintieras querido. —Se aclaró la garganta.

—Bueno, siempre lo hice, así que...

—Incluso retrasamos el intentar tener un niño que fuera nuestro...

—Aprecio todo eso, papá.

—Ah, mierda —dijo Andy, masajeándose con suavidad el puente de la nariz. Inhaló.

Alban se sentía extrañamente calmado y bastante alejado de la idea del llanto.

—Sinceramente, papá. No te culpo por no mencionar lo del aborto. Me alegra que no lo hicieras, hiciste lo correcto. Y, mira, mis problemas con esta familia han sido siempre con toda la familia, no contigo y Leah. Aprecio todo lo que habéis hecho por mí.

—Ella ha sido una buena madre para ti, Alban —aseguró Andy, desviando a un lado su mirada, hacia la escondida foto de Irene—. Ella ha sido tu verdadera madre, la única que ha estado ahí a pesar de todo, en todos los sentidos que valen la pena.

—Lo sé —dijo Alban—. Lo sé. Leah ha sido estupenda, ha sido encantadora; siempre lo ha sido. Ha sido buena y tolerante y cariñosa, y eso es más de lo que un montón de niños reciben de sus madres biológicas. —Sonrió, extendiendo sus brazos—. Y estoy bien. En serio. Disfruto de mi vida. Tuve una buena carrera en la empresa y entonces me harté de ello y conseguí un empleo altamente satisfactorio trabajando en los bosques y ahora estoy pensando en lo que vendrá después, pero soy feliz.

—Esa cosa del dedo blanco...

—Sí, bueno, para entonces ya estaba empezando a aburrirme un poco también del zumbido de las motosierras. No pasa nada.

—Mira, lo siento, pero ¿necesitas dinero o...?

—Papá, vendí mis acciones. Bueno, excepto ese paquete de cien, así que aún puedo votar. Además, no las vendí por ahí. Las compró el fondo familiar. Y no me lo he estado gastando en caballos, chicas o drogas.

—Oh, bien. Pero esa cosa de tus dedos...

—No es nada serio. Si continuara trabajando con una motosierra, iría empeorando gradualmente. Pero no continúo, así que estaré bien. No es algo crónico en absoluto.

—¿Crees que debería verte un especialista?

—Papá, por favor. —Dejó que las palabras hicieran su efecto—. No te preocupes por ello. No es nada. De verdad.

Andy asintió. Apuró su vaso.

—¿Te lo relleno?

—¿Otro?

Andy fue hasta el carro de las bebidas junto a la puerta y sirvió los vasos.

—¿Crees que Irene y tú os habrías casado si yo no hubiera estado de por medio? —le preguntó Alban. Andy se detuvo mientras ajustaba de un golpe el corcho en el cuello de la botella.

—Puede que no —respondió. Le alcanzó a Alban su vaso. Volvió a sentarse en su enorme silla y examinó su güisqui—. Yo lo habría hecho. Quiero decir, la reticencia, de haberla, no era mía. —Miró hacia Alban—. La amé desde el primer momento en

que la vi, en una sala de conferencias. En la LSE. Bueno, ya sabes lo que quiero decir; empecé a enamorarme de ella, quería conocerla, estaba convencido de que ella estaba hecha para mí y de que yo estaba hecho para ella. Al instante. Me convertí en una molestia durante un año; básicamente, la perseguí.

—¿No estaba saliendo con nadie?

—No; creo que estaba demasiado ocupada con sus estudios y con la pandilla de chicas con las que salía. Luego estaba la familia, por supuesto.

Andy volvió a mirar a su güisqui.

—Siempre había alguien que pasaba por Londres, quedándose normalmente en casa de Bert y Win. Y James tenía un piso en Bloomsbury por entonces. Él y Blake estaban con sus movidas de jipis *playboy*, yendo por ahí con un puñado de artistas que solían hacer improvisaciones y cosas así, y con esos pijillos que echaban de Oxford o Cambridge por hacer cosas incalificables. Graeme y Kennard formaban parte del mismo grupo. —Resopló con desprecio—. Era todo un rollo muy de Gillipollas Mayor del Año, excepto que llevaban chaquetas de terciopelo^[11] y tomaban drogas. Ella nunca se vio metida en eso. Da igual. Finalmente... —Miró a Alban y se rió—. Irene aún era virgen cuando nosotros..., cuando por fin nos metimos juntos en la cama. —Alzó una mano a modo de disculpa—. Detenme si esto te resulta violento; sé que la mayoría de los niños prefieren creer que sus padres nunca mantuvieron relaciones sexuales.

—Podré vivir con ello.

—Sin embargo —Andy suspiró con fuerza y miró vagamente en dirección a la fotografía—, no creo que lograra engañarme a mí mismo en aquellos tiempos, pensando que ella sintió por mí lo mismo que yo sentía por ella. Yo la amaba con todo mi corazón. Ella... —Se detuvo, se encogió de hombros y miró hacia abajo—. Bueno, yo le gustaba. Pensaba que era divertido estar conmigo. —Exhaló una especie de tímida risa y miró a Alban—. De todas formas, la hacía reír, y nos divertíamos juntos, y éramos chico y chica, íbamos en serio y todo eso, pero ella nunca fingió amarme. Al menos, no más que, más que a un amigo. —Volvió a encoger los hombros—. Pero un buen amigo. —Bebió un trago—. Espero. —Se aclaró la garganta—. De todas formas, espero que ahora te hayas dado cuenta de que fuiste un niño deseado. Yo te deseaba. Yo la deseaba a ella. Ella... Oh —susurró Andy, y fue un largo y ebrio «Oh»—, ella me aceptó. Te aceptó. Lo único es que no podía aceptarse a sí misma, aceptar vivir en este mundo. —Se encogió de hombros y bebió.

—Siento haber sacado el tema, papá.

—Bah... —Andy agitó una mano.

—¿Cómo estaba de unida a su propio padre?

—¿A Bert? —dijo Andy—. Oh, estaban muy unidos. Era más como una hija primogénita para ambos. Linda y Lizzie siempre fueron diferentes; una especie de unidad, porque eran gemelas, ¿sabes lo que quiero decir? Prácticamente tenían su propio lenguaje hasta que fueron adolescentes. Además, tenían una niñera para ellas;

Irene estaba más unida a Bert y a Win.

—Entonces, ¿crees que fue Bert? —preguntó Alban—. Quien no quería que tuviera el bebé —añadió cuando vio inseguro a Andy. Los ojos de Andy brillaban.

—No lo sé —confesó Andy—. Es un poco tarde para preguntarle. —Rió amargamente—. Un poco tarde para interrogarle acerca de diez años antes de que muriera; pobre viejo bribón.

—Bueno, él podría haberla querido, pero puede que también fuera uno de esos padres que no pueden soportar la idea de su pequeña practicando el sexo y no digamos teniendo un hijo. —Alban dio un sorbo a su güisqui—. ¿Te llevabas bien con él?

—Mm, *hmm* —dijo Andy—. Sí, estábamos bien. Era bastante amable. Estuvo en Egipto y en el Lejano Oriente durante la guerra; con historias que ponen los pelos de punta. No tenía un cerebro privilegiado, pero al menos fue sensato al casarse con Win, que sí lo tenía. —Sacudió la cabeza—. Ocho hijos, y ha sido la que verdaderamente ha llevado el timón durante sesenta malditos años. —Volvió a sacudir la cabeza—. Una mujer de bandera.

—¿Crees que Bert pensaba que eras lo bastante bueno para su pequeña?

Andy miró en la distancia y encogió el labio inferior.

—Eso creo. Nos llevábamos muy bien. No discutíamos ni nada de eso. Yo adoraba a su hija, obtuve buenas notas, encajaba bien en la empresa; quiero decir, de acuerdo, durante un tiempo no encajaba en ningún sitio; ayudé una temporada a administrar Garbadale, y luego me dediqué un poco a la pintura durante los primeros años en Lydcombe, pero al final llegó mi turno y he trabajado duro para la empresa. No creo que tengan ninguna queja. No, no, él me gustaba. Era un buen tipo.

—¿Y qué hay de los hermanos de Irene? ¿Podría alguno de ellos haber estado en desacuerdo?

—¿Con nuestra relación?

—Y con su embarazo.

—Si lo estaban, lo mantuvieron en secreto, lo cual no habría sido muy propio de ellos.

—¿Así que te dieron el visto bueno? ¿Blake, James, Kennard, Graeme? ¿Eran tus colegas?

—No, nunca fui colega de ellos. Ellos eran como de otra clase superior. Yo era el primero de mi familia que iba a la universidad. Pero salimos juntos unas cuantas veces y se portaban bien. Eran un poco ruidosos, un poco exaltados, pero nos llevábamos bien.

—Tú te llevas bien con todo el mundo, papá. —Alban sonrió.

—Sí, lo sé; y doy por hecho que todo el mundo es tan simple como yo. Un terrible error. Me lo han dicho. Pero de todas formas, serían unos malditos hipócritas si hubieran estado en contra —agregó Andy—. Estaban siempre de juerga por todas partes. Bueno, Kennard no especialmente, él solía ser el más tranquilo. Pero el

resto... James; no, podría haber sido... no, era James... es igual, dejó al menos a una chica embarazada. Abortó. Una niña pija. Después se convirtió en lady nosequé. De cualquier forma, no sé de ningún pequeño Wopuld ilegítimo correteando por ahí. Dios sabe que ya hay bastantes diablillos legítimos. Oh, no sé; no debería hablar...

—¿Fue mamá quien retrasó vuestro matrimonio hasta justo antes de que yo naciera?

—¿*Hmm?* Sí. Sí, no se trataba de un desacuerdo con sus padres ni nada de eso. Desde luego que no fui yo. Yo quise casarme con ella en cuanto supe que estaba embarazada. —Sacudió la cabeza—. No sé. Es posible que nos equivocáramos al instalarnos en Garbadale. Ella decía que deseaba estar allí. Y a mí llegó a encantarme. Me sentía bien, y Bert y Win parecían contentos de que estuviéramos allí; por entonces aún estaban en Kingsbridge la mayor parte del tiempo, pero solían venir muy a menudo; sin embargo, quizá nos deberíamos haber quedado en Londres. Ella podría haber recibido una mejor asistencia médica. En realidad, no se podía hacer mucho por la depresión posparto, pero podrían haber sido capaces de hacer algo más. —Volvió a encoger los hombros y a beber—. Le recetaron algunos antidepresivos; Valium, o lo que sea que tuvieran en esa época; pero ella no se lo tomaba. Productos químicos. —Alzó su vaso, mirándolo con atención.

—Beryl me contó que Irene fue atropellada por un autobús después de salir de una clínica de la ciudad —dijo Alban—. Así fue como acabó en el hospital, cuando Beryl la oyó decir eso de que alguien no quería que tuviera al bebé. Se preguntaba si aquello fue un primer intento de suicidio.

—¿Ah, sí? —inquirió Andy, tras respirar profundamente. Bebió un poco más—. ¿En serio?

—Es una idea.

—Ideas. ¿No te encantan? —espetó Andy. Apuró su güisqui y luego dejó el vaso vacío sobre el escritorio con un sonoro golpe—. Uy.

—¿Ella nunca te mencionó nada de esto? —inquirió Alban.

—Jamás hablamos de ello —afirmó Andy—. Cuando nos instalamos en Garbadale, trazamos una raya por encima de lo que ocurrió previamente a tu nacimiento. Puede que no fuera lo más sensato, pero es lo que hicimos. Ni consultas, ni análisis, ni chorradas postraumáticas, tan solo el viejo remedio británico de tragarse las penas, no hablar sobre desgracias y esperar que todo se cure con el tiempo. Y eso fue lo que hicimos. Lo juro. No hablamos de ello. —Volvió a golpear el escritorio—. Da igual, mira, tendrás que perdonarme; de repente me siento muy borracho, de golpe, y lo mejor que puedo hacer es meterme en la cama. Discúlpame. —Se puso en pie y se tambaleó hacia el carrito de las bebidas—. Sírrete tu mismo. Lo siento por esto. Soy un aguafiestas. Es lamentable.

Alban se levantó y pasó brevemente su brazo por los hombros de su padre mientras pasaba. Se desearon buenas noches una vez más y Alban permaneció sentado solo en el estudio durante un rato, terminando su güisqui.

Continúa pensando en ella. No es que sea su tipo, pero, en el transcurso de aquel largo día en Shangai, no parece que pueda quitársela de la cabeza. Realiza responsablemente sus tareas de la feria en el mostrador de la empresa, sin evitar los saludos felices ni las sonrisas sinceras ni los intercambios de tarjetas de negocio, ni las copas de la tarde, ni la cena en cualquier restaurante glamuroso con quien sea que lo invite, y al final de la velada, en lugar de seguir de copas, aduce que necesita tomar un poco de aire fresco y puede que acostarse pronto y deja a Fielding asumiendo felizmente el papel de *chefdu partí* y emocionándose en exceso ante la idea de que Internet sea todo bondades y maravillas en el mundo del futuro, y de que, en realidad, la fabricación es aburrida, y de algo que él llama «Ocaso» (ante un grupo de fabricantes chinos y coreanos, con aspecto de estar perplejos) mientras Alban se marcha, aunque, en lugar de irse a la cama, pone rumbo hacia la zona de conferencias del hotel donde, al parecer, se reúnen los matemáticos.

Una pequeña combinación de caminar, escuchar y pasear el dedo por los planos del edificio le lleva hasta un concurrido bar donde los parroquianos podrían ser, o no, matemáticos, no puede estar seguro; parecen muy normales. Hay bebidas, conversaciones en voz alta y algunos que fuman. Ve a un grupo de personas sentadas a una mesa baja, uno de ellos dibuja algo que le recuerda a la geometría del instituto, y empieza a pensar que está en el lugar correcto. Se abre camino hasta la barra, escuchando, pide una botella de Tsingtao y comienza a pasear lentamente entre la masa humana. El local está los topes.

Alguien menciona algo acerca de un problema de topes y él se pregunta si será una broma.

No hay rastro. Recorre unos cuantos pasillos, acaba en el mismo bar y le pregunta a un tipo pequeño de aspecto afable con unos vaqueros y una camiseta estampada con lo que parecen ser los cien primeros dígitos de Pi si hay otro bar donde suelen reunirse los matemáticos, porque está buscando a alguien.

—¿A quién estás buscando? —pregunta el tipo pequeño.

—No sé como se llama. Es como... ¿Alta y rubia? Con el pelo algo erizado. La vi en una charla sobre la teoría de juegos esta mañana. Traje oscuro de chaqueta, camisa blanca. Gafas de...

—Creo que es Graef. Profesora. En Glasgow. —Desvía la mirada y sacude la cabeza—. Extraña elección. Seguro que Cambridge le hizo una oferta. —Mira hacia atrás—. Puedes probar en el bar de cócteles. Parece que algunos de los expertos en teselaciones más incondicionales lo han colonizado.

No está seguro de lo que quiere decir eso, así que piensa que es mejor preguntar.

—¿Cómo se deletrea su nombre? —pregunta.

El bar de cócteles es tranquilo y oscuro, situado en la planta diez y con vistas al río. La ve sentada mientras habla con una mujer mayor y cuatro hombres, tres de ellos jóvenes y uno de la edad de su padre. Ella lo mira nada más entrar, lo observa

mientras habla con uno de los jóvenes. Lleva puestas unas gafas con cristales transparentes redondos.

Ofrecen una mesa a Alban, y escoge una cercana al grupo de matemáticos en vez de junto a la ventana.

Pide algo llamado shangai surprise, porque le resulta vagamente familiar y, por lo que él sabe, incluso podría ser un cóctel clásico; después recuerda, mientras espera a que se lo sirvan, que es el nombre de otra de esas penosas películas de Madonna. Su aspecto y sabor son muy anaranjados. Ha elegido bien la mesa y el asiento. Está de cara hacia ella. Tiene un rostro muy interesante. Pómulos amplios y elevados, nariz delgada y pronunciada que se ensancha hacia las grandes fosas nasales. *Hmm*, bonitas fosas nasales.

Entonces piensa: *¿De repente soy un fetichista de las fosas nasales? ¿Cómo se me ha ocurrido eso?* Luce, o aloja, una expresión de irónica sorpresa aparentemente continua. Él puede oír su voz a duras penas. Suena agradablemente meliflua; no especialmente escocesa.

Me mirará, piensa él. Casi todo el mundo posee esa habilidad de percibir con su visión periférica que un rostro le está mirando fijamente con los ojos muy abiertos, incluso a cierta distancia. El mensaje puede tardar un poco en llegar al cerebro, pero lo normal es que llegue en algún momento y devuelva la mirada.

Finalmente ella mira hacia él. Alban alza su copa de cóctel y sonríe ampliamente, como si ya se conocieran. Ella frunce el ceño.

Pocos minutos después coloca sus manos sobre los brazos de su silla y asiente a todos los componentes de su grupo, como si se dispusiera a levantarse.

Se levanta. *Probablemente piensa marcharse a su habitación*, piensa él. Es mucho esperar que se acerque a hablarle.

Ella camina hasta él, con el rostro hacia un lado, y allí vuelve a fruncir el ceño. *Bueno*, piensa él, *¿quién lo diría?*

—Tú eres el tipo que se quedó dormido en la charla sobre la teoría del juegos esta mañana, ¿verdad?

—Soy culpable —asiente.

—¿Debería conocerte?

—Sí —responde con énfasis—. Deberías.

Ella agacha la cabeza y le mira por encima de la montura de sus gafas, con el ceño aún medio fruncido en su rostro de ligera sorpresa.

El se levanta y le ofrece su mano.

—Encantado de conocerte. Alban McGill.

Toman un par de copas. El intenta llevarla a un club o a otro sitio, pero está cansada de la noche anterior; tras la copa debe irse a la cama. Sin embargo, conectan bastante bien. Ha oído hablar de ¡Imperio! y de la empresa familiar. El ha, bueno, ha estudiado

matemáticas en la escuela. Toma una decisión administrativa sobre la que informará a Fielding por la mañana y la invita a cenar al día siguiente. Será mucho más tarde cuando descubra que, mientras formula la invitación, ella toma una decisión similar; en realidad mucho más inconveniente para ella que para él, que le permite aceptar.

Cenan en un restaurante flotante especializado en marisco, con vistas al río desde cerca del puente Yangpu. Beben. Les son debidamente servidas para su consumo y disfrute unas criaturas de las profundidades con aspecto de que no deberían existir en ningún mundo, y mucho menos en este, y desde luego no se debería permitir que se acercaran a ningún lugar cercano a una cocina, y mucho menos al tracto digestivo humano. Beben más.

Han hablado del SETI, el proyecto de búsqueda de inteligencia extraterrestre y acerca de SETI@home, un programa que permitirá a los ordenadores (ordenadores que son encendidos, pero que nadie utiliza) buscar evidencias de inteligencia alienígena entre un conjunto de señales de radio que el SETI ha acumulado y que sus propios ordenadores van a tardar siglos en rastrear sin ayuda. A partir de ahí empiezan a hablar de consolas y juegos en línea. Ella se pregunta si las máquinas de videojuegos podrían ser usadas de la misma forma, para hacer frente a tareas como extender el valor de Pi o buscar grandes números primos.

Están sentados relajadamente en su pequeño nicho de laca roja y hojas doradas; él bebe brandi y ella güisqui, mientras miran pasar de un lado a otro del río las luces de los barcos a un lado, y los camareros con sus platos al otro.

—Lo que deberías hacer —le dice ella—, es intentar crear una inteligencia artificial conectando todas las consolas de videojuego del mundo. Usar la conectividad.

—¿IA@home?

—Es tan buen nombre como cualquier otro.

—¿A través de módems de 56k? —pregunta desdeñosamente.

—No ahora; cuando la mayoría de la gente se conecte por fibra óptica o sin cables.

—De todas formas, esos cacharros están exprimiendo sus pequeños *chips* para llenar la pantalla de sangre y balas; no les queda tiempo para crear a HAL.

—Haz que la gente las deje encendidas.

—Claro. Con un poco de suerte.

—O mientras las están usando. Necesitarías tenerlas a todas haciendo otra cosa durante un rato.

—¿El qué?

—No lo sé.

Alban piensa.

—Podría tenerlas descargando ampliaciones de la red, o mostrando algo en la

pantalla de sus discos duros o de un CD. Aunque está el pequeño problema de sincronizar temporalmente todas las que hay en el mundo.

—Es perfectamente realizable. —Sus pequeñas gafas redondas se deslizan continuamente por su nariz, y ella no deja de devolverlas a su sitio con el índice derecho. El se pregunta cómo se lo tomaría si se inclinase justo antes de que volviera a hacerlo y lo hiciese por ella—. De todas formas —continúa ella—, no necesitarías todas y cada una.

—¿Y realmente crees que se podría mantener algo como eso en secreto?

—¡No, por Dios, no querrías mantenerlo en secreto! —Ahora parece horrorizada—. ¿Por qué querrías hacer eso? ¡No, no! Cuéntale a la gente que es parte de un experimento realmente genial para crear una inteligencia artificial. Dales un incentivo; hazles cooperar.

Alban gira sus ojos hacia arriba.

—¿Para qué decías que estábamos haciendo esto?

—¿Qué? —espeta ella en voz alta, casi saltando en su asiento—. ¿Cenar? Alban se ríe.

—Crear esta inteligencia artificial.

Ella se encoge de hombros.

—Porque sí.

Él vuelve a reírse.

Beben más.

—Eh, tío, suena como si tuvieses sentimientos encontrados.

—Y ese acento es terriblemente americano.

Ella inhala aire por un lado de la boca.

—Ya lo sé. Sigo intentándolo, pero nunca mejora.

—Puede que sea hora de rendirse.

—A pesar de ello, estoy decidida a perseverar.

—Reconsidéralo, por favor.

—*Umm.* —Ella mira hacia arriba—. No.

Él sacude su cabeza.

—Lo siento —se disculpa—. Es que somos muy cabezotas.

—¿Quiénes? ¿Los matemáticos?

—No, la familia Graef. Y así volvemos al tema de la familia y a los sentimientos hacia ella.

—Da igual, no tengo sentimientos encontrados.

—Creo que lo estás. Amas a tu familia y la odias al mismo tiempo.

—No, sólo los odio. ¿Lo ves? No hay conflicto.

—Hay un conflicto porque no eres capaz de admitir que los amas.

Él la mira con los ojos entornados.

—¿Estás segura de que eres matemática?

Beben aun más. Se encuentran en un taxi, de regreso al hotel.

—De todas formas, probablemente no voy a acostarme contigo.

—¿«Probablemente»? ¿«Probablemente»? —parece horrorizado—. ¡No puedes decir «probablemente»! ¡Eso no está bien! ¡Eso no es lo que pone en las reglas! ¡No se te permite decir eso! —Está a punto de meter al taxista en la conversación.

—De acuerdo, es definitivo. No esta noche.

—¿Qué? ¿Por qué no? ¡Pensaba que nos llevábamos de miedo!

—Y yo —coincide ella—. Por lo tanto, debemos habernos llevado de miedo.

—¿Entonces qué? ¿Nunca lo haces en la primera cita?

—Oh, Dios, no. He hecho eso... ¡Puf! Una y mis veces.

—Vaya, gracias.

—Pero esos fueron encuentros casuales —le explica—. Básicamente físicos. Como hacer deporte, en realidad. —Parece satisfecha de su analogía—. Mientras que nosotros nos llevamos tan bien que esto puede ser demasiado importante para arriesgarlo metiéndonos en la cama a la primera oportunidad.

—¿Me dices que no porque nos llevamos demasiado bien? —Se encuentra verdaderamente asombrado—. ¡Eso es lógica femenina! ¡Tú eres matemática! ¡Deberías ser inmune a eso!

—Ja —ríe ella—. Acabo de demostrar lo contrario. Je, je.

—Mira —dice él, decidido a cambiar de táctica—, solo suponiendo que lo hagamos.

—¿Suponiendo?

—¿Aún me respetarás por la mañana? —No es lo que quería decir en un principio, pero siempre ha querido decir esa frase.

Ella frunce el ceño dramáticamente.

—¿Aún?

De vuelta en el hotel, tienen el ascensor para ellos solos. Él se apoya contra una pared de espejo, con las manos en los bolsillos de sus pantalones, ligeramente inclinado hacia atrás. Ella se apoya en la pared de espejo opuesta, con una pierna subida por detrás y cruzada de brazos. Le sonrío. Él responde sacudiendo la cabeza.

Llegan antes a su planta. Suena un delicado *ching* y se abren las puertas. Ella se le acerca y le da un besito en la mejilla, entonces se gira hacia las puertas y mira hacia atrás.

—Bueno, señor McGill, ¿vamos?

—¿Qué? —dice él, inclinado aun más hacia delante. Ahora, profundamente confundido.

Las puertas empiezan a cerrarse, pero ella las bloquea a tiempo metiendo un pie a la vez que un decidido brazo.

—¿Y bien? —pregunta ella, inclinando su cabeza hacia un lado para indicar el pasillo.

Alban se abre paso desde la pared de espejo.

—¿Es que he pasado una prueba o algo así?

Ella se separa de los puertos y camina por el pasillo balanceando sus caderas.

—No, solo he cambiado de idea.

Él se apresura en salir antes de que se cierren las puertas.

—No me digas.

—Una chica puede cambiar de opinión, ¿verdad?

Él no sabe qué decir. Sacude su cabeza y empieza a aflojarse el nudo de la corbata. Ella ha comenzado a silbar.

Alban empezó a escribirle poemas y largas cartas a Sophie, las cuales guardó, fechadas y selladas, preparadas para añadirle una dirección a los sobres, y así poder enviárselas en cuanto supiera dónde vivía. Le envió una escueta carta a Lydcombe, marcada con los mensajes «Privada y Personal» y «Por favor, enviar», escrita a máquina en lugar de a mano, para que no resultara demasiado obvio que era suya, en la que le pedía muy formalmente que se pusiera en contacto con él y deseaba que estuviera bien, incluso aun sabiendo que la carta sería casi seguro interceptada por James y Clara.

Los poemas estaban acompañados por oscuras imágenes de pérdida y traición y largos pasajes líricos llenos de referencias a plantas, crecimiento y belleza. Las cartas eran una especie de diario, contándole cómo pasaba los días y las semanas (en parte para dejarle claro que no estaba intentando salir con otras chicas), y recordando algunos de sus ratos juntos en Lydcombe, así como intensas manifestaciones de amor y declaraciones de su determinación a verla de nuevo y a darle a su amor una nueva oportunidad.

No hubo muchas más secuelas. Había oído de refilón algo sobre enviarle a ver al tutor escolar pero eso acabó en nada. Andy no mantuvo con él más charlas «de hombre a hombre». Leah era, si cabe, más cariñosa y comprensiva con él que antes. Aquello podía ser embarazoso cuando salían fuera. Normalmente trataba de caminar unos pasos por detrás de ella si tenían que ir juntos a Richmond.

Intentó hablar con su primo Haydn cuando Andy y Leah invitaron a Kennard y a Renée a una velada en casa. Estuvieron sentados en el cuarto de Alban jugando con el ordenador. Haydn era muy malo. No le permitían los videojuegos en su casa y había prometido no jugar con ellos cuando fuera a las casas de sus amigos. Alban no sabía qué era más absurdo; hacer esa promesa o cumplirla. Además, Fielding, el hermano pequeño de Haydn, también estaba allí y era un verdadero incordio. Obviamente, él y

Haydn tenían que entretener al mocoso, incluso aunque era mucho menor que ellos. Diez años; un crío. Hay que ver.

Afortunadamente, Alban fue capaz de rescatar un viejo cubo de Rubik del fondo de un cajón lleno de juguetes, y el pequeño quedó fascinado con él; Fielding nunca había visto uno antes; así que Alban y Haydn pudieron jugar en paz. Haydn no tenía ni idea de lo que estaba haciendo, pero le encantaba jugar. Había un desesperado entusiasmo en su juego, como si estuviera intentando comprimir un año entero de diversión en una sola tarde.

—¿Cómo es que juegas aquí y no con tus amigos? —le preguntó Alban a Haydn mientras el más joven le cedía el recalentado mando del juego.

—Prometí que no jugaría con amigos, no dije nada de parientes —le explicó Haydn, parpadeando tras sus gafas.

—*Hmm* —dijo Alban, viendo una oportunidad—. Hablando de parientes, ¿has visto al tío James y a la tía Clara últimamente?

—No desde el año pasado. Están en Somerset, ¿no? —Haydn observaba las manos de Alban mientras manejaban el mando sin interés; esperaba su turno.

—Claro, ¿y a la prima Sophie?

—¿Qué pasa con ella? —Haydn frunció el ceño, todavía mirando los controles, sin uso en las manos de Alban.

—¿Dónde se encuentra ahora?

—No lo sé. ¿Vas a jugar tu turno? Puedo jugarlo por ti, si quieres.

—¡Hecho! —exclamó Fielding, y llegó saltando desde la cama para introducirse entre ambos, mostrando el cubo con un lado completo, totalmente rojo.

Alban suspiró.

Intentó llamar por teléfono y escribir a otros primos, pero nadie parecía saber nada. Continuó escribiendo poesías y cartas para Sophie. Extraía algunos de los mejores y más románticos poemas, y los incluía en algunas de sus cartas.

Durante un tardío desayuno de domingo, se preguntó en voz alta sobre si volverían a Lydcombe por Navidad, pero le recordaron que iban todos a esquiar a Austria. ¿Quizá la próxima Pascua? Se quedarían en casa o irían a Garbadale. ¿En verano, entonces?, sugirió.

—¡Qué aburridooo! —canturreó Cory, apartando la mirada de su cáscara de huevo vacía para hacer el truco en el que finges que es uno nuevo y no lo quieres—: ¿Lo quieres mamá?

Andy plegó su ejemplar del *Observer* y miró a Alban sobre el periódico.

—Alban, me temo que podemos olvidarnos de regresar a Lydcombe durante un tiempo. Al menos mientras James y Clara estén allí. —Parecía disponerse a añadir algo más, pero entonces intercambió una mirada con Leah y volvió a abrir su periódico.

—¡Creo que Austria va a ser algo maravilloso! —comentó Leah.

Austria. Eso no estaba nada cerca de donde Sophie había ido a esquiar antes, y donde podría ir de nuevo a esquiar, los Alpes franceses.

Alban empezó a pensar de nuevo en hacer su propio camino de vuelta a Somerset y tratar de encontrar a alguna de las amigas de Sophie.

El siguiente acontecimiento familiar era la boda del primo Steve, el hijo de la tía Linda y el tío Percy, con su novia, Tessa, en York, el próximo febrero. Él sabía que habían sido invitados y ya habían confirmado su asistencia. Se aseguró de preguntar dónde se alojarían, tan solo para comprobar que todo iba según lo previsto. Se alojarían en un hotel; ahora que tenía dieciséis años, Alban tendría su propia habitación individual.

Ella tendría que estar allí, ¿verdad? Era una boda. Era algo importante y simbólico. En dos años no había tenido lugar una gran celebración familiar en la que todos se reunieran; todo el mundo tenía que estar allí. Ella estaría allí. Probablemente insistiría en ello.

Alban no preguntó con antelación si Sophie asistiría a la boda; eso parecería sospechoso y desesperado. Sin embargo siguió pensando en ella; recordando su sonrisa, su risa, su voz, el olor de su pelo y el tacto de sus manos sobre su cuerpo, y las de ella sobre el de él, el recuerdo de estar en su interior.

Sus palabras, sus frases; todo ello ahora convertido en poemas, permanecía aún con él. «¡Se han marchado todos, maldita sea!», «Me caí del caballo, chaval», «¡Caray, tío! Tampoco me gustó hasta ese punto». Había formulado un ritual privado de susurros: «Prima, prima, dulce prima», que se recitaba a sí mismo cada noche antes de dormir, como si fuera una pequeña oración.

—Debes considerarme un maleducado.

—¿Debo? Muy bien.

—No, en serio Win; lamento lo de...

—No lo pienses más, querido. Yo no lo hago.

Oh, mierda, debe estar junto a la abuela Win. Las voces le llegan desde detrás, y suenan cercanas.

—Bueno, mientras podamos...

—Por supuesto, por supuesto. Ahora...

—Entonces, bien. Te veré dentro de un rato.

—No si yo te veo antes —oye decir a la abuela Win en voz baja. No ha reconocido la otra voz.

Se encuentran en el gran hotel cerca de York, para el bufé de recepción, seguido de un banquete de bodas por la noche. Ya se ha hartado de estar atrapado en encuentros con viejas damas que le dicen lo mucho que ha crecido (ha tenido que frotarse la mejilla después de que la tía abuela Beryl le diera un beso) y así ha

paseado junto a las ventanas, llevando un vaso de limonada porque Andy dice que no puede tomarse una copa de vino hasta la noche. Había algunas sillas y pensó que podría sentarse, pero entonces parecería perdido y solitario, más solo que la una, así que prefirió ir a contemplar la vista de los campos, que es por lo que está mirando la húmeda hierba y los árboles desnudos que hay hasta el lejano y grisáceo río, entre los marcos de los altos ventanales, con unas verdes cortinas de terciopelo muy altas a su espalda. No estaba tratando de esconderse, tan solo estaba inclinado sobre el interior de los blancos postigos de madera, pero las cortinas deben estar ocultándole y ahora está atrapado.

Se vuelve tan cuidadosamente como puede, comprendiendo que, mierda, sí, está completamente oculto por las cortinas. Una silla se desliza sobre el suelo de parqué y las cortinas le aprisionan hacia atrás a la altura del respaldo.

Oh, joder, se ha sentado.

Podría estar ahí atrapado durante horas.

Por otro lado, también podría oír alguna información interesante. Puede que incluso a la abuela Win diciéndole a alguien dónde está Sophie; nunca se sabe.

Hasta ahora ha sido una boda decepcionante. Sophie no ha venido. James y Clara sí. Los ha visto a ambos; el tío James lo miró de reojo mientras entraban en la iglesia, pero lo ignoró. La tía Clara lo vio mientras entraba en el salón de la fiesta para la recepción, un poco más adelante a Andy, Leah y Cory. Ella le dedicó una mirada desagradable antes de desviarla con rapidez. Se había estado preguntando si tenía algún sentido acudir a alguno de ellos, solo para saludar, puede que incluso para disculparse por cualquier malentendido, pero en realidad no desea tener que hacerlo y casi se siente aliviado de que se muestren tan severos. Probablemente no tenga sentido.

Ahora estaba allí atrapado, y si se movía o estornudaba o empujaban la jodida silla más atrás, sería descubierto y, por supuesto, la abuela Win daría por hecho que estaba espiándola deliberadamente. Oh, joder. Esto era culpa de su padre; Andy le prohibió que llevara su nuevo Walkman a la iglesia o a la recepción. Si tuviera el maldito cacharro podría fingir que estaba allí escuchándolo y, por lo tanto, que era completa e inocentemente ajeno a lo que ocurría detrás de él.

Oyó una voz apagada, luego a la abuela Win decir:

—Por supuesto, querido. ¿No te importa? Oh, solo un poquito de todo. Y lléname la copa, si no te importa. Graeme; ven y siéntate aquí. ¿Dónde está Kennard? Fabiole, cariño, ve a ver si puedes encontrar a Kennard, ¿quieres? Lauren, eres un encanto pero, ¿podrías sentarte por allí? Me gustaría hablar con Kennard y, ya sabes que habla tan bajo, y este es mi lado bueno. Gracias, Dios te bendiga, cariño.

Él sabe que debe esperar allí y ver si puede oír algo sobre Sophie, pero no cree tener el valor de hacerlo. Si le descubren, no podrán sino acusarle. Si se marcha ahora puede que reciba un par de miradas de reproche, pero nada más porque acaban de sentarse. Si espera, entonces resultará obvio, aunque él estaba allí antes, que eligió

quedarse a escuchar lo que la gente decía. Además, tarde o temprano su madre y su padre empezarán a preguntarse dónde está y empezarán a buscarle, puede que incluso llamándole. Eso sería demasiado embarazoso.

Le preocupaba que lo trataran como una especie de bicho raro o un leproso por lo que había pasado con Sophie, pero hasta ahora todo parecía normal. Bueno, tan normal como estas reuniones familiares suelen resultar. Había tenido pesadillas en las que entraba a una sala como esa delante de todo el mundo y el lugar quedaba en silencio mientras le miraban, horrorizados, suponía él, de que hubiera tenido el valor de aparecer después del desafortunado desfloramiento de su prima. Después miraba hacia abajo y se daba cuenta de que lo estaban mirando porque iba completamente desnudo. Entonces se despertaba.

Sin embargo, después de todo, en la cruda realidad, nadie parecía reaccionar ante él de forma diferente aparte de James y Clara. A lo mejor todo había sido silenciado, como hacía el gobierno con los asuntos embarazosos. Suponía, siendo sincero consigo mismo, que eso era muy propio de todos ellos, incluso de él.

De todas formas, necesita orinar; demasiada limonada.

Da un empujón hacia atrás con su trasero contra el respaldo de la silla a través de la cortina.

—¡Oh! ¿Quién es? —pregunta la abuela Win—. ¡Hay alguien ahí! —le oye decir a los demás.

Él sale de detrás de la cortina.

—Hola, abuela. —Siente cómo va poniéndose rojo.

—¡Alban! —exclama efusivamente la abuela Win, extendiendo una mano hacia él. Lleva puesto un vestido oscuro de color lila y un amplio sombrero del mismo color. Hay un grupo de la familia a su alrededor, todos asienten y le saludan—. ¿Qué estabas haciendo ahí, jovencito? —pregunta la abuela Win, sonriéndole y tomándole de la mano—. ¿Tratando de escapar? ¿Eh? ¿Planeando una huida?

—No, solo estaba...

—¿Cómo estás, jovencito? Tienes muy buen aspecto. Qué traje tan bonito. ¿Te estás aplicando en el colegio? Oigo muy buenos informes académicos.

—Estoy bien —contesta sin saber qué decir, ni siquiera si responder.

—Me alegro de oírlo, Alban —afirma la abuela Win dándole unas palmaditas en su mano con la que tiene libre—. ¡Oh, seguro que vas a romper unos cuantos corazones antes de terminar! ¿Verdad, Lauren?

—Sin remedio —coincide la tía Lauren mientras enciende un cigarrillo.

—Oh, por favor, Lauren —protesta la abuela Win con una apenada sonrisa.

—Lo siento —dice la tía Lauren—. Lo olvidé. —Apaga el cigarrillo en un pequeño cenicero redondo que guarda en su bolso.

—Bueno, Alban —comienza a decir la abuela Win—, espero que esta noche le ofrezcas un baile a tu vieja Yaya. ¿Verdad? No creo que te resulte demasiado horripilante, ¿no es cierto?

¿Un baile? ¿Está loca?

—Por supuesto, abuela —responde él.

—Buen chico. Creo que vas a ser un muchacho encantador. Bueno, es mejor que te deje marchar o la gente va a empezar a murmurar, ¿no crees? —Deja escapar una risita infantil y le suelta la mano. Él sonrío avergonzado y se vuelve para marcharse —. Oye, Alban —añade.

—¿Si, abuela? —pregunta mientras se vuelve.

—Parece que Fabiole ha desaparecido. ¿Serías tan encantador de traerme una copa de champán?

—Por supuesto, abuela.

—¡Eres una joya! Y, por favor, llámame Win.

—De acuerdo, Win.

—Eres absolutamente encantador.

Incluso con sus tacones, advierte Alban, él es más alto que la mayoría de las mujeres de la familia con las que tiene que bailar después de la cena.

La abuela Win insiste en su baile. Se ha cambiado; ahora lleva un vestido de seda rojo. Huele a lirios. Sus ojos le llegan por la barbilla.

—¿Y cómo estás realmente, Alban? —le pregunta.

—¿Realmente, Win?

—Ya sabes a lo que refiero.

—Estoy... —empieza a decir—. Estoy bien.

—Entonces, ya has superado tu ligero flechazo, ¿no?

Le lleva un momento darse cuenta de lo que está hablando. ¿Un ligero flechazo? Le entran ganas de darle un pisotón a la vieja bruja. Vacila, sin saber qué decir. Teme derrumbarse y echarse a llorar si empieza a hablar de Sophie, sobre todo a la abuela Win.

—Alban, querido —le susurra Win mientras bailan—, tienes que comprender que siempre intento hacer lo mejor para la familia. No hago las cosas por mí, ni siquiera por Bert. Todo es por esta familia. Ese ha sido mi papel. Hoy día podría parecer anticuado, pero es en lo que creo. Sé que debes culparme por lo que ocurrió en Lydcombe pero, oh, querido, no hay otra manera de decirlo, es por tu propio bien. ¿No lo ves? ¿Eres lo bastante maduro para entenderlo? —En ese momento se miran a los ojos. Parece pequeña y frágil, pero Alban tiene la sensación de estar bailando con una navaja automática envuelta en un pañuelo de encaje. Quiere estremecerse—. No, debes odiarme también por eso, me atrevería a decir —dice mirando otra vez sobre su hombro—. Pero no importa. Detesto que me digan ese tipo de cosas. Todo el mundo lo detesta. Y por supuesto, es aun más irritante cuando es la verdad y sinceramente es por tu propio bien. A veces no te queda más opción que confiar en los que son mayores. —Siguen bailando un poco más. Él reza por que acabe la canción—.

Entonces, ¿te encuentras bien, Alban?

Por supuesto que no se encuentra bien. ¿Cómo podría encontrarse bien sin Sophie, sin ni siquiera saber dónde está?

—Estaré bien, Win —responde.

—¿Y lo has superado? —Su voz es muy suave.

—Estaré bien, por favor créeme —le contesta. Lo que quiere decir es: «Estaré bien cuando pueda volver a ponerme en contacto con Sophie, e incluso mejor cuando estemos juntos de nuevo, esta vez para siempre». No va a decir nada más, no va a renunciar a Sophie, a renunciar a su amor por ella, o a decir algo que es, en realidad, una mentira.

—Bien —dice Win—. Bueno, por favor créeme, espero que lo estés ahora y también en el futuro. —Ella deja de bailar y suelta su mano y su hombro—. Y ahora creo que será mejor que me acompañes de vuelta a mi asiento. Si eres tan amable.

Él se acuerda de agradecerle el baile.

Baila con Tessa, la novia. Tiene diecinueve años; solo tres más que él. Es bajita, bien formada y rubia y, francamente, le gusta mucho. Al bailar con ella tiene una erección, pero se mantiene alejado para que no se de cuenta. Baila con todo el mundo, y resplandece, sonrío y parece estar pasándolo muy bien.

También tiene que bailar con Leah, que está un poco achispada y no deja de reírse. Es bochornoso.

Hay algunas chicas muy guapas y, al menos una impresionante dama de honor de la familia de Tessa con la que no le importaría bailar. Se supone que luego va a haber discoteca, con mejor música que la de esa basura de banda; esperará hasta entonces para invitar a bailar a las chicas. Se ha bebido dos copas de vino, Andy sabía de una y Leah de la otra, pero en realidad no le han afectado mucho. Se siente un poco contento, por decirlo de alguna forma, pero nada especial. Piensa volver a la barra en un minuto a tratar de conseguir otra copa.

Está sentado en una mesa, descansando (sus zapatos son nuevos y no muy cómodos, así que merece la pena conservar los pies para la discoteca, más tarde) cuando llega la tía Lauren a sentarse junto a él y le pregunta cómo está y si se está divirtiendo. La tía Lauren es más o menos de la edad de Andy; una mujer rechoncha de aspecto tierno, con el pelo rizado de color marrón y, habitualmente, predilección por las medias de abundantes rayas. Esta noche va ataviada con un conjunto más convencional.

—Querido —dice en voz baja, tocando levemente su hombro—. He oído algo acerca de ti y de la joven Sophie. —Sonríe tímidamente.

¿Lo ha oído? ¿Quién se lo ha contado?

—¿Ah, si? —pregunta él.

—Debe haber sido difícil para ti, Alban. Estas cosas siempre ocurren cuando eres muy joven.

—¿Te importa que te pregunte cómo lo has averiguado, tía Lauren?

—No te preocupes. —La tía Lauren le guiña un ojo—. Nadie más lo sabe. —Se inclina más hacia él—. Y no todo el mundo sabe que lo sé. —Huele a cigarrillos y a perfume—. Pero pensé que tú deberías saberlo.

—Bien.

—¿Ibais muy en serio vosotros dos?

—Sí —responde. No puede evitar la sensación de que le va a abofetear en cualquier momento, o de que va a estallar de risa, pero parece decirlo en serio así que él la trata de la misma forma—. Sí, íbamos en serio.

—¿Era algo muy romántico? ¿Lo era?

—Era... —Se siente avergonzado, mira hacia abajo—. Era... era hermoso, tía Lauren —le confiesa, subiendo la mirada hacia ella y sintiéndose profundamente vulnerable, ya preparado para resistir estoico e impávido si ahora se ríe de él, o le dice que no sea tan estúpido, que no es más que un amor de juguete, un capricho ingenuo.

En cambio, ella contiene el aliento y se lleva una mano a sus retocados labios.

—Pobres, pobrecillos. —Sacude su cabeza, le brillan los ojos y Alban teme que vaya a romper a llorar—. La amabas —afirma con un asentimiento.

—Sí, por supuesto —responde con la voz calmada y equilibrada.

Ella le brinda una temblorosa sonrisa y estira una mano para acariciarle el pelo. Él intenta no retroceder.

—¡Oh! ¡Sois tan jóvenes! ¡Pobrecillos! ¡Nuestros pequeños Romeo y Julieta! No sois más que unos niños, pero hoy en día crecéis tan deprisa... —comenta, asintiendo.

—Creo que ahora ella está en España —dice él, sin saber qué más añadir.

La tía Lauren retira la mano de su cabello. Es un alivio.

—Lo sé —contesta—. En Madrid. Lo sé.

Así que lo sabe.

—¿Sabes la dirección en la que vive? Me gustaría escribirle, pero James y Clara no le enviarán...

—Oye, Alban, he tenido que prometer que no te diría dónde está, lo siento. Pero está bien, eso sí puedo decírtelo.

—Todo lo que deseo es escribirle, tía Lauren.

—Lo sé, querido, lo sé. Pero no puedo darte su dirección. No concretamente. Sé dónde está, pero no esa dirección. —(El toma nota mental de la frase). Parece pensativa—. Supongo que no resultaría difícil averiguarlo. Eso sería posible. Supongo. —Mordisquea la uña de su meñique izquierdo.

—¿Podrías hacerlo? —sugiere.

¡Esa podría ser la forma!

—Bueno —responde ella, insegura.

—¿Quizá podrías hacerle llegar mis cartas? —inquieta con urgencia, girándose hacia ella mientras se inclina, bajando la voz. No parece haber nadie lo

suficientemente cerca para oír la conversación. La mayoría de ellos está bailando. La música está bastante alta, ahogando cualquier conversación y manteniendo la suya en secreto—. Eso es todo lo que necesito, tan solo poder escribirle. ¿Podrías hacerlo? ¿Por favor? Por favor, tía Lauren.

La tía Lauren toma aire y se yergue.

—Sí. Podría hacer eso por ti, Alban —admite ella. Asiente—. Me encantaría hacerlo por ti. Sí, lo haría.

—Oh, tía...

—No, espera. Tendrías que prometerme que no intentarás que haga algo que sus padres no deseen que haga. Me refiero a cosas como huir juntos o algo igual de estúpido. No podría formar parte de algo así. Tendrías que prometérmelo.

—Lo único que quiero es hablar con ella, verla de nuevo.

—Bueno, eso podría suceder algún día, pero tienes que prometerlo.

—Prometo que no le pediré que huya conmigo.

—Bien, si lo prometes, de acuerdo.

—Gracias tía Lauren. Esto significa mucho para mí.

—No te preocupes. Ahora bien, ¿tienes nuestra dirección?

—Sí. —Él tenía las direcciones de prácticamente toda la familia; Andy y Leah eran muy estrictos acerca de las cartas de agradecimiento.

—Entonces, de acuerdo. Envíame lo que quieras que le mande a ella. Por supuesto, no puedo prometerme que te responderá. ¿Lo comprendes?

—Por supuesto, tía Lauren. Gracias. Muchísimas gracias.

—Oh, pobre chiquillo, pobrecillo —agregó ella, y sostuvo su rostro entre ambas manos. De nuevo pudo oler el perfume dulzón y el humo de cigarrillos.

—Ahora, ¿querrás bailar una vez más conmigo?

—Me encantaría, tía —le contestó. Se levantó con una sonrisa y le ofreció su brazo.

Para dos personas: hervir un cazo (unas cuatro tazas de agua deberían bastar). Luego, en un tazón mediano u otro recipiente lo bastante grande, agregar una ración doble de puré instantáneo. Yo personalmente siempre he usado Puretín, con el que vertías los trocitos en el tazón y después añadías el agua, pero está claro que las otras marcas de instantáneos son aceptables (normalmente eso significa poner el agua primero, según el maldito paquete). Añadir una porción de margarina, mantequilla si tienes y utilizar algo de leche en lugar de una parte del agua si se desea. Se puede sazonar el puré de antemano si se prefiere, salpimentando antes de añadir el agua, de forma que al mezclar con el tenedor haces dos cosas a la vez. Añadir salsa «Guorchester» y salsa de tomate al gusto de cada cual mientras se mezcla; a mi me gusta un montón.

En este momento, si estoy en una cocina de verdad en vez de acampando en el exterior, añado una lata de guisantes hervidos en frío, aunque puedes calentarlos en

una sartén primero. Da igual, échalos ahora. Solo una lata del tamaño normal, tipo lata. Mezclar un poco. Ahora coge una lata normal de ternera con maíz, córtala en tacos y añádelos a la mezcla. Existen diferentes escuelas de pensamiento sobre si rascar la grasa que normalmente se acumula en la parte superior y en las esquinas de la ternera, pero yo aconsejo su extracción. Hay que tener cuidado de machacar adecuadamente los pedazos de ternera con maíz de la mezcla con el tenedor, apartando los trocitos especialmente grumosos; además, si te encuentras con algún trocito de vena o arteria o cualquier pálido pedazo gomoso de esos que a veces hay, en ese momento, sácalos; es mucho mejor que encontrártelos más tarde metidos entre los piños. Añadir más salsa picante, pepinillos, cosas de ese tipo para darle un toque personal, teniendo siempre en cuenta las preferencias de tu acompañante. Para darle un toque festivo, ralla algo de queso por encima (o añade unas cuantas lonchas si, al igual que me pasó a mí, unos cabrones se cargaron tu rallador). Calentar en el microondas (solo en una cocina de verdad, por supuesto, ¡a no ser que hayan inventado microondas para *campings* de los que no he oído hablar!). Normalmente un par de minutos son suficientes.

Servir. Una cucharada sopera o de postre debería ser todo lo que se necesita.

Oh, perdón; nombre del plato: engrudo. Así bautizado por nuestro hombre, Alban, burlándose como siempre.

¡Disfrutad!

Al final lo llevó hasta el interior del lago, envuelto en un papel marrón y cerrado con una vieja y deshilachada cuerda. Lo había atado a una gran piedra e intentó que se hundiera en la parte más profunda del lago, pero luego cambió de idea. Deshizo el paquete, retiró el pedrusco y lo dejó caer por la borda del bote en las oscuras aguas marrones, contemplando cómo su cambiante palidez desaparecía en las frías profundidades en solo un par de segundos.

Las montañas se alzaban en toda su altura a ambos lados del gran lago interior, verdeando ya con la llegada de la primavera. Los picos orientales resplandecían bajo la luz del sol, los occidentales permanecían oscuros. Unas nubes altas giraban lentamente a través del cielo, tornándose rosáceas mientras gradualmente llegaba la puesta de sol. El viento del oeste, amainando y a ráfagas, trajo un aroma a océano con él. Se encontraba más o menos en mitad del lago, guarecido de la vista desde el embarcadero, y de su extremo y de las ventanas de la planta superior de la Mansión Garbadale, guarecido de la vista desde cualquier habitación o camino.

Tras deshacerse del pedrusco volvió a atar el paquete, luego utilizó algo de gasolina de la lata que había en la barca para empapararlo, sosteniendo el fardo por un extremo para evitar derramar en el interior del bote la mezcla de aceite y combustible. La inclinada embarcación se balanceó de un lado a otro con él en su interior, y las olas salpicaron sobre el casco. Cayó un poco de la mezcla en el agua, extendiéndose

casi inmediatamente y produciendo un reflejo irisado sobre las parcialmente tranquilas olas de sotavento.

El combustible estaba frío cuando rozó sus dedos. Se enjuagó una mano y luego la otra en las gélidas aguas del lago, sosteniendo el chorreante y apestoso paquete por un trozo de cuerda de la parte superior. Luego lo arrojó a un metro del bote. Extrajo de la bodega unas cerillas a prueba de viento. Encendió una y la tiró. El viento la arrastró y falló, apagándose en el agua a corta distancia del paquete medio hundido. Volvió a intentarlo, calculando el viento. La cerilla golpeó el paquete y rebotó; al principio pensó que no había funcionado, y ya se preparaba para encender otra cerilla cuando vio surgir las llamas sobre el paquete, inmediatamente azules y luego amarillas.

Las llamas aumentaron y se extendieron, envolviendo el fardo con rapidez. El viento arrastraba el bote hacia la pequeña isla de fuego que él había creado; usó un remo para empujarlo, alejándolo de allí. Una pequeña llama prendió en la pala del remo; lo introdujo en el agua para apagarlo. Después arrancó el fueraborda, tirando un par de veces del cordel hasta que el pequeño motor de dos tiempos cobró vida. Se sentó, puso las aspas en reverso y alejó el bote unos cuantos metros más del llameante bulto, luego dejó el motor al ralentí, sin velocidad, mientras contemplaba arder el paquete.

Ardía bien, el papel y la cuerda se oscurecían y desaparecían, permitiendo que el chaquetón de dentro, empapado en gasolina, se desvolviera mientras la envoltura que lo contenía se deshacía en llamas, igual que una oscura flor ardiente. El viejo chaquetón encerado ardía incluso mejor; el combustible de la barca lo iniciaba, y la cera traspasaba sus fibras manteniendo el fuego con vida hasta que toda la piel marrón verdosa ardía con brillo y fuerza, reflejándose sobre el crispado oleaje y calentando su rostro.

Esperó hasta que allí no quedaba casi nada, tan solo unos trozos de tejido del color de la ceniza, algunos aún cubiertos por diminutas lenguas de fuego, entonces aceleró el motor del bote, lo giró y pasó justo por encima de lo que quedaba del chaquetón que su madre había llevado cuando se suicidó. No sabía qué morbosidad o insensibilidad les había llevado a quitarle el chaquetón a su rescatado cadáver y guardarlo, para no tocarlo ni llevarlo puesto jamás, un fantasma con forma en parte humana, colgado, embrujado, en el guardarropa de la casa, pero él no podía soportarlo más. Lo había visto el año pasado cuando estuvo allí con sus padres y no pudo creer que siguiera ahí. No podía creer que aún estuviera ahí cuando había regresado por su voluntad este año.

Lo había hablado con Neil McBride, pero el administrador de la finca no deseaba hacer nada al respecto; era un asunto de familia. Se lo había mencionado a la abuela Win, pero ella insistió en que el chaquetón debía quedarse donde estaba e insinuó, de pasada, que su fallecido marido, Bert, habría querido que permaneciera allí. Había sido su viejo chaquetón favorito, luego el de uno de los chicos, y era en memoria de

Bert, tanto como de Irene, por lo que colgaba del guardarropa.

No le importaba. No le importaba. Se había detenido en Garbadale durante una ruta en motocicleta por las montañas, había cogido el chaquetón, lo había envuelto alrededor de un pedrusco de la orilla, había cogido un bote del embarcadero y había llegado hasta allí, sin ser visto, bajo la mortecina luz del crepúsculo y quemado la jodida prenda. Era su madre. Era su decisión. Si ellos se enfadaban, pues de acuerdo; ya estaba hecho.

Quedaban algunos empapados restos, ya sin arder, flotando a duras penas. Pasó con la barca sobre ellos unas cuantas veces más, hasta que allí no hubo prácticamente nada más que ver, entonces giró la proa hacia el noroeste y la casa, acelerando mientras se sentaba, respirando con fuerza, con las lágrimas secándose en sus mejillas bajo la artificial brisa creada por el avance de la barca.

—¡All Bran!

—¡Eh, grandullón, joder, tienes buena pinta! ¡Me cago en la puta, échate un vistazo! ¡Me cago en la puta!

—¡Gran Al! ¿Cómo lo llevas?

—Buenas noches a todos.

Está de vuelta en Perth, en el viejo piso de Tango, con una puerta nueva tras haber recibido las atenciones de la policía; al parecer el ayuntamiento se había tranquilizado cuando se pagaron las facturas y los meses atrasados, y la vida había vuelto a la normalidad.

—Siéntate Al, venga; siéntate. Shone; levanta tu ignorante culo de ahí. Eso está mejor. Así que, ¿cómo te va, grandullón?

—Estoy bien. ¿Cómo está todo el mundo?

Intercambian amistosos *saludos*. *El salón está* bastante Heno de gente y de humo, la mesa del café, repleta de latas, botellas, ceniceros y tazas. Alban conoce a seis de las ocho personas allí presentes, examina a las otras dos, una de las cuales es una señora gorda con un ojo morado. Puede oír niños gritando en otra parte del piso.

—Estaba pensando en hacer un engrudo de tamaño gigante para todos los reunidos —le explica Tango—. Utilizando un par de latas de sopa india que ha traído aquí nuestro amigo el Cachimba. ¿Te apuntas?

Alban sonríe.

—Tan tentador como siempre, sobre todo con la sopa picante, sin duda; sin embargo estaba pensando en invitaros a todos a una cena y lo que tenía en mente era curri.

—¿Tienes plata, Al?

—Como una argétea pieza de incrustación recién pulida.

—¿Quíiiiiii? —pregunta Shone.

—Pues curri, entonces.

Se inclinan por un restaurante a domicilio, ya que algunos no quieren tener que salir para comer. Piden por teléfono un menú kilométrico. Al ayuda haciendo té en la cocina, esquivando a los perros y a dos niños sin identificar que juegan a algo que parece consistir en ser perseguido y no dejar de chillar.

—Ma'legro de verte, Al.

—Yo también, Tango.

—Al, perdona tío, pero todavía no puedo devolverte tu cuarto. Es solo que Mifty ha tenido un par de problemillas con su hombre y...

—No hay problema, Tango; me quedo en un hotel. —Mira en la nevera—. Necesitamos más leche. Bajaré a la tienda.

—Mierda —dice Tango, empujando con la rodilla a uno de los niños que pasan—. ¿Otra vez habéis estado tirando la leche por el retrete? —Los niños chillan y desaparecen.

—Oye, Tango —pregunta Alban mientras se seca las manos con una toalla—, ¿dijiste que algunas de mis cosas reaparecieron?

—Sí, como te dije por teléfono; un jodido milagro, pero ocurrió. Justo aquí. En el armario. —Una gran bolsa negra de plástico se cae del estante del armario al abrir la puerta—. No hay mochila, desde luego; ya te dije que les gustó a esos polis, pero enviaron todo esto de vuelta.

Alban echa un rápido vistazo al interior.

—Vale. Lo dejaré aquí por ahora y la recogeré antes de irme al hotel.

—Que no se te olvide.

—No se me olvidará.

Llega la comida; se comen la mayor parte y guardan el resto para el día siguiente. Tango prepara hamburguesas y patatas para los niños. Beben latas, abren botellas de vodka y fuman unos porros. Deede admite que, en realidad, no le gusta el engrudo de Tango. Tango parece horrorizado.

—¡Pero si es mi plato estrella!

Se enciende un caluroso debate acerca de la supuesta calidad de Puretín y Don Puré, con el resultado de una victoria del segundo por un voto (a pesar de los aullidos de protesta de Tango), debido en gran parte a la forma del envase, gracias a la cual es más fácil de escamotear mientras sales de tu establecimiento habitual sin completar, técnicamente hablando, la parte monetaria de la transacción. Se terminan las botellas de vodka, encienden más porros. Alban está relativamente abstemio, y a las once se pone en pie para marcharse, ante un coro de lamentos para que se quede.

Tango lo acompaña hasta la salida. Recuperan la bolsa de plástico negro con sus pertenencias del estante del armario.

—Entonces, ¿te marchas, Al? —dice Tango, silenciosamente.

Alban le mira. Hay algo en la expresión de Tango, como si hubiera visto algo en la de Alban.

—Sí, puede que una temporada —responde, retorciendo el extremo de la bolsa de

basura para obtener un mejor agarre—. Hasta Glasgow mañana, y más al norte para una reunión familiar dentro de un par de días. Después de eso, ya veremos.

—Bueno, cuídate, ¿vale? —Tango levanta su mano.

—Claro que sí. Tú también. Dame un toque.

—¿Ah, sí? —Tango sonrío.

—No, en serio. Estoy pensando en comprarme un móvil; incluso puede que mañana. Te llamaré.

—Hazlo, grandullón.

—Chao, Tango. Gracias por todo.

—*Vaya con Dios, Al.*

—Ni de coña.

Se abrazan, después sale por la puerta, baja las escaleras y se marcha.

Capítulo 6

Caminan junto al cauce del río Kelvin durante un frío día en Glasgow en el que parece como si hubiera cambiado la estación, la ciudad está a un lejano y grisáceo clamor de distancia y por encima de ellos; el olor a humedad del río (blanco al precipitarse por los diques, quieto y oscuro en los prolongados tramos que hay entre ellos) les sigue, el rumor resuena bajo los puentes y entre los muros y los estribos que los encierran.

Ella viste como siempre, con guantes pero sin abrigo. Él lleva botas, vaqueros y su vieja chaqueta de montaña, aunque lavada y encerada. Pasean lentamente. Con los brazos alrededor de la cintura del otro; ella a veces apoya su cabeza en el hombro de él.

Finalmente, ella habla acerca de lo que ocurrió en el tsunami. Nunca lo había hecho con anterioridad. Las superficiales marcas en un costado y en su espalda eran los únicos recuerdos que estaba dispuesta a revelar. Ya casi se habían desvanecido, diluyéndose lentamente en la nada. Ahora hablará sobre lo que ocurrió.

Se encontraba buceando con tubo y aletas sobre el arrecife, era temprano. Había dejado a Sam, el tipo con el que se había ido de vacaciones (otro escalador), bien dormido en su cabaña de la playa. Era otro hermoso día; se sentía llena de energía y optimismo y había nadado muy lejos y hacia dentro, estaba contenta de sentir la luz del sol y el agua cálida sobre su piel. Había estado nadando, con la cabeza sumergida, contemplando un brillante banco de peces diminutos, dirigiéndose hacia un pequeño risco de coral poco visible más adelante, cuando se dio cuenta de que los peces habían acelerado, al igual que ella; el desigual fondo de arena bajo los peces se estaba moviendo, abruptamente, mucho más rápido que antes. Diminutos soplos de arena, que se movían y alargaban como microscópicos rastros de humo, indicaban que alguna especie de corriente estaba moviendo mar adentro toda la masa de agua en la que ella y los peces se encontraban nadando. No podía entenderlo.

Sacó la cabeza del agua, pero todo parecía normal; olas por todas partes, pero más violentas sobre el arrecife de delante de lo que antes había percibido...

El agua se estaba alejando de la orilla. Empezó a darse cuenta de lo que podría tratarse mientras era arrastrada sobre un extremo del arrecife; las olas se elevaban con una violencia mayor. Sintió un escalofrío repentino y no estaba segura de si era una corriente de agua fría o algo dentro de ella. Aquello significaba algo. Había oído hablar de ello. Era algo malo. Un aviso. Volvió a sumergir su cabeza dentro del agua, tratando de ver el arrecife. Estaba muy cerca de la superficie; no quería chocar con ningún coral. Se suponía que no se debía tocar el arrecife, ya que podrías romper algún trozo. El agua se volvía turbia debido a la arena, llenándose de burbujas de aire. Vio que se estaba acercando demasiado al arrecife. Intentó nadar hacia lo que parecía una parte más profunda a uno de los lados. El agua se encrespaba salvajemente sobre el coral, retrocediendo a lo largo de toda la costa de la isla. Echó un vistazo a la

dorada playa; árboles frondosos y un cielo perfectamente azul en la distancia; todo parecía estar tranquilo y sereno, como si no ocurriera nada.

Fue arrastrada de lado en una corriente giratoria. Algo la golpeó en un costado y empezó a darle la vuelta. Gritó, escupiendo el tubo mientras era arrastrada de espaldas sobre los abruptos filos y los sólidos riscos de coral.

Un tsunami. Tenía que ser un tsunami. Ella había asistido a una conferencia en Japón, en un sitio junto al mar del que no podía recordar el nombre, donde tenían señales de aviso de tsunami por todas partes y aquella era una de las cosas que te contaban sobre el tema, el fenómeno que te permitía saber que se acercaba una gran ola; el mar desaparecía, retirándose de la franja de tierra. Cuando eso ocurría tenías que intentar llegar a tierra alta porque el mar siempre volvía en un tsunami.

El mar estaba agitado, ya no era brillante y azul, sino marrón arenoso allí donde no saltaba una espuma de un color blanco sucio. El arrecife estaba ahora a su espalda. Intentó nadar, manteniendo su cuerpo lo más cerca que pudo de la superficie del agua para evitar ser golpeada por más fragmentos de coral o roca. Comenzó a nadar mar adentro a través de las rompientes olas. Ya no existía una pauta en el oleaje, tan solo caos; ella tosía y escupía, tragando bocanadas de agua con arena. Se dio cuenta de que las gafas y el tubo habían desaparecido, arrebatados por la corriente. Recuerda haber pensado, con bastante calma, que eso era un tanto fastidioso e inoportuno, porque el tubo podría haberle sido de ayuda en medio de aquellas turbulentas aguas, y el hecho de haberlo perdido significaba que podría morir.

—Y entonces pensé en Sam —dice ella ahora, junto al cauce del río Kelvin—. Él había querido comprarme un móvil en el aeropuerto, antes de despegar, pero no se lo permití. Yo tenía una pequeña bolsa impermeable en la parte de abajo del bikini con dinero en su interior, y el dinero seguía allí. Sam guardaba su móvil en el suyo. De haber tenido un móvil, podría haberle llamado para avisarle.

—O también te lo habría arrebatado la corriente —aduce Alban, estrechando el brazo a su alrededor, acercándosela aun más—. O el suyo podría haber estado apagado. No puedes saberlo.

—De cualquier forma, continué nadando mar adentro, siguiendo el agua.

—¿No hacia tierra?

—Estaba demasiado lejos. De todas maneras me estaba arrastrando.

El agua se volvió menos violenta y algo más fría mientras ella proseguía con su lento retroceso. Pensó en dar la vuelta, en nadar a tierra, en correr por la playa y de vuelta al hotel pasando por las cabañas de la orilla, avisar a la gente, avisar a Sam. Pero no sabía lo que iba a tardar en llegar la gran ola; le aterrorizaba volver a nado y que el tsunami la atrapase mientras aún estaba corriendo por la playa.

Cuando llegó la ola, la elevó como si estuviera haciendo surf en la playa, pero entonces no la dejó caer; en lugar de la habitual inclinación biselada, aún sin rompiente, era como el filo de un gigantesco bloque que se movía, reforzando su marcha en masa hacia tierra. Se sentía impulsada en dirección a la orilla, y se volvió

y nadó lo más rápido que pudo otra vez mar adentro, ahora realmente aterrorizada, empezando a sentir pánico, notando cómo las fuerzas la abandonaban al agotarse sus músculos. Era una nadadora fuerte y rápida; intentó alejar de su mente lo que estaba ocurriendo y se concentró en establecer un fuerte y rítmico braceo, imaginándose en una piscina en la que trataba de batir su propio récord de cien metros libres.

Oyó el choque de la ola contra la tierra, el estruendo de su caída sobre los arrecifes y la arena al descubierto, el ruido de los árboles crujiendo y haciéndose astillas al ser impactados. Esperaba escuchar gritos cada vez que una de sus orejas salía a la superficie, pero no le pareció oír ninguno.

Finalmente, acabó demasiado agotada para el braceo. Se giró de espaldas al agua, para usar un grupo muscular algo distinto con el braceo de espalda. Ahora podía mirar hacia tierra; veía árboles en la distancia y olas casi igual de altas. No sabía si aún estaba siendo arrastrada hacia la orilla. Los árboles que podía ver parecían estar bastante lejos. Continuó nadando. Sentía sus brazos y piernas como de gelatina, como si no hubiera huesos en su interior, igual que si fueran tan endebles y flácidos como la masa de una medusa varada. Se notó mareada y empezó a tener arcadas de agua salada, tosía y escupía mientras se le metía por la nariz y por un momento tuvo la sensación de que se estaba ahogando. Continuó nadando.

Algún tiempo después fue recogida por un pesquero. Trató de ayudarles a que la subieran a bordo pero no le quedaban fuerzas. Hicieron falta tres hombres para tirar de ella hasta el interior. Yacía jadeante sobre la pegajosa cubierta, mirando el ondulado cielo sobre un mástil ancho y corto, intentando darles las gracias diciendo: «Tsunami, tsunami». Le pusieron una vieja chaqueta impermeable, aunque no tenía frío. Se puso de rodillas y vomitó por la regala, entonces vio que se dirigían hacia tierra.

—Tenéis que esperar —trató de decirles—. A veces hay más de uno.

¿Es que no lo sabían? No era capaz de explicárselo. Los hombres miraban hacia tierra y gritaban, señalaban y discutían, aparentemente incapaces de saber dónde estaban exactamente, sin saber si regresar o no. No le prestaban mucha atención y ella estaba demasiado débil para levantarse y empezar a gritar, agitar los brazos, golpear hombros y hablar con fuerza o lo que fuera necesario para obligarles a escuchar y hacerles entender de alguna forma lo que trataba de decirles.

Yacía tirada sobre la regala del pesquero, sus manos tocaban el agua, su cabeza reposaba sobre el borde de madera, su cuerpo desplomado en el interior de la embarcación, sus tobillos extendidos sobre la cubierta, y escuchó el zumbido del fueraborda llevándoles de vuelta hacia el peligro y el sonido de los hombres gritando y discutiendo, y empezó a llorar cuando comprendió lo que iba a verse obligada a hacer.

Esperó todo lo que pudo mientras un poco de fuerza regresaba a sus músculos, después se empujó hacia arriba y se tiró por la borda del barco. Ella había pensado que darían la vuelta y tratarían de recogerla de nuevo, lo que al menos evitaría que

continuaran avanzando hacia tierra, pero el barco siguió su camino. Jamás llegó a saber si se dieron cuenta de que se había tirado otra vez.

—¿Tuviste que volver a meterte en el agua? —le pregunta.

—Me había convencido a mí misma de que iba a haber otra ola; puede que más de una. Pensaba que estaría a salvo mientras pudiera permanecer en el agua lo bastante lejos. El agua es mi hogar, puedo enfrentarme al agua, soy capaz de nadar durante horas al ritmo adecuado. Incluso estando agotada, pensaba que allí tenía más posibilidades de resistir otra ola que volviendo a la orilla.

—Madre de Dios. —Él se detiene y gira hacia ella y la toma entre sus brazos, cubriéndola, manteniéndola lo más cerca posible, introduciendo la nariz en su pelo, corto y rubio, y sintiendo su respuesta, su presión acercándole hacia ella—. ¿Y hubo otra ola?

—Casi tan grande como la primera —dice al abrigo del cuello de su chaqueta—. Luego una más pequeña. Me pareció ver el pesquero cabeza abajo sobre los árboles un par de días después, mientras aún estábamos esperando ser evacuados. Pero puede que no fuera el mismo. Olvidé mirar el nombre, el número y todo eso. Solo otro viejo pesquero blanco con un motor fueraborda.

Cuando ella dice «estábamos», se refiere a todos los turistas supervivientes. No se refiere a ella y a Sam. Finalmente encontraron su cuerpo a medio kilómetro hacia el interior, una semana después del impacto del tsunami.

Unas cuantas cosas pasaron por su cabeza mientras avanzaba por el agua, nadando de forma débil y descoordinada contra la suave corriente. Primero, deseó haber tenido un sombrero (no dejaba de echarse agua por la cabeza para refrescarse a medida que el sol se elevaba, castigando de pleno). En segundo lugar, recordó que una vez, Alban la llamó «bizcocho duro». En el momento se había sentido insultada de alguna forma, pero allí, flotando en el agua sin saber si Sam estaba muerto y si ella misma moriría, la expresión cobró un nuevo significado casi místico. Sí, ella era un bizcocho duro, y sobreviviría, y no se desintegraría con facilidad ni se ablandaría tan solo por haber estado metida en agua durante un largo tiempo.

También, en tercer lugar, intentó medir lo desesperada, inútil y patéticamente débil que se sentía. Le llevó un buen rato; después de todo ella era matemática, no poetisa, así que las metáforas no eran precisamente su punto fuerte; sin embargo, de repente se decantó por una. Trataba sobre un plátano. Concretamente, sobre las tiras que encuentras entre la piel y la carne del plátano. Se sentía tan débil que podrían haberla atado con esas tiras de plátano y ella no habría sido capaz de liberarse. Así de débil era como se sentía.

Se encontraba tan exhausta y delirante debido al continuo impacto del sol sobre su rubia y corta cabellera durante todas aquellas horas solitarias que, cuando finalmente se le ocurrió esa metáfora de su absoluta y patética debilidad, se dedicó a sí misma una pequeña y afónica ovación.

No empezó a nadar de vuelta hasta un rato después del mediodía. Cuando alcanzó la orilla, tambaleándose a través de los escombros que adornaban la línea de costa, teniendo que sentarse durante un rato en la arena allanada por las olas para recuperar algo de fuerza en sus temblorosas piernas, se le ocurrió que, a pesar de haber nadado a contracorriente, manteniéndose en dirección opuesta a la orilla durante todo aquel tiempo, debía de encontrarse uno o dos kilómetros hacia el interior de la costa. Aquel tramo estaba irreconocible, tan solo era un páramo de árboles aplastados y fragmentos de ramas, hojas y vegetación, entremezclados con madera destrozada y ocasionalmente unos restos reconocibles como de algo hecho por el hombre: sillas de patio de plástico blanco, un trozo de tejido que debía de haber pertenecido a un vestido veraniego, una toalla de playa de aspecto jovial, con un sol dibujado, y una sombrilla, coloridos jirones que colgaban rasgados de las blancas y retorcidas varillas. Había una especie de ruinas cubiertas de arena apartadas a un lado. Caminó un poco hacia el interior y descubrió los restos de un camino de asfalto; y miró hacia atrás, comprendiendo que las ruinas eran del hotel donde se alojaban. Había alcanzado la orilla casi exactamente donde había estado su cabaña de la playa.

Escapó con lesiones y cortes en el costado y en su espalda, deshidratación y quemaduras que le despellejaron la cara y los hombros.

Alban no sabe qué decir. Se limita a abrazarla. Había estado esperando que se lo contara, pero ya había empezado a pensar que quizá nunca lo hiciese. Todo lo que sabía era que ella había estado allí con ese tal Sam, al que jamás conoció, y que Sam había muerto y ella había sobrevivido porque ella estaba en el agua en ese instante. El resto, los detalles, jamás había querido mencionarlos hasta ahora.

—¿Alguna vez recibiste ayuda profesional acerca de ello, V. G.?

Ella sacude su cabeza, toma una larga bocanada de aire y se despega de él, aún agarrando su cintura.

—No.

—¿Has hablado de esto con alguien más? —Inclina la cabeza hacia un lado.

—No. —Sacude rápidamente la cabeza y frunce el ceño—. Bueno. Intenté contárselo a la familia de Sam, pero ellos... Ellos se mostraron comprensiblemente... Estaban muy disgustados. Cuanto más decía, peor se ponía la cosa, así que cerré la boca.

—¿Crees que a lo mejor deberías hablar con alguien más?

—No, no lo creo. —Sus ojos son del color del hielo viejo, y grandes, brillantes y muy abiertos, su mirada de eterna sorpresa cambia hacia otra, herida aunque desafiante—. Ya te lo he contado. Y ha sido más por ti que por mí. Puedes sentirte privilegiado. No necesito contárselo a nadie más. Y te estaría agradecida si no se lo contaras a nadie. No sin pedirme antes permiso.

Alban sacude su cabeza. *Dios mío, eres dura, V. G. O al menos crees que lo eres.* ¿A quién intenta engañar? Lo es.

Todo lo que se le ocurre decir le suena muy manido, vago y habitual cuando se lo

plantea, así que no dice nada.

Lleva una mano hacia su mejilla. Ella inclina el rostro muy suavemente hacia su mano. Sus ojos se cierran. Él desliza la mano alrededor de su cabeza hasta la nuca. La siente suave y cálida. Tira de ella tenuemente, acercándola lentamente hacia él, y la besa con dulzura en los labios, nariz y mejillas, después vuelve a estrecharla cariñosamente contra él.

El año siguió su curso. Los exámenes llegaron y se fueron. Él se hizo un poco más alto y luego dejó de crecer. Ahora se afeitaba cada dos días; más a menudo incluso si iba a salir. Ligaba con otras chicas, bailaba y también las besaba y les metía mano de vez en cuando pero, incluso un par de veces en las que le dieron permiso, no llegó más allá, porque intentaba serle fiel a Sophie. Todavía escribía poemas y le enviaba una carta cada semana, escribiendo habitualmente unas cuantas líneas cada noche, antes de irse a la cama. Le mandaba las cartas a la tía Lauren, a la granja que tenían ella y el tío Graeme en Norfolk. La primera vez le había mandado todo un paquete, una especie de resúmenes pasados a limpio de todos los poemas y cartas que le había escrito antes del ofrecimiento de Lauren. Le había pedido a Sophie que respondiera en la introducción que acompañaba a ese primer montón, así como en la mayoría de las cartas que contenía, e insistió en su petición en sus primeras cartas después de haber realizado aquel envío postal secreto.

Más o menos una semana después de que hubiera enviado el primer montón, se permitió empezar a emocionarse, esperando la respuesta que ahora, seguramente, tenía que llegar. Normalmente, el correo solía llegar después de que se hubiera ido al instituto, así que tenía que esperar hasta que llegaba a casa cada día para ver si había alguna carta para él. El segundo sábado tras la conversación con la tía Lauren no dejaba de rondar junto a la puerta principal cuando se acercaba la hora del cartero, para asegurarse de llegar el primero a recoger el correo, pero no llegó nada para él. Una semana se convirtió en dos, luego en tres semanas, después en un mes. Se dijo que a lo mejor había llegado algo para él, pero sus padres podrían haberlo interceptado. Aunque aquello era caer en la paranoia. Ellos no eran así, ¿verdad?

Se dijo a sí mismo que llevaría su tiempo. La imaginaba encerrada en algún estricto colegio privado español (había visto fotos de El Escorial, cerca de Madrid, y esa era la imagen que acudía a su cabeza cuando pensaba en el lugar), y quizá le resultaba complicado llegar a una oficina de correos. Se preguntó si sus cartas estarían siendo interceptadas antes de que llegasen hasta ella, si habría alguna severa institutriz que censuraba el correo de las chicas y jamás permitía que algo tan pasional e impropio llegase a manos de una de las jóvenes a su cargo.

Le escribió a la tía Lauren, para asegurarse de que realmente estaba enviando las cartas. Ella le respondió diciéndole que así era. En su siguiente carta a Sophie, le pidió que le escribiera a la dirección de Jaime Boyd, su mejor amigo durante el

último trimestre. Jaime era el tipo de persona que le pasaría el correo de forma fiable y sin fisgonear. Tampoco llegó nada vía Jaime.

Llegaron las vacaciones de Pascua. Él esperaba oír algo entonces, sobre cuándo volvería a casa y podría escribir o llamar. Pero aún nada. Se convenció de que probablemente estaría con su madre biológica, *todavía en España*. Tendría que tener paciencia, esperar hasta las vacaciones de verano. Sería entonces cuando tendría que regresar al Reino Unido. Estaría en Lydcombe, y podría escribir o telefonar.

Más estudio, exámenes, deberes, lavar el coche y tareas domésticas para ganarse un dinero para gastos, más magreos en las fiestas.

En una de ellas, en la casa de Plink, una semana antes del comienzo de las vacaciones de verano, le quitó las bragas a una chica e hizo que se corriese usando los dedos, y le apretó contra sí después.

Sus dedos olían de la misma forma que con Sophie, lo cual era dolorosamente nostálgico y tierno, aunque también algo triste al mismo tiempo. Se llamaba Julie. Rompió con ella al día siguiente, al decirle que no deseaba una relación estable.

Andy, Leah, Cory y él pasaron las dos primeras semanas de las vacaciones de verano en Antigua. Se sintió como si prácticamente fuese arrojado en los brazos de la hija de dieciséis años de una pareja de Manchester, quienes se alojaban en el bungalow contiguo al suyo; los adultos se hicieron amigos rápidamente y se esperaba que sus retoños siguieran su ejemplo. Emma era rubia, tenía largas piernas y un atractivo del tipo dama de hielo, pero su único parecido con Sophie era que llevaba ortodoncia. Se besaron durante un baile en el gran hotel. Al día siguiente recorrieron parte de la isla en un tándem con una especie de toldo y él le contó algo acerca de Sophie y de sus sentimientos por ella. Emma lo comprendió y pareció casi aliviada. Jugaban un montón al tenis, y siguieron en contacto muchos años después, hasta que ella se mudó a Sudáfrica.

Durante el verano, Alban tuvo un trabajo en prácticas en Kew; en general solo se trataba de cavar y llevar cosas y todo eso, pero era en Kew, que era todo lo que importaba, y le encantó. Empezó a salir con una de las aprendices, Claire. Era menuda, morena, gordita y con muchas curvas. Se besaban de vez en cuando pero ella no le dejaba hacer nada aparte de ponerle una mano entre la camiseta y el sujetador. Fueron de visita a sus respectivas casas; los padres de ella vivían en un adosado en Hounslow, debajo de la ruta aérea de Heathrow. Pasaban el tiempo oyendo discos, jugando a algunos juegos y besándose. Él aún creía estar siéndole fiel a Sophie. Aquello era, en parte, una farsa; una tapadera.

El verano siguió su curso.

Todavía nada de Sophie. La abuela Win le había invitado a pasar las dos últimas semanas de vacaciones en Garbadale, para practicar algo de jardinería si le apetecía (Dios sabía que, el lugar necesitaba ayuda urgentemente), o tan solo para relajarse y entretenerse como pudiera si lo prefería. No le había dado un definitivo sí o no, pero necesitaba tomar una decisión.

Hay un pequeño encuentro familiar en la casa de Richmond; Kennard y Renée vienen con Haydn y Fielding y, mientras él y Haydn juegan con la Nintendo (tiene la versión americana de un nuevo juego llamado Super Mario Brothers gracias a un colega cuyo padre publica una revista de ordenadores), Haydn menciona haber estado en Lydcombe hace un par de semanas y haber visto a la prima Sophie. Alban suelta el mando.

¿Qué?

Sophie había pasado allí un mes en esa ocasión. Se marchaba a los Estados Unidos para quedarse con la tía, *umm*, bueno, con la tía y el tío nosequé; no podía recordarlo... Haydn mira su nuevo reloj Casio, que dispone de todo un teclado en miniatura y del cual está desmesuradamente orgulloso, incluso aunque sus rechonchos dedos apenas pueden apretar los botones... total, que se marcha hoy. De hecho, esta misma tarde. ¡Ja! Ese lejano rugido podría ser el avión de Sophie que está despegando, por lo que saben. Tendría gracia, ¿no?

Por un instante, mientras se derrumba contra un lado de la cama (Fielding está sobre ella, cruzado de piernas y leyendo un tebeo que se ha traído), Alban piensa en ir corriendo a la estación de metro y llegar a Heathrow, encontrarla, quizá dar con ella justo en la puerta de embarque igual que ocurre en las películas y convencerla de que no se vaya, o al menos hacer que prometa escribirle.

Sufre un nuevo zumbido en la cabeza y visión de túnel. La última vez que eso le ocurrió había sido golpeado en la cara por un balón de fútbol. Oye hablar a Haydn sobre Lydcombe, sobre Sophie. Conoció a algunos de sus amigos. Dio una vuelta en una lancha motora. Ella intentó que se subiera aun caballo, pero estaba demasiado alto. Su novio fue muy antipático con él y con Fielding. Ella le había dicho que el motivo era que pronto se marcharía a los Estados Unidos durante un par de años y él, su novio, sabía que le estaba dejando, probablemente para siempre. Y si acaso regresaba, él seguramente estaría casado con alguna chica de granja y con dos críos, y ella tendría amarrado a algún musculitos californiano. Pero, oye, así es la vida.

Alban se excusó, se tambaleó hasta el cuarto de baño, dejando a Haydn perplejo tras de él, preguntándole si se encontraba bien.

Se sentó en el retrete durante un buen rato con la cabeza enterrada entre sus manos. Tenía que salir fuera. Bajó a donde estaban los mayores, todavía cenando, y dijo que necesitaba un poco de aire fresco (miradas de curiosidad, pero nada más), salió al jardín y fue más allá del muro trasero, hacia la calle, cruzó un par de carreteras y penetró en la amplia oscuridad del parque Richmond. Se tumbó sobre la hierba, mirando hacia el cielo; un turbio y anaranjado paisaje de cúmulos de reflexión. A un lado, entre las nubes, vio las luces de vuelo de la aeronave. Estaba llegando, por supuesto. La habitual corriente de aire del oeste, así que el primo Haydn

estaba equivocado; el avión de Sophie habría despegado hacia el oeste, hacia los Estados Unidos, por la ruta M4, a través de Gales e Irlanda...

Excepto que, no, ahora que lo pensaba fríamente, los aviones iban hacia el noroeste, hacia Escocia antes de cruzar el Atlántico. Habían volado a Nueva York un par de años antes y, tras pelear por conseguir sentarse junto a la ventanilla (básicamente con un berrinche mayor que el de Cory, aunque su triunfo fue que ella se pasó durmiendo la mayor parte del tiempo), se pasó el viaje preguntándole a su padre qué podían ver por la ventanilla a cada momento. «Escocia», había sido su respuesta en un par de ocasiones. Incluso podrían estar sobrevolando Garbadale en aquel momento...

De todas formas, Haydn se había equivocado. No habrían podido oír el despegue del avión de Sophie. El lejano rugido que se podía oír desde la casa pertenecía a los aviones que llegaban a tierra.

Cerró sus ojos y giró la cabeza, dejando que llegasen las lágrimas.

Se levantó de mala gana un poco después, sintiéndose viejo, cansado y desfallecido por todo, como si su vida se hubiera terminado. En realidad no quería moverse, deseaba permanecer allí, tumbado sobre la hierba, cálida y fragante, escuchando el tráfico de la carretera y del cielo, oliendo los frescos perfumes nocturnos de aquel gran parque y llorando por su amor perdido, pero no podía quedarse. Probablemente ya habían empezado a preocuparse por él, puede que estuvieran llamándole por el jardín, o incluso fuera, buscándole.

Regresó a la casa, aliviado por no encontrar partidas de búsqueda con linternas registrando el jardín. Ni siquiera había nadie en la puerta trasera, llamándole. Asomó su cabeza al otro lado de la puerta del comedor; risas y olor a humo. «Sí, bien, no hay problema». «¿Te encuentras mejor?». «Estoy bien». No se habían dado cuenta del tiempo que había estado fuera.

En la planta de arriba, Haydn daba una paliza con suficiencia a un gimoteante Fielding en el Super Mario Brothers.

—Y, por cierto, ¿cuáles son esas drogas con clase?

—¿Perdona, Beryl?

—En las noticias. No paran de hablar de ellas.

—Ah, ¿heroína, cocaína? —dice Fielding, inseguro. Mira hacia Alban, quien mira hacia Verushka, que entorna sus ojos y luego sonrío.

—¿Qué son esas qué? —pregunta Eudora. Es la noche antes de que Fielding deba llevar a la tía abuela Beryl y a la tía abuela Doris hacia Garbadale, mientras que Verushka llevará a Alban hasta allí. Han organizado una cena en Rogano, en el centro de la ciudad. Alban ha invitado a Eudora, la madre de Verushka.

—¿Y qué es lo que les hace tener clase, para empezar? —inquire Beryl—. ¿Es solo el precio?

—Cuando yo era joven —comienza a decir Doris repentinamente—, una no tenía que viajar al extranjero para encontrarse a sí misma. Una estaba, más bien, simplemente, donde estaba siempre.

—Drogas, Eudora —le aclara Verushka a su madre.

—¿Drogas? ¿En serio? —pregunta Eudora, mirando por toda la mesa como si buscara una prueba.

—Creo que estamos hablando de drogas de primera clase. —Verushka sonríe.

—¿Por qué hablamos sobre drogas, cariño? —interroga Eudora. Es una anciana pequeñita y vivaracha; no tan vieja, según supone Fielding; la chica de las *mates* debe rondar los treinta, así que para la madre ha calculado unos cincuenta y tantos. Lleva un conjunto de color crema y una blusa oscura. Un cabello bien arreglado, de un color rubio ceniza. No lo liaría, piensa Fielding, pero si tuviera que hacerlo, no estaría tan mal. No sería como si tuviera que hacerlo con alguien de la edad de Doris o Beryl; es mejor no seguir pensando en ello. Realmente tiene mucho estilo, la vieja Eudora. Cuando camina, se mueve de una forma que parece haberse convertido en un arte perdido.

En realidad, a lo mejor lo haría.

—¿Quién quiere pudín? —pregunta Alban mientras se reparten los menús. Luego se inclina para hablar discretamente con Beryl.

—No estoy plenamente convencida —le dice Verushka a su madre.

—Estaba pensando en fumarme un cigarrillo. ¿Crees que habrá algún problema?

—No, por favor, Eudora. —Verushka parece contrariada.

—¡Oh, ya veo! —dice Beryl, enderezándose.

—Tú te tomaste un año sabático, ¿verdad? —le pregunta Doris a Fielding.

—Construyendo lavabos públicos en Mozambique —le responde él—. Lo odiaba. Tan solo fui allí por una canción del viejo Dylan. —Fielding sacude la cabeza—. Dios, aquello fue un error. Fue una basura.

—Entonces, ¿he oído que vas a ir de acampada mientras todos estamos en casa de Win? —le pregunta Doris a Verushka.

—Iré de acampada —responde Verushka. Se ha tomado un par de copas. No una gran cantidad (al igual que Fielding, mañana tiene que conducir), pero lo suficiente para que se le suelte la lengua.

—Estoy segura de que podrías quedarte en la casa si quisieras —le dice Beryl. Es probable que no sea cierto, sospecha Fielding. Parece como si el lugar fuese a estar lleno, sobre todo con la mayoría de la familia, algunas personas de Spraint y varios abogados presentes.

—La acampada no es la cuestión —admite la chica de las *mates* a Beryl—. Es por lo de escalar.

—¿Escalar? ¿Qué? ¿Montañas?

—Eso es.

—¿Y hay un grupo contigo para hacerlo?

—Creo que yo tomaré queso —anuncia Doris—. Y puede que un poco de Oporto.

—No —responde Verushka—, yo sola.

—¿En serio? ¿Tú sola? ¿No es algo peligroso?

—Sí, lo es —admite Verushka—. Gracias, nada más —le dice al camarero devolviéndole el menú. Se reclina en su asiento con los brazos cruzados—. No se debe escalar en *solitario*. En teoría tres es el *mínimo*, de forma que si alguien se hace daño, uno se queda con el herido y el otro busca ayuda. Pero hoy en día eso no es tan importante, con teléfonos móviles, *walkie-talkies* diminutos, lámparas estroboscópicas, bengalas de bolsillo, mantas isotérmicas, gps, sacos de dormir impermeables y todo lo demás. En la actualidad puedes tener una emergencia cómodamente. Aun así, no es recomendable ir en solitario, pero no es algo completamente irresponsable. —Se introduce una uña entre los dientes, hurga en su interior y luego se enjuaga con agua.

—¡Cariño! —protesta su madre, frunciendo el ceño.

Verushka le sonrío e inclina la cabeza brevemente en lo que podría ser una disculpa.

—De todas formas, espero no ver nunca el interior de un helicóptero de rescate —le confiesa a Beryl.

—En fin, creo que eres demasiado valiente —le dice Beryl—, con eso de escalar montañas tú sola.

—Valor o estupidez —coincide Verushka—. Depende de la definición de cada uno. Sinceramente, admito ser egoísta.

—¿Exorcista? —espetea Doris, horrorizada mientras mira a Verushka.

Beryl golpea suavemente el brazo de Doris.

—Egoísta, querida —le aclara.

—Oh. Ya veo.

Verushka se encoge de hombros.

—No me gusta escalar con otras personas. Prefiero hacerlo por mi cuenta. Y como un riesgo mayor por ese motivo. Así que, egoísta. Sí. —Vuelve a coger el vaso de agua.

—Entonces, ¿es por eso por lo que no te has casado con Alban? —inquire Beryl a Verushka, quien está bebiendo agua en ese momento y está a punto de escupirla de nuevo al vaso.

—¿Cómo dices, Beryl? —balbucea, entre una sonrisa y una carcajada.

—Bueno, como ya imaginas —continúa Eudora, inclinándose conspirativamente hacia Doris—, yo le he preguntado lo mismo.

—Beryl... —dice Alban, con el tono que usaría un maestro dirigiéndose a un pupilo. Uno de esos tonos del tipo: «Y lo peor es que te has deshonrado a ti mismo». Es difícil precisarlo con la escasa iluminación existente, pero Fielding sospecha intensamente que Alban se ha puesto colorado. Verushka también parece algo ruborizada alrededor de sus mejillas. ¡Vaya!, piensa Fielding, ¡Esto va a ser

divertido!

—Bueno, siempre habéis dado la impresión de ser muy cariñosos entre vosotros —aduce Beryl, sonando perfectamente razonable—. Simplemente me lo preguntaba. —Mira alrededor de la mesa—. Oh, vaya, ¿he vuelto a meter la pata?

—Ni lo más mínimo, querida —le contesta Eudora.

—Tomaré esto que lleva chocolate y este vino de postre —le pide Doris al camarero, dando unos golpecitos sobre el menú con las patillas de sus gafas.

—Alban —prosigue Beryl, poniendo sus manos cerradas sobre la mesa—, ¿por qué no le has pedido a esta joven que se case contigo?

Alban cierra los ojos, apoya el codo sobre la mesa y se lleva una mano a la frente, mientras sacude la cabeza.

Verushka oprime sus labios y se queda mirando la mesa.

—¿*Hmm?* ¿Cómo es eso? —pregunta Doris al camarero—. ¿Diferentes tamaños? Oh, bueno, pues grande, creo, ¿no le parece?

—Oh, cielos, estoy avergonzando a mi sobrino —se disculpa Beryl. Se vuelve hacia Verushka—. ¿Te estoy avergonzando, querida?

—Soy bastante difícil de avergonzar —responde Verushka. Sin embargo, aún parece estar colorada.

—Bueno, ¿qué le contestarías si te lo propusiera? —insiste Beryl. La chica de las *mates* mantiene su mirada fija en Beryl y no la desvía hacia Alban. Indudablemente, esto significa algo, pero que le aspen a Fielding si sabe el qué.

—El matrimonio no es algo que haya considerado seriamente —responde Verushka. Luce una amplia sonrisa—. Soy muy feliz con mi vida actual. Sería difícil mejorarla.

—Ya, pero suponiendo que te lo propusiera.

—¿Cómo? ¿Ahora?

—Sí, claro. Ahora.

—Le preguntaría por qué le pide a alguien que se case con él, si todavía no ha aclarado sus sentimientos por su prima Sophie —espeta Verushka, y mira hacia Alban, al fin, con una ligera sonrisa.

—¿Y? —inquire Beryl.

—Y entonces, escucharía lo que él me respondiera —contesta Verushka suavemente.

Alban mira de reojo a Fielding.

—Y todo estaba saliendo tan bien... —Suspira.

—*C'est la vie*, primito. —Fielding se encoge de hombros.

Doris se da la vuelta, aparentemente confusa.

—¿Hemos pedido ya el café?

Beryl se engancha del brazo de Alban mientras avanzan hacia la puerta y los taxis

que les esperan. Ambos cierran la marcha, caminando lentamente.

—¿Te he dado una buena patada en tus partes con toda esa charla sobre el matrimonio? —pregunta.

—Me he sentido un poco avergonzado, Beryl —admite Alban.

—Perdón. Una se vuelve impaciente a mi edad. El deseo de ver todos los cabos atados antes de que se me apaguen las luces y todo eso. ¿Pero por qué no se lo pides?

—¿Qué se case conmigo?

—Sí.

—Beryl, no creo que quiera casarme.

—Bueno, pues vivid juntos nada más. Eso es lo que cuenta, no el trozo de papel.

—Tampoco sé si quiero eso. Y aunque lo supiera, estoy totalmente convencido de que no es lo que ella quiere. Ya oíste lo que dijo.

—Jamás había visto a dos personas tan listas ser tan estúpidas. Pero es tu vida. —Ella estrecha su brazo al acercarse a las puertas—. En fin. ¿Has tenido suerte averiguando lo que le pasaba a tu madre cuando me dijo lo que me dijo?

Alban se había acostumbrado a que los ancianos realizasen aquellos giros de noventa grados en mitad de una conversación.

—No mucha —le confesó—. Hablé con Andy. Dice que no fue él.

—Nunca pensé que lo fuera.

—Lo mismo te digo.

—¿Tenía alguna idea sobre quién pudo haber estado tan en desacuerdo?

—Ninguna. Ninguna que deseara compartir, desde luego.

—Oh, vaya.

—Bueno, vamos a tener a toda la familia reunida durante el fin de semana. Ese será el momento de hacer preguntas.

—Excelente —dice Beryl, y le da una palmadita en el brazo cuando se detienen en el guardarropa.

—¡Qué velada tan agradable! —comenta Eudora.

—Bueno, continúa con ello —le dice Beryl a Alban—. Si necesitas ayuda, házmelo saber.

—Siento lo de antes.

—¿Lo de Beryl?

—Todo eso del matrimonio.

—No te disculpes. No fue culpa tuya.

—Sí, pero es mi familia. Creo que debo hacerlo.

Han dejado a Eudora en su piso de la calle Buccleuch y van de camino al de Verushka. Ella le observa durante un momento. Él mira hacia delante.

—¿Hay algo que quieras añadir? —le pregunta, tocando su brazo.

—¿Qué quieres decir?

Ella se le acerca, se le arrima, cogiendo su brazo con ambas manos, con la cabeza apoyada en su hombro.

—Sabes cuál es mi opinión sobre todo esto, ¿no es verdad?

—Creo que sí.

—No quiero tener hijos. No quiero casarme. Puede que ni siquiera desee una relación seria.

—Eso es exactamente lo que pensaba.

El taxi se detiene y da una sacudida hacia delante; el conductor maldice en voz baja y entonces vuelven a ponerse en marcha.

—Me encanta estar contigo —dice ella en voz baja—. Te echo de menos. Cuando no estás y suena el teléfono, siempre espero que seas tú. Cada una de las veces. Solo es una ligera sensación, pero siempre ocurre.

Él inclina su cabeza para que toque la suya, y dice:

—Supongo que siempre me lo he tomado como si solo pudiera obtener una cantidad determinada de diversión con una persona. Si estás con ella durante décadas, entonces se extiende hasta ser muy fina; aguada, diluida e insípida. Pero si solo pasas unos días con ella de vez en cuando, siempre es intensa y concentrada.

Ella sacude su cabeza y le pasa una mano entre los rizos.

—Oh, mi pobre amor —susurra suavemente con una triste sonrisa—. A veces dices unas cosas completamente estúpidas.

Él se estira y pone sus dedos alrededor de la muñeca cuya mano acaricia su cabeza.

—¿A propósito?

—Sí, a propósito —responde asintiendo pensativamente. Está pensando que el acto de cogerle la muñeca de esa forma, gentil y suave, y de detenerla cuando le acaricia la cabeza es lo más agresivo que jamás hace con ella. De repente cae en que ella, muchas veces, le da alegremente una palmada en el brazo, un puñetazo en el hombro, o incluso le da patadas (aunque flojas, conteniéndose) en la espinilla, en el muslo o en el trasero, y puede recordar que al menos una vez le golpeó en su pecho desnudo con los puños cerrados, jugando... Y él ni siquiera ha fingido nunca responderle. Jamás le ha levantado una mano.

Probablemente sus acciones más violentas hayan sido los pulsos.

Bueno, y el sexo, supone ella. Pero, incluso en eso, se ha limitado al convencional mete saca perfectamente normal; nada de cachetes, ni uñas, ni mordiscos, ni siquiera chupetones. Con otros amantes, ella se hizo agujerear otra vez las orejas, le han mordido los pezones hasta gritar (no en el buen sentido) y le han dejado cardenales, arañazos y rozaduras, y en todas las ocasiones dejó bien claras sus discrepancias... Pero con él, nada. Ni en la cama ni fuera de ella; siempre ha sido delicado, sensato, dulce e incluso, de un modo que ha de confesar que desconcierta sus propios conceptos de masculinidad y feminidad, complaciente.

Decide que necesita pensar más en ello. Él le suelta la muñeca. Ella lleva la palma

de su mano hasta su mejilla, y siente su calidez a través de la barba, cuidadosamente recortada.

El taxi se sacude al pasar sobre unas obras en la carretera.

—De todas formas, yo también lo siento —le dice ella.

—¿El qué?

—Lo que dije sobre ti y Sophie. No tenía por qué hacerlo. Te estaba pagando con la misma moneda y no debí hacerlo. Así que, mis disculpas.

—Oh. —Cuando piensa en ello recuerda que, en efecto, se sintió herido en el momento, que en cierta forma se sintió un poco traicionado aunque cree que no debió, incluso aunque parezca un sentimiento sin importancia, e incluso a pesar de que todos los presentes en la mesa, con la posible excepción de Eudora, conocían de sobra toda la historia. Le da una palmada en la pierna, justo sobre la rodilla—. Está bien.

Ella acerca la boca a su oído.

—Estamos bien —murmura—. Aún estamos bien, ¿verdad?

Él se gira para mirarla a los ojos en la penumbra del taxi, el lento paseo de las anaranjadas luces de la calle parpadea sobre ellos como una película.

—Por su... —empieza a decir, luego se detiene, sonrío y le da un suave beso en los labios—. Sí, estamos bien —responde.

—Solo quiero llevarte a casa y sentirte dentro de mí —susurra. Le besa en la oreja y él se gira hacia ella y pone los brazos a su alrededor, estrechándola. Se besan durante un rato. Se detienen, ven al conductor del taxi observándoles con sospecha, y ambos vuelven a unirse, arrimando sus cabezas el uno al otro mientras ríen silenciosamente.

Cuando cumple los dieciocho, se toma un año de descanso. Más tarde, no recordaría que nadie lo llamase de esa forma en el momento, pero eso es lo que fue. Conocía a varias personas que se habían tomado un año libre entre el instituto y la universidad y pensó que parecía una buena idea. Había terminado el instituto con muy buenas notas. Después de pensarlo mucho, ha decidido que cuando vaya a la universidad, probablemente a St. Andrews o Edimburgo, estudiará Periodismo.

Cuando se lo cuenta a Andy, su padre inclina su periódico, le mira por encima de la montura de sus gafas y dice: «En mis tiempos, si no sabías qué hacer en la universidad, estudiabas Sociología».

Alban se siente menos afectado por ese comentario de lo que podría haber esperado. De cualquier forma, al final va a Bristol y estudia Empresariales. Sin embargo, en su defensa, como le explica a la gente durante demasiado tiempo después, tuvo la decencia de detestarlo.

Ve mucho mundo en su año de descanso, aunque al ser un Wopuld a todos los efectos, lo ve en su mayor parte filtrado a través de la caleidoscópica visión de su

familia. Es mucho más difícil para un miembro de la familia Wopuld, especialmente un miembro joven de la familia Wopuld, ver el mundo sin ayuda ni respaldo de lo que lo es para el viajero medio. Sencillamente, hay demasiados Wopuld, demasiados miembros de clanes asociados, demasiadas familias cómplices, demasiados antiguos y actuales socios de negocio y demasiados individuos que aún muestran (y en muchos casos sienten) simpatía por la familia esparcidos por todo el planeta para que uno sea capaz de evitarlos sin causar una grave ofensa, o realizar el viaje en condiciones de inadecuado secretismo. Cuando no conoces a nadie en un país, eres libre, si lo deseas, para gozar de la experiencia del lugar al máximo, en sus propios términos. Cuando alguien que conoce el lugar y está en buenos términos contigo te acoge bajo su ala, entonces ya han descubierto el sitio por ti.

Alban se da cuenta, a medida que su pequeño mundo se despliega, de que se trata de un arma de doble filo. Por un lado, disponer de alguien que te muestre los alrededores y sea el que hable y te enseñe los rincones interesantes que las guías de viaje no siempre conocen es verdaderamente práctico. Esas personas normalmente también te pagarán el almuerzo y la bebida, y te alojarán en sus casas y apartamentos durante largos periodos de tiempo sin dejar ver ningún signo claro de querer que te vayas o esperar que pagues. Por el contrario, empiezas a caer en la trampa de ver todos los lugares como esencialmente iguales porque, vayas donde vayas, te encuentras con estas personas tan ciertamente prácticas, aparentemente simpáticas y esencialmente idénticas, dispuestas a ayudarte por cualquier motivo, que te allanarán el camino, te abrirán unas cuantas puertas e incluso darán palmas para hacer más agradable tu estancia en su terreno.

Salir, escapar de esta especie de asistencia asfixiantemente útil, podría resultar en coger disentería, ser apaleado por la gentuza local, defenderse del acoso de enormes tipos sudorosos a cargo de un camión hormigonera, descubrir que te han birlado habilidosamente la cartera del fondo de cualquier bolsillo secreto donde puedas tenerla escondida mientras duermes, perder trenes y autobuses debido a la implacablemente explotada timidez británica y misteriosamente siendo tú la única persona que ha asimilado por completo el concepto de hacer cola de una forma ordenada (o de cualquier forma, en realidad), desear haberlos perdido, cuando ya te encuentras a bordo de esos trenes y autobuses a los que has conseguido subir, porque cualquier otra cosa sería preferible a estar atrapado en ese infernal transporte a cuarenta grados con las tripas revueltas, sin ningún baño normal o con uno atascado (habitualmente a un cómodo olfateo de distancia), mientras que la parte trasera del autobús o las esquinas del vagón del tren pasan junto a un barranco de treinta metros y un nativo con graves problemas de olor corporal sentado a tu lado intenta venderte drogas de forma agresiva y tú estás seguro de que debe ser un policía secreto que les tiene manía a los jóvenes occidentales y ha de cumplir su cuota, y otras cien vicisitudes que el viajero joven e inexperto está obligado a experimentar antes de regresar contento a su casa, pero al menos sabes que has estado fuera, al menos sabes

cómo es la vida en realidad, si no por los otros billones con los que compartes el planeta, entonces al menos por los cientos de miles de los jóvenes relativamente ricos que toman las riendas de sus vidas al viajar entre ellos.

También están los encuentros casuales con lugares y con personas (en última instancia, posiblemente, contigo mismo) que jamás ocurrirían si tuvieras a alguien detrás de ti, y que realmente podrían darle algún sentido a toda esa mierda y a todo el sufrimiento experimentado al viajar y hacer que todo el proceso, la experiencia al completo, valga la pena: un resplandeciente templo encontrado por casualidad entre la niebla al amanecer; una perfecta playa desierta alcanzada al final de un aterrador viaje; una velada alrededor de una hoguera junto a personas que no conocías ayer y que puede que no vuelvas a ver después de esta noche, pero con quienes, por ahora, te sientes lo suficientemente cercano para desear estar con ellos el resto de tu vida; una súbita e intensa conexión con otras personas o con un lugar que jamás olvidarás.

En sus viajes, Alban intenta equilibrar la cantidad de tiempo que pasa con los Wopuld y sus aliados, y los intervalos de lo que ha acabado reconociendo como auténtico viaje, cuando hay una oportunidad para la aventura y, francamente, la incomodidad gratuita de la que alegrarse cuando haya terminado, y por haberla superado, y puede que incluso un día vuelva la vista atrás con cierta nostalgia y, posiblemente, algo semejante a la gratitud.

Cuando llega a Hong Kong, estima que ha llegado el momento de que lo mimen un poco otra vez, y así, acepta la invitación de su tío Blake, expresada vagamente en una postal navideña el año anterior, para ir a visitarle.

Vuela desde Darwin después de un par de divertidos aunque calurosos meses compartiendo un microbús a través de Australia con dos ingenieros eléctricos de Brisbane recientemente licenciados. Alex y Jace son unos chicos geniales, generosos, risueños y eternamente optimistas, especialmente acerca del sexo, del que obtienen exactamente cero durante todo el viaje, aunque Alban está realmente cerca una noche, con una camarera en Kagoorlie; y los tres se llevan realmente bien mientras un viaje haciendo autostop desde Sydney hasta Melbourne se convierte en un viaje épico hasta Darwin pasando por Alice Springs y Perth, pero tras nueve semanas en el mismo espacio diminuto y un total de veinte duchas compartidas, piensa que han sufrido el equivalente masculino a eso que se supone que les ocurre a las mujeres cuando están mucho tiempo juntas, cuando sus menstruaciones, según parece, se sincronizan. Alban juraría que Jace, Alex y él tienen el sudor coordinado y, consecuentemente, comparte una especie de olor genéticamente proporcional con ambos.

Se despiden en el aeropuerto de Darwin, todos sonrientes, con un largo y sonoro abrazo en grupo y sinceras promesas de eterna amistad. (Nunca volverá a ver a ninguno de los dos). Alban se queda dormido poco después de despegar, y tan solo despierta cuando el avión realiza esa clase de giro brusco, e incluso violento, que los grandes reactores suelen hacer solamente, por norma, cuando están a punto de

estrellarse o ya se están estrellando. Mira por la ventana y ve un edificio muy alto pasando a un metro escaso del ala. Es por la noche y hay un tipo chino mirándole. El hombre lleva unos pantalones cortos de rayas y una camiseta interior gris, y está apoyado en el balcón de cemento de su bloque de apartamentos, horrorosamente cerca; enciende un mechero y prende un cigarrillo. Más tarde, Alban jurará que pudo identificar el encendedor como un Zippo y que, en el momento, creía sinceramente que iban a estrellarse. De hecho, todo es parte de la gracia de aterrizar en el aeropuerto de Kai Tak, situado preocupantemente cerca del centro de Kowloon.

Su tío ha enviado un chofer a recogerle. Alban aún está mareado tras el profundo sueño interrumpido y esa experiencia cercana a la muerte, y avanza a través de la estridente iluminación del aeropuerto, la espesa neblina nocturna y la húmeda y envolvente calidez de la ciudad hacia el gélido aire acondicionado de un Bentley con olor a cuero sin muchas contemplaciones. Lo llevan hasta un gigantesco rascacielos junto al puerto y es acompañado (por una preciosidad china en traje de chaqueta con falda corta) hasta un ascensor exprés que sale disparado hacia arriba, dejando su estómago en algún lugar del entresuelo. Sale del brillante cubo con su mochila y se encuentra delante de una amplia y resplandeciente sala que se abre hacia un jardín de azotea lleno de árboles, que tiene el tamaño de dos pistas de tenis, y está abarrotado de gente de aspecto elegante, de demasiadas razas como para llevar la cuenta, todos con trajes, vestidos de cóctel o uniformes de un blanco perfecto, según corresponda; y más allá reposa lo que parece ser el conjunto de todas las luces eléctricas fabricadas en la historia del mundo desde Edison, brillando salvajemente en incipientes espirales, enormes cadenas de autopistas, brillantes lagunas de intersecciones, estadios y reflejos, tanto de la acristalada complejidad de cientos de elevados edificios, como de la espesa y radiante manta nubosa que cubre la superficie de la ciudad, reflejando los colores de los enormes carteles verticales que hay en las torres, recortados fillos de neón, plasmados en el vapor y produciendo un estrato saliente, adornado de verde, azul, rojo, morado y oro.

Un señor chino con una almidonada chaqueta blanca que agradaría al capitán del *Queen Elisabeth II*, toma su mochila y lo acompaña a través de un largo rastro de copas de champán hasta un hombre alto de pelo gris, quien se encuentra junto a la barandilla del borde de la azotea, gesticulando intensamente sobre la ciudad ante un pequeño grupo de chinos. El hombre del pelo gris se vuelve. Alban es presentado al tío Blake.

—Alban. Me alegro de verte. Llámame Blake. —El tío Blake es alto e imponente, con una larga nariz que parece como si se la hubieran roto alguna vez, y una notable papada colgando de sus amplios rasgos. Su piel tiene un bronceado aceitunado. Extiende una de sus grandes y rechonchas manos y sacude la de Alban. Algo de la húmeda intimidad de la noche parece transmitirse a través de su concienzudo apretón. Alban saluda. Le presentan a algunas personas importantes con quienes está Blake; todos ellos parecen tener títulos o rangos, y cortos aunque impronunciabiles nombres

chinos, de los que un momento después no recuerda ni una letra, y le hacen numerosos comentarios acerca de la ciudad, del puerto y de lejanas islas luminosas hasta que finalmente, puede que al notarle abstraído, Blake conduce a Alban hacia los ascensores con una mano del tamaño de un plato en su espalda, y sugiere que quizá desee refrescarse antes de unirse a la fiesta. Otro impecable sirviente chino con una chaqueta aparentemente fabricada con almidón puro le acompaña en el ascensor hasta dos plantas más abajo, a un apartamento que es el colmo de la opulencia; tiene el dormitorio en una esquina con dos paredes de cristal y un cuarto de baño del tamaño de una pista de *squash*.

Toma una ducha y se tumba en la cama con un enorme albornoz blanco para espabilarse un poco y se queda dormido de repente. Cuando se despierta las luces de la habitación están apagadas y Blake está asomado por el borde de la puerta.

—Perdona, Alban —retumba su profunda voz—. Solo quería asegurarme de que estabas bien. —Le lanza una sonrisa que probablemente pretende ser amistosa, pero que resulta notablemente siniestra—. Un largo vuelo, ¿no es así?

—No, solo ha sido desde Darwin —responde Alban, sintiéndose una vez más fuera de lugar—. ¿Qué hora es?

—Alrededor de medianoche.

—Oh, por Dios. —Ha dormido durante más de dos horas—. Lo siento. ¿Me he perdido la fiesta?

—No, un montón de gente aún sigue allí.

—Oh. De acuerdo. Me vestiré. —Salta de la cama.

Tan solo dispone de unos días antes de *coger* un vuelo hasta Perú a través de Hawai para visitar a su tía Else en Lima. Su estancia en Hong Kong pasa como un borrón acelerado de penetrantes fragancias en rascacielos, escalofriantes golpes de frío en despachos y limusinas, seguidos de asfixiantes y neblinosos intermedios en la sofocante capa del vapor de agua que es el aire puro de Hong Kong, un molesto traje presurizado de humo y polución que parece impregnarle y aislarle del lugar al mismo tiempo.

Alterna con la élite en las carreras, le llevan a dar una vuelta por el puerto y por un par de islas cercanas en el monstruoso y deslumbrante yate de Blake (le ofrecen la ocasión de patronearlo cuando casi no hay tráfico y se ríe como un estúpido al darle potencia y sentir cómo aquella ridícula máquina del tamaño de una casa grande, eleva su morro de pez y acelera) y disfruta de una sorprendente velada en una pequeña fiesta, en casa de algunos de los hiperricos, en lo alto de El Pico Victoria, con una neblinosa vista que incluye la cima del rascacielos de Blake, cerca del puerto. Todo el Pico parece oler a jazmín y a plátanos. Esa gente tan opulenta son de Canadá (él), y de Japón (ella) y el lugar donde viven es como un palacio o un museo, con las paredes adornadas con obras de arte saqueadas de todos los continentes salvo la Antártida. Alban le da un sorbo a su cóctel, que contiene motas de oro en su interior, y vuelve a sentirse como un niño.

Cuando Blake le deja en el aeropuerto con un nuevo Walkman, una reluciente navaja del ejército suizo con cierre de seguridad, un grueso sobre con billetes usados de diez y de cien dólares para emergencias, y un consejo: «Recuerda, Alban; apunta siempre al número uno. Sé egoísta. Todos los demás lo son», se siente como si hubiera sido escupido por la ciudad, y sube al 747 y se dirige a la derecha, hacia la clase turista, con algo parecido al alivio.

Se duerme mientras sobrevuelan Hawai.

Pasa un mes en Lima con la tía Else, la hermana de Andy que se fugó hace mucho tiempo y la única familia aparte de los Wopuld que Alban visita durante su gran viaje mundial en su año sabático. Regenta un bar de piscina de mala muerte en la zona más cochambrosa de la ciudad.

Resulta instructivo.

Alban coge el tren al Machu Picchu, luego hace autostop subiendo por toda la costa, sobre todo en camiones, contemplando hipnóticamente el giro de las olas a lo largo de los cientos de kilómetros de continua y dorada playa, después pone rumbo al norte (dándose cuenta repentinamente de que se le acaba el tiempo, de que tan solo le queda un mes antes de regresar a casa) acabando finalmente en Los Ángeles, donde, casi por casualidad, mientras busca a su primo Fabiole, quien alberga esperanzas de convertirse en director de cine, se topa con Sophie.

Alban ha conseguido olvidarse de su prima de forma bastante efectiva. Especialmente durante los últimos nueve meses en los que ha estado viajando. Sophie ocupa cada vez menos sus pensamientos desde que descubrió que había vuelto de España y había estado en casa durante la mayor parte del verano tras aquel que pasaron juntos, pero ni siquiera había tratado de ponerse en contacto con él.

Se encuentran en mitad del desierto. El primo Fabiole está localizando exteriores y ha oído hablar de esos cientos de aviones abandonados al sol en la orilla de un lago seco en el desierto de Mojave (bueno, no oxidados, porque allí hace un clima muy seco y precisamente se trata de eso; su estructura no se deteriorará incluso aunque están a la intemperie), y a él le parece un gran exterior, así que quiere ir a echar un vistazo y quizá encontrar algo de inspiración. Se meten en su coche y ponen rumbo al desierto.

El primo Fabiole es pequeño, fibroso, pelirrojo y elocuente. Está en la escuela de cine, vive en un pequeño apartamento en Topanga y pasa un montón de tiempo mirando las cosas a través de un rectángulo que forma con ambos pares de dedos índice y pulgar. Quiere hacer películas inspiradoras como *Rocky* y ya ha adoptado un convincente acento del sur de California.

—¿*Rocky*? Pero si es un clásico. —Traicionando su estilo, esta vez no utiliza la palabra «tío».

—Yo pensaba que era espantosa —admite Alban, y lame cuidadosamente un

papel de liar. Ha recibido el encargo de liar porros durante el viaje. Esa es una de las numerosas nuevas habilidades que ha desarrollado en el último año o más, adaptar su técnica a la hierba que acostumbran en América o a la mezcla de tabaco y resina que ha encontrado en los demás sitios. Aquí el principal problema es asegurarse de que la hierba no salga volando. El coche de Fab es un viejo Ford sedán con la pintura roja gastada y el aire acondicionado roto, así que tienen que viajar con las ventanillas bajadas. A Fab le gusta mucho conducir a toda la velocidad que el coche le permite, cuando está seguro de que no hay polis alrededor, por lo que no se trata de un viento sin importancia.

—«Es-pan-to-sa» —lo imita Fabiole sacudiendo la cabeza—. Claro, lo que tú digas.

Llegan al cementerio de aviones, un lugar llano, ventoso y polvoriento en mitad de la soleada nada. Tienen algunos problemas con los tipos de seguridad que hay en la puerta, hasta que una llamada telefónica a la gente de la costa que Fab conoce y que ha concertado todo esto les hace entrar, aunque en lugar de ir directamente hacia las filas de aviones aparcados, se dirigen hasta la pálida y aparentemente interminable extensión de la única pista de aterrizaje y un desordenado conjunto de pequeños hangares a un extremo.

—Tengo una cita con un fotógrafo que conozco —explica Fab—. Está volando desde San Francisco. —Le alarga el porro a Alban, quien le da una pequeña calada—. Es un colega —dice Fabiole y se traga el humo antes de concluir— el novio de la prima Sophie.

Tan solo la mención de su nombre es suficiente para provocar un vuelco en el corazón de Alban. Tose el humo como si le hubieran golpeado en la barriga. Lo último que había oído de Sophie era que estaba en Nueva York, en alguna escuela de arte, viviendo con algún pariente del novio de su madre. La ciudad de Nueva York iba a ser la última escala en su viaje alrededor del mundo, y había albergado la esperanza de tratar de verla.

—Oh —es lo único que se le ocurre.

Inmediatamente fantasea con que ella se encuentre en la avioneta que están esperando, pero no imagina por qué iba a ser así.

Un pequeño Cessna surge del cielo, se acerca descendiendo con viento parcial de costado y aterriza en una décima parte de la enorme pista de aterrizaje, y rueda hasta los hangares donde esperan Alban y Fab, apoyados sobre la capota del coche. Hay dos personas en el avión y, tras lo que parece un largo rato después de que la hélice haya dejado de girar, las dos personas salen y una de ellas es una mujer, pero el corazón de Alban (que ha vuelto a saltar) se derrumba cuando ve que la chica es una rubia esbelta, nada parecida a Sophie, después de todo.

—¡Hey, Fab! —exclama el hombre. Es un tipo alto, quizá de veintitantos, con el cabello oscuro y despeinado; lleva una abultada bolsa fotográfica y unas Ray-Ban.

—¡Dan-ii-eel! —aúlla Fab. Se acercan corriendo el uno al otro y se chocan las

manos.

La rubia (con zapatillas de deporte, vaqueros recortados y una camiseta de The Cure), se detiene unos cuantos pasos antes, al ver a Alban. También lleva gafas de sol, y las empuja hasta el pelo para mirarle.

—¿Alban? —dice ella.

Jesús, sí que es Sophie.

Dan y Sophie están saliendo juntos (él realiza parte de su trabajo en Nueva York), y así es como Fab lo ha conocido, para empezar.

Conducen por los alrededores en el sufrido Ford, observando las inmensas carcasas de los aviones, algunos de ellos intactos, aunque a la mayoría les han extraído el motor. Dan saca fotografías continuamente. Luego despegan en el Cessna y Fab usa la cámara de Dan para hacer más fotos. Tanto en el coche como en el avión, Alban y Sophie van en el asiento de atrás. Dan resulta ser un tipo genial, que conoce mil historias y chistes. Sophie no deja de reírse con él. Ella y Alban se sienten algo incómodos el uno con el otro, sin saber lo que decir. En el avión, se encuentran muy apretados entre ellos. Alban puede oler su perfume, y cree poder olería más allá del perfume artificial la esencia única que es la chica, su piel; un recuerdo de hace tres veranos en Lydcombe.

El avión se inclina, con una de sus alas casi directamente hacia tierra, el motor acelerando mientras dan vueltas, igual que un buitre de latón, sobre las carcasas de las aeronaves abandonadas.

De vuelta en tierra, Dan grita:

—¿Alguna vez has estado en San Fran, Al? —Mientras, Fab recoge el equipo fotográfico y él rellena el depósito del avión subido a una escalerilla de mano.

—No —admite Alban—. Estaba pensando en echarle un vistazo, pero no sé si tengo tiempo ahora.

—Bueno, Alban, joder, no tienes por qué confiar tu culo británico a este maníaco para que te lleve de vuelta al País de la Fantasía; ven a ver una ciudad de verdad.

—¡Que te jodan, tío! —grita Fabiole de buen humor.

—¿Qué? ¿Ahora? —inquiere Alban. Mira a Sophie, pero su expresión es imposible de interpretar detrás de las gafas de sol. Observándola bajo la intensa luz solar, todavía no puede creer lo rubia y delgada que se ha puesto. También ha crecido unos tres centímetros, por lo menos.

—Claro, ahora —responde Dan, que sacude las últimas gotas en el depósito de estribor del avión y luego asegura la tapadera—. Ven a pasar un par de días en mi casa. Eres más o menos de mi talla, puedes cogerme ropa prestada o simplemente comprártela. Te dejaremos en un autobús de vuelta a Los Ángeles el domingo o el lunes. Incluso puedo traerte volando si no estoy muy liado.

—¿Fab? —dice Alban—. ¿Te importa?

—No —contesta Fabiole, sonriendo—. Ve, tío.

Se marcha, sentado en la parte de atrás de la pequeña aeronave y contempla las

tranquilas parcelas castañas, caquis, pardas, marrones, en lilas, en columnas, circulares, cuadradas y rectangulares, de vegetación californiana que pasan sobrevolando.

Aterrizan en Hayward antes de que anochezca, recogen el Saab descapotable de Dan, cruzan el puente sobre la bahía y luego giran al norte, Inicia la ciudad.

Se detienen en el apartamento de Dan, con vistas al parque Lafayette y cenan en una restaurante vietnamita justo al final de la avenida Columbus. Una vez de vuelta en el apartamento, modesto pero de buen gusto, exceptuando una clara preferencia por el cromo, Dan se encuentra abriendo una botella de merlot de Napa cuando suena el teléfono y le pide a Sophie que encienda el televisor. Dan sostiene el auricular bajo su barbilla mientras da vueltas por la cocina gracias a uno de esos larguísimos cables de teléfono que parecen existir tan solo en los Estados Unidos, sosteniendo la botella y tres copas. Las coloca sobre una mesita en el salón y aprieta el mando hasta llegar a un canal de noticias, a una toma desde un helicóptero, de un autobús escolar amarillo a toda velocidad por una autopista iluminada y unos coches de policía persiguiéndolo.

—Lo tengo —dice—. ¿Qué? ¿El treinta y cinco? Daly, de acuerdo. Voy hacia allí. Sí. Adiós. —Se retira a la cocina, cuelga el aparato y regresa con los brazos abiertos—. El deber me llama. Tendréis que entreteneros solitos, chicos. Lo siento.

Se marcha un minuto más tarde; sale corriendo del piso tras ponerse una chaqueta y coger dos cámaras.

Alban y Sophie miran la botella de vino.

—O podríamos ir a un *pub* —propone Alban—, quiero decir un bar.

—Somos tres años demasiado jóvenes, primo. —Sophie sacude la cabeza.

Alban suelta una buena carcajada ante ese comentario y se sienta.

—Ah, ya. —Rebusca en el bolsillo de su camisa y extrae un porro—. También tengo algo de la mejor cosecha casera de Fab. —Mira el canuto, luego el interior del bolsillo de su chaqueta y finalmente se encoge de hombros—. Oh, bueno, seguro que él tiene más.

Sophie se sienta enfrente de él. Sonríe y sirve el vino.

—Bueno, que haya fiesta.

Mantienen encendido el televisor en el mismo canal de noticias con el sonido apagado (la persecución del autobús escolar continúa, ahora con un rótulo que dice: «Persecución de autobús escolar») y escuchan discos, mientras beben vino y fuman. La persecución del autobús concluye con el vehículo (Alban lleva el suficiente tiempo en los Estados Unidos para empezar a pronunciarlo como «vículo») estrellado aunque sin volcar, y encajado en el eje de unos pivotes de cemento que hay en mitad de alguna autopista, rodeado por coches de la policía y destellantes luces. Los disparos desde el autobús refulgen como chispas, y la policía busca protección detrás de los coches.

—Esto es genial —comenta Alban, asintiendo ante el televisor y pasándole el porro a Sophie.

—Bienvenido a América.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —pregunta.

Hasta ahora no han dicho nada sobre lo que ocurrió en Lydcombe hace tres años.

—¿En los Estados Unidos? Solo desde el pasado otoño.

—¿Y antes de eso?

—En Madrid. En Lydcombe de vez en cuando; la mayoría fueron visitas cortas. ¿Y qué hay de ti?

Parece tan distinta y sin embargo igual. Su boca es aún la boca que él solía besar, pero sus dientes parecen más blancos, así como mejor colocados, y su cara está bajo un pelo diferente, y sobre un cuerpo mucho más delgado. Supone que su imagen anterior era a causa del sobrepeso infantil, pero a él le había gustado así. Siente como si la hubiera encontrado de nuevo, pero todavía anduviera perdida para él; otra persona, otra vida, otro amante. Su acento ha cambiado, se ha vuelto medio atlántico, pero el tono y el timbre son los mismos.

—¿De mí? Oh, sólo, ya sabes, en casa —dice y recupera el porro—. En Richmond, luego he estado viajando durante, bueno, casi un año.

—Tienes buen aspecto —afirma ella—. Has crecido. El bronceado te sienta bien.

—Apuesto a que eso se lo dices a todos. —Alban sonríe.

—Claro —responde ella, cogiendo el porro de nuevo—. Lo hago. Salud.

El se ríe exhalando algo de humo y levanta su copa. Está sentado en el suelo con las piernas bajo la mesita de cristal y cromo. Ella se encuentra en el sofá, detrás de él, de forma que es más fácil pasarse los canutos el uno al otro mientras ven la televisión.

Esto es tan distinto de como lo había imaginado. Había pensado que se verían e inmediatamente correrían a abrazarse, puede que para no volver a alejarse; o que, en cambio, tendrían una horrenda y dolorosa pelea que les dejaría emocionalmente marcados para el resto de sus vidas.

Algo trascendental en ambos casos. Desde luego no aquella extraña, tensa y ligeramente nerviosa situación en la que ambos actuaban como si nunca hubieran sido amantes, como si lo de Lydcombe jamás hubiese ocurrido.

—Intenté ponerte en contacto contigo durante tanto tiempo después de que nos separasen —dice él.

—¿En serio? —Ella suena escéptica.

—En serio. ¿Te llegó alguna de mis cartas?

—Ni una —responde, devolviéndole el porro.

Alban no sabe qué decir ante aquello. *Perdido, perdido, todo se ha perdido*. En fin. Respira profundamente y se aclara la garganta.

—Intenté llamarte. Incluso pensé en coger un tren y un autobús para buscarte en Lydcombe, hasta que oí que estabas en España.

—Enes-Pania. Enes-Pania —pronuncia, mirando su copa con aire pensativo, debido sin duda a la hierba. Sonaba como si estuviera citando a otra persona, de otra época, no riéndose de él—. Enes-Pania... —Entonces le mira—. ¿De verdad lo hiciste? —inquire— ¿De verdad escribiste todas esas cartas? ¿En serio?

—Sí, y también un montón de poemas. Cientos de páginas, al final. La tía Lauren dijo que te los enviaría. —Mira hacia ella—. ¿No te llegó nada en absoluto?

—Ni una mísera hojita. —Se pone en pie para cambiar el disco—. Pensaba que te habías olvidado de mí —le confiesa silenciosamente.

—Bueno, pues no lo hice. —Vuelve su cabeza hacia ella, pero está mirando la pared llena de discos y libros de Dan. Se ha puesto un ligero y corto vestido verde para ir al restaurante. Se estira para llegar al estante superior y Alban puede ver el bronceado dorso de sus muslos.

—¿Tú tienes algún CD? —pregunta ella—. Dan tiene algunos aquí, aunque él dice que le gusta más el sonido del vinilo. Y también tiene estas cosas. —Se agacha para sacar lo que parece un álbum de música de *Chinatown*—. ¿Láser disc? ¿Para ver pelis?

—He oído hablar de ellos —afirma él.

—*Hmm*. —Vuelve a colocar el *láser disc* en su sitio.

—¿Intentaste ponerte en contacto conmigo? —le pregunta apartando la mirada, y extrae el último porro del bolsillo de su chaqueta.

—Joder, ¿cuántos de esos has traído? —dice ella.

—Es el último. Si no quieres que lo encienda, no lo haré. —Ya se siente bastante colocado aunque trata de mantener la compostura. Mira hacia ella, pero está examinando de nuevo la colección de discos, cruzada de brazos.

—No, no, no me hagas caso. —Hay una pausa—. Aunque debería abrir una ventana. —Se gira y observa el televisor, después se vuelve de nuevo.

—¿Sophie?

—¿Qué?

—¿Lo hiciste?

—¿Te gusta Joni Mitchell? A Dan le encanta pero yo no estoy tan segura. Tengo que traer algo de The Cure. ¿Qué si hice qué?

—Intentar ponerte en contacto conmigo.

Hay un largo silencio.

—No, cari, no lo hice. —La aguja cae sobre la ranura inicial del vinilo con un zumbido casi subsónico; un sonido hueco y vacío cargado de urgencia.

Su corazón parece salirse por la boca y caer los tres pisos hasta la calle. Cari. Apócope de cariño. Esa palabra es nueva. Probablemente Dan suele llamarla así. Es probable que la llame así en la cama. O puede que sea ella quien lo haga. Puede que ella lo grite mientras se corre. Mientras él hace que se corra. Oh, joder, ¿qué está haciendo él allí?

Ella se sienta en el suelo frente a él, a los pies del otro sofá, con las piernas debajo

de la mesita, paralelas a las suyas.

—Las cosas se pusieron muy feas para mí después de que os fueseis de Lydcombe —le cuenta. Parece triste, seria y hermosa, pero aún desconcertantemente distinta—. Me hicieron sentirme muy mal conmigo misma. Con todo lo que había pasado. Con todo lo que hicimos.

Aún no se ha encendido el último porro. La mira a los ojos, tratando de imaginar lo que debe haber sido para ella. En todo este tiempo, en el que no dejó de pensar en ella, realmente jamás se le ocurrió cómo debió sentirse al respecto; tan solo la imaginó como la misma chica que había sido siempre, pero detenida, congelada, pausada, atrapada en ámbar o carbonita o algo así, pero todavía siendo la misma persona, preparada para continuar su vida, su vida juntos, en el instante en que aquel hechizo lanzado sobre ellos se rompiera.

Jamás pudo imaginar que ella pudiera cambiar como resultado de todo lo ocurrido. Incluso después de oír de la boca de Haydn que ella había vuelto a Lydcombe y que tenía novio, él había borrado esa parte de alguna forma, la había descartado. Esa había sido otra persona, o esa había sido ella resultando haber sido una mala persona todo el tiempo pero sólo ahora mostrándose como tal. Y de alguna manera, la imagen que él conservaba de ella no había cambiado; el extraño y congelado icono de su persona que poseía, había permanecido con él, y en algún profundo lugar de su interior había creído, incluso después de todos los viajes y cambios realizados, que aún podía despertarles a ambos de su sueño tan solo con encontrarla, y nada importante habría cambiado.

—James y Clara me hicieron sentirme como si les hubiera hecho daño a todos —explica Sophie silenciosamente—. Sobre todo a ellos, naturalmente, pero también a la abuela Win, a tus padres y a toda la familia. Incluso a ti. Tuvimos que... Tuve que correr un velo sobre todo ello y empezar desde el principio. Esa era la única forma de avanzar, la única forma de escapar. Achacarlo a la estupidez juvenil y seguir adelante. Si era capaz de hacer eso, si era capaz de no mirar hacia atrás, entonces todos estaríamos bien. Ellos serían felices. Yo me habría salvado. Tú te olvidarías antes de mí.

Alban siente cómo las lágrimas se agolpan detrás de sus ojos, pero lucha contra ellas, apretando la mandíbula para contenerlas.

—Entonces —susurra, y vuelve a aclararse la garganta—, ¿crees que solo fue estupidez juvenil?

Ella le mira durante un largo instante. Joni Mitchell canta *Cold Blue Steel* y *Sweet Fire*. Finalmente Sophie dice:

—¿Vas a encender ese porro o solo vas a sobarlo toda la jodida noche?

Se fuman el último porro, pasándose el uno al otro por encima de la mesa. En televisión, la «Persecución de Autobús Escolar» es ahora etiquetada como «Asedio a un Autobús Escolar». Dan llama para avisar de que estará allí durante toda la noche y que pretende dormir en casa de un colega que vive cerca de allí, en Daly City; se

disculpa. Normalmente se habría sentido amenazado al dejarla en el apartamento con un tipo tan guapo pero, oye, son primos y no es como si fueran de esos endogámicos de los Ozarks o algo así.

Apuran el vino.

Ella se levanta y tiene que agarrarse al extremo del sofá durante un momento, exclama: «¡Uuu!» y luego pone *This is the Sea*, de los Waterboys.

—¿Conoces esto?

Es un disco que recuerda de cuando acababan de separarse.

—Sí —responde—. Lo recuerdo.

Sophie permanece delante de la cadena de música, entre los altavoces, balanceándose, con la cabeza agachada, los ojos cerrados y las manos entrelazadas sobre su cabeza.

Alban se gira y la contempla durante un rato.

Ella se vuelve y le dice:

—¿Quieres bailar?

—Tendrás que irte —le dice ella.

—¿Qué? ¿Ahora?

—No, pero antes de que Dan regrese.

—¿Por qué? —Aunque lo sabe de sobra. Intenta que el dolor no se refleje en su voz.

—Porque de otra manera es demasiado complicado. Además, no soy tan buena mintiendo.

—Pero, ¿por qué tengo que irme si...?

—Mira, no es que vayamos a poder hacer esto de nuevo, Alban. Él estará aquí. Yo estaré aquí.

Es la primera vez que hacen el amor en una cama.

—Sí, lo sé, pero...

—Le contaré que nos hemos peleado. Una discusión. Sobre algún asunto de familia. Puedo hacer que eso cuele. Eso puedo hacerlo. Pero no si tú estás aquí.

Él espera un instante, acercándose un poco más, acariciando su pelo, su nueva y delgada silueta y su costado, cubriendo su dulce y reducido pecho.

—Está bien —accede.

Ella estira su mano y saca parte de la sábana que hay entre ellos, hecha una pelota.

—Y será mejor que además vaya a lavar esto. —Respira profundamente, mirando hacia las persianas, y entonces se aparta de él—. Por Dios, está amaneciendo. Venga; muévete. Si las llevo a la lavandería ahora mismo, puedo traerlas de vuelta antes de que él llegue.

Alban le ayuda a quitar las sábanas, preguntándose cuándo se ha vuelto tan

cuidadosa, tan diestra, tan organizada.

Se dicen adiós en la lavandería situada en el bajo del bloque de apartamentos, mientras la rosácea claridad de la aurora se filtra a través de un alto y sucio ventanal al nivel de la acera. Ella no le permite besarla de forma apasionada, le aparta las manos de detrás y se limita a sacudir la cabeza cuando él trata de hablar demasiado.

Apoya su frente contra la de él y dice:

—No debimos haber hecho esto.

—Sí debimos.

—No. No debimos.

Alban supo mucho tiempo después que, de todas formas, Dan descubrió que lo habían hecho nada más llegar, y la echó a la calle.

Desde Lima, ha estado guardando al menos quinientos pavos del dinero de Blake en el interior de su calcetín, arrugado en un sudoroso fajo alrededor de su tobillo. Usa una parte para pagar un taxi hasta la estación y allí compra un billete hacia Los Angeles.

Aproximadamente un mes después, comienza la universidad.

Sophie no deja de evitarle.

La próxima vez que se vean, será en una feria de muestras en Singapur. Ella lucirá unos dientes perfectamente blancos y brillantes, su nariz será más pequeña, estará aún más delgada e incluso más rubia.

Capítulo 7

Jueves. Verushka le lleva en coche hacia el norte, salen de la ciudad bajo una grisácea llovizna a lo largo de la Gran Carretera del Oeste, a un par de kilómetros por hora por debajo del límite de velocidad hasta las carreteras cercanas al puente de Erskine, en las que vuelve a aminorar, para volver a acelerar el Forester una vez más tras atravesar Dumbarton. El tráfico se espesa en torno a la orilla del lago Lomond, no obstante consigue realizar algunos adelantamientos asombrosamente bien medidos.

—Este cacharro parece más rápido —comenta Alban frunciendo el ceño.

—Claro, me lo han trucado —afirma con una sonrisa.

—¿Eso hace que corra más?

—Oh, desde luego.

—Apuesto a que no se lo has contado a la compañía de seguros.

—Apuesto a que sí, listillo.

La parte de atrás del vehículo está en su mayoría ocupado con su equipo. Él se ha traído una nueva mochila, pero ella tiene un macuto considerable, más el resto de su equipo de escalada y una tienda de campaña, por si quiere establecer un campamento base a media distancia entre la carretera y cualquier montaña; de lo contrario dormirá en el coche o donde le resulte apropiado sobre la colina, en un saco de dormir.

Alcanzan un buen ritmo después de que la carretera se haga más ancha, una vez que han pasado Ardlui, cortando la lluvia y adelantando a otros coches como una bala. En una ocasión un coche que se acerca le da luces, un rugiente Evo con un alerón impresionante que los adelanta. Ser adelantado, le explica ella, te evita tener que soportar las luces del coche de atrás. Especialmente si está totalmente injustificado.

Alcanzan velocidades verdaderamente mareantes durante un periodo inesperadamente seco, a lo largo de unos cuantos kilómetros antes del puente de Orchy. Se detienen para repostar y almorzar en Fort William. Ella está en lo que suele llamar «modo montañismo» y lleva un tentempié de considerable tamaño y alto contenido en grasa. Alban le sonrío sacudiendo la cabeza. Justo al salir de la ciudad, pasan junto a la señal del hotel castillo Inverlochry, donde Fielding y el dúo de tías abuelas pasarán la noche, haciendo un alto en su viaje a Garbadale.

Escuchan canciones al azar en el iPod de Verushka, reproducidas a través del equipo del coche mediante un transmisor de radio técnicamente ilegal, y son amenizados con una buena dosis de Bach, mezclado con Berlioz, Gwen Stefani, Héctor Zazou, los Kaiser Chiefs, Jethro Tull, White Stripes, Belle and Sebastian, Michelle Shocked, Massive Attack, Kate Bush, Primal Scream y los Heatles. Suenan veintiuna canciones antes de llegar a una de Led Zeppelin, aparentemente tan larga como un disco entero (aunque, como ella señala, todas lo son; je, je).

La ruta más lógica es a través de Inverness, pero Verushka tiene otras cosa en mente, así que ponen rumbo al oeste en Invergarry (Alban le pide que pare para

examinar algunos árboles interesantes, pero ella insiste en continuar) y toman el camino hacia Kyle. Las carreteras hasta el cruce de Auchertyre pasan en una aturdida sesión de zonas soleadas, lluvias pesadas y lentos coches que dejan atrás. Aceleran más el cacharro por las carreteras a ambos lados de Achnasheen, al secarse el asfalto. Verushka conduce con una amplia sonrisa en la cara.

—¿Vamos al máximo? —pregunta él.

Ella echa un vistazo al velocímetro, que parece haberse quedado sin números para señalar.

—Sí.

—¿Están preparados los neumáticos para esta velocidad?

—*Sip*.

Al norte de Ullapool, (repostar y té con pastas), la agonizante tarde brilla a lo lejos. Verushka baja un poco el ritmo, aunque aún sobrepasan a toda velocidad a otros coches más lentos. Se encuentran a menos de una hora de Garbadale.

—¿Has pensado cuál va a ser tu...? —Levanta una ceja—. Intento pensar en una palabra en lugar de «estrategia» —confiesa—. Pero da igual, ¿lo has pensado? —Mira hacia él.

Alban mira la carretera que se despliega ante ellos.

—Me siento como un observador de las Naciones Unidas —afirma—. Voy a observar cómo se hacen pedazos por dinero. O cómo permanecen unidos por un sospechoso espíritu de solidaridad. Algo en lo que no somos muy buenos, francamente.

—Pero, ¿qué es lo que quieres?

—Supongo que, si soy sincero conmigo mismo, quiero que Spraint se joda y nos deje en paz aunque, si estamos listos para vender, entonces nos merecemos cualquier cosa. Con la posible excepción del dinero.

—Vale. ¿Cuánto dinero?

—Ellos valoran el setenta y cinco por ciento de la compañía que todavía no poseen en ciento veinte millones de dólares americanos. Unos setenta millones de tus libras.

—¿Es la última oferta?

—Eso dicen. Pero solo empezaron con cien, así que probablemente no lo sea. Si somos codiciosos, venderemos por algo mucho más cercano a los doscientos millones de dólares.

—¿Y sois codiciosos?

—Por supuesto que sí. —Sonríe sin humor alguno.

—De modo que si elevasen su oferta a esa cantidad, ¿aún votarías que no, e intentarías que los demás hicieran lo mismo?

—Sí.

—¿Pero no te importaría mucho si ocurriese lo contrario?

—Correcto.

—¿Y no significa mucho para ti, desde un punto de vista financiero?

—Me quedan cien acciones, específicamente para conservar mi voto. Si me veo forzado a vender, usaré los beneficios para invitarte a una opípara cena y a una botella de algo que vaya bien con ella. Pero no cambiará nada.

—¿Pueden obligarte a vender? —Frunce su entrecejo.

—Si se hacen con el noventa y dos por ciento de las acciones, pueden comprar el resto por ley.

—*Hmm.*

Se queda callada durante un momento mientras un Audi sedán, moderadamente veloz, es adelantado mediante una serie de hábiles giros de muñeca y un golpe de acelerador.

Alban se remueve en su asiento y mira hacia atrás.

—Creo que esos eran tía Kath y Lance —comenta. Saluda tímidamente con la mano por si está en lo cierto. El Audi les hace señales con las luces. No han sido reprendidos con las luces desde Glen Coe. O adelantados desde aquel Evo cerca de Crianlarich.

—¿Eso cuenta?

—Eso no cuenta. —Sacude su cabeza.

—De todas formas —explica él, reclinándose en su asiento—, no creo que vaya a tener mucha influencia sobre ellos. Venderán. Tan solo es una cuestión de por cuánto.

Ella mira hacia Alban.

—¿Y qué hay de tu prima? ¿Qué hay de Sophie?

—Sí, se supone que estará allí. Es probable.

—No me refiero a eso. Venga ya —espeta con bastante amabilidad.

Él contempla la carretera durante un rato.

—No lo sé —responde calladamente—. Es como si siempre estuviera esperando... —Mira hacia Verushka—. En este momento busco una alternativa a la conclusión pero, en fin...

—¿Qué? ¿Cada vez que la ves te das cuenta de que aún sientes algo por ella?

—Supongo. —Mira hacia abajo, quitando pelusas imaginarias de sus vaqueros—. Algo así. —Levanta su cabeza y se frota las sienes, como si tuviera una jaqueca—. No lo sé. Es... —Su voz se apaga.

—¿Qué es lo que sientes por ella? —Verushka suena intrigada, nada más—. Vamos McGill. Sé sincero. —Una nueva mirada—. Contigo mismo; sé sincero.

—Oh, no sé, V. G. —responde sacudiendo su cabeza mientras mira hacia las montañas, que avanzan lentamente en la distancia—. A veces creo que la persona más fácil de engañar es uno mismo. ¿Qué siento por ella? Sinceramente, no lo sé. Busco y busco y no puedo encontrar nada. Creo que solo podré saberlo cuando la vea otra vez, pero entonces eso tampoco funciona. Y ella ha... ella ha cambiado tanto. Se ha cambiado tanto a sí misma. —Sacude su cabeza—. Tiene buen aspecto... parece diez años más joven de lo que es... pero se ha arreglado un montón de cosas.

—¿Crees que se habrá hecho algo más desde entonces?

—¡Ja! Dios sabe. Probablemente Botox. ¿Estiramiento facial? ¿Un culo más gordo? ¿Un culo más pequeño? ¿Un retoque en las tetas? No lo sé; ¿cuál es la moda estos días?

—Jo, tío, estás así como preguntando al la tía equivocada. —Verushka sonrío.

—Y tu acento americano todavía es terrible —le responde, devolviéndole la sonrisa.

—Es posible, sin embargo, algún día... Da igual.

—Da igual —repite él, estirando su mano hasta ponerla sobre su nuca.

—Eso me gusta —ronronea, inclinando su cabeza un poco hacia atrás—. Cuando empiece a desmayarme de gusto, te detienes, ¿vale? —Le ofrece una nueva sonrisa—. Y si nos estrellamos, también.

—Trato hecho —dice él—. Pero ¿tu pregunta no debería ser lo que siento por ti?

—Ya sé lo que sientes por mí. —Se encoge de hombros.

—¿Lo sabes? Bueno, cuéntame.

—Crees que soy genial —afirma—. Lo cual es cierto, obviamente. —Luce una alegre sonrisa en su rostro—. Sin embargo, sabes que he estado abierta a otras relaciones, soy insensiblemente egoísta, no tengo intención de casarme nunca y no deseo tener niños. Así que estamos bien, a no ser o hasta que, encuentres a alguien a quien puedas amar que desee las mismas cosas que tú, especialmente los niños.

—O que tú lo hagas.

—Esa es la diferencia —explica—. Yo ya tengo todo lo que quiero.

—Bueno, suerte que tienes.

—Sí, suerte que tengo. —Desvía un momento la mirada hacia las altas e hinchadas nubes—. En realidad, eso no es del todo cierto.

—¿No?

—Te echo de menos —admite ella. Casi resplandece—. Te lo dije anoche. Lo decía en serio. Ojalá vivieras en Glasgow, o en algún lugar cercano. Ojalá pudiéramos vernos más a menudo. —Se encoge de hombros.

Alban se pregunta qué responder a eso.

—Bueno —dice al fin—, supongo que he de vivir en algún sitio.

—Quiero decir en uno fijo —añade en forma de reproche—, esos salvajes brotes de entusiasmo acabarán por destruirte.

—Lo siento —confiesa—. Eso no ha sonado bien. Me refiero... Pero ¿y tú? ¿Te mudarías a otro sitio?

—Tendría que disponer de universidad y de fácil acceso a las montañas —contesta decidida—. Glasgow, Edimburgo, Dundee, o Aberdeen. En Europa, *mmm*, cualquier lugar junto a los Alpes bastaría. Oslo. En los Estados Unidos, Colorado... Oh, montones de sitios. ¿Por qué?

—Sólo por saberlo.

—No estoy necesariamente diciéndote que tengas que mudarte, ¿comprendes? —

aclara.

—Me doy cuenta.

—Aun así, no quieres perderme, Alban —afirma suavemente y le mira durante tanto tiempo, que cuando vuelve a dirigir la vista a la carretera, tiene que corregir la posición del volante.

—No —responde—, no quiero.

Por un momento, contempla su rostro de perfil. Se da cuenta de que ama a esa mujer, pero no sabe cómo decirle exactamente cuánto sin que suene como algo banal o demasiado frío. Jamás ha estado perdidamente enamorado, ni siquiera de Sophie, en cierto sentido. Lo de Sophie fue hace tanto tiempo, y lo que ocurrió entre ellos tuvo lugar a una edad tan temprana e incluso precoz, que ella constituye esa penosa, inestable y desesperadamente arriesgada base para todos sus sentimientos con todas las mujeres por las que ha sentido algo desde entonces.

Pero no, no quiere perder a Verushka.

—¿Por qué? —inquire sin alterar su voz—. ¿Corro el peligro de perderte?

—No —responde ella—. No que yo sepa. Pero no sé lo que va a resultar de este largo fin de semana, cuando veas a tu antigua novia, tu amor perdido, la chica que te estrenó. —Aparta la mirada con una triste sonrisa en sus labios—. Lo que me preocupa es que tú tampoco lo sabes.

—A lo mejor es eso por lo que estoy tan nervioso —confiesa.

—¿De verdad? —Suenan preocupada.

Le da una palmadita sobre el estómago por encima de la camisa.

—De verdad.

—Oh, venga ya —le regaña—. Todo va a ir bien. Es probable que te lo pases estupendamente. Convencerás a todos de que se unan al Partido Socialista de Escocia y mandarás a los chicos de Spraint de vuelta a California bañados en brea y plumas y cuestionando los verdaderos principios del capitalismo en sí mismo. Sophie le habrá echado el lazo a un hombre de lo más dulce y tendrá un par de gemelos que ha estado manteniendo en secreto durante el último año, y te dará las gracias por introducirla en los misterios del amor y te dirá que ha llegado la hora de que ambos continuéis vuestro camino, y su marido y tú congeniaréis increíblemente bien y, oh, toda esa mierda. Hasta tu abuela será amable.

—Ella suele ser amable. Solo que nunca sin un motivo oculto.

—Pero no te pongas nervioso. No es más que familia.

—«No te pongas nervioso» —la imita, medio murmurando para sí mismo—. No es más que nuclear.

Abandonan la carretera principal en la villa de Sloy, bajo la sombra de la montaña llamada Quinag y giran a la derecha, dirigiéndose a una leve subida hacia el lago Glencoul y a la carretera que rodea el lago Beag y la gran finca de Garbadale.

Atraviesan la magnífica verja de la entrada y pasan la garita del guarda. Alban mira hacia atrás, a las aguas del lago y al puente colgante que sujeta la carretera sobre el río Garve y el camino que lleva desde la casa hasta el cabo del lago. El Forester produce un crujido al recorrer el camino entre hileras de cedros rojos americanos.

—¡Por allí resopla! —señala Verushka, con el mentón sobre el volante y la mirada desviada hacia arriba debido a la visión de la casa que comienza a aparecer por encima y a través de la combada avenida de elevados árboles.

La casa aparece bañada en luz solar. Hay una docena de coches y un par de furgonetas blancas aparcadas en el exterior. Penetran en las sombras del ala sur antes de volver a salir.

—Ea, aquí está nuestro pequeño hogar de las montañas —dice Alban con un cerrado acento escocés.

—Qué obra tan jodidamente monstruosa —exhala Verushka—. ¿Alguna vez necesitó alguien tantos torreones?

—Está en venta —le contesta—. Tú siempre quisiste una casita de vacaciones por aquí arriba. Incluso trae sus propias montañas. Deberías hacernos una oferta.

—Noo —dice ella, aparcando entre un par de Range Rover—. Gracias de todas formas pero en realidad estaba buscando algo un poco más grande.

—Bueno, estoy decepcionado pero te comprendo.

—¡Alban! Hola. ¿Podéis dejar de hacer eso? ¡Por favor! ¿Al menos dentro de la casa?

—Hola, primo —Alban levanta una mano—. Hola, eh..., niños pequeños.

Son recibidos en el enorme vestíbulo por Haydn, quien ha sido elegido como el miembro de la familia con menos posibilidades de convertir el alojamiento y el protocolo general de bienvenida en un terrible desastre, incluso aunque la casa posee un administrador que está perfectamente acostumbrado a hacer ese tipo de cosas. Al entrar, cuatro o cinco niños de sexo indeterminado que les llegan por la cintura, se dedican a correr y gritar bajando las escaleras, alrededor de una gran mesa octogonal en el centro de la sala y luego salen disparados por las puertas de entrada. Alban les ve salir, con la mano aún levantada en un saludo sin respuesta. Se encoge de hombros.

Haydn mira a través de sus gafas a Verushka, quien permanece sobre sus tacones, con las manos detrás de la espalda, sonriéndole bajo la luz de la tarde, filtrada a través de las ventanas de cristal tintado de doble altura.

—Y esta debe ser... —Haydn baja la mirada hacia su portapapeles y examina las páginas.

—No importa, no voy a quedarme —aclara Verushka, dando un paso hacia él y ofreciendo su mano—. Verushka Graef. Tú debes ser Haydn. ¿Cómo estás?

—Sí. Encantado de conocerte. Entonces, ¿no os quedáis?

—Solo estoy de paso.

—Yo sí me quedo —anuncia Alban por ayudar y observa a una pareja de obreros llevar a pulso una enorme planta embutida en una pesada maceta hasta las escaleras y entonces comienzan a cargar con ella escaleras arriba, de escalón en escalón.

—Sí —afirma Haydn mirando de nuevo su portafolios—. ¿Quieres las malas o las buenas noticias? —empieza a preguntarle a Alban antes de mirar sorprendido a Verushka—. ¿De paso? —inquire con incredulidad—. ¿Hacia dónde?

—Más al norte —le responde—. Después de todo, esto no es más que Sutherland, las tierras del sur.

—Ajá —dice Haydn, cogiendo un bolígrafo y tachando el nombre de Alban—. Pero fueron los vikingos quienes la llamaron así.

—Y a Groenlandia, Tierra Fértil —admite Verushka, alzando la mirada hacia el techo artesonado, grabado con escudos y cosas doradas con filigranas, parecidas a gigantescos conos de pino—. Esos excéntricos vikingos.

—¿Qué era eso de las malas noticias, Haydn? —pregunta Alban, dejando caer su mochila sobre el parqué.

—Oh, compartes habitación con Fielding.

—¿Lo sabe él?

—Aún no.

—¿Ronca? —pregunta Verushka.

—No que yo sepa —afirma Haydn.

Ella asiente hacia Alban y dice «Él sí», y se aleja para admirar un enorme gong de metal, y lo golpea con una uña.

—¿Traéis afinadores de gong? —murmura.

—¿Es verdad que ronco? —pregunta Alban, sinceramente sorprendido.

Los obreros llevan la gigantesca planta a lo alto de las escaleras y empiezan a mover la maceta a lo largo de la balaustrada.

—Bueno, eso es problema de Fielding —afirma Haydn.

Verushka le devuelve la mirada a Alban y menea una mano.

—Muy flojito. Dulcemente, en realidad. No creo que te despiertes porque Fielding trate de asfixiarte con una almohada. —Mira a Haydn, frunciendo el ceño—. ¿Te sobran tapones para los oídos?

Alban la mira cruzando los brazos.

—Bueno. No queremos entretenerte.

Ella le ofrece su mejor sonrisa triunfal.

—De nada, me caía de paso.

Él sonrío, avanza hasta ella y la toma entre sus brazos.

—Es verdad, gracias por traerme. En serio. Ha sido genial. Te estoy muy agradecido.

—El placer ha sido mío —dice ella y le besa. Él corresponde.

—Os ofrecería una habitación —espeta Haydn pasando a su lado—, pero no puedo ayudaros. —Se derrumba pesadamente sobre una silla acolchada de cuero con soportes verticales de madera en forma de sacacorchos. Pasa la mirada entre las hojas de papel, sacudiendo la cabeza.

—¿Algún problema? —se interesa Alban.

—Intento mantener a los mayores en la planta baja o en el primer piso —explica Haydn—. Pero es un engorro.

Alban se separa de Verushka y se acerca a Haydn.

—Tiene que haber un campanario que puedas asignarle a Win, ¿no? —le sugiere (Verushka se da cuenta de que ha echado un rápido vistazo alrededor de la sala, las escaleras y la balaustrada antes de decirlo). Los obreros han desaparecido con la planta.

Verushka baraja la posibilidad de decir algo como: «Soy matemática; es posible que pueda ser de ayuda», pero decide no hacerlo, en base a que esa clase de informalidades ya han sido tomadas en serio en el pasado, y tan solo le han llevado al sonrojo y a la decepción general.

—Ja, ja —ríe Haydn, aunque él también mira de reojo.

Verushka menea la cabeza sin ser vista.

—Todo los americanos llegarán mañana —le informa Haydn, comprobando la última hoja del portafolios—. He tratado de ofrecerle a la gente de Spraint las mejores vistas.

—¿Para qué? —pregunta Alban— ¿Para compensar las suyas?

Haydn frunce el ceño, parpadea, abre la boca para hablar, pero entonces ambos hombres dirigen su atención hacia el extremo de la escalera principal más alejado de Verushka, cuando una puerta cruje al abrirse. Dos enormes y lanudos perros grises (Verushka está bastante segura de que son loberos Irlandeses) corren al interior, con las cabezas agachadas, y acuden olisqueando hasta Alban y Haydn. Haydn tuerce el gesto y aparta su portafolios. Alban sonrío y les acaricia el pelaje y las orejas. Un animal la ve y cruza la habitación.

—Ese es *Gilbey* —le dice Alban a Verushka—. O *Plymouth*. —Mira hacia Haydn—. ¿Y *Jamieson*?; ¿aún sigue por aquí?

—Está muerto —afirma Haydn, sacudiendo su cabeza.

—Ahí lo tienes; ahora es un espíritu. En fin —comenta Alban—, son inofensivos.

—No me digas. —Verushka le da unas palmaditas al gigantesco sabueso en la cabeza, la cual está a la altura de su esternón. Ha visto perros adultos más pequeños que la cabeza de esta criatura. Los ponis de Shetland son un par de palmos más pequeños y también más anchos. El primer perro eleva su nariz y sube las escaleras saltando. El que está con ella prefiere pasear por allí. Se echa descuidadamente detrás del gigantesco gong y empieza a roncar casi al instante.

—Ah, Lauren —dice Haydn—. ¡Oh! Win. Estás ahí.

Una mujer mayor y otra muy anciana aparecen por el mismo sitio que los loberos.

Lauren es una sesentona razonablemente bien conservada, con unos pantalones y un jersey marinero; su pelo aún muestra un tono marrón. Win, la chica del inminente cumpleaños, presenta un aspecto frágil, con su fino y blanco cabello, vestida con un holgado traje de dos piezas de *tweed*. Está más encorvada, y agarra un alto bastón de madera con su mano derecha.

Lauren se aleja de Win, saluda y se apresura a besar a Alban, tras lo que pregunta:

—¿Ha pasado por aquí una planta? ¿Y dos mozos?

Alban y Haydn señalan a la vez.

—Arriba.

—Maldita sea. —Menea la cabeza y, con una mano en la barandilla, sube corriendo las escaleras. A medio camino, ve a Verushka mirándola a través de la balaustrada; sonrío brevemente, esboza un «Hola» con los labios, y entonces desaparece tras la balconada, acompañada por los sonoros golpes de sus zapatos.

—Alban, Alban —dice la Yaya Win, enderezándose un poco y aceptando un beso en ambas mejillas—. Has venido. Te lo agradezco tanto. ¿También estarás para mi cumpleaños?

—Por supuesto Yaya. Ese es el motivo principal.

—Oh, bueno, eso es lo que dice la gente, pero... —Win capta la presencia de Verushka, vuelve la cabeza un poco más y frunce el entrecejo—. ¿Si? ¿Podemos ayudarla en algo?

Verushka avanza y sonrío generosamente.

—Oh, lo dudo.

Win mira hacia Alban.

—Win, esta es mi buena amiga Verushka Graef. Ella ha sido quien, muy amablemente, me ha traído hasta aquí desde Glasgow.

—¿Cómo está usted? —Verushka inclina la cabeza.

—Sí. Hola. Haydn, ¿hemos...? —Win parece insegura.

—Solo estoy de paso, señora —aclara Verushka antes de que Haydn pueda responder—. Tengo montañas que escalar. —Win la observa de una forma que le hace añadir algo más—. Literalmente, no de forma metafórica.

—Oh, ya veo —dice Win—. Bueno, ¿podrás al menos quedarte a cenar?

Verushka mira a Alban.

—Gracias. Ya me había hecho a la idea de un *brick* de pollo al curri concentrado, sorbido a cucharadas a través de una red antimosquitos, pero...

—Oh, por favor, quédate a cenar —insiste Win, con su temblorosa mano sobre el bastón. Mira a Haydn, quien empieza a parecer preocupado—. Y estoy convencida de que podremos alojarte, al menos una noche...

Alban le sonrío. Suficiente, decide Verushka.

—Bueno, es muy amable —responde—. Me encantaría.

Tras los cristales de sus gafas, Haydn cierra los ojos. Su mandíbula se contrae con fuerza. Después parpadea y vuelve a mirar su portafolios. Verushka se encuentra

delante de él.

—Inverlochy —le comenta.

—¡Claro, por supuesto! ¡Fielding no llegará hasta mañana! —espeta Haydn—. ¡Espléndido! —Alza la vista hacia Verushka y pasea su mirada consecutivamente de ella a Alban, de nuevo preocupado—. ¿Cómo de buenos amigos...?

—Lo suficiente —le asegura Verushka, tomando el brazo de Alban.

Desde la habitación, arriba en el ático de la cuarta planta, donde una vez vivían los sirvientes de la casa, el paisaje se extiende a lo largo del parterre trasero, por encima del viejo huerto amurallado sobre el bancal meridional que da al bosque, continúa sobre la cañada, entre las dos líneas de colinas gemelas que desaparecen hacia el sudeste, hacia el lago interior (lago Garve o lago Garbh, según el mapa que decidas consultar) invisible durante los apacibles meses de abril a octubre, tras una pantalla de hojas. En invierno, a través de la red de ramas desnudas, el lago brilla a veces bajo la inclinada luz de la temporada baja.

Al norte hay una abrupta ladera de hierba y rocas, y el diagonal perfil de un acantilado, ocultando las murallas superiores de Beinn Leóid. Un arroyo desciende por el borde de la zona más alta y lejana del acantilado. Hoy en día, la cascada atrapa la luz y la proyecta en las más oscuras rocas que hay más allá. Alban recuerda haber contemplado una vez la cascada, en primavera, hace media docena de años, en una racha momentánea de luz solar entre dos chaparrones de lluvia y granizo con una tormenta que provocaba un fuerte viento hacia la cañada y aullaba por toda la vieja casa.

Aquel día, el viento impactaba en la cascada, plegándola sobre sí misma y obligando al agua a remontar en una ola casi circular, sostenida en el fuerte vendaval, depositándola desordenadamente, en forma de ondeantes cortinas y trozos de roca, sobre la planicie desde la que trataba de precipitarse. Era como si tuviera lugar la más fabulosa batalla elemental entre el aire, el agua y la gravedad, y recuerda haber permanecido junto a la ventana del salón, contemplando aquel caos con una sensación parecida a la excitación sexual. Una parte de él quería correr hacia la tormenta, dejar que la lluvia lo empapara y que el viento le abofeteara y ser parte de todo ello. Otra parte más sobria estaba plenamente satisfecha de tener tejado sobre su cabeza, del fuego en la rejilla de la chimenea y del viejo batallón de radiadores de hierro situados bajo cada ventana, con los tubos tan anchos como su brazo, que borboteaban con el agua y el óxido o arena o lo que hubiera en ellos que los hacía tintinear y susurrar.

Entonces, la familia había acudido a Garbadale por una razón parecida a la que ahora les había traído aquí.

Entonces se había tratado de vender tan solo una parte de la compañía. Si debían vender algo de ella; y si lo hacían, ¿por cuánto? En el momento, él se había

manifestado en contra de cualquier venta, pero ya estaba empezando a cuestionarse su compromiso con la familia y la empresa. Últimamente se le pasaba por la cabeza la idea de marcharse, de resignarse. Pronto fue evidente que la mayoría de la familia estaba como loca por vender cualquier parte hasta un cuarenta y nueve y medio por ciento de las acciones a Spraint Corp., y él se había retirado de la discusión. Su última aportación había sido recomendar que no se vendiera más del veinte por ciento.

Posteriormente se perdió un par de sesiones de negociación y las presentaciones de Spraint marchándose de la casa, pasando el tiempo en las colinas con Neil McBride, el administrador de la finca de Garbadale.

—Ah, todo está cambiando. Lo podemos ver aquí. El salmón y la trucha marrón casi han desaparecido. Y ya no hay inviernos como los de antes. Tengo prendas y equipo de invierno que ya nunca utilizo; bueno, puede que un día al año o algo así, porque ahora el tiempo es siempre más templado. También es más ventoso, y más nublado, hay menos luz solar. Me he fijado en eso aquí; con esto. Me ha costado convencer a la gente de que está ocurriendo realmente, pero estoy seguro de que así es.

Neil era un tipo bajito con el rostro rubicundo por estar a la intemperie y el pelo (junto con su ostentoso bigote) del color del helecho viejo. Tenía cincuenta y tantos años y su cara los reflejaba porque había pasado la mayor parte de su vida al aire libre, aunque se movía como un hombre con la mitad de su edad.

—¿Eso es para lo que sirve? —preguntó Alban.

—Sí señor. Mide la luz del sol, básicamente.

Habían conducido el sufrido Land Rover por un tramo corto de carretera hacia Sloy, hasta lo alto de una pequeña elevación donde se ubicaba la estación meteorológica de la finca. El sol acababa de ponerse. El día había sido ventoso, pero ahora al caer la noche el viento estaba amainando. Largos y tenues rastros de nubes aparecían a lo largo del inconstante paisaje de montañas, colinas, llanos y lagos, tornándose rosáceas al ponerse el sol sobre el Atlántico.

Neil había estado midiendo la lluvia, la presión atmosférica, el viento y la luz del sol en este lugar desde poco después de empezar a trabajar en Garbadale, hacía veinticinco años. Anotaba todos los datos (al principio en una serie de libretas, pero más recientemente en un pc) y enviaba los resultados diariamente a la Oficina Meteorológica.

A Alban le gustaba el aparato para medir la luz solar. Se trataba de un poste con un contenedor esférico de metal en lo alto, a la altura del pecho. Había una esfera de cristal colocada en el centro del contenedor. Detrás del orbe, situado con su centro hacia el norte, una larga tira de papel especial fotosensible yacía en el interior de una combada cubierta de cristal, alrededor de la estructura. La esfera de cristal actuaba como una lente; concentraba la luz solar que caía sobre ella y la dirigía hacia el papel, provocando una quemadura marrón sobre la superficie de una gráfica, que

proporcionaba un registro de cuánto sol habían tenido aquel día.

Alban pensaba que aquello era como algo sacado del taller de un mago, un antiguo instrumento que había funcionado hasta el día de hoy, que aún funcionaba bien y proporcionaba datos fiables, y aun así parecía como si hubiera salido de la cámara secreta de un alquimista.

—Pensaba que el mundo se estaba calentando —planteó, examinando cuidadosamente el instrumento mientras Neil cambiaba el papel.

—Así es. Es verdad que se calienta. Pero hay más nubes, así que también se oscurece. Las nubes mantienen el calor en su interior, así que todo encaja. —Neil puso la cinta de papel de aquel día en un sobre que introdujo en su vieja y encerada chaqueta. Encajó un nuevo trozo de papel en su sitio—. Ya está. —Miró hacia arriba y alrededor de las colinas y llanos. El mar podía verse, hacia el noroeste, más allá de las colinas bajas.

—Sí señor, recuerdo haberme sentado... allí —dijo Neil, volviéndose y señalando una colina, a un kilómetro o más de distancia hacia el sur—. El verano que empecé. En el setenta y nueve, supongo. Me encantaba estar aquí. Sabía que me quedaría aquí hasta que me jubilase, o me echaran, o que muriese en el trabajo. Amaba este lugar. Estaba huyendo de la pérfida gran ciudad; nunca me gustaron las ciudades ni las multitudes. Llegué aquí y pensé, bueno, por mucho que puedan asfaltar los campos y parques, y derribar esos viejos y encantadores edificios, y llenar las ciudades de polución, al menos nunca llegarán a tocar esto. Las colinas permanecerán como siempre han sido; quiero decir, no soy bobo; ya sabía que una vez estuvieron cubiertas de árboles y que ahora estaban desnudas; pero me refería a que las colinas en sí nunca cambiarían; el tiempo, el clima, la lluvia y el viento, nada de eso cambiaría. Eso me dio esperanza. Realmente me la dio. Podías sentir que, bueno, que algo era seguro, que algo no iba a cambiar. —Sacudió su cabeza, se quitó su gorra de aspecto desgastado y se frotó la incipiente calva con una mano antes de volver a ponerse la gorra—. Pero no podrías creer la de cosas que están cambiando ahora. Los pájaros son diferentes, la pesca desaparece; eso sobre todo es por las piscifactorías y porque los capturan en el mar, hazme caso, pero aun así; los inviernos son más templados, más húmedos, con vientos más fuertes. Hay mucha menos nieve. Todo está cambiando. Incluso el cielo. —Señala hacia arriba con la cabeza—. Estamos cambiando el cielo, el tiempo y el mar. Te lo digo yo, estamos jodiendo todo el maldito planeta. No somos conscientes de nuestro poder.

—Ciertamente, no somos conscientes de nuestra estupidez —añadió Alban.

—Sí señor, somos demasiado bobos para saber que somos bobos.

—Sin embargo, las colinas seguirán siendo las mismas —aseguró Alban—. La roca; esa no cambiará. Puede que haya árboles de nuevo u otra superficie distinta, pero la forma misma de las colinas, la geología; esa no cambiará.

—Ah, sí, pero será lo único que no cambie.

—Puede que ni siquiera seamos nosotros los responsables —sugirió Alban—.

Existen ciclos naturales de cambio climático. Podría tratarse de uno de ellos.

—Sí señor, podría ser. —Neil sonaba escéptico—. Pero yo sigo con todo esto, Alban. Mirar hacia el futuro forma parte del trabajo, especialmente cuando plantas árboles que podrían vivir durante siglos, pero de todas formas lo encuentro interesante, y te diré algo; la gente que te diga que todavía no hay pruebas acerca de todo esto se está agarrando a un clavo ardiendo, o son de ese tipo de personas que no pueden soportar admitir que se han equivocado. O eso, o son unos puñeteros mentirosos con los bolsillos repletos de dólares de las grandes compañías petrolíferas. —Se sorbió la nariz—. Solo nos queda una minúscula oportunidad, que cada vez se hace más y más diminuta, y es que tengan razón, y que si intentamos reducir los gases de efecto invernadero y todo eso, entonces gastemos un montón de dinero sin razón alguna. —Neil se encogió de hombros—. Sí, señor, es una lástima. Pero si están equivocados, nos cargamos el puto planeta, hablando en plata, y su funcionamiento; una vez que comienza el círculo vicioso y todo se descontrola, ninguna cantidad de dinero volverá a poner las cosas en su sitio. Ahí radica la estupidez, ahí radica la falta de vista del asunto. Siempre pensando a corto plazo. Siempre pensando en enriquecer a los accionistas. ¿Puede hacerse algo que vaya en contra de los accionistas? ¿Eh?

—De lo contrario, tendemos a sentir pánico.

Neil dejó escapar una leve sonrisa.

—Sí señor, bueno, mejor no te cuento lo que pienso de los accionistas.

—Bah, continúa. No voy a chivarme. Te lo prometo.

—Bueno, no me refiero a la gente como tú, ni a la empresa familiar ni nada de eso, pero a veces pienso: «Que se jodan los accionistas». —Hizo un corto y rápido asentimiento como para decir: «Toma ya».

—¿Qué se jodan los accionistas? Nunca te había tenido por un revolucionario comunista, Neil.

—Sí señor, bueno, tampoco es que sea eso. Y estoy seguro de que hay tipos mucho más listos que yo que podrían explicar que los accionistas son lo más de lo más y que son los que volverán a arreglarlo todo, a través del mercado y todo eso.

—No me cabe duda de que los hay —coincidió Alban.

—Pero sigo pensando que probablemente no sean más que trolas. —Neil sonrió de forma lúgubre.

Alban se preguntó por la dolorosa rabia que Neil parecía estar tratando de controlar.

—Bueno, puede que tengas razón.

—Tú no tienes hijos, ¿verdad?

—Ninguno, que yo sepa —respondió Alban—. Tú tienes un par, ¿no?

—Uno de cada. Ya están crecidos. Kirsty acaba de hacernos abuelos otra vez.

—Oh. Enhorabuena.

—Sí señor, gracias. Pero serán ellos quienes tengan que limpiar el desorden que

nosotros hagamos.

—Jesús, Neil. Estaba pensando en tener hijos algún día. Me estás quitando las ganas.

Neil le dio una palmada en el brazo.

—Ah, no me hagas caso. Vamos; dejaré que me invites a una pinta en el Sloy Arms. —Volvieron al interior del Land Rover.

Verushka desliza los brazos alrededor de su cintura mientras él contempla la delgada y pequeña cascada sobre el acantilado. (La gravedad siempre ganaba, el agua siempre ganaba; el viento solo impulsaba el agua hacia atrás, al lugar desde donde debía caer de una forma u otra, entre ráfagas o una vez que la tormenta hubiera terminado).

—¿Estás bien?

—Sí. ¿Y tú?

—Excepcionalmente. ¿Seguro que no te importa que me quede?

—¿Importarme? —Se vuelve hacia ella para rodearla con sus brazos y estrecharla—. Estoy jodidamente encantado. —Inclina la cabeza hacia las dos cunas individuales en la habitación—. Siento que haya dos.

—Oye, tranquilo. Sospecho que nos las arreglaremos.

—¿De verdad ronco?

—Suavemente. Melodiosamente. Encantadoramente. ¿Ya estás contento? Puedo continuar.

Además de a Win y a Haydn, Verushka es presentada a la tía Clara, al tío Kennard (director de Gestiones) y su esposa Renée, al tío Graeme y su esposa Lauren, al primo Fabiole, su esposa Deborah y sus hijos Daniel y Gemma, a la prima Lori, su marido Lutz (de Alemania) y sus hijos Kyle y Phoebe, a la tía Linda y su marido Perce (gestor de Marca), al primo Steve (el tipo de las grúas para las terminales de contenedores; acaba de llegar volando para el fin de semana desde Dubai, donde ahora vive y trabaja la mayor parte del tiempo), a la tía Kathleen (directora de Finanzas) y su marido Lance, su hija Claire, su novio Chay, a la prima Emma, su marido Mark, sus hijos Shona y Bertie, así como al abogado de empresa, George Bissop, de Gudell, Futre & Bolk, su ayudante Gudrun Selves, Neil McBride el administrador de la finca, Neil Durril, el administrador de la casa y Sandy Lassiter, jefa de cocina.

Andy (Secretario de la Compañía) y Leah, su hermana Cory y su marido Dave, más sus hijos Lachlan y Charlotte, la tía Lizzie (gemela de Linda), Fielding con Beryl y Doris, más la prima Rachel con su marido, también llamado Mark, y sus dos hijos Ruthven y Foin, y la prima Louise, más Tessa, la esposa del primo Steve, su hijo Ruñe, su novia Penning y su bebé, Hannah, sin mencionar a al menos dos peces

gordos de Spraint, probablemente dos tipos llamados Feaguing y Fromlax, más sus reducidas comitivas de dos lacayos cada uno no llegan hasta mañana.

—¿Te has quedado con todos? —le preguntó Alban, levantando la vista del portafolios de Haydn con una sonrisa.

—Claro.

—¿En serio? —Dio un paso hacia atrás.

—Por supuesto que no —respondió Verushka, con la intención de palmearle en el hombro, pero reprimiendo el golpe en el último momento—. ¿Crees que por ser matemática tengo una memoria fotográfica o algo así?

Verushka y la tía Clara están hablando.

—No lo entiendo. ¿Qué puede significar eso? «¿Dónde están los números?».

—Yo creo que significa: «¿Existen como entidades abstractas, igual que las leyes físicas, como funciones de la naturaleza del universo, o son construcciones culturales?». «¿Existen sin que haya algo que los imagine?».

—Eso suena terriblemente complicado. —Aquella noche se sientan juntas durante la cena. El comedor es un recinto forrado de madera, de techo bastante alto y muy alargado. Verushka piensa que es parecido a estar en un enorme ataúd, pero mejor pensarlo que decirlo en voz alta.

—Terriblemente complicado —repite Clara—. Mi marido podría haberlo comprendido, pero dudo que yo pueda. —El marido de Clara, el tío James, había muerto de un ataque al corazón en 2001, y Clara heredó todas sus acciones.

—No sé si complicado es la palabra adecuada. Esotérico, tal vez.

—Esotérico —dice Graeme Wopuld. Graeme, el tío de Alban, granjero de Norfolk y el marido de la tía Lauren, lleva veinte minutos intentando conseguir que Verushka hable con él, sin éxito aparente—. Qué palabra tan maravillosa, ¿no creéis? —Graeme es un tipo de tosco aspecto, con el pelo fino y del color de la arena, pobladas cejas y unos labios carnosos que no deja de relamerse.

—¿Verdad que sí? —coincide Verushka, dirigiéndole una mirada antes de volver a la tía Clara.

—Entonces, ¿cuál es tu opinión?

—¿Acerca de dónde están los números?

—Sí. ¿Cuál es tu respuesta?

(«¿Cuál era la pregunta?», inquiere Graeme).

—Creo que tengo que plantearlo con otra pregunta —responde Verushka a Clara.

—Eso era lo que me temía.

—Fue Alban quien me hizo pensarlo de esa forma.

—¿Alban? ¿En serio?

—Sí. Él contestó, «Donde los dejaste», lo cual no es más que un chascarrillo, pero existe una minúscula partícula de posibilidad, de forma que mi respuesta es, «¿Dónde piensas?». ¿Comprendes lo que trato de hacer?

—En realidad, no. Eso también suena a chascarrillo.

—Bueno, al principio sí, pero si lo sacas del contexto del chascarrillo y lo consideras como una nueva pregunta por sí misma, en realidad estás preguntando: «¿Dónde acontece tu pensamiento?».

—¿En tu cerebro?

—Bueno, sí, así que si utilizas una pregunta como respuesta a la primera, estás afirmando que los números existen en tu cabeza.

—La mía está echando humo en este momento. Como si estuviera a punto de estallar con números y preguntas raras.

—Sí, me lo dicen mucho. En fin. Es más interesante que decir solo «Los números están en tu cabeza», aunque, por otro lado, ¿por qué darle la forma de una pregunta? ¿Por qué no decir simplemente eso?

—¿Te refieres a decir, «Los números están en tu cabeza»?

—Sí. Porque entonces se convierte en una pregunta sobre límites.

—Límites.

—Cuando piensas en números, ¿estás utilizando un pequeño trozo del universo para pensar en él, o está él utilizando un trozo de sí mismo para pensar en sí mismo o, incluso en algo, en esas entidades llamadas números, que se podría decir que existen fuera de sí mismos, si uno hace uso de una de las definiciones menos totalitarias de la palabra «universo»? —Verushka se reclina, con aire triunfal—. ¿Lo entiendes?

—En realidad, no —admite Clara—. Y mi vieja cabeza me está empezando a dar vueltas.

—Bueno, para ser justos —aclara Verushka—, diré que es una respuesta incompleta. Pero me gusta la dirección que lleva.

—Todo eso suena fascinante —afirma Graeme.

—Lo es, ¿verdad? —responde Verushka jovialmente, antes de volverse para escuchar a la tía Clara.

—¿Y te ganas la vida con esto?

—No, concretamente esto, no; esto lo hago para divertirme.

—Cielo santo.

—¿Puedo? —Verushka se ofrece a rellenar de vino tinto la copa de Clara.

—Oh, gracias.

—¿Queda algo para mí? —inquire Graeme, sosteniendo su copa. Verushka le alcanza la botella.

—Sophie es tu hija, ¿verdad? —le pregunta a Clara.

—Sí, lo es. Llegará mañana, según parece.

—Ella y Alban. Estuvieron... Estuvieron encariñados una vez, ¿no es así?

—Sí. Bueno, ellos pensaron que lo estaban. Eran demasiado jóvenes, por supuesto. Además, son primos carnales y, claro, hay razones de peso para que no procreen siendo tan cercanos. He estado cruzando labradores desde que perdí a James; mi madre hizo lo mismo; y aprendes los peligros.

—¿Crees que hubo riesgo de que procreasen? —dice Verushka, llevándose una

mano a la boca y abriendo los ojos para mostrar sorpresa.

—Querida —responde Clara y pone una mano sobre el antebrazo de Verushka—, todo eso ocurrió hace mucho tiempo y ha llovido mucho desde entonces. No es un tema del que me interese hablar. En realidad no tiene mucho sentido hacerlo.

—Ya veo. —Verushka sonríe—. Bueno, mañana me marchó temprano, así que probablemente no llegue a conocer a Sophie, pero debes estar deseando verla de nuevo.

—Oh, sí. —Clara asiente lentamente. Su rostro está marcadamente arrugado, su pelo rojo escasea, de forma que se puede ver el cuero cabelludo; sin embargo, aún no ha cumplido los setenta—. Aunque, en cierto sentido, dejé de reconocerla hace mucho tiempo.

Verushka vacila ante ese comentario, pero luego se inclina hacia ella, poniendo amablemente una mano sobre su codo.

—Estoy convencida de que ella también estará deseando verte de nuevo.

—Así lo espero.

Alban se encontraba en el salón, pensando en sus cosas después de la cena (V. G. charlaba animadamente con Kennard, Haydn y Chay), cuando la tía Lauren se acercó a él.

—¿Alban?

Tenía medio cuerpo metido entre las cortinas que tapaban una alta ventana, y contemplaba en la distancia el acantilado bañado por la luz de la luna y la blanca estela de la cascada. La previsión meteorológica no era buena. El tiempo aún no había empeorado, aunque se podía ver la intensa sombra de las nubes negras extendiéndose lentamente desde el oeste. Soltó las cortinas y éstas volvieron a su sitio.

—Lauren. Hola.

—¿No vas a venir a hablar con Win? Le encantaría verte.

Win estaba sentada junto al fuego en un extremo de la habitación.

—¿Cómo iba a desobedecer? —suspiró. Siguió a Lauren, apartó una silla y tomó asiento junto al sillón de Win. Lauren se marchó a hablar con otra persona. La tía Linda (una estampa de florida y rosácea corpulencia que a Alban siempre le recordaba a la fallecida reina Madre, a pesar de que prefería el brandi a la ginebra), estaba sentada en el otro sillón orejero a juego, en el lado opuesto al de Win, pero parecía haberse quedado dormida.

—Ah, Alban. —Win extendió su vaso de güisqui, casi vacío—. ¿Serías tan absolutamente encantador de rellenarlo por mí? Complace a esta anciana mujer.

—Por supuesto, Win.

Regresó y le ofreció el vaso.

—Oh, Alban —dijo ella—, ¿estás intentando emborracharme? —Sacudió lo

cabeza.

—Beberé algo por ti, si es demasiado. —Estiró el brazo hacia el vaso.

Win chasqueó la lengua varias veces. Probó el güisqui.

—Puede que necesite un poco más de agua —solicitó, alargándole su vaso—. ¿Te importaría...?

—Tengo un poco aquí mismo —respondió y le ofreció de su propio recipiente. Se había pasado al agua.

—Oh. Bueno. Si tú... De acuerdo.

Una vez que estuvo satisfecha con la bebida, que se hubo asegurado de que tenía a mano su bastón, que un nuevo tronco ardía en la chimenea, y que Alban había retirado la copa de balón llena de brandi de los adormilados dedos de la tía Linda (por si se caía sobre el fuego), Win estaba finalmente lista para hablar.

—Tu joven dama parece ser absolutamente agradable —afirmó.

—En realidad tiene un par de años más que yo —aclaró Alban.

—¿De veras? Bueno, supongo que los gustos van cambiando con los años.

—¿Y tú cómo te encuentras, Win? No he tenido oportunidad de ponerme al día acerca de los últimos dolores y achaques.

—Basta, Alban. No creo que quieras oír a una anciana quejándose por lo que no le funciona bien.

—¿Lamentas abandonar este viejo lugar? —Torció su boca en una sonrisa. Desvió su mirada hacia el otro extremo de la sala, donde la mayoría de su familia charlaba y bebía.

—Lo echaré de menos —confesó—. Ojalá hubiéramos enterrado a Bert en algún otro sitio. —La tumba del viejo Bert estaba en una pequeña isleta circular en el extremo más cercano del lago, a tan solo unos pocos metros de la orilla. Alban recordaba que Neil McBride no estaba demasiado contento con la elección; estaba bastante seguro de que la isleta había sido una vivienda de la edad de bronce, y que deberían dejarla tranquila hasta que fuera debidamente excavada, pero Win había decidido que su marido fuese enterrado allí, y Neil no pudo hacer mucho más al respecto—. Puede que Lydcombe hubiera sido mejor. —Suspiró—. Pero aun así. Su tumba permanecerá aquí. Seguiremos teniendo una especie de continua presencia, algo que demuestra nuestra propiedad. Después de todo, nosotros construimos el sitio. He indicado en las condiciones de venta que no sea molestada. Me refiero a la tumba.

—¿Hay alguna cláusula parecida en el contrato con Spraint?

—No que yo sepa, querido. ¿Por qué? ¿Crees que debería haberla?

—Personalmente no. Se retirarían.

—Ellos van a pagar por nuestro nombre, si se lleva a cabo la venta. Eso permanecerá.

—Durante un tiempo, supongo.

—Yo prefiero votar en contra, ¿sabes, Alban? —admitió—. No me tomes por la

bruja malvada, querido. He hecho lo que he podido para reunir apoyo con la intención de, al menos, presentar un poco de resistencia. Es la mayoría de tu generación la que muestra todo el entusiasmo por la venta.

Alban volvió su cabeza hacia el resto de la sala.

—Pensaba que estarías de su parte.

—¿Lo pensabas? Bueno, me alegro de que, incluso a mi avanzada edad, todavía sea capaz de sorprenderte.

—Tú siempre has sido buena en eso, Win.

—¿De verdad? Siempre he tratado de ser más predecible y responsable, para serte sincera. Nunca pensé que uno de mis puntos fuertes fuera la sorpresa.

—¿A qué hora esperamos que llegue mañana la gente de Spraint?

—Creo que se espera que lleguen sobre el mediodía. Parece ser que vendrán en helicóptero. Eso debe ser emocionante.

—¿Qué hay del resto de nuestro grupo?

—Oh, me atrevo a decir que aparecerán en pequeñas bandadas a lo largo del día. Creo que todo el mundo volará hasta Inverness y vendrá en coche desde allí. Y luego está Fielding y las dos viejas chicas. Haydn tiene más idea sobre quién llega, y cuándo.

—Supongo que tendremos la oportunidad de reunimos en privado, solo la familia, los accionistas, antes de la reunión general extraordinaria, ¿no?

—¿Crees que deberíamos?

—Sí, creo que deberíamos, o disponer de una parte de esa reunión general sin que la gente de Spraint esté presente; lo que sea.

La reunión general extraordinaria estaba programada para la noche del sábado, antes de la cena, con la gente de Spraint presente. Alban quería intentar reunir a todos los familiares (todos accionistas con voto, en realidad) para que pudieran discutir juntos la propuesta de venta antes de la reunión general, sin los chicos de Spraint a su alrededor. A él le parecía claramente obvio que deberían tener algún tipo de idea sobre lo que opinaban individualmente y en grupos (a favor, en contra, indecisos, lo que fuera), antes de que el balón fuera puesto en juego, solo por ver qué clase de frente unido sería posible presentar a sus potenciales compradores, pero cuando habló de ello con Haydn, este se había mostrado distraído y difuso, y le sugirió que discutiera el asunto con Win.

—Sí, una especie de reunión antes de la reunión —planteó Win—. Supongo que debemos hacerlo. Sí, estoy convencida de que podemos organizarlo.

—¿Y dirías unas palabras?

—¿Qué? ¿Delante de todo el mundo?

—Sí.

—Oh, no lo creo. ¿Qué crees que debería decir?

—Di lo que sientes, lo que opinas. Di si estás a favor o en contra de la venta.

—Ya te lo he dicho... Estoy en contra. Bueno, eso creo.

—Vas a tener que aclararte las ideas para mañana, Win.

—Por favor, Alban, no me atosigues. Soy vieja. Prefiero escuchar lo que opinan los demás. Quiero decir, si todos van a decir que sí, ¿qué sentido tiene que yo intente ponerles la zancadilla?

—No todos van a decir que sí. Ya he hablado con unos cuantos.

—¿En serio? Bueno, sí, claro que lo has hecho.

—No está decidido, Win.

—Supongo que no. —Win parecía pensativa.

—Si crees que la familia debe conservar la empresa, Yaya, pues dilo; díselo a la gente.

Ella se volvió hacia él y le sonrió. Su aspecto era muy viejo, pero aún relucía; con su arrugada pero suave piel a la luz del fuego.

—Bueno, quizá lo haga, me atrevo a decir.

—Win —dijo él, aclarándose la garganta—, tú eres la que guarda los archivos familiares y las fotografías y todo lo demás, ¿verdad?

—Oh, supongo que sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Me gustaría echarles un vistazo a algunos de ellos.

—¿De veras? ¿A cuáles?

—De cuando Irene y Andy se conocieron, cuando todos sus hermanos estaban en Londres y también tú estabas allí, a finales de los sesenta.

—Oh —espetó Win, y apartó la mirada hacia arriba por unos momentos—. Creo que ya están todos empaquetados. Lo siento mucho. Puede que una vez que ya esté instalada de nuevo.

—Ah —comentó él—. Es una lástima.

Win le hizo gestos a alguien. La tía Lauren se acercó y se inclinó al lado de Win.

—Lauren, querida —le dijo Win—. Ahora estoy siempre tan cansada. Este fuego da tanto calor. Me estoy asando. ¿Crees que podrías acompañarme a mi habitación?

—Por supuesto, Win —respondió Lauren.

—Lo lamento, Alban —se disculpó Win, mientras Lauren la ayudaba a levantarse del sillón, y él ponía el bastón a su alcance—. Gracias, queridísima —le dijo a Lauren.

—Buenas noches, Yaya —se despidió él.

—Que descanses.

Ya se había ocupado de hablar con algunos familiares antes de la cena. Después de pensarlo un poco, había escogido deliberadamente a aquellos que era menos probable que estuvieran en escena tras la velada. Ahora había empezado a hacer algo que detestaba, trabajarse a la audiencia. Era una frase que sonaba horrible, y en el mejor de los casos podía ser un método repugnante. No estaba seguro de si tener que hacerlo con tu propia familia (bueno, con su propia familia), lo hacía mejor o peor.

Durante el proceso, no dejó de encontrarse con la tía Lauren, quien parecía estar haciendo algo muy parecido.

Vio a Neil McBride y decidió tomarse un respiro con los asuntos de negocios familiares.

—Neil. ¿Qué tal la luz solar?

—¿El qué? —Neil parecía contento. Sostenía un buen vaso de güisqui. Llevaba puesto su mejor traje de domingo, la corbata aún estaba anudada.

—La luz solar. Ese cacharro de cristal que te dice...

—¡Oh, yo estaba en lo cierto! ¿No viste el episodio de *Horizonte*? ¿Acerca del oscurecimiento global?

—Me lo perdí. Lo siento. ¿Por qué? ¿Salías en él?

—¡No! No seas bobo. Pero yo tenía razón. No fui el primero en percibirlo; el primero fue un tío en Australia que se dio cuenta antes que yo; pero el caso es que ahora está aceptado, es ciencia, no solamente un tipo listillo con gorro de cazador en una finca de las montañas desvariando sobre el tema. De modo que ahí lo tienes.

—Deberían llamarlo el efecto McBride.

—Sí señor, eso estaría bien. —Dio un trago de su vaso—. Entonces, ¿aún andas por los bosques? Tengo unos cuantos cientos de píceas que necesitan un corte, si has traído la motosierra.

—Ahora estoy de baja por invalidez, Neil. —Levantó un par de dedos—. Dedo blanco.

—Por Cristo, estás bromeando.

—Me temo que no.

—Pensaba que hoy en día todo se hacía con máquinas grandes y sucias, ¿no?

—Claro, gran parte se hace así, pero no todo, y éramos los especialistas en laderas inclinadas.

—Debías tener un equipo jodidamente antiguo. Yo tengo una Huskie que vibra como una cabrona, hablando en plata, pero nunca he tenido ningún problema. —Neil se miró la mano derecha con una exagerada mueca de preocupación.

—Ya, pero es que tú no has estado manejando una de esas día sí, día no, durante meses. Una vez en Kielder, calculé que estuvimos cortando árboles cada día, ininterrumpidamente, durante ochenta y cinco días completos; doce semanas sin ni siquiera un domingo libre.

—¡Jesús! Debiste cobrar un extra del copón al final de ese trabajo.

—Sí, bueno. Eso y que a la segunda noche nos echaron a todos del único *pub* en treinta kilómetros a la redonda.

Neil se rió.

—Entonces, ¿qué vas a hacer ahora con tu vida?

—No lo sé. Estuve haciendo esculturas con motosierra y vendí unas cuantas; ahora eso se acabó.

—De todas formas, Alban, nadie se gana la vida vendiendo esculturas de

motosierra.

—No, supongo que no.

—¿Vuelves a la empresa familiar?

—Probablemente se la vendamos a esa gente de Spraint.

—Puede que quieran conservarte.

—Lo dudo, y de todas formas no estoy interesado. Me pasaría el resto de mi vida metido en un traje.

—Sí señor. —Neil asintió—. Ya veo que esta noche no te has molestado en ponerte una corbata.

—Solo me la pongo en los funerales.

—Entonces, ¿crees que van, bueno, que vais a vender? ¿Si?

—Creo que va a estar más reñido de lo que algunos esperan, pero... no me extrañaría. ¿Y qué hay de ti? ¿Te quedas en la finca?

—Ah, ya lo veremos. Dependerá de los nuevos propietarios.

—¿Estarás bien? Quiero decir, ¿y si deciden traer a otra persona?

—Estaré bien. Tengo unas referencias estupendas de la ancianita por si necesito buscar otro lugar, y siempre me queda la casa en Sloy; esa no está en el trato. Hay un cuarto libre si alguna vez quieres venir.

—Brindo por eso. Puede que lo haga algún día. Eres muy amable. Me sorprende que no te hayan pedido que alojes a alguien allí arriba este fin de semana.

—Bah, no hace falta. Siempre se podría, simplemente, abrir el ala norte.

—¿No la están usando? —Él había creído que, incluso aunque parecía que la mitad del mundo desarrollado se quedaba en Garbadale aquel fin de semana, la vieja mansión debería ser lo suficientemente grande para que Haydn no tuviera que hacer malabarismos con las habitaciones. Ahora que lo pensaba, jamás había estado en el ala norte, ni siquiera de pequeño.

—Es un poco húmeda —admitió Neil, arrugando la nariz—. No hay calefacción. Tienes muchas posibilidades de despertarte con el sonido de cositas que corretean durante la noche. Habría que empezar a poner trampas, encender fuegos en los hornillos, y entonces se armaría una buena porque las chimeneas están obstruidas por los nidos de los pájaros. Habría que estar muy desesperado. Por cierto, ¿es ese tu pajarito? —Neil asintió hacia Verushka, quien intercambiaba risas con la tía Kathleen.

—Es una amiga íntima.

—Tu pajarito, entonces —afirmó Neil.

—Sí, mi pajarito.

—Es un encanto. Yo me agarraría a esa.

—Apuesto a que sí.

—Je, je.

—De todas formas, gracias por el consejo.

—Cuando quieras.

—Por el ajuste del negocio, no el negocio justo.

Win levantó su copa de champán. Brillaba bajo la luz del comedor circular privado. Alban miró más allá de la delicada superficie del cristal tallado sostenido por la mano de su abuela, a través de los altos ventanales que cubrían desde el suelo hasta el techo, hacia la cálida oscuridad de la noche en Johannesburgo y las hileras de doradas luces a lo lejos; los conjuntos sorprendentemente brillantes de imponentes columnas de vapor de sodio, y autopistas curvas y descendentes en desarrollo, ocupando una lejana colina señalada con diminutas luces esparcidas de forma torpe y aleatoria.

Hubo un murmullo alrededor de la mesa circular y abundantes tintineos de copas. Tras haber bebido con su propio brindis, Win miró hacia él.

—Alban. ¿No estás bebiendo?

—A veces, simplemente no tengo estómago para ello, Yaya. Tendrás que disculparme.

—¿De veras? —Sonrió con frialdad—. Bueno, si no te encuentras bien... —Asintió, y él se dio cuenta de que se estaba despidiendo. Se preguntó si ella pensaba que había querido decir «disculparme» en el sentido de «me marchó». O si se estaba deshaciendo de él por no unirse al frente; por discrepar. No le importaba. De todas formas solo quería alejarse de aquel grupo de cretinos bocazas mortalmente aburridos. Hay que aprovechar las oportunidades.

Se palmeó la tripa al ponerse en pie y colocó la servilleta sobre la mesa.

—Me siento un poco indispuerto. Creo que me acostaré pronto. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección al que era su anfitrión, un pez gordo de Spraint llamado Hirsch—. Gracias por la cena.

A la mañana siguiente, fue convocado a la suite de su abuela para el desayuno. Desde la habitación podía verse la plaza Sandton y la extensión de limpios y relucientes edificios que se agrupaban allí; más allá, la vista se convertía en lejanos municipios, situados alrededor de las autopistas que salían del núcleo de Johannesburgo, confundiéndose en la brumosa luz de una nueva y cálida mañana. Dos miembros del personal del hotel servían silenciosamente el desayuno. Alban tomó asiento, sonriendo a las dos camareras.

Win apareció por la puerta del dormitorio tras la salida del personal del hotel. Llevaba puesto un impecable traje de chaqueta y una blusa de seda, el cabello recién peinado y el maquillaje esencial. Se quedó de pie detrás de su asiento mirando a Alban, quien balbuceó un sonido de disculpa, se levantó y le sostuvo la silla. Win se sentó, sacudiendo su servilleta como si quisiera producir un impacto sónico. Alban regresó a su asiento.

Se observaron el uno al otro a través de la esplendorosa vajilla, la cubertería y una extensa cúpula central de acero cromado.

—Por si te lo estás preguntando, estoy esperando una disculpa —comenzó

finalmente Win.

—¿En serio? ¿Por qué motivo? —Podía sentir la rabia creciendo en su interior, y una especie de vergüenza antigua. Una parte de él quería empezar a gritarle, mientras que otra parte que despreciaba profundamente quería pedir perdón lo antes posible y con toda la sinceridad que pudiera alcanzar llegado a ese extremo de la humillación, sólo para que todo volviera a ser como debía.

Pero nada volvería a ser como debía. Unos meses antes, en Garbadale, él había perdido la discusión acerca de vender una parte a Spraint. El veinticinco por ciento de la empresa familiar era ahora propiedad de la gran corporación americana de software, y cualquier relación, compromiso o lealtad que hubiera sentido hacia la compañía estaba empezando a hacer aguas. En los últimos días, el goteo parecía estar convirtiéndose en una inundación.

Con qué rapidez desapareció todo aquello. Y lo deprimentemente poco que parecía haber significado. Todavía era capaz de hacer su trabajo, aunque esos días se dejaba llevar por la inercia y ya no creía realmente en lo que estaba haciendo, pero ni siquiera eso le servía de consuelo. Por el contrario, descubrir que era perfectamente posible realizar su trabajo sin que le importase lo más mínimo le hizo sentirse decepcionado por todos los años que había empleado haciendo su trabajo cuando significaba algo para él. ¿Qué se diría sobre su posición en la empresa? ¿Qué se diría de él, cuando cualquier vendedor a domicilio hipócrita podría haberlo hecho igual de bien todos esos años? ¿Qué sentido tenía?

Lo habían nombrado gestor de Marcas, así como jefe de Desarrollo del Producto, con más dinero, más acciones, mayores suplementos potenciales y mayor poder de decisión en el discurrir de la empresa (sospechaba que, en parte, para compensarle tras salir derrotado en la batalla de Spraint), como si le hubieran arrojado unas cuantas sobras; el reconocimiento de que nada de eso tenía importancia de todas formas.

Él sabía, en su interior, que marcharse de allí solo era *una* cuestión de tiempo. Ya había escrito unos cuantos borradores de cartas de dimisión, aunque siempre las había eliminado sin guardarlas en el disco duro. Puede que, en cambio, le echaran. Win era la persona apropiada para ello. Estaban a finales de 1999 y lo último que le apetecía a Alban era una fiesta.

—¿Por qué motivo? —contraatacó Win con los ojos muy abiertos—. Por no unirte a un brindis, por esa salida de tono acerca de no tener estómago para ello. Por toda tu actitud a lo largo de la cena. De hecho, por tu actitud durante el fin de semana, y recientemente en general. Creo que puedo exigir una disculpa. Me encantaría escuchar tus argumentos en contra, si no te importa exponerlos.

En un momento como aquel, pensó Alban, Win no parecía tener setenta y cuatro años. Parecía tener diez o puede que veinte años menos. Era como si la ira y la indignación la estuvieran acrecentando, devolviéndole la juventud. Él hizo algo que había estado haciendo con ella durante los últimos años en momentos como esos, dar

un paso atrás en su interior y contemplarla todo lo objetivamente que podía, ignorando su maquillaje perfecto y la potente vestimenta (muy de los ochenta, de todas formas; hacía pensar en *Dallas*, si tendías a ser particularmente crítico, y él lo hacía). Miró, en cambio, a la flácida piel de gallina debajo de su cuello, sus arrugadas manos y muñecas, las ligeras bolsas bajo sus ojos (aunque, de una forma irritante y también sorprendente, la opinión consensuada de aquellos en la familia que conocían y se preocupaban por cosas semejantes, era que la anciana jamás se había sometido a ninguna intervención de cirugía estética). Y eso parecía maquillaje en el dorso de sus manos. Quizá Win ocultase manchas en la piel.

¿Había mostrado él una mala actitud durante el fin de semana en la feria de muestras? No creía haberlo hecho; tan solo pensaba que no había sido una buena compañía durante la cena, justo hasta antes de saltar del barco tras el cruel e inusual brindis. Lo único vagamente controvertido que podía recordar haber dicho antes fue algo acerca de que si iban a ser políticamente correctos de una forma exacerbada, elegirían para acompañar la cena vinos locales de cosechas posteriores al *apartheid*. No lo había dicho como una recomendación, ni mucho menos como una crítica; solo era una observación gratuita, más que nada para ver cómo reaccionarían los Spraintócratas allí reunidos, mostrando su posición en el espectro político (parecieron quedarse perplejos, así que supuso que eran de derechas por defecto, a la vez que algo espesos).

Por otro lado, si alguien iba a darse cuenta de la falta de convicción en algún subordinado de la familia o de la compañía, esa era Win. De eso, él era dolorosamente consciente; recordó Lydcombe, las miradas que Sophie y él habían estado intercambiando en la mesa del comedor mientras pensaban, estúpidamente, tal como se vio después, que su Yaya ignoraría como James y Clara lo que ocurría delante de sus narices. En ese momento habían estado desgraciadamente equivocados, y se podría decir que ambos lo habían estado pagando de una forma u otra desde entonces. Puede que él no hubiera ocultado tan bien su desilusión con el empleo después de todo, y Win, en su papel de depredadora, había detectado una debilidad en el rebaño. Él era el antílope alejado de la multitud, y ella iba a tratar de darle alcance.

Si, bueno. Quizá, pensó él, debería haber visitado el parque nacional de Kruger después de la feria de muestras y no antes.

Da igual; la querida y feroz antigualla se encontraba esperando una disculpa o una razón para no disculparse. No debía decepcionarla.

Hizo lo mejor que pudo para parecer y sonar razonable.

—He de decir que el brindis por el ajuste del negocio, no el negocio justo, ha sido totalmente innecesario. —Bebió un sorbo de zumo de naranja.

—Eso no es lo que dije.

—Oh, creo que es exactamente lo que dijiste.

—Dije, «Por el ajuste del negocio, no el negocio justo».

—No lo creo así, Win.

Alban levantó la gigantesca campana metálica para descubrir una humeante variedad de alimentos para el desayuno, manteniéndose caliente gracias a unos pequeños quemadores. Un ligero aroma sulfúreo del combustible defectuosamente quemado cruzó la mesa a través del aire. Colocó la metálica cúpula sobre el suelo.

—¿Te importa que sirva?

—No trates de distraerme de lo que realmente ocurre aquí —espetó Win—. No se trata de un simple comentario, se trata de toda tu actitud. Fuiste descortés, incluso grosero. Te has pasado la velada haciendo comentarios antiamericanos.

—No lo he hecho. Me gusta América. Ese país es sobrecogedor. —Alban se tomó su tiempo examinando las existencias y se sirvió un par de gruesas lonchas de beicon. En realidad no tenía apetito, pero alguien tenía que empezar—. Además, los americanos me caen bien. —Añadió un poco de huevos revueltos y champiñones a su plato—. Y si votan por ese tal señor Gore, tan simpático, tengo previsto que me caigan bien durante algo más de tiempo. —Paseó una mano sobre todo el desayuno—. ¿Seguro que no te apetece?

Win hizo una pequeña pausa mientras le miraba sin una clara expresión, antes de decir:

—¿Sabes, Alban? No eres ni remotamente tan gracioso como crees ser.

—No intento ser gracioso, Win. —Asintió hacia el desayuno—. Lo digo en serio. ¿Quieres que te sirva? Si no es así, sinceramente, se me está enfriando el plato.

—Beicon, chuletas y riñones —dijo Win—. Por favor —añadió.

Alban le sirvió, mordiéndose la lengua para evitar comentarios de disculpa por la ausencia de ojos de cordero o testículos de gorila.

Win observó sin interés el plato que Alban le ofrecía.

—Tiene un aspecto algo aburrido —comentó—. Puede que con unos tomates...

—La presentación es importante —coincidió antes de cumplir.

—Me preocupo por ti, Alban —dijo Win después de que ambos hubieran tomado los primeros bocados en silencio.

—¿Te preocupas, Win?

—Siempre lo he hecho. Y aún lo hago.

—¿Y qué es lo que te preocupa?

—No puedo contarte todo lo que me preocupa en relación a ti, Alban. —Win estaba, pensó Alban, en un estado de lo más solemne—. Pero créeme, me preocupo.

—De acuerdo —dijo él.

—¿Alguna vez has sabido realmente lo que estabas haciendo?

Alban se reclinó en su asiento. *Bueno*, pensó, esto *sí es una pregunta*.

—¿Quieres decir, si lo he sabido mejor que los demás?

—¿Lo has sabido? —repitió Win, ignorando su pregunta.

Alban pensó en plantar cara. ¿Pero qué clase de pregunta era aquella? ¿Cuántas personas podrían responder con un sincero «Sí»?

—Win —comenzó, dejando el cuchillo y el tenedor sobre la mesa y echándose hacia atrás—. ¿Qué es lo que pretendes de mí?

—En este momento, una respuesta a mi pregunta.

—Entonces la respuesta es sí. Sí, siempre he sabido lo que estaba haciendo. ¿Y tú?

—No estamos hablando de mí, Alban.

—A mí me parece que hablamos de tu actitud hacia mí, Win.

—Y a mí me parece que hablamos de tu actitud hacia tu trabajo, la empresa, la familia y hacia tu vida.

—Bueno, eso es bastante exhaustivo.

—¿Alguna vez has sabido lo que estabas haciendo?

—Win, ¿qué clase de pregunta es esa? —protestó—. Quiero decir, sí, creo que lo he sabido. Creo que he sabido lo que estaba haciendo desde que estaba en el colegio, desde que me puse a estudiar y me aseguré de aprobar mis exámenes. Escogí mi carrera universitaria sabiendo exactamente lo que estaba haciendo, y luego me uní a la empresa. Creía que había hecho un buen trabajo. Todavía creo que he hecho un buen trabajo.

—Jamás pensé que te unirías a la empresa —afirmó Win. Puso sus cubiertos sobre la mesa. Había terminado. De alguna forma se había comido todo lo que había en su plato, excepto los tomates.

—Pues lo hice —replicó.

—Nunca imaginé que elegirías estudiar Empresariales, y luego, cuando empezaste el primer curso, estaba convencida de que lo dejarías y te dedicarías a algo más artístico.

—¿Artístico?

—Solías escribir poemas, ¿no es así?

—No era más que un adolescente. Creía que era obligatorio.

—Bueno, me sorprendiste —admitió Win. Se limpió las comisuras de sus labios, aún perfectamente pintados, con la esquina de la almidonada servilleta—. Incluso me pregunté si te unías a la empresa porque tu prima Sophie lo hizo.

Dios, jodida vieja bruja.

Él se rió, desviando la mirada y dejando claro que tenía que aguantarse las carcajadas de lo tremendamente absurdo que era aquello. Por supuesto, era completamente cierto. Ese era el motivo por el que no existía la posibilidad de que pudiera admitirlo nunca ante nadie, y mucho menos ante Win. Se aclaró la garganta mientras se enderezaba con los brazos cruzados.

—Pues no, Win. Superé lo de Sophie antes de decidir lo que iba a hacer con mi vida.

—En serio. —De alguna forma, no hubo interrogación en la voz de Win. Su expresión también era inescrutable—. Pensaba que aún sentías algo por ella mucho tiempo después. Incluso hasta hace un par de años, lo cual significaría que podría

seguir siendo así hasta hoy. Si has tenido un sentimiento muy fuerte por la chica durante una docena de años, ¿por qué no un par de años más?

Alban odiaba la forma en la que Win hacía eso, comenzar con una suposición en el extremo de una frase y terminar dándolo por hecho al final, y además seguido de algo que tenías que encajar. La cuestión era, ¿cuánto sabía la vieja bruja? ¿Había contado algo Sophie acerca de su pequeña recaída en Singapur? Él le había abierto su corazón a la chica y había admitido que aún la amaba, le dijo que ella era el amor de su vida, y aún lo era; siempre lo sería, ¿pero ella le había contado eso a Win?

¿Lo había fastidiado al estar borracho? Por supuesto que había estado borracho; tenía demasiado miedo al rechazo como para ser capaz de confesarle a Sophie que aún la amaba estando sobrio. La cuestión era que él había necesitado beber para ser capaz de contárselo, de sobreponerse a aquella británica timidez que había heredado de su familia, o de su colegio, o a través del agua, o sus genes, o lo que fuera. El alcohol no tenía nada que ver con el sentimiento en sí mismo, sino con la capacidad de expresarlo; el *sentimiento* estaba allí todo el tiempo, borracho o sobrio, dormido o despierto. Solo que no era capaz de admitirlo. No sin estar fuera de su cabeza. Por supuesto, lo más probable era que hubiera exagerado y diera la impresión de ser patético, dependiente, adolescente e inmaduro.

Había conseguido recluir el incidente en el fondo de su cabeza de forma rápida y fructífera, a lo largo de un día, mediante el simple recurso de ponerse totalmente ciego, consumiendo un cóctel de alcohol y drogas de origen desconocido, con Fielding. Como forma de olvidar lo que había ocurrido entre él y Sophie, de reducirlo a algo demasiado borroso para identificarlo en su memoria, había resultado casi demasiado bien. El incidente estaba tan próximo a aquel demente torbellino de húmeda y fluorescente necesidad que Fielding y él se habían sumido, que en retrospectiva parecía formar parte de él, no algo completamente real; y las ruinas de lo que parecían genuinos recuerdos asociados con ello, tampoco eran plenamente fiables.

¿Se lo habría contado Sophie a Win? ¿Era ella tan cruel? ¿Quería humillarle hasta ese punto? ¿O acaso él significaba tan poco para ella que ni siquiera había tenido en cuenta si al contárselo a Win le haría daño o le avergonzaría?

Cuenta una verdad a medias. Eran las más fáciles de defender.

—Win —comenzó, sonriente, y con un tono que esperaba que sonase eminentemente razonable—. Sophie siempre va a significar algo para mí. Quiero decir que ella fue mi primer amor. Un amor de críos si quieres llamarlo así, pero en el momento lo sentía como el real.

—Sí, así pude verlo —replicó Win ácidamente.

Él sabía que estaban hablando de aquella última noche en Lydcombe, y de Win y James descubriéndolos a Sophie y a él en la hierba. Ese viejo sentimiento de vergüenza (y rabia por sentirla) volvió a crecer en su interior. Controló su respiración y trató de calmar su corazón. Jesús, pensaba que ya hacía tiempo que había dejado

todo aquello atrás; que no merecía la pena revolver la basura, de común acuerdo.

—De todas formas —dijo él, sacando el labio inferior, reclinándose y gesticulando con las manos; abriéndolas brevemente antes de cerrarlas de golpe—. Es agua pasada.

—Es una de esas cosas que no deben decirse hoy en día, aparentemente; la gente te desprecia o se ríe de ti, pero de verdad fue por tu propio bien. —Elevó su cabeza un centímetro sobre la de él, desafiante, como si estuviera retándolo a desdeñarla o a reírse—. Lo supe entonces y lo sé ahora. Debes haberme odiado, Alban, puedo comprenderlo. —Una gélida sonrisa—. Sospecho que en lo más profundo de tu interior, aún me odias.

¿En lo más profundo? Justo bajo la superficie, en realidad. Y hasta el fondo.

—Oh, por favor Win... —empezó a decir.

—Tan solo sería lo normal. No soy estúpida, Alban.

No, desgraciadamente, no lo eres, ¿verdad?

—Pero lo hice por el bien de ambos, no importa lo que puedas creer. Siento que fuera tan violento en ese instante. James exageró, posiblemente. Por otro lado, aquello fue lo peor que tuviste que pasar.

Oh no, joder, no lo fue. No tienes ni idea.

—Bueno, eso ya es historia —le aseguró él.

Ella arqueó una ceja.

—Sí, claro, como si la historia no tuviera importancia.

—Henry Ford pensaba que era una patraña.

—Sí, pero después esa frase se ha convertido en parte de la historia. —Win se encogió de hombros con delicadeza—. Puede que no quisiera decir lo que parece que dijo, pero si lo hizo, es que era un idiota. —Alban parecía estar lógicamente sorprendido. Win sonrió—. Oh, he conocido a montones de idiotas ricos y prósperos, Alban. Tú mismo debes haberte encontrado con un par de ellos. Por lo general, una de las cosas que demuestran lo estúpidos que son, es que no comprenden el gran papel que ha jugado el azar en su éxito.

Por lo que tengo que entender que tú no eres idiota.

—La historia importa —concedió él—. Pero he terminado con Sophie. —La miró a los ojos pensando: *Estoy mintiendo. No he terminado con Sophie. Te odio por saberlo que pienso. Te odio por interpretarme como si fuera un jodido póster, vieja bruja. ¿Captas esto ahora? Aún te odio. Siempre te odiaré al igual que siempre la amaré a ella. Llámalo equilibrio.* Lo pensó con mucho cuidado, articulando cada pensamiento, cada palabra en su mente, como si la estuviera desafiando a leer la verdad a través de sus ojos, o lo que estaba pensando, mediante alguna especie de intuición telepática.

—Bueno, puede que entonces ese sea el motivo —esgrimió Win—. Pero puedo ver un cambio en ti, Alban.

—Bueno, todos envejecemos. Todo el mundo cambia.

—Sí, por supuesto —afirmó Win, agitando una mano desdeñosamente—, pero además de eso.

Por las barbas de Cristo, quizá simplemente debiera contarle todo. Puede que lo correcto fuese admitirlo, sacarlo a relucir y decir que sí, que había cambiado, que era diferente, que ya no pensaba de la misma forma y que en este momento estaba pensando en despedirse. A lo mejor debería limitarse a decir todo eso y presentar su dimisión aquí y ahora. Probablemente tuviera que hacerlo algún día, ¿Por qué no hoy?

Porque siempre había tenido la sensación de que estaba siendo inducido a ello por Win, ese era el porqué. Jamás estaría totalmente seguro de que todo hubiera transcurrido según su propia elección. Bueno, renunció a entregarle el control, ella había llevado las riendas aquella vez, en Lydcombe, haciéndole sentir humillado, avergonzado e impotente, y no estaba dispuesto a dejar que se lo hiciera de nuevo. Quería tomar la decisión por su cuenta, y hacerlo en el momento que él eligiera.

Bueno, ya le habían dado demasiadas vueltas al tema.

—En fin —le dijo—. Disculpa si te he dado algún... —Sonrió—. Algún motivo para dudar de mí. Esa no era mi intención. —*Y eso, pensó, es lo más parecido a una disculpa que vas a recibir, ancianita.*

Pensó que Win parecía muy vieja, momentáneamente. Fue solamente durante un segundo o así; como si alguna máscara creada por su voluntad se le hubiera escurrido de la cara, tan solo para volver a su lugar al instante; luego la imagen de su ser reformado, la calculada y calculadora fachada, volvió a la carga una vez más. Se preguntó si ella habría visto algo similar en él. Se preguntó si eso era lo que ella veía todo el tiempo, y si eso explicaba su extraordinaria, y también profundamente ordinaria capacidad para interpretar a las personas de la forma en que lo hacía.

—Disculpas aceptadas —espetó ella.

Él gesticuló hacia dos recipientes plateados.

—¿Café o té?

Alban había decidido estudiar Empresariales con la esperanza de cambiar de carrera. Había llegado a la conclusión de que tenía que comprometerse con su familia y con las expectativas que tenían de él. Tenía pensado seguirles la corriente con lo que esperaban y luego cambiar el discurso cuando se lo hubieran creído. Si empezaba Empresariales, tenía un buen comienzo y después se cambiaría a algo que le interesara realmente (Lengua, Historia, o incluso Arte), entonces al menos habría mostrado voluntad. Con eso se los quitaría de encima hasta graduarse. Aquel parecía un buen plan, y no una manera rematadamente alocada de tomar una de las decisiones más importantes que hay en la vida.

Después, a unos pocos meses del comienzo, cuando casi estaba disfrutando e incluso obteniendo notas aceptables por un par de ensayos, tan solo porque sabía que

no lo estaría haciendo por mucho más tiempo, oyó que Sophie había cambiado de idea acerca de sus propios estudios. Ella también iba a estudiar Empresariales. Se había comprometido a una carrera comercial con la empresa familiar si surgía la ocasión adecuada.

Jesús, había pensado él. ¿Estaba ella haciendo eso solo porque él hacía algo parecido? ¿Era aquella una especie de señal pública aunque oculta? No habían estado en contacto desde el dulce y maravilloso, pero también medianamente desastroso encuentro en San Francisco, unos meses antes. Él estaba sentado en su habitación de Bristol, contemplando los deshojados árboles del parque Castle, y los pausados y grises remolinos sobre la amplia curva del Puerto Flotante, el río que apenas lo era, su superficie color marrón y peltre bajo una rasa flota de nubes que arrastraban largos cargamentos de lluvia en su irregular interior.

Recordaba el deslumbrante brillo desértico del Mojave, la agobiante sequedad del aire, la estrábica mirada de las filas y filas de pálidos aviones abandonados bajo aquel cielo ferozmente abierto, la avioneta aterrizando, Sophie (aunque una alterada y mutada Sophie, una Sophie en pleno proceso de cambiarse a sí misma) saliendo de la aeronave. Recordaba el apartamento de Dan, los crujientes sonidos del viejo tocadiscos, sentirla bailando cerca de él, el olor y el tacto de su pelo, el placer puramente desnudo de meterla en la cama después de tantos encuentros *al fresco*. Trató de olvidar la escena en la lavandería, la tenue luz del sol y el olor artificial a suavizante.

Durante uno o dos segundos, bajo el brumoso frío mañanero de San Francisco, en el interior del taxi que se dirigía a la estación de trenes, se había sentido muy bien al respecto. Después de todo, la había visto de nuevo; había ganado por fin, en el último segundo, superando todos los obstáculos que la familia había puesto en su camino (si eso había ocurrido alguna vez, hecho que no tenía importancia) y finalmente había podido encontrarse de nuevo con ella. Y no se habían peleado, no se habían culpado el uno al otro por todo lo que salió mal, y por los años que habían pasado separados por fuerza; habían conectado, y habían hecho el amor otra vez.

Ella le había querido. No importaba que más tarde hubiera dicho que todo había sido un error, no importaba que ella estuviera con otro tipo; esas cosas pasaban. Ella le había querido. Él no se impuso a ella, no la sedujo, había sido algo recíproco. Espontáneo. Y ella le había sugerido bailar; no él.

Aun así, más o menos le había echado de allí. Él la creyó cuando dijo que no era buena mintiendo y que sería más fácil engañar a Dan si él no se encontraba allí, pero qué más daba. Otra vez expulsado; arrancado una vez más. No era una buena pauta.

Había un tren que salía temprano de Los Ángeles, sólo veinte minutos después de que hubiera llegado a la estación. Para entonces, ya había comprado su billete y encontrado el tren adecuado (sorprendentemente abarrotado, lleno de tipos con traje y familias); salió de la ciudad casi antes de enterarse de que había estado allí.

Las gaviotas revoloteaban sobre el Puerto Flotante, inclinándose y girando a lo

largo de las cautivas y aglomeradas aguas.

De vez en cuando, sólo en ciertas ocasiones, si está realmente borracho o drogado y se siente nostálgico o sensible o como sea que uno quiera llamarlo, aún susurra para sí: «Se han marchado todos, maldita sea», «Me caí del caballo, chaval», «Caray, tío, tampoco me gustó hasta ese punto»; y ahora, «Ni una mísera hojita».

Prima, prima, dulce prima.

Había intentado volver a ponerse en contacto con Sophie después de su encuentro en California, pero sin mucho éxito. Había conseguido su dirección en Nueva York, gracias a su primo Fabiole; le envió una carta cuidadosamente meditada (amistosa, incluso cariñosa, pero sin cosas raras ni nada de eso) y recibió a cambio una tajante nota diciéndole que estaba muy ocupada, y que no creía que fuese una buena idea que estuviesen en contacto. Que lo sentía si le había hecho daño.

Aquello había sido hacía dos meses. Y ahora, la noticia de que iba a estudiar Empresariales.

Decidió que probablemente no fuese algo deliberado, lo de Sophie escogiendo la misma carrera que él, pero que posiblemente indicara un deseo del que ni siquiera ella era consciente, de seguirle la pista, mantenerse en paralelo a él. Eso lo explicaría, supuso.

Se puso a estudiar en serio. Se convenció de que tenía que hacer todo lo posible para disfrutar la carrera en la que se había embarcado. Hizo nuevos amigos, tuvo varias relaciones sin comprometerse en serio, a veces incluso les hablaba a sus novias de Sophie, el amor de su infancia (así era como había empezado a referirse a ella), y se pasó un año de los cuatro que duraba la carrera trabajando para la empresa familiar en Desarrollo del Producto. De alguna forma esperaba que al estar en Bristol, tan cerca de Lydcombe, podría ser invitado a volver; le habría gustado ver qué tal estaban los jardines, aparte de cualquier otra cosa; pero aquello nunca ocurrió.

En el siguiente encuentro familiar, el funeral del abuelo Bert, en Garbadale, a principios de la primavera de 1990, le había preguntado a la tía Lauren sobre el hecho de que Sophie no hubiera recibido ninguna de sus cartas. Para colmo, le aseguró estar tan sorprendida como él. Por supuesto que le había enviado las cartas. Sugirió que, tal vez, el que Sophie le dijera que no las había recibido no era más que su forma de no herir sus sentimientos.

Él había esperado que Sophie asistiera al funeral, pero estaba muy ocupada con sus estudios en los Estados Unidos, y todos coincidían en que eran demasiados kilómetros para pedirle a alguien que viniera a presentar sus últimos respetos a un anciano, que de todas formas había sido poco más que un vegetal durante los últimos diez años.

—¿Y cómo estaba? —le preguntó la abuela Win cuando mencionó que había visto a Blake en Hong Kong. Vestía toda de negro, y Alban pensó que parecía un cuervo. Llevaba un pañuelo arrugado en una mano y tenía los ojos algo enrojecidos. Entonces parecía estar dolida. Alban ya estaba empezando a arrepentirse de haberle

contado que había visto a Blake; otro doloroso recuerdo al sacar a la luz el pasado de una oveja negra de la familia. Él solo lo había hecho por decir algo. Preferiría no haberle hablado en absoluto, pero sus padres insistieron. Se sentía tan aliviado de que no le hubiera ignorado, o mencionado nada horrible sobre él y Sophie, que se relajó, sin imaginar que podría enfadarse al contarle que le había hecho una visita a su hijo.

—Estaba bien —le contó.

—¿Y qué es lo que quería?

—Nada. No quería nada. Quiero decir, es realmente rico. En serio, estaba muy bien, Yaya. Me estuvo enseñando Hong Kong. Fue genial. Y me dio dinero.

—Apuesto a que sí —espetó Win, con indiferencia—. ¿Y? ¿Y bien? ¿Qué es lo que tenía que decir?

Alban se detuvo a pensar.

—Nada en particular. Solo me llevó a dar una vuelta, me presentó a gente. Parece que conozca a todo el mundo. Conocí al gobernador y todo. El tío Blake es tremendamente rico, Yaya. Tiene un rascacielos. Quiero decir que es realmente suyo.

—Bueno, hurra por él. ¿Cuánto dinero te dio?

—No lo recuerdo —mintió Alban.

—¿Te habló acerca de la familia?

—Un poco. Estaba bien, Yaya. De verdad. Creo que le gustaría ver, bueno, a todo el mundo...

—Desde luego. Pues bien, yo no quiero volver a verle —afirmó Win.

—Oh —balbuceó Alban—. Vale. Lo siento.

—Sí —dijo Win con un tono concluyente, y se dio la vuelta.

—Y entonces eché un vistazo por mi cuenta, pero claro, todo lo que Bunty había dicho era una total y absoluta trola; en cambio, allí estaba el tipo con un *Playboy en* una mano y su John Thomas^[12] completamente hinchado en la otra. Así que cerré la puerta enseguida y me giré en redondo para encontrarme a la hermana frunciendo el ceño mientras me decía, «¿Sí? ¿Y bien?», y a mi no se me ocurría nada que decir, hasta que finalmente tuve una idea y le dije, «Bueno, hermana, creo que se está preparando para expulsar sus pecados». ¡Ja, ja, ja!

—¡Ja, ja! —rió Doris, tras un pequeño retraso.

Fielding hizo una pausa mientras apuraba la botella de vino dulce en la copa de Beryl, con una amplia sonrisa al principio y luego uniéndose a las carcajadas cuando vio que estas no mostraban señales de decaer especialmente pronto. Se reclinó en su asiento, suspirando con fuerza y lanzando una furtiva mirada a su reloj, mientras llevaba el vaso de agua hasta sus labios. Ni siquiera eran las once. Había esperado que casi fuera medianoche.

Un camarero del Inverlochy apareció en la mesa para rellenarle el vaso. Doris y Beryl se palmeaban mutuamente en el antebrazo y se llevaban las servilletas a la boca

al tiempo que reían, mirando alrededor del comedor, ahora casi vacío. La mayoría de los demás huéspedes del hotel se habían marchado al salón o a la sala principal para el café.

—¡Expulsar sus pecados! ¿Lo entiendes? —dijo Beryl con una especie de chillido apagado.

—¡Sí! ¡Oh, sí! —Doris tosió. Apuró su vino blanco y entonces dirigió su mirada hacia la media botella vacía que había sobre la mesa—. Madre mía, eso ha estado bien —le comentó a Fielding. Miró apenada su copa, ahora vacía, y a la igualmente extinguida botella—. Son unas botellas terriblemente pequeñas, ¿no es así?

Fielding lucía la sonrisa digna de un hombre muy, muy cansado que puede asociar cada curva y recta de la carretera entre Glasgow y Fort William con alguna frase confusa o un diálogo mal entendido de locuacidad senil y que ha llegado a aceptar que no verá su cama antes de la hora bruja. Le hizo una señal al vacilante camarero, levantando las cejas, y sostuvo la pegajosa botella vacía de vino blanco.

—¿Qué vamos a hacer si todo el mundo vende sus acciones a esa gente de Sprint? —preguntó repentinamente la tía abuela Doris, observando salir al camarero con la difunta botella en la mano.

—Spraint, querida —corrigió Beryl. Le lanzó una sonrisa a Fielding, quien parecía despistado, jugueteando con su servilleta—. Gastar nuestras indecentes ganancias en vino, mujeres y demás, imagino yo —le respondió a Doris.

Doris pareció súbitamente alarmada.

—No querrás largarte para abandonarme y mudarte a tu propia isla desierta o ese tipo de cosas, ¿verdad, vejestorio? —le preguntó a Beryl parpadeando insistentemente.

Beryl sonrió.

—No, querida. Si hubiera alguna isla desierta en los mapas, te llevaría conmigo. —Luego la sonrisa se difuminó una pizca y bajó la mirada hacia la mesa, dejando imperar al silencio.

Fielding trataba de hacer figuritas de papel con su servilleta.

—Algunos usarían la pasta para hacer cosas que siempre han querido hacer —comentó con aire ausente, frunciendo el entrecejo mientras trataba de encajar una esquina del trapo sobre la otra—. Financiar proyectos, usarlo como capital inicial. —Las esquinas de la servilleta no encajaban adecuadamente. Deseó tener tres manos—. Para sueños, en definitiva —murmuró. Levantó la mirada para encontrar que las dos viejecitas le estaban mirando. Sus ojos se pasearon de una a otra—. Es probable —añadió—. Quiero decir, es posible. —Se aclaró la garganta y volvió a estirar la servilleta—. Tal vez.

—¿Es eso lo que tú harías con el tuyo, querido? —inquirió Doris.

Fielding se encogió de hombros.

—Bueno, no lo sé. Supongo que sí. Solo hablaba hipotéticamente. Me refiero a que yo, personalmente, no tengo nada... —El camarero reapareció—. ¡Ah, más vino!

—¡Oh! —dijo Doris, girando sobre su asiento—. ¿Es que hemos pedido más? En fin, supongo que así es. Pues adelante.

—Estupendo. —Beryl sonrió con tristeza.

Los años pasaron. Alban obtuvo un bien alto de nota y aceptó el puesto que le estaba esperando en Juegos Wopuld Ltd. Sophie ya había comenzado con Juegos Wopuld Inc., la sucursal de la compañía en los Estados Unidos. Alban tenía la sensación de que todo había terminado entre ellos, a pesar de que nunca se alejaba de sus pensamientos y todavía esperaba que pudieran encontrarse de vez en cuando, aunque solo fuera por trabajo. Después, bueno, ¿quién sabía?

Él sabía lo que era jugar a un largo juego.

En su tercer año había compartido un piso en St. Judes con tres muchachos a los que les gustaba mucho jugar a la versión de tablero de ¡Imperio! Debido a que su apellido era McGill y a que jamás les había mencionado nada sobre la empresa familiar (todos estaban estudiando lengua o arte y no les interesaba mucho su carrera), no se dieron cuenta de que era parte de la familia que poseía los derechos, fabricaba los juegos y se llevaba los beneficios.

Sabía todo lo que había que saber sobre cómo jugar al juego, aunque eso no significara que ganara todas las veces. ¡Imperio! no era el ajedrez; dependía de la suerte en algunas ocasiones, tanto en la distribución inicial como después, durante el juego. Aun así, con mucha práctica se podía mejorar al jugarlo, y él se había pasado una buena parte de su infancia jugando a la versión de tablero.

Uno de sus compañeros de piso era Chris, el propietario del tablero, y quien se creía una puta máquina jugando a ¡Imperio! Chris daba por sentado, y Alban estaba seguro de ello, que él sería el gran campeón del piso. Achacó las primeras victorias de Alban a la suerte del principiante, lo que le hizo saber a Alban que Chris no era tan listo. Al principio del semestre habían acordado que jugarían una liga que durase todo el año académico, y mientras Alban poco a poco se iba granjeando una ventaja sobre todos los demás, Chris empezaba a comprender que lo de Alban era algo más que suerte.

Tras un tiempo, Alban notó que Chris estaba empezando a cambiar su estilo de juego. Ahora, siempre optaba por atacar a Alban, en cuanto las unidades de este llegaban a un nivel que Chris consideraba demasiado alto, incluso aunque no constituyeran una amenaza táctica o estratégica para los dominios, territorios o unidades de avance de Chris. Alban aún ganaba de vez en cuando, y Chris mejoró sus estadísticas ligeramente mientras que, en algunas ocasiones, otros jugadores usaban la oportunidad para aliarse contra Alban, o atacar a Chris mientras este se dedicaba a mermar las unidades de Alban. Al principio, Alban se limitó a consentirlo pero, tras una partida en la que le dejaron relativamente impotente y otros dos jugadores combatieron de forma tosca e inexperta por una victoria que les resultaba esquiva

debido a su mediocridad y a que estaban fumados (terminó en tablas bajo una humareda y se acordó un empate), Alban decidió cambiar su forma de responder al control «policial» de Chris.

En la siguiente partida en la que Chris le atacó, utilizando una considerable aunque controlada cantidad de unidades para la batalla, Alban contraatacó con todo lo que tenía. Derrotó a Chris pero acabó irremediabilmente debilitado. Ambos estaban fuera de la partida en el siguiente turno. Aquella vez, uno de sus colegas consiguió hacerse con la victoria.

Chris protestó durante la partida y un buen rato después, cuando se sentaron a beber mientras veían la tele con el sonido bajado.

—¿Por qué has hecho eso, tío? ¡Yo no quería dejarte fuera de la partida! Solo trataba de debilitar un poco tus unidades.

—Sí, ya lo sé —le contestó Alban, abriendo un par de latas y pasándole una a Chris. Chris era un tipo larguirucho, con el pelo oscuro y rizado y problemas de acné.

—¿Entonces por qué se te ha ido la olla, Al?

—No me gusta que hagas eso.

—Pero todo es parte del juego, tío.

—Lo sé; y también lo que yo he hecho.

—Claro, pero solo lo hago para que no seas demasiado poderoso.

—Oh, sí, sé por qué lo haces. Solo lo hago para que dejes de hacerlo.

—Pues no voy a dejarlo —afirmó Chris, entre risas. Aceptó un porro de uno de sus compañeros de piso, le dio una ligera calada y se lo pasó a Alban.

—Pues vale —respondió Alban, encogiendo los hombros.

—¡Pero has perdido, Alban! —señaló Chris—. Acabaste conmigo, pero te jodiste también tú.

—Sí, y seguiré haciéndolo hasta que dejes de atacarme sin un buen motivo, aparte de «bajarme los humos».

—¿Qué? ¿Estás de broma?

—No, lo digo en serio. Voy a seguir haciéndolo.

—¿Vas a seguir yendo a por mí, a por mis territorios y a por todo lo demás solo porque ataco a uno de tus bloques?

—Eso es.

—¡Es una locura! ¡Me sacarás de la partida, pero también saldrás tú!

—Sí, lo sé. Hasta que dejes de hacerlo.

—Bueno, ¿y si no lo hago?

Alban se encogió de hombros.

—¡Pero pierdes la partida, tío! —apuntó Chris, luchando por ver la lógica de todo aquello.

—Salud. —Alban hizo entrecuchar sus latas.

Chris le atacó de la misma forma, por los mismos motivos, en las dos siguientes partidas y Alban reaccionó justo igual que lo había hecho antes.

Chris le dijo que estaba loco, pero en la siguiente partida no utilizó la misma maniobra. Alban le explicó durante una noche de borrachera, por si Chris no lo había comprendido, que una cosa era el juego, y otra era el metajuego. Incluso sin una liga que durase todo el año, siempre existía el metajuego, el juego más allá del juego; también había que tenerlo en cuenta.

Chris le dijo que seguía estando jodidamente chiflado.

—Cuídate.

—Y tú también.

—Lo digo en serio. La previsión meteorológica tiene una pinta espantosa para esta noche y mañana. No corras riesgos estúpidamente. Por favor. Vuelve sana y salva.

—Cuenta con ello. —Verushka, ya totalmente equipada, embutida en su traje y sus botas, se pone de puntillas para darle un beso en la frente, luego vuelve a posarse en la gravilla y le da otro, firme y prolongado, en los labios—. Yo también lo digo en serio —susurra, abrazándole bien fuerte—. Ten mucho cuidado. No corras riesgos estúpidamente.

—Prometido —afirma.

Ella se separa, examinando fijamente sus ojos.

—No te acuerdas de anoche, ¿verdad?

Él levanta las cejas e inclina la cabeza hacia un lado.

Ella sonríe.

—Después de eso. Estuviste hablando sobre tu madre. En sueños.

Alban parecía impresionado.

—¿En serio? Nunca hago eso.

—A no ser que haya alguna otra llamada Irene, o mamá.

—Jesús —exhala, desviando la mirada hacia el sendero que lleva hasta el invisible lago de mar. Luego la mira a ella—. Espera un momento. Recuerdo que me despertaste.

—Así es. —Asiente.

—Oh, vaya. —Él vuelve a apartar la mirada.

—En fin —le dice ella con un último beso—. Hasta el lunes por la mañana. Será mejor que entres a desayunar algo.

—Oye, escucha —espetta él, todavía cogiéndole la mano—. Si llueve mucho o simplemente lo piensas mejor, regresa. ¿De acuerdo? En cualquier momento. Nos escaparemos a una habitación del Inchnadamph si no podemos quedarnos aquí juntos, o Neil McBride y su esposa nos podrían alojar.

Ella se detiene y echa su cabeza hacia atrás, con las cejas levantadas.

—¿No prefieres estar aquí, con tu familia?

—Oye, podríamos allanar el ala norte con unos cuantos troncos y encender un

fuego —le propone—. Mejor no. Tú vuelve si tienes que hacerlo. Si quieres hacerlo. No me hagas caso.

—Trato hecho —responde ella y, sonriente, extiende su mano para que se la bese. Entra en el Forester, lo arranca, y avanza a través del camino de gravilla, saludando con una mano desde la ventanilla. Él le responde, observando hasta que el coche desaparece tras la cortina de árboles.

Se da la vuelta y camina hacia el interior de la mansión.

Capítulo 8

—Antes tenía una polla vigorosa —le comentó Blake—. Ahora tengo un corazón enfermizo.

Alban sonrió y trató de mostrarse comprensivo al mismo tiempo.

—¿De verdad está tan mal?

—Lo suficiente. Los médicos dicen que debería dejar la bebida. —Blake alzó su vaso de güisqui con soda y lo contempló con una mirada de triste rencor, como si fuera un buen amigo que le ha decepcionado—. Puede que requiera un triple baipás.

—Bueno, hoy en día son un mero trámite.

—*Hmm*. Es posible, pero aun así no me gusta cómo suena. Te abren el esternón y te separan las costillas, ¿lo sabías? Con grandes cepos de acero. Es horripilante. —Sacudió su cabeza—. Y cualquier operación tiene su riesgo. Las cosas salen mal. Se cometen errores. Puede haber una infección.

—Seguro que te irá bien, Blake.

—Claro. —Blake bebió un poco más de su güisqui con soda.

Alban no había visto a Blake desde su visita, durante su año de descanso. Esta vez, había ido a Hong Kong para encontrarse con varios encargados del desarrollo del producto y propietarios de fábrica de Shenzhen, para preparar el terreno para un rediseño del tablero y las piezas de ¡Imperio! Hong Kong estaba muy cambiado, e igual que siempre al mismo tiempo. El nuevo aeropuerto se había llevado la emoción/terror de volar dentro de la ciudad; edificios que Alban hubiera jurado que estaban a una manzana del mar, estaban ahora a seis o siete manzanas de distancia ya que habían ganado terreno al mar y construida por encima, y los juncos y sampanes habían desaparecido del puerto hacía ya mucho tiempo.

Por el contrario, aún hacía un calor y una humedad asfixiantes, y todo estaba perturbadamente masificado al nivel del suelo; los chinos aún escupían por todas partes y no mostraban la más mínima vergüenza por toser y estornudar en tu cara; todo el mundo empujaba, presionaba y se arrimaba a los demás al caminar (y si te detenías en medio de la calle por alguna razón, te apartaban del camino a patadas y codazos); los altos, tambaleantes y anoréxicamente estrechos tranvías de madera aún eran susceptibles de arder en llamas con la caída de una cerilla y el traqueteante jaleo que surgía de los locales de *mahjong*, si pasabas por allí cuando se abrían las puertas, solo era superado por la increíblemente espesa y asfixiante nube de humo de cigarrillo que salía hacia fuera al mismo tiempo.

—En fin —dijo Blake—, ha sido muy amable por tu parte el venir a verme. Nadie más de la familia lo hace nunca.

—Lamento oír eso —afirmó Alban.

Blake realizó un aleteante y desgano aspaviento con una mano. Estaba tan alto y delgado como siempre. La primera vez que saludó a Alban, llevaba puesto un gran gorro caído que le hacía parecer un flexo.

Se encontraban sentados en el jardín de la azotea del rascacielos de Blake. Este aún estaba cerca del puerto; no se había recuperado la tierra que había justo en la orilla. Todavía no. Estaban a una altura de ciento y pico metros, protegidos del sol por un amplio toldo, y soplabla una brisa moderada, pero aun así hacía un calor inhóspito. Bebiendo y estando tumbado, se soportaba, pero tan solo la idea de hacer algo más enérgico, como levantarse y dar una vuelta, era suficiente para bañarte en sudor.

Alban se preguntó si debería intentar que Blake hablase más acerca de la familia, y de las razones que le hicieron abandonarla. Después de todo, él estaba al borde de hacer algo parecido. Había transcurrido un mes desde aquel desayuno con reprimenda de Win, y en su interior estaba cada vez más cerca de dejarlo. Ahora llevaba siempre con él una copia de su carta de dimisión en un sobre, como si fuera una píldora de suicidio. Puede que necesitase un último empujón, un estímulo final que le hiciera dar el salto. ¿Provocarí­a eso intercambiar impresiones con Blake? No es que sus circunstancias fueran tan parecidas; Blake había sido expulsado por malversación, mientras que él simplemente estaba pensando en dejarlo después de hacer un buen trabajo, una concienzuda labor durante los últimos años. No era como si estuviera siendo castigado o enviado al exilio por la familia. Estaba buscando el equivalente a una dimisión honorable, no deshonrosa como la de Blake.

—¿Alguna vez intentas ponerte en contacto con la familia? —le preguntó a Blake. Dio un sorbo a su agua helada. Estaba en mangas de camisa, con la corbata suelta y se había quitado los zapatos y calcetines. Blake iba incluso menos formal; también descalzo, pantalones cortos y holgados y una camisa de seda sin abrochar. La cálida brisa les llevó un aroma de jazmines; el jardín de la azotea contenía docenas de esas plantas.

—En realidad, no —admitió Blake—. Soy algo que prefieren olvidar. Especialmente tu abuela. —Miró brevemente a Alban—. Ella es ahora la jefa, ¿no?

—Por ahora lo es —afirmó Alban—. En la familia y en la empresa.

—No me tiene mucho cariño —confesó Blake. Sonó triste—. En fin. Aquí tengo mi propia vida; siempre la he tenido. Ha sido una buena vida, las cosas me han ido bien. No puedo quejarme. Yo...

El móvil de Blake vibró sobre la baja mesa de teca que había entre ellos.

—Disculpa —le dijo a Alban—. ¿Sí? —Escuchó durante un rato—. No. Eso no es lo bastante bueno ni por asomo. Dile que eso es verdaderamente insultante. Acudiremos a cualquier otra parte. —Escuchó un poco más—. Sí, bueno y yo también tengo, y el mío le dice al suyo lo que tiene que hacer, así que dile a nuestro amigo que le invito a que lo intente. —Sin apenas una pausa, Blake empezó a hablar en lo que a Alban le pareció un convincentemente rápido cantonés, durante un minuto o más, sonando francamente animado—. Haz eso. Sí, más tarde. Adiós. —Puso de nuevo el móvil sobre la mesa—. Perdona; hay un trato a punto de ocurrir o no. No puedo apagar el maldito cacharro. ¿A ti te gustan los móviles? Yo he de tener uno,

como el resto de la gente, y son muy útiles a veces, está claro, pero en algunas ocasiones creo que los odio a muerte al mismo tiempo. ¿Sabes lo que quiero decir?

—Sí. Lo sé —respondió Alban—. Es estar a disposición de todo el mundo para una llamada.

—Exacto. —Blake asintió y dio un sorbo a su bebida.

—Siempre puedes apagarlo —señaló Alban.

—Sí —coincidió Blake—. Pero entonces te preocupa estar perdiéndote algo importante. —Miró hacia el teléfono—. Aun así. Estaría encantado de mandarlos a tomar por saco. —Extendió la vista sobre la brumosa ciudad. Delgadas formas que eran lejanos reactores se desplazaban minuciosamente a través del cielo, descendiendo hacia el, ahora lejano, aeropuerto—. Ahora tienes, ¿cuánto? ¿Treinta años?

—Estoy cerca —dijo Alban.

Blake se quedó en silencio un momento antes de hablar.

—¿Alguna vez tienes la sensación de no saber de qué va todo esto? —Miró a Alban, quien le devolvió la mirada a su vez, sin saber al principio si Blake lo decía en serio, y dándose cuenta de que así era—. ¿De por qué nos molestamos? —La expresión de Blake era verdaderamente nostálgica. Desvió otra vez la mirada—. Puede que sea por la edad. No recuerdo haberme sentido así cuando era más joven. Parece como si hubiera crecido en mi interior sin que me haya dado cuenta, como esto del corazón. ¿Alguna vez te ocurre?

—¿El qué? ¿Sospechar que todo es inútil?

—Supongo que es eso mismo.

—No especialmente. Solía pasarme más a menudo cuando era más joven. Son el tipo de cosas que te planteas cuando eres estudiante.

—Entonces puede que solo me pase a mí —afirmó Blake con tristeza, y bebió.

—No solamente a ti, Blake. Hay montones de personas que se sienten así, al menos de vez en cuando. Supongo que es una de las principales razones por las que tanta gente abraza una religión.

Blake asintió.

—He empezado a rezar de nuevo, pero me siento idiota. Me doy cuenta de que solo hablo conmigo mismo. —Sacudió la cabeza—. Es una idiotez, en realidad. —Miró a Alban—. Creía que cuando llegara este momento ya tendría todo eso resuelto. Me siento algo estafado de que no sea así, de que tenga que empezar a pensar otra vez en cosas que, como tú dices, uno esperaría haber dejado atrás en la adolescencia. —Levantó su vaso hacia la luz—. Creo que soy igual que un montón de gente, ¿sabes?; me he pasado la vida esperando que mi vida comience. Es como si uno necesitara el permiso de alguien; de sus padres, de Dios, de un comité de socios, no tengo ni zorra idea, para aceptar al fin la responsabilidad de nuestras propias acciones, de nuestra propia vida. Solo que el permiso nunca llega y poco a poco (bueno, al menos en mi caso, no puedo hablar por los demás; puede que su

entendimiento les llegue en forma de súbita revelación, con una luz cegadora o algo así), poco a poco te das cuenta de que nunca llegará, de que el camino que has elegido para vivir tu vida, ese que recorres tambaleándote, torciéndote la mitad de las veces, es todo lo que realmente hay, todo lo que realmente hubo siempre. Me siento engañado debido a eso. A veces creo que me he engañado a mí mismo, aunque no veo cómo podría haber hecho algo al respecto. Y tengo la horrible sensación de que, incluso si tuviera una máquina del tiempo y pudiera regresar a visitar a mi yo más joven para prevenirle, o al menos para aconsejarle acerca de todo esto, él, o yo, no tendríamos ni idea de lo que mi yo del futuro estaría hablando. Pensaría que es un idiota. Le ignoraría. Me ignoraría a mí mismo.

—Blake —murmuró Alban, tratando de no sonar demasiado perplejo—, sueñas igual que alguien que no ha conseguido nada. Tengo la impresión de que te ha ido bastante bien.

—Oh. —Blake agitó una mano, y luego la pasó por su blanco cabello; parecía más largo que la última vez que Alban estuvo allí—. Me ha ido bastante bien. No me estoy quejando de eso, por una vez. Aunque, por si te interesa, los comunistas podrían quitármelo todo en un momento, en un suspiro, si realmente así lo desearan. Bueno, no todo, obviamente, pero casi todas mis propiedades están aquí, en Hong Kong. No puedes meter un edificio o una parcela en un paraíso fiscal. Pero... Bueno, mira, no te importa que te hable de todo esto, ¿verdad?

—Por supuesto que no —respondió Alban.

Aquello no era estrictamente cierto; pensaba que el tardío arrebató de angustia existencial de Blake era algo preocupante. El tipo era un multirricachón y todavía encontraba cosas de que lamentarse. Alban se sentía casi puritano acerca de ese tipo de cosas; por supuesto que ser rico no significaba que, de repente, no tuvieras nada de lo que preocuparte, pero al menos debías tener la decencia de callártelo. Oh, bueno. El ha elegido visitar a Blake. Parecía haber sido lo correcto en el momento, y también parecería lo correcto después, una vez sentado en el avión, de vuelta al Reino Unido. Visitar al exiliado, evitar que este lejano vástago del clan Wopuld se separe completamente del árbol familiar. En algunas ocasiones, Alban se sentía como si fuera el asistente social de la familia.

—Es solo que —explicó Blake, agitando su mano una vez más—, incluso habiendo ganado, ya sabes, un poco de dinero y todo lo demás, incluso eso no parece gran cosa. Conoces a otras personas que han ganado incluso más y entonces piensas, «Bueno, está claro que este tipo es un idiota». Quiero decir, no estoy diciendo que uno tenga que valorarse a sí mismo o a los demás simplemente en base a la cantidad de dinero que han ganado, pero es difícil no comparar estas cosas de vez en cuando, y piensas «Bueno, ¿qué significa haber ganado un poco, qué dice eso de uno, si ese mentecato puede ganar incluso más que yo?». En realidad es bastante deprimente. ¿Me comprendes?

Alban suspiró. Comprendía que no había nada peor que alguien muy rico

sintiendo lástima de sí mismo.

—Supongo que siempre hay alguien que tiene más —afirmó, tratando de parecer más comprensivo de lo que se sentía.

—Pero si no se trata de dinero —insistió Blake—, ni de prestigio ni del alma inmortal ni nada de eso, ¿entonces de qué?

—Algunas personas valoran mucho a los niños —propuso Alban—. O simplemente a otra persona.

Blake lo miró y se sorbió la nariz.

—Si, bueno. —Dio un trago de su vaso—. Nunca llegué a conocer a la mujer adecuada. —Examinó su vaso vacío—. En realidad eso no es cierto. Se podría decir que conocí a demasiadas.

—¿Nunca te casaste, Blake? —Alban sabía que Blake no estaba casado, pero no si lo había estado alguna vez.

—Pensé en ello un par de veces —admitió Blake—. Jamás lo hice. —Asintió hacia el vaso de Alban—. ¿Otra?

Alban también miró a su vaso de agua, ahora totalmente vacío.

—¿Por qué no? Incluso puede que esta vez me sirva una copa de verdad.

—Buen chico —espetó Blake. Se llevó los dedos a la boca y produjo un desconcertante y agudo silbido. Se encogió de hombros—. Es lo más rápido. —Un camarero con chaqueta blanca apareció doblando la esquina de unos jazmines para tomar nota de su pedido.

—Tú aún podrías tener hijos, Blake —le dijo Alban—. Búscate una esposa joven y formar una familia.

—¿A mi edad? —Blake pareció estar dolorido.

—Blake, no te va a faltar dinero para una niñera. Tú no vas a ser quien tenga que levantarse en mitad de la noche para calentar la leche.

Blake sacudió su cabeza.

—Soy demasiado viejo —esgrimió—. Además, ¿y si no funciona? ¿Y si no me gusta el niño, o su madre, para el caso? ¿Y si descubro que solamente me quería por mi dinero? ¿Y si toda esa experiencia resultara ser otro motivo para pensar en la futilidad esencial de todas las cosas?

—Por Dios, Blake; resulta que estás sentado bajo el sol, con gente a tu servicio, en lo alto de un edificio de alta tecnología de cuarenta plantas ocupadas por algunas de las más importantes agencias inmobiliarias del mundo. Y sí, habrá mujeres impacientes por arrojarse en tus brazos por tu dinero. Bueno, no es que sea lo peor que te puede pasar en la vida.

—Lo sé —coincidió Blake—. Siempre tengo esta conversación conmigo mismo, y eso es justo lo que me contesto. Que debería estar agradecido. Que debería sentirme afortunado, debería sentirme bendecido. Que debería sentirme... Debería sentirme bien con mi vida. —Su mirada cruzó el jardín de la azotea—. Algunas noches me quedo ahí, asomado —le contó, mirando hacia el muro de cristal rematado en teca

que recorría todo el contorno de la azotea—. Bajo la mirada hacia esos diminutos puntos marrones y blancos; pequeños tipos en taparrabos que corren por ahí, como imbéciles, en mitad de la noche, apilando ejemplares del *South China Post*, o empujando de un lado a otro un carrito lleno de pollos. Y en realidad los envidio. Debe ser una rencilla... Ah. —Esta última palabra fue dirigida a su sirviente, quien les traía sus bebidas.

Blake intercambió unas palabras en cantonés y una sonrisa poco sincera con el tipo de la chaqueta blanca cuando este les sirvió la bebida.

—Bueno, siempre nos quedará este brebaje —dijo Alban. Alzó su gin-tonic. Mejor aquello que explicarle a Blake lo tarugo que había que ser para envidiar a tipos sin otra opción para subsistir que la de correr por ahí en taparrabos, a las tantas de la mañana, para apilar periódicos enormes o transportar jodidos pollos.

Blake miró a su güisqui con soda.

—Probablemente bebo demasiado. En fin, los médicos también me lo dicen.

—¿Tomas drogas? —inquirió Alban, notando que su paciencia empezaba a agotarse.

Blake bebió antes de dirigir sus ojos hacia él.

—¿Te refieres a medicamentos?

—O a las otras —respondió Alban levantando las cejas.

Blake desvió la mirada.

—No creo que lo estés diciendo completamente en serio, Alban.

—Supongo que no —coincidió Alban. Ambos bebieron—. ¿Alguna vez piensas en intentar hacer las paces con la familia? Me refiero a hacer un auténtico esfuerzo, intentar conseguir su apoyo.

—Sí, lo pienso —contestó Blake—. Pero no tengo que pensarlo mucho para darme cuenta de que no tendría sentido hacer eso.

—Pareces estar muy seguro.

—Así es. Hace mucho que tomamos caminos diferentes. —Blake miró otra vez al cielo—. Básicamente, he crecido demasiado alejado de ellos. Mi vida está aquí. Vosotros, bueno, tenéis vuestras propias vidas. No voy a fingir que no me interesa oír hablar de la gente, pero todo eso me parece un poco irreal. En fin, incluso si decidiera... retomar la relación, no creo que fuera bienvenido. Se necesitan dos para el tango, y todo eso.

Alban se limitó a asentir. Ni siquiera le había mencionado el nombre de Blake a Win desde aquella ocasión en el funeral de Bert, hacía ahora nueve años. No había necesitado tener la impresión de que no sería una buena idea. Blake aún tenía mucho de oveja negra.

—P. N. G., chico —había dicho el tío Kennard cuando se lo mencionó. Kennard no parecía estar visceralmente en contra de un supuesto contacto con su hermano como lo estaba Win, pero tampoco él se había puesto en contacto con Blake en todos aquellos años—. Definitivamente P. N. G.

—¿Qué? —había preguntado Alban, confuso (¿Papúa Nueva Guinea? ¿Qué demonios tenía eso que ver con lo otro?).

—P. N. G., *Persona Non Grata* —le había explicado Kennard—. En otras palabras, no es bienvenido. Es una vieja expresión del antiguo Ministerio de Exteriores —le había explicado sabiamente, entonces arruinó el efecto al añadir—: O algo parecido.

Alban miró a Blake, sentado bajo la brumosa y concentrada luz solar de Hong Kong, un par de años después de la concesión de soberanía, y no mucho antes de las celebraciones del nuevo milenio y, por primera vez, sintió auténtica lástima por aquel hombre.

—Bueno —arguyó—, la gente tiende a suavizarse con los años.

Blake dirigió su mirada hacia él.

—¿Dirías que Winifred se ha suavizado algo? —inquirió.

—Bueno, no —admitió, viéndose forzado a desviar la mirada.

—Mantenme informado —espetó Blake con frialdad, con sus ojos posados de nuevo sobre los aviones en la lejanía—. Si alguna vez lo hace, no dejes de decírmelo.

Ella morirá antes de que eso ocurra, pensó Alban, y sabía que era cierto.

Una semana después, dimitió de la empresa.

El tiempo era horroroso; un fuerte viento occidental arrastraba una lenta capa de densas y grisáceas nubes sobre toda la costa del oeste, empujando cortinas y ráfagas de fría y violenta lluvia. Alban pensó en Verushka, refugiándose en su tienda, la lluvia golpeando sobre el brillante y fino nailon, o peor; fuera, ascendiendo una colina a través de la lluvia y la niebla, con la pesada mochila a su espalda. El tiempo era tan malo que Alban se dijo que eso era algo bueno; ni siquiera V. G. permanecería a la intemperie bajo un temporal como éste. Cuanto más feas se pusieran las cosas, más probable sería su regreso, así que en cierta forma, cuanto peor fuera, mejor resultaba. A no ser que ella fuese tan cabezota, tan decidida o determinada a continuar apartándose del camino de su familia, que hubiera decidido no volver, a pesar de las inclemencias del tiempo, en cuyo caso cuanto peor fuera, peor resultaba. Es *posible*, se dijo, mirando desde el salón hacia el acantilado y la cascada cubierta de niebla (que era arrastrada por el viento hacia un lado, no hacia arriba), *que ella se rinda y vaya a cualquier otro sitio antes que volver aquí. Puede que corra a refugiarse al hotel más cercano.*

Mientras tanto, los tipos de Spraint habían aterrizado en Inverness, aunque su helicóptero tomó tierra cuando el viento era muy fuerte y las nubes estaban muy bajas. También tendrían que alquilar un coche.

Alban aún estaba hablando con la gente; durante el desayuno o después, cuando deambulaban por la casa esperando que mejorase el tiempo o que los demás llegaran. Se había programado una mañana de pesca en el lago Garve, pero eso también había

tenido que posponerse debido al clima, por lo que todos estaban como sin saber qué hacer. Los niños se entretenían ruidosamente en la vieja biblioteca y sala de juegos, jugando al billar y al tenis de mesa. Los adultos a los que les interesaba leían los documentos que Spraint había enviado acompañando a su oferta. La mayoría se inclinaba por el salón, con su gran número de sillones, sillas y sofás, y un rugiente fuego que servía como antídoto para la cortina de lluvia que golpeaba contra las ventanas.

La tía Kathleen examinaba su portátil, sentada a un extremo de la larga mesa de la cocina, con un rollito de beicon y una taza de té. Kath era una cincuentona felizmente rechoncha; llevaba una blusa de color azul marino y la falda de su uniforme de trabajo; una chaqueta colgaba del respaldo de la silla. Su pelo, marrón, que ya se volvía gris, estaba recogido en una larga coleta. Ella era la única persona de relevancia que aún no se había pronunciado al respecto de la propuesta de venta de la corporación americana.

—Tía Kath, no irás a desperdiciar lo que podrían ser nuestras últimas horas como una compañía independiente haciendo algo tan frívolo como jugar al ordenador, ¿verdad? —preguntó Alban, sentado sobre la esquina de la mesa que había delante de ella.

—Hola, Alban —saludó ella. Inclino brevemente el portátil hacia él y volvió a ponerlo como estaba.

Alban pareció sorprendido.

—¿Ahora hacen juegos que parecen hojas de cálculo? ¿Qué será lo próximo?

—Solo estaba revisando el estado actual de las finanzas del Grupo Wopuld —le explicó.

—¿Y cómo están esos entrañables viejos libros? ¿Todavía estamos en positivo?

—Tan positivo como la orina de un drogadicto en un test de drogas —espetó Kathleen, y le sonrió levemente sobre los cristales de sus gafas—. Bromeo. Es humor de contables.

—¿En serio? Bueno, me alegra saber que existe.

—En fin, aún somos solventes.

—Mejor para que Spraint nos devore con fruición.

—Tú estás en contra —afirmó la tía Kath, más atenta a la pantalla que a él—. Pensaba que lo estarías, lo había oído.

—Bueno, si dependiera únicamente de mí estaría completamente en contra, pero tal como están las cosas, solo quiero que la gente tome la decisión correcta. Que abra los ojos, ¿sabes?

—Bueno, mis ojos están abiertos —Kath soplo a su taza de té para dar un sorbo a continuación. Dio un mordisco a su rollito de beicon.

—Y tú estás a favor de la venta —dijo Alban.

La tía Kath asintió momentáneamente hasta que hubo tragado.

—Sí, aunque no al precio que nos están ofreciendo ahora mismo —contestó—. Y

mis once mil acciones hablan algo más alto que tus... —Presionó unas cuantas teclas. Una de sus cejas se elevó—. Cien —dijo—. Bien, eso es lo mínimo que se puede tener. ¿O acaso se te olvidó vender las últimas?

—Apego sentimental. Esas últimas cien son como uno de esos viejos bonos con premio.

—Estoy segura. Bueno, supongo que te dan entrada a la reunión de accionistas. He oído que quieres una oportunidad para instruir a tus tropas, más tarde. —Dio otro bocado a su rollito de beicon.

—Pensé que podría reunir a todo el mundo —aseguró Alban—, antes de la reunión general en sí. Ten en cuenta que todos jugamos al mismo juego, ¿sabes? Quiero decir; aunque no lo haremos, deberíamos establecer las diferencias. Además, yo no sería el único que hablase. Cualquiera puede. Tú podrías hacerlo, Kath. Podrías defender la postura a favor de la venta.

—No tengo tu carisma, Alban —apuntó la tía Kath, más o menos inexpresiva.

—Bien, pues alguien lo tiene —replicó él— y quiero que me lo devuelva. —La tía Kath le miró. Él sonrió ampliamente—. Humor de ex trabajador forestal.

—No me digas. —La tía Kath devolvió su atención a su rollito de beicon y su té. Alban se puso de pie.

—Bueno, dejaré que lo pienses —le dijo. Mientras se volvía para marcharse, la tía Kath miró su reloj—. Tres minutos enteros en la cocina y ni un chiste de contables «chorizos» —espetó—. Enhorabuena.

Alban miró hacia atrás, pero no hizo más que un gesto tan elegante como pudo, y se fue.

Sophie llegó la primera, viajando en taxi desde Inverness. Alban, quien deambulaba por el vestíbulo en ese momento y lanzaba miradas ocasionales a través de la puerta principal, esperando ver llegar raudo al Forester rojo por el camino, fue el primero en salir hacia el taxi, luchando por controlar un paraguas contra la ráfaga de viento y lluvia que caía sobre la variada arquitectura de la casa, desde varias direcciones. Según la tía Lauren, esas tareas de portear maletas y sujetar paraguas deberían ser realizadas por algunos de los niños mayores, pero entretanto, estos habían conseguido escabullirse. Alban estaba tan ocupado tratando de evitar que el paraguas no se diera la vuelta mientras abría la puerta del taxi, que no se dio cuenta de quién era el pasajero hasta que no salió del vehículo.

—Vaya, Sophie. Hola.

—Hola Alban. —Sophie estaba tan rubia y delgada como siempre; llevaba puestos unos vaqueros y un jersey de cachemir blanco sobre una blusa rosa. Su pelo era perfecto, su rostro era idéntico al que tenía la última vez que la vio, su piel se veía impecable y sus ojos todavía eran, algo gratamente a su favor, del mismo verde brillante y fabuloso que siempre habían sido—. Gracias —dijo mientras Alban

sostenía el paraguas sobre ella. No hubo beso.

La acompañó hasta el interior de la casa (la tía Lauren se encontraba allí, ocupándose de las labores de bienvenida) y luego volvió al taxi a coger sus maletas. Él siguió a la tía Lauren mientras esta guiaba a Sophie a su habitación en la primera planta.

—Por Dios, no, aún no hay nada empaquetado —dijo Lauren en respuesta a una pregunta de Sophie mientras caminaban a lo largo del pasillo. Entonces Lauren pareció ponerse muy tensa y su cabeza hizo un amago de girarse, como si fuera a mirar a Alban—. Bueno, en realidad no, no, no es verdad —añadió apresuradamente—. Unas cuantas cosas ya han sido empaquetadas para la mudanza. Algunas, ah, cosas viejas. En fin, cosas apreciadas para la familia, con valor sentimental, algunas de ellas. ¡Ah! Hemos llegado.

—Muy bien —dijo Sophie. Se detuvo en el umbral.

—El baño es la tercera puerta a la izquierda —le informó Lauren.

Sophie parecía algo menos que impresionada de que no la hubieran instalado en una *suite*. Alban dejó sus cosas junto al armario y se volvió para marcharse mientras la tía Lauren aún estaba ruborizada, pidiendo disculpas por el clima y diciendo lo mucho que Win estaba deseando verla. Sophie extrajo su cartera. Empezó a buscar algo en su interior, entonces se contuvo, pareció avergonzarse y le lanzó una mirada de reojo a Alban, que hizo una leve inclinación de cabeza y se marchó.

Pasó el resto del día con una actitud similar, cerca del vestíbulo principal esperando ver el Forester, saludando a la gente, echando una mano con el equipaje, viendo a la gente en cuanto llegaba, lo cual estaba bien, aunque se sentía algo servil, explotado y ligeramente mareado todo el rato, diciéndose una y otra vez que estaba preocupado por V. G., pero sabiendo que tenía más que ver con la presencia de Sophie y la forma de la que lo había tratado. Cada matiz de los pocos minutos que habían pasado juntos pareció ocupar sus pensamientos, exigiendo atención, análisis y disección.

Ella ni siquiera había empezado por besarle, ni se le había pasado por la cabeza. Ni siquiera le había estrechado la mano. Le había saludado con un gesto. Había dicho: «Hola, Alban», y nada más. ¿Y realmente había estado a punto de darle una propina? Había sacado su cartera. ¿Por qué? Ya le había pagado al taxista. ¿Realmente (acababa de llegar, puede que estuviera un poco distraída, posiblemente incluso algo nerviosa, quizá por su presencia) había estado a punto de ofrecerle dinero para agradecerle que hubiera cargado con su equipaje? ¿Qué decía eso sobre sus sentimientos subconscientes hacia él?

—¡Cariño! ¡Oh, eres tan amable! —espetó Leah mientras Alban la acompañaba hasta el interior de la casa. Él la rodeó con un brazo para mantenerla bajo la protección del paraguas. El viento introdujo ráfagas de lluvia entre sus piernas durante el corto trayecto hasta el porche y el vestíbulo.

—Alban —dijo Andy y, sosteniendo una bolsa de viaje, le estrechó con un solo brazo.

Tras Andy y Leah, continuó llegando la mayoría del resto de familiares con cierta rapidez; Tessa, la mujer del primo Steve, su hijo Ruñe, su pareja, Penning y el bebé, Hannah; su hermana Cory y su marido, Dave, y sus hijos Lachlan y Charlotte; la prima Louise y su hermana Rachel con su marido, Mark, y sus hijos Ruth ven y Foin, y la corpulenta y esplendorosa gemela de la tía Linda, Lizzie (inesperada e increíblemente acompañada de un hombre, el señor Portman, que por supuesto, requería alojamiento. Alban intuyó problemas para Haydn).

Fielding llegó con Beryl y Doris después del almuerzo.

—Alban, querido, ¿estamos al norte de Aberdeen? —fue lo primero que dijo Beryl cuando la ayudó a salir del Mercedes.

—Un poco al norte y hacia el oeste —respondió Alban, dándole un beso y luego a Doris, mientras trataba de mantener secas a ambas bajo el mismo paraguas y darles cobijo hasta la puerta principal.

—¿Pero no en el Círculo Polar Ártico? —inquirió Doris.

—Pues no —contestó Alban, entre risas.

—¿Lo ves? —le dijo Doris a Beryl—. ¡Te lo dije!

—Yo nunca dije que estuviéramos en el Ártico, dije «articulado». Que adelantamos a un camión articulado. Un furgón —aclaró Beryl, exasperada—. Por el amor de Dios, adelantamos a un camión islandés; eso no significa que estemos en la maldita Islandia.

—Pero yo te dije... —replicaba Doris, olvidadiza, mientras Alban dejaba agradecido a las viejecitas en manos de la tía Lauren.

—Gracias, Al —le dijo Fielding una vez que las bolsas estaban fuera del maletero, en el vestíbulo principal. Le dio las llaves a Alban y se volvió para abrazar y besar a la tía Lauren.

Obviamente, Fielding esperaba que Alban aparcara el Mercedes, cosa que hizo debidamente, sacudiendo su cabeza hacia Fielding y a sí mismo y (en su imaginación) no aparcando el coche en absoluto, sino llevándolo al norte para buscar algún signo del Forester rojo o de mujeres alpinistas solitarias.

El viento consiguió finalmente darle la vuelta al paraguas y quitárselo de las manos cuando salía del coche de Fielding tras aparcarlo detrás de los cobertizos más allá del ala norte. Empezó a perseguir el paraguas, luego se dio por vencido cuando un potente golpe de viento lo elevó (ya estaba completamente roto, con dos varillas fatalmente dobladas) y se fue volando sobre el viejo almacén de carbón y más allá, hacia los árboles que se alineaban junto a la boca del lago Garve. Se rindió y paseó hasta la casa, bajo la lluvia. Las puertas laterales por las que trató de regresar estaban cerradas y terminó teniendo que dar la vuelta hasta la entrada principal, empapándose durante el trayecto.

Justo al llegar, dos taxis monovolúmenes hicieron su entrada y descargaron a un

puñado de personas altas, bien vestidas y aseadas. Alban supuso que eran los ejecutivos de Spraint. Las tías Lauren y Kathleen, y el marido de ésta, Lance, más Gudrun, el asistente legal, salieron con paraguas para recibirles.

Alban, quien, empapado de la cabeza a los pies, se dirigió hacia su habitación compartida con la cabeza gacha para cambiarse de ropa, apenas recibió un segundo vistazo.

La cena fue copiosa pero no formal; Alex, el cocinero, dispondría del personal de cocina y los camareros del hotel Sloy para ayudarle a preparar las cenas de las dos siguientes noches, pero para la de hoy había preparado un *buffet* con tan solo un par de ayudantes. La gente escogía su sitio de entre una docena de mesas repartidas a través de la extensión del comedor.

El lugar hervía con el ruido de los miembros de la familia que no habían mantenido una conversación apropiada en años, intercambiando cotilleos y noticias. Alban se sentó junto a Andy y Leah, Cory y su familia. Se puso al día con Cory, quien ahora trabajaba para Apple y estaba muy emocionada con algunos asuntos en preparación de los que no podía hablar en absoluto, y charló con su marido, Dave, un químico industrial y un tipo bastante simpático, aunque con una desgraciadamente inagotable fuente de historias acerca de pinturas, pigmentos, compuestos volátiles y acabados.

—No dije nada que pudiera haberte molestado, ¿verdad? Me refiero a cuando estuvimos hablando de Irene la semana pasada —explicó Andy. Levantó su vaso entre Alban y él—. Ya sabes, probablemente no debería decir nada cuando llevo alcohol en el cuerpo. Siempre me preocupa el haber podido ofender a alguien. Es la lacra de mi vida.

—Por supuesto que no —respondió Alban—. De todas formas, fui yo quien sacó el tema. Creo que ambos necesitábamos un trago antes de poder afrontarlo.

—Dios no quiera que un par de tipos puedan hablar sobre asuntos sentimentales cuando están lo bastante sobrios para darle sentido —esgrimió Andy, arrepentido. Dejó escapar un suspiro—. Pero todavía me preocupa siempre el haber ofendido a alguien.

—Te preocupas demasiado sobre ese tipo de cosas, papá.

—*Hmm.* —Andy no parecía muy convencido.

—¿Recuerdas aquella vez después de regresar de mi viaje alrededor del mundo? Fue más o menos una semana antes de irme a la universidad. Estábamos sentados en el jardín. Hacía mucho calor. Nos bebíamos unos Pimm's y mencioné haber visto a Blake en Hong Kong y cómo me dijo lo de, «Mira siempre hacia el número uno. Sé egoísta».

—Vagamente —afirmó Andy.

—Hablamos sobre el hecho de que algunas personas fuesen egoístas y otras no lo

fuesen, y de la diferencia entre la gente de derechas o de izquierdas. Tú decías que todo se reducía a la imaginación. La gente conservadora no suele tener mucha, así que encuentran difícil imaginar cómo es la vida para la gente que no es como ellos. Solo pueden empalmar con personas exactamente iguales; del mismo sexo, la misma edad, la misma clase social, el mismo club de golf, nación, raza o cualquier otra cosa. Los liberales son muy capaces de empalmar con cualquiera, sin importar lo diferente que sea. Todo es cuestión de imaginación; empatía e imaginación son casi la misma cosa, y es la razón por la que los artistas, gente creativa, son casi todos liberales, con tendencias izquierdistas. La gente con la cabeza cuadrículada (gente de negocios) no tiene esa clase de imaginación; lo dirigen todo a contemplar las oportunidades de negocio, identificar huecos en el mercado, localizar las debilidades en los rivales. Blake y Win, y unos cuantos más de nuestra familia, eran de ese tipo, según dijiste. Que era justo su forma de ser.

—¿De verdad dije yo todo eso? —inquirió Andy, frunciendo el ceño.

—Sí, lo hiciste —le respondió Alban—. La cuestión es que, me resultó verdaderamente práctico, ordenaba un montón de piezas que había mezcladas en mi cabeza, pero luego te pasaste la siguiente media hora o así disculpándote, diciendo que no querías criticar a la familia. Casi me olvido de lo que dijiste en primer lugar.

Andy se encogió de hombros con una sonrisa.

—Lo siento. Siento haberlo sentido.

Alban le devolvió la sonrisa sacudiendo su cabeza.

—Da igual —dijo Andy—. Volviendo a ese tema de Beryl. ¿Descubriste algo más? —Dio un trago de su vaso.

—No —contestó Alban—. No lo hice. —Miró hacia la mesa donde Win estaba sentada con la tía Kathleen, el tío Kennard y los dos ejecutivos de Spraint junto a sus asistentes—. Supongo que podría preguntarle a la Yaya.

Andy tosió.

—Disculpa. Sí, supongo.

—Bueno, ella estaba allí por entonces, en Londres. Podría saber algo.

—Sí, creo que deberías hablar con ella. Ten en cuenta que este fin de semana tendrá otras cosas en su cabeza. Al igual que todos.

—Sí, bueno, todos hemos cruzado ya algunas palabras este fin de semana. Aunque no sobre eso.

—He traído algunas flores —afirmó Andy silenciosamente, mientras se apartaba un poco de Leah.

—¿Flores? —preguntó Alban.

—Para Irene —aclaró Andy, casi en un susurro—. Pensé que podría arrojarlas donde murió, quizá mañana temprano, dispersarlas sobre el agua. ¿Qué me dices? ¿Te gustaría venir?

Parte de Alban quería decir: «No, prefiero hacer cualquier otra cosa que ir a donde ella murió; con o sin ti, Andy, porque significa jodidamente demasiado para

mí».

Naturalmente, lo que dijo fue:

—Claro, por supuesto, Andy. ¿Tal vez después del desayuno?

—Sí, buena idea —aceptó Andy amablemente—. Buena idea. Le dio unas palmaditas a Alban en el brazo.

—Bien, señor, ¡será mejor que rece por que no haya Dios!

Alban se quedó mirando al tipo.

—¿Qué? —preguntó.

De alguna forma, en el salón, después de la cena, se metió en un debate teológico con el tal Anthony K. Fromlax, vicepresidente de Fusiones y Adquisiciones de Spraint Corporation, Sociedad Anónima bajo las leyes del estado de Delaware, en los Estados Unidos de América. Incluso llamarlo debate teológico era dignificarlo un poco; básicamente estaban en desacuerdo acerca de la verdadera existencia de Dios, de grupos de dioses y, en general, aquellos conocidos como seres superiores. Tony Fromlax era un tipo alto, musculoso, de aspecto ágil que tenía más o menos la misma edad que Alban y unos ojos grandes y entusiastas. Un corte de pelo puntiagudo atribuía un aspecto ordenado al cabello rubio revuelto. Tenía un título en física, así como un MBA y Alban había esperado a medias, cuando Win les presentó, que hubiera demostrado ser uno de esos americanos que no había encontrado la fe. Eso había resultado ser una vana esperanza.

No se trataba de que Alban fuera buscando ese tipo de discusiones, sino que siempre parecía topar con ellas. La gente decía algo que hacía evidente que habían establecido una asunción completamente errónea, o sobre Alban o sobre su forma de ver el mundo, y él parecía ser incapaz por naturaleza de dejar pasar esas cosas, de tratarlas como algo embarazoso y evitarlas o, aún mejor, ignorarlas; siempre tenía que volverse y recogerlas, examinarlas, agitarlas, preocuparse por ellas, convertirlas en el tema principal y exigir una explicación. En este caso se trataba de Tony, preguntándose en voz alta dónde podrían llevar a cabo la misa del domingo. A partir de eso había desarrollado toda una vertiginosa avalancha de argumentos, afirmaciones, contraafirmaciones y tonterías.

—¿Rezar por que no haya Dios? ¿Estás oyendo lo que...?

—Lo siento por ti, Alban, por tu orgullo y tu arrogancia, que no te permiten ver que Jesús intenta llegar hasta ti, que El podría ser tu amigo, tu salvador, si tan solo escucharas. —Tony se inclinó hacia delante en el sofá con las manos extendidas delante de él, estirándolas—. No hay forma de que puedas tener razón, pero incluso si la hubiera, piensa qué lugar tan horrible sería el mundo sin que nos guiara la Palabra de Dios. Eso es lo que...

—Oye, Tony, ¿qué tal por aquí? Esto parece muy animado. Hablando de cotizaciones, ¿no? —Era Larry Feaguing, vicepresidente sénior de Fusiones y

Adquisiciones, le dio una palmada en el hombro a Tony y tomó asiento junto a él en el sofá. Feaung era un tipo fornido, no mucho más bajo que Fromlax, unos veinte años mayor, con un atractivo pelo oscuro. Lucía un profundo e intenso bronceado que Alban ya imaginaba diluyéndose visiblemente bajo la suave luz del octubre escocés. También poseía una voz profunda e intensa que usaba con buenos resultados—. ¿Qué tal lo lleváis, chicos? —preguntó—. ¿Todo bien?

—El señor McGill cree que descendemos del mono y que los cristianos no somos mejores que los musulmanes —informó Fromlax a su jefe, que al menos tuvo la decencia de parecer dolido.

—O los judíos, para ser justos —razonó Alban mientras los ojos de Fromlax se abrían como platos—. Yo soy ateo, señor Feaung —añadió volviéndose hacia el otro tipo—. Trataba de explicarle a Tony, aquí presente que, tal como yo lo entiendo, el judaísmo, el cristianismo y el islamismo ni siquiera parecen religiones distintas, tan solo diferentes cultos dentro de esta única, grande, loca y misógina religión fundada por un esquizofrénico que oía voces ordenándole matar a su hijo. Y desde luego que creo más en la evolución que en la magia. También defiendo la teoría de que los relámpagos no son descargas de rayos divinos.

—Bueno, supongo que las creencias de un hombre son asunto suyo —afirmó Feaung, mirando a ambos hombres por turno—. Lo más importante es ser capaces de hablar, de llegar a acuerdos, cuando los acuerdos son posibles.

—Lo más importante es vivir en paz —adujo Alban, esperando que sonara como si estuviera de acuerdo; aunque no pretendía que así fuera.

—Tony —dijo Feaung situando una mano entre los omóplatos del joven ejecutivo—, ¿podrías hablar con el señor Percy Wopuld...?

—Es Schofield —corrigió Alban—. El tío Perce no fue de la familia hasta casarse.

—Schofield, por supuesto, le pido disculpas —admitió Feaung, asintiendo y levantando una mano mientras sonreía a Alban y después a Fromlax—. Percy es el gestor de Marcas. ¿Ves al tipo de las gafas que hay allí, sentado junto al fuego con Winifred? Tiene algunas preguntas. —Feaung palmeó la espalda del joven—. ¿Podrías hacerlo?

—Por supuesto —contestó Fromlax y, con una última mirada hacia Alban, en parte sombría y en parte compasiva, se levantó, retiró su portátil de la estrecha mesa tras el sofá y fue hacia el grupo de personas que estaban reunidas alrededor de la chimenea.

Feaung observó a Fromlax unirse a ellos.

—Su abuela es una dama muy especial y extraordinaria —le confesó a Alban.

—Oh, es un monstruo —afirmó Alban. Pensaba que no se le daba nada mal ese juego de simular estar de acuerdo.

—Tendrá que perdonar a Tony —dijo Feaung—. El chico se toma su religión muy a pecho. —Sonrió ampliamente. Llevaba puestos unos pantalones, una camisa y

un jersey, y sostenía un vaso de güisqui con hielo—. Hay que hacer concesiones con algunos de estos jóvenes, darles un poco de margen. —Levantó una mano—. No es que sea más joven que usted, señor McGill. Pero ya sabe a lo que me refiero.

—Por supuesto.

—Yo —espetó Feauing, señalándose el pecho con su vaso de güisqui—, soy un devoto capitalista.

—Por favor, llámeme Alban; después de todo, Tony y yo nos estábamos tuteando y estábamos a punto de darnos de puñetazos.

Feauing sonrió, reclinándose.

—Tengo entendido que has estado defendiendo que la empresa familiar permanezca con la familia —le contó. Levantó una mano como si fuera a sujetar algo—. Solo quiero decir que te comprendo perfectamente. En tu situación, yo también tendría sentimientos enfrentados.

Alban pensó en decirle que sus sentimientos no estaban enfrentados, estaban totalmente en contra de la venta, pero supuso que aquello no era estrictamente cierto, así que no lo dijo.

—Es una gran decisión —aseguró Feauing, inclinándose hacia delante, sosteniendo su vaso entre ambas manos con aire pensativo. Asintió, también de forma reflexiva—. Y conozco y respeto lo que tu familia ha hecho con la herencia que representa ¡Imperio! y los demás juegos. Es un historial para estar orgulloso. Tu familia debería estarlo.

—No ha habido muchos pecados que esta familia no haya disfrutado al máximo —replicó Alban—. Dudo que hayamos pasado por alto el orgullo.

Feauing volvió a sonreír, mostrando unos dientes muy blancos.

—Ahora mira, estoy aquí para cerrar el trato, obviamente. —Sus manos se extendieron—. Pero quiero hablarte de la actitud corporativa de Spraint, de nuestra forma de trabajar, nuestra filosofía. Te he dicho que me llames Larry, ¿verdad?

—Sí, lo has hecho —dijo Alban—. Larry, tú quieres comprar la empresa familiar porque crees que ganarás más dinero poseyendo lo que es nuestro, en lugar de teniendo solo una concesión. Por lo tanto, se convierte en una cuestión de cuántos de nosotros valoramos nuestra propiedad por encima de la que resulte ser tu oferta final. No veo dónde entra aquí la filosofía.

Larry, que parecía molesto, se rascó detrás de la oreja.

—Bien, hemos hecho nuestra mejor oferta —aseguró. Alban ni siquiera se molestó en cambiar su expresión—. Pero, en fin —prosiguió Feauing—, quiero que entiendas que soy sincero en esto, Alban. No te pases de cínico, por favor. Las compañías diferentes hacen negocios de forma diferente. Si eso no fuera verdad, tu familia no habría cosechado semejante éxito a lo largo del último siglo, e incluso después. Si no fuera verdad, entonces no habría ganadores y perdedores, tan solo todo el mundo haciendo lo mismo y la vida no es así. En Spraint creemos en el largo plazo, creemos en el compromiso, creemos en valores compartidos. No se trata solo

de dinero.

—Creía que teníais el deber de incrementar el valor del accionista.

—En efecto. Pero existen tantas formas de hacer eso, una vez que incluyes todas las variables, como las hay de, bueno, digamos, mejorar la educación. ¿En qué clases quieres matricularte? ¿En qué piensas invertir? Ambas son preguntas aparentemente sencillas, y ambas con respuestas infinitamente complejas.

—Pero sigue siendo una cuestión de dinero.

—¿Sabes una cosa? —preguntó Larry reclinándose en su asiento, con el ceño fruncido—, esto puede sonar algo extraño, pero en cierta forma el dinero es irrelevante.

—¿De verdad? —Alban abrió sus ojos de golpe.

—Lo que quiero decir es que tan solo es una forma de tanteo. Igual que en un partido de fútbol. El marcador y los números que aparecen en él son solo cosas. Lo que importa es lo que esos números compran, lo que consiguen para ti; no los números en sí.

—Ojalá fuera economista —espetó Alban—, podríamos discutirlo apropiadamente.

—Lo que importa es cómo se siente la gente —continuó Feaguing—. ¿Se siente bien la gente teniendo un montón de dinero en el banco, o en acciones? ¿Se sienten mejor teniendo una Harley, o un Lexus, o un yate, o un *jet* privado? ¿Cuántos de ellos puedes usar? ¿Se sienten mejor al relacionarse con una compañía que simplemente intenta darles las cifras para comprar el mismo tipo de trastos que podrían adquirir con acciones en cualquier otra compañía o, y aquí está la clave, se sienten mejor invirtiendo en una compañía que comparte los valores que ellos mismos tienen? Valores de compromiso a largo plazo para proyectos que merecen la pena, el valor real de la excelencia para su propio beneficio, un compromiso a largo plazo demostrado con obras de caridad extensivas, una fe en el futuro de la ciencia y la tecnología aliadas con un reconocimiento de la básica necesidad humana de diversión, juegos y todas las lecciones enriquecedoras para la vida que los mejores escenarios y juegos son capaces de proporcionar.

Alban tomó asiento mirando a Larry Feaguing. Tenía las piernas cruzadas, un codo sobre la rodilla y la barbilla sobre el puño, y la clara impresión de estar escuchando una versión regurgitada y ligeramente variada de un discurso más coherente, e indudablemente más inspirador del que Feaguing había sido el receptor. Alban meneó su cabeza.

—Bueno, dicen que Europa y América del Norte están alejándose continuamente entre ellos. Espero que no hayan escatimado con esos cables transatlánticos.

Larry se reclinó y pareció sentirse molesto una vez más.

—Alban, solo estoy tratando de decirte que las compañías tienen carácter, al igual que las personas, y yo me siento orgulloso del carácter de Spraint Corp. No es una sarta de gilipolces. Disculpa, pero lo digo sinceramente. Nos descubrimos ante lo

que habéis hecho con ¡Imperio! y los demás juegos y creemos ser unos dignos herederos de ese legado. Tu familia ha realizado cosas maravillosas con esos juegos en el pasado. Juntos, hemos hecho cosas maravillosas con las distintas propiedades durante los últimos seis años, pero creemos que existe un potencial aún mayor en los títulos, algo que estamos seguros de poder alcanzar tan solo si se nos concede el privilegio de coger el timón.

Alban se encogió de hombros.

—No estoy diciendo que no seas sincero, Larry. Pero definitivamente, por supuesto, todo es una cuestión de dinero.

Feauing sacudió la cabeza.

—Ojalá pudiera hacerte pensar lo contrario, Alban; de veras.

—Puede que ambos estemos enfocando mal este asunto —sugirió Alban—. Puede que tengas razón acerca del carácter y los principios de Spraint Corp., pero le atribuyes al clan Wopuld demasiado respeto por sus creencias y su carácter colectivo. Puede que lo único que nos interese sea el dinero.

—¿Eso es lo que realmente crees, Alban? —inquirió Feauing silenciosamente.

Alban miró alrededor de la sala, a sus muchos, muchos parientes; a esa dispersa aunque, por ahora (y brevemente) reunida familia, a la que había amado, odiado y servido, de la que se había exiliado y con la que, durante tanto tiempo había convivido, y a la que todavía, en ocasiones amaba y odiaba a medias, y entonces volvió a mirar a Feauing con una ligera sonrisa.

—No lo sé —afirmó—. Pero yo en tu lugar lo consideraría una buena hipótesis inicial.

Alban descubrió que Fielding roncaba. De forma tan ruidosa que acabó teniendo que ir al cuarto de baño a fabricar un par de pequeñas bolitas de papel higiénico y usarlas como tapones para los oídos. Después estuvo tumbado durante un rato, despierto, pensando en V. G., preguntándose dónde estaría reposando su despeinada cabellera aquella noche, cómo estaría durmiendo. La lluvia y el viento apenas habían amainado en todo el día.

Un golpe de viento que se impuso a los ronquidos de Fielding y atravesó los improvisados tapones de los oídos, sacudió la estructura de las ventanas.

Luchaba por abrirse camino a través de la corriente de agua ascendente, golpeada aquí y allá por el viento y la lluvia. Había alguien allí abajo, alguien delante de él, alguien que había caído en la fuerte corriente delante de él. La había visto marcharse y luego comprendió que tenía que salvarla, de modo que él también se arrojó, pero entonces el agua no se lo permitió, retrocediendo donde él se encontraba, Huyendo en dirección contraria, arrastrándole río arriba de forma que

tuvo que luchar contra ello y forzar su camino hacia abajo.

—¡Alban!

La voz sonó lejana, bajo el agua. Durante unos segundos creyó que podría ser ella, pero no lo era. Era demasiado profunda.

—¡Alban!

Se despertó enmarañado en sábanas húmedas, como si la corriente contra la que había estado luchando hubiera aparecido de repente, coagulándose a su alrededor en una forma sólida y retorcida.

—¿Te encuentras bien? —Era Fielding.

Alban se dio cuenta de que estaba en Garbadale, en una cama individual, compartiendo la habitación. Extrajo uno de sus taponos para los oídos, se aclaró la garganta y se pasó una mano sobre el sudoroso rostro.

—Perdona, sí. —Pateó las sábanas y liberó una pierna atrapada, sacándola al fresco—. Discúlpame.

—¿Una pesadilla? —preguntó Fielding; ahora su voz sonaba normal, no surgía del interior del agua.

—Algo así. —Alban miró a su alrededor. La habitación estaba sumida en una perfecta oscuridad. No podía ver nada. Giró la cabeza y miró hacia la mesita de noche, tan solo para ver la luz aguamarina en las agujas de su reloj, flotando en la sombra como el rostro de un diminuto e insistente fantasma.

—Eso parecía —comentó Fielding.

—Perdona si te he despertado.

—Da igual. Intenta volver a dormirte. No más pesadillas.

—Claro. Gracias. No más pesadillas.

Después de eso se quedó tumbado despierto durante un buen rato, contemplando el invisible techo mientras escuchaba el viento y la lluvia y trataba de recordar quién era la persona a la que intentaba rescatar.

El desayuno fue de nuevo un asunto desordenado y prolongado. Alban pasó un par de horas en el comedor, tomando un largo y tranquilo desayuno y hablando con la mayoría de la gente con la que no había podido hacerlo hasta ahora. Tenía la impresión de que muchas de esas personas daban por hecho que todos los demás aprobaban la venta, mientras que ellos no, pero esperaban perder la votación. Un número sorprendente estaba en contra de la venta incondicionalmente, o eso decían.

El tiempo empezaba a mejorar, y algunos de los adultos hablaban de formar una partida de caza tras el almuerzo, para buscar algunas ciervas. Otros individuos ya se encontraban dispuestos a pasar la mayor parte del día delante de la gran pantalla de plasma, en el salón del televisor, viendo deportes. Andy llegó tarde al desayuno, miró hacia la persistente lluvia y sugirió que mañana podría hacer un mejor día para que Alban y él esparciesen las flores en el lago. Alban estaba de acuerdo.

Por la tarde se organizó una búsqueda del tesoro en los jardines, para aquellos niños que no pensarán que ese juego era demasiado infantil para ellos. Alban colaboró en la preparación del juego durante la hora posterior a su dilatado desayuno, escondiendo premios e instrucciones, la mayoría de ellos protegidos en envases de plástico de la cocina, entre los árboles, arbustos y en el césped del jardín, todo siguiendo un plan trazado por la tía Lauren.

Deambuló un poco, visitando partes del jardín que no formaban parte de la búsqueda del tesoro, examinando las coníferas, el arboreto y el viejo huerto amurallado, sus invernaderos hacía tiempo desvanecidos, tan solo presentes en la forma fantasmal de sus huellas en los muros y los conductos para las tuberías de los braseros que calentaban las plantas durante el invierno.

Ahora la lluvia casi había cesado, el viento cambiaba, soplando claramente desde el noroeste. Paseó bajo los árboles delgados y altos que recordaba de anteriores visitas (varios pinos y abetos, amén de unas cuantas cicutas del oeste y secuoyas) dejando que las pesadas gotas de lluvia filtradas por la hojas cayeran sobre su rostro. Pensó que había demasiadas zonas invadidas por rododendros. Aquel lugar era ideal para ellos; suelo ácido y con turba, lluvia en abundancia; aunque necesitaba un repaso.

Se encontraba rodeado por los indicios del otoño; las hojas cambiaban de color, los árboles de hoja caduca comenzaban el proceso de exteriorizar su naturaleza interior, volviendo sus hojas amarillas, luego rojas, marrones, y dejándolas caer.

Regresó a la casa mientras se extinguían las últimas gotas y el cielo azul aparecía entre las montañas del noroeste. La temperatura había bajado un par de grados, pero aún era templada.

Sophie se encontró con él en el guardarropa mientras se quitaba la chaqueta.

—Alban, ¿quieres venir a pescar conmigo?

—¿A pescar? —preguntó—. ¿Dónde, en el lago Garve?

—Claro. ¿Te apetece? —inquirió. Llevaba puestas unas gruesas botas negras, vaqueros negros, una camisa verde a juego con sus ojos y un jersey gris. Estaba cruzada de brazos, apoyando su espalda contra la pared junto a la puerta que daba entrada al resto de la casa, con una pierna levantada detrás de ella.

—Entonces, ¿no vas de caza? —le preguntó él.

—No soy muy aficionada a las armas —respondió—. Además, en casa me he aficionado a la pesca. Le he preguntado a tu amigo Neil McBride y me ha dicho que conoces el lago muy bien, y que podrías llevarme si te lo pidiera amablemente.

—Bueno, él es el auténtico experto —contestó Alban mientras colgaba su chaqueta—. Pero tengo cierta idea de cuáles son los mejores sitios; en fin, los que Neil me ha comentado. ¿Viene alguien más?

—Solo nosotros. —Sonrió—. ¿Te parece bien?

—Por supuesto que sí —afirmó. Miró su reloj; casi era mediodía—. Dame media hora para preparar las cosas. ¿Quieres comer antes de marcharnos o nos llevamos el

almuerzo al lago?

—Prepararé algo de comida para llevarnos. Neil nos está escogiendo un bote.

—Bien por él. Tendremos que volver como muy tarde a las cinco, ¿de acuerdo?

—Claro.

Alban se rascó la nuca.

—Estaremos fuera durante varias horas en un pequeño bote; sugiero una parada en el baño antes de partir.

—Sí, mi capitán.

—Entonces ya está.

—Ya está.

Neil había puesto en marcha el motor del bote y les esperaba en el embarcadero.

—Tenéis el depósito lleno —le dijo a Alban—, y hay una lata de combustible bajo el asiento de proa, aunque no deberíais necesitarlo. Ya está mezclado, pero si tienes que usarlo, dale un buen meneo antes de echarlo. El embudo está en la cajita, bajo el asiento de ahí detrás, con el resto de cacharros.

—Gracias, Neil. —Alban subió a bordo y comenzó a guardar el equipo de pesca en el pequeño bote. Sophie llevaba una de las cañas, una mochila de pesca y la nevera portátil con la comida.

—La predicción del tiempo es buena —les comentó Neil—. Despejado. El viento seguirá igual o se enfriará un poco. De un tres a un cuatro.

—¿Eso es todo? —espetó Alban—. Es una calma pasmosa para ser el lago Garve.

—¿Quieres una sugerencia?

—Claro.

—Probad en Eagle Rock, debajo de Meall an Aonaich. ¿Conoces esa parte?

—¿Casi en el nacimiento?

—Sí, señor, a un par de kilómetros de aquí. Hay una boya junto a la orilla entre los ríos. Amarra allí y echa la mosca a las truchas. La corriente de los ríos las empuja en esa dirección después de las lluvias fuertes. Si el agua está muy picada y eso no funciona, he puesto un par de cañas pequeñas para los señuelos.

—De acuerdo. —Alban se volvió hacia Sophie mientras esta le acercaba lo que había llevado—. Hay un buen trecho hasta allí, pero supongo que no tardaremos más de dos horas.

—Por mí, de acuerdo —repuso ella. Sophie llevaba puesta una chaqueta azul oscura sobre lo que vestía antes, cubierta por un chaleco de lona impermeable con múltiples bolsillos. Neil la ayudó a ponerse un delgado chaleco salvavidas autohinchable; luego ella levantó una mano y Alban la sujetó mientras subía a bordo con una larga zancada para llevar el pie hasta el centro de las tablas del fondo.

—Bueno, divertíos —les dijo Neil.

—Hasta la vista —respondió Alban.

—Gracias otra vez —añadió Sophie—. Espero que la caza vaya bien.
—Sí, para todos menos para el ciervo —contestó Neil mientras soltaba el bote.

El lago Garve tenía más o menos veintiséis kilómetros de largo y nada más que dos de ancho. Con cerca de doscientos metros en algunos lugares, era más profundo que el Mar del Norte; un lago interior de abruptas orillas rodeado y cercado por altas montañas y con forma de «pata trasera de chuchó», según Neil McBride.

Se dirigían hacia el sudeste con el viento a sus espaldas, en el fino bote contrachapado cuyo pequeño motor de cuatro caballos y dos tiempos zumbaba en la popa. A pesar de no necesitarlos por la temperatura, Alban se puso un grueso guante de esquí sobre la mano con la que manejaba la palanca del acelerador del motor. Esos viejos motores de dos tiempos eran unos trastos que vibraban y traqueteaban con fuerza.

—¿Puedes ponerte al otro lado? —le preguntó a Sophie, elevando su voz sobre el ruido del motor—. Así vamos más equilibrados. De todas formas es difícil hablar con el ruido de esta cosa. —Palmeó la palanca del motor. La manija de la cuerda de arranque sobresalía un poco; la introdujo por completo en la carcasa del motor—. Podemos cotillear todo lo que queramos una vez que hayamos atracado y el motor esté detenido.

—Bien —contestó ella. Se movió hacia la proa, manteniéndose agachada, con cuidado de no pisar sobre los remos y barras del fondo del bote, levantando las piernas sobre el asiento de la crujía y ocupó el pequeño asiento que sobresalía en el ángulo de proa, volvió la mirada hacia él, intercambiaron una sonrisa, y luego la apartó, mirando hacia delante, hacia el lago y las montañas que se extendían ante ella.

Él observó el tejido de sus vaqueros ceñirse y ajustarse a su delgado y menudo trasero al realizar la maniobra.

¿Era todo aquello tan solo lo que parecía ser? No lo sabía. Estaba contento de estar con Sophie, y ella parecía verdaderamente interesada en la pesca y puede que esa fuera en parte su forma de hacerle saber que ahora estaban en paz, que podían ser amigos, aunque no fueran íntimos... Aun así, se había sorprendido cuando ella le había propuesto esta pequeña excursión, sospechando casi al instante. Daba por hecho que Sophie era uno de los votos más seguros a favor, un «sí» asegurado. Casi con toda probabilidad votaría por la venta a Spraint, incluso aunque ella trabajaba en la sección estadounidense del negocio familiar y no tenía un puesto asegurado con Spraint si se materializaba la venta.

Por lo que Alban sabía, Sophie era buena en su trabajo como agente enlace de venta al público, incluso aunque él nunca había sabido exactamente lo que significaba ese puesto. De ser Larry Feaguing, habría mantenido una conversación con ella, asegurándole que tendría un puesto en Spraint. Por supuesto, sin poner nada por escrito, o cumplir la promesa necesariamente.

¿Trataría ella de persuadirle para que no hablase en el encuentro antes de la reunión general extraordinaria? ¿Tendría en mente intentar cambiar lo que ella, o quien la hubiera metido en esto, pensaba que se disponía a decir? Miró a través de las olas del lago que impactaban contra el casco, y a la lejana y oscura inmensidad de la montaña Ben More Assynt surgiendo ante su vista al doblar el costado de una colina cercana; ambos picos aparecían al tiempo que la masa de nubes se elevaba. O quizá, pensó, estaba siendo demasiado suspicaz.

Volvió a pensar en V. G., puede que ahora por fin estuviera escalando en seco. Sabía exactamente lo que ella le preguntaría. ¿Qué es lo que realmente quería él? ¿Qué es lo que realmente intentaba conseguir?

Vaya, ¿cómo demonios iba a saberlo? Él quería ser feliz, pero ni siquiera sabía con quién quería ser feliz, o al menos si realmente necesitaba a alguien a su alrededor para serlo. ¿Por qué iba a saberlo? Nadie más parecía saberlo y, si lo sabían, no actuaban siguiendo una lógica sensata. Él deseaba paz y amor y toda esa mierda para el jodido mundo entero y se podía imaginar que ese tipo de deseo ocuparía de forma justa un lugar cercano al primero en la lista de deseos de todo el mundo, pero todo iba en la dirección contraria, descendiendo hacia un infierno de locura y barbarie, regresando a una adormilada e inmoral serie de crueles supersticiones y autoritarismos mutuamente intolerantes. La estupidez y brutalidad se veían recompensadas, la ilegalidad no era tolerada pero sí espoleada, la mentira funcionaba a la perfección y la tortura estaba justificada, incluso elogiada. Entretanto, el mundo entero se calentaba, preparándose para su caída.

Todo el mundo debería ser más listo. Nadie lo era.

Todos eran unos cabrones enloquecidos; nadie prestaba la más mínima atención a lo que era mejor para ellos, de modo que, ¿por qué diablos iba él a ser algo mejor o diferente?

Se removió en el asiento de madera acolchado. El pequeño motor giraba a gran velocidad, gastando el combustible. Se volvió para ajustar el mando de fricción del acelerador. Se dio la vuelta y miró la parte de atrás de la cabeza de Sophie, su limpio pelo rubio que llegaba hasta la altura de sus hombros, y que apenas se agitaba mientras el bote avanzaba casi al mismo ritmo que el viento a sus espaldas.

¿Qué era lo que pretendía ella? ¿Cuál era su meta?

Puede que la chica solo necesitara pasar un rato en buena compañía. Quizá quería pescar un poco y disfrutar de la tranquilidad de la vieja finca familiar antes de que fuera vendida. Quizá ni siquiera tenía nada que ver en absoluto con él o con su historia juntos; puede que fuera su manera de mostrarse sensata al ir con alguien que conocía el lago en lugar de coger un bote por su cuenta y riesgo. Aparentemente, el lago Garve no era más traicionero o complicado que cualquier otro lago interior, pero sería un lugar especialmente desagradable para meterse en problemas, ya que aparte de la zona baja, la del límite de Garbadale, para buscar ayuda, no existía otra casa o refugio, ni carretera o camino forestal en ambas orillas, tan solo un tosco sendero en

el lado nororiental, el cual era más o menos aceptable con una moto *quad* bien conducida o un *Argocat*. Incluso así era preferible no ir en un día como hoy, con múltiples zonas de vadeo atravesadas por arroyos y riachuelos incipientes tras las recientes lluvias.

Después de media hora doblaron un costado del Mullach y perdieron de vista la casa. Uno o dos minutos más tarde, Sophie se dio la vuelta hacia la popa del bote, todavía manteniéndose agachada. Alban observó cómo la proa se elevaba ligeramente, al ajustarse el bote a la nueva distribución del peso. Las olas habían crecido un poco desde que salieron de Garbadale, en parte debido a que habían abandonado la protección de los árboles y la ligera elevación donde la casa estaba construida, pero sobre todo porque el caudal era mayor; el viento disponía de un tramo de agua cada vez más grande en el que incidir, provocando gradualmente unas olas más altas. Sin embargo, seguían avanzando con el viento y las olas, y su avance era casi armonioso. El viaje de vuelta resultaría algo más picado, pero las olas no hacían por romper y el pronóstico del tiempo era bueno; no ocurriría ningún desastre.

—¿Todo bien? —le preguntó a Sophie mientras ésta se sentaba junto a él, elevando su voz sobre el ruido del fueraborda.

—Bien. —Ella se aproximó, e hizo un gesto con la cabeza hacia la nevera portátil—. ¿Quieres un poco de café?

—Buena idea.

Se sentaron juntos en el asiento de popa, sosteniendo sendas tazas de café.

—Gracias por venir conmigo —dijo ella.

—No importa; era una buena idea. Supongo que no podremos hacer esto de nuevo cuando hayan vendido la propiedad. Me alegro de que lo hayas propuesto.

Ella volvió la vista hacia atrás, frunciendo el ceño ante la mano que sostenía la palanca del motor.

—¿Por qué llevas tan solo un guante?

Alban se encogió de hombros.

—Esta puedo meterla en el bolsillo —respondió levantando la mano que sostenía la taza de café. *No es mentira, se dijo, y ahorra muchas explicaciones aburridas.* Permanecieron sentados durante un rato, junto al inseparable escándalo de la monótona vibración del motor.

Ahora ella observaba su mano izquierda.

—Oh, Dios mío, ¿qué le ha pasado a tu dedo meñique?

—Ah, un accidente con una motosierra —respondió, mirando su medio dedo—. Fue hace unos años.

—Jesús, Alban.

—Solo me molesta cuando intento sacarme cera de mi oído izquierdo.

—Gracias por contármelo —replicó ella.

—De nada —dijo él—. Oh. Debería haber comprobado esto antes de empezar pero, ¿sabes cómo manejar el motor? Solo por si me cayera por la borda, ya sabes,

intentando subir a bordo un pez aguja, un gran blanco o algo así, o si cayera en un coma inducido por el café o lo que sea.

Ella volvió la vista hacia el motor.

—Es un motor de dos tiempos. No tiene una abertura pequeña, por lo que supongo que añades el aceite a la gasolina antes de meterlo en el depósito. —Luego señaló mientras continuaba—. Cuerda de arranque, estrangulados acelerador, «nosequé» del rozamiento del motor...

—Muy bien. —Tocó su antebrazo—. Has aprobado.

Enjuagaron las tazas por un lado del bote, después ella volvió a sentarse delante. Alban había cambiado de mano (y de guante) una vez hasta ahora, y estaba a punto de hacerlo de nuevo cuando recordó un viejo truco.

Tuvo mucho cuidado de realizar los ajustes más minuciosos al timón para mantener el rumbo (sustituyendo los pequeños movimientos y la paciencia por bruscas variaciones y rapidez de resultados), y esperó hasta que la dirección de la proa hacia las montañas a lo lejos pareció no cambiar en un minuto o más; entonces, con cuidado, soltó la palanca y se levantó, moviéndose hacia la parte más ancha del bote, con los pies tan separados como se lo permitía la manga del casco.

Sophie notó que algo cambiaba en el comportamiento de la embarcación y volvió la vista.

Sus ojos se abrieron deliberadamente.

—¿Vas a ponerme a prueba sobre lo que hay que hacer si te caes por la borda? —le preguntó.

Él meneó su cabeza.

—Si ajustas el motor de la forma adecuada —respondió en voz alta—, y el viento se comporta como es debido, puedes conducir así. —Se inclinó hacia la derecha, ladeando el bote unos pocos grados. La proa comenzó a desviarse ligeramente hacia estribor. Alban dejó ver una gran sonrisa—. ¿Lo ves?

—Lo veo. —Ella también sonreía ampliamente—. Ahora tratas de impresionarme.

—Ni hablar, se me estaba durmiendo el trasero —repuso con un aspaviento.

Ella asintió.

—En fin, si vas a caerte por la borda, asegúrate de avisarme antes.

—Lo haré.

Ella desvió sus ojos hacia el bucólico conjunto de agua, colinas y cielo, que era todo lo que se extendía ante ellos.

Almorzaron durante el trayecto, para disponer de más tiempo de pesca cuando se detuvieran.

Media hora después, atracaron en la pequeña y descolorida boya anaranjada que flotaba a unos cincuenta metros del tramo de orilla que había entre los dos riachuelos

que drenaban la ladera noroeste del Meall an Aonaich. El cielo estaba casi limpio de nubes, aunque se encontraban en la sombra de la larga cadena occidental que llegaba hasta Ben More Saint, de modo que el aire era fresco. El viento había amainado un poco allí, en lo que esencialmente era una amplia bahía entre las dos montañas. El sonido de las olas rompiendo contra las planchas del bote era casi lo único que se oía.

Después de apagar el fueraborda, el silencio hizo acto de presencia como algo más que la mera ausencia, como algún antisonido que, de alguna forma, era tan alto como el estrépito cuyo lugar había ocupado. Recordó la alarma que una vez escuchó desde su dormitorio, durante aquella noche de verano en Richmond, veinte años atrás. Lo rememoró como si fuera la última vez, apartándolo suavemente como algo que ahora pudiera relegar tranquilamente a las oscuras profundidades más allá de aquel bote.

Alban cerró los ojos un momento para concentrarse en lo que podía oír. Oía el sonido de la ropa de Sophie, frotándose contra ambos mientras ella se movía repetidamente hacia delante y hacia atrás, balanceando sus brazos, arqueándose. Oía el apagado y áspero sonido del carrete. Una gaviota chilló en alguna parte, con un alarido melancólico, solitario y perdido, sin eco alguno.

Abrió sus ojos mirando hacia Sophie, que ni siquiera parecía haberse dado cuenta de que los había cerrado, y se sintió (incluso aunque también había una nota de tristeza en sus ojos), extrañamente, casi completamente feliz.

—Está un poco picado para pescar con mosca —anunció Sophie después de varios lanzamientos.

Alban estaba de acuerdo. Cambiaron a los señuelos *spinners*, usando las cañas más pequeñas, que lanzaban de otra manera; más lejos, y recogiendo sedal suavemente.

—¿Cómo de apretada crees que va a estar la votación? —inquirió Sophie, echando la caña hacia atrás, para después lanzarla hacia delante, enviando el pequeño señuelo lo bastante lejos para sobrevolar la sombra del risco y caer en la luz del sol, que lo hizo destellar brevemente antes de sumergirse, primero en la sombra y después en la profunda oscuridad del lago.

—Más apretado de lo que la mayoría de la gente cree —respondió Alban, recogiendo sedal a un ritmo suave y meditado—. Lo bastante apretado como para que Spraint aumente su oferta.

—¿Tú crees? —espetó Sophie mirándole de reojo.

—Si se dan cuenta del cambio de tornas, la aumentarán antes de la reunión general extraordinaria. Eso si son tan listos como debieran.

—¿Tienen autoridad para eso? —Su voz era apagada. Ambos hablaban ahora en voz baja, debido a la escasez de sonidos a su alrededor. Estar plantados en mitad de un lago de aguas picadas a plena y gélida luz del día, le daba a su charla un matiz extrañamente privado, incluso íntimo.

—Una vez que se llegue a cierto punto, supuestamente hablando —le aseguró

Alban—, yo diría que Feaguing tiene rango suficiente para doblar su oferta inicial. La tía Kath opina igual, y también Win. Ella insistió en que enviaran gente capaz de negociar sobre la marcha en lugar de alguna especie de equipo ceremonial con un sello de goma, una caja de champán y unas palabras amables acerca de que la orgullosa tradición familiar se encuentra a salvo en sus manos. A partir de cierta cantidad, que obviamente no van a revelar, tendrán que llamar a casa, pero incluso si deciden hacerlo, podría tratarse de una estratagema. Ya sabes, igual que cuando un vendedor de coches dice que tiene que ir a hablar con su jefe para discutir el precio que pides por el coche viejo para comprar uno nuevo, y resulta que en vez de eso solo va a por un café o al retrete y después llega meneando la cabeza y diciendo que lo siente, que si dependiera de él lo haría pero, oye, es que su jefe es un cabronazo. —Alban recogió su señuelo y volvió a lanzarlo.

Sophie asintió lentamente, tirando a su vez de su pequeño señuelo plateado.

—Creo que voy a votar que no —afirmó.

Alban la miró.

—Vaya, eso es una sorpresa. Estaba convencido de que votarías a favor de la venta.

—Me han ofrecido un puesto —le confesó.

—¿Spraint?

—Claro. Dicen que me mantendrán allí, con un ascenso, más dinero, acciones.

—¿Lo tienes por escrito?

—No. —Sophie parecía divertida.

—¿Y qué? ¿Eso es lo que te ha hecho cambiar de opinión? ¿La oferta era de alguna forma contraproducente?

—No, pero me hizo pensar.

—Siempre es peligroso.

Ella sonrió.

—Comprendí que me gusta lo que estoy haciendo ahora. Puede que dentro de cinco o diez años esté preparada para aceptar algo como lo que me ofrecen, pero ahora mismo soy bastante feliz. Además, no sé si tenemos derecho a vender la empresa cuando hay otra generación que podría criticarnos por ello. —Miró hacia Alban.

—¿Es que quieres tener hijos o algo así? —se arriesgó a adivinar, con cierto atrevimiento.

—Es algo en lo que he estado pensando —admitió—. Estoy saliendo con alguien allí en casa.

—Ajá. —Aún tenía una extraña sensación al escucharle decir «casa» al referirse a los Estados Unidos.

—Es el mismo chico con el que he estado todo este tiempo. El mismo chico por el que cambié de carrera hace tiempo.

Ajá, pensó Alban.

—Vaya —dijo—. Has sido muy paciente. —*Puede que demasiado*, pensó; como yo.

—Sí —reconoció ella con tristeza—. No es ninguna broma. Él ha estado casado, tuvo dos hijos y, mientras tanto, se volvió a divorciar, pero... —Suspiró—. Estamos juntos de nuevo. Después de todo eso.

Dios Santo, pensó Alban. No sabía nada de eso. Menudo golfo, menudo océano, menudo Atlántico entre nosotros. Si valemos tanto como la suma de lo que hemos hecho y de lo que nos han hecho a nosotros, entonces apenas conozco a esta mujer. ¿Quién es o dónde está la Sophie que crees conocer?

—Supongo que vamos muy en serio —prosiguió—. Hemos hablado sobre matrimonio, sobre niños... Siempre me he sentido, no sé, insegura pero, oye —miró hacia él—, estoy llegando a esa edad, ¿sabes? No quiero dejarlo para mucho después.

—Estoy seguro de que serías una madre maravillosa —afirmó Alban.

—Jo, gracias —dijo ella, sonando como si creyera que había pretendido ser sarcástico.

—Lo digo en serio —repuso.

Ella volvió a mirarle, luego sacó el goteante señuelo del agua, lo echó hacia atrás apretando el carrete y volvió a lanzarlo. El *spinner* voló alto y cayó una vez más sobre el agua iluminada por el sol, emitiendo un leve destello.

—Disculpa —le dijo—. Sin embargo, por ello, creo que votaré en contra.

—Mis cien patéticas acciones y yo estaremos contigo. Para mi gran sorpresa.

—Sí, creo que Win también estaba sorprendida.

—¿Se lo has contado?

—Me lo preguntó directamente, chaval —le contestó—. Sacó el tema abiertamente, como si estuviera confusa y creyera que ya se lo había contado, lo cual yo no había hecho. Y estoy bastante segura de que ella sabía que no se lo había dicho. Una gran actuación, desde luego. Es una vieja arpía manipuladora, ¿verdad?

Alban rió.

—Sí. Sí que lo es. Creía que yo era el único que lo pensaba.

—No, yo no confiaría demasiado en ella.

—Lo mismo te digo.

—¿Podemos estar seguros de que nadie ha llegado a ningún acuerdo privado con Spraint? —inquirió.

—Veo difícil que hayan podido hacerlo. La empresa familiar tiene el derecho de tanteo en cualquier propuesta de venta de acciones.

—Muy bien. —Se quedó en silencio por un momento—. ¿Es cierto que Fielding y tú os embarcasteis en una especie de espectáculo ambulante para apoyar el voto en contra?

—Sí, como sugerencia de Win, aparentemente.

—Vaya. Yo también daba por hecho que ella quería vender.

—No es que tuviéramos mucho éxito, por lo que pude ver —confesó Alban.

—¿No?

—Bueno, no mucho. —Dejó de recoger sedal, dejando que el señuelo se sumergiera un poco—. Sin embargo se me ocurrió la idea —continuó—, de que lo que realmente estábamos haciendo era subir el precio.

Sophie dirigió su mirada hacia él. Alban se encogió de hombros.

—Puede que Win quiera vender, pero no al precio actual. Ella pensaba que estábamos negociando muy bajo con ellos, así que se le ocurrió aumentar el número de votos en contra. La idea es que Spraint se de cuenta de que hay más oposición de la que esperaban, de modo que tienen que ofrecer más. Win se sale con la suya. Pero lo que quiere es tan solo un precio más alto, no una rotunda negativa.

—*Hmm.* —Sophie no parecía tan impresionada con aquella maquiavélica teoría como Alban había esperado—. Pero lo lógico sería suponer que ella es la persona que más desea mantener unida la empresa familiar —adujo Sophie—. Ella es la matriarca, este es su dominio. Debería ser la guardiana de los valores familiares. Y de las posesiones familiares.

—Creo que Win es una ególatra en secreto; en realidad no tan en secreto —afirmó Alban—. Todo tiene que girar a su alrededor. Pronto estará muerta, o tan débil que no será capaz de controlar más a la familia o a la empresa, y odia la idea de que alguien más esté al mando. Mejor vender, liquidarlo todo, disolverlo en una gran corporación. De esa forma, ella se convierte en una especie de paréntesis de cierre, y el viejo Henry en el de apertura. Un apropiado broche para el final definitivo.

—Muy bien —respondió Sophie, asintiendo despacio. Parecía estar ligeramente más de acuerdo con ese análisis—. Bueno, supongo. —Miró a Alban—. ¿Y si ha funcionado demasiado bien? ¿Y si ahora nadie quiere vender?

—Bueno, algunos quieren a pesar de todo; la tía Kath, por ejemplo. Pero he estado haciendo números y va a estar más apretado de lo que la gente espera.

—Interesante —comentó Sophie.

—Oh —suspiró Alban mientras recogía sedal—, totalmente, ¿verdad?

Ambos se encontraban erguidos, apoyando todo el peso en sus pies, como variación, seguros de que el suave balanceo del bote no les haría caer por la borda, y ya lo bastante acostumbrados al movimiento para dejarse llevar por él, lanzando la caña sosegadamente, sin alterar el bote de forma apreciable. Cada uno de ellos había capturado un par de delgadas y relucientes truchas marrones. Su tamaño estaba por debajo del límite permitido, de modo que las arrojaron de vuelta al agua.

Alban se había preguntado si hablarían mucho de los viejos tiempos, sobre lo que habían significado el uno para el otro, pero no lo hicieron. Mencionaron Lydcombe un par de veces y San Francisco nada más que una:

—No recuerdo si alguna vez te he pedido disculpas por meterte en problemas con tu novio —le había dicho.

—¿Con Dan? Sí, eso fue un pelín embarazoso. —Sus ojos se habían abierto de golpe. Se encogió de hombros—. Fue culpa mía. Dejé que nos emborracháramos, había estado pensando en nuestras escapadas sobre la hierba en Lydcombe. Tan solo me puse cachonda y tú estabas allí. —Sonrió—. Además, aquello fue una especie de despedida, aunque de alguna forma olvidé informarte de ello en el momento. Siempre me preocupó que lo hicieras porque querías que estuviéramos juntos para siempre o algo así. —Dejó escapar una especie de bufido.

Te dije que eras el amor de mi vida, pensó, pero no lo dijo.

—Me marcó para siempre —había dicho en cambio, como forma de quitarle importancia—. Bueno, hasta que me dijiste que me apartara de tu vista aquella vez en Singapur.

—Ya —había respondido ella volviéndose hacia él, abriendo sus ojos de nuevo—. ¡Entonces estabas tan borracho!

Sí pensó. Solamente borracho. No sincero o destrozado para otras relaciones o todavía loco por ti o lo que sea. Solamente borracho.

Oh, bueno. La persistente brisa le interpuso un mechón de pelo entre los ojos. Se lo apartó con una mano.

Alban miró su reloj.

—¿Quieres hacer pesca de arrastre durante la última hora?

Sophie asintió.

—Sí, vale. ¿Quieres que suelte el bote?

—Gracias. Si eres tan amable.

Soltó la caña en el bote, se dio la vuelta y se agachó para manipular el motor; presionó la bomba del manguito, ajustó el estrangulador y luego agarró la manija de plástico de la cuerda de arranque, para dar un tirón fuerte y acompasado.

—Normalmente, este viejo cacharro tarda un par de... —estaba diciendo justo cuando la cuerda se rompió y Alban salió despedido hacia atrás, tambaleándose y cayendo finalmente sobre el asiento de la crujía y golpeándose la cabeza con las tablas del suelo.

Elevó la vista. Sophie le estaba mirando con preocupación; extendió sus brazos mientras trataba de mantener el equilibrio sobre la oscilante embarcación.

—¿Estás bien?

Le dolía un poco la nuca. Se encontraba tumbado en el fondo del bote, con las piernas sobre el asiento central, como si se estuviera preparando para dar a luz. Miró hacia su mano derecha, que aún sujetaba el mango de la cuerda de arranque. Escuchó el rumor de las olas golpeando el casco del bote. No sonaba el motor. Mierda.

—Estoy bien —dijo y aceptó la ayuda de Sophie, poniéndose de nuevo en pie y girándose para tomar asiento.

—¿Garbadale, tenemos un problema? —comentó Sophie mientras se agachaba delante de él.

Alban miró la cuerda de arranque. Parecía haberse roto cerca del lado del motor.

Restos de fibras raídas y deshilachadas se agitaron en la brisa al recogerlos. Tenía ganas de tirar por la borda el maldito cacharro, pero se contuvo.

—¿Tendremos que remar? —preguntó Sophie.

—Por Dios, no —respondió Alban—. Solo tengo que sacar la parte de arriba del motor y reponer la cuerda de arranque. —Se dio la vuelta, levantó las piernas sobre el asiento y clavó las rodillas en los tablones frente al asiento de popa—. Tiene que haber una... —Su voz se apagó tras mirar y palpar bajo el asiento—. Una jodida caja de herramientas, que no está aquí —concluyó. Había una pequeña caja de plástico bajo el asiento. La sacó de allí. Contenía el embudo para el combustible, una bomba de mano, un pequeño botiquín de primeros auxilios, un carrete de sedal de mosca y una caja de cartón para las bujías, completamente vacía. Alban se sentó sobre las tablas del bote, mirando a su alrededor, pensando en qué otro sitio podría estar la caja de herramientas. En ningún otro, en realidad. Puso la cuerda de arranque en la caja, con los demás trastos.

—Así que, ¿ahora sí vamos a tener que remar? —inquirió Sophie.

Alban miró su reloj.

—De esa forma no llegaremos hasta la jodida medianoche.

Sophie sacó su teléfono. Comenzó a apretar botones y luego se detuvo.

—Vaya —dijo.

—Tendrás suerte si lo consigues —dijo Alban—. Apenas funcionan en la casa. Pero aquí, nada de nada. —Alban se incorporó sobre su asiento y se volvió hacia el motor. Retiró la cubierta de plástico. Allí había ocho tornillos de doce milímetros que debía quitar antes de poder llegar hasta el cilindro que alojaba la cuerda de arranque. Trató de sacarlos, por si se daba el altamente improbable caso de que estuvieran apretados con los dedos, pero resistieron. Le echó un vistazo a su navaja del ejército suizo. No era apropiada para ello.

Buscaron bajo las tablas del suelo, por si la caja de herramientas había ido a parar allí de alguna forma; todo lo que encontraron fue agua sucia. Entre toda la parafernalia de pesca de Sophie no había nada más parecido a una herramienta que la navaja de Alban.

Le echó una mirada a la boya anaranjada, que estaba a cierta distancia. Estaban a la deriva. Elevó la vista para comprobar su posición. Se movían lentamente a lo largo del lago, alejándose cada vez más de la casa, hacia el extremo sudeste de la amplia bahía. Volvió a mirar su reloj. Eran las tres y cuarto. La reunión general extraordinaria estaba programada para las seis, y la sesión privada media hora antes.

Tendrían que remar unos veinte kilómetros con el viento moderadamente en contra. Él no había remado en años, y Sophie parecía estar en forma pero probablemente fuera menos fuerte que él. La única alternativa consistía en remar hasta la orilla y caminar. De cualquier manera, jamás llegarían a tiempo; para cuando volvieran a la casa, ya sería de noche casi con toda probabilidad. Siendo realistas, dependían de que alguien se diera cuenta y saliera a buscarles en otro bote.

Alban sintió un creciente resquemor en sus tripas, una terrible sensación de impotente ansiedad, de fracaso, incapacidad e indefensión.

—Bueno —dijo él, haciendo todo lo posible por mostrarle una sonrisa llena de seguridad a Sophie—. Supongo que vamos a tener que remar. —Le hizo un gesto para que se sentara en la parte de atrás—. Empezaré yo —sugirió—. Puedes sustituirme en un rato si quieres.

—Claro —respondió ella. Alban colocó las abrazaderas a los lados, puso los remos en su sitio y comenzó a maniobrar hasta girar el bote casi ciento ochenta grados.

—¿Has remado mucho? —le preguntó.

—Kayaks —contestó ella, con una expresión de disculpa en su rostro.

—Es mejor que nada —repuso él—. En realidad está chupado. —Ni siquiera había bastante espacio en el estrecho bote para que ambos se sentaran a remar.

Cuando la popa del bote alcanzó la dirección hacia la que les arrastraba la corriente, Alban comenzó a remar. Los remos no iban bien con las abrazaderas y se salían continuamente.

—Estoy un poco desentrenado —se disculpó—. Pero pronto le cogeré el tranquillo.

Sophie sonrió suavemente. Comprobó el estado de su chaleco salvavidas.

Alban miró detrás de él. El viento ejercía ya una apreciable resistencia en contra del bote, y una vez que rodeasen el promontorio formado por la base del Assynt, estaría completamente en contra.

Aquel iba a ser un largo recorrido.

Sophie estaba mirando su reloj.

—¿Llegaremos a tiempo a la reunión general? —inquirió.

—*Mmm*, probablemente no a la hora señalada —admitió. Alban estimaba que necesitarían un cambio total del viento y los servicios de un remero olímpico para regresar antes del café y los pastelillos.

—Mierda —espetó ella—. ¿Hay algo que pueda hacer?

Alban lo consideró.

—Pensándolo bien, puedes sacar el motor fuera del agua. No tiene sentido arrastrarlo por el lago. —Se sintió como un idiota. Tan solo llevaba un minuto remando, pero eso era algo en lo que tendría que haber pensado inmediatamente. Se preguntó si habría olvidado algo más.

Idiota, se dijo. Idiota, idiota, idiota.

—Cuando quieras que te releve, házmelo saber —le indicó Sophie.

—Lo haré —respondió él—. Grita si parece que vamos a dar con la tierra. La idea es evitar ese promontorio.

Ella asintió y miró detrás de él, hacia el paisaje que se extendía.

Alban llegó a alcanzar una especie de ritmo, a pesar de la desconcertante sensación de que los remos estaban continuamente a punto de salirse de las

abrazaderas. No había plataforma para apoyar los pies mientras se remaba, de modo que había que usar las cuadernas del bote, lo cual se podía hacer porque era estrecho; pero él parecía tener la estatura incorrecta. Tenía las piernas ligeramente demasiado largas para un grupo de cuadernas y ligeramente demasiado cortas para el siguiente grupo, más hacia la popa. Además, sus manos ya estaban empezando a irritarse. Al carajo; sus dedos y palmas solían ser duras y callosas. Apenas llevaba dos meses sin trabajar y ya se sentía como si tuviera las manos de Marcel Proust. No tardaría en ponerse los guantes.

Trató de dejar la mente en blanco y concentrarse en su tarea; en la simpleza de empujar y tirar de los remos. Puso todo su empeño en inclinar los remos en cada retroceso, girando los bordes para cortar la incesante brisa. Esa era la forma adecuada de remar, y marcaría una gran diferencia al remar contra el viento a lo largo de la distancia que pretendían cubrir, pero él nunca había logrado incorporar los movimientos requeridos en lo que pasaba por ser su técnica natural de remo, y dudaba que pudiera mantenerlos mucho tiempo.

Oh, joder, aquello iba a ser un infierno.

Sonrió a Sophie y ella le devolvió la sonrisa, pero parecía estar preocupada y él se sentía de la misma forma.

¿Qué otra cosa les quedaba? ¿Cuáles eran las demás opciones?

¿El teléfono? Ni hablar. Por otro lado, nunca se sabía. Las antenas de los teléfonos móviles podían recibir señales a través de diminutos pasillos insospechados en mitad de las colinas. A falta de otra cosa, eso le daría a Sophie algo que hacer.

—Sigue probando con el teléfono de vez en cuando —le dijo. Se encogió de hombros—. Solo por si acaso. —Un remo se salió; Alban hizo una mueca y dijo:

—Mierda.

Volvió la vista hacia el promontorio al que se dirigían. No parecía estar mucho más cerca. Aunque parecía más oscuro; nubes altas se estaban cerrando desde el noroeste, envolviendo en sombras el paisaje que les rodeaba. Si el manto de nubes seguía acumulándose, oscurecería incluso antes.

Se detuvo, y tiró de los remos hacia adentro.

—¿Me toca? —preguntó Sophie.

—No, solo me estoy poniendo estos —respondió, sacando sus guantes. Se concentró de nuevo en remar. Los guantes hacían que todo pareciera más fácil y menos masculino, pero al menos protegerían su piel.

¿Qué estamos intentando hacer?, se preguntó a sí mismo. Concéntrate; ¿qué estoy tratando de hacer?

Volver a la casa. Vale. Remar parecía ser el único modo. Lo era, ¿verdad? Caminar les llevaría el mismo tiempo al menos.

Piensa en el problema desde fuera. Piensa como pensaría V. G. si se viera envuelta en ese apuro. ¿Ella se habría metido en esto? ¿Habría sido lo bastante paranoica para mirar si la caja de herramientas estaba en su sitio? Da igual.

Trabaja con lo que tienes, solo contempla las opciones.

¿Qué podía decir respecto a la opción de caminar? Bueno, la dirección, por ejemplo.

Quizá hubiera otra salida. ¿Podían ir en la otra dirección y salir por el nacimiento del lago? Sabía que existía un camino que, en un momento dado, llegaba hasta Benmore Lodge y Glen Oykel, pero no podía recordar a qué distancia estaba. Solo podía visualizar el mapa en cuestión de forma imprecisa, y creía recordar que se trataba de un buen trecho. Además, al remar hacia el nacimiento del lago y al caminar por el sendero desconocido, se estarían alejando de cualquier ayuda que pudiera llegarles desde Garbadale.

Entonces, a remar.

¿No había otra forma de poner en marcha el motor?

Era un motor de arranque. No había encendido eléctrico. Se usaba la cuerda o nada; eso era todo.

Continuó pensando en ello. Si tu coche no arrancaba, podías hacer un puente. Bueno, ahí no había manera de hacer nada similar. Lo único eléctrico que tenían, eran sus relojes y el móvil de Sophie. No había bastante energía para encender un motor, incluso si de alguna forma pudieran conectar la batería del teléfono a la bujía (y probablemente también necesitarían desmantelar el motor para hacer eso).

Se podía arrancar un coche empujándolo. ¿Se podría arrancar un bote tirando de él? En teoría, supuso, si fuera capaz de remar a noventa nudos se podría encender el motor simplemente metiéndole una marcha al cabrón y soltándolo en la estela del bote. En la práctica, también era una idea completamente inútil.

Piensa, piensa, piensa.

Oh, V. G., pensó, te necesito aquí y ahora.

Lo que en verdad necesitaban era poner en marcha el motor, que el pistón subiera y bajara, pasando por la caja de cambios hasta el palier de la hélice y finalmente hasta la hélice en sí.

¿Alguna otra forma de poner en marcha el motor? ¿Alguna otra forma de hacer que la hélice dé vueltas?

Ambos remos se salieron de sus abrazaderas. Estuvo a punto de perder uno de ellos.

—¿Estás bien? —preguntó Sophie, que parecía alarmada.

—Acabo de tener una idea jodidamente brillante —afirmó. Frunció el ceño—. Creo.

Remó hacia el tramo de orilla más cercano, descubriendo un trozo de playa compuesto de guijarros y arena, y dirigió el bote hacia allí.

—¿Cuál es la idea? —inquirió Sophie—. ¿Hay un camino? ¿Vamos a andar?

—Espera, espera —le dijo mientras buscaba el trozo de cuerda de arranque en la caja de plástico—. Puede que no funcione. —Le mostró el trozo de cuerda—. Aunque podría resultar. No tengo ni idea pero merece la pena intentarlo.

—¿El qué? —insistió Sophie.

—Te lo enseñaré —respondió él.

Saltó a las pasmosamente frías aguas, que le llegaban por los muslos, en un lugar algo más profundo de lo que había esperado.

Giró la popa del bote de forma que estuviera a unos treinta grados de la pequeña playa y así poder llegar a la hélice. Se detuvo y pensó durante un momento, luego enrolló la cuerda de arranque alrededor de la hélice en el sentido de las agujas del reloj.

—Muy bien, suelta el motor —ordenó a Sophie.

Cuando lo hizo, Alban le pidió que comprobase que la bomba del manguito estuviese llena, y que preparase el estrangulador y el acelerador. Sophie había comprendido lo que trataba de hacer.

—Esto es seguro, ¿verdad? —le preguntó—. No vas a salir hecho pedacitos ni nada de eso, ¿no?

—Solo dale a la palanca; estaré bien. —La observó tirar de la palanca de marchas hacia ella—. Vale —le dijo, sujetando con su mano libre la estructura de la popa del bote y tratando de encontrar apoyo firme sobre los guijarros y la arena que había bajo sus pies, mientras las olas golpeaban sus muslos y empapaban la entrepierna de sus vaqueros. Miró hacia Sophie.

—¿Preparada para ponerlo en punto muerto si funciona?

—Claro.

—Si funciona, va a darte un tirón hacia mí, porque está puesta una marcha.

—Lo sé. Estoy lista. Hazlo de una vez.

—Allá va.

Alban tiró fuerte de la cuerda, haciendo rotar la hélice al desenrollarse de ella y obligándola, por consiguiente, a girar el palier y, a través de la caja de transmisión, a poner el motor en marcha.

El motor pareció arrancar, pero luego volvió a apagarse.

—¡Vamos, jodida preciosidad! —exclamó Alban—. ¡Esto va a funcionar! ¡Vuelve a levantarlo!

Enrolló de nuevo la cuerda a la hélice, Sophie soltó el motor en el agua, conectó una marcha y sostuvo la palanca de transmisión.

Esta vez el motor arrancó y se mantuvo en marcha, girando ruidosamente y disparando una estela de agua con humo y burbujas hacia sus piernas hasta que Sophie lo puso en punto muerto y ajustó el acelerador. Alban lanzó la cuerda de arranque al interior del bote, salió del agua y empujó la embarcación por la proa, llevando la popa hacia las olas. Subió a bordo de un salto.

Sophie levantó una mano para que se sentara en la popa; después, mientras tomaba asiento sonriente, haciéndose cargo de la caña del timón, ella se inclinó y comenzó a aplaudir.

—Bien hecho —admitió Sophie. Dio un paso hacia él y le plantó un casto beso en

la mejilla derecha.

—Yo diría que nos vamos a casa, cariño —afirmó con aires de grandeza, cambió de marcha, acelerando y trazando una curva en la bahía, hacia la parte baja del lago, y hacia Garbadale.

Ya tenían a la vista el embarcadero y las tejas grises de la casa aparecían sobre las copas de los árboles, aún verdes, cuando Sophie se volvió hacia él, y luego miró hacia abajo, a la cuerda de arranque que yacía sobre las tablas del bote, donde él la había lanzado después de que el motor se hubiera puesto en marcha. La recogió y examinó el deshilachado extremo. Luego volvió a ponerla sobre las tablas. Su rostro había permanecido serio y pensativo mientras lo hacía. Ella le miró a los ojos. Sus cejas se elevaron sugiriendo una pregunta.

Él se encogió de hombros, manteniendo una expresión ambigua.

Ella mostró una sonrisa irónica, comprobó su teléfono una vez más, y luego sacudió la cabeza y volvió a girarse.

Alban llevó la cuerda de arranque con él cuando salieron del bote, dejándolo amarrado en el embarcadero; introdujo el mango y la cuerda gris al completo en el bolsillo de su chaqueta.

Cargaron con el equipo que tenían que llevar de vuelta a la casa.

—No sería imposible, ¿no es así? —preguntó Sophie en voz baja mientras ascendían por el sendero entre los árboles.

—Parece ligeramente intencionado —respondió él.

—No fue cortado.

—No, eso sería un poco obvio. Aunque todos los desgarros parecen bastante recientes.

Ella le miró de reojo.

—¿Deberíamos mencionarlo?

—Déjame a mí.

—Con mucho gusto, primo.

Caminaron de vuelta a la casa. A medio camino, encontraron los restos del paraguas que, durante el día anterior, se había dado la vuelta para luego salir volando, y quedarse colgado de un árbol algo apartado del camino. Alban trepó, lo recuperó y más tarde lo introdujo en uno de los contenedores que había detrás de las cocinas.

Sophie fue a darse un baño antes de cambiarse para la reunión y la posterior cena. Alban colgó su chaqueta en el guardarropa. Pensó en llevar la cuerda de arranque con él, pero finalmente la dejó en el bolsillo de la chaqueta. Echó un vistazo en el salón

del televisor, saludando a algunos hombres y niños mayores. Había una discusión en marcha acerca de desconectar la consola de videojuegos y poner un canal que mostrara los resultados de fútbol. Fielding le contó que la partida de caza había telefonado para decir que estarían de vuelta en media hora. El personal del hotel Sloy ayudaba a preparar el salón de baile para la reunión general extraordinaria. Alban encontró a la tía Lauren entreteniendo a su nieta Hannah sobre su regazo en la cocina, con el primo Steve y su mujer, Tessa.

—Esto se llama miel de Bayaka —les contaba Lauren mientras una de las camareras del hotel Sloy envolvía unas tostadas calientes en una servilleta y las colocaba sobre una larga bandeja para el té, que contenía varias jarras y teteras, una de las cuales era señalada por Lauren.

—Es del norte del Congo. Terriblemente difícil de conseguir. Algo muy estimulante. O eso me han dicho.

—¿Qué? ¿No la has probado? —inquirió Tessa.

—Bueno... —comenzó a decir Lauren.

—Hola, Alban —le saludó Steve—. ¿Qué tal la pesca?

—No hemos pescado mucho —confesó Alban, sonriendo hacia Tessa y haciéndole muecas al bebé para que balbuceara y extendiera una rechoncha mano hacia él.

—Oh, Alban —espetó Lauren—, esperábamos que trajeseis bastante para un primer plato.

—Lo siento —se disculpó. Hizo un gesto hacia la bandeja—. ¿Eso es para Win?

—Sí —contestó Lauren—. Estaba a punto de llevárselo.

—Permíteme.

—Eres muy amable pero... —comenzó Lauren, pero Alban ya había levantado la bandeja—. Oh, de acuerdo entonces, iré contigo.

—No te molestes —atajó él, dirigiéndose a la salida.

—Puedo abrirte las puertas.

—Como quieras.

—Win, es... —empezó a decir Lauren. Alban pasó a su lado con la bandeja sobre su cabeza, entrando en el cuarto de estar de Win. La anciana estaba sentada en un sillón junto a una mesa baja, vestida con su mejor paño escocés, leyendo un manojito de papeles.

—Soy yo —dijo Alban—. Hola Win.

La abuela Win se quitó sus gafas para leer y levantó la vista hacia él, y luego hacia la bandeja que sostenía.

—Alban —pronunció con suavidad—, eres muy amable.

El había esperado algo más dramático, como un desmayo o un vaso roto, o al menos una expresión de sorpresa. Miró de reojo las ventanas de la habitación. Vieja

pícara. Lo había olvidado. Daban directamente al lago. Podía haberlos visto regresar. O, por supuesto, era completamente posible que se estuviera volviendo paranoico con la cuerda de arranque.

—El placer es mío —declaró Alban.

—¿Te quedas para el té, querido? —preguntó Win, cambiando al tono de ancianita. Alban colocó la bandeja sobre la mesa.

—¿Te importa que me tome una taza? —solicitó Lauren.

—En realidad, Lauren —dijo Alban—, me gustaría hablar en privado con Win. —Bajó la mirada hacia su abuela mientras sonreía—. ¿Te parece bien?

—Bueno —murmuró Lauren, insegura.

—No pasa nada, Lauren —sentenció Win.

—Oh —asintió Lauren—. Oh, de acuerdo entonces. Yo... estaré en la cocina, supongo.

La tía Lauren se marchó.

—Bien, Alban —dijo Win mientras servía el té—. ¿Detecto cierta urgencia?

—Tenemos que hablar, Win.

—Bueno, ¿tiene que ser ahora? —Miró su reloj de pulsera—. ¿Cuánto falta para tu pequeña charla antes de la reunión general?

—Unos cuarenta minutos.

—¿En serio? Entonces supongo que debo sentirme privilegiada.

Alban le alcanzó una taza.

—¿A qué precio crees que deberíamos vender la empresa, Win?

—¿Podrías añadir algo de azúcar, querido? Mis manos ya están temblorosas.

—Muy bien —accedió, retirando la taza—. ¿Leche?

—Solo un poco... Un poco más. Eso es.

—Aquí hay tostadas —comentó Alban agradablemente—. ¿Te apetece una? ¿Con un poco de tu miel especial?

—Oh, sí, por favor, Alban. Muchas gracias. ¡Oh! La mantequilla primero, querido.

—Entonces —dijo él—, el precio. ¿Qué te parece?

—Bueno, no estoy del todo segura de que debamos vender. ¿Tú qué crees?

—Creo que va a estar muy apretado. A no ser que los chicos de Spraint hayan hechizado a los que iban de caza, creo que ya deben saber que su oferta de ciento veinte no va a ninguna parte. Creo que subirán a ciento cuarenta, con la consecuencia de que podrían llegar a ciento cincuenta si les presionamos en serio. Su verdadero techo es probablemente doscientos.

Win dio un mordisco a su tostada con miel.

—Eso es un buen montón de dinero.

—¿Te importa que tome una tostada?

—Por favor.

Alban también se sirvió un poco de miel.

—Por supuesto, si de verdad nos tienen en tan alta estima, la explicación es que podríamos obtener la misma cantidad de dinero mediante los *royalties* y las concesiones de licencia, simplemente conservando lo que tenemos. Podría merecer la pena explicárselo a aquellos que piensan con sus carteras. —Le dio un mordisco a la dulce tostada y masticó—. Si —concluyó— alguien quisiera exponer ese punto de vista.

—Sí, pero, ¿tú qué crees, Alban? La gente... bueno, algunos parecen estar esperando que los llesves de la mano. Tienes que pensar bien lo que vas a decir, ¿no crees?

Alban terminó su primera tostada.

—Esto está realmente delicioso. ¿Te importa que me tome otra?

—Oh, por favor. —Parecía menos encantada de lo que sonaba—. Tienes buen gusto, Alban. Es una miel particularmente cara y escasa.

—Entonces será mejor no acabarla, ¿eh?

Win profirió una risa corta e insegura cuando Alban llevó una cucharada de la espesa y oscura miel a su tostada.

—¿No habías ido a pescar con Sophie? —preguntó Win.

—Sí. No tuvimos mucho éxito.

—Es fascinante que podáis llevaros bien de nuevo.

—¿Verdad que sí? Escucha, Win, quiero proponerte un trato.

—¿Qué? —Sonó casi alarmada.

—Al final, creo que vamos a vender. Si lo hacemos, deberíamos obtener el mejor precio. Sugeriría decirle a Spraint que es ciento ochenta. Eso o nada. La única negociación debería tratar sobre la combinación de efectivo y acciones. Estoy dispuesto a decir eso, incluso aunque en el fondo preferiría que siguiéramos con el control. Pero estoy dispuesto a decirlo. Sería mi cabeza la que hablase, no mi corazón. Por el momento, no estoy seguro de lo que voy a decir.

Win se quedó mirándole, parpadeando.

—Oh —dijo ella.

—Creo que ciento ochenta es un precio justo —afirmó—. Pero quiero saber algo antes de recomendarlo. Es decir —continuó haciendo un gesto con las manos—, puede que tenga menos influencia de lo que ambos creemos, y quizá al final lo que yo diga no suponga ninguna diferencia pero, contemplando las opciones... —Dejó que su voz se diluyera.

Win meneó su cabeza.

—¿Sí, Alban? Estoy un poco confusa.

—Win —replicó él, suspirando—. Sinceramente, no creo que lo estés.

—Oh, no —protestó ella—. Te aseguro que lo estoy.

Alban sonrió, y tomó aire.

—Permite que te cuente una pequeña historia.

Le habló sobre lo que la tía Beryl le había contado, sobre Irene y lo que había

dicho. Win dio un sorbo a su té y tomó otra cucharada de la exótica miel, llevándosela directamente a la boca, y luego volvió a ponerla en el cuenco, todavía medio lleno. Parecía estar cada vez más incómoda e insegura a medida que Alban proseguía con su historia.

—En fin —dijo Alban—, creo que es posible que sepas a lo que Irene se refería.

—¿En serio, querido?

—Sí, Win, en serio. Y si lo sabes y me lo cuentas, entonces, como muestra de mi gratitud, pronunciaré el discurso que más te guste. Como he dicho, veo las ventajas de ambas opciones, pero si estás dispuesta a negociar, escogeré lo que prefieras. Porque creo que deseas vender, ciertamente al precio de ciento ochenta. Corrígeme si me equivoco. ¿Me equivoco?

Win permanecía erguida en su asiento, los dedos de una de sus manos tamborileaban sobre la palma abierta de la otra.

—Supongo que sería un buen precio —admitió con aire distraído.

—Pero necesito conocer todo lo que puedas saber sobre lo que mi madre estaba diciendo.

Win se reclinó lentamente en su asiento, con las manos plegadas sobre su estrecho regazo, pálidas y frágiles encima del oscuro y otoñal paño escocés. Lo miró directamente durante un buen rato.

—Antes, hay algo que debo preguntarte —dijo Win.

—De acuerdo. —Alban también se reclinó.

Se tomó su tiempo antes de comenzar a hablar.

—¿Cuáles son ahora tus sentimientos hacia tu prima Sophie? Por favor, sé absolutamente honesto.

Él bajó la mirada, pensativo. Entonces volvió a cruzar su mirada y habló.

—Aún conservo muchos sentimientos hacia Sophie. En cierto sentido, siempre la amaré, pero sé que ella nunca ha sentido lo mismo por mí. Eso ya lo he aceptado. Parece ser, a día de hoy, y es bastante extraño, que al fin volvemos a llevarnos realmente bien. Hubo un momento difícil, allá en el lago. Lo superamos juntos. De forma que, al parecer, estamos... bueno, tan bien como hemos estado siempre, desde Lydcombe. Incluso ahora, creo que podría imaginar fácilmente mi vida con ella, envejeciendo a su lado, pero sé que eso nunca va a ocurrir. Supongo que seguiremos siendo primos lejanos, amigos ocasionales.

Win asintió al final, una pequeña sonrisa se dibujaba en sus labios. Siguió asintiendo después de que Alban hubiera terminado de hablar.

—Ya veo —comentó. Miró hacia la bandeja sobre la mesa—. ¿Te importaría añadir un poco de agua caliente a la tetera y servirme otra taza? —Cuando lo hizo y le alcanzó la taza y el platillo, continuó—: Todo lo que puedo decirte, Alban, es que era muy... depresiva. Era una persona muy depresiva. Siempre me ha preocupado que pudieras haber heredado ese rasgo, pero pareces haberlo esquivado, sin duda. El tratamiento para la depresión postparto es ahora mucho más avanzado. Cuando miro

al pasado, no creo que invitar a tus padres a venir aquí fuera tan buena idea, después de todo. Este puede ser un lugar inhóspito, solitario y viejo, especialmente si te encuentras en disposición mental para ser receptivo hacia sentimientos como esos. — Dio un sorbo a su té, mirando la taza—. Tu madre era muy sensible y fácilmente... Quizá no inducida, pero con tendencia a las depresiones, a las influencias. A menudo parecía estar algo confusa, de la forma en que a veces lo están las personas sensibles. Confusa sobre su propia vida, sobre lo que realmente quería. —Win volvió a sorber su té. Sacudió la cabeza—. Realmente no se me ocurre nada más que pudiera ser beneficioso contarte.

Alban se quedó un rato mirándola. Suspiró.

—Muy bien —dijo. Miró su reloj—. Será mejor que me vaya.

Se levantó de su asiento.

—Lo siento si esto no te ha sido de tanta ayuda como esperabas —afirmó Win. Alban bajó su mirada hacia ella. Win prosiguió—. Me temo que deberás decir lo que consideres apropiado en la reunión, Alban; di las cosas claras, ¿no es eso lo que dicen?

—Sí, Yaya —le dijo—. Eso es justo lo que dicen. ¿Tú vas a decir algo?

—No lo creo, querido.

—Alban —le llamó Neil—. ¿Te encuentras bien?

—Estoy bien —contestó Alban. Se había encontrado con Neil justo cuando estaba cerrando con llave la sala de armas—. ¿Y tú?

—Bien, sí señor —respondió Neil, examinando la cerradura una vez más antes de introducir la llave en su bolsillo.

—¿Qué tal ha ido la cacería?

—Bien, sí señor. Un par de ciervas. —Comprobó el pomo de la puerta con un par de giros—. Sin fugitivos ni disparos malos. Un éxito. —Le miró brevemente de reojo—. ¿Y la pesca?

—Un par de truchas. Las dos muy pequeñas.

—Ajá. ¿Eso es todo? —inquirió Neil, tratando de pasar junto a Alban en el pasillo hacia el vestíbulo.

—Y un pelín de acción —añadió Alban, sin moverse para dejar pasar a Neil—. Pero salimos airosos.

Los ojos de Neil se encontraron con los suyos durante un momento.

—Bien. Disculpe, patrón.

Alban le dejó pasar y esperó hasta que Neil se encontraba a media docena de pasos antes de hablar, no muy alto.

—¿Cuánto necesitas esas referencias, Neil?

Neil se detuvo a media zancada, dando un paso torpe, levantó ligeramente la cabeza, y se volvió con una sonrisa.

—¿Cómo?

—No importa —contestó Alban.

Capítulo 9

Esto no pretende ser simplemente una diatriba contra los Estados Unidos en general ni contra Spraint Corp. en particular, aunque creo que debo explicar un poco el porqué de mi opinión sobre la opción que nos es presentada hoy aquí.

»Personalmente, creo que cuando nos enfrentamos con una fuerza imperialista, y no nos engañemos, eso es exactamente lo que son los Estados Unidos, uno debe presentar toda la resistencia no violenta de la que sea capaz, tan solo por principios. Los Estados Unidos son un gran país lleno de grandes personas. Solo me opongo a su propensión a elegir idiotas en las urnas para luego llevar una política exterior extremadamente depravada. Se podría incluso decir que Bush hijo ni siquiera ha sido elegido nunca de una forma justa pero, al final, en las últimas elecciones, entre la opción de votar al tipo valiente o al tipo cobarde, la mitad del electorado estadounidense que se tomó la molestia de votar parece haberse decantado por este último.

»Ahora bien, Spraint no tomó parte directa en esto; tan solo es otra compañía con base en los Estados Unidos, a medio camino de ser una multinacional. Su historial de prácticas laborales y fusiones es real y razonablemente bueno desde el punto de vista de los derechos humanos, y sus principales accionistas donan un montón a obras de caridad. Bueno, bien por ellos. En última instancia, los empleados tienen que hacer todo lo que está en sus manos para mantener el valor del accionista, con todo lo que ello implica, pero en fin, tan solo juegan cumpliendo las reglas del capitalismo tal y como están escritas. Es una pena que, tal como funcionan estas reglas, tienen el efecto de poner a los peces gordos al mando del pequeño comercio, pero eso, al menos por el momento, es algo que no podemos cambiar.

»Spraint desea comprar el Grupo Wopuld porque son capaces de ello; tienen suficiente dinero y un alto valor de mercado para llevarlo a cabo sin sufrir mella en sus arcas. Además, representamos un cabo suelto para ellos; ya que mientras la familia Wopuld posea la mayor parte de la empresa, no tendrán el control absoluto de una de sus más rentables posesiones. Eso les hace sentir incómodos; es un negocio desordenado e inacabado. Mientras no tengan que desembolsar una cantidad estúpida por el setenta y cinco por ciento que aún no poseen, el control absoluto tendrá sentido para ellos. Por supuesto, aquí la definición de «estúpida» puede variar. Puede que su urgencia por el orden sea en sí misma un síntoma de arrogancia autocrática, pero, una vez más, ese es el tipo de capricho que puedes perseguir sin un inmediato castigo cuando posees un poder desorbitado.

»Personalmente, no creo que debamos vender. ¿Y por qué creo que no debemos vender? Simplemente por una cuestión política. Resistir al imperialismo, tanto si es militar como cultural. No tiene nada que ver con la familia. En realidad, creo que sería lo mejor para nosotros, como familia, deshacernos de la empresa que lleva nuestro nombre. Es posible, cuando la vendamos si es que la vendemos, que sea el

momento en el que tengamos una oportunidad de volver a ser una familia normal. Bueno, tan normal como cualquier familia; cuantas más cosas veo de esta familia y de las de los demás, más me doy cuenta de que no existe una familia normal. Todas están algo locas.

»Pero, y esto es de lo que se trata, al menos tendremos la oportunidad de descubrir lo que en realidad somos como grupo de personas unidas por sangre, en lugar de sangre y dinero. Puede que descubramos cosas sobre nosotros mismos que no hubiéramos querido descubrir pero, por norma, creo que siempre es mejor conocer la verdad.

»Pongamos las cartas sobre la mesa. Yo votaré, con mis inútilmente raquílicas cien acciones, en contra de la venta a cualquier precio. Sin embargo, si vendemos, y espero que lo hagamos, sugeriría poner un precio de ciento ochenta millones de dólares americanos por los tres cuartos de la empresa que todavía poseemos colectivamente, y sin aceptar otra negociación, excepto la de la combinación de efectivo y acciones. Y en ella, sugeriría no más del cincuenta por ciento en forma de acciones. De hecho, sugeriría votar esa propuesta aquí y ahora, o antes de que comience la propia reunión general extraordinaria, y presentársela al señor Feaguing y al señor Fromlax para que decidan aceptarla o rechazarla. Antes, sin embargo, creo que a la tía Kathleen también le gustaría decir unas palabras. Gracias por vuestra atención.

Se oyeron unos educados y contenidos aplausos en la ligeramente fría sala de baile mientras Alban volvía a su asiento junto a la tía abuela Beryl.

—Bueno, yo al menos opino que eso ha estado muy bien dicho —le felicitó colocando una mano sobre la suya.

Alban sonrió. Al menos ya había terminado.

La tía Kathleen fue mucho más técnica. Se dedicó, en su mayor parte, a recorrer las cifras, las cuales había imprimido en un par de folios A4 que consultó una o dos veces. Confesó sentirse agradablemente sorprendida por el breve discurso de Alban, el cual había decidido tachar como básicamente a favor de la venta. Su opinión era que debían pedir doscientos millones como ultimátum de base y negociar hasta los ciento ochenta como último recurso, tan solo si Spraint se negaba rotundamente a pagar los doscientos.

La tía Kathleen permanecía en solitario sobre la pequeña tarima, en un extremo de la sala. Detrás de ella estaba la larga mesa donde Win, Kennard, Andy, Haydn, Fielding, Perce y ella misma estarían sentados en breve, cuando la reunión general extraordinaria iniciara formalmente la sesión.

Kathleen preguntó si había alguna objeción en cuanto a un alzamiento de manos para saber si la propuesta que acababa de definir debía ser presentada sobre la mesa tan pronto como diera comienzo la reunión.

Alban se abstuvo. Casi todos los demás votaron afirmativamente, aunque el tío Kennard votó ambas opciones por error.

Los magnates del petróleo de Texas creen generalmente que se pueden saber muchas cosas de un hombre por sus más íntimos amigos, de modo que tienen especial cuidado en comprarse tan solo los mejores. Antes de ser contratado por Spraint Corp., Larry Feaguing había estado en la industria del petróleo, con base en Texas, y conocía razonablemente bien al clan de los Bush. El comentario acerca de comprar solamente los mejores amigos era uno que algún finolis de Houston había, o bien inventado, o bien repetido como propio durante algún acontecimiento republicano para recaudar fondos cuando aún estaba relativamente verde. Recordaba haberse sentido impresionado por las implicaciones y el desdén del cínico (y probablemente liberal en secreto) que lo había proferido. Su posterior experiencia en ese estado, así como en la industria, tan solo había demostrado lo decepcionantemente acertado que resultaba en realidad ese dicho.

Hasta aquel fin de semana, la familia Bush había encarnado la definición de Larry de la avaricia afortunada y la astucia con conexiones, pero ahora estaba empezando a pensar que los Wopuld podrían ser el no va más.

—¿He oído bien? —dijo en un susurro, inclinándose para hablarle a Fromlax al oído.

—Sí, señor. Doscientos millones.

—Por las barbas de Cristo.

—Por favor, señor.

—¿Qué? Ah, claro. Lo siento.

Doscientos era el límite al que estaban autorizados a llegar, dependiendo de la combinación de efectivo y acciones. Feaguing sabía que la junta estaba preparada para llegar hasta los doscientos cincuenta como último recurso, aunque personalmente creía que era demasiado; a ese precio aquello se convertía en un lujoso capricho, no en un buen negocio. De todas formas, no tenía importancia. ¿Doscientos? No iba simplemente a aceptar eso, no sin presentar algo de batalla. No deseaba regresar a los Estados Unidos habiendo gastado el límite que le habían concedido, a no ser que la única alternativa fuese no realizar la compra. Estaría mal visto. Le haría parecer débil; incluso ingenuo. No le haría ningún bien a su situación en la empresa y en la junta. De acuerdo, él habría negociado con éxito la adquisición del Grupo Wopuld, y asegurado la propiedad de ¡Imperio!, de forma que no sufriría daños graves, pero si era capaz de regresar con algo de dinero, resultaría incluso mejor. Por lo menos tenía que hacer sudar un poco a esos codiciosos bastardos.

La moción pasó casi de forma unánime en un alzamiento de manos. Feaguing estaba tan irritado que Fromlax tuvo que recordarle que él también tenía que votar. Mierda, él representaba el mayor número de acciones en solitario por mucha diferencia. Ningún individuo poseía más del seis por ciento del total, pero como acumulaban las acciones pertenecientes a cada uno de los votantes, aquello no suponía ninguna diferencia. La moción se aprobó incluso antes de que tuviera tiempo

de levantar la mano, cabrones y retorcidos británicos.

Le ofrecieron la oportunidad de decir unas palabras, si lo deseaba, tras aquel ultimátum del voto. Había preparado un gran discurso, pero ahora no tenía mucho sentido pronunciarlo. Descartó la charla en la que los agasajaba a ellos y a su pequeña compañía de pacotilla y se limitó a decirles lo magnífica que era Spraint y el buen negocio que representaban ciento veinte millones; después añadió que se sentía gravemente preocupado de que pidieran una cantidad desproporcionada de dinero pero que, a no ser que lo reconsideraran, le comunicaría su oferta a la junta principal de Spraint aquella misma noche; aunque era fin de semana, todos los miembros de la junta estaban ansiosos por saber si habían tenido éxito y habría que interrumpir sus actividades de ocio. Tan solo esperaba que lo consideraran antes de descartarlo de antemano. Les dio las gracias por su tiempo y tomó asiento ante un aplauso sorprendentemente cálido.

Doscientos millones. Una quinta parte de un billón de pavos. Cabrones codiciosos.

—Bueno, Alban, has dado tu opinión —le dijo Win tras la cena, aquella noche. Él había estado rondando a varios miembros de la familia reunidos en el salón; en lugar de dirigirse a toda la habitación, había preferido ir de grupo en grupo para hablarles y aceptar tanto las moderadas alabanzas como las severas críticas por su charla previa a la reunión general extraordinaria. Terminó junto a la chimenea, el lugar favorito de Win y se preguntó qué le habría parecido a ella.

—Sí —coincidió—. La ha dado, ¿verdad?

—¿Era eso lo que siempre tuviste pensado decir? —inquirió Win. Se encontraba acomodada en su asiento, sosteniendo su vaso de güisqui, rodeada por Kennard, Renée, Haydn, Linda, Perce, Kathleen y Lance.

—Desde luego —respondió.

—Debo decir que, en mi opinión, todo ese argumento político era completamente innecesario —adujo.

—Es lo que normalmente ocurre. Por lo general, el asunto más importante es el que hace que la gente se sienta avergonzada, o no comprenden su relevancia.

—Aun así, te ha salido de dentro.

—Desde el fondo del corazón, por el bazo y a través del pecho —admitió.

—Eres de los que nadan contra la corriente, ¿verdad, Alban? —espetó el tío Perce. Era el gestor de Marca en la actualidad y estaba casado con la tía Linda; un tipo más bien alto, calvo y algo gordito con unas gafas de cristales desorbitadamente gruesos que le hacían parecer continuamente atento. Tenía la voz ronca y ligeramente sofocada.

—Supongo que sí —afirmó Alban. Se sentía cansado. Había estado más nervioso de lo que le hubiera gustado admitir antes de pronunciar su discurso en la reunión, y

todo el asunto del paseo en bote también resultó ser sorprendentemente agotador. Estaba deseando irse a la cama.

Larry Feauing le había comunicado las buenas y malas noticias al resto de la junta de Spraint antes de la cena, y algunos miembros de la familia hablaban de quedarse despiertos hasta muy tarde, esperando una respuesta definitiva de los Estados Unidos. Alban no iba a molestarse en esperar. Se sentía agotado y solo quería dormir.

—Siempre habrá gente que se empeña en complicarse la vida —le dijo Win a Perce y a los demás. Alban recibió una sostenida y discretamente controlada sesión de asentimientos, amortiguados ruidos de afirmación y miradas ligeramente ebrias, cargadas de complicidad hacia esa dura y diminuta perla de sabiduría. Win sonrió a Alban. Él le devolvió la sonrisa, después pidió disculpas y fue a hablar con otra persona, la que fuese.

Cuando finalmente Fielding fue a acostarse, un poco borracho, dando tumbos y disculpándose, algo después de las tres, Alban aún estaba despierto. Le preguntó a Fielding si Spraint había respondido, pero no era así.

Alban yació despierto, escuchando los suaves ronquidos de Fielding, apagados e intermitentes.

¿Había dicho lo correcto en la reunión? Intentó decir lo que sentía, aquello en lo que creía. Probablemente había sido demasiado político, demasiado autoindulgente, ¿pero cuándo iba a tener otra oportunidad para decir algo como aquello ante una audiencia expectante? Había tenido que explicar que su reticencia a vender no era una cuestión familiar, sino de principios, y que él pensaba que la familia podría ganar más que simple dinero si decidían vender. No estaba seguro de cómo resultaría, pero parecía haber calado bastante. Algunas personas habían acudido a él durante la cena o después para decirle que estaban de acuerdo. Todos ellos eran de entre los más jóvenes de la familia; personas como su hermana Cory y sus primos Lori y Claire, y Steve. Ellos lo habían comprendido; pero la vieja generación no, ni hablar.

Bueno, la pelota estaba ahora sobre el tejado de Spraint. Alban esperaba que lo dejasen en el aire un tiempo. No existía la posibilidad de que Spraint regresara con un «sí» inmediato, no a no ser que existiera otro competidor en el horizonte, y no había rastro de ello.

Con un poco de suerte tendrían noticias mañana. Todavía creía que se quedarían en ciento ochenta aunque, obviamente, la familia estaría aún más contenta con doscientos. De cajón. Cuestión de cifras. Feauing tenía razón, en un sentido. Y ello le afectaba personal y materialmente, solo de manera trivial.

Todavía no conocía los detalles del asunto del bote y la cuerda de arranque en mal estado. De todas formas, habían escapado de aquella situación, así que no tenía importancia. Probablemente jamás volvería a confiar en Neil McBride, y eso era lo

peor de todo (jamás había confiado en Win).

Su intento de negociar con la anciana no había resultado como esperaba. Pensó que tal vez ella se encontraría descolocada al verle (estaba seguro de que no se lo esperaba) regresar a tiempo de la pesca. Incluso había esperado que ella sufriera alguna especie de remordimiento de conciencia que la hubiera predispuesto a ser generosa, pero no fue así. Tal vez Win había supuesto que lo que él intentaba decir en la reunión no estaba tan en contra de sus intereses como pensaba en un principio.

De cualquier forma no había funcionado y ahora tenía la clara y persistente impresión de que todo había dependido, más de lo que pensaba, de su respuesta exacta a la pregunta sobre lo que ahora sentía por Sophie.

Oh, sí, también estaba Sophie. Alban aún no sabía qué pensar de ella, de sus sentimientos hacia ella. ¿Había terminado adecuada y oficialmente con ella? ¿Había sido una experiencia catártica y purificadora? ¿O acaso el paseo en barca y el pequeño incidente con la cuerda de arranque habían mantenido de algún modo la llama encendida, e incluso la había avivado, de forma que aún no estaba libre de aquel antiguo e inmaduro encaprichamiento? No lo sabía, todavía no. Se sentía dividido, capaz de ver ambas perspectivas del asunto. Podía entablar un debate consigo mismo para defender ambos puntos de vista y no era capaz de decidirse por uno con clara ventaja sobre el otro.

¿Cuál quería él que fuera esa decisión?

Supuso que quería librarse de ella. Se trataba de una estúpida obsesión adolescente cuya fecha de caducidad ya había pasado hacía mucho. Él quería ser capaz de acudir a V. G. y simplemente decir: «Lo que desees de mí, y cuanto desees de mí, ya lo tienes. Aceptaré cualquier grado de proximidad y compromiso que me ofrezcas o me pidas».

Parte de él aullaba ante esa opción. Alguna especie de elemento ancestral de su ser entraba en estado de apoplejía ante la simple idea de abandonar su eterno amor y su compromiso hacia Sophie. Él se había prometido a sí mismo que siempre la amaría, había formulado esa solemne plegaria en su corazón allá cuando empezaba a convertirse en quien era. Él había construido su mundo alrededor de ella, incluso si lo había hecho desde la lejanía, incluso si fue sin su conocimiento o consentimiento, incluso si la imagen que él conservaba de ella estaba basada en un «ella» que había cambiado por completo, que había madurado, crecido y se había desarrollado lejos de él y de su propio y antiguo ser, e incluso si toda esa maldita promesa se había llevado a cabo al límite del sentido común y de lo que era razonablemente saludable para él.

Era amor. Era un romántico, puro y perfecto amor; no necesitaba tener sentido ni ser racional. Era la esencia de Alban, aquella pasión, aquella pureza de sentimientos y compromiso. ¿Cómo pudo pensar en abandonar eso y a ella? Esa plegaria había sido su fundamento durante todos esos años. ¿Podría ahora renunciar? ¿Debería hacerlo?

Recordaba estar tumbado sobre la cama en Lydcombe, comprometiéndose ante su verdadera madre, ante Irene, jurando ante su memoria que jamás llamaría a Leah

«mamá», o «madre» o nada de eso... Después recordaba haber renunciado a todo eso, porque Leah era amable, porque no era capaz de odiarla, así que no podía sentir indiferencia hacia ella, por lo que admitió que le gustaba y, cuando a veces la llamaba «mamá», simplemente parecía ser lo correcto. Se había sentido culpable, maduro y pragmático; y como si estuviera traicionando a Irene, todo al mismo tiempo. Así que rompió su juramento. Ya había hecho esa clase de cosas con anterioridad.

Era difícil que eso no ocurriese, si se era lo bastante estúpido como para hacerse promesas pueriles a uno mismo.

Apóstata, pensó. Traidor en serie.

Sophie constituía su religión, pensó, con algo de sorpresa. Había construido un templo alrededor de su imagen, su ídolo, su icono eterno, inmaculado e incorruptible. El culto a aquel símbolo se había convertido en lo que de verdad importaba, en lugar de la chica que era en realidad, o la mujer en que se había convertido. Ella representaba la fe de Alban en su propia pureza de espíritu, su habilidad para seguir creyendo en algo. Si podía creer en su amor por Sophie, también podría creer que él era una buena persona, una persona digna, un hombre decente. Él era ateo y laico, pero ahora tenía que enfrentarse a su propia y estúpida fe, al atolondrado sistema de creencias que había estado arrastrando durante todo aquel tiempo, y aceptar que era una tontería. Quizá había sido una tontería útil, en unas circunstancias de relativa ignorancia, de la misma forma que pueden serlo las religiones convencionales, pero aun así era una tontería.

Una vez, él había calificado las religiones como asociaciones que minaban la razón. Mierda, no se había percatado de la autoridad con la que hablaba. Puede que le debiera una disculpa a Tony Fromlax.

En su cabeza, podía sentir una muchedumbre particularmente pacífica y comedida, que asaltaba educadamente el complejo de templos que tenían tallada la imagen de Sophie. Casi podía oír los gemidos de los sacerdotes, los lamentos de los fieles mientras la ilustre y limpia multitud de intelectuales (que enarbolaban pergaminos, cuidadosamente argumentados y con la tinta todavía húmeda, en lugar de antorchas) mancillaban el sagrado terreno con su presencia, sus dudas y su infiel y contestataria carencia de certeza.

La inquisitiva y tremendamente educada muchedumbre arrastraba fuera de la oscuridad del templo algunos de los valiosos textos sagrados, llevándolos hacia la fría luz del día y la razón, y los impotentes sacerdotes lloriqueaban y se tiraban de los pelos tras ellos.

«Se han marchado todos, maldita sea...», «Me caí del caballo, chaval», «¡Caray, tío! Tampoco me gustó hasta ese punto...», «Ni una mísera hojita...». (Además, su faceta avariciosamente esperanzada, la parte obsesiva compulsiva de su personalidad que coleccionaba esas pequeñas reliquias, se disponía a añadir «Sí, mi capitán» al canon, justamente hoy). Todos expuestos al sol, todos retorciéndose bajo la potencia de la luz del día y forzados a parecer tristes, patéticos y ridículos. Ahora comprendía

lo superficiales que habían sido los fundamentos de su fe. Lo inadecuados que fueron los cimientos de su improvisado y casero culto personal.

—Prima, prima, dulce prima.

Lo susurró muy silenciosamente, hacia la perfecta oscuridad del dormitorio, mientras Fielding roncaba de forma inconsciente.

Una oración de despedida.

Por supuesto, sería un error simplemente cambiar a Sophie por Verushka. Él conocía la existencia de tal peligro. Podía adorarla con facilidad, de hecho ya se trataba de una rival religiosa en su cabeza; un nuevo y reluciente culto, más efectivo, más mundano y novedoso comparado con la arcaica adoración a Sophie.

Eso sería realmente estúpido. Si alguna vez lo descubriera, V. G. no le agradecería el ser venerada de esa forma y, al final, sin duda, acabaría destruyendo cualquier cosa que hubiera entre él y V. G., y cualquier cosa que pudiera llegar a haber entre ellos.

—Tan sólo ámala, idiota —dijo con un tono de voz normal, y volvió a sorprenderse. Había sonado demasiado fuerte en la habitación. No pretendía decirlo tan alto.

De repente, Fielding había dejado de roncar. Alban se giró hacia donde sabía que se encontraba su primo, pero no pudo ver nada debido a la completa oscuridad. Entonces oyó a Fielding moverse, quizá dándose la vuelta sobre la cama. Enseguida empezó de nuevo a roncar. Alban elevó una vez más su mirada hacia el invisible techo.

Amala, se dijo. Si eso es lo que sientes, si puedes empezar a dilucidar qué es lo que realmente sientes por ella ahora que te has liberado de ese absurdo culto a Sophie (quizá, probablemente), entonces límitate a comportarte como un adulto al respecto, a ser sensato al respecto. Acéptalo como venga. Prueba a ver cómo te va con ella. De acuerdo, ella no desea tener hijos, y probablemente nunca quiera vivir contigo. Solo dale todo lo que puedas ofrecer y sé honesto. Y si aparece otra persona que te ofrece todo aquello que deseas, o crees desear, entonces al menos V. G. debería comprenderlo. Te lo ha dicho en suficientes ocasiones.

Además, nadie llega nunca a conocerse a sí mismo, de modo que podría estar equivocada con respecto a eso, yes posible que, llegado el momento, se sintiera más celosa de lo que ahora se imagina, pero de todas las personas que has conocido, ella es la que menos probabilidades tiene de engañarse a sí misma. Mientras tanto, sácale partido al tiempo que paséis juntos. Y si, efectivamente, dura para siempre, por el resto de vuestras vidas, ¿se te ocurre alguien mejor con quien pasar ese tiempo?

Pues no.

Deseaba tanto que estuviera a salvo, que se encontrara bien e ilesa, y deseando verle... Mañana, si contaba ese momento como hoy, y no como anoche. Mañana; la vería mañana. *Si el destino quiere, se dijo. Si la ocasión lo permite.*

Finalmente, se quedó dormido.

Se levantó antes de las seis, completamente despierto, pero consciente de que volvería a estar cansado por la tarde. Desayunó solo, sirviéndose en la cocina y preparándose el almuerzo para llevar; después, tras tomar prestada una vieja bolsa de pesca del guardarropa para usarla de mochila, y dejar una nota sobre la mesa octagonal del vestíbulo principal en la que marcaba la ruta que iba a seguir, salió de la casa, sintiéndose extrañamente aliviado e incluso exultante de haber escapado del lugar sin que nadie lo hubiera visto.

Caminó a través de los jardines y bosques bajo una ligera llovizna procedente de varias nubes pequeñas que no tardaron en desaparecer para dejar sitio a una mañana brillante y azulada. Recorrió la suave pendiente a lo largo del sendero que llevaba al noroeste, sobre la ladera del Beinn Aird da Loch, sobre el lugar donde su madre había muerto, viendo a las gaviotas dar vueltas y caer en picado sobre las tranquilas aguas negras. Tan solo entonces recordó que Andy quería esparcir unas flores en el lago esta mañana. Pensó en regresar, pero finalmente decidió no hacerlo.

El sendero dobló la esquina después de un rato, dejando atrás la vista de un oscuro lago, para ser sustituido por otro.

Volvió a descender, hacia el nacimiento del lago Glendhu, entre escarpadas filas paralelas de acantilados. Cruzó el río por el pequeño puente que había justo sobre una estrecha playa de piedras, y siguió el camino hacia el extremo más alejado del Gleann Dubh, cuyos acantilados y paredes de roca creaban un oscuro cañón de piedra del que fue un alivio salir por el otro lado, rumbo a la azulada riqueza del cielo sobre los verdes, amarillos y marrones de las colinas circundantes.

Una vez lejos de la pronunciada sombra que caía sobre la estrecha cañada, se desvió del camino principal hacia la orilla septentrional de un pequeño lago, cuyo nombre tuvo que mirar en el mapa para recordarlo, y avanzó esforzadamente sobre un agreste y accidentado terreno hasta que, al bordear la falda del Meill na Leitrach con las piernas doloridas, se topó con el camino que llegaba desde el lago More. Lo siguió durante el resto del descenso hacia un lado del arroyo que alimentaba al pequeño lago que acababa de pasar y se detuvo para almorzar. Se sentó sobre una roca, contemplando dos águilas que surcaban el cielo planeando sobre el Ruigh a Chnoic Mhóir como un par de avionetas con plumas. Bebió del agua que había embotellado en la casa, se comió sus sándwiches y la fruta, y luego continuó por el camino hasta el pasaje, desviándose a la derecha, hacia la cima del Beinn Leóid. Durante el trayecto, había estado buscando plantas interesantes (nada alejado de los habituales brezos, hierbas, helechos y árboles debilitados por el viento), pero las especies más exóticas que había localizado hasta el momento eran un par de lechos de otoñales gencianas.

Al llegar al vértice geodésico, le asaltó una fría y fuerte brisa, y permaneció allí con la espalda pegada al pilar de cemento y contra el viento, respirando con fuerza tras el último esfuerzo hasta la cumbre.

Dejó escapar una ligera risa al recordar a V. G. cotilleando sobre un viejo compañero con el que había salido unas cuantas veces antes de que tuvieran una seria pelea. «¿Alguna vez has estado paseando en mitad del viento y la lluvia y has llegado a un vértice geodésico situado sobre una gran cúspide, y lo único que quieres es cobijarte todo lo posible del temporal, de modo que puedas agacharte y comerte tus sándwiches? Bueno, mi opinión sobre su polla era la misma que pudieras tener sobre ese vértice geodésico: te alegras de que esté allí, eres feliz por no tener que compartirlo con nadie, pero no puedes evitar desear que fuera un poco más grande».

Alban se había sentido vagamente traicionero al reírse de aquello, y sufrió un escalofrío interno al preguntarse lo que ella contaría de él a un futuro amante, quizá algún día, pero después nunca se había mostrado tan ofensiva o indiscreta acerca de nadie más; consideró que, probablemente, el tipo se lo había merecido.

Oteó a lo largo de las visibles cimas hacia el norte, brillantes y afiladas bajo la persistente brisa del norte, preguntándose dónde estaría ella ahora. ¿Sobre una de aquellas lejanas cimas, mirando hacia donde él estaba a través de ese mismo aire? Probablemente no, pero al vestigio romántico que había en su interior le gustaba creerlo.

Solo vuelve sana y salva, V. G., se dijo. Solo vuelve sana y salva hasta mí.

Comió un poco de chocolate y luego se encaminó, campo a través, hacia abajo, para después volver a ascender hasta la cima sin nombre desde la que pudo al fin otear el lago Garve, la finca y la casa. A casi tres kilómetros de distancia y casi setecientos metros más abajo, la gran casa gris, difícilmente oculta por los árboles desde aquel ángulo, tenía un aspecto diminuto, perdido e insignificante; una interrupción levemente geométrica creada por el hombre en el salvaje tramo de paisaje formado por los enormes lagos y la arisca piel de roca de las conjuntas y entremezcladas montañas, el austero encanto de un camino en espiral, entretejido por la rocosas colinas a su alrededor.

Todo ello conservaba un aspecto inexpugnable e inmutable desde allí, aunque no era verdad. Siglos atrás, allí no debía haber nada más que bosque; ahora, como siempre, el perfil del terreno reflejaba el uso que se le había dado a la tierra; en este caso proporcionando un vasto cercado medio vertical para ciervos y aves de caza, todos ellos destinados a ser abatidos a tiros por gente con recursos.

Alban trató de ver el lugar como debería ser, como Neil McBride podría verlo; amenazado, al borde de un cambio irreversible. Suponed que alguna de las grandes placas de hielo se derritiera; eso es perfectamente posible que ocurra antes de que acabe el siglo. Una de las posibilidades que los climatólogos parecen encontrar eminentemente verosímil, defiende que el nivel del mar ascenderá unos siete metros. ¿Cómo afectaría eso al paisaje que estaba contemplando? Bueno, bastante menos que si estuviera contemplando Anglia Oriental, u Holanda, o Bangladesh, eso seguro. Pero incluso aquí, entre estas montañas escasamente pobladas, el cambio sería importante. Puertos, pueblos de la costa, carreteras a lo largo de la orilla y una gran

parte de las mejores tierras de cultivo; todo desaparecería. La Mansión Garbadale había sido construida sobre los restos glaciales acumulados al final de la gran trinchera vacía que era el lago Garve. Se encontraba ocho o nueve metros sobre el nivel del mar; lo bastante cerca para que el agua salada salpicara las ventanas en los días de tormenta si se derritiera Groenlandia. Si el hielo de la Antártida corría la misma suerte, entonces el lago Garve sería un lago salado y la casa simplemente desaparecería bajo las grises olas. A pesar de ello, por supuesto, sería completamente insignificante comparado con la pérdida de todas las ciudades costeras del mundo, y de varios países enteros.

Pensó en los hijos y nietos de Neil McBride y en el mundo que heredarían. Estaba, básicamente, que daba pena. Alban recordaba hablar con Sophie, en el jardín trasero de Lydcombe, sobre el hecho de que el mundo que su generación estaba heredando parecía, en ese momento, estar hecho un desastre. A veces parecía que lo único que se repetía era cada nueva generación tratando de enmendar los errores y problemas causados por la anterior, sin mencionar aquellos acumulados por antepasados incluso anteriores. Y aquello nunca parecía ser posible, dar ni un solo resultado. Siempre parecía ser necesario y ciertamente siempre merecía la pena intentarlo, pero si ponías tu alma en conseguir semejante objetivo por completo, estabas condenado a la decepción.

Recordó a Verushka cuando decía que parecía que ciertas personas nunca dejaban de buscar el Polo Este. Se refería a que, simplemente, no entendían cómo funcionaban las cosas. Era como si, al haber oído hablar del Polo Norte y del Polo Sur, hubieran asumido que también debía existir un Polo Este y un Polo Oeste, y partieran confiados, esperando encontrar alguno de ellos, sin saber que estaban inevitablemente condenados a fracasar.

Algunas esperanzas y ambiciones podían manifestarse tan solo como una dirección, no como un destino. Puede que el truco estuviera en comprender que eras parte de un proceso, que no ibas a llegar a un resultado completamente realizable, y aceptarlo, pero seguir viajando esperanzado de todas formas.

El problema era que había muchísimas personas que parecían necesitar sentir certeza, recorrer caminos que llevaran a cumplir objetivos visible que pudieran tachar como en una lista, lo claramente realizable, con felicidad garantizada o la aparente promesa de su consecución o la iluminación como resultado. Y otras tantas personas estaban determinadas a ofrecerles todas esas cosas, a través de proyectos o programas o conjuntos de reglas o instituciones o tribalismo, intolerancia, miedo a diferentes costumbres, pero siempre a través de algún tipo de fe; tanto si se trataba de fe en la persona que hacía negocio con la patente, como si era fe en una floreciente religión o cualquier otro sistema de creencia secular que hubiera sustituido parcialmente los credos primitivos y estuviera de moda en la actualidad; una vez fue el marxismo, y ahora el mercado.

Siempre había rebaños, siempre había sacerdotes.

Sacudió su cabeza.

Bajó su mirada hacia la casa, esperando ver alguna especie de movimiento por allí, el destello del sol sobre un cristal que se mueve o una simple y discernible pelusa abriéndose camino a través de los caminos, senderos o la hierba, pero no pudo ver nada durante los cinco o quizá diez minutos que estuvo observando. Con toda la vida que él sabía que existía en ese lugar, y no había señal de ella a esa hora de la tarde; la distancia y el tamaño de la cosas reducía lo que pudiera estar pasando allí abajo a una mera trivialidad.

Dudó antes del descenso. Desde allí había dos claros caminos hasta la casa. La ruta lenta y sensata era un estrecho camino, ocasionalmente desnivelada que bajaba describiendo una serie de suaves zigzags hacia su derecha. La ruta rápida era una subida trepando hasta unas piedras del tamaño de un coche a un lado del acantilado que había a sus pies, y luego un divertido pero frenético correteo a través de un tramo de desprendimientos, acompañando a una gigantesca alfombra de rocas sueltas todo el camino hasta la oscura masa de abetos que poblaban la plantación meridional.

Corretear entre el desprendimiento era emocionante pero peligroso; siempre existía la posibilidad de una caída, un esguince o incluso ser golpeado por una piedra más rápida que se soltara más arriba. Incluso había un grado de culpabilidad de por medio; al fin y al cabo se trataba de deteriorar el paisaje. Tan solo lo había hecho dos veces. En ambas ocasiones fue en ese mismo lugar; una vez con su padre hacía unos veinte años, y otra con Neil McBride, puede que unos cinco años atrás. Sabía que el camino prudente, especialmente al encontrarse solo, era tomar la ruta estrecha y zigzagueante, aunque la escarpada, traqueteante y agitada locura de tomar el camino abrupto poseía su propio y salvaje atractivo.

En fin; mientras reflexionaba la ruta a escoger, se le ocurrió una idea. Una idea que podría conseguir extraer algo de verdad de Win, si es que tenía algo que confesar. Echaría una siesta aquella tarde, lo consultaría con la almohada y luego vería lo que ocurría por la noche en la gran fiesta de Win.

Se alejó del estrecho sendero, apretó todo lo que pudo la cinta de la bolsa de pesca sobre su hombro, luego rodeó el desfiladero por un lado y trepó hasta las piedras gigantes. Miró hacia el escarpado y grisáceo peñascal que llegaba hasta la línea de árboles, los jardines y la casa; después, dando un grito, saltó sobre la ladera, dejándose llevar por la inclinación, corriendo hacia abajo, sintiendo el martilleo del corazón, la presión en las piernas, los pies descendiendo por la desprendida superficie gris, deslizándose en un tambaleo apenas controlado e inclinado hacia atrás, con los miembros agitándose al impuesto y simétrico ritmo de las piedras que corrían y saltaban junto a él, cayendo tan deprisa que podía sentir el ligero estallido causado por la presión en sus oídos.

Jadeante, sin parar de reír y con las piernas temblorosas, llegó a los árboles acompañado por el traqueteo de las piedras, un par de minutos después de haber saltado sobre la ladera de peñascos.

—Sí, claro, el jodido *Brigadoon*^[13] —espetó Larry Feaguing—. Te lo digo yo, hombre; este sitio es una olla de basura al final del arco iris de mierda.

—A lo mejor deberíamos comprar también la finca —sugirió Fromlax. Había dado por hecho que ya no tenía ningún sentido protestar ante las palabrotas de su jefe, al que había reprobado por última vez dos copas atrás. Feaguing le había dedicado una mirada de desagrado antes de decirle que se sacara del culo al menos uno de sus dedos. A Larry le disgustó que la junta hubiese aprobado comprar el Grupo Wopuld por doscientos millones.

Había realizado un trabajo muy bueno camuflando*su disgusto durante la cena por el octogésimo cumpleaños de la abuela, cuando había golpeado su vaso y se puso en pie después de que terminasen los demás discursos y les dijo que la compra había sido aprobada, sujeta a ciertas negociaciones acerca de la combinación entre efectivo y acciones y todo el papeleo legal y bla, bla, bla (la ovación fue formidable, manifiesto el regocijo, sinceras las alabanzas e impresionantemente desmedido el posterior flujo de alcohol), pero Fromlax sabía que Feaguing estaba interiormente molesto al haber fracasado en asegurar la transacción por menos de la máxima cantidad que tenía permitida.

Incluso existía un pensamiento rondando por las cabezas de los miembros de la junta acerca de que, ya que Larry había recibido la autorización para, simplemente, aceptar ese precio, había estado haciéndoles perder el tiempo al llamarles para asegurarse. De forma que ahora Feaguing creía que la junta le había fallado a él al negarse a jugar y decir que no, al menos de entrada, al precio de doscientos millones, *privándole* de cualquier ayuda con la que reducir esa cantidad. Se estaban rindiendo, pero sería él quien parecería débil.

—¿Qué? —preguntó Larry—. ¿Comprar qué?

—Comprar la finca, comprar este lugar —explicó Fromlax, inclinándose hacia su jefe para que nadie pudiera oírle. Dado el volumen de las risas y conversaciones, y de la banda de música tradicional que tocaba de forma entusiasta sobre la tarima del extremo del salón de baile, probablemente aquello era una precaución innecesaria—. Está, *umm*, a la venta.

Feaguing lo miró como si estuviera loco.

—Comprar Carcamale. Sí, claro; propónselo a la junta —respondió apartando la mirada y meneando la cabeza. Su expresión cambió a una sonrisa profesional cuando dos de las mujeres del clan Wopuld (la tía «nosequé» y la nieta «ni idea») se acercaron para pedirles que bailasen algo llamado *Dashing White Sergeant*. No les quedó más remedio que aceptar aunque, para Fromlax, todos esos bailes escoceses de giros y saltos parecían haber sido diseñados explícitamente para que los extranjeros,

que desconocían los complicados pasos y los extremadamente difíciles movimientos, tuvieran pinta de patosos y estúpidos. Fueron arrastrados hacia el interior del ordenado tumulto de bailarines una vez más.

—¿En qué andabais metidos aquella vez en Singapur? ¿Os acordáis? —le preguntó a Fielding el primo Steve, el tipo de las grúas para las terminales de contenedores. Se encontraban en el bar improvisado junto al extremo del salón de baile opuesto al de la banda, sudorosos tras un baile especialmente animado. Ambos vestían con uniforme de gala escocés, tipo príncipe Carlos, con faldas y zurrónes y todo lo demás, salvo las chaquetas, que habían sido sudorosamente abandonadas tras el primero de los enérgicos bailes. Fielding había olvidado el calor que daba aquel atuendo. No todos los varones de los Wopuld decidieron pasar por ese atavismo nupcial caledonio (una tercera parte vestía con la habitual corbata negra), pero la familia había adquirido un señorío o algo así cuando Henry compró la finca; tenían su propio diseño de tartán, y por lo tanto, los varones tenían derecho a llevar pesadas faldas plisadas, zapatos con lazos de niña cruzados en moña sobre gruesos calcetines blancos (unos calcetines que, francamente, tenían la longitud de una media si se colocaban correctamente) y navajas enanas (terminología técnica). Por lo que se veía.

—¿Singapur? —Fielding fingió rebuscar mentalmente el suceso. Sacudió su cabeza y bebió un poco de champán (se estaba bebiendo un montón de champán esa noche, así como copiosas cantidades de güisqui), después se quedó muy quieto y movió su dedo índice—. Oh, sí, aquello. —Dio un trago. Clavó su mirada en Steve—. Te diste cuenta, ¿verdad?

—Parecía algo más que alcohol y gambas en mal estado —afirmó Steve mientras asentía.

—Tendrías que preguntarle a Alban —se excusó Fielding—. Yo no me acuerdo.

—¿Pero estabais colocados?

—Hasta las cejas —admitió Fielding.

—¿Dónde te has metido hoy? —Haydn le preguntó a Alban, sentándose pesadamente sobre la mesa y casi volcando la copa de champán que había traído con él. Haydn también llevaba puestas al completo las galas escocesas y llevaba ya algún tiempo en ese estado de saturación alcohólico en el que no sentía vergüenza de llevar semejante atuendo. Alban también vestía falda, aunque su uniforme era menos formal: zapatos cómodos, zurrón de cuero, una apagada versión del colorido tartán familiar y una de esas camisas sin botones, con manga ancha y cuello atado con cordones.

—He estado dando un paseo —respondió Alban.

—¿Dónde? ¿Por la carretera?

—No, por las colinas.

—¿Qué? ¿Sólo por placer?

—Eso es.

—Pensábamos que te habías marchado de la casa cabreado o algo así —le contó Haydn—. Se habló de partidas de búsqueda. Tu amigo Neil McNosequé estaba decidido a llamar a la Patrulla de Montaña.

—Lo sé. Al parecer, los niños estaban haciendo una competición de aviones de papel desde la galería, a través del vestíbulo, para ver quién podía hacer un avión que saliera volando por la puerta principal. La nota que dejé fue transformada en un avión o algo así y la descubrieron más tarde, bajo un Land Rover.

—Aaajá. —Haydn parecía estar algo mareado por la congregación de gente que saltaba y bailaba a su alrededor—. Todo el mundo parece ser muy feliz —señaló.

—Tú también deberías estarlo —le dijo Alban—. ¿No es así?

—Jodidamente extasiado.

—¿Vas a permanecer con la empresa una vez que se haya vendido?

—Eso es lo que pretenden que haga —le explicó Haydn, quien dirigía su mirada hacia la danzarina multitud como si estuviera hipnotizado—. Significaría marcharme a los Estados Unidos.

—¿Adonde exactamente?

—¿Manhattan? —Haydn dio un trago de su copa—. ¿San Francisco?

—Hay sitios peores.

—Puedes apostar por ello. —Miró a Alban—. ¿Tú qué harías? ¿Qué harías en mi situación?

—¿Yo? Oh, tendría tantas ganas de irme a los Estados Unidos ahora como de haberme ido a Alemania en los años treinta. Pero hablo por mí. En tu lugar, probablemente iría. No eres musulmán, que es el nuevo judío, de modo que probablemente estarás a salvo.

Haydn se quedó mirándole con un ojo cerrado, entonces se acordó de la visión binocular.

—Win tiene razón. De verdad te tomas todo esto en serio, ¿verdad?

—Lo sé. Es un punto débil, francamente.

—Para que luego digan que Win y tú nunca estáis de acuerdo en nada.

—¿Vamos a ser todos asquerosamente ricos? —le preguntó Doris a Beryl, elevando su voz sobre el sonido de la banda. Estaban sentadas a la mesa que compartían con Andy y Leah, Alban, y Cory y su marido con los niños. No es que ninguno de los niños estuviera realmente sentado o lo hubiera estado durante mucho tiempo; todos ellos parecían estar jugando en el cuarto de juegos, con la videoconsola en el salón del televisor o explorando partes de la casa que no habían sido abiertas hasta esa noche, ahora de par en par para todos y cada uno, en un exceso de festividad.

—¿Qué dices querida? —inquirió Beryl.

—¿Vamos a ser todos asquerosamente ricos? —repitió Doris.

—Bueno, yo sí, querida —respondió Beryl—. Tú no tienes acciones, vieja amiga.

—Eso es muy desagradable por tu parte.

Beryl dio unas palmaditas sobre la mano de Doris.

—Ambas seremos ricas, amiga mía. Aunque yo no era consciente de que hubiera ninguna necesidad en nuestras vidas, tal y como han transcurrido hasta, eh, ah, ¿cuál es la palabra? Hogaño. Sí, hasta hogaño.

Doris asintió despacio. Obviamente estaba pensando.

—Creo —dijo con convicción—, que deberíamos comprar un caballo de carreras.

Beryl, que se detuvo con su bebida a medio camino de los labios, pareció estar ligeramente asombrada antes de responder.

—¿Sabes una cosa? Creo que esa es una idea estupenda.

Todos los bailes populares siguen un patrón. Después de cada dos, tres o cuatro piezas, la banda toca un pausado vals o un foxtrot para que la gente descanse, se siente o simplemente para que tengan la oportunidad de bailar en pareja.

Alban bailó lentos y delicados vales con Beryl y luego con Doris, y más tarde con Win porque, después de todo, era su cumpleaños.

—En fin, conseguimos veinte millones extra gracias a Kathleen —apuntó Win. Al sostenerla, incluso a la recatada distancia dictada por el baile, Win parecía casi insoportablemente ligera y frágil. Alban, con el zurrón a un lado para evitar presionar a su compañera de baile en lugares desafortunados, era muy consciente de su peso y fuerza comparados con los de aquella diminuta y anciana mujer, que cada año se hacía más diminuta, comprimiéndose y concentrándose como algo que fuese reducido en un horno o en un secadero. Por supuesto, Alban no se hacía ilusiones de que aquello simbolizase en ningún modo el debilitamiento de Win, o de la familia, en su tenacidad.

—Sí —coincidió—. Ahí lo tienes. Yo hubiera hecho que nos plantásemos en ciento ochenta miserables dólares norteamericanos, condenándonos a la miseria. Gracias a Dios que la tía Kathleen estaba allí para salvarnos.

—Es algo más del diez por ciento de diferencia, Alban. No es nada trivial, ni merece ese sarcasmo que, obviamente, te sientes tan orgulloso de ofrecernos.

Alban estimó que Win sonaba un poco bebida. Ella raras veces se permitía alcanzar semejante grado de embriaguez, al menos en público. Bueno, se dijo Alban, era su fiesta, y la familia al completo acababa de recibir un gigantesco regalo a cambio de la empresa familiar. Win abandonaba la casa, la finca y la supervisión de la compañía mientras aún se encontraba en sus cabales y, según sospechaba él, a cambio de algo muy cercano a lo que desde el principio habían sido sus propios términos. Siempre es bueno celebrar cuando uno ha sobrevivido a todos sus rivales, ha dejado atrás a todos sus competidores y ha conseguido lo que ha deseado durante

tanto tiempo. ¿Quién no se sentiría triunfal y se permitiría tomar un par de sorbetes?

—Y estoy convencido de que todo el mundo se sentirá algo más del diez por ciento más feliz que lo que se sentirían de otro modo —afirmó Alban.

—Bueno, de todas formas —continuó Win con un somnoliento tono de ancianita que instantáneamente avisó a Alban de que algo mordaz estaba en camino—, me alegro de que fueras capaz de interpretar tu papel. —Win sonrió con dulzura.

Alban no dudó de que debería haberse sentido insultado.

—Me alegro de haber servido de ayuda —le dijo.

Continuaron bailando. Creo que debería probar mi plan, pensó.

Alban bailó con Gudrun Selves, la asistente legal de nombre exótico y fantástico cuerpo. Tenía el pelo corto y negro azulado, era de su misma altura con los tacones puestos, vestía un pequeño vestido negro y lucía unas piernas estupendas. Estaba muy solicitada y felizmente, no mostraba interés alguno en hablar de leyes.

Bailó con Leah, que iba vestida con un vestido de un azul bastante serio que no se volvería a poner en, al menos, diez años; iba un poco achispada, feliz aunque también un poco triste, lamentando contemplar la venta de la empresa familiar, pero contenta de ver a todos los demás tan eufóricos. Le comentó que deberían haber insistido en que Verushka asistiera a la fiesta, ya que él parecía feliz cuando estaba a su lado. Alban contestó que le agradaba oír eso.

Bailó con Sophie, resplandeciente con un ceñido vestido plateado, como si se hubiera ajustado una bola de discoteca sobre el cuerpo. Alban le pidió un favor.

Ella se separó de él mientras bailaban.

—A lo mejor deberíamos sentarnos —dijo Sophie.

—A lo mejor —afirmó él. La condujo hasta una mesa libre, no muy lejos de donde Win estaba sentada junto a su pequeño círculo de familiares veteranos y complacientes lacayos. Alban tomó asiento de forma que pudiese ver a Win por encima del hombro de Sophie. No les estaba mirando, pero tuvo la impresión de que no habían pasado inadvertidos.

—Antes, sería mejor que te diera una explicación —ofreció.

—No —atajó Sophie, inclinándose hacia él con una sonrisa—. Antes deberías traerme más champán.

—De acuerdo.

Alban pensó que ya parecía estar lo bastante animada, pero fue hasta la barra y regresó con un par de copas. Se inclinó y le dio un beso en la mejilla mientras ponía las copas sobre la mesa, mirando a Win con el rabillo del ojo.

Sophie entrecerró los ojos. Él vaciló cuando estaba a punto de sentarse, luego extendió su mano libre hacia ella.

—Mejor sentémonos en algún otro sitio.

—¿A qué coño estás jugando, Alban? —preguntó Sophie, siguiéndole a un extremo de la habitación, hasta otra mesa vacía junto a una esquina del salón de baile, no muy lejos de la banda.

Una vez que estaban sentados, Alban habló.

—Sophie, quiero que hagas creer a Win que me amas.

—¿Después de todo lo que ha pasado? —preguntó riéndose.

—Después de todo lo que ha pasado —afirmó él—. Deja que te lo explique. ¿Puedo?

—Dispara —dijo Sophie, agitando una mano mientras se bebía su champán.

Le contó algo acerca del asunto de Irene, sus palabras semiinconscientes en el hospital, delante de Beryl, sus poco entusiastas intentos de descubrir algo más, y la forma en la que Win se había expresado el día anterior, cuando le hizo frente en su cuarto de estar, mientras tomaban té y tostadas.

—Claro —repuso Sophie, frunciendo parcialmente el ceño—. He oído hablar de esa miel. ¿Es verdad que es como la cocaína?

—Sophie, ¿estás escuchando lo que te estoy diciendo?

—Siento mucho lo de tu madre —aclaró ella, repentinamente seria otra vez—. ¿Por qué tengo que hacer creer a Win que te amo?

—Por lo que ella me preguntó ayer —le explicó—. Tuve la impresión, cuando pensé en ello más tarde, de que si le hubiera dicho que aún creía en un futuro contigo, podría haber confesado. Le dije la verdad como un idiota y se cerró en banda.

—¿Y cuál era esa verdad? —inquirió Sophie, dando vueltas a su copa de champán sobre la mesa, arrugando las cejas de una forma preciosa.

—Que fuiste mi primer amor de la adolescencia, que siempre pensaría en ti con cariño, que siempre te adoraría, le dije; pero que eso era todo.

—¿Todo? A mí me parece mucho. —Sophie parecía cautelosa—. Esto no será tan solo alguna estrategia para intentar recuperar mi... —Llevó su mirada hacia el techo y murmuró: «Sé amable», entonces volvió a mirarle a los ojos antes de continuar—. Mi afecto, ¿verdad?

Alban se llevó una mano al pecho.

—Te lo juro. No se trata de eso. Se trata de intentar sacarle alguna información a Win.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—¿En serio?

—En serio.

—¿Seguro?

—Absolutamente. Confía en mí; soy un hombre.

Cuando ambos dejaron de reír, Sophie se inclinó hacia él.

—Entonces, ¿qué tengo que hacer?

Alban localizó a la tía Lauren pasando no muy lejos de allí, sin mirarles. Se inclinó aún más hacia su prima. Podía oler su perfume, penetrante, cálido e intenso.

—Darle la impresión de que crees que soy bastante maravilloso, que has decidido que quizá nos equivocásemos al estar separados durante todos estos años, que deseas

verme más a menudo, puede que darnos otra oportunidad.

—¿Sabes? —dijo Sophie mientras fruncía el entrecejo, acercándose tanto a él que casi estaban nariz contra nariz; Alban aún podía imaginar a la tía Lauren detrás de ellos—. Si esto es una compleja técnica de seducción —susurró—, no funciona, ni va a funcionar y está básicamente condenada al fracaso.

—Soy plenamente consciente de ello, prima.

—Bien —acordó Sophie, parpadeando lentamente. Se apartó y volvió a coger su copa de champán. Levantó su bebida—. Por ser plenamente consciente.

—Plenamente consciente —repitió él, brindando. Apuraron las copas y se levantaron para terminar su baile, llegando tan solo al final del vals; después, se unieron al grupo para un alocado y enérgico *Strip the Willow* y *Gay Gordons* aporreando el suelo antes de terminar juntos en un baile lento completo, acordado como ayuda para convencer a Win de que, lo que Sophie parecía estar a punto de permitir, era perfectamente verosímil.

Se separaron; él a orinar y ella al bar, en busca de un enorme vaso de agua y luego a declarar ante el tribunal de Win.

Tras su visita al baño, Alban atravesó el vestíbulo principal y se quedó un rato fuera, junto a la puerta, tan solo para respirar un poco de aire fresco. No había mucho humo en el salón de baile, ya que pocos parecían fumar hoy en día, aunque hacía un calor sorprendente para ser una sala con el techo tan alto. Había esperado ver estrellas ahí fuera, pero la noche era oscura y estaba empezando a caer una lluvia muy fina. Había luz en las ventanas de ambas alas de la casa, y un par de elevados focos de la fachada principal bañaban los coches y demás vehículos con su luminosidad fuerte y brillante que la suave llovizna hacía poco por suavizar.

Percibió un rastro de humo de tabaco y oyó el tenue crujido de un zapato sobre la gravilla. Vio aparecer a Tony Fromlax desde detrás de uno de los Range Rover.

—Buenas noches —saludó Alban.

—Ah, hola —correspondió Fromlax.

—Me acuerdo de los viejos tiempos —comentó Alban—. La gente solía escabullirse para fumarse un porro. Ahora les toca a los cigarrillos ser socialmente inaceptables.

—Sí, bueno, es mi último vicio —aclaró Fromlax, aparentemente avergonzado.

—Su secreto está a salvo conmigo.

Fromlax levantó la mano, mostrando un teléfono móvil.

—También estaba llamando a mi hermano.

—Ya, aquí la cobertura no es muy buena.

—Le llamo cada día, si puedo. Se encuentra en Irak.

—¿En el ejército?

—Sí.

—Espero que vuelva a casa sano y salvo.

—Bueno, todos lo esperamos. Pero antes, allí hay un trabajo que hacer.

—Tiene razón. Los beneficios de Halliburton y Bechtel han de estar bien protegidos.

Fromlax bajó su mirada hacia las piedras de la calzada, después volvió a mirar a Alban.

—¿No se desespera a veces de ser tan cínico, señor McGill?

—¿No se desespera usted de equivocarse siempre?

—Nos estamos vengando por lo que nos hicieron e intentamos darle a esa gente la ocasión de vivir mejor. Tenemos derecho a hacer lo primero y la obligación moral de hacer lo segundo. No entiendo cómo puede ver algo equivocado en eso.

—El estado iraquí no tiene nada que ver con el Once de Septiembre, si es eso a lo que se refiere. Nada de nada. Y si lo que queréis es darle a «esa gente» la ocasión de vivir mejor, salid cagando leches de su país. Dejad de interferir. —Alban vio que Fromlax estaba a punto de replicar, pero continuó hablando; entrando en materia, por decirlo de forma educada, o simplemente habiendo llegado al límite de su paciencia con los americanos ingenuos, si era sincero—. Jesús —dijo—, estáis cometiendo constantemente nuevos errores para compensar los errores cometidos anteriormente, ¿no es así? No os gusta que los nacionalistas de izquierdas votasen por el poder en Irán, así que montáis un golpe y ponéis al Sah al mando, luego os cabreáis y sorprendéis cuando resulta que a los iraníes no les gustan los déspotas apoyados por los Estados Unidos que ellos no han elegido, de forma que los mulas toman el mando; cerráis los ojos ante los bastardos bárbaros y medievales de Arabia Saudita durante décadas porque resulta que están asentados sobre un desierto lleno de petróleo, y no os importa una mierda que estén usando su parte de los beneficios para promocionar su estúpido wahhabismo fundamentalista por todo el mundo musulmán, y luego tenéis el morro de parecer estupefactos, apabullados de jodido asombro cuando las cabinas de los aviones se llenan de extremistas saudíes que se estrellan contra vuestros edificios el Once de Septiembre; apoyáis a Saddam Hussein contra los mulas en Irán, y no veis cómo podría salir mal; apoyáis a los muyahidines en Afganistán y conseguís a Bin Laden; apoyáis...

—¿Ah, sí? ¿Y quién crees que...?

—No, espera un puto momento —espetó Alban, dando un paso hacia delante y señalando al pecho de Fromlax—. Todavía no he terminado. La cuestión es que todavía lo hacéis. Ahora estáis apoyando a Musharraf en Pakistán porque podría ayudaros a capturar a Bin Laden. Todo por la causa de la democracia, Musharraf tuvo que dar un golpe de estado para llegar a donde está; él también es un déspota no electo, un dictador militar, excepto que su estado ya tiene armas nucleares y la oposición se vuelve cada vez más fundamentalista bajo su culo, específicamente porque vosotros, muchachos, lo apoyáis. —Alban dio un paso hacia atrás, se apoyó sobre su pie trasero y examinó a Fromlax con los brazos cruzados—. Bueno,

entonces, ¿qué podría salir jodidamente mal en esa situación?

Fromlax meneó la cabeza. Levantó ambas manos con las palmas hacia abajo.

—Señor McGill —dijo, mirando hacia las piedras que había frente a los pies de Alban—. Estoy aquí, en su territorio, su finca, el hogar de su familia, simplemente para tratar de negociar el mejor trato posible para todos nosotros. Creo que es usted un individuo muy agresivo y perturbado y lo único que deseo ahora es regresar al interior, así que le pediría que no se interpusiese en mi camino.

Alban miró a aquel hombre durante un momento. Sacudió parcialmente la cabeza y luego se apartó a un lado, dando otro paso más hacia atrás para despejar completamente el camino hacia la puerta.

—¿Señor Fromlax? —dijo Alban, justo antes de que el norteamericano desapareciese en el vestíbulo. Fromlax se volvió hacia él, aparentemente cauteloso—. Yo también estaba a favor de la guerra, al principio —confesó—. Mi chica y yo por poco no separamos a causa de ello. Yo tenía mis razones, y podía defenderlas pero, ¿sabe lo que ella me dijo? Cito textualmente: «Tratar de justificar esta guerra es como tratar de justificar la violación; puedes pintar tus excusas del color que quieras, pero al final estarías igualmente avergonzado de ti mismo». Me pasé un año, en el que básicamente lo negaba, intentando encontrar una respuesta a eso, pero nunca la encontré. ¿Qué me dice usted?

Fromlax le miró a los ojos durante uno o dos segundos, luego sacudió la cabeza y volvió a entrar en la casa.

Alban tardó otros cinco minutos en calmarse al aire libre, en recuperar la normalidad en su respiración y que sus pulsaciones se serenasen.

Finalmente tomó una profunda bocanada de aire y volvió a entrar.

Cuando regresó al salón de baile, en el que continuaban los alocados correteos mientras enormes círculos giratorios de gente danzarina bailaban el *Eightsome Reel*, se encontró con la tía Lauren.

—Lauren —le dijo—. ¿Quieres bailar?

—Puede que más tarde —contestó Lauren cogiéndole del brazo—. A Win le gustaría hablar contigo —añadió.

—Excelente —replicó él—. Que venga.

—Está en el salón —le aclaró Lauren y volvieron a girarse hacia las puertas—. Alban, parece bastante enfadada.

—¿De veras? —preguntó él. *Parece que es mi noche para enfadar a la gente; pensó.*

—Sí, es muy... Estaba de tan buen humor. Bueno, tiene motivos para estarlo, ¿verdad? —le comentó Lauren mientras atravesaban el vestíbulo hacia el salón.

—Su cumpleaños —afirmó Alban—. Un gran cumpleaños. Y todo ese dinero. ¿Le ha gustado mi tarjeta?

—Estoy segura de ello. —Se encontraban ante las puertas dobles que llevaban al interior del salón. Lauren las abrió. La habitación estaba en gran parte sumergida en

la oscuridad, con tan solo un par de lámparas de mesa que iluminaban una pared cada una, y el fuego de la chimenea, que era un rescoldo sin llama, producía un brillo rojo en un extremo. El salón parecía estar vacío hasta que Alban percibió la reducida silueta que ocupaba solo una parte de uno de los sillones orejeros que había junto al hogar.

—Ahí está —susurró Lauren—. Yo me quedaré aquí —agregó bajando la voz, mientras señalaba un asiento junto a una mesa, al lado de las puertas. Alban la dejó allí y caminó hasta donde Win le estaba esperando.

La anciana miraba fijamente los puntos donde los rescoldos del fuego brillaban en la oscuridad; un diminuto paisaje de oquedades rojas y amarillas que agujereaban la montaña de ascuas. Una profunda luz roja se reflejaba desde el metálico cubo del carbón hacia una pared del hogar, haciendo que el fino cabello gris de Win pareciera rosado, como un gorro de encaje rosa.

—Win —saludó Alban—. Hola. —Tomó asiento delante de ella.

Win esperó un momento antes de dignarse a mirarlo. Había un vaso de güisqui sobre la mesa que estaba a su lado. Le miró a los ojos durante un buen rato. Después desvió sus ojos hacia donde Lauren estaba sentada, demasiado lejos para poder oírles. Alzó su vaso y bebió un poco.

—Tengo entendido que Sophie y tú habéis redescubierto algo que todos creíamos extinguido hacía ya tiempo.

—Se podría decir que sí —admitió él. Se preguntaba cómo Sophie podría haber expresado exactamente lo que él le había pedido que contara. Le habría gustado tener unas palabras con ella primero, pero Lauren lo había interceptado.

Win colocó su vaso sobre la mesa de una forma algo inestable, contemplando el movimiento de su mano como si perteneciera a otra persona.

—¿Realmente crees que podríais tener un futuro juntos?

—Podría merecer la pena intentarlo —respondió él, tratando de sonar despreocupado, e incluso feliz—. Siempre la amaré, Win; ya te lo dije. Creía que ella sentía algo diferente pero, como obviamente has oído, parece ser que no. Podríamos tener una oportunidad de encontrar algo de felicidad estando juntos. Eso no puede ser tan terrible, ¿verdad?

—Sí, puede serlo —atajó Win, todavía mirando hacia su propia mano, que sujetaba el vaso como si lo estuviera pegando a la mesa. Volvió a levantar su mirada hacia él—. No puede ser, Alban. No se puede permitir que ocurra. No permitiré que ocurra.

Alban sacudió su cabeza.

—Lo siento Win, pero no puedes hacer nada para detenernos.

Ella continuaba mirándolo, y él pudo ver, para su asombro, que estaba llorando. Sus ojos estaban cubiertos de lágrimas, que brillaban a la luz de las ascuas. Una lágrima empezó a caer, deslizándose a un lado de su nariz. Ella, o bien no se había dado cuenta, o no le importaba, porque no hizo ni un amago de enjugárselas.

—Por favor, ¿me creerás si te digo simplemente que no puede ocurrir?

—No —replicó él, tan suavemente como pudo. ¿Por qué demonios estaba llorando? Por Dios, había soñado durante dos décadas con hacer llorar a la vieja arpía, pero ahora que estaba gimoteando de verdad delante de él, se sentía incómodo y molesto, y lo único que quería era que parase. Aun así, aquello era lo que había planeado, ¿verdad?—. No, me temo que esta vez no puedes detenernos, Win. Ambos somos adultos. Llegaremos tan lejos como queramos, y no habrá gran cosa que puedas hacer para evitarlo.

Win asintió. Una de sus lágrimas había alcanzado la punta de su nariz y se quedó allí colgada, balanceándose cuando asentía, una pequeña gotita que reflejaba la luz de la chimenea. Alban deseaba que se la limpiara, o hacerlo él mismo. ¿Se podía ser tan viejo e insensible como para llorar y no darse cuenta de tener una gota colgando de la nariz?

—Lo que Sophie y tú jamás podéis hacer es tener hijos —afirmó Win silenciosamente.

Él frunció el ceño. Se permitió reír suavemente mientras respondía.

—Bueno, Win, puede que nos estemos saliendo un poco del tiesto aquí y ahora, pero creo que nosotros tomaremos esa decisión.

Alban abrió su zurrón. Allí tenía guardado un pañuelo. Se lo ofreció; cualquier cosa para deshacerse de aquella estúpida gota que colgaba de su nariz como si fuera un moco. Probablemente la dejaba allí como recurso, como un atrezo del escenario. Muchos hombres se volvían completamente inútiles ante el rostro de una mujer llorando. Él no era uno de ellos.

—La razón por la que no puedes tener hijos con Sophie es que vosotros dos estáis emparentados más estrechamente de lo que creéis, Alban.

Aún rebuscaba el pañuelo en el interior del zurrón. Levantó la vista hacia ella.

—¿Qué? —preguntó.

—Tu padre, Andrew, Andrew McGill, no es tu padre biológico —le confesó Win; su voz sonaba débil y cansada.

Alban era consciente de haberse quedado helado. Una mano mantenía abierto el zurrón, y la otra se encontraba embutida en su interior. ¿Qué? ¿Qué era lo que acababa de decir?

—Ambos han sido unos buenos padres para ti, Alban, pero ninguno de ellos es tu verdadero progenitor. No lo es Leah, aunque eso ya lo sabes. Pero tampoco lo es Andrew.

Las manos de Alban estaban temblando. Las recogió sobre su regazo, entrelazándolas.

—¿Entonces quién coño es? —inquirió.

—Es Blake —respondió Win; su voz surgió como un suspiro entre ellos—. Blake. Él es tu verdadero padre, tu padre biológico.

—¿Qué? —exclamó—. ¿Blake?

—Por favor, baja la voz —dijo Win, que parecía apunto de derrumbarse. Estiró el brazo, de nuevo en busca del vaso de güisqui, pero su mano no era capaz de levantarlo. Bajó la mirada hacia el vaso, aparentemente olvidándose de él.

—¿Blake? —volvió a preguntar, inclinándose hacia delante—. Eso es... —comenzó a decir, antes de volver a reclinarsse en el asiento. ¿Blake? ¿Blake era su maldito padre? Aquello era una locura. Se inclinó hacia delante una vez más—. ¿Cómo es posible? Pero él... ¿Estás diciendo que...? ¿Entonces Irene es...?

—Irene era tu madre, Blake es tu padre. —Win sonaba cansada hasta la extenuación. Seguía mirándose la mano, como si intentase levantar su vaso de güisqui infructuosamente—. Fueron amantes, muy brevemente, en Londres, después de que ella hubiera conocido a Andrew. Ojalá pudiera contarte que fue una violación, lo cual sería algo horrible de decir, pero... Da igual. No lo fue, al menos por lo que sabemos. Blake no violó a su propia hermana, la sedujo. En ese momento ella, al menos en parte, lo deseaba. Aunque llegó a lamentarlo. —Win le miró a los ojos—. Bueno, eso es obvio.

Aquella frase salió con potencia. Su voz encontró fuerza adicional para ello. Alban temblaba, incluso al calor del fuego, su cabeza le daba vueltas mientras recordaba una vez más su sueño recurrente. Había desaparecido durante las últimas semanas; ni siquiera aquí, en Garbadale, había perturbado su descanso, y le preocupaba que lo hiciera; ahora regresó atravesándole. Irene cogía el chaquetón del guardarropa y salía de la casa, ignoraba a su yo del sueño, abandonándole, atravesaba los jardines hasta el oscuro lago y recogía piedras por el camino, caminaba hacia la profundidad de las aguas y se ahogaba.

—Eso es una locura —se escuchó decir ante ella—. No puedes saberlo.

—Es la verdadera razón por la que Blake fue expulsado de la familia y de la empresa. Es por lo que le exiliamos, por lo que fue a parar a Hong Kong. No estaba malversando nada, pero era culpable de incesto. El dinero que desapareció era el dinero que le dimos para que empezara una nueva vida allí. Nuestros contables manipularon los libros de cuentas. Ellos lo comprendieron.

—Pero Andy... —comenzó a decir, escuchando un extraño clamor en sus oídos. Jesús, y ahora empezaba a padecer visión de túnel; podría estar a punto de desmayarse. Aquello era una locura. No podía ser verdad.

Simplemente no se lo creía. Aparte de otros motivos, Andy le había dicho que Irene aún era virgen cuando se acostaron por primera vez... Pero eso no significaba nada. Win tan solo ha dicho que fueron amantes después de que Irene y Andy se conocieran. Pero aun así, no podía ser verdad.

—Por el amor de Dios, Alban —dijo Win, que ahora sonaba furiosa, aunque su voz todavía era frágil—, eso es por lo que Irene trató de suicidarse en Londres. Eso es por lo que se puso delante de aquel autobús. —Win se había inclinado hacia delante en su asiento y ahora, temblando ligeramente, le clavaba directamente su afilada mirada—. Pensarás que tan solo la vergüenza sería suficiente pero, como si eso no

bastase, le aterrorizaba el hecho de estar engendrando alguna clase de monstruo endogámico. ¿No lo entiendes? —Win se reclinó en su asiento—. Entonces tú naciste, y al menos estabas y entero, pero la culpa aún seguía allí. Andy se casó con ella sabiendo que era, que tú eras, de otra persona. Por lo que yo sé, ella nunca le dijo quién era el verdadero padre. Te sugeriría que tú tampoco se lo dijeras.

Alban se irguió en su asiento y trató de controlar su respiración. No iba a hacer algo tan ridículo como desmayarse. Aquello era una tontería, algo imposible, absurdo. Tan solo se trataba de una malvada anciana que trataba de impedirle que fuera feliz por algún motivo inventado y enfermizo.

—No te creo —espetó.

—Bueno, ya lo harás —respondió Win, consiguiendo finalmente coger el vaso de güisqui y llevándoselo cuidadosamente a sus labios—. ¿Estarías dispuesto a creer en una prueba de ADN?

Cristo.

—Supongo que sí. Claro. Sí, creeré en ella. Solo dime cuándo y dónde tendré que...

—Oh, ya ha sido tomada —contestó Win con una especie de desprecio contenido.

—¿De qué coño estás hablando?

—¿Recuerdas aquella vez que fuiste a ver a Haydn a París?

París. Haydn. Sus días de agente especial para la empresa, aquella noche de juerga en París y la hermosa... oh, mierda.

Alban la miró fijamente. Algo se derrumbó en el hogar y se reveló una nueva oscuridad de fuego, despidiendo unas chispas que volaron hacia la oscuridad en una anaranjada curva, y provocando que unas breves llamas lamieran lo que quedaba de las ascuas del carbón. Se quedó con la boca abierta. Tragó saliva, se aclaró la garganta y habló.

—¿Me estás diciendo...?

—No sé el nombre que usó la chica —le aseguró Win—, pero sé que era una de las putas más caras de París. —Win colocó el vaso en su sitio y le dedicó una tenue sonrisa—. Si voy a invadir la intimidad de un hombre, al menos puedes confiar en que haré lo imposible por satisfacerle como es debido. —La tenue sonrisa seguía allí, temblando tan solo cuando hablaba—. Conseguimos una muestra de Blake de forma parecida. Merecía la pena saberlo, y la tecnología lo había hecho posible. —Bajó su mirada hacia el fuego, de nuevo con aire de tristeza—. Personalmente, a pesar de todo lo que podríamos llamar pruebas circunstanciales, y de dos confesiones, siempre esperé que tu madre se hubiera equivocado de fechas y que Andrew fuera tu verdadero padre. Sospecho que él también lo esperó. Incluso llegué a desear que Irene hubiese sido más promiscua, y que hubiera una tercera persona implicada. —Win volvió a mirarle—. Me temo que no hubo suerte. Blake y su hermana, Irene, son tus padres. Tienes mucha suerte de no mostrar ningún signo de endogamia, Alban. Pero, ¿lo entiendes? Las posibilidades de que dos primos hermanos engendren un hijo

con alguna tara genética son de una entre cuatro. Tú tienes doble parentesco con Sophie; como primo hermano por las dos partes. De modo que las posibilidades de que cualquier hijo vuestro sea deforme o, bueno, tenga algún rasgo endogámico, son del cincuenta por ciento. Y esa, querido —prosiguió Win con otro profundo suspiro—, es la razón por la que reaccionamos de esa forma cuando os descubrimos en flagrante en el jardín de Lydcombe. Como si no fuera suficiente con ser primos hermanos y menores de edad.

Alban lo vio. Alban lo comprendió. El mundo y su vida parecían alejarse de él, pero estaba empezando a entenderlo. Tragó saliva unas cuantas veces antes de sentirse capaz de hablar.

—¿Quién más lo sabe? —inquirió. Incluso a él mismo, su voz le sonaba hueca.

—Kennard y Kathleen —contestó Win—. Dicen que no se lo han contado a nadie más.

Alban desvió la vista hacia donde estaba sentada Lauren, junto a las puertas.

—Lauren no —aclaró Win—. A ella nunca le hizo falta saberlo. Hace lo que le pido porque confía en mí.

Alban se quedó un momento mirando a la oscuridad. De nuevo sentía que iba a desmayarse. Buscaba errores, repasándolo todo en su cabeza, tratando de encontrar algo, cualquier cosa que no encajase.

No resultó. Todo encajaba a la perfección. La culpa, el intento de suicidio, el suicidio posterior, la desproporcionada histeria al descubrirles a él y a Sophie manteniendo relaciones sexuales, incluso la inesperada satisfacción de su noche con Kalpana, y el hecho de que insistiera en usar condones, por supuesto, hasta algunas de las cosas que Blake le había dicho en Hong Kong.

Oh, por Dios bendito. El tampoco deseaba que nada de aquello fuese verdad, pero tenía más sentido que cualquier otra versión que se le pudiera ocurrir. Oh, maldita sea.

—Haré que te envíen los informes de las pruebas de ADN —le informó Win—. Ah, y puedes llevarte todos tus poemas y cartas de amor, todo lo que le enviaste a Sophie. Lauren tenía instrucciones de enviármelas a mí. Lo siento —le dijo—. Si te sirve de consuelo, no las he leído. Nunca fueron abiertas.

—Ten cuidado con lo que deseas —pronunció Alban en silencio, más para él mismo que para ella.

—¿*Hmm?* —murmuró Win—. Sí. En fin.

Alban trató de reunir algo de odio por Win, o al menos sentir cierto resentimiento hacia ella. ¿Cómo se atrevía a manipular su vida y la de Sophie de esa forma? Y aun así, ella había hecho lo que creía que era lo correcto. Aunque podría haber habido otras maneras, tendría que pensar en ello; pero suponía que, una vez que la familia había decidido mantenerlo todo en secreto, no le quedaron muchas opciones. No podía culparla. Sentía que debía, de alguna forma, pero no era capaz.

Blake, pensó. ¿Blake?

Andy y Leah serían siempre sus padres; siempre serían papá y mamá. Pero ahora tenía otro padre, así como también tenía otra madre. Bueno, ya llevaba mucho tiempo medio acostumbrado a ello. Por lo menos gozaba de cierta simetría.

—Por favor, dime que no... —comenzó a decir Win. Se detuvo y volvió a intentarlo—. Que Sophie y tú no...

—No, no —atajó él con rapidez. Levantó una mano—. No te preocupes por eso. Olvídalo.

Win dejó escapar lo que sonó como un aliento que llevaba mucho tiempo contenido.

—Bueno —le dijo, suspirando profundamente—. Ya es suficiente para mí. Estoy agotada. Ha sido un día lleno de acontecimientos. Tendrás que disculparme.

—Permíteme —se ofreció él al verla estirarse hacia su bastón, que descansaba apoyado contra una esquina de la chimenea. Le ayudó mientras Lauren llegaba hasta ellos, atravesando el cuarto de estar.

—¿Hora de acostarse? —le preguntó animadamente.

—Creo que sí —respondió Win.

—Gracias, Alban —dijo la tía Lauren, permitiendo que Win la tomara del brazo—. Puede que nos veamos luego.

—Sí, claro.

—No te olvides de poner la rejilla de la chimenea, ¿vale?

—Muy bien.

—Buenas noches por ahora.

—Sí —correspondió él—, buenas noches. —Permaneció de pie junto al fuego mientras las dos mujeres se marchaban. Tras unos segundos, dijo—: Gracias.

Ambas se detuvieron. Win se giró parcialmente, lo miró durante un momento y luego se limitó a asentir. Lauren y ella continuaron hacia las puertas y salieron. Alban bajó la vista hacia la mesa y el vaso que quedaba allí. Lo recogió y lo apuró de un trago. Después, colocó la rejilla de protección delante del fuego, por si saltaban chispas.

Finalmente volvió a sentarse y se quedó un rato junto al fuego.

Está con ella cuando baja de su habitación, por la amplia y deslumbrante escalera bajo la alta ventana que da al sur. Camina a través del crujiente parque de la sala principal hacia la cocina, y está allí cuando ella entra en el corto pasillo que lleva más allá de la sala de armas y del arcón de la madera y del cuarto de lavado hasta el guardarropa, y él la mira mientras se detiene y escoge lo que ponerse para salir.

Irene se ha puesto unos zapatos marrones de Clark's, un par de calcetines blancos, unos vaqueros, una blusa marrón y un viejo jersey blanco de cuello vuelto. Ropa interior blanca de M&S. Sin reloj ni anillos u otras joyas. Sin efectivo, chequera, tarjetas de crédito o cualquier otra forma de identificación o material

escrito.

Él la mira escoger el largo chaquetón oscuro con los bolsillos de cazador. Es enorme y casi negro, su color original marrón verdoso se asoleó, se desgastó y se ensució durante décadas en la finca hasta ser algo parecido a la oscuridad de las aguas marrones de un profundo lago. Él se queda en la penumbra, rodeado por el penetrante olor de la cera. La lluvia tamborilea sobre el cristal de las delgadas ventanas superiores. La observa ir hasta el chaquetón y descolgarlo de la percha de madera.

El chaquetón es demasiado grande para ella, la ahoga; tiene que doblarlos puños de las mangas dos veces. Los hombros se arrugan y el dobladillo llega hasta unos milímetros de las baldosas. Ella frota sus manos sobre los suaves rectángulos de los solapados bolsillos exteriores, y mira el interior de los bolsillos de cazador.

Luego atraviesa la puerta exterior de la habitación, hacia el brillante gris del comienzo de la tarde. La puerta se cierra con un golpe tras ella, dejándole allí, en silencio.

—¿Alban? ¿Alban? —Le sacuden hasta despertarle, alguien le agita el codo derecho. Abre los ojos.

Está sentado junto al fuego en la sala de estar de Garbadale, por la noche. Había ocurrido algo, lo sabía. Algo trascendental, espantoso. Entonces lo recuerda.

¿Blake? ¿Blake?

—¿Alban? ¿Alban? —La persona que agita su brazo es Chay, la pareja de la prima Claire.

Se sacude, trata de despertarse.

—Perdona. Chay; hola. ¿Qué pasa?

—Te llaman por teléfono.

—¿Qué? ¿Por teléfono?

—Sí. Es para ti.

Alban mira su reloj. Las cuatro y diez de la mañana. ¿Una llamada para él? ¿Aquí?

Oh, no. Que no sea V. G.

—¿Quién...? —comienza a decir, y luego tose. Trata de ponerse en pie; los músculos de sus piernas protestan.

Oh, no por favor, que no sea V. G., que no sea la policía, que no sea la Patrulla de Montaña o un hospital. Por favor, ella no, eso no, no después de lo que acaba de saber. No podría soportarlo. Trata de convencerse de que todo ha sido un sueño, pero sabe que no lo ha sido.

Por favor, que no sea V. G. Por favor, no.

—¿Quién es? —le pregunta al fin a Chay.

—Ni idea. Un tipo desde Hong Kong.

Sigue a Chay a través del pasillo hasta el despacho de Neil Durrill, el administrador de la casa. Pasan por el salón de baile, en el que suena música *disco*, no especialmente fuerte pero hay montones de focos de luz. Parece que la mitad de la gente aún está levantada, aunque solo una docena o así está bailando, capturada en poses congeladas bajo la luz estroboscópica durante el vistazo que echa al pasar.

Al menos no es V. G., al menos no se trata de ella. La diferencia horaria, eso es todo.

—Gracias —dice sentándose junto al escritorio de Neil D, y levanta el auricular posado en la superficie. El despacho es pequeño; hay armarios archivadores, ordenador, fotocopiadora y ficheros por todas partes. Chay cierra la puerta al salir, dejando sólo a Alban.

—¿Hola?

—¿Alban? —dice la voz. Hay un matiz invariable en la forma de pronunciar la palabra que le produce un escalofrío en la espina dorsal.

—¿Blake? —responde. Nota que está empezando a emocionarse. Es algo patético, pero no puede evitarlo. No obstante, trata de mantener la compostura.

—Hola, Alban. Me han contado que tú... Que sabes la verdad.

—Ah, bueno, sí, supongo. —No sabe qué decir. Está dando por hecho que alguien (¿Lauren? ¿La propia Win?) ha llamado a Blake, de modo que todos parten de las mismas suposiciones, pero no está seguro, ¿Cómo puede estarlo?

—Solo quería decirte cuánto lo siento —confiesa Blake. Su voz suena bastante clara, aunque Alban se da cuenta de que se trata de un móvil.

—Eso está... Está muy bien. Eh, obviamente estoy un poco, bueno, aún estoy impresionado, pero...

—Yo siempre quise que lo supieras, y nunca quise que lo supieras, ¿lo entiendes?

—Sí, supongo que lo entiendo.

—Aunque ya es demasiado tarde. Creo. Es un alivio que lo sepas, pero también es insoportable. No pienses mal de mí. Desde entonces me he pasado toda la vida lamentando lo que ocurrió. Estoy muy contento de haberte conocido. Tú... oh, perdona, espera un segundo... —Su voz desaparece y Alban puede oír la clase de sonidos entrecortados y sordos que suelen oírse cuando alguien aprieta el teléfono contra la ropa, o trata de hablar con el auricular sujeto entre el hombro y la barbilla.

—¿Sigues ahí?

—Sigo aquí —contesta Alban.

—Los pequeños culis se han marchado. Casi es la hora del almuerzo. Hay un montón de gente y mucho tráfico...

—Mira, eh, Blake —ataja Alban—. Supongo, digo, creo que deberíamos vernos. Si te apetece, puedo...

—Lo siento —dice Blake. Alban puede oírle respirar con fuerza junto al micrófono del móvil—. Me temo que no creo que pudiera soportarlo. Lo siento mucho. —Suena un extraño ruido, como si acabara de hacerse daño. Hay un sonido

parecido a un suspiro y después otra vez los ruidos secos y entrecortados. Los suspiros empiezan a parecerse a la brisa, al viento.

—¿Blake?

—Lo siento —repite Blake en voz alta. El viento aúlla a la vez que él habla—. Estarás bien. —El sonido del viento se eleva hasta parecerse a un grito, y puede que lo sea.

Alban empieza a comprender lo que podría estar sucediendo. Se le eriza el vello de la nuca, luego el de la cabeza.

—¿Blake? —grita.

—... iento, hijo.

Después sólo se oye el viento.

Después un golpe, después nada.

Capítulo 10

¿Quién habría pensado que acabaría con la Gran Mifty? A veces la vida es de lo más extraña, te lo digo yo. Los enanos aún echan un poco de menos a su padre (Dios sabrá por qué, teniendo en cuenta que el cabrón solía ponerlos a caldo), pero me han cogido cariño y la mayor, Moselle, ha empezado a llamarme «papá», lo cual no me importa admitir que es un poco raro, pero también me emociona, francamente, y, en serio, haría cualquier cosa por esos críos.

Pero en fin. Acabamos de ir a la casa de Al, y hemos vuelto tras una velada de lo más agradable, muchas gracias. Tengo que decirlo, vaya una casa. Del estilo de Perth, obviamente, pero una de esas pijadas que están al otro extremo del río mirando desde la isla; ya sabes, esa grande y verde que parece un parque, a solo cinco minutos andando del centro de la ciudad, y es pija de la hostia. Parece que somos bienvenidos en todo momento, hasta con los enanos. Y podemos llevar colegas. Según las normas de la casa podemos estar hasta las tantas, pero no se permiten *colgaos* con tendencia a chutarse en los alrededores. Es algo severo, pero supongo que el chico tiene que pensar en sus vecinos pijos.

Conocimos a la novia. Me refiero a la del gran Al. Está jodidamente buena, y es muy simpática. Al principio, la Gran Mifty pensaba que se lo tenía muy creído, pero solo es que tiene un acento un poco *físno* (bueno, Alban también, para ser sincero) aunque estuvieron de cháchara durante una partida de billar, y como resultado, Mifty decidió que la Verushkoide era una tía legal. Usa un montón de palabras raras y te calienta un poco la cabeza, pero no lo hace para impresionar, solo es su forma de hablar. No puedes culpar a una tía buena por eso.

En fin, al suertudo de Alban obviamente se le cae la baba con ella, y fue genial ver al tío con una sonrisa en la cara, porque eso es lo que hace cuando ella aparece.

Ahora pasa mucho tiempo en Glasgow, en casa de ella, y por la forma en que se lo montan, siempre riéndose juntos, metiéndose mano y todo eso y, por lo general, portándose como si vivieran un sueño de amor adolescente, uno pensaría que se disponen a hacer lo decente, juntar las camas y pasar por la vicaría, pero parece que no. Son bastante felices tal como están, según dicen. Desde luego, a todo hay quien gane.

Así que al tío le va bien. Uno o dos parientes murieron y le dejaron una pasta gansa (siempre supimos que era un ricachón, aunque majo, hay que reconocerlo).

Además, está emparentado con esos Wopuld que tienen aquel videojuego, ¡Imperio!, al que solía jugar con el Cachimba antes de que se le jodiera la consola. El gran Al incluso pensó en cambiarse el nombre a Wopuld, me refiero a su apellido, lo cual sería algo un poco extraño, ya que McGill es un buen nombre escocés, por el amor de Dios, pero también se lo quitó de la cabeza y se ha quedado con McGill. Yo también creo que es lo mejor. ¿Qué hubieran pensado sus padres? (Me los encontré una vez que estaba paseando a los perros y me tomé un té en la casa de Alban.

Simpática pareja).

En fin, el tío está buscando curro por ahí y aún no lo ha encontrado, pero estoy seguro de que ya se le ocurrirá algo. Ahora está hablando de agenciarse un lugar con montones de árboles y un lago, que esté un poco al oeste de aquí, pero no muy lejos, para poner en marcha uno de esos centros tipo Outward Bound para chavales disminuidos o algo así, lo cual suena a ser un buen marrón en el que meterse (y está intentando meter aquí al menda también en eso, lo que debe hacerme tan bobo como él, ya que, al parecer, le he dicho que sí. Oh, joder).

Pero bueno; ya veremos.

Notas

[1] N. del t.: La calle Harley es famosa por su gran cantidad de clínicas privadas. <<

[2] N. del t.: Compilación de grandes éxitos del Reino Unido. <<

[3] N. del t.: En el oeste de Escocia, los ancianos utilizan el apellido de Bob Geldof (cantante, compositor, actor y activista político irlandés) como sinónimo de maleducado. <<

[4] N. del t.: En castellano en el original. <<

[5] N. del t.: Dame Edna es un personaje cómico caracterizado con unas extravagantes gafas. <<

[6] N. del t.: Londres. <<

[7] N. del t.: El *Boxing Day* es una festividad de los países de la Commonwealth, celebrada el 26 de diciembre. <<

[8] N. del t.: Forestal. <<

[9] N. del t.: *Burn*, que en inglés significa «quemar», tiene en gaélico escocés el significado de «agua fresca». <<

[10] N. del t.: Proviene de *Oy vey*, expresión judía similar a Dios mío». <<

[11] N. del t: El terciopelo con el símbolo de la explosión cultural del Glam en los setenta. <<

[12] N. del t.: Se utiliza como eufemismo de «pene», desde su aparición en la novela *El amante de Lady Chatterlay*, de David Herbert Lawrence (1928). <<

[13] N. del t.: *Briffadoon* es un musical ambientado en las montañas de Escocia. <<